Precursores, fundadores y protagonistas

Universidad La Salle
Ciudad de México



Sexagésimo aniversario
1962-2022

José María Alonso Aguerrebere, *fsc*
(Compilador)

DeLaSalle ediciones



Precursores, fundadores y protagonistas

Primera edición digital, septiembre de 2022

José María Alonso Aguerrebere, *fsc*
(Compilador)

D. R. © 2022 Editorial Parmenia,
bajo el sello de De La Salle ediciones
Carlos B. Zetina 30, Colonia Condesa
06170, Cuauhtémoc, Ciudad de México
55 52 78 95 04
www.editorialparmenia.com.mx
editorialparmenia@lasalle.mx

Diseño y formación: Marina Mejía Vázquez
Apoyo gráfico: Berenice Ángeles Zúñiga
Producción y distribución: Irma Rodríguez Vega
Dirección editorial: Manuel Javier Amaro Barriga

Todos los derechos reservados. Prohibidas su producción o transmisión parcial o total bajo cualesquiera formas o procedimientos y su distribución sin la autorización explícita de los titulares de los derechos.

Hecho en México.



www.editorialparmenia.com.mx

Precursores, fundadores y protagonistas

De La Salle ediciones

Índice

9 I Adrien Gibert Novrier, *fsc*
(Agatón Basilio)

24 II Pierre Lyonnet Ménard, *fsc*
(Nicet Ernest)

39 III Narciso Antonio de Jesús Lozano Bernal, *fsc*
(Antonio María)

74 IV Víctor Bertrand Rangel, *fsc*
(Berchmans Alberto)

101 V Manuel de Jesús Álvarez Campos, *fsc*
(Alberto Agustín)

129 VI Rafael Chávez Huacuja, *fsc*
(Amado Rafael)

135 VII Guillermo Alba López, *fsc*
(Andrés de Jesús)

154 VIII Manuel René Arróyave Ramírez, *fsc*
(Bautista Lorenzo)

177 IX Francisco Leonel de Cervantes Lechuga, *fsc*
(Adolfo Ignacio)

194 X César Mauricio Rangel Barrera, *fsc*
(Anastasio José)

224 XI José Cervantes Hernández, *fsc*
(Alfredo Leopoldo)

243 XII Lucio Augusto Tazzer de Schrijver, *fsc*
(Antonio Lucio)

254 XIII Raúl Valadez García, *fsc*
(Agustín Raúl)

269 XIV José Ambrosio Genaro Luna Salas, *fsc*
(Ambrosio Víctor)

284 XV Rafael Martínez Cervantes, *fsc*
(Adalberto Manuel)

319 XVI Mariano Ramírez Degollado, *fsc*
(Alfredo Leoncio)

335 XVII Ohannes Bulbulián Garabedián, *fsc*
(Bernabé Juan)

348 XVIII Enrique Rivero Borrell Vázquez
Profesor emérito

355 XIX Alfonso Torres Lemus

361 XX Alfredo Martín Antonio López Peniche
y Martínez

Presentación

Caminamos sobre hombros de gigantes
(Máxima atribuida a diversos autores)

Son presentadas con gusto las biografías de los precursores, fundadores y protagonistas de la Universidad La Salle Ciudad de México, en su sexagésimo aniversario.*

Es un recorrido que se hace con estos destacados actores que supieron guiar a la Institución a lo largo de estos años.

Se considera oportuno compartir a las futuras generaciones toda la riqueza acumulada para su buen uso y aprovechamiento, ya que existen raíces, profundas y valiosas, y caminamos en hombros de gigantes:

XVIII

El principito atravesó el desierto y no encontró más que una flor. Una flor de tres pétalos, una flor insignificante.

—Buenos días —dijo el principito.

—Buenos días —dijo la flor.

— ¿Dónde están los hombres? —preguntó cortésmente el principito.

Un día la flor había visto pasar una caravana:

— ¿Los hombres? Existen, creo yo, seis o siete. Los vi hace años. Pero no se sabe nunca dónde encontrarlos. El viento los pasea. No tienen raíces, esto les molesta mucho.

—Adiós —dijo el principito.

—Adiós —dijo la flor.

Antoine Saint-Exupéry, *El principito*

*N. del E.: varias de las biografías de este volumen aparecieron ya en diversas publicaciones: revistas, artículos, boletines y aun en libros dedicados a las vidas de estos precursores de la Universidad, en ambos Distritos (Norte y Sur); sin embargo, no todas las fuentes consultadas han sido consignadas porque no fue posible establecerlas con precisión y objetividad. José María Alonso Aguerrebere se dio a la tarea de investigar sobre esos diversos documentos y de resumir, compilar y presentar los textos finales. El trabajo de edición ha respetado su configuración y estructuración originales en atención a las diferentes etapas de esas publicaciones y a la diversidad de estilos con que fueron escritas las biografías y las autobiografías.

Se comienza con los directores del Colegio Cristóbal Colón, antecedente inmediato de la Universidad, sus precursores, dado que su bachillerato pasó íntegro, con estudiantes, maestros y directivos, a las nuevas instalaciones de Benjamín Franklin en febrero de 1962.**

En primer lugar, en 1938, su fundación por el Hno. Adrián Gibert (1938-1946), y el Hno. Pierre Lyonnet, director durante varios años (1947-1957).

Se continúa con los Hermanos superiores, que autorizaron y apoyaron la fundación de la Universidad, el Asistente (consejero general), Hno. Antonio Maria Lozano Bernal, y el Hno. visitador (provincial), Víctor Bertrand Rangel.

Los que fueron propiamente los fundadores, el primer rector, Hno. Manuel de Jesús Álvarez Campos, y su vicerrector, gran colaborador e interlocutor, don Rafael Chávez Huacuja.

Los rectores que han estado al frente de la institución, Hermanos: Guillermo Alba López, Manuel René Arróyave Ramírez (director de Preparatoria), Francisco Leonel de Cervantes Lechuga, César Rangel Barrera, José Cervantes Hernández, Lucio Augusto Tazzer de Schrijver, Raúl Valadez García y José Ambrosio Genaro Luna Salas.

Eminentes catedráticos, entre los miles que han impartido clases en la Universidad: Hno. Rafael Martínez Cervantes, Hno. Mariano Ramírez Degollado, Hno. Ohannes Bulbulián Garabedián, Dr. Enrique Rivero Borrell Vázquez y don Alfonso Torres Lemus.

Y, en nombre de todos los alumnos que han estudiado en la Universidad, el primer estudiante, Alfredo Martín Antonio López Peniche y Martínez.

** El recorrido fue el siguiente: al terminar la Revolución mexicana, en 1920, se fundó el Colegio La Salle (calle Belisario Domínguez, en el centro de la Ciudad de México), que contó con un bachillerato; este, en 1931, se incorporó a la UNAM, lo que le permite subsistir en 1935 como Escuela Preparatoria y Comercial; al fundarse el Colegio Cristóbal Colón, en febrero de 1938, contaba con este bachillerato.

I

Adrien Gibert Novrier, *fsc*
(Agatón Basilio)

(12/12/1897-5/2/1948)

"Quisiera verlas siempre como un valiente soldado que no se queja nunca de sus penas, que encuentra muy graves las heridas de sus hermanas y no aprecia las suyas sino como rasguños". Eso decía santa Teresita a sus novicias y este deseo se realizó totalmente en la persona de Adrien Gibert —educador, director fundador, botánico—, cuya semblanza se presentará a continuación.

Soldado fue y muy valiente: nunca se quejó de nada, por el contrario, lo encontramos siempre en primera fila en todos los combates. Cayó, como todos los bravos, de cara al sol y sin inmutarse.

Simientes de valor

Ya rumbo al final del siglo XIX, el 12 de diciembre de 1897, Adrien Gibert nació dentro de una familia trabajadora y cristiana, habitante de la región de Le-Puy-en-Velay, en Francia. No hay rastros de sus primeros años, pero se sabe que sobresalía por su piedad y su entusiasmo juvenil (Adrián Gibert Nouvrier, 2013, p. 18).

A los 12 años cursaba el noviciado menor (aspirantado) y poco después, en 1912, conoció la expatriación, cuando se dirigió a Premiá de Mar, en Barcelona, lugar donde se prepararía para su noviciado y donde el 15 de agosto de

1914 vestiría el hábito de los Hermanos. Recibió el nombre de Hermano Agatón Basilio e inició su escolasticado cerca de París, en Athis-Mons, en medio de una agobiante atmósfera de guerra (Adrián Gibert Nouvrier, 2013, p. 18).

El soldado

El Hermano Adrien no tardó en cambiar los libros por las armas; sus 18 años y su vigor físico lo lanzaron a los campos de batalla. "Durante tres años, fue un soldado de infantería sin reproche, sin miedo y que supo afrontar con valor mil peligros. Su ideal religioso, que protegió fervorosamente, le ayudó a ser excelente militar" (Hacemos comunidad, 2015). Vivió los horrores, las tragedias, las privaciones de esa guerra de trincheras que embrutecen al ser humano. Cubrió con silencio casi absoluto esta etapa sombría, uno que solo rompería con la confidencia de haberse quedado como el único superviviente de su compañía en un ataque en Verdún. Atribuía el hecho al escapulario que su hermana religiosa le había regalado.

El 11 de noviembre de 1918 se declaró el armisticio, y con ello, llegó a su fin la pesadilla: las campanas de pueblos y ciudades celebraron con su repique de regocijo. El Hermano Adrien, desmovilizado y rehecho físicamente, reemprendió el camino de su primer ideal religioso educador. Inició su labor constructiva en la escuela de Yssingeaux, muy cerca del hogar paterno, aunque por poco tiempo: parecía que había nacido para surcar lejanos horizontes. Entre sus compañeros de comunidad, se encontró con otro exsoldado que había hecho los cuatro años de guerra en el ejército de Oriente. Se trataba del Hermano Arsène-Delmas, quien había oído el llamado, no del clarín, sino de la voz que invocaba a voluntarios para reabrir la obra lasallista en México y sanar así las heridas de la revolución recién apagada. El Hermano Arsène-Delmas había probado aires mexicanos antes de transformarse también en soldado y, ya en primera fila, quería regresar a tierras guadalupanas. Entusiasmó al Hermano Adrien Gibert, quien se ofreció también para llevar a cabo esta nueva aventura de sacrificio. Así, los dos veteranos formaron parte de los doce que, en diciembre de 1919, llegaron a México para echar a andar los tres colegios de la capital: San Borja, De La Salle y del Zacatito en Mixcoac.

Su llegada a México: el Colegio La Salle

El viejo Convento de las Concepcionistas en la calle Belisario Domínguez núm. 5, en el centro de la Ciudad de México, se ofreció como colegio por

monseñor Mora y del Río, arzobispo de México. El 29 de diciembre de 1919, el Hermano Adrien Gibert y otros Hermanos ingresaron en los claustros del convento que desde entonces fue conocido como Colegio De La Salle. A los dos veteranos de guerra, los acompañaban seis Hermanos que habían trabajado en México antes de 1914, además de sangre nueva, con dos jóvenes mexicanos. El Hermano Adrien Gibert entró en la lid el 12 de enero de 1920, al frente de un grupo de primaria (Hacemos comunidad, 2015); entre sus alumnos de primer grado estaba Ernesto Fabregat Guinchard, el futuro Hermano Fulgencio.

El espacio ofrecía pocas comodidades y sol, así que había mucho trabajo para acondicionar; asimismo, había alumnos numerosos y bien dispuestos a recibir la buena simiente. Él no había llegado ahí para otra cosa. Durante 15 años se entregó en cuerpo y alma a la juventud capitalina en el Colegio De La Salle, por lo que dejaría honda huella en una generación entera, en especial entre los estudiantes jugadores de básquetbol, por su gestión como encargado de los deportes en el Colegio.

Ocupó todos los cargos: titular de los niños de primaria, luego en secundaria y en preparatoria, hasta que ocupó la dirección en 1931. Trabajó sin descanso en el desarrollo de la obra, la vio pasar de los 57 alumnos el primer día a los 1020 en 1934, en su apogeo. Desgraciadamente, sufrió ataques gubernamentales y, como en los frentes de batalla, tuvo que aceptar la derrota en 1935 y abandonar una posición insostenible, aunque valientemente defendida.

Su vida, como puede verse, no fue un camino de rosas.

Hermano Adrien Gibert: educador

Al llegar a México, en 1919, con sus 23 años de juventud curtida en las batallas, se planteó como nueva misión familiarizarse con el español. Tenía ciertamente algunas nociones estudiadas en Cataluña durante su noviciado, pero el lodo de las trincheras las había sepultado. Tenía que estudiarlo entonces a conciencia y lo hizo con entusiasmo y tenacidad. Llegó a poseerlo con pureza y sus estudios universitarios lo ayudaron a perfeccionarlo. Desde temprano, él y otros jóvenes se entregaron al estudio: en 1924, seis pasaron los exámenes oficiales. Para 1929 estudiaba embriología y química biológica en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y vio coronados sus esfuerzos con el título de maestro en Ciencias Biológicas en 1935 (actualmente es una licenciatura). Su tesis, basada en estudios y colecciones hechos

por otros Hermanos, se intituló *Líquenes del Valle de México*, de la que hay un ejemplar en la biblioteca de la Universidad La Salle Ciudad de México.

Se mostraba así el estudiante que quería ser cada vez más apto para formar a los jóvenes en la ciencia. Tenía capacidad pedagógica y autoridad. Como era entusiasta, sabía animar y alentar, y los alumnos aceptaban de buen grado su instrucción. Su influencia, fruto de su enseñanza, de su piedad y de su amabilidad proverbial produjeron resultados patentes en ellos.

En medio de un año escolar, tuvo que tomar la cátedra de Química en el bachillerato, hasta entonces ocupada por un eminente profesor cuya competencia era reconocida por los especialistas de la Universidad. El Hermano Adrien Gibert aceptó la prueba y Dios bendijo con éxitos su entrega y dedicación.

El prestigio que adquirió entonces le mereció nuevas responsabilidades que iba a desempeñar acertadamente: su optimismo, su entrega, su actividad y su don de gentes lo garantizarían.

Directorados

En 1931, con 34 años, había dado ya pruebas de su capacidad para dirigir el destino del Colegio De La Salle. Para enero de 1931, seguían los cursos 723 alumnos. El claustro profesoral constaba de 19 Hermanos, de los cuales 13 eran mexicanos; había, además, una docena de profesores seglares. Pero la preocupación vino sobre todo de afuera, pues la situación política era tensa y cada día aumentaba, hasta el desenlace en 1935. El Hermano Gibert tuvo que hacer frente a todas estas circunstancias, sin embargo, la tarea nunca sobrepasó sus capacidades e iniciativas.

Con su comunidad religiosa, el Hermano Gibert fue un superior condescendiente, vigilante, el primero en todo (Adrián Gibert Nouvrier, 2013, p. 18). Su ejemplo inspiró la superación religiosa, científica y pedagógica; había ánimo en todos y deseo de servir.

> Los alumnos notaron la exigencia del nuevo director y su presencia en todos lados, su mirada expresiva, su caminar pausado y firme les inspiró respeto, los mantenía en orden y los estimulaba al estudio. Los padres de los alumnos se dieron cuenta de que era un hombre atento, cortés, ecuánime, dispuesto a servir, pero muy atareado y que al hablar con él los malentendidos terminaban. Los maestros se sentían estimulados a ser cada vez más competentes y responsables, lo que era necesario para "tener derecho de ser apóstoles", según el Hermano Gibert (Adrián Gibert Nouvrier, 2013, p. 19).

Hubiera podido apropiarse la palabra del pedagogo cubano José de la Luz y Caballero: "La enseñanza es un contrato con Dios y no con los hombres".

Su actividad abarcaba todos los sectores de la institución. El aspecto material le interesaba mucho y pronto se le atribuiría el mote de tener "el mal de piedra". En el Colegio siempre había que renovar y modernizar: abrir las galerías para que el sol y el aire penetraran en los salones, pavimentar los patios, adaptar los locales, transformar los dormitorios en celdas alegres para los Hermanos. La verde naturaleza hizo su aparición en jardineras con plantas y flores, pues el Hermano Gibert la amaba intensamente. "Contemplen las bellas cosas que hace Dios", exclamaba a menudo (Adrián Gibert Nouvrier, 2013, p. 19).

Tantos aciertos hubo como enemigos: la política persecutoria oficial. En la época en que se implantó la escuela socialista en México, era necesario cumplir las normas de algunos sectarios que querían que la Constitución fuera letra viva: ningún objeto religioso en las aulas, ninguna enseñanza religiosa ni moral ni libro que hablara de ella, ningún nexo con ministros de culto. Para detectar violaciones a todas estas normas, se multiplicaron las inspecciones, se revisaron escritorios y los últimos rincones. Adrien Gibert recibió con amabilidad y calma proverbial a los inspectores, los acompañó por doquier, les enseñó lo que deseaban ver, contestaba con sagacidad y aplomo todas las preguntas y acabó por convencerlos de que no había nada de lo que buscaban. En su interior, había invocado al señor José y luego, delante del Santísimo bien escondido, agradeció y se repuso de las angustias resentidas. En ocasiones, varias veces a la semana tuvo que afrontar esas visitas, en particular durante los años 1934 y 1935. Necesitaba los nervios de acero fraguados bajo la metralla para no estallar. Pero esa es la labor que llevaba como responsable de la gran institución el Hermano Adrien Gibert.

Hacia el final de 1934, el colegio hermano de San Borja fue tomado por asalto, el 19 de diciembre, lo que ocasionó una diáspora del personal y llevó a identificar todo lo que podía salvarse. Gibert acogió a algunos Hermanos y a los alumnos de secundaria en su comunidad, lo mismo que a los internos sin hogar ni escuela. Hubo que hacer adaptaciones para favorecer la convivencia; todo ello demostró la capacidad del director de La Salle.

Pero pronto la prudencia exigió abandonar locales demasiado expuestos a la usurpación. Con pena en el alma, Gibert entregó la propiedad de Belisario Domínguez al legítimo dueño, la Sagrada Mitra del Arzobispado, con la mediación de un tercero. Quedó entonces prófugo y sin hogar.

1936-1937: año de renovación espiritual

Adrien Gibert pudo salvar algo de su obra, sobre todo su espíritu. Otro valiente entre los valientes, el Hermano Gerardo Monier, puso bajo su resguardo un "resto" de la obra de San Borja; a partir de entonces, el Hermano Adrien Gibert quedó al frente de la Escuela Preparatoria Comercial, que aglutinaba más o menos todo lo que quedaba de la obra lasallista en la capital. El Hermano Adrien vio con gusto el ofrecimiento de un año de renovación espiritual. Con emoción, volvió a cruzar el océano para pisar Francia, adonde no había vuelto desde 1919. ¿Habría regresado a visitar los campos de batallas de Verdún y leído el epitafio esculpido en los muros del fuerte de Vaux, junto a la ciudad mártir, que él mismo había defendido con heroísmo?

A mon fils:
Depuis que tes yeux sont fermés,
Les miens n'ont pas cessé de pleurer.[1]

Así se expresó el dolor de tantos padres, madres, esposos y novias que por toda Europa lloraron a los hombres que murieron en la guerra. Si sus pasos no volvieron a pisar esas tierras empapadas con la sangre del millón de soldados muertos, su imaginación volvió a vivir esas horas de horror. Fue consciente de que su vida parecía haber nacido bajo el signo del drama.

Pero en 1936, Roma le ofrecía un oasis de tranquilidad, de reflexión, de contemplación y de ubicación en el camino hacia Dios. Los nueve meses transcurridos en la Vía Aurelia, en Roma, le proporcionan tiempo para la introspección constructiva. Se encontró a sí mismo. Escribió:

> Impulsivo, irritable, duro en los regaños. Evitaré, por tanto, las discusiones, seré caritativo en palabras, olvidaré las penas y me entregaré más y más a la formación religiosa de los niños... de ahora en adelante orar más y más y renunciarse más aún.

Esos fueron algunos de sus objetivos en su lucha de superación y logró hacerlos realidad durante los años siguientes.

---

1 A mi hijo: desde que tus ojos están cerrados, los míos no han parado de llorar.

Director fundador

Renovado, regresó en agosto de 1937. Después de unas semanas en el noviciado menor (aspirantado) de Tacubaya, se instaló como subdirector e inspector en Lucerna, donde funciona aún la Escuela Preparatoria Comercial. En enero de 1938, volvió a tomar las riendas de la institución que pronto conocería un verdadero renacer en Sadi Carnot núm. 57. Él iba a ser el alma de esta reorganización y sentaría las bases de la era lasallista en este lugar. Lo hizo desde el punto de vista material, académico y religioso.

A inicios de 1938, la institución de Lucerna se dividió en dos grupos: el primero se quedó en el mismo lugar y el otro se instaló en Sadi Carnot núm. 57 con el Hermano Gibert al frente. La primaria obtuvo su incorporación oficial ese mismo año con el nombre de Colegio Cristóbal Colón. La secundaria tuvo que luchar para obtenerla a causa de la coeducación exigida para ello. Gibert multiplicó visitas, audiencias, consultas, antesalas. Por fin surgió un compromiso y una fórmula que solucionó todo: "El que suscribe, director del C. C. Colón, se compromete a atender en debida forma a niños y niñas en todos los cursos del ciclo secundario". Llevaba la firma de Adrien Gibert.

El documento solicitado llegó por fin y llevaba como fecha el 20 de abril de 1939. Ahora se trataba de poner las bases materiales de una gran obra. En los cuatro años siguientes, se hicieron compras y edificaciones que iban a ser capitales para el Colegio. A grandes rasgos, las etapas fueron las siguientes:

- En 1939 se compró y acondicionó el núm. 56 de la calle.
- En 1940 se compraron los núms. 36 y 38 y se construyeron en ellos 12 salones.
- En 1942 se adquirió el núm. 13 de Sadi Carnot, una amplia casona porfiriana que se destinó a la preparatoria. Al mismo tiempo, un internado para alumnos preparatorianos de los colegios provincianos se abrió en el núm. 56 y luego pasaría al núm. 13.
- En 1941 se adquirió un vasto campo de 60 000 m^2 para los deportes, a las afueras de la ciudad, cerca de la Villa de Guadalupe.

Todas estas adquisiciones y construcciones en la calle Sadi Carnot se debieron a la habilidad, perspicacia y, sobre todo, la magnífica administración de Adrien Gibert. ¿Cómo llegó a crear de la nada prácticamente la base de esta gran institución? Solo la expresión *trabajo consciente* puede dar la clave.

Una anécdota aclara el misterio. El Hermano Víctor Bertrand, de regreso de Cuba, en enero de 1940, hizo una visita al Hermano Gibert. Lo encontró

en medio de obreros que hormigueaban en Sadi Carnot núms. 36 y 38. "¿Se extraña?", le dijo a Bertrand. "Pues hay que abrir aquí el colegio el 8 de febrero. Y prometo que así será". En este momento se hacía el colado del techo de la primera planta. Sin embargo, el Hermano director cumplió con su palabra: el 8 de febrero ya funcionaba un colegio de 800 alumnos en 12 salones nuevos y en tres plantas.

Como síntesis de su labor como fundador del Colegio Cristóbal Colón, el licenciado Jorge Muñoz Bautista pronunció estas palabras en la inauguración del herbario Gibert-Lyonnet, en julio de 1960:

> Todos los que lo conocimos recordamos su optimismo proverbial, su franca sonrisa, su espíritu de lucha. Al indiscutible mérito de haber sido el sembrador de la simiente (por ser fundador del Colegio Colón) que hoy es árbol frondoso, unió la sencillez y el desapego del que sabe que otros han de cosechar a manos llenas, si el sembrador deja en el surco la fecunda acción de sus lágrimas y de su sangre.

Así era su actividad. Pero el *surmenage* inevitable se hizo sentir pronto. En enero de 1943 abandonó esta calle de Sadi Carnot, para entonces ya transformada por él en área escolar lasallista. Se iba a alejar de la capital en que había laborado durante 23 años y tomó la dirección del Colegio Benavente de Puebla. ¿La provincia le brindaría paz? Y, sin embargo, nació para combatir, como se ya se ha visto.

Director en Puebla

El Benavente educaba entonces a un millar de alumnos de primaria y secundaria; además, contaba con un internado que pronto llegaría a los 200 jóvenes. El nuevo responsable tenía que atender este contingente y pensar en un futuro, puesto que el local alquilado limitaba toda expansión. Para ello, pensaba adquirir dicha propiedad, pero el proyecto no progresaba. Compró entonces 30 000 m^2 a las afueras de la ciudad para futuros planos que servirían como campos de deportes.[2] Hubo presiones para ampliar la obra con una preparatoria, pero no había autorización para ello. Por fin, el propietario anunció notarialmente que dentro de tres años debería entregarse el predio al dueño.

---

[2] Fue un visionario al adquirir terrenos tanto en el Colegio Cristóbal Colón como en el Colegio Benavente. Tenía planes de construir las instalaciones de ambas instituciones. Replicó esta decisión con la adquisición de otro terreno, el del Colegio Simón Bolívar, para secundaria.

El vigor moral y físico de Gibert provocó admiración ciertamente. Sin cesar atendía los esfuerzos intelectuales y morales de sus colaboradores y alumnos, pero el cansancio se hacía evidente a veces. ¿Sería esta la causa que le haría pedir descanso y abandonar las pesadas responsabilidades que desde 1931 había soportado? Es posible. O bien, se trataba de los primeros anuncios de la enfermedad que aparecería plenamente años después. El hecho es que en diciembre de 1945 dejó Puebla y regresó a la capital, a Mixcoac, como subdirector e inspector del Colegio Simón Bolívar. Dos años le quedaban a este valiente antes de caer sobre la brecha. Pero antes, algo sobre su fisonomía espiritual y apostólica.

El verdadero apóstol que se hace todo a todos

Sin aparentar mucho, el Hermano Adrien Gibert fue un religioso ejemplar. Su fe, nutrida por una piedad de fidelidad, lo acompañó y lo motivó en su penoso caminar. Uno de sus exalumnos, religioso hoy en día, escribe:

> Aquellos que fuimos sus alumnos y que hoy son sacerdotes o religiosos atribuyen en gran parte a sus oraciones, a sus ejemplos, y a sus consejos la gracia de su vocación. Con qué unción pronunciaba el santo nombre bendito de "María Santísima". Era un hombre de oración y he aquí ciertamente el secreto de su fecunda abnegación.

Otro testimonio es idéntico: "El ejemplo de su piedad, unido a la caridad que demostró para con mi familia en duelo, inclinó a dos de mis hermanas a abrazar la vida religiosa".

En presencia de la contradicción o un fracaso, la mirada desolada del Hermano director se hacía profunda, desolada, pero reaccionaba al decir: "A pesar de todo, no es nada con tal que Dios no sea ofendido". A los pesimistas, recordaba vehemente la confianza en Dios: "Y Dios Nuestro Señor, ¿no piensa Ud. en Él? Trabajemos por Él... No puede dejar de ocuparse de nosotros...".

Esta piedad que alimentaba una fe robusta se manifestaba en una fidelidad indefectible a sus obligaciones religiosas y al cumplimiento del deber cotidiano. Siempre en primera fila y al frente de los suyos parecía ser su lema.

Su preocupación hacia las vocaciones de consagrados lo seguía en sus trabajos. Era un fervoroso del Santo Fundador. Para el 15 de mayo quería una misa solemne en la Iglesia del Buen Tono, con cantos de calidad y panegírico del Santo. Estampas recordatorio se distribuían a la enorme concurrencia y se le veía entonces feliz con tanta solemnidad.

Final de un soldado de Cristo

En 1946, como inspector del Colegio Simón Bolívar en Mixcoac, le incumbía, además, la organización de los estudios y el cuidado de la excelente marcha de la institución. Como siempre, tomó a conciencia sus nuevas obligaciones. Siempre el primero en los patios, recorría las clases, mantenía un magnífico espíritu y se convirtió pronto en el alma de este hermoso colegio de Mixcoac.

El final del año escolar se presentó, seguido del retiro anual. El Hermano Adrien Gibert llevaba consigo un libro de cabecera que no dejaba desde hace algún tiempo: *Preparación a la muerte*, por San Alfonso María de Ligorio. Era un indicio de sus preocupaciones íntimas.

Enero llegó y había que preparar el curso que empezaba en febrero. Gibert se entregó a la planeación de programas y horarios, en gramática, aritmética y ortografía particularmente.

Mas los dolores de cabeza que sufría desde hace tiempo aumentaron. Pronto apareció cierta amnesia y una fiebre intensa. Los análisis no revelaron ni tifo ni tifoidea. Pero el mal empeoraba. Hubo que trasladarlo al Hospital Francés, donde fue atendido por religiosas. Como prevención, se le administró la unción de los enfermos y, para el día siguiente, 5 de febrero, se citó a una junta de especialistas.

Desgraciadamente, a las primeras horas de ese día, el Hermano Adrien Gibert exhaló el último suspiro con una tranquilidad envidiable. Tenía 50 años y unos meses y, en menos de una semana, la muerte lo había arrebatado al cariño de todos, en un acto que causó una honda conmoción. Más de un millar de alumnos y amigos lo acompañaron a su última morada mexicana. Había caído en el campo del deber educativo como todos los valientes seguidores del *Signum Fidei* (Adrián Gibert Nouvrier, 2013, p. 20).

El Hermano Antonio María Lozano, que lo había conocido desde su llegada, en 1919, escribió estas palabras que condensan plenamente su labor:

> Pude apreciar sus cualidades excepcionales. Fue un religioso de alto valor, un valeroso, un valiente. Dios le presentó a menudo el cáliz del dolor, lo aceptó no solamente en silencio sino con humilde resignación y amor... El sueño de su vida consistió en tener vocaciones selectas.

Al cerrar esta semblanza de un gran hombre podemos aplicarle las palabras de un eminente sacerdote francés, Abbé Godin, muerto en la plenitud de su vida: “Mi carisma consiste en trazar sin desviar el surco derecho, otros vendrán y podrán continuar y mejorarlo”.

Anexo
Relato de un antiguo alumno

Colegio Francés La Salle
Recuerdos y anécdotas

Jorge Meyrán García

El Colegio La Salle estaba junto a la iglesia de la Concepción en la calle Belisario Domínguez, en parte de lo que había sido un convento; para entonces, ya había nuevos edificios, uno de ellos dedicado a la preparatoria. Desde el patio, se veía la torre de la iglesia, descascarada en algunas partes, desde donde se veían la piedra o los ladrillos; era muy bonita. Años después, le pusieron nuevo aplanado y dejó de verse bella. Creo que hice un dibujo.

En 1934, mi mamá me llevó con el director Adrien Gibert, quien me preguntó por mis conocimientos en francés. Los estudiantes que entraban ese año a preparatoria ya habían tomado tres cursos, aunque ninguno de inglés, y yo llevaba dos de inglés y ninguno de francés, así que necesitaba dos de francés y uno más de inglés. El problema lo resolvió el Hermano Gibert, al avisarme que me mandaría a tomar esa clase a secundaria o a primaria. Y así sucedió, a veces se veía un grandulón entre niños de tercero o cuarto de primaria.

Mis primeros quince días de clases los pasé muy contento, estudiando poco, como de costumbre, sin sentir presiones. Pero llegó el fin de la segunda semana y, a media mañana, se presentó el Hermano Gibert, con dos o tres profesores, todos muy serios. Se sentó atrás de la mesa del profesor y sucedió algo que yo nunca me llegué a imaginar. Empezó a leer una lista: "Empecemos con los médicos. Primer lugar, Díaz Barriga; segundo lugar, ...; séptimo lugar, Jorge Meyrán". Me sentí muy desgraciado, algo muy pequeño, muy triste, pero me dije: "La próxima vez, ya verás, Díaz Barriga". Entonces empezó el estudio, las presiones internas, y a los ocho días, el Hermano Gibert anunció: "Primer lugar, Díaz Barriga; segundo lugar, Jorge Meyrán". Me volví a decir: "La próxima vez, te ganaré, Díaz Barriga". A los siguientes ocho días, el Hermano Gibert dijo: "Primer lugar Jorge Meyrán; segundo lugar, Alfonso Atala...". ¿Y Díaz Barriga? Entonces el Hermano Gibert nos comunicó que, por problemas familiares, Díaz Barriga había dejado la escuela para irse a trabajar. Me sentí triste, desilusionado, ya no podía competir con mi buen amigo,

y con eso perdía un aliciente. Muchos años después, Díaz Barriga, periódicamente, me visitaba en el Hospital General. Para mí ese sistema de otorgar lugares cada semana me pareció un gran estímulo que mucho me sirvió, aunque hay que reconocer que a otros no les importaba.

Había una pared muy alta en el patio, que se aprovechaba para jugar frontón. En ese patio, Roberto Medina —que llegó a médico— y yo hicimos buena pareja, ganábamos con frecuencia. Los demás deportes no me atraían, aunque jugué un poco básquet. El alpinismo empezó a coquetear conmigo hasta primero de Medicina.

El señor Massard estaba encargado de los *boy scouts*. Parece que le caí bien pues pronto me atrajo a su organización y me nombró jefe de un grupo, creo que se llamaba Los castores. Por supuesto, yo no sabía mandar, ni siquiera ahora, y lo único que recuerdo es que les enseñaba las letras del alfabeto Morse y la comunicación con banderines. Yo me sabía las letras, pero nunca pude mandar un mensaje y menos aún recibirlo. Hicimos pocas excursiones para practicar nuestros conocimientos, como seguir una senda marcada, cuál era el norte, cómo poner un campamento, etcétera. La única excursión que más o menos conservo en mi memoria fue la ascensión al Telapón, en la Sierra Nevada, partimos de Río Frío o de Llano Grande y fue guiada por el señor Massard.

Tuvimos un compañero llamado Eulogio Gutiérrez, hijo de un general revolucionario, y otro compañero apellidado Regagnon, quien inventó la siguiente anécdota: el papá fue a inscribir a su hijo y el Hermano Gibert le preguntó el nombre del muchacho. El general respondió: "Su nombre es Ulogio Gutiérrez"; el Hermano Gibert apuntó *Eulogio*, pero el papá insistió: "No, señor Gibert, Ulogio, con U".

Las clases de historia me encantaban, me parecía estar leyendo una novela; las batallas de Napoleón en Italia me las sabía con detalles. Un día, el señor Vallet nos hizo un pequeño examen semanal y ordenó a todo el grupo que guardara sus libros y apuntes porque sabía que muchos copiaban. Yo guardé todo y empecé a escribir sobre la madera del pupitre un tema que conocía muy bien. Me vio el señor Vallet, me quitó la hoja, puso el libro de historia para que escribiera encima y me dijo que terminara. Me dio gusto, pues pensé que me tenía confianza. Fui el primero en terminar, tuvo tiempo para leerlo y sobre la marcha me puso diez de calificación.

Las clases de analítica nos las daba el ingeniero Álvarez, y las de raíces griegas, el profesor Flores; todas eran muy buenas. Yo estaba encantado con el griego y

fue una lástima que no nos dieran las raíces latinas, pues por culpa del presidente Cárdenas había sido necesario recortar el año y terminar en octubre.

Un profesor, que era muy querido por todos, fue el señor Ibarrola, maestro de modelado y de dibujo, que siempre me recordaba a Amado Nervo por sus facciones y por lo místico de su carácter. Sin embargo, era muy accesible y discutía cualquier problema con los alumnos. Hay una anécdota, contada por él, de que cuando rezaba o leía algún escrito en latín, con frecuencia el Hermano Gibert lo regañaba, pues decía *e* (*et* en francés), y no *et*, en latín.

Otro profesor a quien le teníamos gran confianza, quizá porque era el más joven, era el señor Emilio Chaurand. La mayoría de mis compañeros tenía grandes discusiones y pláticas con él. Cuando Cárdenas quiso modificar el sistema educativo y cerrar muchas escuelas particulares, algunos profesores se salieron de la orden de las Escuelas Cristianas, entre ellos el señor Chaurand, quien más tarde se metió en política y creo que llegó a diputado por Michoacán.

En una ocasión, el señor Gibert me llevó a una gran aula para que lo ayudara, estaba cambiando de lugar muchas hojas de herbario de líquenes. Resulta que era un experto en este orden de plantas y había reunido cerca de 500 especies diferentes del Valle de México. Yo sospechaba que su tesis era sobre este grupo de plantas, después supe que había publicado algunos artículos sobre ellas y su tesis. En 2006 le pedí a mi nieto Luis Escalante Meyrán que buscara dicha tesis en la biblioteca de la Universidad La Salle. La encontró y me hizo el gran favor de sacar una copia, era la tesis de maestría en Ciencias Biológicas, presentada en 1935. Por supuesto, como una persona dispuesta a tener aficiones, que se había iniciado en secundaria con mariposas, pronto empecé a coleccionar líquenes. Encontré unos que crecían en la cima del Nevado de Toluca y en el cerro San Miguel por La Venta. Después cambié a cactáceas. En la tesis, encontré más de 14 familias de líquenes, en cambio de las cactáceas solo una; ¡de la que me salvé!

En el grupo que estudiaba ingeniería y química solo había cinco o seis alumnos, y entre ellos sobresalía Aurelio Torres, muy inteligente, con gran memoria y ya con criterio. Siempre sacaba 10 de calificación en todas las materias. Años después supe que fue profesor en la Universidad de México y defensor apasionado de Emiliano Zapata.

En una ocasión llegó un inspector de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y nos dio una plática sobre historia, que consideraba desencadenada únicamente por motivos económicos. El único que se atrevió a hablar fue Aurelio Torres, quien mencionó las Cruzadas originadas por principios religiosos. Pe-

ro el inspector no podía quedarse callado y añadió: "Pero los resultados fueron económicos". Ya nadie dijo nada, pero una cosa en el origen y otra el resultado.

El grupo de abogados era mayor, había entre 10 y 12 estudiantes, que en general eran un poco flojos pues sacaban bajas calificaciones, casi siempre la mayoría estaba por debajo de las de los otros dos grupos. Recuerdo en una ocasión que un compañero apellidado Reynoso sacó 82 puntos en esa semana, fue el primero de los abogados y el último de los médicos obtuvo 80. Gozamos ver a Reynoso, que se sentía orgulloso y miraba con alguna vanidad al último de los médicos, con cierto aire de superioridad, a quien por primera vez había superado.

En 1935 planearon hacer una representación teatral para el fin del curso. En ella aparecía el personaje principal, muy serio, hablando cosas nobles y espirituales, además de otro secundario que decía tonterías y hacía reír. Me escogieron para el papel principal, que no me gustaba, pues estaba seguro de que haría mejor el otro, pero no podía negarme a ese papel y pedir el otro, hasta que el director de la obra, viendo mi desinterés, decidió cambiarme. Mucho le agradecí en mi interior.

En esa época, la preparatoria constaba de dos años, que hice en 1934 y 1935, pero a mediados del segundo año, el presidente Cárdenas, que según él trabajaba para el pueblo, empezó a atacar sus creencias. Había escuelas de hombres y de mujeres, implantó la educación mixta, le molestaba la Iglesia y empezó a cerrar las escuelas particulares, pues el gobierno debería encargarse de toda la educación del pueblo. Pronto se dio cuenta de que el presupuesto no podría pagar todas las escuelas y que no conseguiría suficientes profesores de la noche a la mañana, por eso tuvo que cambiar en muchos sentidos. Para evitar conflictos, el señor Gibert aceleró las clases, con el objeto de terminar en octubre, y logró que todo terminara sin problemas para los alumnos. Hubo una gran ceremonia de fin de curso, donde nos dieron diplomas y felicitaciones a Aurelio Torres y a mí. La fecha de mis calificaciones finales fue el 19 de octubre de 1935.

Poco después, el edificio pasó a la SEP para establecer una escuela secundaria. El afecto que he tenido a mi escuela se ha manifestado en que, de mis cuatro hijos, tres hicieron su carrera profesional en la Universidad La Salle: Jorge Francisco es ingeniero civil; Luis Roberto es ingeniero mecánico electricista y María Teresa es química farmacobióloga. Además, de mis nietos, Jorge Meyrán Villalobos es abogado, Luis Escalante Meyrán estudia Ingeniería Química y María Fernanda Escalante Meyrán cursa la preparatoria.

Fuentes consultadas

Adrián Gibert Nouvrier. (2013). *Colomundo*, (43), 18-20. http://docplayer.es/14087338-Celebramos-75-anos-integrando-valores-a-la-educacion.html

Hacemos comunidad. (2015). *Historia de Adrián Gibert*. http://historico.lasalle.mx/historia-de-adrian-gibert/71893/

II

Pierre Lyonnet Ménard, *fsc*
(Nicet Ernest)

(29/1/1902-6/2/1959)

En una de las notas personales de nuestro Hermano Pierre Lyonnet —destacado director, botánico brillante—, encontramos el siguiente paralelismo digno del mejor poeta bíblico:

> Vencer un poco todos los días: subir.
> Decaer un poco todos los días: traicionar.

Él mismo subrayó los términos y, con doble trazo, el verbo *subir*. En ello se sustenta la semblanza del Hermano Pierre Lyonnet, pues "subir es vencer, y traicionar, decaer" serán la constante en el actuar personal y apostólico de toda su vida.

El Hermano Lyonnet vivió en México a lo largo de casi 40 años (de 1921 a 1959) y es una de las figuras más emblemáticas y representativas del lasallismo mexicano de mediados del siglo xx.

Periodo formativo

Pierre Lyonnet nació en 1902 en la región de Le Puy-en-Velay, Francia, como tantos otros que fundaron la obra lasallista en México. Se trata de una región agreste, donde el esfuerzo y el trabajo son virtudes ancestrales, acom-

pañadas de una fe grande y generosa, cualidades que nuestro biografiado mostrará toda su vida.

Poco sabemos de sus primeros años hasta 1915, cuando entró en el noviciado de Vals, justo cuando la Primera Guerra Mundial ensangrentaba Europa. Poco después ingresó al de La Saulsaie cerca de Lyon, donde funcionaba igualmente el noviciado. Allí, en 1918, revistió el hábito de los Hermanos con el nombre de Nicet Ernest, con el que a veces firmará algunos trabajos (E. L. Ernest Lyonnet).

A causa de los vaivenes de la guerra, su noviciado concluyó en Bélgica, bajo la dirección del Hermano Nivard Joseph, futuro asistente. Perteneció al primer grupo de novicios posteriores a la guerra que se formó en esa casa perteneciente al distrito de París, aunque localizado a 15 km de Bruselas. Al finalizarlo, el 16 de noviembre de 1919, con valor y decisión, llegó al escolasticado misionero que funcionaba en la Casa Generalicia de Lembecq. Voluntariamente, por lo visto, emprendió un camino de mayor decisión apostólica, sin importarle mucho los grandes retos que se le presentaran, actitud constante en toda su vida.

Maestro en el Colegio Francés de San Borja (pensionado)

En México, la obra lasallista renació lentamente desde 1920 con instituciones educativas situadas solamente en la Ciudad de México. Se necesitaban nuevos Hermanos y el Hermano Pierre Lyonnet era uno de ellos. Dejó el puerto de San Nazario el 21 de noviembre de 1921, con otros tres compañeros: los Hermanos Benito Massard, Emilio Reversat y Gerardo Vacher, quienes, al llegar, se adaptaron al país gracias a su juventud y a su disponibilidad; en este lugar llegarían a ser educadores destacados.

El pensionado de San Borja, que contaba entonces con primaria e internado, y más tarde con secundaria y bachillerato, lo recibió con júbilo el 17 de diciembre de 1921, donde permanecería hasta diciembre de 1934, cuando lo incautó el gobierno.

Tres directores eminentes le señalaron los caminos de ascensión exitosa. El primero fue el Hermano Berthier (1920-1924), un parisino erudito, luchador, fundador varias veces, a quien se le considera el segundo fundador del distrito. El segundo fue el Hermano Cesáreo Boillot (1925-1930), distinguido, místico, fino educador y pedagogo perspicaz, constructor de un nuevo y flamante edificio. El tercero fue el Hermano Gerardo Monier (1931-1934), matemático tenaz, ejemplo del compromiso cumplido y religioso íntegro. Cada

uno de estos grandes directores dio sus toques para afinar la rica personalidad del Hermano Pierre.

Sus colegas del Colegio lo orientaron exitosamente en los años de iniciación magisterial. De ellos aprendió los secretos de una pedagogía basada en una esmerada preparación de las lecciones, a presentarlas con claridad y calificarlas con toda justicia. No tuvo dificultades en la disciplina escolar debido a su notable autoridad natural, pero tuvo que ensayar para tratar a los alumnos y comprenderlos, lo que le resultó más difícil.

Estos mismos alumnos le enseñaron mucho, y, como es consabido, el maestro se convirtió en discípulo en su salón de clases. Lo marcaron poderosamente, en particular el ambiente reinante en la institución por cierto exclusivismo imperante debido a la clase social de los alumnos, llegados de la provincia a la capital, por ser de las mejores familias cuyos padres han ocupado puestos públicos importantes, tales como presidentes de la república, presidente interino, ministros, embajadores, directores de consulado, directores de banco, gobernadores.

La organización de un internado resultaba compleja y exigente. En aquel entonces, cada grupo tenía dos titulares, quienes se repartían las lecciones, las vigilancias diarias y las ocupaciones de los días de descanso. Los campos de juego frente a los edificios ofrecían amplios espacios para campeonatos reñidos de futbol. Las fiestas escolares exigían preparación esmerada. Todo esto dentro de una coordinación que propiciara una educación dentro del orden, la disciplina, la eficiencia intelectual y la formación cristiana.

Entre 1931 y 1933, se impartían cursos los jueves en la comunidad de los Hermanos. Las materias versaban sobre química, lenguas y matemáticas. Uno de los maestros más destacados fue el Hermano Pierre Valette, que tenía que ir del centro de la ciudad (Colegio La Salle, Belisario Domínguez) a San Borja esos jueves y a Mixcoac los domingos para impartir las materias antes mencionadas. Evidentemente, los jóvenes debían acudir puntualmente y preparar los exámenes oficiales, que empezaron a presentar en 1931. Nueve fueron los Hermanos que se presentaron en ese año para la enseñanza secundaria. Por su cuenta estudió algunas materias en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la Facultad de Filosofía y Artes y, años más tarde, en la Normal Superior de Saltillo, Coahuila.

Allá pasó su juventud dedicado a aprender el idioma en el que pronto se convertiría en perito. Fue un maestro entusiasta y dedicado al trabajo, nervioso, usaba fácilmente la vara para machacar en el escritorio y así hundir

las nociones en la inteligencia. Su autoridad se asentó y su influencia sobre los alumnos perduraría. Su rectitud, su humanismo, su imparcialidad, sus exigencias educativas y su entrega total le trajeron gran aprecio y afecto duradero. A veces, algunas palabras cortantes o algún gesto de violento enojo podían sorprender, pero la serenidad recuperada aparecía de nuevo, la amistad con la mano tendida y la mirada pacífica.

En el floreciente establecimiento de San Borja vivió tanto sus éxitos como sus angustias, sus ideales tanto como sus afanes. Vivió, sobre todo, el acoso de los tiempos de persecución. Ahí permaneció toda la década de los 20 y el inicio de los 30.

Cuando a San Borja lo incautó el gobierno y se cerraron las obras lasallistas en la Ciudad de México, él estuvo presente en el peregrinar de los lasallistas en estas horas difíciles de hostigamiento del Cardenismo. Subsistió por medio de los grupos y de la Escuela Preparatoria Comercial, en la Ciudad de México, donde impartió clase; en aquella época llegó a usar otro nombre, dada la situación. En 1938, renacieron las escuelas y él fue maestro de bachillerato del Colegio Cristóbal Colón durante 1938 y 1939.

Apóstol *scout*

Una prueba más de la llama apostólica que ardía en el interior del Hermano Pierre Lyonnet era su dedicación al escultismo. En vista de las dificultades en dar una formación católica abierta en las escuelas, el arzobispo de la Ciudad de México insistió para que los superiores autorizaran el escultismo católico en los centros educativos. Así nacieron los primeros grupos *scout* lasallistas fundados por el Hermano Pierre Lyonnet; el quinto, surgió en el Colegio San Borja, guiado por el Hermano Benito Massard; y el sexto, en el Colegio Francés De La Salle, en la calle Belisario Domínguez, con la ayuda y la entusiasta participación de otros Hermanos, como Luis Lozano, entre otros.

Durante generaciones, estos Hermanos inculcaron en otros, en alumnos y en los jóvenes en formación el amor a la naturaleza y la realización de grandes excursiones, una tradición que se mantiene hasta hoy en la vida de los lasallistas.

El Hermano Pierre se entregó en cuerpo y alma a este nuevo apostolado y acertó plenamente: su amor a la naturaleza y por los bosques, su espíritu de observación, su sentido de responsabilidad, su amor e intuición para la juventud hicieron de él “un jefe intachable”. Exigente, en particular con los jefes de patrulla en lo concerniente a la ley, quiso desarrollar en los mucha-

chos la resistencia física, la virilidad, la disciplina, la lealtad, la consistencia, el sentido de responsabilidad y la devoción a la buena acción cotidiana. Como él mismo era auténtico modelo de estas cualidades, se sentía con derecho para insistir en el "presente" frente a cada una de las ocasiones en que había que cumplir el deber.

Su labor *scout*, comenzada en el Colegio San Borja, continuó en el Colegio Ignacio Zaragoza, donde fundó Grupo I, primer grupo *scout* de Saltillo; después, prosiguió con su obra en el Colegio Cristóbal Colón.

Botánico diligente y brillante

Un aspecto poco conocido y menos valorado de la personalidad del Hermano Pierre Lyonnet es su labor científica en el terreno de la botánica. Como fruto de su esfuerzo científico, resultó ser considerado uno de los notables valores de la provincia mexicana. Su modestia patente ocultaba sus hazañas y éxitos. Solo pocos íntimos y algunos museos sabían de ellos. Jamás se le oyó mencionar siquiera los títulos que lo pusieron en contacto con organismos de singular importancia cultural como la Internacional Faculty of Sciences de Londres, de la que fue miembro; o tampoco hablar de sus amistades con eminentes botánicos de otras instituciones, como el Botanical Museum de la Universidad de Harvard y el Smithsonian Institution en Washington.

En un informe presentado a la Comisión de Estudios de la Universidad Nacional[1] para solicitar autorización de impartir cátedra en Ciencias Biológicas, se encontraron estos datos que descubren, en parte, su modestia oculta de siempre. En sus excursiones de coleccionistas, descubrió más de 30 plantas nuevas. Algunas llevaban su nombre. Así, por ejemplo, la *Carx Lyonneti*, la *Parosela Lyonneti*, la *Salvia Lyonneti*, la *Helietta Lyonneti*, entre otras. Se dice que entre 1923 y 1957 recolectó ejemplares de herbario en los alrededores de la Ciudad de México, en el Estado de México, Guerrero, Hidalgo, Coahuila, Morelos y Veracruz, y que en las etiquetas que empleaba aparecía el nombre de Ernest Lyonnet, aunque fuera conocido en México como Pierre Lyonnet (Rzedowski, 2009, pp. 74 -75).

Para aquel momento, el Hermano Pierre no reducía el esfuerzo, la tenacidad, la paciencia, la escrupulosidad en el empleo del tiempo, la sed científica y el amor a la obra de Dios creador; era un hombre siempre dispuesto a "ven-

[1] De donde había sido alumno, pues estudió algunas materias en la Facultad de Filosofía y Artes, como se escribió anteriormente.

cer" y "subir". Los que convivieron con él conocían las extenuantes excursiones por barrancas y montañas y las ascensiones a los nevados y volcanes que le proporcionan ricas cosechas botánicas. Y lo veían aún, callada y sigilosamente en sus cartapacios: labor de hormiga, de perseverancia, de benedictino y, por otra parte, de hombre cargado de responsabilidades administrativas.

Actualmente, el herbario del Hermano Pierre Lyonnet es propiedad de la Universidad La Salle Ciudad de México y está dado en comodato a la UNAM, que lo cuida y preserva en excelentes condiciones.

El soldado, el fugitivo

En la madurez de su vida, Lyonnet recibió un impacto que solo los valientes pueden superar. En septiembre de 1939, rumbo a Roma, llamado por los superiores al curso de renovación espiritual, segundo noviciado, le sorprendió el inicio de la Segunda Guerra Mundial en su tierra natal. La movilización de Francia lo detuvo en el camino y tuvo que servir a la patria bajo el uniforme militar. La invasión alemana y la capitulación del 25 de junio de 1940 lo devolvieron a la vida civil y religiosa y a su labor educativa. México estaba demasiado lejos, de modo que sirvió en la escuela Yssingeaux por un año en espera de una oportunidad para retornar a la tierra de sus amores juveniles.

Con las debidas autorizaciones emprendió una odisea para regresar. Los relatos de sus aventuras han sido muy parcos. Solo se sabe que en el paso de la frontera francoespañola tuvo serios riesgos. Permaneció en Bilbao hasta localizar algún barco que lo llevara a las Antillas. Desde un puerto cubano, sin dinero, pudo llegar a La Habana, a casa lasallista, sano y salvo. Después, su clásica tenacidad lo hizo llegar a la calle Sadi Carnot, al Colegio Cristóbal Colón, en la capital mexicana, de donde había salido años antes, en ese entonces listo para reemprender la marcha.

Director y fundador

Más maduro que nunca, pudo dar el ciento por ciento. Hasta su muerte así lo hizo y sin reticencias. Estuvo nuevamente en el Colegio Cristóbal Colón por breve tiempo. En 1942, Saltillo fue el escenario de su destacada labor como inspector, primero, y después como director del Colegio Ignacio Zaragoza, que contaba con primaria y secundaria; se desempeñó allí durante cuatro años muy felices para todos.

Estuvieron con él los Hermanos Paul Ayel Fayel, José López Galván, Guillermo Alba López, Javier Bordes Vértiz, César Rangel Barrera, entre otros. Junto con los demás Hermanos, se inscribió para estudiar en la Normal Superior de Saltillo. Fue para todos un ejemplo del valor del estudio en un maestro.

A continuación, el testimonio del arquitecto José María Morales del Bosque, quien fuera director de Obras Públicas de Coahuila y un antiguo alumno del Colegio:

> Lo principal para mí fue tener un director y profesor que venía de Francia. Acababa de salir de la Segunda Guerra Mundial. Se llamaba Pierre Lyonnet y le gustaba mucho la naturaleza; fue un gran impulsor del movimiento de los *boy scouts*, no el iniciador, pero sí el impulsor. Otros grandes promotores fueron los profesores Moreno, José Sánchez —enamorado de la naturaleza— y Julio Landeros, pero yo me sentí muy bien con Lyonnet.

Para José María este encuentro y la convivencia con su profesor de origen francés fueron determinantes, pues sintió que "era el camino que debía seguir: admirar la naturaleza en todos los sentidos".

> En el encuentro con la naturaleza, lo mejor para mí era admirar el firmamento, cómo está compuesto el cosmos, observar la luna, las nubes, preguntarme cómo se produce la lluvia... Aprendí muchísimo. Ahí cocinábamos, aprendíamos de primeros auxilios y nos comunicábamos, ya fuera a través de radio a galena o con la técnica del semáforo: una manera de transmitir mensajes mediante una bandera. Nos daba trabajo resolverlo, pero además de divertido, era fundamentalmente útil.

Admiraba a Lyonnet: "Era muy trabajador y entregado. Sabía, además, cómo transmitir sus ideas. Le gustaba mucho la excursión, descubrir trayectos nuevos por las sierras". Cuarenta niños se iban de excursión. José María pertenecía al Grupo número I, en la patrulla de las Águilas. "Lo que más me gusta de estas aves es su inteligencia y su capacidad de percibir todo desde muy lejos", comenta. Ahí aprendió a hacerse responsable de un grupo, pues llegó a ser jefe de patrulla. Se programaban excursiones en determinada fecha, se montaban los campamentos, con tiendas, con carpas, cocina, un monumento central, con la bandera de la patrulla en la cima. La comparación

es ineludible: ser jefe de patrulla era como ser el jefe de una familia, pues tenían como obligación supervisar el lugar donde se asentaban y vigilar que todo quedara igual o mejor de cómo lo habían encontrado.

El Colegio Cristóbal Colón lo volvió a llamar para que el Hermano Pierre fuera subdirector y en esa ocasión estaría allí por 11 años seguidos. Pondría sus aptitudes, su rica experiencia y sus energías al servicio de la gran obra que entonces contaba con 3 mil alumnos. La institución contaba con primaria, secundaria, bachillerato y normal primaria, y se suprimieron los estudios comerciales. Comenzó, en 1946, como subdirector y, un año después, tomó la Dirección General de este importante centro escolar. Serían precisas muchas páginas para relatar sus acciones. Baste decir que se entregaba a ellas en cuerpo y alma. Su propósito fue mejorar en todos sus aspectos la obra que recibió y no escatimó esfuerzo alguno para llevarlo a cabo.

Junto con la comunidad de más de 30 Hermanos, Lyonnet esbozó varias líneas de crecimiento para la institución. La obra material se agrandó con adquisiciones de las casas marcadas con los números 7, 12 y 25 de Sadi Carnot. Acarició la idea, que no vio realizada, de efectuar la construcción del Colegio en una nueva ubicación. También pensó —soñó tal vez un poco—, como línea institucional de crecimiento y mejor servicio a la sociedad, en dotar a la institución con una escuela técnico-mecánica y luego con una imprenta; de estos dos focos surgirían destinados a elementos más inclinados a las artes gráficas y a trabajos industriales. Desconocía los problemas que iban a brotar y que, al cabo de varios años, arruinarían tan elevados proyectos y harían mella en la economía. De allí emanaron para él penas y sufrimientos, incomprensiones y decepciones, mas su férrea voluntad no se amilanó, aunque su salud resintió los golpes.

Sin embargo, cuánta admiración y estima supo crear en padres y alumnos hacia su persona y hacia el centro educativo de Sadi Carnot. Es de destacar su constante generosidad con las familias que pasaban por momentos difíciles: pérdida de empleo, crisis económica, viudez, orfandad, invalidez. Los detectaba y estaba presto a ayudarles para que los alumnos continuaran su educación hasta que la concluyeran. Una vez encontró en el patio a una madre de familia viuda preocupada y le preguntó por su situación. Ella respondió que no tenía dinero y que sus hijos iban a dejar el Colegio, a lo cual el Hermano Pierre respondió con su típica energía y gran bondad: "Aquí nadie le está cobrando, está becado, el muchacho corre por mi cuenta", y el jo-

ven continuó en la institución hasta terminar sus estudios y llegar a ser un brillante profesionista.[2]

Un antiguo alumno recuerda: "El señor Pierre Lyonnet, director general del colegio que tenía una rica personalidad y, aunque imponía con su presencia, sabía darnos la confianza de un ser excepcional. Fui becado desde primaria hasta preparatoria".

Con los Hermanos de su comunidad (Rafael Cortés, Juan Bulbulián, Manuel Ibarrola y Gerard Vacher) se produjo el mismo fenómeno, de tal modo que para el Hermano Pedro Lyonnet su comunidad ocupaba el primer lugar en su espíritu y en su corazón. Después seguirían familias y alumnos. Cuando alguno de los Hermanos lo necesitara, podría acercarse a él donde quiera que estuviera y abandonaría la entrevista o la ocupación para atenderlo con amabilidad. "Nos amaba como padre —escribe uno de sus colaboradores, director hoy en día—. Indulgente y muy bueno para con los jóvenes, concedía amplia libertad para organizar los días y formar religiosos viriles y responsables". Un inferior que le manifestó cierto día que no necesitaba nada en especial recibió esta explicación que plasma su criterio de superior religioso: "Mi deber es darle todo lo que le haga falta, hasta ciertas comodidades. Pero le toca a usted ser austero y ver cuál de estas cosas hará el sacrificio".

¡Oh! Pero no todo fue miel y color de rosa. Bajo su dirección, los indolentes, irresponsables y versátiles supieron de su virilidad, su energía y de algunas rudezas momentáneas. No obstante, su corazón generoso y comprensivo pronto volvía por sus fueros. Cuando algún Hermano manifestaba decaimiento, cansancio o rutina, lo increpaba con su frase: "No se fosilice, *monsieur*".

En sus conferencias, los pensamientos fuertes y sensatos iluminaban el camino de ascensión y alentaban la formación del hombre, del cristiano y del religioso educador: "Demos a nuestros alumnos convicciones sólidas capaces de sostener la voluntad en momentos difíciles". Es de destacar que la comunidad fue escuela de jefes, de ahí surgieron Hermanos que, andando el tiempo, llegarían a ser brillantes guías: Rafael Martínez, director, visitador y asistente; Víctor Bertrand, director y visitador; Manuel Álvarez, director y rector fundador por dos veces seguidas; Ignacio Tapia, tres veces director fundador; Miguel Pasillas, dos veces director fundador; Guillermo Alba, director fundador y rector; Samuel Martínez Baca (Brendan Camilus), director; Gilberto Martínez, director; por mencionar algunos.

---

[2] Parece que Pierre Lyonnet perdió temprano a sus padres, tal vez de ahí su atención a los que pasaban por algo semejante.

Sus diez años de responsabilidades agobiantes del Colegio Cristóbal Colón de México le exigieron mucho y le proporcionaron grandes alegrías y no pocas pruebas. En 1957, cedió el puesto y tomó un descanso ahí mismo, con el fin de ser, en septiembre de 1957, el primer director lasallista en Tapachula, Chiapas. Clima tropical agobiante, escasez de todo, inicio, adaptación a un ambiente diferente del de la Ciudad de México; todo ello le ocasionó un agotamiento general de las fuerzas físicas y, al final de 1958, tuvo que ser trasladado por un antiguo alumno a la capital para internarse en el Hospital Francés.

En la expansión lasallista por México

Un rasgo igualmente poco conocido del Hermano Pierre Lyonnet fue su preocupación porque las obras educativas lasallistas se expandieran por todo México, a las que prestó su apoyo incondicional.

Se le vio siempre muy comprometido con las obras lasallistas mexicanas, aun en los tiempos de mayor dificultad, como fueron la persecución religiosa y la supresión de las obras educativas católicas durante el Cardenismo; además, estando en Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, logró regresar a su querido México para continuar trabajando en su segunda patria.

Hubo nuevas oportunidades para demostrar este compromiso, aunado a una gran visión. Así, adquirió la propiedad de Tetela, en Cuernavaca, Morelos, al considerar el descanso semanal de los Hermanos de la comunidad; este espacio ha resultado de mucha utilidad para los Hermanos y las comunidades educativas en sus convivencias y retiros con alumnos.

Los hermanos del Distrito habían reabierto la obra de Monterrey en 1942 y ahí iría años más tarde un grupo de hermanos del Distrito de México, en 1949. Al terminar el segundo noviciado en Roma, en 1948, llegó el Hermano Víctor Bertrand a la comunidad del Colegio Cristóbal Colón, donde permaneció durante un año, mientras se preparaba para ir a Monterrey como el primer director mexicano.

En 1949 se fundó la obra lasallista en la Basílica de Guadalupe. El primer director fue el Hermano Ignacio Tapia Gálvez, quien formaba parte de la comunidad del Colegio Cristóbal Colón. Ciertamente, el Hermano Pierre Lyonnet apoyó dicha fundación, que de hecho se presentaba como una extensión del Colegio Cristóbal Colón, la Escuela Cristóbal Colón, y propuso generosamente al Hermano Ignacio como director de tan significativo centro educativo, que contaba con el Coro de Infantes de la Basílica de Guadalupe y abriría la primaria ya incorporada y, posteriormente, la secundaria.

Los Hermanos de los Colegios Cristóbal Colón y Simón Bolívar fundaron la primaria gratuita La Salle que, aunque comenzó a funcionar el primer año en Tacubaya, se cambió al año siguiente a la calle Xola; estuvo a cargo del Hermano Gerardo Monier entre 1952 y 1961. El proyecto llegó a su fin, pero su personal estuvo en la fundación de la Escuela Rosaura Zapata (actualmente Escuela Gerardo Monier).

El Colegio Benavente, en Puebla, estrenó instalaciones en 1949. Tres años más tarde, el Hermano Emilio Reversat tomó la dirección del Colegio y terminaba de pagar lo ya construido, por lo que pidió ayuda económica al hermano Pierre Lyonnet para construir un gran auditorio. El Hermano Lyonnet, con su habitual generosidad y la gran visión que lo caracterizaba, ayudó de inmediato y desinteresadamente, lo que aportó grandes beneficios tanto al Colegio como a la misma ciudad de Puebla, pues durante varios lustros fue el auditorio más grande de dicha ciudad, escenario de obras nacionales e internacionales de diversos géneros.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, la sociedad mexicana demandaba crecimiento educativo y se dio una discreta apertura gubernamental a la educación privada. Las peticiones de la Iglesia fueron constantes, así como el aumento de vocaciones de Hermanos; todo esto facilitó la apertura de nuevas obras lasallistas, aunque faltaría la iniciativa y el compromiso de personas visionarias. Los superiores comentaban que, aunque les pedían abrir nuevas obras, no contaban con suficientes Hermanos, a lo que el Hermano Lyonnet respondió espontáneamente: "Abran las obras y entonces tendrán Hermanos, y de mi parte yo les doy dos Hermanos de mi comunidad". En ese momento, el Colegio Cristóbal Colón contaba con más de 30 Hermanos, varios de ellos con amplia experiencia. A quienes recomendó fueron los Hermanos Miguel Primitivo Pasillas y Guillermo Alba López. Alba, a quien ya lo conocía desde Saltillo, llevaba años trabajando en la Primaria del Colegio Cristóbal Colón. Había estudiado en la UNAM hasta obtener su doctorado en Geografía y el Hermano Pierre le tenía plena confianza, una bien merecida.

Así se procedió para la apertura de la primera de muchas obras. El 7 de febrero de 1952 se fundó en León, Guanajuato el Colegio La Salle; el primer director fue el Hermano Guillermo Alba López. El Hermano Lyonnet lo llevó personalmente en automóvil a León y lo dotó económicamente para los inicios. Se formó un patronato para construir el primer edificio y el Hermano Pierre también cooperó con una fuerte ayuda económica para este. Un año después, algo similar ocurrió para otra de estas fundaciones, la de Lagos de

Moreno, Jalisco, el 5 de septiembre de 1953. El primer director fue el Hermano Primitivo Pasillas Cabral, que llegó en abril de 1954.

Siguiendo este impulso, se abrieron aceleradamente muchas obras en todo México durante las décadas de los 50 y 60 gracias al aliento inicial del Hermano Pierre Lyonnet. De una de esas obras, el Colegio Miguel Hidalgo de Tapachula, Chiapas, el Hermano Lyonnet fue el primer director en septiembre de 1957.

Es importante hacer notar que para celebrar el cincuentenario de la llegada de los primeros Hermanos a México (diciembre de 1905 a la ciudad de Puebla), se conmemoró dicho acontecimiento durante 1955 y 1956. El Hermano Lyonnet, junto con los Hermanos de la comunidad del Colegio Cristóbal Colón de Sadi Carnot y los de la capital de la república tomaron las celebraciones en sus manos e hicieron festejos muy brillantes en el estadio de la Ciudad de los Deportes, en el Auditorio Nacional y en la casa de Tetela. Se destacaron entre ellos los Hermanos Salvador Pérez, como principal animador y orador, junto con Rafael Martínez y Mariano Ramírez, así como Manuel Álvarez, Antonio Carrillo, Gilberto Martínez y Francisco Leonel de Cervantes.[3]

En el Hermano Pierre, destacó su preocupación constante por que los Hermanos de su comunidad se superaran en la madurez personal, en los estudios académicos, en sus funciones docentes y apostólicas, particularmente aquellos que menos oportunidades habían tenido; si les habían dado otras funciones ajenas al magisterio, él plenamente los orientaba hacia la docencia. Varios estudiaban en la Normal Superior y otros tantos en la UNAM.

Por último, junto con otros Colegios, aportó una ayuda económica para la construcción del aspirantado, en León, Guanajuato, cuya apertura ocurrió el 10 de septiembre de 1958. Hay que destacar que los donativos que hizo a las instituciones aquí nombradas jamás fueron mencionados, pasaban inadvertidos gracias a su auténtica generosidad y gran discreción.

Muerte: premio de una fundación

El último surco de esta vida quedó inconcluso. Llevaba a cuestas 57 años, pero su organismo ya exigía atenciones y él no era de los que sabía escuchar sus reclamaciones. Los diez meses del curso en Tapachula fueron agobiantes para él y vencieron su espíritu indómito. En un estado muy delicado, llegó

[3] Por su parte, en el Colegio Benavente de Puebla, el Hermano José Muñoz Zepeda fundó la Normal Superior Benavente, en 1956, para conmemorar el cincuentenario de la llegada de los Hermanos a Puebla, donde comenzaron las primeras obras lasallistas en México.

en avión a la Ciudad de México acompañado por uno de sus exalumnos, médico. Entró en el Hospital Francés a fines de diciembre. Cuando empezaba a brillar cierta esperanza, cuando él volvía a pensar en su trabajo, el Señor lo llamó y, él, fiel servidor, se presentó con las manos cargadas de frutos cosechados a lo largo de su intensa marcha ascendente.

Él también conoció los honores, los éxitos y las muestras de admiración y de estimación, pero tuvo igualmente que beber el cáliz hasta las heces. Los que lo conocieron, sobre todo quienes vivieron bajo su guía, no olvidarán al amigo sincero, al hombre enérgico, al religioso íntegro, al jefe animoso, cuya palabra y ejemplo siempre apuntaron hacia el recto camino que asciende las cumbres entre peñascos.

Su muerte acaeció a las cinco de la madrugada del 29 de enero de 1959 en el Hospital Francés. En cuanto fue conocida, una conmoción estremeció la comunidad del Colegio Cristóbal Colón. La casa de Sadi Carnot núm. 12 se transformó en capilla, se llenó pronto de exalumnos de toda profesión y clase social. Al día siguiente, un numeroso cortejo fúnebre se organizó después de una misa de cuerpo presente para acompañar sus restos mortales a la cripta del Panteón Francés de la Piedad. Actualmente, sus cenizas descansan en la capilla de las casas de formación en Tlalpan.

El hombre

La noticia de su muerte empezó por una descripción suya de cuando era joven, con los rasgos salientes que mantendría toda su vida: “Pequeño, nervioso, mirada penetrante y siempre en actividad, incapaz de ver sufrir a los demás” es su perfil característico. Sus cualidades morales perfeccionan su naturaleza de arrastre: “Temperamento de acero —lo llaman—, acostumbrado al valor, al sufrimiento y la dificultad”. El hombre amaba el esfuerzo físico donde quiera que viviera: las largas caminatas por barrancas y montañas de veinte horas seguidas, las excursiones por cavernas y ríos subterráneos (Chontalcoatlán, San Jerónimo) y los ascensos a cumbres altas del país, como el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl (5400 metros) lo tonificaban. La dificultad lo atraía y sabía comunicar su entusiasmo prudente y previsor a su alrededor.

Gran amigo de la naturaleza, que atiende a los perros, paciente observador de los mínimos detalles, conoce a la perfección bosques, quebradas, precipicios, cavernas, ríos subterráneos y grietas de volcanes. Ama particularmente las orquídeas. Así conserva en estos pensamientos tan suyos:

> Alma renovada, rejuvenecida, alma purificada por el soplo de la naturaleza, enternecida por el rocío, endurecida por las duras caricias del sol; llena de bondad y de fuerza por Dios; generosa frente a las exigencias de Dios, será un alma que burlará las trampas sin miedo, se enfrentará a los malos momentos, deberes austeros y difíciles.

Este hombre activo es amigo de los libros, verdadero apasionado de la lectura, pero no de una lectura superficial y frívola. Y con todo, la primera sección del periódico *Excelsior* que lee los domingos es la de los "monitos" para conocer el lenguaje y la sociología de los mexicanos. Quiere que los jóvenes gusten de leer: "Aquí tienen pedagogía, historia, biografía. He aquí cómo se toman apuntes clasificados"; "leer mucho —había escrito por sí mismo— para escoger... Ser muy exigente en mis lecturas. Leer algunas vidas de Jesús... Consagrar un tiempo determinado a estudiar el Evangelio".

Con este sustento humano, ricas cualidades humanas se desarrollan. Su enumeración es larga: energía, rectitud y lealtad a toda prueba, magnanimidad de alma, espíritu abierto y elevado, humanismo en sus relaciones, compasión benévola, fortaleza de ánimo, entusiasmo comunicativo, enemigo de mezquindades. Además, ardoroso en el trabajo y avaro del tiempo en su empleo, dignidad intachable en sus palabras y en su persona a pesar de sus expresiones pintorescas, pero nunca triviales. Toda esta cohorte de cualidades hace de él una personalidad amable, fuerte, atractiva, que provoca el aprecio, el afecto, cierta admiración: con él la obediencia resultará más fácil, es un verdadero jefe con todas las cualidades necesarias; tenía don de mando. Su nobleza de carácter le hará reconocer sus errores y el momento oportuno le dictará una excusa sincera.

La síntesis más completa se halla en un artículo publicado en el libro *Memoria del Colegio Cristóbal Colón* en 1959 con ocasión de su fallecimiento: "Duros trabajos, abnegación constante, vicisitudes sin número, incluidas las de los años difíciles de la persecución religiosa, no fueron capaces de quebrantar su valor indomable del que, habiendo dado todo, jamás mostró mediocridad en un solo detalle".

Religioso convencido

Con el relato anterior de su vida de total entrega a su ideal de subir todos los días un poco, adivinamos que, desde temprano, su donación a Dios fue sincera y definitiva. Vivió su vida religiosa en los tiempos más difíciles de la historia contemporánea y la llevó con toda seriedad. Sus virtudes, netamente

cristianas y religiosas, tampoco menguaron: piedad robusta y constante sin contemplaciones; pobreza personal sin complacencias para con él y menos exigente para los demás; austeridad de vida en el comer y en el descanso. Su fidelidad en las prácticas espirituales rayaba en lo excepcional para estar a veces al frente de la comunidad a las cinco de la mañana a pesar de las dos o tres horas de sueño que tenía por motivos de viajes o paseos; habitualmente, se levantaba una hora antes que todos los Hermanos para efectuar la lectura espiritual, dadas sus apremiantes ocupaciones. Su obediencia respetuosa y sin crítica a los superiores, su recato, dignidad y reserva en el trato con el exterior; todo indicaba un hombre poseído por Dios y que creía en su amor. Esta alma forjada en el esfuerzo por una voluntad firme y centrada en Dios y en el deber, como dice Morris West en *Las sandalias del pescador*: "Podía sentarse con los pies desnudos debajo de un árbol y encender el mundo" (West, 1975, p. 293).

Ya se mencionó su piedad no expansiva, pues no correspondía a su personalidad, pero se le pueden aplicar las palabras del Evangelio: "No son los que me dicen 'Señor, Señor', que entrarán en el Reino de los Cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre". El Hermano Pierre Lyonnet formaba parte de esa élite. Además, una de sus notas cita la palabra de Romano Guardini que define muy bien su relación con Dios: "El que es honrado para con Dios se da cuenta pronto que la oración no es solamente expresión espontánea del interior, sino también y ante todo un servicio que tiene que ser cumplido con fidelidad y obediencia".

Fuentes consultadas

Rzedowski, J., Calderón de Rzedowski, G. y Butanda, A. (2009). *Los principales colectores de plantas activos en México entre 1700 y 1930*. Instituto de Ecología A. C. y Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad. https://vsip.info/botanica-21-pdf-free.html

West, M. (1975). *Las sandalias del pescador*. Andrés Bello.

III

Narciso Antonio de Jesús Lozano Bernal, *fsc* (Antonio María)

(5/11/1901-31/1/1972)

Zacatecas señorial

Decía el Hermano Antonio Carrillo sobre Zacatecas:

> Tierra cobijada por el maternal patrocinio de Nuestra Señora de los Zacatecas. Tierra en apariencia pobre, en su mayor parte, un espléndido erial. Esconde en su seno sus riquezas: corren por sus entrañas ríos de luna convertidos en plata. ¡Qué misteriosamente bellas son tus hondonadas y tus cimas, donde diste a luz caseríos, iglesias, callejones y a tu hija predilecta: el milagro rosado de tu catedral! ¡Qué sorprendentes son tus auroras, tus mañanas, tus tardes y tus noches! Arropadas siempre con ese manto tenue de tu frío (En La Salle, 2015).

A la señorial Zacatecas, auténtica joya colonial, su armonía arquitectónica la coloca entre las más importantes y atractivas del país. El mismo Felipe II, rey de España, le concedió en 1588 tanto el título de "muy noble y leal ciudad de Zacatecas", como su escudo de armas. En él aparecen las figuras de los cuatro fundadores (Juan de Tolosa, Diego de Ibarra, Baltasar de Bañuelos y Cristóbal Oñate) debajo de las cuales se lee: "*Labor vincit omnia*" (el trabajo todo lo vence). La peña grande central representa el cerro de la Bufa,

que sirve de fondo a la imagen de Nuestra Señora por haber sido descubierta en aquel cerro precisamente el día de su glorioso nacimiento. Se observan en el escudo, además, el sol y la luna como marco, cinco arcos y sus respectivos manojos de flechas.

El típico urbanismo de la ciudad, supeditado a la orografía propia de la región, y sujeto a las sinuosidades mismas de la topografía, crea calles en desnivel de líneas ondulantes o quebradas que originan así callejones y rincones de mágico encanto. En agreste colocación, surgen conventos, templos y edificios que crean un maravilloso paisaje al pie de cerros de ásperas crestas.

Su catedral, representativa del barroco mexicano, construida de 1730 a 1760 por arquitecto desconocido, constituye el polo atractivo de la urbe. La fachada principal, magnífico retablo de cantera rosa, ofrece tres cuerpos y un remate artístico que, en relieve, representa al Padre Eterno. Esta fachada, homenaje a la eucaristía, constituye un verdadero poema de piedra. En el centro del segundo cuerpo se observa un magnífico y redondo ventanal cuyo admirable marco se antoja estupenda corona de cantera magistralmente labrada, que remata en su parte superior en airoso y bellísimo ostentorio al que sirve de pie un ángel atlante. Son las enhiestas y bellísimas torres de catedral elementos característicos e inconfundibles del paisaje zacatecano. Se componen de dos cuerpos y un remate; en cada una de ellas, se abren dieciséis campanillas; la elegancia de estas torres completa la belleza típica del templo. Cada remate va coronado por graciosa linternilla al igual que la cúpula.

No cabe duda de que la vida moderna ha invadido también Zacatecas. Se ofrece en ele al turista un viaje único de la Bufa al cerro del Grillo: recorrer de un lado a otro por el aire el funicular y luego, de inmediato, penetrar en las galerías subterráneas de una mina. Sí, da gusto viajar a bordo de los más modernos vehículos funiculares fabricados en Suiza y, desde una altura de ochenta metros, contemplar la ciudad y encontrarse con ángulos nuevos. Resulta una vista a "ojo de pájaro" inolvidable. La travesía es de unos seiscientos metros desde la Bufa hasta la mina el Edén en el Cerro del Grillo. Viaje tranquilo, silencioso y muy agradable hasta la boca misma de la mina. Se ofrecen entonces al viajero túneles, tiros, galerías y socavones que le permiten conocer realmente una mina a bordo de un trenecito, mientras escucha las sencillas explicaciones del minero. Entre las galerías se abren pozos verticales —los tiros— y se va recorriendo así un laberinto que llega a sumar docenas de kilómetros. Aseguran que bajo la ciudad hay unos 200 km de túneles. Hace 700 años que se extraen minerales de aquí. Con ese caminar, en

el mundo de los minerales, se encariña uno con las piedritas y, como es natural, se llega al final a la tienda de los recuerdos donde pueden conseguirse bellísimas ágatas, refulgentes metales: cuarzo, pirita.

He allí pues Zacatecas, la cuna del Hermano Antonio María, quien llegaría a ser formador, visitador del Distrito Antillas-México y asistente del Hermano superior general en América Latina. En él reconocemos también su afición. Solo que lo buscado por él fueron las vocaciones.

Infancia

Dentro de una familia cristiana, nació Antonio el 5 de noviembre de 1901, a la una de la mañana, según el acta de bautismo. Recibió en el sacramento, el nombre de Narciso Antonio de Jesús. Es oportuno recordar que, en 1936, el mismo Hermano Antonio escribió:

> Para presentarme en el templo según la costumbre cristiana —40 días después del nacimiento—, mamá no quiso o no pudo realizarlo sino el 12 de diciembre; así lo he visto en un libro encuadernado con tela roja. Así pues, nuestra dulce madre se dignó desde entonces a acogerme bajo su protección.

Principiaban así las providenciales coincidencias mariales, cuya repetición fue marcando al Hermano Antonio a lo largo de su vida.

Su señor padre poseía una importante casa comercial en la ciudad, riquísima antaño, gracias a los yacimientos argentíferos explotados durante varios decenios. De su virtuosa madre, conservó un recuerdo imborrable. Doce años tenía Antonio cuando la cristianísima señora falleció repentinamente, mientras leía una meditación sobre la muerte.

Debió ser exquisita la educación familiar, ya que cualquier asomo, no ya de vulgaridad, sino de mera descortesía, calaba muy hondo en el Hermano Antonio María, modelo siempre de fina y sencilla caballerosidad. A quienes tenía mayor confianza, solía dirigir oportunas y atinadas observaciones y sus indicaciones resultaban altamente formativas.

Dócil y obediente, apareció ya a los cinco años en el recuerdo de su hermana, religiosa teresiana, quien señaló que a esa edad asistiría Toñito a la clase de párvulos en la escuela del Sagrado Corazón. La religiosa encargada de los pequeños subrayó sus nacientes cualidades, al decir a la mamá: “Toño es un niño muy dócil y obediente”.

No había cumplido aún los ocho años, cuando pidió a su mamá que le mandara a hacer un altarcito que él mismo cubrió después con papel tapiz. Celebraba mayo con gran fervor, arreglando el altar con flores y velitas e invitaba a sus hermanos y amigos a rezar el rosario en un pequeño cuarto que su mamá le había cedido.

Sus papás, de sólida tradición cristiana, nunca dejaban ni la misa ni la comunión diarias. Don Antonio, su padre, siempre que llegaba a la casa, lo primero que hacía después de descubrirse era acudir a besar los pies de un Santo Cristo que se encontraba en la sala, no sin haberlo saludado antes en voz alta con estas palabras: "¡Bendito seas, Dios mío! ¡Bendito seas!". Doña Rosa, su madre, acostumbraba a dedicar por las tardes un tiempo razonable a la lectura de temas espirituales.

Su hermano mayor, José Refugio, iba ya a casarse. Todo estaba listo, pero Dios Nuestro Señor lo llamó de este mundo. En cuanto a José Guadalupe, el segundo de la familia, sí contrajo matrimonio. Dios lo bendijo con tres hijos de los cuales la mayor ingresó con las reverendas madres del Verbo Encarnado. Una de sus hermanas, Rosa, ingresó como religiosa teresiana; su hermano Luis, con los Hermanos lasallistas; Anastasio permaneció soltero.

Entre tanto, el 6 de abril de 1908, abrió sus puertas en Zacatecas el Instituto Científico de San José. Iniciaron seis Hermanos lasallistas y 46 alumnos bajo la dirección de los Hermanos Adrien Marie Astruc y Adolphe-François Gilles, director e inspector, respectivamente. Pronto ingresó Antonio en las clases de primaria. Con cuánta satisfacción recordaba, gracias a su extraordinaria memoria, los variados acontecimientos de la vida escolar: solemnidades religiosas, celebraciones académicas, paseos organizados por el Hermano director, incidentes pintorescos en las aulas. Perteneció a la congregación del Sagrado Corazón y el testimonio de auténtica y fervorosa vida religiosa ofrecido por la comunidad hizo sin duda germinar la simiente vocacional.

A este propósito, en sus apuntes personales de 1962, se lee: "Jueves Santo de 1913. Día feliz en que decidí en el Convento de Guadalupe, Zacatecas: dentro de un año partiré para hacerme religioso. 49° aniversario. ¡*Laus Deo, et Mariae*!".

Como complemento al párrafo anterior, la hermana teresiana consigna:

> Era el año de 1913 y el Hermano profesor había aconsejado a sus alumnos que rezaran para que el Señor les diera a conocer su vocación: Toño tenía 12 años y así lo hizo. Después refirió a mamá que había visto en sueños a san Juan Bautista de La Salle que lo llamaba para que se fuera con los Hermanos. Desde ese momento, su vocación estuvo decidida.

Ahora bien, fue 1914 un año de memorables fechas en la vida del Hermano Antonio y también para el país. Andaba pues en los 12 años. El 13 de febrero de 1964, escribía textualmente desde Roma a sus Hermanos:

> Hoy, 13 de febrero de 1964, es el 96° aniversario del nacimiento de papá (q. e. p. d.) y el cincuentenario de la entronización del sagrado corazón en nuestra casa paterna. Efectivamente, papá y mamá querían desde hace tiempo que fuese entronizado el Sagrado Corazón en la casa y se escogió el 13 de febrero, cumpleaños de papá, para llevar a cabo tan fausta ceremonia. Proveyéronse diligentemente de un hermoso y gran cromo del Sagrado Corazón en su marco; hiciéronse los preparativos del caso, asistieron tía Juanita, Agustín, Joaquín, tía Lola y dos o tres personas más. Levantose modesto altar, adornado con flores y luces en la sala. Fue especialmente invitado el señor cura Soto, muy amigo de papá. De la parroquia cercana, se consiguió prestado un armonio. Una señorita, amiga de Rosita, la mamá, fue la encargada de cantar en la ceremonia. A eso de las 6:00 pm, arrodillados ante la sagrada imagen, escuchamos algunas palabras sobre la significación de dicha ceremonia, seguida de la lectura del acto de entronización pronunciado por el sacerdote que presidía y que íbamos repitiendo todos, frase por frase; y se rezaron las oraciones rituales. Después de la ceremonia, unos pastelillos y una copa de buen vino contribuyeron a subrayar la sencilla fiestecita mientras se hacían los comentarios del caso.
>
> Digo que el señor cura estuvo en casa aquella tarde memorable y lo subrayo, pues recuerdo muy bien que conversando dicho señor sacerdote con papá y mamá después de la ceremonia, se le ocurrió decir entre otras cosas alusivas a la entronización: "El sagrado corazón les va a pedir un sacrificio", y recuerdo que mamá dijo enseguida: "Me toca a mí...".
>
> Yo, muchacho de doce años, espectador mudo, me quedé con la idea de que el Sagrado Corazón de Jesús se quería llevar a alguien... pero, aunque ese año debía entrar yo al noviciado menor de San Borja, no se me ocurrió que fuese yo. A mamá, en cambio, como dos meses y una semana después, el lunes 20 de abril de 1914, se la llevaba el Sagrado Corazón de improviso.
>
> Ese día, después de comer, papá y mamá juntos se quedaron conversando así solos un rato en la sala. Durante aquella conversación, mamá hizo notar a papá que la preparación a la sagrada comunión de ese día (que solía hacer en el librito *Chispitas de amor*, escrito por la venerada señora Armida) la había impresionado porque llevaba como título: "Herida de amor". Este detalle

recuerdo haberlo oído a papá en varias ocasiones aún varios años después. Se despidieron a eso de las 3:00 pm, y a las 4:15 pm, la criada corrió a la tienda a avisar que mamá acababa de caer muerta ante la estatua del señor san José. El Sagrado Corazón se acababa de llevar a la víctima por Él escogida el 13 de febrero anterior.

Con todo cariño les dedico estas líneas y les envío mi más cariñoso abrazo.

Hermano Antonio María

La familia lasallista

Gran importancia concedía el Hermano Antonio a su ingreso al noviciado menor de San Borja entre las fechas que acostumbraba a celebrar. Anotaba con precisión: "El 21 de mayo de 1914 tuve la dicha de abandonar Zacatecas; era fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor. Acompañado de mi muy amado director Adrien Astruc, llegamos a México el día siguiente, 22 de mayo, hacia el mediodía. El carísimo Hermano visitador, Niceas-Bertin, y el C. H. Nizier-Theodore, mi profesor del año anterior, nos esperaban en la estación Colonia. Almorzamos en la comunidad de san Juan Bautista de La Salle (calle de Santa María de la Ribera). Por la tarde, el Hermano Adrien Marie quiso llevarnos a mi compañero y a mí a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. Me consagré de nuevo a esta dulcísima Madre; a ella correspondió mi primera visita en México, como había recibido mi última visita en Zacatecas. Entregué limosnas al padre sacristán para que se ofrecieran misas por el eterno descanso de mi querida mamá". Hacía apenas un mes que había fallecido.

El sesgo persecutorio que tomaba la revolución obligó a una primera expatriación de los grupos de formación. Por otra parte, el 24 de junio de 1914, fallecieron fusilados, precisamente en la Bufa, Zacatecas, los Hermanos Adrien-Marie, Adolphe-François y el presbítero Pascual Vega, capellán del Colegio. Fue precisamente el papá del Hermano Antonio quien rescató los cuerpos de las víctimas y les dio cristiana sepultura.

El 15 de agosto, fiesta de la Asunción, después de cantar la misa solemne en honor de la Virgen, salieron hacia Veracruz los novicios menores de San Borja. Ahí permanecerían varios días, pues no había de momento ningún barco que los trasladara a Cuba, debido a la declaración de la Primera Guerra Mundial. Finalmente, el Monserrat zarpó de Veracruz hacia La Habana. Llegaron los fugitivos el día 30 y fueron recibidos por el Hermano visitador Camille-André. Hospedados provisionalmente en el internado de los

padres escolapios en Guanabacoa, continuaron su peregrinación hasta quedar establecidos en la población de San Diego de los Baños, el 1 de septiembre de 1914.

Un contemporáneo, el Hermano Alfonso Valdés, recuerda las molestias ocasionadas por el calor, ya que las construcciones improvisadas carecían de medios que aligerasen las altas temperaturas. El mismo testigo señala que el joven Lozano trabajó empeñosamente cuando se trató de cavar un pozo que suministrara el agua necesaria, hasta que, tras pisar los clavos que sobresalían de una tabla, tuvo que suspender la faena pues las heridas se infectaron.

En marzo de 1916, regresaron a México el Hermano Gustave-Felix, el joven Antonio Lozano y otro novicio menor para reabrir el noviciado menor.

Poco tiempo después, el 24 de junio de 1916, la comunidad sufrió un serio accidente en el camino entre México y San Ángel —entonces en las afueras de la ciudad—, cerca de una finca que poseían los hermanos maristas. Uno de los novicios menores falleció y nuestro futuro Hermano quedó seriamente herido en la cabeza. Inconsciente, fue trasladado al hospital de la Cruz Roja, ubicado entonces en la calle Madero, casi enfrente del templo de San Felipe de Jesús. Como se temía por su vida, se alertó a la familia. La reacción del papá mostró la reciedumbre de su fe: acudió a la cabecera del herido, acompañado por otro de sus hijos —Tomás, futuro Hermano don Luis— para que reemplazara al que probablemente falleciera. No fue así, gracias a Dios, pero otra nueva vocación ingresó en nuestro instituto.

Precioso resulta aquí el recuerdo de su hermana religiosa:

> Cuando salió del sanatorio, me escribió y me decía que, aunque no podía dar señales de vida, oraba y se daba cuenta de lo que pasaba cerca de él. Oyó que hablaban de los funerales y del entierro de su compañero y que el médico decía a los Hermanos: "Si este jovencito vuelve en sí no quedará bien del cerebro, su mente estará trastornada". Él, al oír esto, hacía actos de amor y conformidad con la voluntad divina y decía a Jesús y María: "Ahora que tengo bien la cabeza quiero deciros que os amo y os amaré hasta la muerte". Pocos días después, un Hermano que tenía una reliquia de la entonces Sor Teresita del Niño Jesús se la colocó sobre la cabeza y Toño pudo dar señales de vida.

Desde el noviciado menor, Antonio adquirió el hábito de anotar —y a veces en francés— circunstancias concretas de su vida acompañadas de reflexiones muy personales. Gracias a tales apuntes sabemos, por ejemplo, que

el día de su llegada al noviciado menor fue lluvioso, que él se inició en el estudio del violín y que debió de carecer de habilidad para unos juegos. Una anécdota: su profesor era el Hermano Fernando Anzorena, que un día escribió en el pizarrón una palabra con faltas de ortografía y fue corregido por su alumno, Antonio.

Al pasar al noviciado los postulantes de 1914, el Hermano Gustave-Felix fue designado director de este y, posteriormente, del escolasticado. El Hermano Antonio agradecería, ya en 1919, la benéfica influencia de quien intervino directamente en toda su formación inicial. Es muy natural que insista en ello en sus apuntes personales del 27 de octubre de 1917, víspera del Patrocinio de la Santísima Virgen (patrona de la Ciudad de Zacatecas), cuando inició su noviciado. Cada año celebraría el recuerdo de ese día privilegiado.[1]

Profesor y formador

Prácticamente, inició su labor docente en el Colegio De La Salle de la Ciudad de México (calle Belisario Domínguez) el 22 de febrero de 1920. Desempeñó entonces la titularidad en diferentes grupos de la primaria y, además, fue designado a animar las celebraciones eucarísticas a las que asistían los alumnos en la capilla misma del Colegio. Según testimonios de quienes convivieron con él en ese periodo, son características propias su fidelidad en el cumplimiento de sus deberes religiosos y profesionales, su abnegación para contribuir al bienestar de la comunidad y su preocupación para discernir y cultivar buenas vocaciones para el instituto.[2] Una de las anotaciones señala:

> Tuve el privilegio de vivir unos diez años con el Hermano Antonio María en el colegio de México a partir de 1923. Desde el principio, y en aquel entonces en que se iniciaba en su juventud religiosa, me produjo la impresión de un religioso cumplido. Todos los ejercicios de piedad, realizados con gran cuidado. Fidelidad a todos los puntos y reglas sin la menor falla, gran apego al Instituto y al Santo Fundador a quien tributaba un culto especial. Dignas eran las relaciones con sus hermanos, pero sencillas y afables, dispuesto siempre a prestar servicio. Educador cristiano, conservaba siempre un vivo sentido de misión y dedicaba el mayor cuidado a la formación cristiana de sus alumnos, procu-

1 En 1917, durante el año de noviciado, dado el clima anticlerical, los novicios no usaban el hábito más que una hora al día, durante la conferencia del Hermano director.

2 Estuvo durante ocho cursos en el Colegio La Salle.

rando mostrarse siempre excelente profesor. He aquí en resumen lo que pienso de este eminente compañero que se designaba honrarme con su amistad.

Sostenido y estimulado por el excelente espíritu comunitario, llegó a la profesión perpetua para sellar pública y oficialmente su consagración al Instituto:

Tuve la dicha de pronunciar mi profesión perpetua el 9 de enero de 1927, en plena persecución religiosa, frente a un altar de circunstancia en que tras el Santísimo se encontraba expuesto un hermoso cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe. Ella se dignó, pues, a recibir mi consagración definitiva para presentarla a su divino Hijo.

A partir de enero de 1928, lo encontramos como profesor en el noviciado menor de Tacubaya, en la inolvidable calle Observatorio núm. 80, recientemente organizado por el virtuoso Hermano Emilio. "Heme aquí nuevamente en el noviciado menor como profesor, educador de futuros educadores, apóstol entre futuros apóstoles. ¡Qué responsabilidad!", escribió el 22 de marzo de 1928 al rememorar el décimo cuarto aniversario de su ingreso a San Borja.

Una remembranza de este periodo en el noviciado menor expresa lo siguiente:

Lo recuerdo como educador entusiasta a quien siempre se le verá muy interesado en cada uno de los novicios menores; en los paseos, alegre, conversador, hablándonos de las vidas de los Hermanos. Íbamos a Chapultepec, se formaban equipos de futbol. El Hermano Antonio era de un equipo y el Hermano Alberto Agustín [Salvador Cárabez, fallecido en 1947] era del equipo contrario, ¡cómo nos gustaba ver a los dos Hermanos que jugaban con mucho entusiasmo, entraban fuerte y eso nos animaba a jugar con muchas ganas! En las fiestas ayudaba a que salieran bien. Recuerdo que tenía bastantes poesías, muchas de ellas en honor de la Santísima Virgen y nos las daba para recitarlas.

Dada la situación que prevalecía en México —persecución religiosa—, los superiores juzgaron oportuno trasladar el noviciado menor de Tacubaya a La Habana y reforzar el que se hallaba en la finca de Guatao. Para acompañar a los jóvenes mexicanos, fue designado el Hermano Antonio María para acompañarlos: partieron, pues, los viajeros el 12 de diciembre de 1928 rum-

bo a La Habana. Nuestro Hermano debía además permanecer en la perla de las Antillas, en calidad de profesor del escolasticado. Así se realizó. Pero el 27 de abril regresó inopinadamente a Tacubaya, México, debido a que el clima resultó seriamente dañino para su salud. ¡Qué distintos eran los planes de la Providencia! Iba a iniciarse otra etapa en la vida del Hermano Antonio.

Reclutador

El venerado Hermano Nymphas-Emile salió de Tacubaya el 28 de julio de 1929 para realizar una más de sus giras en busca de almas deseosas de consagrarse al Señor y al Instituto. El itinerario fue preciso como siempre, pero sus acostumbradas noticias enviadas a diario se interrumpieron bruscamente el 6 de agosto desde Morelia, Michoacán. Tan inusitado silencio preocupó hondamente a los superiores. Finalmente, dos Hermanos rehicieron las etapas marcadas por el Hermano Nymphas-Emile: Salvatierra, Morelia y Pátzcuaro, donde recabaron prudentes informes con las familias visitadas. Finalmente lograron —¡Oh, dolor!— localizar nada menos que su cadáver en las cercanías de Tacámbaro, Michoacán: había sido asesinado. Como consecuencia de tal acontecimiento, el 14 de septiembre de 1929, el Hermano Antonio emprendió su primer viaje en calidad de reclutador de buenas vocaciones.[3]

A propósito de ese trance penosísimo y crucial de la muerte del Hermano Nymphas-Emile, escribió Rosa, hermana del Hermano Antonio: "Cuando los dos hermanos citados fueron a buscarlo e indagar los datos referentes, sin que Toño supiera nada de su muerte, tuvo un sueño en que el Hermano Nymphas-Emile lo tocaba en el hombro y le decía: 'Tú tomarás mi lugar...'". Días después, el sueño se realizó.

Parece que tal actividad vocacional correspondía a un anhelo muy personal que lo acompañó toda su vida, desde profesor hasta asistente.[4] He aquí algunos elocuentes testimonios que manifiestan la influencia que ejercía la sola presencia del Hermano Antonio:

> Con esa única visita, mi mamá no olvidó esos Hermanos y decía que el Hermano Antonio María tenía cara de Santo y que, en el trato, así lo había podido experimentar por su porte modesto, su hablar tan edificante y tan espiritual;

---

3 Solía comentar el Hermano Antonio que ese 14 de septiembre, día de la Santa Cruz, el Hermano visitador lo asignó y le dijo que iba a reemplazar al que cargaba la cruz.

4 Como Hermano asistente, cuando llegaba a un Colegio, animaba a los jóvenes para la vocación de Hermano. En 1956, asumió en la asistencia al Distrito de Centroamérica e inmediatamente alentó el ingreso de vocaciones autóctonas, por lo cual los centroamericanos están muy agradecidos.

concepto tan elevado que perduró siempre, no solo en ella sino en todos los miembros de la familia.

* * *

La impresión que tengo de él es imborrable. Aclaro que yo había pensado entrar en el seminario de Guadalajara, pero cambié de opinión con solo verlo rezar en la Iglesia; la impresión que recibí fue de ver a un santo orando, jamás había visto orar así, eso me decidió a orientar mi vocación.

Su vida como detector de vocaciones fue inmensa. En los viajes oraba muchas veces con su rosario en las manos por los jóvenes y familias que visitaría. Su plática amena, fluida, salpicada de datos anecdóticos, a veces jocosos, abría los corazones y animaba a escuchar y a aceptar el llamado de Dios. Tiraba el anzuelo confiando en Jesús y María. Varias veces me han preguntado por él, particularmente en la región de Quiroga, Michoacán. Todavía me parece verlo hablar con las religiosas del Verbo Encarnado, solicitándoles datos sobre el comportamiento de un candidato para Hermano. El informante sintetizaba su testimonio con las siguientes palabras: "Yo resumiría su vida así: hombre entregado completamente a Dios, enamorado de María, de su Instituto, sirviendo en la amabilidad más humilde a sus hermanos".

Después de sus recorridos de reclutador, el Hermano Antonio permanecía en el aspirantado. Alguien declaró:

Él era nuestro paño de lágrimas al surgir algún desaliento en aquellos tiempos en que la disciplina era casi castrense. Usaba bigote abundante y deseábamos su llegada después de cada viaje de reclutamiento, pues nos contaba un sinfín de anécdotas interesantes. Las fiestas eran, gracias a su entusiasmo, inolvidables, en particular la del gran San José y la de la Asunción. Desvelábase adornando la capilla, pues, en aquella época de catacumbas, había que montar todo en la noche. Al día siguiente era algo así como lo de Clodoveo en Reims. El Hermano Antonio tocaba el violín con algunos de los novicios menores. Luego, todo desaparecía, quedaba la capilla austera y desolada como una sala de estudios. El reloj de péndulo servía como Sagrario. Por las tardes de esas fiestas, siempre había una fiesta literario-musical; al Hermano Antonio le correspondía preparar los números de fantoches en los que logré tomar parte.

Importante giro en su vida: el segundo noviciado

Esta etapa lo marcó particularmente y en algunos lugares de sus apuntes personales menciona una libreta con datos de este periodo de renovación,

que vivió entre 1933 y 1934 en Lembecq-Lez-Hal, Bélgica. Esa libreta no apareció entre los documentos que han podido compulsarse para rehacer esta etapa de su vida. Igualmente, desapareció un cuaderno donde consignó las peripecias de los viajes transatlánticos en barco.

En una nota particular posterior llamó a ese periodo "tiempo bendito", que dejó hondas huellas en su vida religiosa. Una referencia señala que en el segundo noviciado causó impresión de santidad y sencillez totalmente enmarcadas en el cuadro lasallista.[5] Es una lástima que no tengamos nada más para reseñar el trabajo intenso que desarrolló, sin duda, en esos nueve meses de renovación.

Director del noviciado (1936-1943)

Los avatares del noviciado de México, a raíz de la persecución religiosa, obligaron a los superiores a buscar mayor estabilidad para los formandos y, gracias a la fraternal acogida del Distrito de Nueva Orleans-Santa Fe, este quedó establecido en Lafayette, Luisiana.[6]Allá llegó el Hermano Antonio María como director en enero de 1936. Las fotografías de la época lo presentan muy delgado. El santo hábito parece acentuar más aún los rasgos de su rostro debido, sin duda, al clima agotador de la región.

Las múltiples y fraternales atenciones de los Hermanos estadounidenses llegaron a suprimir los inevitables roces y las pequeñas dificultades de una situación transitoria, cuya duración nadie podía vislumbrar.

Como siempre, sus apuntes espirituales manifiestan el sentido de responsabilidad con que tomó el cargo importante que acababan de entregarle en enero de 1936. En efecto, se lee lo siguiente:

> Mis deberes hacia los novicios:
> 1. Instruirlos y dirigirlos: conferencias, cuentas de conducta, recreos y paseos.
> 2. Inspirarles gran horror por el mundo y por el alejamiento de su espíritu.
> 3. Edificación: buen ejemplo, piedad y expiación.

---

5 Esta imagen que proyectó en el segundo noviciado influirá, años después, en la elección como Hermano Asistente.

6 El Distrito Nueva Orleans-Santa Fe estaba integrado por Hermanos franceses y mexicanos que salieron de México por la revolución (1914), así como vocaciones locales; por su parte, el escolasticado mexicano pas**ó** a la residencia del escolasticado estadounidense en Las Vegas, Nuevo México.

Durante su estancia en los Estados Unidos, se inició como escritor. De su pluma salió *Tres holocausto*s, como homenaje a sus maestros inmolados en Zacatecas y al padre Pascual Vega.

Antes de lo esperado, regresó el noviciado a México, en febrero de 1940. Una primera instalación, por demás precaria, en algunas dependencias de Observatorio núm. 80 en Tacubaya, exigió tanto al Hermano director como a los novicios mucha generosidad y prudencia caritativa para no interferir en la comunidad del noviciado menor.

Adaptado convenientemente en la casa adjunta, quedó instalado el noviciado con total independencia, lo que facilitó indudablemente una mejor organización para el cumplimiento de su específico y delicado objetivo. Dado que los novicios menores realizaban todos sus estudios en casa y que los grupos eran reducidos, se tuvieron dos y hasta tres promociones al noviciado en el mismo año, situación que no podía menos que complicar al Hermano Antonio el desempeño de su misión.[7]

Cabe añadir que, aguijoneado por celo desbordante, aceptó responsabilizarse de la Congregación Mariana del Colegio Cristóbal Colón, así como fundar, redactar y dirigir la revista mensual *El Heraldo del Santísimo Niño Jesús*, para entrar en las familias, contribuir a sostener, renovar la vida cristiana y realizar discreta labor de promoción vocacional. Esa convergencia de ocupaciones lo obligó en no pocas ocasiones a acortar demasiado el descanso nocturno, lo cual ocasionó que llegara a quedarse dormido mientras impartía alguna conferencia a los diferentes grupos de novicios y tuviera alguna equivocación en las oraciones o al leer las meditaciones en la capilla.

Aprovechando las claras disposiciones de un novicio para la pintura, le pidió la realización de dos cuadros: uno para representar la consagración del canto "*Prends mon coeur*" y otro para interpretar la protección de la Santísima Virgen sobre el Instituto. En este último, el amplísimo manto de la Celestial Señora cobija las efigies del Santo Fundador; de los Hermanos fallecidos con reputación de santidad —cuatro de ellos glorificados ya oficialmente—, de quienes representan los diferentes niveles o especializaciones en la obra educativa de la Congregación; y de los jóvenes en formación. Podría decirse de esos lienzos que son una evocación de los conservados en la sacristía de las iglesias atendidas por franciscanos, dominicos, jesuitas...

---

7 Al regresar de Estados Unidos, la primera toma de hábito, en junio de 1940, después de la supresión de las obras durante el cardenismo (1934-1935), causó una gran emoción a los Hermanos, quienes incluso derramaron lágrimas.

Deseoso siempre de propagar y acrecentar la devoción a la Santísima Virgen, especialmente en los novicios, organizó hermosas y aleccionadoras exposiciones marianas cuya preparación suponía, ante todo, un acopio de materiales: invocaciones y santuarios de la Inmaculada Madre de Dios en cada uno de los continentes, de los países y, en el caso de México, de los estados de la república; ilustraciones de la vida de María Santísima; representaciones de los misterios del Santísimo Rosario y de los siete dolores de Nuestra Señora. Se presentaron exponentes de la devoción mariana en nuestro Instituto y en las demás órdenes y congregaciones religiosas, exposiciones de libros y folletos, entre otros.

La actividad de los novicios se acrecentaba al acercarse la inauguración: hacer o rehacer mapas, disponer estéticamente estampas, revistas y libros, adornar las salas y pasillos de la casa, colocar con fervoroso gusto la hermosa estatua de la Inmaculada y la imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Ese mismo empeño inspiró al Hermano Antonio la composición de *Mes de María lasaliano*. Cada día comprende una consideración doctrinal entresacada de los escritos de san Juan Bautista de La Salle; un ejemplo de devoción mariana concentrado en las "Semblanzas necrológicas" de los Hermanos fallecidos; y una flor mariana: pensamiento breve, ya sea del Santo Fundador o de un Hermano. La edición original fue policopiada en Lafayette, Luisiana; posteriormente, y ya en México, apareció una nueva edición impresa y piadosamente ilustrada. El mes de María fue traducido al francés y al inglés.

En forma semejante, pero destinado más directamente a los novicios, reunió 366 pensamientos en *Année mariale lasallienne* —uno para cada día del año— acerca de los privilegios y la devoción a la Virgen Santísima plasmados en las biografías de los Hermanos fallecidos. Los novicios apreciaban como verdadera distinción el encargo de copiar diariamente en el pizarrón el pensamiento correspondiente para que lo consignaran en una libreta especial en cuyo arreglo todos rivalizaban.

El Hermano Antonio también compuso el *Mes del santísimo niño Jesús*, y el *Mes de san José*, menos conocido y con un plan semejante al del *Mes de María lasaliano*.

Algunos de los novicios de aquella época escribieron: "Fue un modelo durante mis primeros años de vida religiosa y a él debo gran parte el que yo sea Hermano ahora; y esa gran devoción a la Santísima Virgen, que fue otra de sus características, también dejó huella en mí". "Toda su preocupación era formarnos como verdaderos Hermanos de las Escuelas Cristianas" y

"el noviciado en aquel entonces era muy monacal y austero de acuerdo con las costumbres de la época. Yo recibí mi grata impresión y muy edificantes ejemplos de sencillez, de mortificación del Hermano Antonio, pues no desdeñaba ponernos personalmente el ejemplo en todas las prácticas del ascetismo cristiano y religioso".

Visitador del Distrito Antillas-México (1943-1946)

Parece que exactamente el 13 de junio de 1943 el Hermano Antonio María recibió —regalo de onomástico— su nombramiento como visitador del entonces Distrito Antillas-México. Al comunicar esta designación, el Hermano Dosas-Lucien, visitador durante diez años, se expresó así: "El reverendo Hermano vicario general Arèse-Casimir me invita a realizar una permuta con el Hermano Antonio: el será nuestro nuevo Hermano visitador y yo procuraré reemplazarlo en la dirección del noviciado de México".

En agosto de 1943 escribió: "Más que nunca debo predicar con el ejemplo en mi nuevo cargo de visitador. Tengo carga de almas y, realmente, aunque apenas comience, es una carga muy pesada... Muy pesada por sus grandes responsabilidades. Temo tomarla sobre mí y me siento fuertemente tentado de solicitar a los superiores el ser relevado".

Y al meditar acerca del desprendimiento de las criaturas añadió: "Me siento en medio de los Hermanos que visito como un 'transeúnte', como un extranjero que se mira casi con indiferencia. Es algo así como el 'aislamiento de las cimas' de las que habla el P. Tissot. Consecuencia: siento que ya no tengo libre expansión, ya no río de buena gana, sonrío sin sonreír".

Circunstancias concretas rodean estas reacciones: la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) dificultaba las comunicaciones con el centro del Instituto e incluso con el Hermano asistente de los Estados Unidos, el Hermano Abban Phillipp,[8] quien estaba provisto de poderes especiales para facilitar los asuntos religiosos y administrativos; la extensión del Distrito —toda la república mexicana y las Antillas—, quizá mayor que el número de las obras; la lentitud en las comunicaciones entre México y Cuba; e incluso el relativo alejamiento de los problemas comunitarios y administrativos en que había pasado los últimos quince años en casas de formación.

Con todo, la cabal aceptación del servicio abrió perspectivas de confianza

8 Durante la Segunda Guerra Mundial se le nombró vicevicario para América, pues estaban interrumpidas las comunicaciones con Europa y supervisaba los distritos del continente americano; además, Filipinas dependía de él.

en aquel que ha manifestado su voluntad: "¿Cómo gobernar a los demás? Por la humildad, la modestia, la sencillez, la paciencia y la dulzura unidas a una santa firmeza para mantener los principios de la vida religiosa".

El Hermano Antonio desempeñó el cargo de visitador tres años, con arreglo a los usos y costumbres en vigor: visitas escalonadas a lo largo del año escolar a cada una de las comunidades y de las obras; previsión y desarrollo de los retiros —cuatro o cinco— en la época de vacaciones, atención a los asuntos administrativos; relaciones con las autoridades religiosas y con el centro del Instituto.

Parece que caló hondo en el Hermano Antonio la responsabilidad frente a las fallas y faltas de algunos inferiores y se constituyó "fiador ante Dios"; ofreció privaciones y penitencias en espíritu de reparación; mención expresa merecen sus ayunos, ocasionados por los viajes para acudir a los diferentes rumbos del Distrito.

Veinte años como asistente general (1946-1966)

Elegido para representar al Distrito Antillas-México en el Capítulo General de 1946, el Hermano Antonio viajó a Roma en compañía del Hermano Netelmo de Jesús, segundo representante; ambos fueron provistos de cuanto era posible transportar para paliar las carencias materiales que eran de temerse, dada la situación económica europea al terminar la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

A finales de mayo, llegó sorpresivamente un cable de Roma firmado por el Hermano Netelmo de Jesús: "Antonio elegido asistente América Latina".[9] Algunas conjeturas: "Nos lo quitan", "probablemente le tocarán los Distritos de América del Sur", "no puede ser, será asistente nuestro".

De todos modos, se iniciaba el periodo más largo en la vida del Hermano Antonio María: veinte años de residencia en la Casa Generalicia de Roma como asistente del reverendo Hermano superior general.

Fueron dos decenios, es decir, durante dos periodos para los cuales los Hermanos asistentes fueron elegidos por un Capítulo General. EI Hermano superior general Athanase-Emile, elegido en 1946, gobernó hasta 1952, cuando la muerte vino a interrumpir su desbordante actividad. El Hermano vicario general Denis terminó el periodo en 1956. Entonces, la reunión capitular nombró al reverendo Hermano Nicet-Joseph como superior general para re-

[9] En el Vaticano, indicaron a los participantes del Capítulo General que entre los Hermanos asistentes electos no hubiera más de cinco de la misma nacionalidad (franceses).

gir los destinos lasallistas en la época conciliar. El Hermano Antonio María fue, pues, consejero de los tres superiores citados.

A su cargo de consejero, ha de añadirse la administración de cierto número de provincias, es decir, ser lazo de unión entre ellas y el centro del Instituto, responsable directo de su buen funcionamiento y mantenedor del espíritu específico del fundador Juan Bautista de La Salle. Su autoridad se extendió desde México hasta América del Sur. En el primer periodo (1946-1956), tuvo a su cargo las provincias o distritos, Antillas-México (separados en 1947), Argentina, Chile, Ecuador y las dos de Colombia (Bogotá y Medellín). En el segundo periodo (1956-1966), le correspondieron México (con dos distritos, México Norte y México Sur desde 1960), Venezuela, Ecuador, Colombia (con los distritos de Medellín y Bogotá) y Centroamérica.[10] El número de Hermanos de quienes era asistente llegaba fácilmente a 1800, con sus respectivas obras escolares.[11]

Su importante cargo era ciertamente agobiante, tanto más cuanto era alto su sentido de responsabilidad. Debía estar en continuo contacto con sus Hermanos visitadores, frecuentemente con los Hermanos directores y varias veces al año con todos los demás Hermanos. La correspondencia —de la cual tendremos que hacer mención especial— era su poderoso medio de comunicación. Pero cada dos años recorría sus provincias y aprovechaba la ocasión para presidir invariablemente los diferentes retiros, tener entrevista personal con cada uno de los miembros, visitar las obras y dejar normas precisas para el mejor funcionamiento y afianzamiento del espíritu religioso. Las casas de formación y la obra vocacional constituían "la niña de sus ojos", tal era el cuidado que ponía en ellas. De manera general, ese fue su ritmo de vida durante veinte años. Muchos viajes, pero pocos paseos turísticos, porque el Hermano Antonio María "iba a lo que iba".

La personalidad del Hermano asistente

El pasaporte con que viajaba llevaba la filiación siguiente: estatura: 1.76; color: blanco; ojos: cafés; pelo: cano. Señal particular: ninguna, a pesar de lle-

10 El Hermano Antonio fue asistente por diez años de Argentina, Chile, Venezuela y Centroamérica; y por 20 años de las Antillas, México (Norte y Sur), Ecuador y Colombia (Bogotá y Medellín). Permanecer al frente de los distritos por 20 años fue agotador. De América Latina, solamente en Brasil, Perú y Bolivia no tuvo acciones de gobierno.

11 Cuando realizó la primera visita a los distritos de su asistencia, sabía el nombre de cada Hermano al saludarlo en persona.

var una ligera cicatriz en el lado izquierdo de la frente como consecuencia del accidente de junio de 1916.

Antes de conocer las opiniones de quienes tuvieron que tratarlo en sus múltiples actividades de asistente, habrá que detenerse un poco sobre las notas caracterológicas.

De buenas a primeras salta a la vista su gran emotividad, que lo hace estremecer con facilidad ante los acontecimientos y las noticias. Si añadimos a ello una sencillez bastante notable tenemos ya una de las más patentes notas de su carácter. De ahí surgió una gran riqueza humana que lo hizo sensible a todo lo noble y llegaba a exaltarlo con facilidad. Le era indispensable hacer un gran esfuerzo para adquirir un dominio suficiente con el fin de no perder los estribos en algunas circunstancias, según han contado sus antiguos novicios al hablar de sus célebres regaños.

Con el tiempo, dominó esos arranques y llegó a ser plenamente manso y humilde de corazón. Sin embargo, su dominio tardó en aparecer. Escribió ciertas cartas —temibles a veces— donde la emotividad podía salirse de cauce con más facilidad. Añádase otra nota de gran calidad: la afectividad que lo llevó a ser muy atento, sensible y compasivo. Desde joven se dio cuenta de la necesidad de controlarla y hasta el fin de su vida debió lidiar con sus afectos.

A estos rasgos de gran riqueza, hay que agregar que la actividad insaciable —trabajar, actuar, realizar, crear— lo acompañó siempre, tanto en sus viajes como en sus visitas. A esa sed natural de realizaciones, se añadió un gran celo que dio por resultado a un hombre que puso sus energías a todas las nobles causas sin medirse, muchas veces sin dar el tributo al descanso nocturno. Durante el día, en conversaciones con los subordinados o en visitas de cortesía, el Hermano asistente tenía que cabecear y el cardenal José Garibi afirmó más de una vez: "El Hermano Antonio María está muy cansado, ¿no es cierto?". Y más de un subordinado contestó ante la pregunta de cómo le había ido en su entrevista personal: "Mal, el Hermano Antonio se dormía".

¿Cómo descubrieron su rica personalidad aquellos que convivieron con él en su vida romana o en sus giras de asistente? Tratemos de contestar: "Su exterior ofrecía un aspecto muy favorable: religioso distinguido y acogedor, de trato agradable, muy abierto y muy comprensivo con respecto a sus inferiores. Estos le tenían entera confianza y sabía crear la unanimidad de fraternales sentimientos a través de las divergencias inevitables entre representantes de las distintas nacionalidades de su asistencia. Constituía para ellos una alegría su presencia entre ellos los días de reunión libre o de paseos

especiales. Entregábase entonces con gran sencillez y a cada uno proporcionaba las noticias que podían interesarles. Sabía poner el sobrenatural acento que convenía determinadas relaciones". Así el Hermano Clodoalde, que fue director del segundo noviciado romano, describía al Hermano Antonio María del siguiente modo:

> Efectivamente fue un religioso distinguido con excelente educación, en quien la cortesía, la amabilidad y la delicadeza se hermanaban magníficamente. En ningún momento, jamás palabra mal sonante, ni chiste trivial salió ni de su boca ni de su pluma, mientras que la sencillez y la naturalidad dominaban en todo momento. Habrá oportunidad de ver la nobleza de su alma, su fidelidad a la amistad, la gratitud y atenciones que desbordaban de su corazón.

Otro Hermano español se complació en describir así el primer contacto con él:

> Produjo una impresión deliciosa e imborrable: muy acogedor, muy comprensivo. Fue para mí el primer superior que se interesó por mi familia y me sugirió la idea de ir a visitarla "antes que sus padres vengan a faltar pues están arriba de los ochenta años y ya hace 25 años que se despidió de ellos". Tal rasgo me confirmó que el Instituto es una verdadera familia.

Un Hermano asistente compañero suyo durante diez años corroboró plenamente lo anterior y agregó una nota sobre sus dotes intelectuales:

> La Providencia había dotado a nuestro Hermano con dones preciosos. Era de un exterior amable y distinguido. Poseía una hermosa cultura intelectual, conservando siempre un estilo sencillo de vida y de fáciles relaciones. Prudente era su juicio. Sus amistades, fieles y generosas.

Todos se hacen lenguas de su memoria:

> Asombraba a los Hermanos cuando, a poco de conocerlos, ya los nombraba a cada uno con su propio nombre. Si algún Hermano venía a solicitarle algún servicio como el envío de algún libro u otra cosa, era una promesa en la que el olvido no tenía cabida ni demora inmotivada. Tenía el don de saber escuchar con incansable paciencia, y sin duda que no pocos abusaban de ella sin que el menor indicio de incomodidad apareciera en su rostro.

Ya se habló de las riquezas de sus dotes intelectuales y cabe subrayar que gran parte fue lograda con un trabajo autodidacto, ya sea por la brevedad del escolasticado o por las circunstancias concretas en que debió desarrollar su vida, casi siempre en puestos de mucha exigencia de tiempo para proyectos personales.

Aquí conviene recordar que llegó a dominar perfectamente el francés, su segunda lengua materna, como se dijo un día. Sus apuntes espirituales desde 1915 (tenía 14 años) hasta el final de su vida están escritos en francés. Lo están también su correspondencia con su hermano Luis (con el que hablaba en particular siempre en francés), con sus superiores y sus Hermanos visitadores.[12] Hablaba con soltura el italiano y podía ofrecer charlas y conferencias en el idioma de Dante. Menos oportunidad tuvo para perfeccionarse en el inglés, aun cuando podía expresarse con fluidez.

Rasgo típico suyo, como ya se ha observado, fue la memoria, que le permitía conservar un sinfín de fechas, nombres, anécdotas, citas. El Hermano Maurice-Auguste dijo:

> Era particularmente asombroso su conocimiento de la historia de la Iglesia, de la vida de los santos, de los relatos de fundaciones de los institutos religiosos y algunas veces la detallada historia de su desarrollo y espiritualidad. Quizás, a veces, no tuviera todo el rigor que hubiera sido necesario para controlar algunas fuentes, de todos modos, era tan vasta la información recogida que aparecía como informante extraordinario.[13]

Su gran sensibilidad le permitió incursionar en el terreno de la música, aprendió a tocar el violín y compuso cantos a nuestra Señora de Guadalupe. La versificación no le era ajena, se le facilitaba y así se le debe a él la letra de varios cantos religiosos a Cristo Rey, a la Virgen Santísima, al Santo Fundador (dos cantatas) y hasta un himno al noviciado. Evidentemente, sus obligaciones no le dieron oportunidad de cultivar esas artes. Sin embargo, una vez más entrevemos la delicada sensibilidad de un alma que vibraba ante todo lo bello: la música, la poesía, la pintura, la arquitectura, el paisaje, las flores... y, finalmente, ante la santidad.

---

12 En el Consejo General, los Hermanos asistentes le pedían que fuera habitualmente el secretario de las sesiones gracias a su gran dominio del francés, con rara perfección.

13 Durante sus años de profesor en el Colegio La Salle (1920-1928), no asistió a la Universidad como otros compañeros, lo que le privó de una sólida preparación académica y una visión universitaria.

Con lo anterior, llena de complacencia un escrito venido del fondo de la Pampa argentina:

> Puedo asegurar que durante los años que tuvo la asistencia del Distrito de Argentina se hizo amar y venerar de todos los Hermanos. No conozco que nadie haya guardado resentimiento. Su afabilidad y sencillez cautivaban a cuantos tenían tratos con él pues a todo esto acompañaba una rectitud llena de sinceridad y de caridad que tenía que aceptar de todos las amonestaciones que su cargo le obligaba a veces (Hermano visitador Fabre).

EI Hermano Maurice-Auguste, con su instinto de observador, anotó que no se podía aplicar al Hermano Antonio María el calificativo de "espíritu amplio" porque en su dirección se le encontró a veces algo meticuloso, tímido hasta la duda y a veces rígido y poco comprensivo. Encuentra una exacta explicación al escribir "que estaba frecuentemente atenazado entre su bondad y su deber, entre el deseo de servir y la voluntad de mantener los derechos de las reglas y de la obediencia". Es una observación que aclarara ciertos "defectos" que se le atribuirán principalmente en su correspondencia.[14]

El mismo Hermano continúa con un elogio que nadie puede negar:

> El Hermano Antonio me pareció un hombre enteramente entregado a Dios. Se diría que en él la entrega había sido completa, total, con exclusividad; concebía su vida como una ofrenda, y esforzábase por hacer de esa ofrenda un holocausto de toda su persona; no contaba sino con lo que sabía que era su deber: y de este tenía una concepción muy elevada. Creo que no hubiera titubeado en dar su vida con tal de ser fiel a su destino.

Este es el hombre que durante tantos años va a servir al Instituto hasta el agotamiento. Es su modo de servir a Dios. Debemos "ser en medio de ellos como quien sirve". Veinte años antes de su muerte, pudo escribir en francés, en una de sus libretas espirituales, este hermoso testimonio:

> Gracias a Dios, así como creo entendí mi papel de director de novicios, de visitador, de asistente, me creí obligado a servir a un número de Hermanos siempre en aumento. Pero no los debo servir para ellos mismos o para mí mismo, sino servir a Cristo en cada uno de ellos.
>
> Retiro Roma, 31 de marzo de 1951

---

14 Entre 1928 y 1943 estuvo en el noviciado menor, como reclutador y director del noviciado, antes de llegar a ser Hermano visitador y asistente; esos 15 años lo marcaron fuertemente.

El religioso decidido y mariano

Sin lugar a dudas, la tónica más constante en toda la vida del Hermano Antonio fue su respuesta a la llamada de Dios por medio de la Virgen María. Desde temprana edad, su alma fue seducida por el amor divino. Su respuesta a esa "invasión de Dios" no cesó en ningún momento. Sus numerosas libretas espirituales, en que deja hablar su alma, tienen siempre la misma lozanía, la misma frescura de su adolescencia cuando escribía lo siguiente (en francés): "Quiero llegar a ser un santo; sí, fríamente, sin exaltación, quiero llegar a serlo cueste lo que cueste por la exacta observancia de las reglas" (25 de marzo de 1918, mediados de su noviciado). El año anterior había escrito: "Todo a Jesús, sí, todo a Jesús" (mayo de 1917). Llegar a ser "santo" volvía a escribir al recordar el sexto aniversario de su entrada al noviciado menor. No fueron tan solo palabras, sino una realidad plena. Ya a sus 14 años se había hecho el voto privado de castidad con permiso de su confesor, el padre Bruna (8 de diciembre de 1915); el 20 de agosto de 1916, con el permiso del mismo confesor, hacía el "acto heroico en favor de las benditas ánimas". Es posible que se piense en fervores de adolescentes, más cuando se sigue el largo caminar de esa alma y con los mismos ideales cada día renovados, nadie puede dudar de que Dios la poseía y no cesó de hacerla suya en totalidad.

En el transcurso de su vida, sus retiros espirituales ofrecen siempre idénticos anhelos, continuos esfuerzos de fidelidad y de ascensión. Algo que llamaba poderosamente la atención es su perseverancia en celebrar invariablemente aniversarios notables en que la mano de Dios aparece patente: su entrada al noviciado menor sucedió el 22 de mayo de 1914 y en 1939 celebró con gratitud y fervor ese 25 aniversario; su toma de hábito, el 27 de agosto de 1917, también constituyó un punto de referencia, lo mismo que la emisión de sus primeros votos y con mayor razón la de su profesión perpetua, celebrada en plena persecución religiosa el 9 de enero de 1927.

Bajo su pluma, apareció la tónica capital de la espiritualidad de toda su vida, su pieza motora, el lucero de toda su existencia: la devoción mariana. Todos sus escritos la citan cuando no hablan directamente de María Santísima. Todos ellos no son sino una plegaria mariana, una consagración de todo su ser, que se condensa en algo así: "Cueste lo que cueste quiero ser y quiero quedar siempre servidor de María" y concluye con: "Vuestro indigno hijo y perpetuo esclavo", aun en agosto de 1944 y como lo escribía hacia 1955: "Acudir filial, amorosa y simplemente a la Santísima Virgen María, mi madre, mi reina, mi dueña. Hacer todo por ella, como ella, para ella, y con ella".

Analizar hondamente su devoción a la Madre de Dios exigiría muchas

páginas porque habría que encontrar las raíces en su familia y en su tierna niñez. Exigiría estudiar la profundidad de esta y sus manifestaciones. Baste que apuntemos la sinceridad y la intimidad de esta, que nunca desmereció y que además no presentó carácter de exclusividad y menos de obsesión. Fue devoción tan natural y personal que nadie pudo sufrir por ella.

De múltiples maneras se manifestaba su amor tierno y fuerte a Nuestra Señora. Fue celosísimo propagador de la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe. ¡Cuántas estampas y folletos del célebre cuadro fueron distribuidos! Adoptó verdaderamente el Santuario de Nuestra Señora de la Estrella de Montebourg. Consideraba nuestra entrada en la vieja abadía como un llamado de la Virgen María para establecer entre nosotros un santuario de Instituto. Del mismo modo que los padres redentoristas hicieron de nuestra Señora del Perpetuo Socorro su título especial a la gloria de la Virgen María, así deseaba él que tuviéramos nuestra Madona. Para este efecto, concibió el deseo de coronar solemnemente la estatua de Montebourg. Sus gestiones ante monseñor Guyot, obispo de Coutances, futuro cardenal arzobispo de Toulouse, y del cardenal Tedechini, se vieron coronadas por el éxito. Asistió con intensa alegría a esta coronación el 1° de mayo de 1960. Organizó colectas para costear las coronas de María Santísima y del Niño Jesús entre los alumnos de México. Multiplicó las gestiones en Barcelona para buscar un taller especializado en la confección de las estatuas de Nuestra Señora de la Estrella. Entronizó esta estatua en el lugar de honor en la apertura del Capítulo General y la invocación Reina y Madre de las Escuelas Cristianas llegó a ser una fórmula oficial gracias a él. Así explica el Hermano superior general Nicet-Joseph este rasgo tan peculiar de su devoción mariana.

> El Hermano Clodoalde, a su vez, evoca esa devoción con estas palabras: "Las fiestas de la Santísima Virgen María eran para él como hitos en su vida espiritual: preparación cuidadosa, el fervor intenso, confianza absoluta, peregrinación a sus santuarios (visita a la Basílica de Santa María la Mayor), apostolado mariano efectivo e insistente".

Amor entrañable a la congregación

El otro polo de su espiritualidad, según lo vio el Hermano Guillermo Félix, asistente en España y compañero en Roma del Hermano Antonio por 20 años seguidos, se centraba "en su amor entrañable a nuestra congregación tanto en lo que este amor supone de más íntimo (celo práctico porque se conser-

varan en él el espíritu y, en lo posible, las prácticas tradicionales; la preocupación por las vocaciones —despertarlas y facilitar su perseverancia—) como en lo externo (estudio y lectura de cuanto se publicara sobre su historia, conocimiento de muchos secretos de familia, aliento de palabra y de obra a cuantos trabajan en desentrañar nuestros archivos, en publicar trabajos científicos sobre la doctrina de san Juan Bautista de La Salle". Uno de los primeros volúmenes publicados por los Hermanos profesores del San Pío X de Salamanca, sobre la doctrina del Santo, pudo salir gracias a la generosa oferta del Hermano Antonio María, quien abonó los gastos de la impresión.

Sobre el cuidado paternal con que miraba por la perseverancia y buen proceder religioso de sus inferiores, siempre llamó la atención su preocupación por visitar con frecuencia a los Hermanos jóvenes de su asistencia, que por razón de estudios o de ayuda a ciertos servicios generales del Instituto, tenía distribuidos por Francia, Italia y España. Algunas decisiones y orientaciones del último Capítulo General lo dejaron desconcertado: lo comunicó por carta en más de una ocasión, pero parecía haberse repuesto pronto.

En cuanto a lo "desconcertado" que pudo sentirse después de la segunda sesión del Capítulo General en 1967, expresó en una carta del primero de mayo de 1969 escrita al Hermano vicario general Denis haber tenido un dolor íntimo: "Mi disposición personal totalmente definitiva y querida es de permanecer fiel a nuestro Santo Fundador —que solo tuvo el carisma de la fundación— y a la Santa Iglesia y al papa".

> El Hermano superior Nicet-Joseph, después de decir que el Hermano Antonio María "cultivaba un santo orgullo a su Instituto al cual había verdaderamente entregado sus fuerzas", agregó lo siguiente:
>
> El Hermano Antonio María se me presentó como realizando un armonioso equilibrio de hombre de oración y de acción. La laboriosa carrera de asistente estaba enteramente dedicada al servicio de Dios y al desarrollo de las obras que le eran confiadas. Sus viajes, objetos a veces de chanzas de algunos de sus cohermanos del régimen, se verán justificados por las necesidades de sus altas responsabilidades, que siempre se emprendieron con obediencia.

La preocupación de la administración, lejos de constituir la principal labor del Hermano asistente, no era sino la parte visible de su actividad. La labor a la que dedicaba mayor sujeción consistía en tratar de conservar y aumentar la vida espiritual de sus Hermanos y que siempre fue privilegiado objetivo de sus oraciones y diligencias. De hecho, su abundante correspondencia, la

preparación de los retiros y sus conferencias absorbían lo mejor de su tiempo. Mediante esta preeminencia concedida a la vida espiritual de sus Hermanos, creía el Hermano asistente responder mejor a la Voluntad de Dios sobre él.

Otro Hermano de Venezuela exclamó: "¿Qué hermoso ejemplo nos deja? ¡Vivió para el Instituto!".

"Hijo del Instituto e hijo de la obediencia" recalcó el Hermano Maurice Auguste: "Tenía la más alta estima de su vocación de Hermano, solo hablaba de ella con real admiración y profunda gratitud". En todo el rigor de la palabra, creía en ella.

Sin duda alguna, ese profundo amor a la familia religiosa —que le fue inculcado en su niñez, se alojó visceralmente en su ser con el fusilamiento de su Hermano director e inspector el 24 de junio de 1914, que fue alimentado sin cesar por la doctrina del Fundador y purificado por el asesinato del Hermano Emilio, sus numerosas giras vocacionales y, en el transcurso de sus ocho años de director de noviciado y 23 años de superior mayor (visitador y asistente)— hizo de él un especialista del Fundador. Sus éxitos de renovación espiritual fueron numerosos a pesar de tener que pagar largo tributo a la debilidad y la tibieza humanas.

En especial, en su México querido, al que amó entrañablemente, los sinsabores abundaron en medio de una fecunda prosperidad, periodo que pudo llamarse *edad de oro del lasallismo mexicano*. Tal vez más de uno pudo pensar a veces en el viejo dicho: "Nadie es buen profeta en su tierra". Sin embargo, ¡cuánta mies de todo tipo vio cosechar durante su administración de 20 años de asistente!

Lo que más le gustaba era presidir la recepción del hábito por los novicios en los diversos noviciados de su asistencia. Le llenaba de alegría y esperanza ver los renuevos para su congregación.

Amor misionero

Hay otro renglón en que el Hermano asistente demostró ser hijo del Instituto e hijo de la obediencia. Se trata de la obra misionera que el reverendo Hermano Athanase-Emile quiso echar en marcha a través de Saint Maurice l'Exil, Bordighera y Roma.

El Hermano Antonio María entró de lleno en las orientaciones dadas por la autoridad Capitular en 1946. Hasta 1963, el Hermano asistente se esforzó por escoger jóvenes de sus distritos para enviarlos a Europa en los centros misioneros citados. Colombia y México, en particular, cedieron excelentes elementos destinados a misiones africanas, asiáticas, antillanas (México

contribuyó con 40 jóvenes). Hoy en día, es posible levantar ciertas objeciones a esos proyectos. ¡Qué ideal más sublime se ofrecía a esos jóvenes que el Hermano Antonio María iba a alentar y estimular en dichos centros de formación!

Preocupado por la formación permanente

En Roma, el Hermano asistente favorecía cada año al Instituto Jesus Magister con varios sujetos de su asistencia para seguir estudios universitarios pontificios. Miraba por sus anhelos y se esmeraba por atenderlos personalmente. Si sus esfuerzos no fueron siempre coronados por el éxito, aun hoy en día, varios valiosos Hermanos disfrutan, en compañía de sus subalternos, de los cursos centrados en la sagrada escritura y las ciencias religiosas al ocupar ahora puestos relevantes en sus distritos.

Igualmente, aprovechaba las sesiones de los centros de renovación espiritual, el segundo noviciado de Roma, en Bordighera y Dos Caminos (Venezuela), para enviar a Hermanos ya en activo a pasar un tiempo de renovación espiritual y prepararse para encargarse de puestos de mando en sus respectivos distritos.

Hombre de fe

Al analizar la personalidad del Hermano Antonio María encontramos una fidelidad intachable a su deber y a sus compromisos. Desde joven, fue evidente su afán por "ser todo de Jesús y de María". ¿Dónde hallar el secreto de esta existencia rectilínea? Como en todas las fuertes personalidades, encontramos la respuesta en la fe. No la fe en fórmulas, sino la fe anclada en el alma, fe que inspira toda la actividad, fruto de una influencia familiar profundamente cristiana y de una educación religiosa en la escuela lasallista de Zacatecas y realizada después en la estricta fidelidad a su vocación religiosa. Una fe alimentada en una piedad sin falla en la práctica de los ejercicios espirituales de comunidad. Su postura recogida y enérgica en la capilla ponía en evidencia cómo su alma creía en la presencia de Dios.

> En el tiempo en que existía un pequeño oratorio en el corredor de los Hermanos asistentes [escribe el Hermano superior Nicet-Joseph], acudía a menudo para recibir la luz, el aliento que necesitaba. Varias veces me contó lo mucho que esos minutos ante el tabernáculo le habían deparado paz y alegría para mostrarse bueno.

"Tenía piedad profunda, su actitud en la capilla revelaba un alma impregnada del Espíritu. Participaba en los cantos litúrgicos, irradiaba espiritualidad y sus Hermanos gustaban hallar en él la luz y el consuelo en toda ocasión", dijo el Hermano Clodoalde. Otro de sus colegas romanos, el Hermano Adolphe-Marie, revela las líneas profundas de su vida que descubrían sus amigos:

> Verán en él un alma toda de fe y de espíritu de oración; una fe viva, iluminada, una oración que se manifestaba intensa y filial no tan solo en los ejercicios espirituales sino en diversas acciones de la jornada, en las conversaciones algo íntimas, en las alegrías, en las penas.

¿Era el Hermano Antonio un místico? En una foto de 1918, aparecen él y otros jóvenes. Antonio aparece con este aspecto: ojos bajos y cabeza inclinada a la derecha, mientras que su hermano Luis quien entonces era aspirante, aparece erguido, con la cabeza recta, la mirada fija y la cara voluntariosa. Sí, hay notables diferencias entre los hermanos. El hermano Antonio María era probablemente demasiado activo para entregarse a largas contemplaciones; sus notas espirituales apuntaban más bien a realizaciones que a sentimentalismos, aunque en su juventud parece que tuvo que luchar en contra de cierta tendencia a la tristeza.

Acostumbraba estar continuamente en la presencia de Dios. Entre los medios que tomaba para recordar dicha presencia, estaban los cuadros religiosos que hay en las casas de los Hermanos; al ver una imagen religiosa, traía a su mente y corazón la presencia de Dios. Lo caracterizaba también su devoción eucarística; como la comunión la recibía en la misa, por la mañana, durante esta, continuamente daba gracias a Jesús por haberlo recibido; y por la tarde se preparaba a recibir el pan eucarístico del día siguiente.

Correspondencia epistolar

El Hermano Antonio María empleó enormemente el género epistolar para comunicarse con sus administrados, hermanos, directores, formandos, amistades y sus familiares. Uno de sus Hermanos visitadores calculó en sesenta mil las cartas que había escrito a máquina en sus 20 años de asistente (muchas de ellas hasta altas horas de la noche).[15]

---

[15] El Hermano Antonio tuvo en su vida adulta la tendencia a trabajar hasta altas horas de la noche, lo que le ocasionaba quedarse dormido con facilidad en algunos momentos del día.

Se valió de la carta sin medir su tiempo. Sus Hermanos visitadores recibían regularmente dos o tres cartas mensuales procedentes de Roma o de cualquier ciudad de América Latina. Eran cartas cuyos objetivos trataban de administración y más puntos de fidelidad al Fundador. Rara vez alguna de esas cartas no tocaba el tema de la fidelidad a la oración, al compromiso religioso, al alejamiento del mundo o al espíritu religioso. Se notaba que su gran y casi única preocupación eran estos temas.

Su papel de guardián y apoyo de espíritu del Fundador no lo abandonaba. Tomaba su deber de enderezar caminos, rectificar criterios y evitar desviaciones con tanta seriedad, que se recibían sus cartas con cierto temor. Además, llegaban muchas veces con renglones escritos con tinta roja, subrayados o con mayúsculas. Con alguna frecuencia, el adverbio "formalmente" aparecía para decir que el voto de obediencia entraba en juego.

Es posible que el consejo de su antiguo Hermano visitador Alcime-Marie de dejar dormir la carta una noche antes de volverla a leer y cerrarla no haya sido puesto en práctica algunas veces. No es de extrañar entonces que algunas de estas misivas, llenas de maravillosas intenciones, hayan levantado "ampollas" en quienes no conocían la ternura del corazón de su autor, que se indignaba al recibir un primer informe. Sin embargo, bastaba enviarle una contestación con las debidas explicaciones para que, a vuelta de correo, él contestara pidiendo excusas con toda profunda humildad.

Sin embargo, las reacciones algo impulsivas y categóricas del Hermano Antonio María le cerraron corazones y dejaron cicatrices difíciles de curar. Claro que nadie es perfecto y que además el fuego de la casa del Señor lo devoraba con prontitud y tal vez le hacía confundir el verbo *convertir* con *condenar*.

Las cartas a sus familiares tienen un tono de profundo cariño. A su hermano Luis, a quien siempre le escribía en francés, se dirigía con "*Mon trés cher frère et inoubiabIe Frère A. Luis*". A su hermana religiosa Rosa iniciaba sus cartas con "Amadísima hermana Rosa de María Inmaculada". Si al Hermano Luis nunca lo tuteaba (así estaba estipulado en la Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas), a su hermana sí lo hace. Como en todas sus cartas, el lenguaje es distinguido y sin afectación ni trivialidades; había pensamientos nobles, elevados, piadosos, fraternales, con recuerdos filiales de los acontecimientos familiares, verdaderos modelos de ternura, fraternidad y de gran educación.

A las amistades, el Hermano Antonio María les tenía un altar en su corazón con veladoras siempre encendidas; particularmente se acordaba de los

días de onomástico, de cumpleaños, de Navidad. Felicitaba con motivo de un éxito obtenido o para compartir la pena de un duelo. Siempre las cartas iban con un mensaje de alegría y de orante recuerdo. Como botón de muestra, el testimonio verbal de monseñor Francisco Javier Nuño, obispo, que se admiraba de recibir invariablemente, desde 1945, una felicitación para el día 3 de diciembre, procedente de cualquier ciudad del mundo hispánico.

La correspondencia expresaba la gratitud, la fidelidad, la caballerosidad, la bondad de un alma siempre delicada, distinguida y fiel. En ella no hay que buscar ni sentimentalismo ni mal gusto, ni siquiera pasatiempo. Siempre había elevación y distinción del pensamiento religioso. Las cartas tenían perfume de real amistad y reanimaban. ¡Cuánto bien no habrá hecho! Así era de delicado el Hermano asistente con sus amistades, sus Hermanos visitadores y muchos de sus subalternos.

Regreso al país en 1966

En 1966 se reunió en Roma el importante 39° Capítulo General para una adaptación del Instituto al espíritu del Concilio Vaticano II que acababa de celebrarse (1962-1965). Incumbía igualmente elegir los mandos administrativos generales. Para tal efecto, el reverendo Hermano Charles Henry fue electo superior general y todos los asistentes dejaron sus funciones, entre ellos el Hermano Antonio María. En su agenda de 1966, leemos la lacónica afirmación: "Miércoles 8 de junio de 1966, me relevan de mi cargo de asistente. ¡Laus Deo et Maria Virgo!"

Con toda sencillez, se reincorporó como uno más al trabajo del Distrito México-Sur. Un Hermano consignó: "Para mí, lo más admirable de su persona fue la sencillez con que volvió a tomar las actividades de cualquier Hermano al dejar de ser asistente. Recibió el encargo de director de un pequeño colegio".

Aceptó la dirección del Colegio Benavente en Tehuacán, Puebla. La obra era pequeña, tenía una sección primaria y una sección secundaria, pero ofrecía algunas dificultades, entre otras, cierta penuria económica, ya que la localidad es modesta y la mayoría de los alumnos pertenece a la clase media baja, por lo que las colegiaturas son reducidas y no siempre se cubrían oportunamente. Con las funciones de director general y administrativo aunó la impartición de clases de inglés en el grupo de alumnos mayores (de 3° de secundaria en ese entonces) y la asistencia a las clases de primaria para "dar el catecismo".

Un año permaneció en ese puesto. No faltaron ciertamente momentos penosos aun en la vida de comunidad: diferencias en las edades, nuevos estilos y puntos de vista dispares, alejamiento prolongado del quehacer escolar directo. Sería inútil tratar de llegar a la explicación última con las solas luces de la razón. Acaso el Señor permitía tales "incomprensiones" para acrisolar la virtud del Hermano Antonio.

Posteriormente, recibió el cargo tan querido por él de promotor vocacional, que desempeñó en su juventud y que volvía a realizar, pero con mayor cariño y con una entrega absoluta. Nuevamente se le veía recorriendo el centro y el sur de México como encargado de la obra vocacional, en localidades que no contaban con colegio de los Hermanos. Ni la edad ni su salud un tanto deteriorada le impidieron lanzarse a verdaderas correrías apostólicas desde León, Guanajuato, su "centro de operaciones". Solo Dios conoce las muchas oraciones y privaciones ofrecidas por el Hermano Antonio María para las buenas vocaciones, en general, y por algunos niños y jóvenes en particular en sus traslados en autobús.

Fueron cinco años (1967-1972) cuya verdadera fecundidad permaneció en los secretos divinos, pero que, ciertamente, acrecentó el tesoro del siervo bueno y fiel y obtuvo muchas gracias para el Distrito entero.

Entre los auxiliares vocacionales debe señalarse la organización de un grupo fervoroso de mamás lasallistas, cuyas oraciones, buenas obras y ayudas económicas contribuían generosamente para el discernimiento y cultivo de vocaciones consagradas, especialmente para nuestro Instituto. En sus días de residencia en la comunidad de León, Guanajuato, no faltaba la programada reunión de oración y reflexión con las mamás lasallistas.[16]

Última enfermedad y fallecimiento

"Gracias por haberme informado de la muerte de mi querido amigo, el Hermano Antonio María. Esta noticia me sorprendió, puesto que el 6 de enero me escribió lo que fue la última de una larga serie de cartas desde hace 25 años. Me decía: 'Mi salud es excelente, gracias a Dios. No tuve ningún percance durante el año, lo que me permitió trabajar activamente en la promoción vocacional'". No pensó entonces que los percances se iban a presentar tan rápidamente. Quien así escribía el 20 de febrero de 1972 mostraba la sorpresa que causó el fallecimiento del Hermano Antonio María.

---

[16] Poco después se creará el Club San Benildo para rezar y promover las vocaciones.

Diferentes achaques, incluida alguna intervención quirúrgica, indicaban que su robusto organismo empezaba a exigir cierta moderación en la actividad. Incluso se había ya resuelto separar al Hermano Antonio María del trabajo vocacional para encargarle la redacción del histórico del Distrito: había vivido la historia lasallista en México y, además de los archivos, su memoria extraordinaria haría revivir figuras y episodios insospechados para las nuevas generaciones. El proyecto, no obstante, no pudo ser realizado: "Mis caminos no son vuestros caminos".

En la Consagración a la Santísima Trinidad que el Hermano Antonio escribió, según su costumbre, el 10 de enero de 1972: "T*out en moi Vous appartient car j'ai tout reçu de votre bonté et de votre toute puisance. Ma vie est entre votre mains, disposerz-en comme il vous plaira*".[17] El tono tranquilo de ese ofrecimiento permitía pensar que no había vislumbre de un pronto encuentro con el Señor.

Una gripe sencilla, ordinaria, podría decirse, lo atacó a mediados de enero y lo obligó a recluirse en su habitación. Cuando acudió un Hermano de la comunidad para informarse de alguna posible necesidad, encontró al Hermano Antonio sentado en el borde de la cama, respirando dificultosamente y bañado por un sudor frío. En ausencia del Hermano director y habiendo consultado entre sí, varios Hermanos decidieron alertar al médico y trasladar inmediatamente al Hermano Antonio María a la clínica. Ingresó en el Sanatorio López Valdivia de León, Guanajuato. Se le practicaron diversos análisis que revelaron una diabetes totalmente ignorada hasta entonces. La gripe degeneró en bronconeumonía y el corazón manifestaba una peligrosa taquicardia.

Los Hermanos y las religiosas enfermeras lo atendían con mucho cariño y gran deferencia. El 29 de enero, el neumólogo indicó que la bronconeumonía iba cediendo, pero el cardiólogo manifestó que el estado del paciente era sumamente grave, ya que en cualquier momento podía presentarse el paro cardiaco definitivo.

En la madrugada del 31 de enero, a eso de las 3:00 am, la religiosa que lo velaba notó que aumentaba la gravedad de su estado y le preguntó si quería que llamara al Hermano director. La respuesta del enfermo manifestó toda la delicadeza de sus sentimientos fraternales: "No, no le hable a esta hora, deje que descanse, háblele a las 6:00 de la mañana".

---

17 "Todo en mí te pertenece, pues he recibido todo por tu bondad y omnipotencia. Mi vida está entre sus manos, dispón de ella como quieras".

Nuevos síntomas hicieron comprender a la religiosa enfermera que se aproximaba el desenlace supremo y, sin consultar más, telefoneó a la comunidad para alertar a los Hermanos. Acudieron inmediatamente el Hermano director y otros tres Hermanos, pero ya el Hermano Antonio había caído en estado de coma. Iniciaron las oraciones para la recomendación del alma. Hacia las 4:45 am, sin recobrar aparentemente el conocimiento, pero lleno de paz y de sosiego, acudía el Hermano Antonio María a la cita definitiva con el Padre: "¡Siervo bueno y fiel, ven a compartir el gozo de tu Señor!".

Al despedirse de su cuerpo mortal, podía agradecerle la fiel colaboración que le había dado durante su vida; al mismo tiempo, le pedía perdón por haberse despreocupado tanto de él durante su existencia. Revestido con el santo hábito que había llevado con amor gran parte de su vida, el cuerpo fue trasladado a la comunidad donde fue instalada la capilla ardiente.

Hermanos y amigos de diversos lugares fueron acudiendo a León, Guanajuato. El 1 de febrero a las 10:30 am se inició la celebración de la última misa de cuerpo presente en el templo expiatorio. La asamblea fue numerosísima y hubo una piadosa, muy piadosa participación en la liturgia. El coro del aspirantado menor de México norte ejecutó los cantos apropiados que contribuyeron a mantener la devoción y la paz.

El cortejo fúnebre partió hacia el cementerio de San Sebastián, donde sería inhumado el cuerpo en la cripta de los Hermanos. Una vez bendecida la sepultura, el Hermano visitador pronunció una breve alocución que recordó rasgos sobresalientes del Hermano Antonio María y exaltó la figura de un gran educador y de un santo actual.

Mientras descendían sus restos, todos los Hermanos entonaron el "*Prends mon coeur, le voil*à" que tanto gustaba al Hermano Antonio en el original francés e, inmediatamente después, la adaptación en español que compusiera el propio Hermano Antonio el 24 de mayo de 1971.

Antes de que la asistencia se dispersara, el Hermano Luis Lozano Bernal agradeció a todos por haber acompañado los restos mortales de su hermano. El Hermano Luis no podía imaginarse que un día 23 de junio de 1985, él mismo acompañaría a su hermano Toño a la cripta de los Hermanos de León y, por primera vez, los restos mortales de ambos integrarían la comunidad lasallista. Juntos enarbolarían, aun en el silencio del sepulcro, el sagrado lábaro del *Signum Fidei,* del que fueron eximios heraldos y paladines, hombres coherentes con sus ideales y compromisos. ¡Que su fuego interno y su testimonio de fidelidad motiven y acrecienten nuestra entrega al Señor! Esta parece ser una oración adecuada al concluir esta corta semblanza.

Anexo 1

No hace falta ser psicólogo ni teólogo para comprender que las almas santas sueñan con manifestaciones divinas. Basta recordar la sagrada Biblia, donde abundan esos casos. El sueño tuvo lugar dos meses después de la elección como asistente del Hermano Antonio María en junio de 1946. El final del relato, hecho con toda sencillez, demuestra la admirable disposición de esa alma al empezar una etapa de su vida con grandes responsabilidades. Veámoslo:

Domingo 18 de agosto de 1946. Ciudad Trujillo, R. D. [18]

Un sueño

Muy rara vez tengo sueños durante la noche. Con todo, anoche (ya casi en la madrugada), tuve uno que por mera curiosidad anoto.

Pues bien, me hallo (durante el mismo) dentro de una capilla que nunca he visto, ante un nicho de la Sma. Virgen cerrado con vidriera. Esta se hallaba, al parecer, como empapada por el interior. No había altar delante del nicho. No sé qué instinto me llevó a abrir el nicho. La vidriera estaba, efectivamente, empapada en vapor de agua. ¿A qué se debía? No lo sé.

Dentro del nicho se hallaba una estatua de la Sma. Virgen vestida de blanco y con manto azul. Sobre el brazo izquierdo, me pareció que tenía al Niño Jesús. En todo caso, mientras yo contemplaba la estatua, he aquí que con gran sorpresa ésta —que tenía la mirada hacia delante— volteó su rostro hacia mí (yo estaba del lado derecho, muy cerca de la estatua) y, mirándome, extendió su brazo derecho y me presentó una crucecita que tenía en la mano. Gustoso la besé al punto. Por segunda vez, la Sma. Virgen me volvió a presentar la cruz y nuevamente la besé lleno de amor y agradecimiento. La tercera vez extiende su brazo la Sma. Virgen y me acerca su bendita mano: pero esta vez, en vez de una cruz, tenía una rosa, que me parece no besé.

Ese fue mi sueño. Poco después me desperté gratamente impresionado y comencé a indagar qué puede significar la presentación repetida de la cruz que yo besé... Y después la rosa. Pero en balde me esfuerzo en encontrar alguna significación.

En todo caso, quiero recibir todas las cruces que me vengan, como siéndome presentadas por mi bendita Madre, que las transformará en rosas para mi corona celestial.

Hermano Antonio María

[18] Actualmente ciudad de Santo Domingo, República Dominicana.

Anexo 2

Casas abiertas durante el gobierno del Hermano asistente Antonio María en México, 1946-1966 [19]

** Indican obras que se han dejado

1947 Las comunidades de México forman un distrito autónomo separado de las Antillas.

1949 Escuela Cristóbal Colón, La Villa, Ciudad de México.
Hermanos mexicanos llegan a la obra de Monterrey, Nuevo León.

1952[20] La Salle de León, Guanajuato.
Colegio Margil, Zacatecas.**

1953 Ciudad de los Niños, Colegio La Salle, Puebla.
Lagos de Moreno, Jalisco.

1954 Escuela gratuita de Xola, Ciudad de México.**
Secundaria Cristóbal Colón, Ticomán, Ciudad de México.

1955 Hermosillo, Sonora.
Durango, Durango.

1956 Escuela Normal Primaria, Puebla.
Escuela Normal Superior, Puebla.

1957 San Juan de los Lagos, Jalisco.
Tapachula, Chiapas.**

1958 Fundación Mier y Pesado, Coyoacán, Ciudad de México.**
Aspirantado Menor, León, Guanajuato.**
Escuelas La Salle en Monterrey, Nuevo León.

1959 Ciudad Obregón, Sonora.

1960 División en dos distritos: México-Norte y México-Sur.

---

19 Después de sucesivos acontecimientos, en que los Hermanos tuvieron que dejar las obras de México, se dio un renacer vigoroso por varios motivos: un incremento acelerado de vocaciones, la llegada de los Hermanos de las Antillas (Cuba) y el deseo de contar con una institución de educación católica en varias poblaciones y que las obras lasallistas estuvieran presentes por todo México, así como cierta apertura del gobierno.

20 Año en que se inicia la fundación acelerada de instituciones educativas lasallistas en México, casi dos o más por año. Varias obras se abrían como centros de extensión, con personal seglar, para preparar la llegada de los Hermanos años después. En varias obras, el equipo estaba compuesto por un Hermano de votos perpetuos, uno de votos temporales y un escolástico prestado.

1961[21]	Escuela Rosaura Zapata (Gerardo Monier) gratuita, Ciudad de México. Escuela Jardín gratuita, Ciudad de México.** Acapulco, Guerrero. Ciudad Victoria, Tamaulipas. Fresnillo, Zacatecas.** Simón Bolívar, Pedregal, Ciudad de México.
1962	Universidad La Salle, Ciudad de México. Escuela gratuita, León, Guanajuato. Escuela Secundaria Nocturna Obrera Simón Bolívar, Ciudad de México. Matamoros, Tamaulipas. Colegio Regiomontano Country, Monterrey, Nuevo León.
1963	Noviciado Lagos de Moreno, Jalisco. La Piedad, Michoacán.
1964	Tehuacán, Puebla.** Córdoba, Veracruz.** Chihuahua, Chihuahua.
1966	Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.** Ciudad Delicias, Chihuahua.** Misión de Mezquital, Hidalgo.**

Fuentes consultadas

En La Salle (2015). *Sensible fallecimiento Hno. Antonio Carrillo.* http://historico.lasalle.mx/sensible-fallecimiento-hno-antonio-carrillo-2/60317/

[21] Llegada de los Hermanos de las Antillas (Cuba).

IV

Víctor Bertrand Rangel, *fsc*
(Berchmans Alberto)

(05/12/1914-03/08/2003)

Su tierra y su familia

A fines del siglo XIX, el descubrimiento de veta La Esperanza, en el municipio El Oro de Hidalgo, en el Estado de México, trajo consigo una importante inversión de capitales extranjeros. La introducción de nuevas tecnologías como el ferrocarril y la energía eléctrica influyó considerablemente en el auge de la industria minera y en la infraestructura municipal. Así, El Oro se convirtió en el centro minero más importante de la entidad. Inversionistas, comerciantes extranjeros y gente de todas partes llegaron en busca de trabajo y oportunidades, lo que ocasionó un crecimiento acelerado de la población. La vida de los habitantes de El Oro cambió.

En 1900, llegó con 24 años de edad a El Oro, Barthelemy Vincent Bertrand Guerin, francés de nacimiento, proveniente de una población alpina llamada Aiguilles en los Hautes-Alpes. Tiempo atrás, su padre se había establecido en México, donde se desempeñó, primero como vendedor en el Centro Mercantil de la Ciudad de México y, más tarde, como vendedor foráneo en El Oro. Por otra parte, sus abuelos maternos tenían en la ciudad de Guanajuato un "cajón de ropa", como solía llamarse entonces a los almacenes donde se vendía ropa en general. Cuando la actividad bajó, se mudaron —su mamá incluida— a El Oro y allí pusieron también un negocio del mismo tipo. En esas

circunstancias fue como sus papás se conocieron. Su papá se mudó a El Oro y trabajó en el cajón de ropa junto con su hermano Jean Pierre. Con el tiempo, su papá dejó el cajón de ropa y puso una panadería. Finalmente, cuando empezó la actividad en la mina de El Cirio, entró a trabajar allí como tenedor de libros.

El señor Barthelemy se casó en 1900 con la señorita María Rangel Castillo, originaria de Guanajuato. Dios los bendijo con una familia numerosa de 11 hijos: Carlos, María del Carmen, Juana María, José Valentín, Francisco, Catalina, Margarita, Josefina, Héctor, Víctor y Helena Bertrand Rangel. Víctor fue el penúltimo de la familia. Solo Helena, que nació en Morelia, y su última hermana no nacieron en El Oro, como todos sus hermanos. En 1913, por una crisis en el cajón de ropa, se trasladaron a Morelia, donde la familia vivió poco más de un año, pero regresaron a El Oro.

Nacimiento y primeros años

Víctor vio la luz de la vida el 5 de diciembre de 1914. Fue para sus padres y sus hermanos un feliz acontecimiento que los llenó de alegría. El nombre de Dios, la piedad, la fe acendrada del noble francés y la sencilla devoción de su madre fueron una bella herencia para él. Su hogar fue la escuela de virtudes donde él aprendió e hizo suyas esas virtudes y desarrolló el gran número de cualidades que el Señor le proveyó y le entregó para que las hiciera florecer y fructificar en su vida.

Durante la primera infancia vivió en el mineral de El Oro, después la familia se desplazó a Tlalpujahua, Michoacán, donde vivían sus abuelos maternos, a causa de una enfermedad de su papá. Una vez repuesto, volvió a la mina. Como la actividad comercial estaba ligada a las minas, cuando estas dejaban de trabajar, las personas tenían que cambiar de actividad y fue por eso que se mudaron a la Ciudad de México, donde su papá entró a trabajar como tenedor de libros en una fábrica de papel. La fábrica estaba en Tizapán, Ciudad de México.

No está claro cuándo llegó la familia a la Ciudad de México. Debe haber sido por 1921, por la fecha en que nació su hermana menor, quien recuerda que cuando la llevaron a bautizar ya caminaba. Ellos llegaron a vivir a Mixcoac, por eso Víctor fue inscrito en el Colegio Francés del Zacatito.

En 1920, Víctor y su hermano Héctor fueron confirmados en la capilla privada del arzobispo de Morelia, apadrinados por el padre Zamudio. Sus sobrinos recuerdan que la más joven de sus tías les platicaba que Víctor, al ir al

Zacatito, llevaba a su hermana María del Carmen al jardín de niños, que debió ser en 1925.

Víctor siempre se mostró cercano a su familia, aunque al entrar con los Hermanos, el contacto con ella se redujo un poco, pues solamente los domingos primeros se veían porque era el día de visita.

En 1929, cuando fue enviado a Cuba, sus papás estuvieron de acuerdo y le otorgaron el permiso. En 1931, su papá enfermó y murió. Varios años antes su salud había empezado a debilitarse, desde el tiempo en que estuvo en El Oro y después en Tlalpujahua. Ya estaba en México como Hermano escolástico cuando la pérdida sucedió. Seguramente estuvo cercano a su mamá y a sus hermanos en ese trance.

Entrada al instituto y formación docente

El 15 de enero de 1928, se inició el noviciado menor bajo el patrocinio de San José y de Nuestra Señora de los Dolores. Ese mismo día domingo llegaron trece jovencitos provenientes de San José de Gracia y de Tingüindín, Michoacán. El 19, el Zacatito entregó joyas con nombre de Víctor Bertrand, Juan del Castillo, J. A. Bribiesca y E. Velasco. Su director fue el Hermano Emilio, secundado por los Hermanos Antonio María Lozano, Agustín Cárabez y Ángel Gálvez. Pronto se formó un grupo de 30 jóvenes deseosos de consagrarse a Dios.

En agosto de 1928, dos grupos de novicios menores, después de conseguir el permiso de sus padres, siguieron su formación en la Perla de las Antillas, y se incardinaron al noviciado menor en la finca de Guatao, Cuba. En el primer grupo iban Víctor Bertrand, Juan del Castillo y otros más. La estancia cubana fue de julio de 1929 a agosto de 1930, ya que pronto se llegó el tiempo de pasar al postulantado-noviciado y esa etapa la vivió en México. La llevó a cabo con entusiasmo juvenil y claridad sobre su vocación, una gran fe y una entrega a toda prueba.

En el retorno a la patria, le tocó inaugurar el noviciado en la recién adquirida finca de Los Amores e inició ahí el postulantado el 26 de agosto de 1930. La vida de oración, meditación, enseñanzas sobre la vida religiosa lasallista, lecturas espirituales, trabajo personal, estudios teológicos y trabajos manuales se fueron sucediendo conforme a los días y ese ambiente de recogimiento y de sana alegría hizo que el joven novicio tuviera la capacidad de alcanzar un cambio espiritual. Un gran acontecimiento en su vida fue la toma del santo hábito el 10 de diciembre de 1930. Además de su hábito reli-

gioso, el Nuevo Testamento y el rosario de seis decenas, recibió el nombre de Hermano Berchmans Alberto, nombre que llevó hasta 1966. El grupo de novicios fue un grupo numeroso. Entre ellos hubo Hermanos notables como Víctor Bertrand, Juan del Castillo, Ismael Huerta, Salvador Pérez, Alfonso Sanabria y José Sánchez. Un mes más tarde se agregó José de Jesús López Galván y otros que no perseveraron. Un retiro de ocho días había precedido la ceremonia. Los superiores y los Hermanos de las tres comunidades de México fueron los testigos.

Por el tiempo en que se vivía, la ceremonia fue discreta. Los tiempos de su noviciado aún eran de zozobra por la inseguridad causada por la persecución religiosa. Los hábitos se escondían, igual que los objetos religiosos, y se estaba muy atento a una inspección que pudiera haber por parte de la policía.

El tiempo de formación también consideraba el esparcimiento. Todos los jueves visitaban los múltiples lugares que tiene la Ciudad de México para gozar la naturaleza: Los Dinamos, el Ajusco, el Desierto de los Leones, las Fuentes Brotantes, La Villa, San Rafael, las pirámides de Teotihuacán. Los directores de los Colegios de la capital prestaban gustosos sus camiones.

Su director de noviciado fue el Hermano Benildo Justino, hombre sabio y prudente que sabía ser amable en su exigencia y gran formador. Era auxiliado por el Hermano Bernabé María, a quien sin duda se le podía calificar de gran formador, lo mismo que al Hermano Cesáreo, por la forma en que impulsaron la formación del carácter y de la conciencia de los jóvenes que pasaron por sus manos.

El noviciado terminó con la emisión de sus primeros votos en la víspera del tricentenario de las apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe el 11 de diciembre de 1931. Pronunció entonces las palabras: "Yo me consagro enteramente a vos, para procurar vuestra gloria".

Terminado el noviciado, inició su escolasticado en la misma finca Los Amores bajo la dirección del docto Hermano Cesáreo Boillot, quien marcó con su atrayente personalidad a muchos Hermanos jóvenes. Los motivó a mostrar finura en el trato, a valorar mucho trabajo profesional y desarrollar todas sus cualidades y potencialidades como educadores. A todos los Hermanos escolásticos los animó hacia las conquistas académicas. Los estudios oficiales gozaron de gran impulso, sin embargo, la carencia de la práctica era una deficiencia. Al llegar a la comunidad, los maestros novatos sufrían y les tocaba a los Hermanos inspectores inculcarles técnicas y actitudes profesionales.

El maestro y educador

En 1933 inició la aventura más grande y permanente del Hermano Víctor. Fue educador, director, constructor y aventurero de Dios al lanzarse a nuevos e interesantes proyectos. Superó retos y adversidades que la vida le fue presentando: su vida fue una búsqueda de coherencia entre su rica personalidad humana y su ser de religioso.

El Hermano Víctor triunfó desde su primera experiencia como maestro, que fue en el noviciado menor el 3 de mayo de 1933. Estuvo allí hasta abril de 1935, dos años de gran entrega y generoso trabajo en favor de los jóvenes novicios menores. Llegó en un momento de cambios, pues el Hermano Luciano, que era el director, fue electo visitador y como nuevo director llegó el Hermano Bernardino José Valenzuela. El Hermano Víctor fue un buen apoyo y ayudó en esos tiempos de inquietud por la educación socialista que amenazaba constantemente al noviciado menor. Desde esos años se distinguió por su dinamismo comunicativo, carácter jovial y espiritualidad recia que lo acompañan y marcan con un sello típico todas sus obras. Fue el principio de una verdadera ascensión en todos sentidos al servicio del Señor.

En 1935, la persecución religiosa del general Cárdenas clausuró la obra de los Hermanos en México. La otra parte del Distrito, en Cuba, lo recibió nuevamente y fue ahí a trabajar con gran éxito y mucho prestigio en dos importantes escuelas: la Academia La Salle y el gran Colegio de La Salle del Vedado. El 13 de enero de 1940 regresó a México como subdirector del noviciado y profesor del noviciado menor.

Director del noviciado menor

En 1943 fue nombrado director del noviciado menor de Tacubaya. Era un joven de 28 años que, con su calidad de personalidad y su efectividad en el trabajo, emprendió la renovación del noviciado menor. Se le había encomendado el cambio, que llevó a cabo prudentemente. Los empezó proyectando la construcción del noviciado menor y su traslado de Tacubaya a Tlalpan. Su recia personalidad y su forma de trabajo fueron para muchos de los novicios menores inspiración y símbolo de lo que es un Hermano.

Durante 1943 y 1944 se trabajó en la construcción de la nueva casa. Los albañiles hicieron su trabajo, pero los novicios menores, capitaneados por el Hermano Víctor Córdoba y animados por el Hermano director, hicieron muchas de las instalaciones eléctricas, de tuberías y de drenaje. Se inició el traslado el 17 de enero de 1945. El mobiliario fue poco a poco consiguiéndose,

pues casi nada valía la pena transportarlo. Gracias a la generosidad del Hermano Amance Charles Thierry, director del Instituto Francés de la Laguna, de Gómez Palacio, Durango, los dormitorios lucieron nuevas camas, colchones y almohadas.

El acto oficial de inauguración de la casa fue la toma de hábito, que reunió a unas 120 personas, cantidad algo grande para entonces. Se dio por inaugurada tras las sentidas frases que dirigió el Hermano visitador Antonio María. El noviciado menor llevó una vida sencilla hasta que el Hermano Víctor entregó esta obra tan querida al Hermano Luis Lozano. Pero en los años que estuvo como director del lugar, le imprimió un ambiente de piedad, entusiasmo y alegría, que se reflejaba en todos los novicios menores de esa época, quienes lo recuerdan con cariño. Participaba con entusiasmo en sus juegos durante las excursiones; no era raro verlo, en tiempo de Navidad, participar animadamente en la "guerra de cohetes".

Una vez que se tuvo el teatro, colaboró en la preparación de zarzuelas y sainetes cómicos que eran motivo de alegría entre los muchachos y sus familiares. Se montaban el 21 de noviembre, cuando se ofrecían por el fin del año escolar y el inicio de las vacaciones. En ese tiempo se inició el ascenso al Popo y al Iztaccíhuatl.

En 1948 fue designado a seguir los ejercicios del segundo noviciado de Roma. Fueron nueve meses de gracia y de renovación, de profundizar en la consagración religiosa y de vivir con plenitud los valores evangélicos en el seguimiento de Jesús, todo ello en un clima de serenidad y tranquilidad. De regreso, lo esperaban seis meses como director vocacional, cargo para el que ideó retiros y organizó encuentros de reflexión con jóvenes vocaciones.

Un relevo importante

Los Hermanos del Distrito de Nueva Orleans-Santa Fe habían fundado el Instituto Regiomontano en 1942, pero con la condición de que en un futuro esa comunidad pasaría al Distrito de México. En 1949, el Hermano Víctor Bertrand encabezó el primer grupo de Hermanos mexicanos, cuatro en total, él como subdirector y tres hermanos jóvenes para ser maestros de la primaria. El 29 de diciembre de 1949 llegó a Monterrey y permaneció allí hasta mediados de julio de 1957, cuando fue nombrado visitador.

Como director se hizo esta pregunta: "¿Qué no conoció Monterrey de tu ilusión, entusiasmo y entrega? Al inicio de los cincuenta, colgar un edificio de tres pisos y poner las clases en forma de anfiteatro. Construir de la nada la

Iglesia de Nuestro Santo Fundador que aun actualmente se ve moderna. Pero tu acción era sobre todo con las personas. ¡Cómo te recuerdan tus exalumnos!".

Iglesia de San Juan Bautista de La Salle

Aprovechando el cincuentenario de la llegada de los Hermanos a México, el Hermano Víctor Bertrand se lanzó, apoyado por los vecinos de la colonia Chepevera y de importantes industriales a la construcción de la Iglesia de San Juan Bautista de La Salle. El proyecto fue del ingeniero Gustavo M. Coindreau Barri. Ciertamente, el proceso de construcción fue lento, pero se culminó en 1963. Es una obra arquitectónica moderna, que implicó muchos retos a causa del clima regiomontano. Años más tarde todo el material de recubrimiento tuvo que ser sustituido y quedó tan solo la estructura inicial y el acabado interno.

Secundaria y preparatoria en un nuevo edificio

Se colocó la primera piedra de los nuevos edificios que destinarán a secundaria y bachillerato del Regiomontano. Presidió la ceremonia el gobernador Raúl Rangel Frías, con asistencia del presidente municipal José Luis Lozano, de Eugenio Garza Sada y de las mesas directivas de las diferentes sociedades conectadas con el Instituto.

Ese mismo día, *El Norte* reseñó la bendición del centro social, de los exalumnos y del auditorio Marcelino M. Lacás. El arzobispo Alfonso Espino y Silva impartió la bendición y se contó con la presencia de muchos exalumnos tanto del Colegio del Sagrado Corazón como del Instituto Regiomontano.

Fundación de la normal del Regiomontano

La licenciatura de Educación Primaria tiene su origen en la normal del Instituto Regiomontano, que se fundó en 1954 bajo la dirección del Hermano Víctor Bertrand. Treinta años después cambió de carácter al de licenciatura.

La normal fue un reto que el Hermano Víctor asumió. Las religiosas salesianas tenían la normal mixta y, en aquel tiempo, sus superioras pidieron que no fuera mixta. Con esta petición presente, el Hermano director hizo los trámites necesarios para que los alumnos hombres pasaran al Regiomontano y con ello se dio inicio a esta obra tan querida por el señor de La Salle: la formación de maestros cristianos.

Segundo visitador del Distrito de México (1957-1960)

Fue en los primeros días de julio de 1957, cuando se leyó en Coyoacán la *obediencia* como segundo visitador del renacido Distrito de México.

El primer problema que se enfrentó fue el cambio de varios Hermanos en puestos de directores de los distintos colegios: el Simón Bolívar, el Cristóbal Colón, los de Puebla, Monterrey, La Villa, León y el escolasticado.

Una virtud que puede admirarse en el Hermano visitador fue la obediencia exacta a los superiores, en este caso al Hermano asistente; asimismo, fue notable su capacidad de escuchar a los Hermanos, su forma de atender sus necesidades y la de acudir, a través del diálogo, a la solución de problemas.

Fundaciones

En 1957, nacieron dos colegios y comunidades. El primero en San Juan de los Lagos el 6 de septiembre con el Colegio Fray Miguel de Bolonia, y que tuvo como director al Hermano Miguel Pasillas. El segundo, el 10 del mismo mes en Tapachula, en la frontera sur de México, con el Colegio Miguel Hidalgo de Tapachula, que tuvo como director al Hermano Pierre Lyonnet.

En 1958, el 11 de febrero, se inició la obra de Mier y Pesado, en Coyoacán, Ciudad de México. Su primer director fue el Hermano Charles Tierry. Se había planeado la entrega a los Hermanos de esta obra en la década de los 30, pero las circunstancias de la educación socialista lo impidieron.

El 2 de agosto de 1958, con un grupo proveniente en su mayoría del aspirantado de Guadalajara y unos diez nuevos integrantes, se abrió el noviciado menor de Nuestra Señora de la Luz, que tuvo como su primer director el Hermano Leopoldo Angulo Navarro.

El 15 de agosto de 1959, día de la fiesta de la Asunción de María Santísima a los cielos, el padre Javier de León entregó a los Hermanos el Instituto La Salle de Ciudad Obregón, Sonora, que quedó en manos del Hermano Ignacio Tapia.

Antecedentes de la división del Distrito de México

En julio de 1959, el Hermano superior general anunció al Hermano Antonio María que se analizaría la división del Distrito de México. El 19 julio, el Consejo de Distrito estudió las ventajas e inconvenientes de esta decisión. Entre las desventajas estaba el número de Hermanos para cada Distrito: 138 para el Sur y 108 para el de Durango. Desde Roma, el 16 de octubre, determinaron la anexión de las casas de Santo Domingo al Distrito de Durango (Norte), lo

que equilibró así el número de Hermanos. Los criterios para la creación de un Distrito eran su autosuficiencia económica, de personal y su capacidad para formar nuevos sujetos.

La división del Distrito fue una fiesta en tres actos que dio como fruto el nacimiento de los nuevos Distritos. El primer acto fue la reunión de Cuernavaca, un encuentro fraterno de alegría. Todas las Comunidades estaban presentes. El segundo momento fue la Eucaristía en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, presidida por el delegado apostólico Luigi Raimondi y el Hermano asistente Antonio María. El tercer momento ocurrió en el salón de actos de la Escuela Cristóbal Colón, cuando el Hermano asistente leyó una carta del Hermano superior general, siguieron las obediencias de los Hermanos visitadores y se terminó con las listas de los Hermanos y novicios menores en formación. La personalidad de cada Hermano visitador dio un tinte especial a estos distritos nacientes.

Visitador del Distrito México Sur

Desde el inicio de su mandato, el Hermano visitador Víctor Bertrand organizó y puso en práctica el Acuerdo de Jocotepec, Jalisco, y una serie de normas sobre el Consejo de Distrito y el Consejo de Comunidad. También formó un grupo de Hermanos del Consejo que estudiaban las diferentes situaciones económicas que se vivían en el Distrito: la adquisición y el enajenamiento de terrenos, la forma de conseguir préstamos, las hipotecas y las normas para los libros de contabilidad tanto en los colegios como en las comunidades.

Las deudas, que ciertamente eran grandes, y la forma de hacer política del Hermano visitador fueron minando su liderazgo, al mismo tiempo que surgieron otros liderazgos que con el tiempo llevaron el timón del Distrito. Lo anterior no resta, sin embargo, a su gran entrega.

En diciembre de 1962, los superiores eligieron al Hermano Luis Lozano como visitador auxiliar. Con esta elección, la sucesión del Hermano Víctor como visitador estaba asegurada, y así se realizó. Se decidió que todos los Hermanos fueran inscritos en el Seguro Social y tuvieran cédula cuarta que sería en adelante exigencia del gobierno.

El Hermano visitador Víctor pidió tanto a Roma como a la comunidad del Colegio Simón Bolívar que obsequiara a las Hermanas guadalupanas de La Salle la casa de la calle Asturias núm. 28, en Mixcoac, donde nació la congregación en 1946.

La cuestión cubana (1961)

El Distrito de Cuba estuvo muy ligado a México cuando la isla antillana se quedó sin una ayuda palpable; le tocó un día nefasto en que la nave lasallista naufragó trágicamente en una tormenta de crueldad nunca soñada. En diciembre de 1960, Fidel decretó que el año escolar terminaría en abril, y que los alumnos, a partir de ese momento y hasta diciembre, se dedicarían a la alfabetización. Fue una amenaza para los colegios católicos que serían nacionalizados días después. La misma tarde de la fallida invasión de Bahía de Cochinos, los Hermanos fueron hechos prisioneros. Algunos se refugiaron en la casa de sus familiares. El 17 de abril había más de 20 hermanos en prisión. El 1 de mayo, Fidel Castro nacionalizó toda la educación privada.

Fue un trabajo difícil la preparación del éxodo. El Hermano asistente Antonio María dio la autorización, pero el medio de transporte no fue fácil de conseguir. El Hermano visitador Víctor movió influencias para lograr que el país recibiera a los refugiados, incluso consiguió dos aviones de la Compañía Mexicana de Aviación, aunque el primero fue detenido por el gobierno mexicano por razones graves cuando ya volaba sobre Mérida.

Fue entonces cuando el Distrito de Nueva York ofreció la renta de un avión que los trasladaría de la Habana a Miami. Eso se realizó el 25 de mayo de 1961. Para entonces, 109 religiosos con su hábito abandonaron su campo de trabajo para ir a tierras de Estados Unidos y de ahí dirigirse a América Central; 38 fueron a México; 20 regresaban a Francia; otro grupo fue a Puerto Rico y unos más a Roma.

El Hermano Víctor los recibió con gran caridad y estuvo siempre atento a remediar las necesidades de estos Hermanos y hacerles sentir el cariño y el aprecio de los Hermanos mexicanos.

Creación de la Universidad La Salle

En 1960 surgieron varios problemas que en la tercera sesión del Consejo del Distrito México Sur. El 11 de septiembre se expuso lo siguiente: “La reverenda madre Gemma de la Mora ya hace cinco años que hizo el trato y ya se ha esperado mucho tiempo para que se entregue el edificio. Ellas necesitan construir su edificio y nos piden el terreno”.

Al preguntarse quiénes hicieron el ofrecimiento del terreno y del edificio de secundaria del Colegio Cristóbal Colón a la madre de la Mora, no parece probable que hayan sido ni el Hermano Víctor ni el Hermano visitador Bernardo. En la reunión de Consejo estuvieron presentes todos los Hermanos di-

rectores y el Hermano Dosas Lucien y en el acta de consejo se lee la siguiente historia:

> En 1955, la reverentísima madre Gemma de la Mora, superiora general de la Congregación del Verbo Encarnado y del Santísimo Sacramento, firmó un convenio con el Hermano asistente Antonio María y con el C. H. director de entonces, Nicet Ernest. Según el escrito, existe el compromiso de vender a la madre Gemma la propiedad de Sadi Carnot núms. 36-38 al precio que resultara como promedio entre el avalúo presentado por ambas partes. La propiedad entraría en posesión de las religiosas en enero de 1958.

La entrega del edificio, un hecho muchas veces aplazado aunque ineludible, planteó la urgencia de desplazar una sección del Colegio Cristóbal Colón. Tras considerarlo detenidamente, se decidió que fuera la sección preparatoria la que emigrara. Se evaluó que se alojara en un terreno de 5000 m^2, situados en la calle Benjamín Franklin. La preparatoria se ubicaría entonces en un punto intermedio entre el Simón Bolívar y el Cristóbal Colón. Otra posibilidad era colocar la preparatoria en los terrenos adyacentes al Colegio Simón Bolívar.

Se estableció una comisión que estudiara los pros y contras de los dos sitios. La situación difícil era la forma de financiarse, ya que no se contaba con capital y, además, algunos de los colegios estaban hipotecados. Se buscaron posibles fuentes de ingresos, como vender algunos terrenos; otra fue el compromiso de tres escuelas para sacar adelante el proyecto. Se decidió que la preparatoria se trasladara de Sadi Carnot a Benjamín Franklin en septiembre de 1961.

Era 1962 y, en aquel tiempo, era notable la presión de abrirse a los estudios universitarios, sobre todo por parte de un grupo de Hermanos de la preparatoria del Colegio Cristóbal Colón. Aunque tanto la Nunciatura —que entonces era la Delegación Apostólica—como destacados dirigentes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) insistían también en ello.

El Instituto alababa realizaciones mundiales y él mismo había creado el Jesus Magister incorporado a la Universidad Lateranense. “Signos de los tiempos”, como años después los nombraría el Papa Juan XXIII.

El proyecto de una universidad era conocido por casi todos y creó opiniones opuestas: algunos Hermanos deploraban tal proyecto, pues creían que se privaría a la UNAM de la influencia positiva en los exalumnos universitarios;

mientras que otros la apoyaban e impulsaban, sobre todo los de la preparatoria del Cristóbal Colón.

La Universidad La Salle abrió sus puertas el 15 de febrero de 1962. Fue la primera en América Latina —después del intento fallido de la Universidad San Juan Bautista de la Habana— y con el paso del tiempo fue expandiéndose en México. Fue un proyecto de mucho riesgo, tomado por el Hermano visitador y apoyado en su realización por el Hermano Manuel Álvarez, quien fue su primer rector. La acción no fue del todo bien vista y el Hermano visitador comenzó a ser cuestionado por otros líderes distritales, sobre todo por la imposición económica a algunos colegios.

Al frente de la construcción quedó el Hermano Alberto Agustín (Manuel Álvarez). Al preguntársele si aceptaba encargarse del proyecto, la financiación y la construcción dijo que sí, siempre y cuando el Consejo lo juzgara capaz. Todos los colegios cooperaron en la medida de sus posibilidades a la realización de esta obra, en especial, el Cristóbal Colón, el Simón Bolívar y el Benavente; más tarde la Escuela Cristóbal Colón también colaboró. La construcción de la Universidad La Salle fue un acto de fe y de audacia del Hermano visitador en turno, quien miró hacia el futuro, aunque su intención no fue comprendida por muchos y fue criticada por más de alguno. Ahora, al ver el desarrollo y la expansión de la universidad, tendría que reconocerse la visión preclara de este superior.

Otras fundaciones en el Distrito México Sur

Las peticiones de fundaciones en la década de los 50 y en los primeros años de los 60 eran numerosas, generalmente iban dirigidas al Hermano asistente, quien decidía en muchos de los casos. El papel de este Hermano en un Distrito era de primer nivel, era él quien designaba a los consejeros y daba la última palabra en muchas acciones.

Se había tomado la política de los colegios de extensión, que eran supervisados por el mismo Hermano visitador o por un delegado de este; así fueron surgiendo diversos colegios. Muchas de estas obras pudieron realizarse gracias a la presencia de 20 Hermanos provenientes de Cuba, expulsados por Fidel Castro; así fue como nació el Colegio La Salle Acapulco.

Dos escuelas al servicio de los desfavorecidos

El Hermano visitador Víctor Bertrand escuchó las necesidades de dos regiones de la Ciudad de México que necesitaban una escuela al servicio del sec-

tor más desfavorecido. Así ideó agregar dos obras a los grandes colegios de la capital: la primera, al Simón Bolívar; y la segunda, al Cristóbal Colón.

Una petición de los padres Misioneros del Espíritu Santo orientaba hacia el barrio de Cuicuilco, donde estaban dispuestos a promover la escuela Rosaura Zapata. Consiguieron que el gobierno les construyera la escuela que querían poner en manos de los Hermanos lasallistas. El Hermano Gerardo Monier aceptó la clausura de La Salle de Xola, por esta nueva obra que recibió la apreciada ayuda tanto del Hermano Rafael Pulido como de la franciscana madre Dolores.

Bimbo solicitó asesoría a los Hermanos lasallistas, por medio del contador público José T. Mata, para un centro escolar llamado Escuela Jardín. La asesoría le fue brindada y así se extendió la acción de Xola a dos puntos más necesitados. Esta escuela dependió de la comunidad del Colegio Cristóbal Colón y pasó después a depender de la comunidad religiosa de la Escuela Cristóbal Colón de la Villa.

Simón Bolívar Pedregal

Nuevamente, los Misioneros del Espíritu Santo abogaron por la creación de otra escuela, esta vez en el Pedregal. Los Rivera Torres, que habían fraccionado la colonia del Valle en 1930, quisieron en esa ocasión fraccionar la franja del Pedregal que había quedado a ambos lados del periférico. Ofrecieron, a mediano precio, un rincón de esos terrenos con salida al antiguo camino a Santa Teresa y abrieron una puerta a la exclusiva colonia del Pedregal de San Ángel.

Se presentaron los planos del Simón Bolívar de Río Mixcoac para el nuevo Colegio, pero se indicó que desde el temblor de 1958 se había duplicado el hierro para cualquier construcción. Hubo necesidad de hacer nuevos cálculos, nuevos estudios y trámites, y entonces poner manos a la obra, de modo que el 3 de febrero de 1962 ya pudo publicarse esa nueva oferta educativa en el Pedregal. El Colegio fue dirigido por el Hermano Luis Bordes, quien estuvo apoyado por la madre Alcázar como inspectora.

Colegio Vasco de Quiroga

En 1960, el señor cura José Olalde entrevistó al Hermano visitador y le ofreció un embrión educativo con el nombre de Vasco de Quiroga. Quería que los Hermanos infundieran el espíritu del cristianismo en el Centro y, sobre todo, ayudaran a su consolidación.

En años anteriores, se había enviado al profesor Agustín Fabián, que había dejado en manos de los Hermanos el Colegio José de Escandón en Ciudad Victoria. Su experiencia se volcó en el nuevo plantel que, a falta de un gran terreno, se abrió en una casa que en el fondo tenía zahúrdas. La Piedad, Michoacán, tenía en ese año 30 mil habitantes y un poco más de 90 mil cerdos. Las zahúrdas estaban dentro de cada propiedad urbana. Su transformación en aulas era fácil. Fueron seis y en ellas se abrieron una primaria y una secundaria; esta última era muy atractiva y nocturna.

Los tres primeros Hermanos llegaron el 2 de enero de 1963. Eran tres jóvenes entusiastas de 28, 25 y 20 años: los Hermanos Héctor García Zaragoza, Manuel Velasco y Antonio Camarena, que trabajaban de día y se abocaban a una numerosa secundaria nocturna que terminaba a las 10 de la noche.

Acapulco

La primera petición de un colegio en Acapulco se remonta a 1953. La hizo monseñor Leopoldo Díaz Escudero, obispo de Chilapa. La respuesta fue que se añadiría la petición a la lista de ciudades que lo solicitaban. La segunda petición vino poco después. Monseñor Toriz, obispo de Chilapa, a través del seminarista Mariano Ramírez, se puso al habla con su homónimo y Hermano, el Hermano Mariano Ramírez Degollado, con el fin de abrir en Acapulco un Colegio La Salle.

Los Hermanos Antonio María Lozano y Víctor Bertrand acudieron al lugar el 15 de agosto de 1957. Encontraron un ambiente desolador en el puerto, según ellos mismos llegaron a decir, pues días antes, el 29 de julio de 1957, había ocurrido un terremoto. No obstante, monseñor Juvenal Porcayo Uribe los atendió en todo momento, pues monseñor Toriz se encontraba indispuesto.

Conocieron al padre Antonio Parra, al que les presentaron como el mago que podría resolver cualquier asunto relacionado con la construcción de dicho Colegio. El padre Parra construyó un edificio de dos plantas, un espacio de una media hectárea en un lugar céntrico, con posibilidad de agregar dos pisos más al edificio.

Se propuso que, por lo pronto, fuera un colegio “de extensión”, lo que monseñor Porcayo aceptó. En unos meses estaría disponible el personal seglar que se encargaba del Colegio Miguel Hidalgo de Tapachula. El profesor Ezequiel Nieto Fuenlabrada se encargó de formar el grupo que abrió el Colegio La Salle Acapulco, en la calle Ejido. El éxito fue rotundo: 325 alumnos inscritos el primer año; en 1959, un año después, la matrícula aumentó a 640.

Hubo eventos favorables ese año, como la creación de la Diócesis de Acapulco, aunque todo ello dio muestra de una prosperidad palpable de La Salle Acapulco.

El señor obispo visitó México y suplicó no rechazar a nadie en la tercera inscripción. El padre Parra lo acompañó y se comprometió a construir un piso más. La tercera matrícula fue de 810 alumnos. Sin embargo, hubo un incidente desagradable: el padre Parra, tal vez agobiado por las deudas, anunció la próxima matrícula bajo el nombre de Colegio Anáhuac, con los números telefónicos actuales del Colegio y la misma dirección.

En una maniobra rápida y audaz del Hermano visitador, despertó al padre de su plácida siesta y le reprochó no haberle avisado. Mientras tanto, el superior reunió a los profesores y determinaron trasladarse a un terreno 15 km más lejos. Fue un obsequio de la Compañía Aguirre y Pintos. La cuarta matrícula se realizó en la Dodge Automotriz Aznar. Se colocó una manta en la calle Cuauhtémoc y se acogió a 910 alumnos. En los meses de vacaciones se construyó rápidamente el edificio en la colonia Cumbres, en una extensión de 17 mil m^2. La compañía constructora EKI, S. A. se encargó del proyecto, con un costo de 1 600 000 pesos, ciertamente, una gran deuda que pesó por años sobre la dirección y más tarde sobre la comunidad de Hermanos. Este fue un acto del Hermano Víctor, que podría calificarse de temerario, pero con una fe que lo llevó a mover montañas, en este caso la montaña fue un nuevo colegio.

El 30 de junio de 1961, el Hermano visitador Víctor Bertrand presentó a los tres primeros Hermanos que animarían el Colegio. Ellos fueron Hippolyte Jouve (Albán José, antiguo visitador de las Antillas), José María Valdivia y Ángel Tomás. Fue a ellos a quienes tocó iniciar el nuevo colegio.

Como Hermano visitador, llevó a cabo siete nuevas obras en tres años de mandato, además de la división de la comunidad del Cristóbal Colón; se construyó la secundaria gratuita del Simón Bolívar y se solucionaron mil y una situaciones más. Su ánimo a toda prueba, su fe profunda y sincera le permitieron seguir adelante, a pesar de que, como todo jefe, su carisma y sus decisiones no fueron por todos aceptadas.

La división de las comunidades de los Colegios Cristóbal Colón y Simón Bolívar

La comunidad de la primaria del Cristóbal Colón tuvo como hermano director a Ricardo Preciado y como director de secundaria y general del colegio al

Hermano Emilio Reversat. En el Simón Bolívar, el director de primaria fue el Hermano Manuel Villalba, y en la secundaria, como director general del Colegio, el Hermano Juan del Castillo.

Visitador del Distrito México Norte

El Hermano asistente hizo del conocimiento del Hermano Bernard Alphonse lo siguiente: "Le comunico que, después de haber reflexionado y orado, y por indicación del Hermano superior general, he notificado al Hermano Berchmans Alberto, como visitador del Distrito por el régimen; y, por deseo de los Hermanos directores de México Sur, salvo el de Puebla, se nombró al Hermano Adalberto Luis como visitador del Distrito Sur".

La Casa Central del Hermano visitador, que estaba en el noviciado menor de León, se trasladó a Gómez Palacio. En agosto de 1963 se estableció en la casa llamada la "cueva" y se formó una comunidad constituida por el Hermano visitador, el Hermano Villalba y el Hermano Boillot.

Visita del Hermano superior general

Uno de los eventos importantes para el nuevo Hermano visitador fue la preparación de la visita del Hermano superior general Nicet Joseph y del Hermano asistente Antonio María. Para la visita, que se realizaría del 15 al 25 de agosto de 1963, el Hermano visitador delegó en los Hermanos directores algunos de los eventos previstos.

La visita inició en Guadalajara, donde fue recibido el Hermano superior general por los Hermanos estudiantes y las familias del Colegio Febres Cordero. Luego se organizaron las visitas al eminentísimo señor cardenal y a la ciudad. Se planificaron también una comida y un traslado a Tepatitlán para una estancia del 15 por la tarde al 22, tiempo en el que presidiría uno de los retiros de Distrito. El mismo 22 fue recibido el Hermano superior en San Juan de los Lagos; se había planeado la toma de hábito, pero al no estar concluida la construcción del noviciado, se cambió al día 7 de septiembre.

En León, en el noviciado menor, fue la recepción del Hermano superior por la mayor parte de los Hermanos del Distrito. Se le ofreció una fiesta literario-musical y, al día siguiente, hubo un retiro con los Hermanos directores.

Luego salieron a la Ciudad de México. Ese viaje se realizó en un avión particular que el Hermano visitador consiguió con un industrial de Monterrey. Con algunos cambios en el itinerario, como el de la toma de hábito, el superior general tuvo tiempo de visitar algunas de las ciudades del norte.

Fundaciones

La Loma

Fue una fundación pensada para que fuera fuente de recursos. La misma quinta base de la división del Distrito preveía la autonomía de recursos para cada distrito. Generosamente, cuatro Hermanos se ofrecieron para realizar, independientemente del Instituto Francés de la Laguna (IFL), un proyecto fuente de recursos en favor de los centros de formación. Estos Hermanos fueron Aniceto Villalba, Cesáreo Boillot, Bautista Roberto y José de Jesús López.

La Loma era un terreno de cien hectáreas de viñedos a donde se podían trasladar los gallineros y establos que poseía el IFL, y que estorbaban para su expansión, especialmente en la sección de internos. Se ubicaba sobre los "puentes cuates" camino a Durango. Si bien fue una oferta generosa de los cuatro abnegados Hermanos, no menos hay que admirar el desprendimiento generoso del Hermano director del IFL que, mediante un convenio entre ambos directores, se despojó de los animales y de sus instalaciones que fueron a parar a La Loma.

La Salle de Chihuahua

El 15 de agosto de 1964, La Salle de Chihuahua pasó la estafeta a la comunidad de Hermanos, que se fundó para hacerse cargo de la dirección. Los Hermanos Gilberto Lozano, Antonio Pulido y Antonio Deloya estuvieron involucrados en esta labor.

Delicias

Dos años después, el 15 de agosto de 1966, pasó lo mismo con La Salle de Ciudad Delicias, Chihuahua: se fundó la comunidad lasallista y se asumió la dirección del colegio. En esta ocasión, los Hermanos José Arrieta, Rafael Servín y Rafael Maldonado llevaron a cabo estas funciones.

Comunidad de La Salle de San Nicolás

Las escuelas La Salle de la Cervecería Cuauhtémoc de Monterrey hacían dos recorridos diarios desde la comunidad del Regiomontano. Se pensó en abrir una comunidad en la colonia Cuauhtémoc. Su existencia fue efímera, pues años más tarde se prefirió el diario trajín. La comunidad se abrió al cambio del Hermano José Sánchez, director fundador, con el Hermano José Jesús Muñoz y se cerró a la llegada del tercer director, el Hermano Argeo Blanco.

La Salle de Monclova

El 10 de agosto de 1968, tras doce años de la promesa que el Hermano asistente Antonio María Lozano hizo al licenciado Solís, se tomó el Colegio La Salle de Monclova. Un año antes, dicho licenciado envió un legajo con cartas, planos y bases de la fundación que hábilmente fue acumulando, y preguntaba si se seguía en la disposición de mantener la palabra dada 11 años atrás. Si el sí seguía, él quería cumplir su parte.

Por tratarse de un compromiso aceptado por los superiores de Roma, ante testimonios de correspondencia cruzada que nunca se desmintieron, el Consejo fue lo suficientemente bondadoso y aprobó el hecho consumado. No faltaron abstenciones y otras actuaciones antes de la votación, que logró ser aprobatoria. La primera comunidad estuvo conformada por los Hermanos Salvador Valle, Juan Gómez y Esteban Fernández.

Fomento de Educación Superior A. C. (Fesac) y Universidad de Monterrey (UDEM)

La petición del gobernador de Nuevo León, el licenciado Eduardo Elizondo, de abrir una universidad católica con oferta de autonomía; la anuencia del arzobispo y la decidida acción de los cuatro institutos religiosos se conjugaron maravillosamente para realizar el proyecto.

Como paso inicial, se creó Fesac. Se elaboraron las escrituras, se les hizo aprobar oficialmente y, sobre esas bases, se trabajó de común acuerdo con los cuatro institutos religiosos: dos de Hermanos (lasallistas y maristas) y dos de religiosas (guadalupanas y damas del Sagrado Corazón).

El proyecto se cristalizó en la Universidad de Monterrey, conocida después como UDEM. Los cuatro grupos comprometidos cedieron locales que desde septiembre de 1967 alojaron por años varias carreras hasta llegar a la construcción de un espléndido campus, que ahora brinda servicios a una amplia cantidad de alumnos. Con audacia, el Hermano visitador fue respondiendo a los retos, inclusive aquellos anteriores a su mandato. Algunas peticiones, no obstante, quedaron en los archivos, y no pudieron cumplirse.

Dolor y sufrimiento para el Hermano visitador

Accidente de los Hermanos de San Juan y Durango

El dolor lo acompañó a causa de la muerte de los Hermanos en dos accidentes automovilísticos. En los primeros días de enero de 1965, iba a celebrarse la fiesta por los 50 años del Hermano visitador en el noviciado menor de León. Dicho festejo no se realizó, ya que los hechos hicieron que todo cambiara.

El 31 de diciembre venían los Hermanos a pasar el año nuevo en la comunidad de Guadalajara, pero un accidente en coche de cuatro Hermanos que venían de pasar vacaciones en Villa de Purificación, Jalisco, consternó a todos y los enlutó, pues dos de ellos, los Hermanos Marcelino Jiménez y Manuel Marroquín, perdieron la vida. El lunes 18, el Hermano Bruno, que había resultado herido, fue dado de alta, pero se quedó en Guadalajara para revisiones. El Hermano Zepeda fue operado del codo y de la pierna el 19, y padeció alucinaciones por la anestesia.

Accidente en Ciudad Obregón

El 27 de enero de 1968, el Hermano Víctor estuvo de visita en la comunidad de Obregón y siguió su visita a Hermosillo. Tres Hermanos se ofrecieron a llevarlo en el auto de la comunidad: los Hermanos Ignacio Tapia, Ferdinand Rincón y Jesús de Alba. Después de una fraterna comida en Hermosillo, los Hermanos se despidieron y emprendieron el regreso, querían llegar a su comunidad antes de las cinco de la tarde. Hicieron una parada en Guaymas para comer y prosiguieron. Lamentablemente, la muerte los acechaba en la carretera como ladrón experto. En una recta, como a veinte minutos de Obregón, el Falcon de los Hermanos derrapó y se incrustó con otro automóvil que venía en sentido contrario. Cuatro personas murieron instantáneamente, los tres Hermanos y una señora, madre de familia, que venía en el otro coche. El peritaje fríamente señaló exceso de velocidad, llantas lisas, pavimento mojado, pérdida de control. Este acontecimiento representó nuevos retos, cambios y la búsqueda por suplir en algo a los difuntos. Con gran entereza, el Hermano Víctor enfrentó la dificultad y animó a la comunidad que se encontraba dolida.

El Hermano visitador y el "mal de piedra"

Durante su tiempo como visitador, el Hermano Víctor propició, alentó y lanzó a varios Hermanos a que construyeran y completaran ya sea partes del colegio o casas de la comunidad. Entre estas construcciones se encontraban las casas de las comunidades de Saltillo, Lagos, Chihuahua y Durango. Se renovaron la casa de los Hermanos del Regiomontano, las construcciones del CLES y la casa del aspirantado mayor en Saltillo. Ciertamente, algunas fueron construcciones modestas, en su comienzo, pero se fueron completando. En cuanto a los colegios, se construyó el edificio de la primaria del Instituto Francés, hoy edificio de la preparatoria; el Instituto La Salle de Chihuahua;

el nuevo Colegio Ignacio Zaragoza y muchos otros fueron poco a poco completando sus laboratorios y talleres.

En todo el Distrito propició el "mal de piedra", o sea la construcción y renovación de las instituciones.

Otras actividades

Fue promotor incansable de la pastoral vocacional y de actividades que la despertaran. Entre ellas, los Hermanos reclutadores —como se les llamaba en esos tiempos— organizaron una muy bella y bien montada exposición lasallista. En la inauguración de la exposición, que fue pasando por todos los colegios, se invitaba a las autoridades religiosas y a los padres de familia de la escuela y por ella pasaban todos los alumnos.

Conclusión de las casas de formación y de estudios superiores

En la quinta condición de la división de Distritos, se establece que el Distrito de Durango (México Norte) tendría en el periodo de tres a cinco años sus casas de formación. El noviciado quedó listo en 1963 y fue necesario concluir lo que había iniciado el Hermano visitador Bernardo. En 1967 se lanzó a lo grande. En un comunicado de agosto de ese año se dice: "Carísimos Hermanos: ha parecido bien al Consejo de Distrito hacerles conocer algunas disposiciones tomadas en varios Consejos y que no se les habían dado a conocer porque no se había recibido la aprobación de los superiores".

En el Consejo de Distrito se trató la necesidad de separar los escolasticados. Se nombró una comisión de seis Hermanos para que estudiaran las posibilidades y se comunicaran con los Hermanos de México Sur para que ellos expresaran sus opiniones y sus puntos de vista sobre este asunto.

Centro de Estudios Superiores

Con motivo del traslado del escolasticado de México a Monterrey, se pensó también en un Escolasticado superior. Ambos funcionarían en mutua conveniencia y darían al CLES ayuda académica. Los planos del CLES se presentaron para su aprobación en Roma. El permiso para construirlo señalaba tres condiciones: 1) aprobación del proyecto por el Consejo del Distrito de México Norte; 2) aprobación por el Hermano visitador de México Sur (era necesario, pues dividir el escolasticado de México); 3) no pedir préstamos bancarios.

La tercera condición fue resuelta por la generosidad de amigos y padres de familia. El señor Eugenio Garza Sada obsequió el terreno frente al Regiomontano Contry; el señor Andrés G. Sada cedió una mensualidad que llevaba pagándose desde años atrás; la emisión de bonos de préstamos sin intereses permitió hacerse cargo del resto.

División del noviciado menor

Con el plan de estudios de nuestras casas de formación, se vieron las ventajas de separar la sección de preparatoria, pero quedaba por estudiar dónde se colocaría. Hermosillo y Obregón estaban demasiado lejos, el Instituto Francés presentaba varios inconvenientes, entre ellos, la preparatoria de tres años. Así, solo quedaban Monterrey y Saltillo como mejores posibilidades.

Visto el clima de Saltillo, los grupos de preparatoria eran más reducidos todavía. Se consideró que los superiores aprobarían esta decisión del Consejo. Con su aceptación se podría proceder de inmediato.

El 1º de septiembre de 1967 se realizó el traslado de los aspirantes de preparatoria tras un año de molestias, pues habían sido alojados para el descanso nocturno en la casa de vacaciones del seminario de Monterrey, que se ubica a las afueras de Saltillo. De inmediato, se comenzó con la construcción de Villa La Salle junto a la casa de los Hermanos del Colegio Ignacio Zaragoza de Saltillo. Se logró en un año, que no estuvo exento de incomodidades, valientemente soportadas por dirigentes y aspirantes. Los Hermanos Jorge Bonilla y Pedro Córdoba fueron los iniciadores de esta obra.

Capítulo General: tiempo de renovación y participación

En una reunión del Consejo de Distrito, con la presencia del Hermano asistente Antonio María, se eligió a un Hermano visitador interino, el Hermano Bernardo Grousset, para que lo reemplazara el tiempo que estuviera ausente.

Los Hermanos del Distrito eligieron al Hermano Víctor como delegado al Capítulo General. Lleno de entusiasmo, de esperanzas, participó con entrega, inteligencia y dedicación, como era su forma de ser. Esta reunión era de gran importancia para los Hermanos y el Instituto en general. Se presentó activamente en las dos sesiones, una en 1966 y la otra en 1967.

Fue miembro de la comisión de la Regla. En ella trabajó y le dedicó su amor para que fuera algo ciertamente nuevo y una inspiración para todo Hermano, más que una serie de normas. Este movimiento se había originado en el Capítulo General de 1956, impulsado por el THF Nicet Joseph y el Her-

mano Asistente Aubert Joseph, principalmente. Le tocó hacer la redacción de los proyectos 4° y 5°, que finalmente formaron parte de la Regla aprobada por el 39º Capítulo General.

La primera presentación de textos de la Regla al Capítulo General fue realizada el sábado 11 de junio. Fue aprobado por la Asamblea Capitular por unanimidad y se trató del texto de la subsidiariedad.

Primer Capítulo de Distrito

Al regresar al Distrito, el Hermano Víctor convocó al Primer Capítulo de Distrito. Fue una novedad en el Instituto y solo los que habían vivido un capítulo general sabían algo de ello. Lo primero que se hizo fue lanzar la convocatoria y pedir que se eligieran 16 Hermanos delegados. El Hermano Víctor, visitador, eligió a tres, quienes junto con él mismo fueron capitulares.

Ese mismo día, 18 de diciembre de 1966, se eligió por primera vez el Consejo de Distrito, seis elegidos entre los capitulares y tres electos por el Hermano Visitador. Constituyeron todos ellos el Consejo de 10 hermanos. Anteriormente era el Hermano asistente quien elegía a los consejeros de los Distritos.

El final de su gestión

El Hermano visitador llegaba ya al final de sus seis años de gestión en 1968, en que se celebró en Guadalajara la parte final del Capítulo y ya se pensaban en posibles sucesores. En febrero de 1969 se conoció el nombre del primer visitador propuesto por el Distrito en la persona del Hermano José Cervantes.

Director del Centro de Espiritualidad Lasallista (CEL)

El Hermano Víctor fue elegido para ser el organizador y primer director del CEL, organismo de renovación para los Hermanos de América Latina. Llegó a este puesto equipado de un impresionante pasado de realizaciones y como un decidido promotor de la renovación de los Hermanos. En su persona se conjugaron varias cualidades propiciatorias de la renovación tales como ser promotor de unión, de entendimiento, de reflexión, así como dinamismo en la acción. En la reunión de la CLAP, en Bogotá, esas relevantes cualidades lo llevaron a ser elegido unánimemente para seguir promoviendo la renovación en un nivel mucho más amplio.

Hombre de acción, de inmediato se organizó y reunió a expertos para realizar un proyecto del CEL, que presentó a los provinciales de América Latina en el retiro que se realizó en abril de 1969 en Bogotá.

El CEL fue un centro de animación y de renovación religiosa y profesional que funcionó durante siete semanas. Del 15 de julio al 2 de septiembre acudieron Hermanos de las Antillas, Ecuador, México y Venezuela; del 25 de noviembre al 10 de enero, los de Centroamérica, Colombia, Bolivia; del 15 de enero al 10 de marzo los de Argentina, Brasil, Chile y Perú.

Las sedes fueron Medellín, Guadalajara y Santiago de Chile. Se ofreció a Hermanos de entre 30 y 35 años que desearan participar, aunque la primera sesión se destinó a Hermanos mayores de 35 años.

La brevedad de su duración tuvo que compensarse con la calidad del encuentro y con otras iniciativas de los Hermanos visitadores. El primer CEL fue dirigido por el Hermano Víctor, con la valiosa participación de los Hermanos José Pablo, como vicario general; Rafael Martínez, como asistente; Genaro Sáenz, Ezequiel Nieto y Miguel Campos. Para la Regla, el mismo Hermano director del CEL. También participaron los sacerdotes Hernán Umaña, Álvaro Quevedo, Rogelio Rubio, el equipo del Instituto Pastoral de Liturgia de Medellín y un grupo de teólogos.

La realización del CEL en un país diferente al de los Hermanos fue una forma de turismo enriquecedor, ya que además de comparar la arquitectura, la cultura, la política y las bellezas naturales tuvieron la oportunidad de convivir con personas de esos países y conocer también las obras del Instituto en el país sede.

Nueve veces realizó estas sesiones de tres meses cada una. Empleaba nueve meses directamente a tratar a los Hermanos y en los tres meses restantes buscaba nuevos expositores, que no fueron los mismos siempre, tanto por la situación geográfica del curso como por la disponibilidad del personal. El resultado de las experiencias vividas durante los nueve cursos del CEL se presentó a los Hermanos visitadores en Bogotá.

Director del Colegio Regis, en Hermosillo, Sonora

El Hermano Víctor fue nombrado director del Colegio Regis, en Hermosillo. La comunidad del Colegio lo recibió con gran alegría. Pronto se informó sobre la situación del Colegio y apoyó con su entusiasmo y su acción la buena marcha de la escuela, que se encontraba en un proceso de renovación con la educación personalizada. Llevó a cabo los cambios requeridos, y envió al Hermano Antonio Sánchez Partida a España para que se especializara en las técnicas de esta corriente pedagógica. Desde febrero, se le anunció que iría al noviciado como director, ya que el Hermano Bernardo se encontraba can-

sado y algo enfermo. Una vez terminadas sus obligaciones en Hermosillo, se dirigió a Lagos.

Director de novicios y formador

El Hermano Víctor Bertrand Rangel fue nombrado segundo director del noviciado en 1974. Era agosto, acababa de dejar la dirección del Colegio Regis y sucedía al Hermano Bernardo, a quien dos veces antes había sucedido como visitador. Los cambios y la creatividad que le caracterizaron pronto se reflejaron en la estructura del noviciado y en la organización de estudios y apostolados. Se organizaron viajes emprendidos por el maestro de novicios y sus pupilos en busca de nuevos saberes y experiencias espirituales.

La antigua estructura del noviciado, con conferencia y mucho estudio memorístico y autodidacto cambió. Tras su llegada, el Hermano Víctor implementó nuevos métodos. El estudio por módulos se fue mejorando, ya que los Hermanos novicios que ya los habían realizado introducían a los nuevos, tanto en la forma de investigar los principales conceptos de cada módulo como en la forma de presentación de los trabajos finales.

Los años 1983 y 1984 fueron históricos para el noviciado. Hubo cambios notables en la formación, por ejemplo, se logró la tan deseada remodelación de la etapa postulantado- noviciado a 24 meses. Los Hermanos Víctor y Humberto se pusieron a trabajar en los cambios y, tras una profunda reflexión, se creó el postulantado como etapa aparte.

Durante su estancia, el noviciado tuvo un carácter interdistrital, pues en él se formaron Hermanos de los Distritos de Ecuador y de Venezuela. La visita de los Hermanos visitadores, dos veces durante el año, representaba un momento importante. Los Hermanos José Cervantes, Gilberto Lozano, Guilebaldo Orozco, Luis Páez (visitador del Distrito del Ecuador) y Pascual López de Parisa —quien estuvo muy cercano al noviciado ayudando a presidir retiros de toma de hábito o de profesión— llevaron a cabo estas visitas. Fue notable la presencia del Hermano Bernardo Villar, responsable de la formación en el Instituto.

Durante su tiempo como director de noviciado, fueron notables sus cualidades y su experiencia. En la vida cotidiana, su entrega y dedicación parecían tan naturales que era fácil olvidar que eran el resultado de una vida de consagración al Señor en el ideal de San Juan Bautista de la Salle. La calidez en su forma de ser, su dinamismo, audacia y entrega motivaron, alentaron y formaron al novicio en el seguimiento de Cristo, como Hermano.

Algunos reconocimientos recibidos

Monterrey lo vio crecer como directivo y como educador en 1995. Le reconoció sus méritos y el 15 de mayo, junto con otro notable educador y compañero de formación, el Hermano Salvador Pérez, recibió el siguiente galardón de parte del Congreso del estado de Nuevo León: una medalla y un diploma, con los que se reconoció su trayectoria como maestro e impulsor de la educación. Muchos de sus exalumnos avalaron este premio y lo promovieron. Su presencia siguió convocando hasta entonces a sus exalumnos, quienes lo buscaban, escuchaban y lo valoraban.

Doctorado *honoris causa*

El Hermano José Cervantes, rector de Universidad La Salle de Ciudad Obregón, escogió a varias personas sobresalientes de diversos ámbitos de la ciencia, el gobierno, la Iglesia y la acción social para otorgar los primeros doctorados *honoris causa.* Entre ellos estuvieron el señor arzobispo emérito de Hermosillo, Carlos Quintero; el señor Juan Bours y el Hermano Víctor Bertrand.

El Hermano Víctor escritor

El Hermano Víctor fue un buen biógrafo y escritor. Escribió las biografías de los Hermanos Bernardo Alfonso Grousset y Marcelino M. Lacás. También escribió la historia del Instituto Regiomontano y una serie de artículos para la revista La Salle, que bien podrían ser parte de otros libros de espiritualidad lasallista y de formación humana.

Nuevamente en la comunidad del Regiomontano

En su época dorada, el Hermano Víctor volvió a su querido Monterrey, donde se dedicó a ser maestro del Centro de Estudios Superiores La Salle (Ceslas). Además, impartió cursos de Biblia a diversas personas y colaboró y trabajó arduamente en Educadores de la Fe. Las alumnas sabían cuándo iniciaba el periodo de clases, pero no sabían cuándo terminaba; pese a ello asistían con gusto. Les dejaba trabajos de investigación que revisaba celosamente y tal trabajo se terminaba hasta que la calificación fuera el diez. Disfrutaba sus clases. En la hora de descanso, mantenía conversaciones interesantes y, aun enfermo, identificaba cuanto platillo llevaban sus alumnas.

En comunidad, trabajó duramente para dejar una excelente biblioteca bien organizada. Hizo una bella colección de artículos y libros sobre La Sa-

lle, los colegios y las vidas de los Hermanos. Igualmente, renovó los libros de lectura espiritual y de formación teológica. Siempre estuvo preocupado por ofrecer a los Hermanos de la Comunidad nuevas luces y conocimientos.

Su presencia en medio de los Hermanos era de aliento y alegría. Había necesidad de que le controlaran ciertos alimentos por su diabetes, aunque no siempre le gustaba que le dijeran lo que debía o no comer. Los domingos, después de la comida, se jugaba dominó. Era pícaro sus comentarios, para que el compañero entendiera las fichas que tenía; le apasionaba este juego. Si por alguna situación le pedía al Hermano Teodoro que recitara una de sus poesías, su primera expresión era decir: "Pago para que no recite". Con todo, aguantaba al poeta. Sus conversaciones eran muy interesantes e ilustrativas, le fluía el saber, presentaba sus ideas y sus conocimientos de una forma agradable y atractiva.

Fiel al paseo semanal, él lo propiciaba. Ya caminaba poco, pero lo poco que caminara lo gozaba. Ir a la meseta de Chipinque era un gusto, sobre todo porque después había "café de perico", como le gustaba llamar a ese momento de conversación fraterna; en otras ocasiones, de lo que gozaba era una rica cena.

Cada verano, cuando ya terminaba sus clases en Educadores de la Fe, del CESLAS y de asistir a la graduación de sus alumnas, algunas veces fungiendo como Padrino de la generación, se disponía a ir de vacaciones a su familia.

El llamado del Señor

El Hermano Víctor contaba su caminar en los veranos. En la Ciudad de México y en la ciudad de la eterna primavera, Cuernavaca, gozaba a lo grande, por la presencia de sus hermanas y de sus sobrinos, sus lecturas y algo que escribía. Lo último que escribió fue una línea del tiempo del Distrito de México desde 1905.

En el verano de 2003, en el seno de su familia y ya casi terminando su estancia en la Ciudad de México, el Señor lo llamó. Sin guardar cama, solo con algunos malestares, fue invitado a la Casa del Padre el 2 agosto. La causa de su partida fue un infarto agudo en el miocardio, cardiopatía isquémica crónica, diabetes tipo 2 e insuficiencia renal crónica, una serie de complicaciones producidas por el desgaste de su organismo. El Hermano Víctor llegó con su Señor, con las manos llenas y la cosecha en plenitud. Así le entregó al Señor toda su existencia y escuchó: "Ven, bendito de mi Padre", "y, por haber enseñado la justicia, brillarás por toda la eternidad". Sus restos descansan en

el columnario de la Casa Central de México Norte en Monterrey, en espera de la resurrección.

A modo de despedida: *rex victor*

Si bien aquejado por los males de la edad, tú, como siempre, al mal tiempo buena cara. Y te nos fuiste de repente, inesperadamente. Quizá como "Como tenías que hacerlo tú". Y, sin embargo, estamos tentados a decirte como los discípulos de Emaús: "Quédate con nosotros". Porque tú permaneces en nosotros y con nosotros. Mucho de lo que somos es tuyo. Mucho de lo que continuaremos lo hiciste tú, hasta nuestros gestos y vocabulario han sido marcados por ti.

Viviste tiempos difíciles de persecución, de exilio, de grandes carencias, en medio de todo esto abriste horizontes. En tiempos difíciles, Dios suscita personas osadas. Y en medio de todo esto viviste una profunda espiritualidad y gozaste de una inmensa paz. La paz es consecuencia de la entrega de la persona, y fuiste siempre entregado, tu perspectiva fue el don total de ti mismo a Dios y a las personas.

Porque acogiste a Cristo, alcanzaste la plenitud y conseguiste la paz. Porque abriste tu vida a Cristo, lograste que todo tu ser viviera solo para Él. No sin razón antes de la paz, el Señor permitió en tu vida, la espada. La espada que corta para hacer camino, de modo que, después de muchas roturas, no quedara ningún sitio en ti, que no fuera de Dios.

Ahora si vives en plenitud, vives tu nombre, programa de vida: Víctor, vencedor, hasta el fin, las pisadas del Rey Vencedor (*rex victor*).

¡Víctor, has corrido en la arena de la vida, has ganado la victoria! Descansa en paz.

José Cervantes Hernández, *fsc*
antiguo provincial de México Norte y consejero del Instituto

V

Manuel de Jesús Álvarez Campos, *fsc* (Alberto Agustín)

(14/7/1910-7/6/2000)

México, un país convulso: 1910-1940

Durante las primeras décadas del siglo xx, México estuvo marcado por cambios y transformaciones políticas, sociales y económicas de tal magnitud que cimbraron a la sociedad mexicana. Después del largo periodo de gobierno de Porfirio Díaz (1877-1911), caracterizado por avances en varios rubros, principalmente el económico, aunque también por las diferencias sociales y el continuismo político, surgió incontenible la primera revolución del siglo xx en el mundo: la Revolución mexicana (1910-1917), auténtica guerra civil con reclamos políticos, económicos y sociales, cargada de tintes anticlericales y antirreligiosos. Esta revolución culminó con la Constitución de 1917, plena de contenidos sociales, pero que imponía limitaciones a la libertad religiosa.

Durante la siguiente década, la de los 20, al tomarse las medidas gubernamentales de carácter jacobino con la imposición de condiciones contrarias a la Iglesia, surgió el movimiento popular en defensa de la fe, conocida como la guerra cristera (1926-1929), principalmente en los estados del centro y occidente del país: Zacatecas, Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Colima, Querétaro y Aguascalientes.

Posteriormente, el gobierno de Lázaro Cárdenas, conocido como *Cardenismo* (1934-1940), pugnó por una educación socialista, con la prohibición de

toda educación católica. Se confiscaron así los colegios religiosos, como los de los Hermanos en la Ciudad de México. Al terminar estas etapas, la sociedad mexicana llegó a una situación más tranquila y llevadera de las partes en conflicto, aunque el laicismo oficial siguió imperante en la vida pública y legal casi hasta finales del siglo XX.

En este ambiente tan crispado y tan políticamente contrario a la vida y a la práctica religiosa, fue en el que transcurrieron los primeros años de la vida de Manuel, quien sería un maestro, inspector, director, fundador de universidades, rector y emprendedor. Sus años iniciales lo hicieron más resiliente para sobreponerse a los retos y dificultades de la vida.

Momax, Zacatecas. Origen

En Momax ("lugar donde se pesca con la mano", en lengua caxcán), un pequeño poblado del sur de Zacatecas, en el límite con Jalisco, nació Manuel de Jesús el 14 de julio de 1910. Fue el menor de dos hermanos; el mayor, Atanasio, se convirtió en sacerdote años más tarde. Su padre, el señor Juan Nepomuceno Álvarez, murió cuando Manuel tenía apenas dos meses de nacido, así que ambos niños quedaron a cargo de su madre, la señora Rosa Campos de Álvarez, quien los cuidó con particular esmero. Manuel siempre conservó los mejores recuerdos de ella. Su hogar supuso, con todo, un ambiente de infancia adecuado: era una familia con sentido de jerarquía, con gusto por el método, respeto por el orden socialmente establecido, una común adhesión a los valores cristianos, una situación tan sana que propició el crecimiento de espíritus saludables y fuertes.

Pocos meses después del nacimiento de Manuel de Jesús, dio inicio la Revolución mexicana. Tenía casi cuatro años de edad cuando Pancho Villa tomó Zacatecas, en junio de 1914. En febrero de 1917, se promulgó la Constitución mexicana por Venustiano Carranza.

La muerte prematura de su padre y la situación del país en plena Revolución provocaron que, durante los primeros años de su vida, sus oportunidades de estudio y formativas fueran mínimas, lo que le acarreó carencias académicas, aunque luchó por sobreponerse de manera admirable.

Los Hermanos lasallistas en México

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas o lasallistas de nacionalidad francesa llegaron a la república mexicana en 1905, y a partir de 1906 fundaron varias instituciones educativas en las ciudades de Puebla, Saltillo, Acatzingo,

Monterrey, Zacatecas, Morelia, Querétaro, México, Toluca y Torreón. Entre ellas, había primarias, secundarias, tanto de paga como gratuitas, e inclusive algunos internados y bachilleratos. También estaban las casas de formación, el noviciado menor y el noviciado. Pero, dados los acontecimientos de la Revolución mexicana, Hermanos y formandos dejaron el país en 1914.

Comenzaron a regresar paulatinamente a partir de 1915, pero solamente a la Ciudad de México. Empezaron con la reapertura de las casas de formación —el noviciado menor y el noviciado-escolasticado— localizadas en una sección de la propiedad del Colegio San Borja; algunos formandos regresaron de Cuba y reclutaron otros más, tanto en la Ciudad de México como en Michoacán.

En 1920, los Hermanos abrieron tres colegios, el Colegio Francés San Borja (en la colonia del Valle), con primaria e internado, y que más tarde contaría con secundaria, bachillerato y comercio; el Colegio Francés De La Salle (Belisario Domínguez núm. 5, en el centro histórico), con primaria, secundaria y bachillerato, y que en 1931 se incorporaría a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); y el Colegio Francés del Zacatito, en Mixcoac, con primaria y, posteriormente, secundaria y comercio.

Como consecuencia del Cardenismo, se suprimieron los Colegios de los Hermanos en 1934 y en 1935. Subsistieron los grupos de primaria y secundaria de manera clandestina, mientras que el bachillerato continuó por estar incorporado a la UNAM, junto con los estudios comerciales no incorporados (contador privado), con lo que se constituyó la Escuela Preparatoria Comercial, en Lucerna núm. 29, Colonia Juárez, en la Ciudad de México. En la ciudad de Puebla, se regresó para fundar una primaria, una secundaria y estudios de comercio, con el nombre de Academia Comercial Motolinía (1932). Algo parecido sucedió en Saltillo, Coahuila, donde se fundó la Academia Nicolás Bravo, en 1937, con primaria, secundaria y estudios en comercio. Pasada esta etapa, se pudieron incorporar oficialmente los Colegios, en 1938.

Ingreso con los Hermanos. Formación inicial y permanente

El Hermano Salvador Campos González, primo de Manuel, que había ingresado pocos años antes con los Hermanos, fue quien lo invitó a entrar a la Institución. Manuel respondió con decisión, de manera consistente y definitiva, como le era habitual. Se despidió de su mamá, la señora Rosa, quien con generosidad le dio permiso de ingresar con los Hermanos, pues consideraba que el Señor lo había llamado. Manuel dejó su casa a mediados de noviembre de 1923, con apenas trece años de edad.

Llegó al noviciado menor, en San Borja, el 23 de noviembre de 1923. En aquel tiempo, el director era el Hermano francés Noel de Jesús. Manuel, al igual que otros compañeros que llegaron con escasa o nula preparación académica, estaba destinado a ayudar en los oficios, como chofer o ecónomo para compras, pero debido a la gran dedicación que fue una constante toda su vida, Manuel superó el rezago educativo y obtuvo el certificado de educación primaria en solo tres años.

En 1924, el Hermano Emilio tomó la dirección del noviciado menor, que contaba con cuarenta novicios menores; a ellos infundió entusiasmo, alegría y entrega. El Hermano superior general Allais Charle estuvo de visita en México el 8 de septiembre de 1925; era la primera vez que se hacía presente en México un superior general, lo que constituyó un gran acontecimiento para todos y un gran motivo de alegría y de aliento para la vocación de todos, incluido Manuel.

Con 15 años de edad, Manuel formó parte del grupo de valientes formandos que el 16 de febrero de 1926 tuvo que dejar la casa de formación de San Borja, ir con sus familias, conseguir el permiso para salir del país y refugiarse en Cuba, todo ello debido a la persecución religiosa del gobierno callista, y con el ánimo de ser fieles al llamado del Señor, en espera de mejores tiempos para regresar a México.

Al llegar a Cuba, a los formandos se les habilitó para su formación la casa de descanso de los Hermanos en Guatao, cerca de La Habana. A la gran precariedad, las incomodidades del clima y a las enfermedades tuvieron que sobreponerse formadores y formandos con mucha tenacidad. Poco tiempo después de su llegada, el paso de un huracán prácticamente dejó deshechas las construcciones, que tuvieron que volverse a levantar.

A pesar de lo anterior, algunos meses después de haber llegado a Cuba, el 23 de diciembre de 1926, Manuel, ya como postulante, revistió el hábito de los Hermanos, con el nombre de Hermano Alberto Agustín. Contaba solamente con 16 años de edad, pero su decisión se mantenía firme y constante. La ceremonia fue presidida por el Hermano visitador general Venere y su director, el Hermano francés Gustavo Félix, hombre de gran espiritualidad y profundo amor al Instituto. Entre sus compañeros que recibieron también el hábito estaban los Hermanos José Elcoro A. y Emilio Caballero Elizalde, ambos de grata memoria; meses antes, recibieron el hábito los Hermanos David Carranza y Luis Pi (cubano); y meses después, el Hermano Guadalupe Sánchez.

Durante el año de noviciado se dedicó a la oración, la lectura espiritual, la conferencia, los estudios religiosos, los trabajos manuales, los juegos y paseos; todo lo que supone una seria formación religiosa y tomar para sí algo que durará para toda la vida. Algo que lo marcó en forma definitiva y absoluta fue el espíritu del evangelio a través del carisma del señor De La Salle.

En este tiempo tuvo la pena del fallecimiento de su primo, el Hermano Salvador Campos González (Adriano Agustín), quien lo había invitado a hacerse Hermano. Murió en La Habana el 7 de julio de 1927.

Los días transcurrieron y por fin llegó aquel día, el 25 de diciembre de 1927 y, ante el altar del Señor, pronunció sus primeros votos: "Santísima Trinidad, me consagro enteramente a ti...".

Terminado el noviciado, pasó al escolasticado en Guatao, que estaba a cargo del subdirector, el Hermano francés Benildo Justino, que, como innovación sumamente benéfica, estimuló los estudios académicos y buscó que los escolásticos siguieran los programas oficiales, para que presentaran los exámenes en La Habana; estas medidas favorecieron la seriedad de la formación, como la del joven Hermano Manuel. Desde esta etapa de formación, el Hermano Manuel se mostró como un hombre con deseos de superación. Obtuvo el *brevet* de enseñanza, el Certificado de Habilidad Superior en Escritura en Método Palmer (siempre escribió con una letra de gran calidad) y el Diploma de Catequista otorgado por los Hermanos, en Lembecq-lez-Hal, Bélgica. Se preparó como maestro para ejercer la docencia. Gracias a que todos sus formadores fueron Hermanos franceses, dominaba el francés a la perfección (comprensión, lectura y escritura), aunque no hacía gala de ello: sus cualidades y habilidades serían otras.

Desde joven, siempre fue puntual con los Hermanos de la comunidad en la oración, en la misa de la mañana y en la oración de la tarde; por su parte, después de cenar, iba a la capilla a orar ante el Señor. Igualmente, estaba siempre presente en los momentos comunitarios: desayunos, comidas, cenas y momentos de convivencia. Como las últimas décadas de su vida padeció de varices en las piernas, se levantaba media hora antes, para aplicarse un tratamiento; a veces se ponía a dieta para controlar el peso, con regulares resultados.

Emitió sus votos trienales en 1932 y los perpetuos, el 24 de noviembre de 1935, antecedidos de ejercicios espirituales preparatorios de treinta días, en 1931, y de veinte días, en 1934.

El gobierno mexicano exigía a los maestros que, para impartir clases, obtuvieran los títulos oficiales, lo cual constituía todo un reto y, a la vez, un gran estímulo. El Hermano Manuel inició sus estudios profesionales en la UNAM, donde obtuvo el grado de maestro en Geografía el 26 de noviembre de 1935. Tres años más tarde, recibió el título de maestro en Ciencias de la Educación el 13 de agosto de 1938. El 20 de enero de 1940 se doctoró en Ciencias Geográficas. También en la UNAM cursó la maestría en Historia, con especialidad en historia universal, estudios de los que recibió el 22 de agosto de 1950. Por último, realizó el doctorado en Letras, con especialidad en historia, cuya tesis lo hizo acreedor de la distinción *magna cum laude* (Somos La Salle, 2011).

Como resultado del conocimiento adquirido durante estos años de estudio, escribió las tesis *La exploración geográfica de la cuenca del r*ío Bolaños, río de su tierra natal, y *El petróleo en México.* También escribió la tesis *Obra pedagógica de San Juan Bautista de La Salle y sus discípulos*, que después se publicó como libro.

Estos logros fueron posibles gracias a la preparación académica recibida en las casas de formación, a su dedicación y constancia en los estudios, a la buena ocupación del tiempo. Ya como maestro, una vez terminadas las clases vespertinas, asistía diariamente a clases nocturnas en la UNAM, todavía en esos años localizada en los edificios del centro histórico de la Ciudad de México. Realizó trabajos, presentó exámenes, elaboró tesis durante dos décadas seguidas, en los años 30 y 40. Lo anterior le implicó levantarse todos los días del año a las 4:30 de la mañana e irse a dormir después de las 10:00 de la noche, habiendo ocupado todo el día en trabajar y estudiar. Era un ejemplo digno de admiración. Obtuvo un logro y una superación poco imaginables dado su origen humilde y su trayectoria familiar. Sin embargo, no sobresalió como académico, más bien fue un hombre de acción, práctico, de relaciones humanas, emprendedor por naturaleza, fundador de universidades.

El año de 1950, los superiores enviaron al Hermano Manuel de Jesús al curso de Renovación Espiritual, segundo noviciado en Bordighera, Italia, durante seis meses. Además, en estos años, participó en el Congreso Panamericano en Córdoba, Argentina, y en dos congresos internacionales de arquitectura, uno en Praga y otro en París. Igualmente, el Hermano Manuel asistió al Congreso de Geografía Humana en Moscú, en julio de 1976, en compañía del Hermano César Rangel.

Primeros años de vida apostólica: el joven maestro

En enero de 1930 regresó de Cuba a la Ciudad de México. Se inició como joven maestro de primaria y formador en el noviciado menor de Tacubaya, en la Ciudad de México, cuando el director era el Hermano Luciano, hombre enérgico y cabal. Otros Hermanos formadores fueron Salvador Cárabez, Antonio María Lozano, entre otros; entre los novicios menores de esa época, que después fueron Hermanos, estuvieron como alumnos Víctor Bertrand, Juan del Castillo, Ismael Huerta, Salvador Pérez, Alfonso Sanabria, José de Jesús López, José Muñoz, José María Zaragoza, Rafael Cortés, Ignacio Cárabez, Alfonso Aguilar, José Luis Aguilar, Ricardo Cortés y José Sánchez, entre otros. Sin embargo, su perfil no era para ser formador. En esta casa duró solamente un año.

Un año después, en 1931, pasó a la comunidad del Colegio Francés de San Borja, como maestro de primaria. Su inspector era el Hermano Andrés Treviño. Ante las dificultades surgidas con algunos Hermanos, el Hermano director Gerardo Monier pidió se le enviara a otra comunidad, lo cual fue aceptado.

Ante este panorama, y para prepararse a los votos perpetuos, al iniciar 1933 fue destinado a la comunidad de la Concepción, en Belisario Domínguez núm. 5, donde enseñó en la sección secundaria del Colegio La Salle. El director era el Hermano Adrien Gibert, con el que congenió y a quien admiró siempre. En esta institución tuvo como alumno al licenciado Juan González Alpuche, que más tarde sería director de Servicios Escolares de las Escuelas Incorporadas a la UNAM.

Al suprimirse el Colegio La Salle y los demás Colegios de los Hermanos por las políticas educativas del gobierno cardenista, el Hermano Manuel estuvo como profesor en la Escuela Preparatoria y Comercial en Lucerna núm. 29, a finales de 1935. En ese centro fue maestro del ingeniero Manuel Franco López, más tarde secretario de Bienes Nacionales, y del Hermano Juan Bulbulián Garabedián, al que le impartió la materia de Química en secundaria.

Maestro e inspector de la preparatoria del Colegio Cristóbal Colón

En 1938, el Hermano Adrien Gibert fundó como institución incorporada a la Secretaría de Educación Pública (SEP) el Colegio Cristóbal Colón, ubicado en la calle Sadi Carnot núm. 57, de la colonia San Rafael, Ciudad de México. Continuó como maestro de la preparatoria, incorporada a la UNAM, donde fue maestro del licenciado Rafael Corrales Ayala, quien fuera gobernador de Gua-

najuato, y del doctor Pablo Latapí, notable pedagogo. La preparatoria funcionaba en el mismo edificio de la secundaria, con el Hermano Luis Lozano como su inspector; sin embargo, dado el crecimiento de la escuela, se buscó un nuevo local; durante un año funcionó en Serapio Rendón, pero a partir de 1942, contó con un edificio propio, en Sadi Carnot núm. 13. Entre 1942 y 1958, el Hermano Manuel fue el inspector de esta sección; allí desplegó una desbordante actividad educativa. Los maestros destacados de esa sección fueron los Hermanos Rafael Chávez Huacuja (Química), José Elcoro Arzuaga (Filosofía), Rafael Martínez Cervantes (Filosofía), Jorge Muñoz Batista (Filosofía), Alejo Garcés (Literatura), Primitivo Pasillas (Historia), Juan Bulbulián (Física y Química), Héctor Chaparro (Matemáticas), así como Antonio Lazcano, Rodolfo Franco Jaminé, Emilio Lazcano Chávez y Constancio Córdova (Educación Física y Deportes).

Entre los alumnos, estuvieron varios que serán sobresalientes en el mundo de la ciencia, de la cultura y de la política, entre ellos, Miguel de la Madrid Hurtado, quien fue presidente de México; Francisco Rojas Gutiérrez, director de Pemex; Bernardo Sepúlveda Amor, secretario de Relaciones Exteriores; Ricardo García Sainz, director del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS); Leobardo Ruiz Pérez, director de Desarrollo Integral de la Familia (DIF) nacional; los primos Javier Rojo Lugo, Adolfo Lugo Verduzco y Humberto Lugo Gil, destacados políticos; García Camberos, director de Aduanas; Jorge Carpizo McGregor, rector de la UNAM, procurador general de la república y secretario de Gobernación; Vicente Leñero, periodista y novelista, entre numerosos profesionistas de renombre. Todos ellos brindaron gran ayuda al Hermano Manuel en los años venideros. Entre los alumnos de la preparatoria estaba Enrique Álvarez Félix, hijo de la famosa actriz María Félix, quien un día acudió a hablar con el Hermano Manuel respecto del aprovechamiento de su hijo. Él la recibió inmediatamente, resolvió el asunto, quedó todo terminado y la despidió con cortesía, con lo que evitó que se diera más importancia de lo debido y que se aglomeraran aún más los alumnos.

Los estudiantes lo veían, durante estos años, lleno de energía, con gran autoridad y don de mando, disciplinando a los grupos de estudiantes y obteniendo su aprovechamiento; coordinando a maestros y alumnos para lograr la calidad académica; al terminar las clases, a mediodía, jugaba baloncesto con los alumnos; como se mostraba habilidoso, lo gozaba ampliamente. Desde que era joven y hasta una edad madura subía los volcanes (Popocatépetl, Iztaccíhuatl) y recorría ríos subterráneos (Chontalcoatlán y San Jerónimo), en compañía de los Hermanos de la comunidad, durante largas horas.

El Hermano Manuel logró que se estableciera el servicio militar para los jóvenes. Los martes y jueves se impartían clases en el Colegio hasta mediodía, y el sábado acudían a prácticas al campo militar 1. Llamaba la atención que el Hermano Manuel tenía más autoridad que los instructores militares. En estos años, lo apodaron el Perro, dado que le llamaba la atención continuamente a un alumno de apellido Wolf, palabra que semeja el ladrido de un perro; él mismo comentaba que prefería ese mote a cualquier otro.

El año santo de 1950, con 40 años de edad, la mitad de la vida, el Hermano Manuel de Jesús debió replantearse los objetivos de su vida. Fue ese el momento que aprovecharon los superiores para enviarlo durante seis meses al curso de renovación espiritual, segundo noviciado, en Bordighera, Italia; regresó renovado, con nuevos bríos y proyectos que se concretarán a lo largo de los siguientes años. Después de dos décadas de intensa dedicación, dio por concluidos los estudios en la UNAM (1950), que cambió sus instalaciones a la Ciudad Universitaria (1952) y se recreó a sí misma. Este hecho fue toda una inspiración para el Hermano Manuel, que intentó proyectar los próximos años en sus fundaciones.

Con el empuje de la educación católica después del Cardenismo y ante la creciente demanda de educación superior por parte de la sociedad, surgieron en estos años universidades privadas católicas en la Ciudad de México, entre ellas, la Universidad Iberoamericana, por parte de los padres jesuitas, y el Centro Universitario México (CUM, con carreras profesionales) por parte de los Hermanos maristas. Esto llevó al hermano Manuel Álvarez a plantearse seriamente la fundación de una universidad por parte de los Hermanos lasallistas. Igualmente, años después, surgió la idea de fundar una universidad intercongregacional en la Ciudad de México, idea que no prosperó.

El Colegio Cristóbal Colón, desde su fundación en 1938, contaba con primaria, secundaria, bachillerato y estudios comerciales (contador privado). En 1942 se fundó la Normal Cristóbal Colón para formar maestros, a la que asistían los Hermanos escolásticos. En 1948 se suprimieron los estudios comerciales. El año 1952 se reunieron los principales directivos del Colegio Cristóbal Colón: los Hermanos Pierre Lyonnet (director) y los inspectores de las secciones, Rafael Martínez (primaria), Salvador Pérez (secundaria) y Manuel Álvarez (preparatoria), para diseñar las líneas de crecimiento de la institución y concretar las estrategias correspondientes. Se acarició la idea, que no se vio realizada, de efectuar la construcción del Colegio en una nueva ubicación. Se abrió una escuela gratuita La Salle en Xola, en 1952, que es-

tuvo a cargo del Hermano Gerardo Monier, y contó con la colaboración del Colegio Simón Bolívar. Se optó, como línea de crecimiento y mejor servicio a la sociedad, por dotar a la institución con una escuela técnica mecánica con una imprenta. La escuela funcionó por unos años, pero, al presentarse dificultades, se suprimió.

El Hermano Manuel, presente en la reunión, planteó la posibilidad de iniciar los estudios universitarios. Al no tener eco esta propuesta, abrió por su cuenta, en el edificio de preparatoria, un grupo de la licenciatura en Contaduría, programa incorporado a la UNAM. Al cabo de cuatro semestres, al no poder seguir atendiéndolo, pidió que la misma UNAM lo recibiera.

Además, también a mediados de los 50, tomó la iniciativa de construir la Casa de Ejercicios de Santa Lucía, a base de colectas de periódico y kermeses con los alumnos del Colegio. Ahí comenzó a manifestarse su vocación a la construcción (comúnmente llamada entre los Hermanos "el mal de piedra"). Con estos dos aspectos, apertura al ámbito universitario y a la construcción, se perfilaron los grandes proyectos del Hermano Manuel para las próximas décadas; a pesar de que los primeros intentos no tuvieron los éxitos deseados, persistió en sus objetivos, con la constancia y la tenacidad que lo caracterizaban, hasta verlos coronados y venció todos los obstáculos: "El que porfía, mata venado", recordaban los Hermanos ese dicho.

Director del Instituto Francés de la Laguna, Durango

El Hermano Víctor Bertrand Rangel nombró al Hermano Manuel de Jesús director del Instituto Francés de la Laguna, en Gómez Palacio, Durango, en agosto de 1958; para hacerlo, tomó en cuenta su amplia experiencia como inspector. El Hermano Víctor Bertrand había sido alumno del Hermano Manuel en el noviciado menor (1930) e hizo el nombramiento en su calidad de visitador del Distrito de México (1957), en un afán de renovación.

Sin embargo, el Hermano Manuel no logró empatizar en esta institución. Su larga trayectoria como inspector, acostumbrado a gobernar jóvenes alumnos, no lo dotó de las habilidades propias de un director para tratar adultos, Hermanos, maestros y padres de familia; a pesar de lo anterior, nuevamente, por su cuenta, abrió la carrera de Agronomía, en un segundo intento de incursionar en el ámbito universitario; igualmente, realizó algunas adaptaciones a los edificios de la institución. Su preocupación por dotar al Colegio de edificios funcionales se tradujo en los modernos comedores. Esta fue su segunda construcción. También aprovechó para organizar en la institución los primeros juegos nacionales lasallistas, que resultaron todo un éxito.

El 1° de enero de 1960, el gran Distrito de México se dividió en dos, el Norte y el Sur, en búsqueda de su crecimiento y para su mejor atención, de acuerdo con los calendarios escolares existentes en esa época. El Hermano Manuel fue asignado al Distrito México Sur, y al Hermano Víctor Bertrand Rangel se le nombró como visitador para el gobierno del Distrito México Sur. La mano de la Providencia tendía sus caminos para que estos dos hombres coincidieran y unieran esfuerzos en una empresa común, que apareció luego en el horizonte.

Apertura definitiva al ámbito universitario

A pesar de que los intentos anteriores de apertura al ámbito universitario no tuvieron continuidad (1952 y 1959), el Hermano Manuel no se desanimó. Al contrario, volvió con nuevos bríos sobre el propósito y, aprovechando las experiencias anteriores, comenzó a gestar una nueva propuesta que esa vez sí contó con los apoyos necesarios. En esa ocasión hizo equipo con varios Hermanos para edificar, entonces sí, sobre terreno sólido.

Fundación de la Universidad La Salle, Ciudad de México, 1962

En 1960, al regresar de Gómez Palacio, el Hermano Manuel fue asignado a su antiguo puesto como inspector de la preparatoria del Colegio Cristóbal Colón, donde se había desempeñado ya por varios años. Ahí, volvió a proponer la idea de fundar una universidad. Contó con el apoyo del Hermano Rafael Chávez Huacuja, maestro en ese bachillerato, quien se hallaba en plena madurez, con más de 40 años de edad. Él cooperó decididamente en su fundación, planeaba y proporcionaba ideas. La base y el ejemplo por seguir fue la organización de la UNAM, en sus instalaciones recientemente inauguradas (1952). El Hermano Rafael Chávez fue alumno y después maestro en esta universidad. Además, era sobrino del entonces rector Ignacio Chávez (1961-1966). Dicho parentesco facilitó las relaciones para que la nueva universidad buscara que las carreras estuvieran incorporadas a la UNAM, y se lograran los trámites con facilidad y rapidez.

A pesar de la incertidumbre, e incluso la oposición de no pocos Hermanos ante una obra en la que no se había incursionado,[1] el decidido apoyo del Hermano visitador provincial Víctor Bertrand Rangel facilitó la apertura. Él

[1] Lo normal era la dedicación a educación básica, con niños de primaria y adolescentes de secundaria y, si acaso, de preparatoria.

le consiguió donativos de las comunidades de los Hermanos y un préstamo para la construcción. También el Hermano asistente (consejero general) Antonio María Lozano Bernal, quien conocía la fundación de la Universidad en La Habana, Cuba, aprovechó esta experiencia para dar impulso a esta nueva obra en México. Sin embargo, algunos Hermanos veían esta nueva institución como una obra del Hermano Manuel Álvarez y de algunos Hermanos más. Es decir, tardó en ser asimilada por el grupo y de gestarse la apertura de los Hermanos al ámbito universitario y adquirir la preparación correspondiente. Hay que tomar en cuenta que, en 1948, el Consejo de Distrito pidió que los Hermanos ya no acudieran a estudiar a la universidad, bastaba con los estudios de la normal y normal superior.

Con todo el enjambre organizacional y estructural (antiguos alumnos en puestos de educación y de gobierno), el apoyo de la comunidad de Hermanos lasallistas (donativos de las comunidades) y de las autoridades de la UNAM y la SEP, nació la Universidad La Salle, con esperanza de un gran futuro para la educación superior de nuestro país.

Se buscó un terreno adecuado, para lo cual se compró el Colegio Gordon (Av. Benjamín Franklin, en la colonia Condesa) y se proyectó e inició la construcción. El primer edificio terminado fue el de la preparatoria, donde, a su vez, funcionaban, por las tardes, las carreras universitarias. También se construyó el gimnasio y, un año después, se concluyó la torre. Comenzó la construcción del auditorio Adrián Gibert, pero no se concluyó. Se compraron más predios y había planes de construir un nuevo edificio para escuelas profesionales. La comunidad de los Hermanos vivió los primeros meses como parte de la comunidad del Colegio Cristóbal Colón; posteriormente, fueron a vivir a la Casa de Ejercicios en Santa Lucía y, cuando la obra estuvo terminada, fueron reubicados a los últimos pisos de la torre. Además, se construyó una casa de descanso en Cuernavaca: Santa Rosa, se le llamó, en recuerdo de su mamá.

La comunidad de Hermanos que inició la Universidad estaba integrada por los Hermanos Manuel de Jesús Álvarez Campos, rector; Rafael Chávez Huacuaja, vicerrector; Mariano Ramírez Degollado, director de la preparatoria; Antonio Armando Carrillo de la Torre, Alejo Garcés, Jorge Muñoz Batista; y los Hermanos jóvenes Ambrosio Luna Salas, Antonio Espinoza y Carlos Ruelas, a quienes se envió a la Universidad para prepararse con estudios superiores. Cuando estuvieron en Santa Lucía, funcionó un pequeño internado para estudiantes foráneos a cargo del Hermano Alejo Garcés.

Los principales colaboradores que asistieron al Hermano Manuel durante el inicio y los primeros años de la Institución fueron el ya referido Hermano Rafael Chávez, quien dado su prestigio, presencia e influencia, fue nombrado vicerrector de la Universidad; el licenciado Tarsicio de J. Santiago López, secretario académico, quien fue su brazo derecho; el profesor Carlos Ochoa, prefecto de preparatoria; y los profesores de Educación Física y Deportes Rodolfo Franco Jaminé, Emilio Lazcano Chávez y Constancia Córdova. También trabajaron con él su hermano, el padre Atanasio, que había sido párroco en Tamiahua, Veracruz; su prima, que había sido religiosa; así como varios parientes, conocidos, maestros de otras instituciones que él conocía y antiguos alumnos.

Se fijó febrero de 1962 como fecha para comenzar la nueva Universidad, con un emotivo discurso para los jóvenes de preparatoria por parte del Hermano Mariano Ramírez. Debido a que el Hermano Manuel siempre iba un paso adelante, un año antes, en 1961, había abierto las carreras de Contaduría y de Administración en Sadi Carnot, ya incorporadas a la UNAM, por lo que, al inaugurarse la Universidad, comenzarían su segundo año.

La preparatoria del Colegio Cristóbal Colón en Sadi Carnot, con todos sus maestros y alumnos, pasó a sus nuevas instalaciones ya como Universidad La Salle, en Benjamín Franklin núm. 47, Col. Condesa. Al frente de la institución estuvo por tres años, como prefecto de la preparatoria, el Hermano Mariano Ramírez Degollado. El maestro Carlos Ochoa continuó, de 1965 a 1967. El bachillerato contaba, según los planes existentes de la UNAM, con dos años de estudio; en 1965, pasó a tres años, de acuerdo con los nuevos planes. El alumnado fue incrementando de manera paulatina, pero sin una buena selección; además, le faltaban estructuras, coordinadores y titulares, lo cual trajo inestabilidad y problemas.

Don Manuel asumió la dirección de la preparatoria y, los primeros años, la dirección de la Escuela de Contaduría y Administración. En 1964, nombró director al maestro Armando del Barrio Alba. Ese mismo año, se fundaron las carreras de Arquitectura, cuyo primer director fue su antiguo alumno el arquitecto Martín L. Gutiérrez; e Ingeniería Civil, con el ingeniero Guillermo Salazar Polanco, antiguo alumno, como su primer director. Un año después, se agregaron las carreras de Ingeniería Mecánica Eléctrica e Industrial. El último año de su gestión, 1967, se fundó la carrera de Derecho y se nombró director al afamado licenciado Genaro María González. Todas las carreras estaban incorporadas a la UNAM.

Al no haber una Junta de Gobierno, el Hermano Manuel manejaba la Universidad, de acuerdo con la época, de manera personal. La búsqueda de maestros y directivos, así como de apoyos gubernamentales, la hizo varias veces a partir de los alumnos que había tenido en décadas anteriores. Era cuidadoso en la administración de los bienes, pues tenía clara conciencia de que eran escasos y difíciles de conseguir. Pero se le dificultaba encontrar estrategias para mejorar el ámbito académico y lograr la calidad educativa. Le daba mucha importancia al deporte, particularmente a la selección de baloncesto, dirigida por el profesor Constancio Córdova, que era el equipo representativo de la Universidad y una especie de estandarte; hubo jugadores con fama nacional.

A finales de septiembre de 1967, se presentaron en la Rectoría cuatro Hermanos: el Hermano asistente (consejero general) Rafael Martínez, el Hermano visitador (provincial) Juan del Castillo, el Hermano Guillermo Alba (director de las primarias del Colegio Simón Bolívar) y el Hermano Manuel Arróyave (director de la escuela Cristóbal Colón La Villa). El Hermano Rafael Martínez le comunicó al Hermano Manuel que el nuevo rector era el Hermano Guillermo Alba y el nuevo director de la preparatoria y de la comunidad sería el Hermano Manuel Arróyave, con esa decisión, el Hermano Manuel de Jesús dio por terminado ese día su rectorado en la Universidad, a seis años de haberla fundado.

Cualquier persona, ante una decisión de tal naturaleza se desploma y queda sin saber qué hacer, se deprime. Pero no era el caso del Hermano Manuel Álvarez, hombre emprendedor por naturaleza que, de inmediato, se puso a elaborar planes de lo que pudiera realizar los próximos años, tal como sucedió; manejaba las circunstancias como áreas de oportunidad.

Director en León, Guanajuato. Fundación de la Universidad del Bajío, A. C.

Un par de semanas después, a inicios de octubre de 1967, el Hermano Manuel Álvarez emprendió la marcha a su nuevo destino: el Colegio La Salle en León, Guanajuato. Llegó con una idea muy clara: fundar una universidad para esa población, que carecía de instituciones de educación superior. Un Hermano de la comunidad de la Universidad La Salle Ciudad de México, que había vivido en esa ciudad, le sugirió que fundara una universidad tecnológica para el calzado, aspecto que en principio aceptó, pero que fue adecuando con el tiempo, según se presentaron las circunstancias, más bien de acuerdo al

modelo de la universidad que había fundado, en ambas comenzó por abrir las carreras de Contaduría y Administración; era hombre práctico y buscaba lo que funcionaba.

Como director con una buena visión, aprovechó unas vacaciones para ir con otros Hermanos, en dos coches, a comprar material para los laboratorios de la Institución a Estados Unidos, lo cual garantizó su mejor funcionamiento.

Desde que llegó a la comunidad de los Hermanos en León, les comentaba la posibilidad de fundar una universidad y les decía: "Sería bueno fundar una universidad"; los Hermanos lo escuchaban con atención y con sorpresa, pero, con todo, le prestaron su decidido apoyo. En la consulta que se hizo a la comunidad, se sometió a votación la propuesta: de los once Hermanos presentes, diez votaron a favor de la apertura de la universidad, lo que constituyó un gran respaldo moral para iniciarla.

El Hermano Manuel le sugirió al Hermano Gilberto Martínez, director de la preparatoria, organizar una serie de reuniones con los padres de familia para exponer las ideas concernientes a un plantel de estudios superiores. Entre los invitados estuvieron Luis M. de la Garma, Francisco Ruenes Escoto y Lorenzo Rodríguez, este último, presidente municipal.

El mismo Hermano Gilberto cooperó gustosamente con los inicios de la fundación de la Universidad y escribió:

> Siguiendo las indicaciones del director, reuní a un grupo de empresarios de León para proponerles la fundación de una universidad. La audacia llegó más allá, cuando hice y coloqué una serie de cartulinas durante una junta de padres de familia que anunciaban para el año siguiente la apertura de dicha universidad.

Después de contar esta anécdota, el Hermano Gilberto siempre terminaba diciendo: "Si es obra de Dios, permanecerá, ¡ya ves, ahí está, es obra de Dios!".

La idea fue muy bien recibida en una ciudad con un alto crecimiento poblacional y que estaba por acercarse a medio millón de habitantes, pero que carecía propiamente de establecimientos de estudios superiores. La universidad más cercana era la estatal, en la ciudad de Guanajuato; los jóvenes que querían acceder a los estudios superiores tenían que salir de la ciudad, situación que presentaba dificultades de toda índole, principalmente para las jóvenes.

El profesor José Lozano Padilla (pariente de los Hermanos Antonio y Luis Lozano), que había sido Hermano, le sugirió al Hermano Manuel Álvarez

que le permitiera solicitar el permiso a los superiores de los Hermanos. Pidió una entrevista con el Hermano visitador (provincial) Juan del Castillo, quien escuchó al profesor Lozano, en nombre del Hermano Manuel y de la sociedad leonesa. El Hermano Juan tomó la decisión de que lo que indicara el Hermano Guillermo Alba, en ese momento rector de la Universidad La Salle, fuera apoyado por el Hermano visitador. Así, se obtuvo por escrito la autorización para que el Hermano Manuel fundara una universidad, con la condición de que no usara ni el nombre ni el escudo lasallista. Se realizó tal como se indicó.

Para dar seguimiento a lo acordado y constituirse en fundadores de un centro de estudios superiores, se reunieron los contadores públicos Agustín Pérez Villaseñor y Daniel Padilla Martín, el ingeniero Fernando Arena Torres Landa, el profesor José Lozano Padilla y los señores Pedro Michel Álvarez y Felipe Ascencio Ortega con los Hermanos Manuel de Jesús Álvarez Campos y Gilberto Martínez Soto. Para efectos legales, decidieron formar una asociación civil. El 23 de septiembre de 1968 nació el Instituto de Estudios Superiores de León, A. C. (IESLAC). Para efectuar su incorporación a la Universidad de Guanajuato, se nombró una mesa directiva que se responsabilizara de esos trámites: el señor Pedro Michel Álvarez, como presidente; el señor Felipe Ascencio Ortega, como tesorero; y el profesor José Lozano Padilla y el señor Alejandro Arena García, como vocales.

Con el plan de estudios de la Universidad de Guanajuato y dos salones prestados por el Colegio La Salle en la colonia Andrade (primaria), el 22 de noviembre de 1968 se iniciaron las clases con dos carreras: Administración y Contabilidad. Como rector del Instituto, quedó el Hermano Manuel de Jesús Álvarez Campos; como director de las Escuelas de Administración y Contabilidad, el contador público Agustín Pérez Villaseñor; y como secretaria, la alumna Juanita Patricia Gutiérrez Velasco. Entre los primeros maestros estuvieron el contador público Daniel Padilla Martín, el profesor José Lozano Padilla, el licenciado Víctor Manuel Vela Gallardo, el licenciado Carlos Ontiveros Romo y el contador público Humberto Ruiz Calvillo. Transcurridos los cinco años de estudios, el 11 de agosto de 1973, se llevó a cabo la ceremonia de graduación de la primera generación de la Escuela de Contaduría Pública de esta naciente universidad.

En 1970, los alumnos de la institución ya no cabían en los salones del Colegio La Salle en la colonia Andrade, y le fueron prestados otros salones del Colegio La Salle en la colonia Panorama (secundaria y bachillerato); allí se

trasladaron para proseguir sus actividades académicas. En agosto de 1972, se decidió cambiar el nombre del Instituto de Estudios Superiores de León, A. C. por el de Instituto Tecnológico de León, A. C. Para el 26 de marzo de 1973, quedó definitivamente el nombre de Universidad del Bajío, A. C., lo que hizo que la universidad fuera conocida como UBAC.

Ante el crecimiento de la población estudiantil de la naciente Universidad, aun los salones prestados en el Colegio La Salle de la colonia Panorama fueron insuficientes para las labores docentes de la Universidad. El señor Alejandro Arena García, que había hecho la donación de terrenos al Colegio La Salle en la colonia Panorama y a otras instituciones, donó a la Universidad del Bajío, A. C. 112 386.20 m^2 de terreno en el Fraccionamiento Campestre (antigua Hacienda de Cerro Gordo). El terreno donado era accidentado, con una pendiente de 15 grados y atravesado en el norte por una cañada.

En las primeras pláticas que sostuvieron el señor Alejandro y el Hermano Manuel respecto al terreno para la Universidad, se habló informalmente de 20 hectáreas. Pasó el tiempo y el Hermano Manuel, que estaba ocupado en los asuntos de la Universidad, no daba señales de interés en los terrenos. Un buen día se presentó el ingeniero Fernando Arena Torres Landa y le dijo: "Don Manuel, mi padre no ruega; le sugiero se entreviste con él y concluya los trámites de la donación". El Hermano Manuel, a la brevedad, buscó al señor Alejando, visitó los terrenos y escogió la superficie indicada hasta el límite de la cañada. Por sugerencia del ingeniero Fernando Arena Torres Landa, el límite se recorrió hasta la calle Prolongación Boulevard Campestre. A partir de ese momento, tras cubrir las formalidades del caso, la Universidad contó con terreno propio. Era el segundo semestre 1972 y la institución afianzaba su crecimiento.

El Hermano Manuel, en acuerdo con el ingeniero Fernando Arena Torres Landa, llevó a cabo la construcción del primer edificio. Le fueron presentados los planos y las maquetas del proyecto y se iniciaron las obras. El 12 de noviembre de 1972, el señor Alejandro Arena García tuvo el honor de colocar la primera piedra del edificio destinado a albergar las Escuelas de Administración y Contaduría, que sería el primero de un conjunto de edificios para las futuras escuelas de la Universidad. En septiembre de 1973, se dejaron los salones del Colegio La Salle Panorama, y se instalaron definitivamente en el nuevo edificio, que lleva el nombre de su ilustre donador, el señor Alejandro Arena García. El 13 de enero de 1974 se inauguró formalmente el primer edificio de la Universidad por parte del licenciado Luis Humberto

Ducoing, gobernador de Guanajuato; el licenciado Eugenio Trueba, rector de la Universidad de Guanajuato; el licenciado Álvaro López Castro, secretario de Educación Pública del estado; y el doctor Arturo Lozano Madrazo, presidente municipal de León.

En este primer edificio, funcionaron las Escuelas de Administración de Empresas y la de Contabilidad; otra escuela que estuvo trabajando temporalmente ahí fue la de Periodismo y Ciencias de la Comunicación Colectiva, hoy, Escuela de Ciencias de la Comunicación.

El Hermano Manuel vio la necesidad de contar con un escudo o un logotipo propio de la institución; para tal fin, encomendó al Hermano César Rangel hacer un primer esbozo con letras minúsculas. A sugerencia del Hermano Manuel, se definió finalmente con letras mayúsculas: ubac; este escudo o logotipo estuvo presente en la Universidad por varias décadas, hasta 2000.

Con la creciente demanda de estudiantes venidos de otras ciudades de Guanajuato y de otros estados, que buscaban estudiar una licenciatura en la Universidad del Bajío, el Hermano Manuel emprendió la construcción de un segundo edificio que le permitiera crecer conforme se fueran presentando las circunstancias. Para construirlo, se apoyó en ingenieros y arquitectos que fueron estudiantes en la Universidad La Salle; a su vez, contó con la ayuda económica de varios antiguos alumnos de la Ciudad de México. Este segundo edificio se terminó en enero de 1976. El Hermano Manuel quiso que se llamara Concepción Torres Landa de Arena, como la esposa del ilustre donador.

El crecimiento de la población estudiantil iba en aumento. En agosto de 1975, se crearon las escuelas de Hotelería y Turismo, Diseño Industrial y Odontología. También se determinó entonces la construcción de un tercer edificio, que iba a estar destinado a la Escuela de Medicina Veterinaria y Zootecnia; inició clases en agosto de 1977.

A pesar de los previsibles inconvenientes, el Patronato de la Universidad, junto con el Hermano Manuel, resolvieron, en agosto de 1976, que se creara la Escuela Preparatoria, para contar con candidatos provenientes del bachillerato que quisieran ingresar a las licenciaturas. Ante la necesidad de nuevas aulas, el Hermano Manuel se propuso construir un cuarto edificio para la Escuela Preparatoria, en 1978. El edificio se llamó Salvador Díaz Du-Pond y Familia. Fue hecho en dos etapas. Una vez terminado, contó con veinte salones. Se destinó exclusivamente para la Escuela Preparatoria, dado su crecimiento, aunque, por un tiempo, albergó a los alumnos de la Escuela de Hotelería y Turismo, y a los alumnos de la Escuela de Diseño Industrial.

En 1983, el Hermano Manuel comenzó la construcción del magno edificio San Juan Bautista de La Salle, que se concluyó en 1985. Cuenta con 40 aulas y un auditorio con el nombre de su madre: aula magna Rosa Campos de Álvarez. El señor Salvador Díaz Du-Pond regaló todas las puertas, ventanas y vidrios. Su inauguración correspondió al gobernador del estado, el licenciado Rafael Corrales Ayala, antiguo alumno del Hermano Manuel. Con la inauguración de este edificio, se consolidó el establecimiento de la Universidad del Bajío, como una institución de nivel superior para dar servicio a la región. A este edificio se trasladaron las Escuelas de Hotelería y Turismo, la de Diseño Industrial y la de Ingeniería en Computación y Sistemas. Esta última fue fundada por el ingeniero Jaime Palacios Castañón.

Durante estos años, el Hermano Manuel fue un activo participante en la Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior (FIMPES), fue uno de sus creadores y fundadores.

En unos cuantos años, entre 1985 y 1988, comenzaron a funcionar una gran cantidad de escuelas. En agosto de 1985, se creó la Escuela de Diseño Gráfico y el siguiente año, la de Diseño Ambiental, así como el Centro de Lenguas; también se fundó la Escuela de Arquitectura. En 1986, comenzó la Escuela de Derecho. En 1987 nacieron la Escuela de Ingeniería Industrial y la Escuela de Ingeniería Civil; y en 1988, inició la Escuela de Ingeniería Mecánica Eléctrica. En 1989 comenzaron a depender de un solo director. En agosto de 1987 se crearon las Escuelas de Ingeniería en Agronomía Zootecnia y de Agronomía Fitotécnica. Con antelación, el Hermano Manuel había adquirido, en 1984, el pequeño rancho de Santa Rosa, de 16 hectáreas, y, en 1985, el rancho de San Miguel, de 65 hectáreas, dedicado en su totalidad a la agricultura, para apoyo de dichas Escuelas.

Como ayuda y hospitalidad para los estudiantes foráneos que asistían a la Universidad, el Hermano Manuel se propuso construir una residencia estudiantil, que dio formalmente inicio el primer semestre de 1985. Cuenta con 30 habitaciones, con baño completo. Además, en 1986, el gobernador de Guanajuato, el licenciado Rafael Corrales Ayala, autorizó cavar un pozo profundo dentro de las instalaciones de la Universidad para abastecer de agua a todos los edificios.

Una valiosa y eficaz oportunidad para la Universidad fue el Decreto de Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios, concedido por el antiguo alumno del Hermano Manuel, el presidente de la república Miguel de la Madrid Hurtado el 18 de febrero de 1986. Con ese reconocimiento, la Universidad del

Bajío, A. C. fue la quinta del país, la primera en Guanajuato y la primera lasallista a la que se le facultó para expedir títulos profesionales.

A principios de 1986, el Hermano Manuel encargó al arquitecto Martín Gutiérrez, antiguo director y fundador de la Escuela de Arquitectura en la Universidad La Salle Ciudad de México, el proyecto de la torre de Rectoría. El proyecto constaba de 208 planos arquitectónicos, estructurales, de instalaciones eléctricas, hidráulicas y sanitarias, carpintería y acabado. Cuando el arquitecto Salvador Sánchez dejó la dirección de la construcción de la torre, el Hermano Manuel depositó su confianza en el arquitecto Alejandro Mejía Tenorio para llevar a cabo su construcción, y en el ingeniero Leonardo Gama Medina para supervisar el complicado sistema estructural. La construcción se prolongó por ocho años, por no ser una obra prioritaria y porque su diseño formal y estructural requerían cuidado y precisión en su ejecución. Finalmente, fue inaugurada el 26 de enero de 1994 por el ingeniero Eliseo Martínez Pérez, presidente municipal; el obispo Rafael García González; el Hermano Ronaldo Henderson, rector; el Hermano Raúl Valadez García, visitador; y con la presencia del rector emérito Manuel de Jesús Álvarez Campos, quien fue su iniciador.

Dado que el Decreto de Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios facultó a la Universidad para establecer planteles de educación media superior y superior, el Hermano Manuel decidió abrir una extensión de la Universidad en San Francisco del Rincón. Para llevar a cabo esta idea, acompañado del contador público Arturo Calderón Gama, realizó una serie de entrevistas al empresario Ramón Ascencio, dueño de la empresa Gala y, con el apoyo de padres de familia, entre ellos, Salvador Díaz Sánchez, abrió las inscripciones para recibir a los alumnos del plantel San Francisco. El 5 de agosto de 1986 se iniciaron las clases, con 121 jóvenes para secundaria y preparatoria. Como se carecía de instalaciones propias, el padre comboniano Enzo Cannonici prestó las instalaciones del Seminario Comboniano para que se iniciaran de clases. El señor Mayo del Moral hizo la primera oferta de donación de terrenos para que se instalara la Universidad, pero, debido a la lejanía de estos, el Hermano Manuel prefirió aceptar los terrenos de unas dos hectáreas de los Hermanos Carlos y Arturo Velázquez Villalpando; el presidente municipal, el licenciado Eusebio Moreno, quien había sido alumno de la institución, ofreció todas las facilidades de escrituración.

Con las Escuelas de Ingeniería Civil, Industrial y Mecánico-Eléctrica, se vio la necesidad de disponer talleres y laboratorios para las prácticas profesiona-

les. El Hermano Manuel decidió hacer un edificio para talleres de prueba de resistencia de concreto, de torno y electricidad. Construyó en el menor tiempo posible un nuevo pabellón para aulas y talleres, con 22 aulas destinadas a clases, talleres y laboratorios. Para la cubierta de este nuevo edificio se utilizó el sistema de vigueta y bovedilla, que no requiere cimbra, y en poco más de doce meses quedó concluido. Los talleres fueron inaugurados el 15 de septiembre de 1989 por el Hermano Rony, rector de la Universidad, y por la señora Martha Padilla de Medina, esposa del presidente municipal. Estuvo presente el rector emérito Manuel de Jesús Álvarez Campos, que los había iniciado.

El nacimiento del plantel de la Universidad en Salamanca estuvo ligado a la señora Lourdes Magallanes de González, esposa del ingeniero Jorge González y madre de dos pequeños. Ella encontró el apoyo de su marido para proseguir los estudios profesionales que le permitieran una superación personal. Buscaba un sistema con un plan abierto de estudios. Se entrevistó con el Hermano Manuel, quien le informó que no contaba con esos planes de estudio, pero que le habían donado unos terrenos para la Universidad, en la vecina ciudad de Irapuato. Motivada por el deseo de superación, la señora Lourdes presentó la idea de crear, en la ciudad de Salamanca, las condiciones propicias para establecer un plantel de la Universidad del Bajío. A insistencia de ella, se realizó una reunión en Productos Frugos, en abril de 1988, a la que asistieron el Hermano Manuel Álvarez, el ingeniero Jaime Palacios, el contador público Arturo Calderón y el licenciado en Administración de Empresas Héctor Delgado, para iniciar las pláticas con el ingeniero Jorge González; de esta manera dio inicio la fundación.

Debido a la voluntad de la señora Lourdes, al apoyo de su esposo y al entusiasmo del Hermano, en julio de 1988 se constituyó la asociación Educación, Investigación y Cultura de Salamanca, A. C., integrada por un grupo de empresarios salamantinos. Esta asociación hizo la compra de unos terrenos en el poblado de San Juan de Razos. Gracias al esfuerzo, imaginación y buena disposición por parte de esa asociación y de las autoridades universitarias, que la señora Lourdes supo encauzar, se iniciaron las clases en agosto de 1988. El señor Luis González Villarreal prestó para tal propósito un edificio de su propiedad. El 8 de diciembre de 1988 se inició la construcción de los primeros edificios, de tal manera que a partir del 14 de febrero de 1989 se realizaron las actividades educativas en las nuevas instalaciones, aun sin estar del todo terminadas. Entre los alumnos fundadores estuvo la señora Lourdes, que concluyó su carrera en 1992.

Al principio, la biblioteca estuvo ubicada en el edificio Concepción Torres Landa de Arena. Para 1988, el Hermano Manuel encargó el proyecto del nuevo edificio de la biblioteca al arquitecto Jorge Preciado Plascencia, quien la localizó en la parte más baja de la cañada, por lo que hubo que resolver el problema del drenaje pluvial; por otra parte, haciendo uso de sus relaciones con el licenciado Miguel de la Madrid Hurtado, quien por entonces ocupaba el cargo de director general del Fondo de Cultura Económica (1988-2000), el Hermano Manuel logró obtener una muy buena dotación de libros. La biblioteca fue inaugurada formalmente el 2 de agosto de 1991 por el Hermano Rony, rector de la Universidad. Estuvo invitado el rector emérito Manuel de Jesús Álvarez Campos.

Entre los inmediatos colaboradores del Hermano Manuel en la UBAC estuvo el contador público Agustín Pérez Villaseñor (1968-1980) en la Dirección Administrativa. El recuerdo que tenía Agustín del Hermano Manuel era el de una persona que tenía por meta principal atender con prontitud y eficacia a la comunidad estudiantil. Fueron también sus colaboradores los contadores públicos Jorge Zúñiga Ramos (1980-1985) y Arturo Calderón Gama (1985-1988), quien también fue vicerrector Académico y director de la Escuela de Contabilidad y Administración; y el licenciado José Luis Régules Fajardo, quien estuvo al frente de la Dirección de Servicios Escolares. En el licenciado Régules Fajardo, el Hermano Manuel tuvo un gran apoyo en todos los trámites, primero, ante la Universidad de Guanajuato, y después ante la SEP.

Entre los Hermanos que colaboraron con el Hermano Manuel en la Universidad, estuvieron, en primer lugar, el Hermano Gilberto Martínez, quien le ayudó en la fundación en 1968. El Hermano César Rangel llegó el 16 de febrero de 1969 a León, Guanajuato y se integró como maestro de 4° de bachillerato en el Colegio La Salle y asumió la dirección el 15 de julio de 1970. Relevó al Hermano Manuel Álvarez como director del Colegio, para que este se dedicara de tiempo completo a la Universidad. También impartió, hasta 1976, la asignatura de Sociología de la Empresa en la Universidad. En julio de 1988, regresó como vicerrector de la Universidad; ayudó a consolidar la vida académica de la Institución y a preparar la llegada del nuevo rector; además, abrió las maestrías en Educación en León, Salamanca e Irapuato, en ese nivel se desempeñó como maestro de Sociología. En 1997, ocupó el puesto de director de Humanidades hasta 2000.

Por otra parte, el Hermano Alfonso Aguilar Hernández colaboró como maestro de Estadística y Metodología y en la planeación de la Universidad

(1973-1975), pero, al no lograrse entender con el Hermano Manuel, tuvo que dejar la Institución.

El Hermano Francisco Leonel de Cervantes Lechuga, antiguo rector de la Universidad La Salle Ciudad de México, fue nombrado vicerrector de la Universidad del Bajío el 31 de agosto de 1986. Con sus conocimientos y a su experiencia, buscó elevar el nivel académico de la Institución. Al querer corregir varias anomalías, los involucrados, tomando como pretexto su carácter y sus formas, solicitaron, mediante una carta, su remoción, que cumplió su cometido.

Por último, el Hermano Ricardo Sánchez, que a partir de 1986 fue un gran apoyo para el Hermano Manuel como director de Humanidades y Pastoral Universitaria, durante 12 años, impartió la asignatura Ética Profesional en las licenciaturas con los estudiantes de los semestres terminales. Fue el encargado de la residencia de estudiantes y, para estar más pendiente de los jóvenes que ahí se alojaban, habilitó una habitación, para ejercer su labor de manera más directa.

El 12 de agosto de 1986, la Universidad tuvo la dicha de recibir la visita del Hermano José Pablo Basterrechea, antiguo superior general, para hacer entrega del Diploma de Afiliación al Instituto de los Hermanos al matrimonio del señor Alejandro Arena García y la señora Concepción Torres Landa de Arena, por su decidido apoyo, al donar el terreno de Colegio La Salle Panorama y de la Universidad. También, el 19 de noviembre de 1987 visitó la Universidad el Hermano superior John Johnston, al que se le hizo una magnífica recepción por parte de estudiantes, autoridades y maestros.

Sin embargo, la Universidad del Bajío estaba en una situación especial con respecto de su pertenencia e integración al Distrito México Sur de los Hermanos lasallistas. Una posibilidad era que pasara a pertenecer de manera definitiva a la Diócesis de León, o bien a los colaboradores más cercanos o a los Hermanos. El Hermano Manuel, que siempre tuvo la intención de que la Universidad se integrara a las obras de los Hermanos, le comunicó formalmente al Hermano visitador Adalberto Aranda en 1987 que le haría entrega de la Universidad, para lo cual facilitó todos los trámites y lo que le fue solicitado.

Una vez que los Hermanos aceptaron recibir la Universidad, el Hermano Adalberto Aranda constituyó la Junta de Gobierno de la UBAC para que rigiera esta casa de estudios. Lo siguiente fue realizar una auditoría general para conocer el estado que guardaba la Universidad, es decir, sus estados contables y administrativos, programas de estudio, autorizaciones estatales y fe-

derales, certificados y otras funciones. Esto le proporcionó una idea clara de lo que se estaba recibiendo.

Se consideró al Hermano Guillermo Alba López,[2] de amplia trayectoria lasallista en la ciudad de León, para que fuera el nuevo rector. Fue él quien, precisamente, había sucedido al Hermano Manuel en la Universidad La Salle Ciudad de México en 1967. Llegó a trabajar a la preparatoria de la Universidad en agosto de 1988, con el fin de prepararse para el nuevo puesto. El Hermano Guillermo, como era su costumbre, pasaba diariamente a los grupos a impartir la reflexión. El 15 de septiembre de 1988, el Hermano Guillermo fue a la Ciudad de México como representante de la Federación de Escuelas Particulares de León, Guanajuato, a una reunión nacional de educación. Por la tarde del 16, regresó a la Casa Central de los Hermanos. Ahí, fue a la sala de televisión para descansar un poco, pues se sentía fatigado, y en aquel lugar falleció; su salud siempre había sido frágil.

Ante esta situación, se propuso al Hermano Ronaldo Henderson Calderón, director del Colegio Vasco de Quiroga, para que fuera el nuevo rector. Así, el 6 de febrero de 1989, el Hermano Manuel Álvarez Campos le hizo entrega de su puesto, en un acto público y ante toda la comunidad universitaria.

Un Hermano escribe, en una especie de síntesis de la labor del Hermano Manuel en la Universidad del Bajío:

> El Hermano Manuel de Jesús Álvarez Campos, de una forma visionaria y valiente, venció todas las dificultades que implica iniciar un proyecto de esta envergadura y fundó la Universidad del Bajío en 1968. Propuso las primeras licenciaturas, convocó, comenzó a seleccionar y formar a quienes con el tiempo serían pilares de la obra como docentes y directivos. Construyó los cimientos de la Universidad de la mano y con la colaboración de importantes empresarios, como don Alejandro Arena y su familia, entre varios otros; contó con personas trabajadoras y sencillas, como don Abraham Martínez, y con académicos brillantes como Jaime Palacios. En su momento, recibió apoyo incluso del presidente Miguel de la Madrid, por mencionar algunos de los miembros de aquella comunidad. Recibió también apoyo significativo de los Hermanos Luis Lozano y Gilberto Martínez, entre otros. Después de 21 años al frente de la Universidad, entregó la Rectoría a los Hermanos lasallistas en la persona del Hermano Ronaldo Henderson Calderón.

---

2 Véase la biografía del Hermano Guillermo Alba en esta misma obra.

El rector emérito

El Hermano visitador Adalberto Aranda vio conveniente que al Hermano Manuel, una vez terminadas sus funciones de rector, se le permitiera continuar en la Universidad, como rector emérito, al frente de proyectos concretos, pero sin intervenir en los asuntos de la Rectoría (gobierno de la Institución), se trataba más bien de una figura moral que favorecería la transición, función que cumplió a cabalidad y en la que fue muy acertado.

Para comenzar esta nueva etapa, se le propuso un viaje al extranjero, el cual el Hermano Manuel aprovechó en compañía del Hermano Jesús Gallardo. Fueron a diferentes países de Sudamérica por varias semanas. Entre otros lugares, visitó las Cataratas de Iguazú, que mucho admiró dada su carrera de geógrafo. Terminado su periplo, regresó a su trabajo habitual, pero ahora en los proyectos especiales asumidos con sencillez y discreción. Continuó con la construcción de varios edificios: la biblioteca, el edificio de la Escuela Preparatoria, el edificio de la Escuela de Arquitectura y la torre de Rectoría; además, administraba los ranchos e impartía sus clases, que preparaba con la mejor de las dedicaciones, como lo había hecho a lo largo de toda su vida. Le fue otorgado un reconocimiento, el doctorado *honoris causa*, que rezaba:

> La Universidad La Salle Noroeste otorga el doctorado *honoris causa* a don Manuel de Jesús Álvarez Campos, fundador y rector de la primera universidad lasallista en el país, la Universidad La Salle de México, DF. Fundador, primer rector y rector emérito de la Universidad del Bajío en León, Guanajuato. *Indivisa manent*. Ciudad Obregón, Sonora, a 21 de febrero de 1997. El rector Dr. José Cervantes Hernández. El vicerrector académico Dr. Gustavo Ramírez Barba.

Igualmente, el Hermano Manuel recibió otros reconocimientos de otras universidades, instituciones y asociaciones de educación en el país por su trayectoria educativa en el ámbito de la educación superior nacional.

El Hermano Manuel, en uno de sus últimos actos públicos junto con el Hermano Rony, ambos rectores eméritos, fue invitado a la develación de la placa del nuevo nombre y logotipo de la ahora recién nominada Universidad De La Salle Bajío. Este cambio buscó consolidar la imagen de la Universidad como institución lasallista. La ceremonia fue efectuada en el aula magna Rosa Campos de Álvarez el 27 de enero del año 2000.

Incansable como era el Hermano Manuel, el sábado 13 de mayo del 2000, ya casi por cumplir 90 años, acudió, como siempre, al desayuno anual de

exalumnos en la Universidad La Salle Ciudad de México. Pidió hablar y se le concedió el micrófono. Ante todos los comensales, algunos de ellos sus antiguos alumnos, pidió ayuda para construir la iglesia a san Juan Bautista de La Salle en la ciudad de León, llamado al que varios de ellos respondieron. Ante esto, alguien se preguntó: "¿De dónde saca fuerzas este hombre?".

El final

Falleció el 7 de junio del año 2000, en la ciudad de León, Guanajuato, a unos días de cumplir 90 años, y a setenta y tres años de haber recibido el hábito de los Hermanos. Sus cenizas están depositadas en la Casa de Formación de Tlalpan, Ciudad de México. Su hermano, el padre Atanasio, lo había precedido en la muerte, en 1986.

Últimas reflexiones

De estatura superior a la media, corpulento, fuerte y decidido. Siempre vestía de traje y corbata, a veces usaba guayabera sobre la camisa de manga larga. Era limpio y siempre estaba bien presentado, sin exageraciones. Era constante y tenía don de mando. Poseía un carácter fuerte y un tanto brusco en sus maneras, que se adecuaron con los años, al punto de tener al final un trato agradable, simpático y cercano con todos. Cuidadoso en el lenguaje, hablaba siempre con propiedad. Contaba con amplia visión y propósitos claros; no se arredraba ante las grandes empresas y las inevitables dificultades de la vida. Ante los problemas que surgían, veía cómo solucionarlos, para sacarlos adelante. Creaba las circunstancias propicias para salir airoso. Buen administrador y cuidadoso de los recursos, sabía que eran escasos y limitados; así, cuando el municipio de la ciudad de León, Guanajuato, le cobraba los prediales atrasados, consistentes en una gran cantidad de dinero, el Hermano Manuel negociaba la deuda y les proponía becar a cinco hijos de empleados del municipio por salón. Y comentaba: "Poner cinco bancas más en cada salón me es fácil, en cambio, dinero no tengo y me cuesta trabajo conseguirlo". Más que académico, fue un hombre práctico y de acciones concretas. Sin embargo, se hallaba siempre en crecimiento, al plantearse retos y conseguirlos. El crecimiento y el reto fueron sus principales motivaciones, así como el logro y la realización.

El trabajo educativo del Hermano Manuel Álvarez estuvo centrado propiamente en dos instituciones a lo largo de más de 60 años, lo que le permitió consolidar sus proyectos. Obtuvo en cada lugar amplia experiencia, así

como equilibrio emocional y madurez personal. La gran cantidad de alumnos que conoció durante estos años fue de gran ayuda para los proyectos que fue creando; muchos de ellos se convirtieron en directivos, maestros y donadores de las Universidades que fundó.

Conservó siempre un grato recuerdo de su mamá, la señora Rosa, viuda pocos meses después de que él nació y quien educó a su hermano mayor Atanasio y a él con dedicación y esmero. Agradecía a los directivos con los que vivió y trabajó y a todos sus maestros la formación que le habían dado. Recordaba en especial al Hermano visitador Alcimo María (1923-1933), por la sabiduría que le brotaba de su espíritu; al Hermano director Gerardo Monier (1931-1933), a quien admiraba por su entrega a la labor magisterial; y al Hermano director Adrien Gibert (1933-1943), por su incansable dinamismo. También mostró mucho agradecimiento al Hermano Rafael Chávez Huacuaja, quien le ayudó en la fundación de la Universidad La Salle Ciudad de México con la planeación necesaria y las relaciones con la UNAM. Asimismo, agradecía al licenciado Tarsicio de J. Santiago López, su brazo derecho en dicha Universidad. Por su parte, en la Universidad del Bajío hubo excelentes colaboradores con los que desarrolló particular confianza, como los directores administrativos, el contador público Agustín Pérez Villaseñor (1968-1980); el contador público Jorge Zúñiga Ramos (1980-1985); y el licenciado José Luis Régules Fajardo, quien estuvo al frente de la Dirección de Servicios Escolares. Pero con el que tuvo mayor confianza fue con el ingeniero Jaime Palacios Castañón, cuya amistad, cordialidad y confianza eran grandes. Su agradecimiento, que era sobrio, lo manifestaba más con hechos que con palabras, aunque sí llegaba a comentarlo.

A lo largo de este relato biográfico del Hermano Manuel, pueden advertirse las circunstancias y motivaciones que tuvo para fundar la Universidad La Salle Ciudad de México y la Universidad del Bajío, A. C., en León, Guanajuato, que son ahora las dos mayores instituciones lasallistas de México. Para lograrlo, se valió de un fuerte espíritu de emprendedor; además, supo motivar a una gran cantidad de personas hacia los proyectos de educación universitaria, con los que hizo equipo de trabajo. Conseguía donativos de antiguos alumnos y de personas en general. Podría decirse, en síntesis, que cuando el Hermano Manuel estaba convencido de que algo era provechoso para la sociedad, no había nada que lo detuviera "No hay nada que se le resista", como escribe De La Salle.

Hermano mexicano de la segunda época, trabajó en los grupos durante la época cardenista. Fue, además, uno de los hombres que más maestrías y doctorados ha reunido. Hermano sencillo, humilde que supo vivir su vocación ante el riesgo y la audacia. Amabilidad, firmeza y tenacidad son las tres características que predominaron en la personalidad del Hermano Manuel de Jesús, según el testimonio de muchas personas que vivieron con él. Poseía también sencillez para reconocer sus limitaciones (Somos La Salle, 2011).

Fuentes consultadas

Somos La Salle (2011). Bitácora 50-Dr. Manuel de Jesús Álvarez Campos, Rector fundador de la Universidad La Salle México. http://historico.lasalle.mx/bitacora-50-dr-manuel-de-jesus-alvarez-campos-rector-fundador-de-la-universidad-la-salle-mexico/17388/

VI

Rafael Chávez Huacuja, *fsc*
(Amado Rafael)

(15/9/1917-31/8/1969)

Rafael Chávez Huacuja —maestro, académico, fundador, primer vicerrector— nació en la bella y colonial ciudad de Morelia, Michoacán, el 15 de septiembre de 1917. Sus papás fueron el doctor Rafael Chávez Alva, nacido en Ario de Rosales, Michoacán, y Florinda Huacuja Navarro de Chávez, originaria de Tepic, Nayarit. Fue el mayor de seis hermanos: Marina, José Alfonso, Jorge, Antonio y Francisco Javier.

Su papá era primo hermano del eminente doctor Ignacio Chávez Sánchez, fundador del Instituto Nacional de Cardiología y rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Este parentesco fue de gran importancia en la vida de Rafael.

La familia se trasladó a la Ciudad de México. Su papá, médico homeópata, puso un consultorio en la colonia Roma; logró mucho tino en su consulta y abundante clientela. Años más tarde, su hermano Francisco Javier también se formó como médico homeópata.

Al principio de la década de los 30, fue alumno del Colegio Francés De La Salle de los Hermanos lasallistas, ubicado en Belisario Domínguez, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Se trataba de una institución incorporada a la UNAM, donde cursó la secundaria y un año de bachillerato.

En este colegio, Rafael perteneció al Grupo VI *scout*, fundado y dirigido desde 1933 por el Hermano Benito Massard. Sus compañeros de tropa fueron Rafael Martínez Cervantes, Bernardo Zepeda Sahagún y Javier Bordes Vértiz, con los que trabó una gran amistad a lo largo de la vida; todos ingresaron como Hermanos lasallistas años más tarde.

Animado por el mismo Hermano Benito Massard, Rafael ingresó con los Hermanos junto con sus compañeros Rafael Martínez y Bernardo Zepeda. Javier Bordes, por su edad, había ingresado con un mes de anticipación, pero al noviciado menor; el director vocacional o reclutador fue el Hermano Antonio María Lozano. Desde este tiempo, Rafael manifestó su interés en ser sacerdote, finalmente entró con los Hermanos, pero siempre mantuvo aquella inquietud vocacional, como se verá más tarde. Ingresaron los tres como postulantes el 14 de enero de 1934 al noviciado en la finca Los Amores, en la colonia del Valle, en la Ciudad de México, que tenía como director al Hermano Benildo Justino y como subdirector al Hermano Bernabé Marie, ambos franceses. Revistieron el hábito de los Hermanos el 9 de mayo. Rafael recibió el nombre religioso de Hermano Amado Rafael, aunque se le conocería en los Colegios como "señor Chávez" o "don Rafael Chávez". Dada la situación gubernamental que se vivía en México por la presión del gobierno cardenista contra la educación católica, el noviciado se trasladó al centro de Tlalpan, en la calle Allende, y pasó después a la ciudad de Lafayette, Luisiana, donde funcionaba el noviciado estadounidense del Distrito de Nueva Orleans-Santa Fe. Emitió sus primeros votos en esta ciudad el 15 de agosto de 1935.

Pasaron a la siguiente etapa de formación en Las Vegas, Nuevo México, donde funcionaba el escolasticado estadounidense. El escolasticado mexicano, que ahí residía, tenía la dirección del eminente Hermano y doctor bautista Fernando Anzorena Padilla, de gran preparación y sólida virtud. En aquel lugar, el Hermano Rafael realizó durante algunos años su preparación en los estudios religiosos y académicos: se formó como maestro de enseñanza primaria, pues estaban incorporados al Sacred Heart Training College de Las Vegas, Nevada; a la vez, cursaba los estudios religiosos propios de los Hermanos bajo la dirección del Hermano Anzorena.

Años más tarde, pronunció sus votos trienales y, posteriormente, los votos perpetuos en 1943. Ambos estaban precedidos de ejercicios espirituales, de veinte y treinta días.

Regresó a la Ciudad de México en 1937, donde se desempeñó como maestro de sexto año de primaria en los grupos clandestinos, dado que continuaba el acoso del gobierno cardenista en contra de la educación católica.

Cuando se incorporaron los Colegios en 1938, trabajaba en el Colegio Simón Bolívar, en Lucerna núm. 29, que más tarde se trasladó a su actual y definitiva ubicación, en Galicia núm. 8. Ahí se desempeñó como maestro de sexto año de primaria, luego de secundaria y, después, como inspector de la Institución hasta 1946. Posteriormente fue alternando su enseñanza entre el Colegio Cristóbal Colón, como maestro sobresaliente de Matemáticas, Química y Religión, en la secundaria y la preparatoria y en el Colegio Simón Bolívar de Galicia, como inspector y maestro de secundaria; entre sus alumnos estuvo su hermano más pequeño, Francisco Javier.

En 1954, se fundó la escuela técnica en el Colegio Cristóbal Colón con el fin de preparar técnicos de nivel medio, en vez de preparatoria. El Hermano Rafael fue nombrado su primer director; ahí permaneció por un año. Al terminar este puesto, continuó como destacado maestro en el bachillerato del Colegio Cristóbal Colón.

Como maestro siempre fue estricto en las tareas, los ejercicios y las calificaciones. Contaba con gran autoridad natural y calidad académica, que lo hicieron un eminente profesor; tenía una recia personalidad y era admirado por sus alumnos. Era muy adecuado y atinado y llamaba la atención por estar siempre muy bien presentado. Cuando un alumno se acercaba a saludarlo, el Hermano Rafael le extendía la mano y exclamaba: "¡Hola, chamaco!".

Según el testimonio de un antiguo alumno:

> Recordé que en la preparatoria un maestro de ética [religión], el Hermano lasallista Rafael Chávez Huacuja nos había hecho leer y aprender el Evangelio de San Mateo y conocer el Nuevo Testamento. [...]. En fin, ahora agradezco esa enseñanza y por la facilidad con que Dios me permitió descubrir y enseñar a mi esposa.

Durante estos años, a la vez que impartía sus clases, estudió la normal superior en la Escuela Normal Superior de México (oficial) con la especialidad de Química; posteriormente, la carrera de Química, en la Escuela de Química Berzelius, incorporada a la UNAM; su director era el padre jesuita Luis Verea. El Hermano Rafael se graduó de ahí en 1950 como químico. Asimismo, estudió la carrera de Psicología en la UNAM, en la que se doctoró. Además, hablaba perfectamente francés e inglés. En 1963 fue nombrado oficialmente catedrático de Psicología en la UNAM. Escribió el libro *Contribución al estudio de la orientación profesional en las profesiones físico-matemáticas.*

Fiel a la formación recibida cuando joven en el Grupo VI *scout*, fundó por su cuenta en el Colegio Simón Bolívar el Grupo XXXVI *scout*, donde desplegaba un amplio liderazgo en la formación de los jóvenes.

Como educador, ejerció una gran influencia moral con los estudiantes. A la vez, era un destacado promotor vocacional entre los alumnos de primaria, secundaria y bachillerato, desde el primer año que impartió clases. Logró una abundante cosecha vocacional. Varios niños y jóvenes entraron como Hermanos lasallistas gracias a él, todos de gran calidad, muchos de ellos han perseverado.

En 1960, al regresar del Colegio Francés de la Laguna, el Hermano y doctor Manuel de Jesús Álvarez Campos volvió como inspector del bachillerato al Colegio Cristóbal Colón en Sadi Carnot, donde había estado tantos años. Una vez más presentó la idea de fundar una Universidad. En ese tiempo, el Hermano Rafael Chávez, maestro en ese bachillerato, cooperó decididamente en su fundación gracias a su amistad con el Hermano Manuel de Jesús Álvarez. En el equipo que formaron, proporcionaba ideas y la práctica universitaria. La base y el ejemplo para seguir fue la organización de la UNAM. Como había sido alumno y maestro en esta Universidad, además de sobrino del entonces rector, el doctor Ignacio Chávez (1961-1966), las relaciones se vieron facilitadas para que la nueva Universidad buscara su incorporación a la UNAM y lograra los trámites con rapidez.

Por los excelentes resultados de sus esfuerzos en el equipo de Hermanos fundadores y como maestro en la Universidad La Salle entre 1962 y 1966, así como por sus cualidades académicas y a las ya nombradas relaciones con la UNAM, el Hermano Rafael fue nombrado primer vicerrector.

Como se escribió antes, desde que ingresó con los Hermanos manifestó inquietud por ser sacerdote. De hecho, fue a Roma en 1958 para ver si podía pasar a la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo, petición que no prosperó. Finalmente, a mediados de 1967, ya con 50 años, dejó la Congregación de los Hermanos para prepararse para el sacerdocio, en el Seminario de Vocaciones Adultas de Washington, a la vez que estudiaba Teología en la Universidad Católica en la misma ciudad. Su madre, que le ayudaba económicamente, sufrió una crisis en sus inversiones, por lo que, para solventar sus ingresos, impartió clases de Matemáticas a universitarios estadounidenses. Estos quedaron admirados ante el excelente desempeño de tan excepcional maestro de origen mexicano, lo que causó envidia a otros maestros de aquel país.

Durante las vacaciones en agosto de 1969, vino a México. Estaba en un campamento con *scouts*, en Los Azufres, Michoacán. Mientras conducía un automóvil, acompañado de un antiguo alumno, ocurrió un accidente que lo llevó a chocar de frente contra un camión. Desgraciadamente, en el percance, ambos fallecieron. Era el 31 de agosto de 1969. Le sobrevivieron su madre, sus hermanos y sus sobrinos.

Un antiguo alumno del Hermano Rafael Chávez Huacuaja escribió lo siguiente:

> Tuve el gusto de conocer al Hermano Rafael Chávez Huacuja, un personaje afable de enorme estatura moral y un gran estudioso de las Ciencias Químicas, cuando yo era un inquieto joven estudiante de la preparatoria de la Universidad La Salle en los años 1965 y 1966.
>
> Aunque mi trato con el Hermano Chávez, a la sazón vicerrector y coordinador en jefe del grupo de *scouts* de la preparatoria era superficial, como el de todos sus alumnos cercanos, su poder de convocatoria era enorme, dado que era un conductor excelente que nos instaba a acudir a las reuniones que tenían lugar en un salón del extremo derecho del segundo piso, localizado en el bloque de salones de la propia preparatoria.
>
> En dicho espacio, el joven mayor de rango Akela, jefe de la manada de lobatos, era quien interaccionaba más con el Hermano Chávez para planear las excursiones de fin de semana a sitios bien conocidos y entiendo seguros para los lobatos como La Marquesa, Cruz Blanca en el Desierto de los Leones, en el sur de la Ciudad de México, y Los Azufres, en Michoacán, o bien para acudir a realizar actividades de natación al balneario El Bahía, en la calzada Ignacio Zaragoza al oriente de la Ciudad de México. En dicho centro, se fomentaba la natación, por lo que varios lobatos mayores y el propio Akela controlaban al grupo cercanamente vigilado por el Hermano Chávez, siempre atento a reprender conductas peligrosas. Llamaba a los infractores *gamberros* y señalaba: "Esto es una gamberrada que no debe volver a ocurrir", usaba, al decirlo, ese tono tan suyo de "un susurro seseando" en forma simpática. Nunca olvidado, muchos lo imitamos hasta la fecha, pero solíamos pensar que esto se daba debido a que el Hermano Chávez seguro era de origen español.
>
> El vicerrector de La Salle, jefe del grupo XXXVI de lobatos, era un personaje muy amable y en extremo respetuoso con sus alumnos, pero muy enérgico para señalar faltas. Recuerdo un pasaje de visita a Cruz Blanca, cuando al

construir un tablado varios lobatos soltaron sin aviso un pesado tronco de árbol de ocho metros de largo; al rebotar, lastimó al lobato que todavía lo sostenía en uno de los extremos, lo que resultó en un accidente, no grave, que claramente nos ilustró la preocupación del Hermano Chávez por la seguridad de sus alumnos.

Para sus alumnos, que gustosos lo acompañábamos en sus eventos y al que mucho respetábamos, acudir a la iglesia de San Felipe de Jesús a misa a las 7:00 am, para viajar después de la celebración al Bahía para nadar, era un fiestón de alegría, porque nos sentíamos muy seguros, protegidos y acompañados, pero más allá de ello porque era un hombre que tomaba en cuenta la opinión individual, o bien captaba el estado de ánimo de su grupo y trataba de aconsejarnos.

Por otro lado, nuestros padres se sentían confiados de que acudíamos a estas actividades bajo la tutela del Hermano Chávez, pero más aún, estimo, porque veían en él a un hombre sensato, digno y culto, que con toda responsabilidad conducía a sus grupos.

Si hoy en día las nuevas generaciones de alumnos me preguntaran qué me gustaba de La Salle y de sus maestros, respondería que conformaban ejemplos dignos de vida que muchos hemos tratado de emular y enseñamos a nuestros hijos con orgullo, pero sin darnos cuenta; nos ayudaban con la confianza necesaria y nos motivaban a ser mejores, a no cejar en el empeño.

Empero, por encima de lo anterior, demostraban altos estándares para la educación que nos transmitían; estoy seguro de que muchos lasallistas seguimos haciendo lo mejor que podemos en los escenarios de trabajo cotidiano, porque los valores conforman conceptos de vida perdurables.

VII

Guillermo Alba López, *fsc* (Andrés de Jesús)

(6/4/1922-16/9/1988)

Encarnación de Díaz, Jalisco y la familia Alba López

Los habitantes de los Altos de Jalisco, espigados y notablemente güeros, eran a inicios del siglo XX hábiles jinetes y charros afamados, agricultores afanosos y apegados a la religión, que encauzaba a muchos de sus habitantes al sacerdocio y a la vida religiosa.

En esa región, en la población de Encarnación de Díaz, también conocida como La Chona, nació Guillermo, el primogénito, el 6 de abril de 1922.[1] Nació en el seno de un hogar cristiano formado por el señor Leonardo Alba y la señora Catalina López, que se vio bendecido por seis hijos más. Dos de ellos se consagraron al Señor, una más fue religiosa de la Visitación y Guillermo lo hizo como Hermano lasallista. Su papá, al enviudar, volvió a casarse; de este nuevo matrimonio nacieron varios hijos más.

Ingreso con los Hermanos. Formación inicial y permanente

El Hermano Antonio María Lozano, encargado de reclutar vocaciones, visitó la población de Encarnación de Díaz, donde conoció a Guillermo, que cursaba su 5° año de primaria. Este se entusiasmó por la vocación de Hermano y pidió permiso a su familia para seguir este llamado, a lo que su familia accedió favorablemente.

---

1 Para conocer un poco más sobre la situación política y social de México en tiempos del biografiado, véase lo asentado en la biografía del Hermano Manuel Álvarez.

En pleno Cardenismo, el 18 de enero de 1936, el Hermano reclutador y Guillermo llegaron en ferrocarril a la Ciudad de México, de donde se dirigieron al noviciado menor de Tacubaya; ahí cursó su 6° año de primaria y comenzó la secundaria. El director era el Hermano José Valenzuela y, después, el Hermano José Elcoro (Bautista Emilio). Eran más de veinte novicios menores. Guillermo experimento durante esos tiempos sus primeros quebrantos en su salud. A lo largo de su vida mostró una complexión más bien frágil, que logró superar a base de gran esfuerzo y aplicación al ejercicio, con actividades como caminar.

Un Hermano escribió sobre el noviciado menor, en Tacubaya, lo siguiente:

> El noviciado menor era una casa enorme, o por lo menos a mí se me hizo. Tenía una gran cantidad de cuartos o habitaciones, un salón dedicado a Capilla, dos o tres salones de clase, por lo menos dos dormitorios, un salón grande o comedor, atrás del cual estaba la cocina, y la alacena o bodega para alimentos y seguro había otros cuartos más, salón de duchas y baños. Tenía una gran hortaliza, en la cual había una pileta que me pareció enorme, en la cual nos bañábamos y la mayoría de los novicios menores aprendimos a nadar.
>
> Había además del espacio grande de la hortaliza un patio de tierra donde teníamos una cancha de básquetbol y otro espacio para jugar, sobre todo, a la bandera, un juego de mucho movimiento. Teníamos además varios "espirobols", donde descargábamos nuestra fogosidad de adolescentes.
>
> De modo muy bien pensado y organizado, a los novicios menores nos hacían jugar y practicar los deportes más comunes: básquetbol, fútbol, vóleibol, béisbol, con las miras a que cuando fuéramos Hermanos, pudiésemos jugar y enseñar a nuestros futuros alumnos. Así nos lo decían los Hermanos encargados de los juegos, para animarnos a que los aprendiésemos bien.
>
> El Hermano tenía algo que era muy característico de él, que era su devoción a la Santísima Virgen, devoción que irradiaba en él y a su alrededor. De él oí hablar por primera vez de la esclavitud mariana; de sus labios oí la explicación de esta. Él me inició y me encaminó y también me preparó para que hiciese mi esclavitud mariana, es decir, mi entrega total a Jesús por medio de María; ir a Jesús por María, entregándome a ella, para que ella me entregue o me dé a Jesús, nuestro Divino Rey, como si fuese un instrumento de ellos, para que hagan de mí lo que deseen.
>
> El Hermano director me llevó a la sala donde estaban mis futuros compañeros. Después de presentarme y recibirme con un aplauso y muchas

> sonrisas, me entregó a quien iba a ser mi "angelito de la guarda"; supo introducirme y acompañarme muy bien en los primeros días de mi estancia en el noviciado menor.
>
> Otra cosa que no se me olvida del noviciado menor es la capilla que teníamos. Por haber encontrado un inspector no sé qué objeto religioso en el Colegio San Borja, el gobierno lo incautó a los Hermanos lasallistas en 1934 y lo convirtieron en un colegio para los hijos de los soldados. Después de cada misa, se guardaban o escondían todos los objetos sagrados en un sótano, para entrar en él había que remover una escalera de tres o cuatro escalones que estaban empotrados en un desnivel de un pasillo. Esa era la entrada al sótano, cada día se repetían esos movimientos (Pizarro García, s. f.).

Por las circunstancias difíciles que pasaba la educación católica, Guillermo fue enviado junto con sus compañeros de formación a Lafayette, Luisiana, en enero de 1938, con el fin de realizar su noviciado y comenzar el postulantado. En este tiempo, el noviciado mexicano estaba ubicado ahí y funcionaba junto con el noviciado estadounidense del Distrito de Santa Fe-Nueva Orleans. Con 16 años de edad, revistió el hábito de los Hermanos de las Escuelas Cristianas el 18 de mayo de 1938. Recibió el nombre de Hermano Andrés de Jesús. Entre sus compañeros estaba el Hermano Ignacio Navarro Castellanos. Meses antes había recibido el hábito el Hermano Gabriel Caballero Elizalde y meses después los Hermanos Ohannés Bulbulián, José Luis Casillas, Alfonso Cendejas y Fernando Servín. Su formador fue el eminente religioso, que había sido su reclutador, el Hermano Antonio María, futuro visitador (provincial) y asistente (consejero general) para América Latina (1946-1966), quien siempre lo apreció mucho y le tuvo la mayor de las confianzas. Desde novicio se observaba al Hermano Guillermo callado y reservado, con una visión clara y gran serenidad, que le fueron características toda su vida. Entre los novicios estadounidenses destacó el Hermano Leo Buckard, que, años después, fue maestro en el Instituto Regiomontano, rescató Parmenia, al sur Francia, y fue autor de una biografía novelada del Fundador *Un pilluelo de París*, que dio origen a la película el *Sr. de La Salle*. Al terminar su noviciado, el Hermano Guillermo emitió su primera profesión el 8 de diciembre de 1939.

Un Hermano escribe sobre el noviciado, en Lafayette, lo siguiente:

> En vista de los peligros que corría el noviciado en la calle de Amores, colonia del Valle, en el Distrito Federal, este se trasladó a Lafayette en los Estados Unidos, cerca de Nueva Orleans el 30 de abril de 1935.

Esta decisión del Consejo de Distrito de aquel entonces se extendió a los que íbamos a ser postulantes en noviembre de ese año. Los superiores nos pidieron a los novicios menores de 16 años que nos dispusiésemos a partir junto con los novicios. Tuvimos que pedir permiso a nuestros padres por ser menores de edad; a mí me lo dieron con facilidad. No recuerdo cuántos postulantes fuimos.

El director del noviciado era el Hermano Benildo Justino y uno de sus novicios era el Hermano Rafael Martínez. Este fue realmente el líder del grupo, él fue quien de verdad dirigía y también indicaba lo que teníamos que hacer. Todavía tengo fresca la despedida de México y de los parientes en la estación de Peralvillo, alegrías y tristezas se mezclaban.

Fue un típico viaje de jóvenes; muchos de nosotros estábamos estrenando un viaje largo en ferrocarril. El paso por los numerosos pueblos era una cosa muy folclórica al ver que en cada uno se vendían las cosas típicas de la región. Nuestra primera meta obtenida fue la ciudad de San Antonio, allí nos recibieron con los brazos abiertos los padres marianistas, quienes nos alojaron en uno de sus colegios y nos trataron a cuerpo de rey. Para mí fue una muestra de caridad cristiana. En el resto del viaje no hubo peripecias, a no ser la monotonía del paisaje que cada vez se hacía más plano; también notamos que el calor aumentaba más y más.

Después de tres días de haber dejado la Ciudad de México y estar medio molidos por el traqueteo del ferrocarril y con un calor espantoso, pues bajamos de 2400 m a casi al nivel del mar a unos cuantos metros que hay en Luisiana, llegamos a nuestro destino final: Lafayette, población en aquellos tiempos relativamente pequeña y a 20 km de la gran y hermosa ciudad de Nueva Orleans, que se encuentra en la desembocadura de uno de los ríos más largos del mundo: el Misisipi.

En la pequeña ciudad de Lafayette, Luisiana, los Hermanos del Distrito Santa Fe-Nueva Orleans tenían el noviciado y la casa de ancianos. Era una hermosa propiedad con hermosos jardines y grandes extensiones para tener sembradíos. La casa de ladrillos color rojo y con molduras y partes blancas era muy basta y tenía grandes y espaciosos salones, tanto para dormitorios como para salones de reunión. En el centro de ese edificio estaba la capilla donde diariamente teníamos la santa misa y rezábamos a diferentes horas el Oficio Divino y el Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Cupimos en el edificio 30 novicios estadounidenses y 25 o 30 novicios mexicanos.

Algo que nos extrañó de esa hermosa propiedad y de todo Luisiana es que no había piedras naturales de ahí. Todas las que se veían eran importadas de otros estados; tenía muchos caminos y veredas, pero toda la grava era importada.

La convivencia con los Hermanos novicios estadounidenses siempre fue muy cordial y fraternal. Toda nuestra ejecución y prácticas espirituales las hacíamos por separado. El único momento fuerte para convivir era el jueves por la tarde, cuando teníamos el paseo semanal en común. Era simpático ver cómo nos reuníamos y tratábamos de comunicarnos, pues ni ellos hablaban español ni nosotros inglés. En la práctica terminábamos separados. Algunos de los mexicanos sí aprovecharon esas tardes para aprender inglés. Otros preferían hablar en español pues era el único momento largo de la semana que se tenía para desahogarse hablando español, pues casi todo el tiempo del postulantado y el noviciado era en silencio, excepto unos momentos de recreación que teníamos después de la comida y la cena.

Una de las cosas que hacíamos esas tardes de los jueves era pasear en el río cercano a la propiedad para recoger zarzamoras silvestres. Los estadounidenses se molestaban con nosotros cuando estábamos pescando porque hablábamos mucho y decían que espantábamos a los peces. Muy discretamente se cambiaban de lago. Y con respecto a recoger zarzamoras, tuvimos algunos de nosotros una experiencia tremenda la primera vez que fuimos de recolecta: por poco agarramos una serpiente enorme y venenosa.

Mientras los Hermanos estadounidenses llenaban latas de esa fruta, nosotros apenas llenábamos la mitad de la lata, sea por estar conversando, sea por miedo o precaución a las víboras; pero siempre eran muy divertidos esos jueves por la tarde. Los domingos por la tarde eran otros ratos de esparcimiento: jugábamos futbol o tochito americano, que aprendimos a jugar allá.

Algo que no puedo olvidar de Lafayette era el calor tan tremendo que había. Para nosotros los mexicanos fue algo muy duro, había calor de día y de noche; sudábamos todo el día, tomábamos agua como camellos. Por la noche, apenas aguantábamos el pantalón del pijama y teníamos que cubrirnos con la sábana y ¡vaya noche! Las primeras semanas nos llenábamos de salpullido.

Ya novicios, teníamos que andar con hábito color negro. Con la sal del sudor se formaban manchas blanquecinas en las sotanas, que solo nos quitábamos para los trabajos que teníamos que hacer en el campo.

En el campo, en esos terrenos que a mí se me hacían inmensos, sembrábamos, según la temporada, papa, fresas y, lo más terrible, el quimbombo, que al recogerlo se nos pegaba como polen espinoso que picaba mucho; optamos

por recogerlo cubriéndonos las manos y los brazos con medias. Otra cosa que se sembraba era la berenjena.

La casa de los ancianos tenía un sótano muy grande donde se almacenaba lo recogido por nosotros. El trabajo que más nos costaba era el ir a los sótanos a sacar los tubérculos medio podridos.

Todo lo anterior era Lafayette y otras muchas cosas que seguro se me han olvidado. Era duro trabajar en el campo, pero nosotros lo añorábamos, pues en ese tiempo se podía hablar.

Iba a ser la toma de hábito y el cambio de nombre; más bien dicho, había que escoger el nombre de los santos patronos de uno como religioso. Así se acostumbraba antes del Concilio.

Del año de noviciado no tengo grandes recuerdos. La distribución del tiempo comprendía la oración de la mañana, comidas, rezo del oficio en dos momentos del día, conferencia dada o impartida por el Hermano director, estudio de la santa regla, clases de francés, momentos de recreo, trabajo en el campo varias veces a la semana. Paseos de todo el día si mal no recuerdo cada dos meses. Uno de esos paseos fue a Covington, donde había una escuela de Hermanos y otro a donde hacen el chile piquín, Nueva Iberia, si mal no recuerdo; otro fue a Nueva Orleans.

Otra cosa que recuerdo es que a mitad del tiempo de noviciado hubo cambio de Hermano director, el Hermano Benildo Justino fue cambiado por el Hermano Antonio María, mi padrino de toma de hábito. Creo yo, o por lo menos así lo sentí, que me regañaba o llamaba mucho la atención por cualquier cosa; me imagino que para que no fuesen a pensar que era su consentido.

A quien sí no puedo olvidar del noviciado es al Hermano Bernabé María. Él era el subdirector, ya grande, por cierto, tendría unos 68 años, pero dejó una huella imborrable en mí, tanto como religioso como ser humano. Era un Hermano prototipo del verdadero Hermano. En él encontré siempre el consejo sabio y práctico, el hombre de la sonrisa perenne, con los pies en la tierra, práctico y aterrizado. A él más que a mis dos directores le debo mi formación en el noviciado. Fue mi modelo y aliento (Pizarro García, s. f.).

El Hermano Guillermo pasó al escolasticado, en Las Vegas, Nuevo México. Estuvo el Hermano Guillermo bajo la dirección de un eminente formador, el Hermano Fernando Anzorena, recién doctorado en la UNAM; ahí comenzó los estudios para prepararse como maestro; pero poco tiempo después, nueve escolásticos regresaron a México, en enero de 1940, para continuar su pre-

paración. Se instalaron en Galicia núm. 8, en Mixcoac, donde él permaneció hasta el 3 de agosto de 1941, cuando fue enviado a comunidad.

El Hermano Guillermo hizo el bachillerato con especialidad en el área físico-matemática. En 1950 obtuvo el grado de maestro y en 1952 el de doctor en Geografía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ya como director del recién fundado Colegio La Salle, en León, Guanajuato. Años después, obtuvo el título de Pedagogía en la Normal Superior Benavente. También incrementó, entre 1965 y 1967, sus estudios religiosos con los cursos del Instituto Regina Mundi. Los concluyó, inclusive ya siendo rector. Dominaba suficientemente el idioma francés y parcialmente el inglés; tomó varios cursos de inglés, pero no tenía facilidad para los idiomas, carecía de habilidad verbal. Estuvo en Roma en el curso de perfeccionamiento espiritual lasallista, el segundo noviciado, de septiembre de 1962 a mayo de 1963. Pero lo más sobresaliente en él fue que, durante toda su vida, con una dedicación ejemplar, destinaba semanalmente horas a la lectura y la reflexión, lo que le proporcionaba densidad y hondura a su persona, según testimonio de varios Hermanos: era todo un ejemplo por seguir.

Emitió sus votos perpetuos a los 25 años de edad en la casa de formación de Tlalpan, el 11 de diciembre de 1947. Fueron precedidos de ejercicios espirituales de veinte días, en 1944, y de treinta días en 1946; había emitido votos trienales en 1944.

Primeros años de vida apostólica: maestro

Al terminar su formación, fue enviado, en agosto de 1941, a iniciar su labor educativa como profesor de primaria en el Colegio Ignacio Zaragoza, en Saltillo, Coahuila. Estuvo ahí por dos años. El Hermano Guillermo apreció mucho la sencillez y fraternidad que se vivía en comunidad. Fueron varios los directores, los Hermanos Andrés Treviño, Cesáreo Boillot y Pierre Lyonnet, entre ellos. Entre sus compañeros estaban los Hermanos Miguel Martínez, Javier Bordes, Rafael Pulido y Javier Bordes. El Hermano Pierre Lyonnet lo admiraba mucho, lo consideraba todo un jefe y guía.

A los Hermanos solía llamárseles por el francés *monsieur* (señor), costumbre que fue desapareciendo con el tiempo, pero el Hermano Guillermo la conservó para dirigirse a los Hermanos de manera invariable: "Oiga, *monsieur*".

En 1944 fue enviado a trabajar al Colegio Cristóbal Colón en Sadi Carnot, en la Ciudad de México, donde estuvo, al principio, como maestro de primaria y, pocos años después, como ayudante del inspector de primaria, encar-

gado de los grupos iniciales. Por las tardes y noches estudiaba en la UNAM, donde, como ya se ha dicho, estudió la maestría y el doctorado en Geografía. Desde que era joven y hasta una edad madura, subía volcanes (Popocatépetl, Iztaccíhuatl) y recorría ríos subterráneos (Chontalcoatlán y San Jerónimo) en compañía de los Hermanos de la comunidad. Las expediciones eran impulsadas por el Hermano director Pierre Lyonnet. Toda su vida recorrió a pie largos trechos para ejercitarse de manera continua, a pesar de su frágil salud.

Los superiores nombraron como primer director del Colegio La Salle en León, Guanajuato, al Hermano Guillermo Alba López el 4 de enero de 1952. El Hermano Pierre Lyonnet lo llevó personalmente manejando el automóvil a esa ciudad, en compañía del Hermano Juan Bulbulián. Lo dotó económicamente para las primeras semanas de la fundación. Su sólida formación humana, académica y su regularidad como Hermano fueron razones para que los superiores lo eligieran como director fundador en aquella ciudad, donde el Hermano Guillermo puso bases firmes y consistentes para el desarrollo de la gran obra lasallista. Ya en funciones como director, terminó su tesis doctoral, la presentó y llevó a cabo el examen en la UNAM.

Los Hermanos Agustín López Pacheco, Ricardo Preciado Arias y Enrique Canales fueron los primeros maestros de los grupos superiores, hasta quinto año. También había dos maestras encargadas de los iniciales. Los primeros meses, los Hermanos fueron atendidos por unas señoras, quienes les hacían la comida y lavan su ropa. Al referirse al Hermano Alba, lo llamaban "nuestro padrecito", porque vestía de negro y hablaba parsimoniosamente. De ahí surgió el mote que tuvo por varios años: el Padrecito.

Como director de comunidad, el Hermano Guillermo siempre estuvo atento a la buena marcha de esta, al crecimiento de cada Hermano y a su fidelidad a los ejercicios espirituales: oración, meditación, misa, lectura espiritual, rosario, así como la conferencia semanal. En la entrevista personal con cada Hermano, veía lo que este necesitaba y le advertía lo que había que corregir o mejorar. Cuidaba que cada semana se llevase a cabo el paseo comunitario, considerado por él como fuente de revitalización física y de renovación en la relación comunitaria, donde se limaban las asperezas de la vida diaria.

Por otra parte, uno de los rasgos más característicos y peculiares del Hermano Guillermo fue su excelente relación con las religiosas. A las misioneras guadalupanas de Cristo Rey, que atendían a los Hermanos en el Colegio Cristóbal Colón, de donde provenía el Hermano Alba, las invitó a trabajar en la

primaria del Colegio La Salle desde 1952. Fueron la base del profesorado y, a la vez, atendían el servicio de la comunidad de los Hermanos. Años más tarde igualmente apoyarían en la primaria de Américas.

Debido a las carencias, se pensó en un espacio para las instalaciones del Colegio. El Hermano Guillermo expuso la necesidad de comprar un terreno a los padres de familia. Se encontró uno en la colonia Andrade, se conformó un patronato para adquirirlo, que estuvo integrado por los señores Lorenzo Rodríguez (presidente), Felipe Martínez (tesorero), Luis Pons Ponce, Rubén Cabrera, Hilario Torres y Segismundo Vaqueiro, que trabajaron activamente en recolectar los fondos con los que financiaron el terreno. En cuanto a la construcción del edificio, hubo que recurrir a una hipoteca y buscar aportaciones de colegios hermanos. Entre las principales aportaciones estuvo, por supuesto, la del Hermano Pierre Lyonnet, siempre comprometido con la institución naciente y con su director. Se pensó reunir en el mismo espacio dos edificios, uno para primaria y otro para secundaria, comunicados por una rampa; los planos en conjunto fueron realizados por el arquitecto Gabriel Terrés.

El 15 de marzo de 1954, el Hermano Guillermo invitó a colocar la primera piedra del nuevo edificio del Colegio, en la colonia Andrade, al gobernador del estado, el licenciado José Aguilar y Maya, y al obispo, monseñor Manuel Martín del Campo, antiguos alumnos y compañeros del colegio lasallista de Morelia. Al principiar el curso, en febrero de 1955, los alumnos pudieron usar las nuevas aulas, aunque el nuevo edificio estaba aún sin terminar y en estado más bien precario, sin puertas, ni ventanas. Se bendijo, ya terminado, el 10 de mayo, Día de las Madres, del mismo año.

El alma de estos aciertos fue el director, el Hermano Guillermo, pero a un precio muy alto: el de su salud. En estos tres primeros años, la enfermedad lo llevó a hospitalizaciones y a dos operaciones quirúrgicas peligrosas del bazo. Inclusive, pasó algunas semanas en la casa de Tetela, en Cuernavaca, para reponer su salud. Su vigor se vio disminuido. Mostró, en adelante, cierta debilidad, así como tendencia al cansancio, al que se sobreponía gracias a su férrea voluntad y al habitual ejercicio. Fue necesario que, durante sus ausencias, los Hermanos Luciano y Antonino (José Manuel Rodríguez Stone) lo suplieran temporalmente en la dirección de la comunidad de los Hermanos y del Colegio.

El Colegio inició en 1952 con los cinco primeros grados de primaria; al año siguiente se abrió el sexto año. Cuando terminó esta generación, abrieron la secundaria en 1954. Esa misma generación abrió la preparatoria en 1957. Po-

cos años después, cada grado contó con grupos dobles, ya en las nuevas instalaciones de la colonia Andrade. Más tarde, hubo que acondicionar unos locales en un lote de más de mil metros cuadrados adjuntos al patio escolar.

Ante el crecimiento del alumnado y la incorporación de las nuevas secciones, se vio la necesidad de contar con un inspector que supervisara la buena marcha académica y disciplinaria del Colegio. Para ello, el Hermano Alba solicitó a los superiores a un Hermano del Colegio Benavente de Puebla. Ahí, el inspector, el Hermano José de Jesús Muñoz, dirigía la institución con disciplina y calidad académica; destacaba por la formación de los maestros y el buen trabajo de los cuadernos hizo escuela entre ellos.

El Hermano Roberto Flores Calva llegó a León para desempeñarse como inspector del Colegio en 1955 y permaneció en ese puesto hasta 1969. Organizó la institución en un ambiente de seriedad, trabajo y estudio, con lo que se logró la superación académica y un buen cuidado de los cuadernos, así como de las numerosas actividades: banda de guerra, deportes, por poner un par de ejemplos.

La institución participaba en los desfiles deportivos de León con motivo de los aniversarios de la Revolución mexicana. El Colegio sobresalía por sus carros deportivos, con tal lucimiento que la gente los conocía popularmente como "el circo Hermanos La Salle". Acudían alumnos que jugaban baloncesto, se echaban clavados, participaban en tablas gimnásticas, jugaban futbolito, entre otras actividades deportivas. Además de ser simpático, esto resultaba atractivo y hasta impactante.

Como agradecimiento, al señor obispo de León Manuel Martín del Campo Padilla, —antiguo alumno de Morelia, promotor de la fundación del colegio en la ciudad— se le concedió la afiliación al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en la víspera de la fiesta del fundador san Juan Bautista de La Salle el 14 de mayo de 1954.

Durante estos años, el Hermano Alba se mostró serio y prudente con los alumnos, y en buena relación y comunicación con los padres de familia, entre quienes suscitaba la participación y la colaboración. Con los Hermanos, se mostraba austero y estricto, lo que no dejaba de provocar sus diferencias. Por otra parte, tenía una discreta y continua dedicación a promover las vocaciones. Invitaba de manera acertada a los alumnos para que ingresaran como Hermanos, lo que suscitó, junto con la acción de todos los Hermanos de la comunidad, una gran cantidad de candidatos que entraron al noviciado menor.

Otros directorados. El segundo noviciado en Roma

En agosto de 1958, el Hermano Guillermo fue enviado para desempeñarse como director del Colegio Febres Cordero, en Guadalajara, Jalisco. El Colegio contaba con primaria, secundaria y aspirantado para jóvenes, que ingresaban para hacerse Hermanos. Su visión hizo que consiguiera unos terrenos con la finalidad de cambiar el colegio a otra zona de la ciudad o bien fundar uno nuevo, lo cual no se realizó, pues lo cambiaron al terminar 1959. El directorado fue más bien corto, poco más de un año; sin embargo, como le era habitual, invitó a las Hermanas lasallistas a que ayudaran en el servicio a la comunidad y al aspirantado.

El 1° de enero de 1960, el Hermano Alba volvió a tomar la dirección del Colegio La Salle, en León, que quedó incorporado al recién creado Distrito México-Sur. En 1961, dotó al plantel de una alberca semiolímpica con todos los adelantos modernos y adjuntó un pequeño gimnasio con aparatos para ejercicios físicos. Comenzó la fundación de una escuela gratuita en la colonia Américas, con la generosidad de la familia Lozano Padilla, aspecto muy bien visto por el Hermano Guillermo. Propuso al Hermano Ignacio Cárabez, quien ya era maestro de Biología en la secundaria, como primer director de la escuela.

Para festejar sus 25 años de haber recibido el hábito de los Hermanos (mayo de 1938), el Hermano asistente Antonio María Lozano invitó al Hermano Guillermo para que fuera al segundo noviciado, en Roma, Italia, de septiembre de 1962 a mayo de 1963, como tiempo de renovación espiritual y con miras a consolidarse como director de la comunidad de los Hermanos. El director del segundo noviciado era el eminente Hermano francés Clodoalde. El Hermano Guillermo estuvo muy agradecido con el Hermano asistente por este hecho y lo consideró todo un acto de delicadeza y gran deferencia hacia su persona.

Al terminar esta etapa de renovación, regresó a México, donde se le nombró director del Colegio Simón Bolívar, cargo que desempeñó entre 1963 y 1967. Para entonces, el Colegio contaba con una primaria en la calle Galicia, otra primaria en el Pedregal y la escuela gratuita Rosaura Zapata en San Ángel. Además, con ayuda de los padres de familia, fundó la primaria vespertina en las instalaciones de Galicia para personas de escasos recursos. Ante la demanda de más lugares, construyó nuevas instalaciones para los grupos superiores de primaria. Visitaba semanalmente cada primaria, hablaba con los directivos, saludaba a los maestros y atendía los asuntos administrati-

vos. Por las tardes, asistía a los cursos de formación religiosa en compañía de un Hermano, en el Instituto Regina Mundi.

Durante estos años se pensó en él para que fuera el Hermano visitador provincial del Distrito México-Sur. De hecho, se le estaba preparando y acompañaba frecuentemente al Hermano visitador Luis Lozano, pero, dadas las circunstancias, se vio conveniente dejar el proyecto. Sin embargo, gracias a sus habilidades administrativas, se le nombró ecónomo del Distrito, puesto que ocupó por varios años. Aprovechó para centralizar la economía y establecer el Consejo Económico.

Rector de la Universidad La Salle Ciudad de México (1967-1974)

Al Hermano Guillermo Alba, doctor en Geografía por la UNAM, se le nombró rector de la Universidad La Salle Ciudad de México a finales de septiembre de 1967. Fue el segundo rector de esta casa de estudios. Le tocó sustituir al rector fundador, un hombre de recia y dinámica personalidad, con gran arraigo y acierto, sustentado en gran parte por el conocimiento directo que tenía de alumnos, docentes y directivos.

El Hermano Alba recibió la Universidad con la escuela preparatoria y cuatro escuelas profesionales: Contaduría y Administración, Arquitectura, Ingeniería (con varias carreras) y Derecho. Durante su gestión, se fundaron nuevas carreras por iniciativa del Hermano asistente Rafael Martínez, como la carrera de Filosofía en 1968, a cargo de Tarsicio de J. Santiago López. Le sucedió en el cargo el Hermano Eduardo Almeida; finalmente, fueron los directores, el Hermano Fernando Anzorena y Franz Peter Oberarzbacher. En esta carrera comenzaron las materias de Humanidades para las licenciaturas. En 1971, se iniciaron los cursos de educadores de la fe de verano, y en 1973 comenzó a editarse la revista *Logos*, en la Escuela de Filosofía.

Los directivos de la UNAM propusieron a varias universidades que abrieran la carrera de Medicina y la Universidad La Salle aceptó. Después de varias consultas, el Hermano Guillermo Alba decidió fundar la Escuela de Medicina, que comenzó en marzo de 1970. Nombró como primer director al doctor Francisco Hernández Pérez, antiguo alumno del Instituto Francés de la Laguna, en Gómez Palacio, Durango. Esta es la carrera que más prestigio ha dado a la educación lasallista en México. Las carreras de Ingeniería Química y Químico Farmacéutico Biólogo nacieron en 1973, al principio, dependían de la Escuela de Ingeniería, bajo la dirección del ingeniero José Fernández Cangas y, como coordinadora, la doctora Araceli Sánchez de Corral.

Durante la gestión del Hermano Alba, se adquirió el primer sistema de cómputo para la Universidad; además, se dejó aprobada y diseñada la carrera de Ingeniería Cibernética, que comenzaría a funcionar poco después de que él dejó la Rectoría.

A principios de 1969, el Hermano Alfonso Aguilar Hernández, estudiante del doctorado en Planeación de Universidades en Estados Unidos, le escribió al Hermano Alba y le propuso que la Universidad La Salle contara con una Junta de Gobierno, aspecto fundamental y trascendente para una casa de estudios universitarios, al pasar de un gobierno personal a uno corporativo. El Hermano Guillermo aceptó que así se hiciera y desde 1970 se ha contado con dicho organismo. Igualmente, se propuso la existencia del Consejo Universitario. En vez de vicerrector, otorgó el nombramiento de secretario general, como en la UNAM, al ingeniero Bernardo Ardavín, y más adelante al ingeniero Javier Covarrubias. Por último, llevó a cabo la primera auditoría en la Universidad y creó el Departamento Administrativo para la buena marcha de la institución.

Durante su rectorado, en 1968, nació el movimiento de acción social, impulsado por el Hermano Eduardo Ayala. El movimiento tuvo grandes repercusiones en la formación social del alumnado, particularmente el de preparatoria. En 1972, inició sus tareas el Laboratorio de Idiomas y el Centro de Matemáticas, Computación y Sistemas, encargado de la adquisición de la primera computadora en la universidad. En 1973 se creó la Coordinación Académica y el Departamento de Formación Integral.

Junto con el Hermano Guillermo también llegó el Hermano Manuel Arróyave Ramírez, como director de la comunidad y de la preparatoria (1967-1969). Para mejorar su organización y calidad académica, se apoyó en los Hermanos, nombró Coordinadores por piso y titulares para los grupos, con lo que quedó consolidada, en adelante, la estructura de la Preparatoria en lo organizativo y en lo académico.

En cuanto a la infraestructura física, cuando llegó estaba en construcción el auditorio Adrián Gibert; sin embargo, pospuso concluirlo para iniciar, de inmediato, a finales de 1967, el edificio de escuelas profesionales, donde funcionarían las carreras que carecían de instalaciones. Una vez terminado este edificio, continuó con la construcción del auditorio hasta terminarlo. Su inauguración fue presidida por el cardenal Miguel Darío Miranda y Gómez en 1969. Por cierto, cada día, cuando iba a supervisar la construcción del edificio de escuelas profesionales bajaba a la capilla de preparatoria para hacer

un rato de oración, lo cual resultaba muy edificante. Adquirió los terrenos de Santa Lucía para la Universidad.

Cuando el Hermano Manuel Arróyave dejó la Universidad (1969), el rector Guillermo Alba tomó también la dirección de la comunidad hasta 1973. De acuerdo con su costumbre, aprovechó para invitar a las Hermanas lasallistas para que ayudaran en el servicio a la comunidad de los Hermanos.

El Hermano Alba tomó decisiones de gran trascendencia en la Universidad durante su rectorado que implican una fortaleza de ánimo y seguridad personal: inició la Junta de Gobierno y el Consejo Universitario, fundó la Escuela de Medicina, abrió otras carreras, comenzó con el primer sistema de cómputo y dejó planeada la carrera de Cibernética; construyó y terminó de construir nuevos edificios.

Un antiguo alumno escribió lo siguiente:

> Descubrí que tuvo muchos logros y ahora lo valoro y aprecio mucho más. De hecho, él fue mi rector en la Universidad La Salle (ULSA) los últimos años de mi carrera de ingeniero y el Hermano Álvarez fue mi rector en la preparatoria y en los primeros años de mi carrera. Cuando conocí al Hermano Alba me pareció muy serio y austero.

Además, como ecónomo del Distrito, debido a que lo presupuestado para la construcción de las nuevas instalaciones del Colegio Cristóbal Colón en Lomas Verdes rebasaba lo previsto, vio necesario apoyar económicamente este proyecto para evitar mayores complicaciones, a pesar de no ser comprendido y apoyado por todos.

Con el argumento de sentirse cansado, en 1974 pidió ser relevado como rector, con lo que evitó prolongarse en el puesto, en consonancia con su visión. Su sucesor fue el Hermano Francisco Leonel de Cervantes Lechuga, un hombre dinámico. Así, el Hermano Alba gozó durante un par de meses de una etapa de descanso en el norte de España.

Unos breves directorados

De vacaciones en el norte de España, el Hermano visitador se comunicó con el Hermano Guillermo y le pidió que regresara a México para dirigir la Casa de Formación del Escolasticado, donde estuvo del 27 de septiembre de 1974 a julio de 1975. Dicha casa de formación funcionaba en las mismas instalaciones del noviciado, en Santa Lucía, Ciudad de México, con siete esco-

lásticos. El Hermano Guillermo se dedicó en cuerpo y alma a su atención y formación, inclusive a animar los paseos. Una vez más, invitó a las Hermanas lasallistas para que ayudaran en el servicio de los novicios y escolásticos. Gracias a sus buenas relaciones, logró que la línea telefónica llegara hasta esta casa. En vacaciones, los escolásticos iban a estudiar a la Normal Superior Benavente, donde el Hermano Guillermo impartía clases en la carrera de Geografía.

En 1975 fue nombrado director del Colegio Simón Bolívar Pedregal y también ecónomo de la Conferencia de Superiores Mayores de Religiosos de México; en ambas instituciones era muy apreciado. Contó con la ayuda de un Hermano como coordinador general del Colegio. Estuvo a favor de que los Hermanos dejaran de vivir en las instalaciones del Colegio, en la calle Galicia, y pasaran a vivir en su actual casa, conocida como la Campana.

De nuevo en León: su segunda patria (1977-1988)

Los últimos 11 años de su vida los pasó en su querida ciudad de León, Guanajuato, su segunda patria, donde él era una especie de patriarca, muy apreciado por la sociedad, al grado de ser conocido como el benemérito de León. Durante estos años se le vio con buen ánimo, con mejor trato, más tacto, más flexible, con mayor apertura hacia los demás, con actitudes de más cercanía e, inclusive, con una mejor manera de vestir.

En 1977 fue nombrado director de comunidad y director general del Colegio La Salle, que contaba con las secciones que él dejó, pero en distintos campus: el preescolar y la primaria, en Andrade; la secundaria y bachillerato, en Panorama; y la primaria gratuita, en América. Cada semana visitaba las secciones. Veía los asuntos generales, acordaba con los directores, saludaba a los maestros y padres de familia, atendía los asuntos que se presentaban, en particular, los referentes al pago de colegiaturas con los padres de familia: becas, descuentos, atrasos en pagos, entre otros, dentro de una gran discreción.

En lo que respecta a la animación comunitaria, continuó con su fidelidad a la vida de oración diaria, a la misa, la reunión dominical, el paseo y la entrevista mensual, donde no dejaba de tener diferencias con los Hermanos; con los de más edad, que habían ocupado puestos de autoridad, mostraba gran prudencia, tales eran los casos de los Hermanos Luis Lozano y Manuel Álvarez.

Una colaboradora de ese tiempo escribió:

> Sobre el Hermano Guillermo Alba, el Hermano diez sobre diez, puedo empezar diciendo que fue el primer representante de la Institución con quien tuve contacto. No sabía en ese momento de la magnitud del personaje que estaba conociendo. Resultó que estaba enfrente del fundador del Colegio La Salle en León, ni más ni menos.
>
> Poco a poco fui descubriendo su carisma y notando que su presencia y conversación transmitían paz, tranquilidad y seguridad.
>
> Una mañana, en el Colegio La Salle Andrade y siendo el Hermano Alba director general, estaba yo sentada esperando que saliera uno de mis hijos del kínder, cuando apareció el Hermano en la recepción del Colegio. Me vio, me saludó y preguntó si ya me estaban atendiendo. Después, de repente, me invitó a participar como mamá catequista, algo que agradecí y pretexté que no tenía tiempo, ya que también tenía un bebé, a quien llevaba en una carriola. Dicho esto, el Hermano Alba me dijo: "No se preocupe, señora, yo se lo cuido mientras da clase". Me desarmó y empecé a colaborar con él, literalmente hasta su muerte.

La anterior anécdota demuestra la sencillez que lo caracterizaba. Era un hombre entregado a su misión, lo que se reflejaba cada día en la entrada de los niños a la escuela. Los recibía en la puerta, saludándolos de mano, y si por alguna razón alguno de los alumnos no quería entrar a clase o lloraba en la entrada, se lo llevaba a su oficina, lo calmaba, le daba dulces y lo convencía de entrar a su clase. Transmitía, como ya se ha dicho, tranquilidad y confianza.

Le encantaba organizar actividades como peregrinaciones al Cerro del Cubilete, al Santuario de Guadalupe, a campamentos a la sierra. Invitaba a los padres de familia a participar en diferentes actividades. Fomentaba realmente la unidad entre los diferentes grupos lasallistas de la comunidad.

Era un hombre de fe, de una gran fe. Confiaba plenamente en la Divina Providencia. Todo el tiempo decía: "Dios proveerá, no se preocupen, todo saldrá bien", y cuando salía bien, su expresión siempre era: "Diez sobre diez".

Una vez, en un viaje a la Ciudad de México que hacía acompañado por un padre de familia, se quedó sin gasolina. No había gasolineras cercanas. El padre de familia caminó hacia lo que parecía una fábrica y el Hermano Guillermo caminó en sentido opuesto, buscando gasolina. El padre de familia venía de regreso, frustrado por no conseguir el combustible, cuando vio a lo lejos

al Herman Guillermo, que caminaba hacia el carro con un bote de gasolina. Solo dijo: "Me encontré a unas personas y me regalaron este bote. La Divina Providencia nunca nos deja". Hasta la fecha, este padre de familia está impresionado, nunca vio a nadie y ningún lugar donde pudiera haber conseguido la gasolina.

El Hermano Alba también tenía fe en las personas. Sabía dirigir con una confianza plena en quienes delegaba responsabilidades. Todos los que trabajaron con él lo hacían con entusiasmo.

En 1984, congruente con su visión, pidió que lo quitaran la Dirección General del Colegio y se convirtió en director de la primaria de la colonia Andrade. Aquí, durante las primeras horas de la mañana, pasaba diariamente a varios grupos a impartir la reflexión; supervisaba a los maestros y a los alumnos y acordaba con los coordinadores. Un día por la tarde acompañaba el entrenamiento de un equipo de béisbol de los niños.

En su tercera estancia en esta ciudad, su gran prestigio como religioso, maestro y directivo le permitió la creación de las Federación de Escuelas Particulares del Estado de Guanajuato, de la que fue su presidente. La institución ha tenido gran influencia en el campo educativo de ese estado. Además, realizó una gran labor en favor de la educación y en la asesoría a muchas religiosas que requerían su consejo y guía, pues lo apreciaban mucho. Dado su habitual compromiso, aprovechó para impartir clases en el Colegio de las Hermanas Guadalupanas de La Salle, en el Colegio La Salle, ubicado en la colonia Peñitas.

El final

El 15 de septiembre de 1988 fue a la Ciudad de México como representante de su Federación de Escuelas Particulares a una reunión nacional de la Confederación Nacional de Escuelas Particulares. Por la tarde del día siguiente, después de visitar a pie al Hermano Rafael Pulido, quien estaba enfermo, y a las Hermanas guadalupanas de La Salle, en calle Murcia, llegó a la Casa Central de los Hermanos. Una vez ahí, fue al piso superior, donde estaba la sala de televisión para descansar un poco, pues se sentía fatigado. En aquel lugar se encontró con el Señor, a quién había entregado toda su vida como siervo fiel y prudente. Murió a los 66 años de edad y tras 50 años de haber recibido el hábito de los Hermanos.

De la ciudad de León solicitaron sus restos para inhumarlo ahí, donde le manifestarían su agradecimiento por tantos años de labor educativa. Así se

hizo. Sus restos mortales se trasladaron a esa ciudad. Fueron conmovedores los testimonios sobre su persona y la gran cantidad de personas que lo acompañaron tanto en la misa de exequias en la catedral —celebrada por el señor obispo Anselmo Zarza y Bernal— como en el cementerio. El señor obispo expresó en la homilía de cuerpo presente que el Hermano Guillermo "era su brazo derecho". También asistieron varios colegios de religiosas con sus alumnos.

El día que murió fue un golpe tremendo para la comunidad lasallista. Murió en la Ciudad de México, el 16 de septiembre de 1988. Toda la ciudad de León se volcó para acompañarlo en su último paso por esta ciudad. Fue impresionante la misa de cuerpo presente en la catedral: la gente llenaba la iglesia, el atrio y las calles de Pedro Moreno e Hidalgo. El aplauso dentro del recinto fue de tal magnitud que aún se escucha en los oídos de quienes fueron testigos. El cortejo fúnebre también fue impresionante, el frente de la caravana de autos llegaba al panteón, cuando todavía estaban saliendo automóviles de la catedral.

Su carisma permeó a muchas generaciones de alumnos, a la comunidad lasallista y a la ciudad de León, como pocas personas lo han hecho en esta ciudad. Se han hecho reconocimientos a su vida ejemplar, se han nombrado auditorios con su honor y creado fundaciones en su nombre, en beneficio de la educación.

Últimas reflexiones

Fue un religioso de profundas convicciones, a quien lo caracterizó una forma de ser tranquila, serena y reflexiva. Nunca se le vio buscar su propio prestigio ni la alabanza de los demás. Tuvo una vida exigente para consigo mismo, austera, apostólica. Mostró una gran caridad hacia los demás y tuvo logros importantes en el servicio de la educación. Fue, en este sentido, un fiel discípulo de San Juan Bautista de La Salle.

Su norma de sencillez y de humildad autoimpuesta no le impidió realizar grandes empresas. Muy al contrario, actuaba con mayor confianza en el poder de Dios que en sus propias capacidades, convencido de la bondad y de la urgencia de la causa de la educación. Así lo muestra la pujante obra lasallista en León, Guanajuato, de la que fue su fundador y director a partir de enero de 1952 y, posteriormente, pilar y animador. En ese mismo sentido, puede hablarse de la Universidad La Salle Ciudad de México, donde logró consolidar, mediante su modo de ser austero y su personalidad seria y trabajadora,

sólidas bases para el desarrollo de la organización y del espíritu de esa casa de estudios superiores.

Sus logros en la Federación de Escuelas Particulares en el ámbito local de León, el estatal de Guanajuato y en el país hablan de un hombre profundamente comprometido con su patria, de un cristiano con gran sentido de Iglesia, de un lasallista creativo y abnegadamente dedicado por vocación a la causa de la educación cristiana.

Sobresalió su capacidad de relación, con los padres de familia, con los maestros, con las autoridades gubernamentales y eclesiales (párrocos, obispos y delegados apostólicos); cultivó siempre esta cualidad con esmero y cuidado. Abnegado y discreto en todo momento y con todos.

Buscó que los directorados o puestos que ocupó no se prolongaran más tiempo de lo debido, pues estaba convencido de que un director va generando compromisos con sus subalternos que le quitan libertad, por lo cual es conveniente que sea removido para acabar con esos compromisos.

Fuentes consultadas

Pizarro García, E. (s. f.). *Memorias de un viejo instrumento a los 90 años.* http://delasallealumni.org/biografias/2018-8-13-HNO-ENRIQUE-PIZARRO-GARCIA-(BERCHMANS-PABLO)-1919-2018.pdf

VIII

Manuel René Arróyave Ramírez, *fsc*
(Bautista Lorenzo)

(23/10/1925-18/11/2020)

Se presenta a continuación el discurso, en primera persona, que pronunció el Hermano Manuel Arróyave, el domingo 11 de octubre de 2015, en la celebración de su cumpleaños 90. A lo largo del texto, se introducen notas al pie que añaden información y contexto a sus relatos.

Estimados Hermanos visitadores Martín Rocha y Pedro Orbezua, estimado padre Walter, estimados lasallistas Hermanos y Hermanas de congregación, queridos hermanos de sangre, aquí presentes: Martha, María del Socorro, José Luis y sobrinos; estimados amigos representantes de miles de exalumnos en los cuales algo de mi vida he dejado.

Me complace su presencia y hasta me apena que vengan a celebrar los 90 años de mi vida y, sobre todo, acompañarme a dar gracias al Señor Dios por su paciencia para conmigo. Cada vez que cumplo años, sobre todo en las decenas ante el Santísimo, recorro mi vida y me espanto y admiro de cómo el Señor Dios me ha ayudado y protegido.[1]

[1] El mismo Hermano Manuel preparó el festejo: misa, comida, invitados para facilitar todo y evitar molestar a los Hermanos que estaban muy ocupados.

Familia y primeros estudios

En efecto, nací en Tacubaya[2] y fui bautizado en la iglesia de San Miguel Chapultepec,[3] pero como a los dos años de vida, a mi padre, empleado del gobierno, lo cambiaron a la delegación Tlalpan y allá tuvo que llevar a la numerosa familia Arróyave Ramírez.[4]

En la familia de mi padre,[5] muy católica, había dos hermanas monjas carmelitas y otras dos hermanas solteras que cuidaban y acudían a ese convento en Observatorio núm. 111, exactamente donde hoy pasa el Periférico. Este mismo convento hoy día se encuentra en la colonia San Pedro Mártir en Tlalpan.

Esas tías monjas carmelitas y sus capellanes, cuando me veían, decían: "Manuel, tú vas a ser padre carmelita". Y yo siempre contestaba: "Yo no quiero ser padre". Recuerdo que una vez, un padre carmelita me llevó a Toluca para que conociera su seminario, al salir me preguntó, si deseaba yo ser como esos seminaristas. Y yo respondí: "Yo no quiero ser padre".

Como de niño viví en tiempos de Lázaro Cárdenas, que cerró y se apoderó de todos los colegios católicos y estableció la educación socialista, mi padre, como empleado de gobierno, fue obligado a meternos a la escuela oficial de Tlalpan. Allí fue un gran desorden: entrada a clase entre las 8:00 y las 8:30 am; a las 11:00 am nos enviaban a cultivar y cuidar la parcela de tierra que la escuela tenía como a 500 o 600 metros de distancia. Como nos mandaban solos, la mayor parte de los días no íbamos a la parcela, nos íbamos de pinta con toda una pandilla capitaneada por mi hermano Ángel y otro muchacho mayor. Fueron dos años, 3º y 4º de primaria, donde no aprendimos nada, ni siquiera agricultura, pero mucho acepté lo que se aprende en la pandilla.

A Ángel y a mí, nuestro padre nos sacó de la escuela oficial de Tlalpan y nos envió a Tacubaya, al convento de los carmelitas, quienes ya habían conseguido nuestra entrada a los grupos escondidos que los Hermanos tenían en varias casas prestadas o alquiladas donde impartían disfrazados de obreros el apostolado de la educación cristiana. Allí cursamos el 5º de prima-

---

2 En la actualidad la propiedad es parte de los edificios de la Universidad La Salle, en la calle Francisco Murguía, colonia Condesa.

3 Hizo la primera comunión ya en Tlalpan. Como el culto estaba suspendido, la realizó en una casa particular de la calle Congreso, perteneciente a la señora Loretito Silva de Pérez.

4 Ya en Tlalpan alquilaron casas para vivir en las calles Congreso y Triunfo de la Libertad. Pertenecían a la familia Hurtado Olín.

5 Su abuelo era vasco. Tenía una hacienda en Chalco, que perdió durante la Revolución mexicana.

ria en la calle Versalles, edificio Toledo. Mi maestro fue el Hermano Alfonso Aguilar Hernández, recién salido del escolasticado.[6]

Al iniciar el curso escolar de 1938, ya encontramos en Lucerna núm. 27 un gran letrero que decía: "Colegio Simón Bolívar, incorporado a la SEP". En esta misma fecha, nació igualmente el Colegio Cristóbal Colón con todas sus secciones en la calle Sadi Carnot, colonia San Rafael, cerca del Monumento a la Revolución.

En el Colegio Simón Bolívar en la calle Lucerna, los directivos fueron los Hermanos Emilio Reversat y el llamado Papi Campos,[7] que reiniciaron e hicieron ya pública su labor educativa, con dos salones por grado de primaria; los maestros eran Hermanos, religiosas franciscanas y maestros seglares. Cursé el 6º de primaria y mi titular de 6º B fue el Hermano Rafael Chávez, muy buen maestro, exigente, pero apreciado por todos.

Recuerdo que cerca de finalizar el curso, en noviembre de 1938, un día en el recreo, el Hermano Chávez me dijo: "Manuel, ¿te gustaría ser Hermano lasallista?". Y yo, de inmediato, dije: "Sí". Esa fue la semilla de la vocación de "Hermano" que Dios puso en mi camino, invitándome a seguirlo y se sirvió para ello de cualquier medio o persona para llamarme.

Ingreso con los Hermanos y formación

Con la guía del Hermano Luis Lozano (reclutador), el 3 de enero 1939, entré al llamado noviciado menor (hoy llamado *aspirantado*), que se encontraba en Tacubaya, en la Av. Observatorio núm. 80, para cursar la secundaria.[8] Allí fui feliz, pues ese aspirantado, cuyo director era el Hermano José Elcoro, estaba organizado al estilo *scouts*, con patrullas, pistas, excursiones, concursos; todo era actividad.

El noviciado menor desde 1928 cobijaba providencialmente este semillero espiritual con el nombre oficial de Internado Zaragoza. En él se enseñaban comercio e idiomas.

Su historia es prácticamente "sin historias". O son tan ordinarias y sencillas como en todos los centros de estudios: trabajo, lucha para superarse y para conseguir un ideal modelador de toda una vida, para llegar a ser un educador de espíritu y forjador de almas.

---

6 También llamados *grupos clandestinos*.

7 Director e inspector, respectivamente. El Papi Campos era el Hermano Ángel Campuzano Soriano.

8 Su ángel de la guarda (el novicio menor que acompañaba al recién llegado) fue precisamente César Rangel.

Recuerdo que, en esos primeros días de enero (1939), los Hermanos del aspirantado tenían la promesa de los superiores, de que, cuando los novicios menores llegaran a 40, irían de paseo al Nevado de Toluca. Rodolfo Mendoza fue el 38; yo, el 39; y Juan Bulbulián, el 40;[9] en ese mismo mes, nos llevaron al Nevado de Toluca, en un gran autobús prestado por el Colegio Cristóbal Colón.

En el noviciado menor de Tacubaya cursamos la secundaria entre 1939 y 1941, aunque nuestros registros oficiales se llevaban en el Colegio Cristóbal Colón. El director del aspirantado era el Hermano José Elcoro (Bautista Emilio), magnífica persona, buen religioso y muy buen maestro. Teníamos, además, otros Hermanos que también ayudaban en nuestra formación: Víctor Bertrand, José de Jesús Muñoz, Gérard Vacher, Alfonso Sanabria, José González (que después se hizo sacerdote), Larrauri M., Javier Velázquez (Bautista Alfonso). Todos eran muy buenos maestros.

En esos tres años fuimos entre 40 y 50 aspirantes. Entre los principales y más conocidos estaban los hermanos Pablo, Raymundo y Humberto Cantú; Salvador y Chema Navarro; los hermanos Renero, de Puebla; Leoncio y Humberto Monjarás; César Rangel; Gilberto Martínez; Antonio Carrillo; los hermanos Miguel y Luis López; José Luis Casillas, Pedro Yeo y Alfonso Cendejas; estos tres últimos eran dos o tres años mayores que los demás.

La educación que se nos dio esos años fue muy buena, pues junto con la formación religiosa nos impartieron todas las materias del programa oficial, además clases de cortesía y mucho deporte: fútbol, basquetbol y béisbol. El aspirantado estaba organizado tipo *scout*: con patrullas, pistas, campamentos, especialidades, formación de jefes, pero, sobre todo, con amor al trabajo y al servicio de los demás.

En el ámbito académico se distinguían, de forma patente, Rodolfo Mendoza, Leoncio Monjarás y Miguel López. Un día a la semana teníamos educación musical. Se aprendía piano, armonio, violín o guitarra y a otros que no servíamos para la música nos mandaban a trabajo manual al jardín.[10]

En el mes de noviembre de 1941, terminando el 3º de secundaria, con nuestras pocas cosas, Rodolfo Mendoza, Pablo Cantú, Gilberto Martínez, Benjamín Rojas y yo fuimos enviados a la casa vecina, más pequeña que el

---

9 Los tres fallecieron siendo Hermanos, con más de 90 años.

10 Un día, al salir de la casa, pasó frente a los soldados, que le dijeron que era padre, pero Manuel les alegó que él no era padre; como se distrajo, se cayó en un hoyo, a lo que los soldados le dijeron: "Dios te castigó por mentiroso".

aspirantado, para hacer dos meses de postulantado, correspondientes a todo diciembre de 1941 y enero de 1942.

En esa casa vecina al noviciado menor, se encontraba el noviciado cuyo director era el Hermano Antonio María Lozano y el subdirector eran el Hermano Víctor Bertrand. Estar ahí implicaba un gran encierro durante 12 meses. Iniciamos nuestro noviciado con la toma de hábito, donde se nos ponía el nombre religioso. El mío: Hermano Bautista Lorenzo.[11]

El noviciado, por el encierro,[12] su organización y, sobre todo, por mis propias dudas vocacionales, se me hizo terrible. Con mucha oración y horas de reflexión personal, mucho, pero mucho, me costó emitir los primeros votos y volver a decir *sí*.[13] Muchas veces y en los años de formación, ese *sí* dado a la pregunta del Hermano Chávez me hizo pensar, ¿por qué tan rápido respondí a la pregunta del Hermano Chávez y dije: "Sí", si a las tías monjas y a los padres carmelitas siempre les dije: "Yo no quiero ser padre"? ¿Por qué a mí el Hermano Chávez me hizo esta pregunta, si yo no era de los más aplicados ni de los mejor portados, si yo no era nada inocente y mucho negativo había yo aprendido en la escuela oficial y en la pandilla de Tlalpan? Pero la única respuesta que el Espíritu Santo me inspiraba era: Dios escoge y llama al que Él quiere.

Los últimos días de enero de 1943, fue la ceremonia de los primeros votos.[14] Cuatro novicios hicimos este primer compromiso religioso. Al día siguiente, con nuestras pocas prendas, fuimos al escolasticado, que se encontraba en una hermosa finca, la Quinta los Olivos, ubicada en la Av. Hidalgo núm. 48, en Coyoacán, adquirida por el Hermano visitador auxiliar Netelmo.

En el escolasticado, iniciamos los estudios de la normal el 2 de febrero de 1943. El director tanto del escolasticado como de la normal era el Hermano Fernando Anzorena Padilla. Y como subdirector estaba el Hermano Miguel Martínez Cervantes. Allí nos reunimos con cuatro o cinco Hermanos escolásticos que ya habían cursado el primer año de la normal.[15]

---

11 El nombre religioso llevaba el recuerdo de un Hermano fallecido años atrás. A lo largo de los años se le conoció como Sr. Arróyave, don Manuel, Hermano Manuel e, inclusive, como "güero".

12 La casa era muy pequeña, sin huerta, jardín o patio; y poco soleada, lo que acentuaba "el encierro", con excepción del paseo del jueves.

13 Eran tales sus dudas, que estando a solas en la Capilla, escribió en un papelito de un lado "sí" y del otro "no", lo echó al aire y cayó "sí", siguió adelante.

14 Los votos perpetuos los emitió el 20 de diciembre de 1950.

15 Entre ellos los Hermanos César Rangel, José Luis Casillas, Alfonso Cendejas y Fernando Servín.

La escuela normal ya gozaba del reconocimiento de validez de estudio con el nombre Escuela Normal de la Federación de Escuelas Particulares, cuyo director ante la Secretaría de Educación Pública (SEP) fue el Hermano Fernando Anzorena Padilla, quien logró este reconocimiento admirable por ser la primera normal particular en el país. Esta normal tenía como base académica anterior los estudios de secundaria y, en tres años de estudio, se obtenía el título de profesor de Educación Primaria.

Nuestra generación, entre los años 1943 y 1945, estaba formada por los Hermanos Rodolfo Mendoza, Pablo y Raymundo Cantú, Fermín González, José Manuel Moreno, Benjamín Rojas, algunos compañeros más y yo.

La Escuela Normal F. E. P. (después Escuela Normal Cristóbal Colón) se encontraba en el Colegio Cristóbal Colón, ubicado en la calle Sadi Carnot. Los escolásticos, todos los días, de lunes a viernes, en autobús propio, manejado por el Hermano Miguel Martínez, íbamos al Colegio Cristóbal Colón para cursar allí la carrera de maestro de primaria. En el trayecto, estudiábamos el catecismo del Instituto.

Los maestros que tuvimos eran profesionales de calidad, por ejemplo, Gutiérrez Hermosillo, Montes de Oca, Lorenzo Cossío. A partir del segundo año de normal, nos enviaban a practicar a un grupo primaria del Colegio Cristóbal Colón, donde durante todo el año impartíamos una materia.

Maestro en el Colegio Benavente

Al terminar la normal, el Hermano visitador me envió a Puebla, al Colegio Benavente, y gracias a Dios ese lugar también fue mi salvación, porque en esa comunidad se trabajaba mucho, pues sin descuidar las obligaciones religiosas, uno era maestro, titular de grupo en primaria,[16] luego en secundaria,[17] lleno de horas de clase, ayudante auxiliar en un grupo de internos,[18] encargado de los deportes,[19] al mismo tiempo y estudiando la normal superior en

16 Como llegó muy jovencito y era de pequeña estatura, alguna mamá lo confundió con un alumno y le preguntó: "¿Dónde está el maestro?", a lo que respondió: "El maestro soy yo".

17 Durante estos años elaboró la ficha personal de cada alumno, donde anotaba lo que observaba de estos; la conservó a lo largo de su vida. Logró varias vocaciones de mucha calidad para los Hermanos.

18 Durante estos años, el Hermano Manuel estuvo al frente de una sección del internado. De vez en cuando, para distender el ambiente, facilitaba guerra de almohadazos; una vez, el director los sorprendió, con la consabida reprimenda.

19 Al mismo tiempo, era encargado de una sección de internos y atendía los deportes, pero advirtió que no era posible atender los dos ámbitos. Lo expuso al Hermano director, que vio mejor que se encargase solo de los deportes.

las noches.[20] Durante un año, una vez por semana, junto con otro Hermano, íbamos a la zona militar a dar clase de matemáticas o español y, sobre todo, de valores, a los soldados. Allí, el general Cancino, jefe de la zona militar, nos graduó de teniente, al Hermano Antonio Galindo, y a un servidor de subteniente. Bendito sea dios, que, con su gracia, ya no había tiempo para dudar, con la ayuda de su Madre Santísima, el amor a la misión de educador fue creciendo, y la vocación de Hermano lasallista educador de por vida fue afianzándose en mí.[21]

En la escuela Cristóbal Colón en la Villa [22]

A los diez años de estar en el Benavente,[23] en enero de 1956, fui enviado a la Escuela Cristóbal Colón en la comunidad de la Villa. Viví en plena Basílica, encargado de la naciente secundaria de esa escuela.[24] Fui ayudante del Colegio de Infantes de la Basílica. Qué mejor lugar para vivir que junto a la Guadalupana y trabajar para su servicio.[25]

En la Escuela Cristóbal Colón de la Villa, primero el Señor, la Virgencita de Guadalupe, y apoyado por unos entusiastas Hermanos, una sociedad de

---

20 Estudió la normal superior con especialidad en Matemáticas en la normal superior del estado de Coahuila, en Saltillo, entre 1950 y 1954. Estudiaba en modalidad intensiva en vacaciones y con paquetes a responder durante el año.

21 De todas las dimensiones de su vocación de Hermano, la que más apreció, desarrolló y ejerció con maestría fue la de ser maestro.

22 El Hermano Manuel estuvo durante once o doce cursos escolares en la Escuela Cristóbal Colón, con gente más bien sencilla, con gran sentido de superación. Pueden identificarse cuatro etapas: la primera, como director de secundaria e inspector general del colegio (1956-1959); la segunda, como director general de la institución (1960-1963); la tercera, su estancia en Roma (1963-1964); y, finalmente, la cuarta, nuevamente como director general en la construcción de la secundaria (1964-1967). Tenía un carácter muy humano: una madre de familia quedó viuda, sin recursos, y la mandó llamar, prometiéndole que se le iba ayudar para sacar adelante a sus hijos.

23 Varios factores se conjugaron para el cambio. El Hermano Manuel expuso al Hermano visitador que sería bueno un cambio, pues llevaba diez años en la misma obra y veía conveniente conocer otros lugares. Por otra parte, el Hermano Francisco Alva, recién nombrado director de la Escuela Cristóbal Colón, solicitó al Hermano asistente que le enviara al Hermano Manuel Arróyave como director de la recién abierta secundaria y como inspector general de la escuela. Había vivido con él en 1948, cuando estuvo como maestro en el Colegio Benavente y lo admiraba por sus cualidades humanas, pedagógicas y religiosas.

24 El Hermano director Ignacio Tapia fundó la secundaria en 1955. Aparte de director de la secundaria e inspector general de la escuela, daba las clases de Matemáticas, Historia y Moral.

25 Una vez el Hermano Francisco y yo, ya noche, al terminar una junta con padres de familia, llegamos a la comunidad. Como cena había unos tacos fríos y eso fue lo que cenamos. Al poco, al Hermano Francisco le dolía el estómago y musitaba: "¡Por las almas!, ¡por las almas!"; y le respondí: "¡Por los tacos!".

padres de familia muy activa y subvencionada por la Basílica, en planteles propiedad de la misma Basílica, la escuela creció enormemente, tanto en número de alumnos como en organización lasallista.[26]

En 1960,[27] la sección secundaria de la Escuela Cristóbal Colón fue amenazada con retirarle la incorporación, pues el edificio que ocupaba, ubicado en la esquina de Av. Misterios y calle Ricarte, no cumplía con las exigencias mínimas de salud, seguridad y académicas que exigía la SEP, por lo que hubo necesidad de buscar un terreno para construir la sección secundaria.

Mientras era director de la Escuela el Hermano Francisco Alva Barriga,[28] se adquirió un terreno de cinco hectáreas llamado El Ranchito en el rancho la Escalera Ticomán. Por intercesión de San José, se compró a buen precio el actual terreno que ocupa la Escuela para sus secciones de secundaria y preparatoria.

En 1960, los superiores dividieron el Distrito en dos provincias: México Norte y México Sur. La correspondiente ceremonia de división se inició con una misa en la Basílica de Guadalupe y, enseguida, en la misma Escuela Cristóbal Colón, el Hermano Antonio María, asistente, leyó el reparto del personal. Al Hermano Francisco Alva lo enviaron a México Norte (Saltillo). Un servidor quedó en la misma comunidad de la Villa, como director, tanto de la comunidad como de la Escuela y del Colegio de Infantes.

De regreso en la Escuela Cristóbal Colón y construcción de la secundaria

A partir de 1964, nuevamente en la Escuela Cristóbal Colón, con el apoyo de Hermanos, padres de familia, maestros, empleados y alumnos, nos lanzamos a conseguir medios económicos para construir en El Ranchito la secundaria

---

26 Una organización académica estudiada y seguida con constancia dio excelentes resultados. Dan fe de ello los resultados en concursos oficiales, cuyos primeros lugares fueron dados a la escuela. Las crónicas, en efecto, citan: primer lugar en 1957 otorgado a J. A. Leng en el concurso nacional Carta a las Madres y primer lugar en 1958 en el concurso nacional a la Madre.

27 La década de los 60 fue una época de cambios y realizaciones mundiales. Tuvo lugar "el desarrollismo", caracterizado por momentos trascendentales para la ciencia, como el primer trasplante de corazón y la llegada del hombre a la luna, entre otras. Hubo cambios sociales y se inician protestas, como la encabezada por Martin Luther King y el movimiento del 68. Asimismo, se dieron cambios en la Iglesia derivados del Concilio Vaticano II (1962-1965). En el Instituto de los Hermanos, la aplicación de la renovación pedida por el Concilio provocó esperanzas e inestabilidades.

28 El Hermano Francisco Alva, director entre 1955 y 1959, durante los años que vivió con el Hermano Manuel Arróyave, le pedía que le ayudara como chofer.

de la escuela. Para lograr esto, se organizaron campañas, como la del metro cuadrado, la del papel periódico, del fierro viejo, kermeses, matinés, dos rifas de automóviles, rifas que, por no tener autorización de gobernación, el presidente de la Asociación de Padres de Familia, el tesorero y yo, fuimos citados y detenidos en el edificio de Gobernación en Bucareli, y después de 36 horas tuvimos que entregar todo el dinero obtenido en las rifas. Después de un mes, con la ayuda de la Guadalupana y de la esposa del presidente Díaz Ordaz, la señora Guadalupe Borja de Díaz Ordaz,[29] nos devolvieron el dinero y se efectuaron las rifas, pues se comprobó que todas las ganancias de las rifas eran para la construcción de la secundaria en Ticomán. Puedo asegurar que esta Escuela fue construida por toda la comunidad educativa.[30]

La construcción de la secundaria, en su primera etapa, incluyó un edificio con 12 salones de clase, otro edificio de talleres y laboratorios, además de baños, patio asfaltado con seis canchas de basquetbol y seis de volibol, un estrado y grandes astas para las banderas. El edificio fue inaugurado el 27 de septiembre de 1967 por el abad de la Basílica Guillermo Schulenburg y el Hermano visitador Juan del Castillo. A partir de esa fecha, el alumnado de la secundaria llegó utilizando los camiones públicos que pasaban por el otro lado del río, por un autobús de la escuela y muchos alumnos felices llegaban en bicicleta. La primaria y sus tres secciones siguieron laborando en la calle Ricarte núm. 32 y en dos planteles más en casas antiguas, propiedad de la Basílica, en Av. Misterios, muy cerca de la Basílica.[31]

Al frente de la Escuela Preparatoria de la Universidad La Salle: atinada labor directiva

En esos mismos días de septiembre 1967, los Hermanos Rafael Martínez (asistente) y Juan de Castillo (visitador), me indicaron que me presentara a la Uni-

---

29 Ante el contratiempo, el Hermano Manuel conservó la calma y actuó con tino. Consiguió una entrevista, mediante un antiguo alumno que era chofer de la señora Guadalupe. Al exponerle el asunto, ella replicó que la ley sobre las rifas la había puesto su esposo pocos años antes, ante los abusos que se habían presentado; pero el Hermano Manuel hábilmente le comentó: "Las señoras saben en qué momento pueden exponer los asuntos a sus maridos", lo cual dio buenos resultados; a los pocos días le regresaron todo; sobresalió entonces su visión clara y su serenidad.

30 En poco más de tres años se logró la construcción de la secundaria. No se contaba con los medios, por lo que fue necesario generar los recursos con ayuda de los alumnos y padres de familia, obtener permisos, planos, construcción y vencer una gran cantidad de obstáculos. Fue toda una hazaña.

31 Estas casas antiguas eran tan precarias. Jocosamente se referían de ellas como "la nada" y "la peor es nada".

versidad La Salle (Ulsa) para hacerme cargo de la Dirección de la comunidad[32] y de la Dirección de la Preparatoria. Al mismo tiempo fue nombrado como nuevo rector de la Universidad el Hermano Guillermo Alba López, para sustituir al Hermano Manuel Álvarez Campos, fundador y primer rector de Ulsa.[33]

La preparatoria de la Ulsa, ya en esos tiempos, tenía más de dos mil alumnos en cuarenta grupos numerosos. Su director era el profesor Carlos Ochoa, quien, sin el apoyo de coordinadores ni titulares de grupo, no hubiera podido tener una preparatoria ordenada. Con la ayuda de los Hermanos de la comunidad, nombramos coordinadores de piso y titulares de grupo. Con eso, la preparatoria pudo tener otra imagen y, por tanto, superar también el nivel académico.[34]

En la misma preparatoria, bajo la dirección del Hermano rector Guillermo Alba López y toda la comunidad universitaria, se logró mantener el orden y el trabajo universitario a pesar de las presiones y amenazas de los grupos de estudiantes en el país en contra del gobierno en 1968.

En la escuela de la Fundación Mier y Pesado

En agosto de 1969, con el fin de tener libres las tardes para seguir estudiando la licenciatura en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM),[35] el Hermano visitador Juan del Castillo me indicó un cambio de la Universidad La Salle a la comunidad de la Fundación Mier y Pesado, cuyo director era el Hermano Emilio Reversat.[36] En esta escuela, estuve tres cursos, entre 1969 y 1972, prestando mis servicios como coordinador de la primaria y de la secundaria. Trabajaba yo como maestro y coordinador, en labor directa con el alumnado. Esos tres años para mí han sido una de las etapas más felices de mi labor como educador lasallista.[37]

---

32 Fue la primera vez que el director de la obra no era el director de la comunidad.

33 Los dos Hermanos, Guillermo Alba y Manuel Arróyave mejoraron el orden académico y administrativo de Ulsa de manera significativa.

34 Tenía la buena costumbre de poner orden en las instituciones donde llegaba, de manera tranquila, con su visión clara y serenidad. Además, para observar la marcha de la institución, pasaba dos veces al día caminando pausadamente y en silencio por los pasillos, con la mano puesta entre los ojales de la camisa.

35 Cursó la licenciatura de 1968 a 1972. Por los puestos que ocupó, pospuso la tesis que realizó años después con el tema de la idea de historia en Justo Sierra y el concepto de *identidad nacional*, pero no la presentó para recibirse.

36 El Hermano Emilio Reversat fue su director cuando era alumno del Colegio Simón Bolívar, ya como maestro en el Colegio Benavente y en la Fundación Mier y Pesado.

37 Durante estos años, impartió clases de historia en la preparatoria que funcionaba en Tlalpan, donde acudían los aspirantes mayores.

Hermano visitador del Distrito México Sur

En abril y mayo de 1972, un grupo de Hermanos me propuso para ser nombrado visitador, después de las debidas votaciones y de los nombres enviados a Roma, el Hermano Superior General envió mi nombramiento como visitador del Distrito México Sur. Formé el primer equipo del visitador: el Hermano Armando Escamilla, encargado de la planeación; el Hermano Rodolfo Mendoza estaba encargado de la educación; el Hermano Roberto Flores Calva como ecónomo; el Hermano Juan Bosco Morales estaba en pastoral; y el Hermano Ernesto Pizarro era promotor vocacional. Como equipo, hicimos la primera visita. En general, fuimos bien recibidos y atendidos en todas las comunidades.

El primer trienio como visitador fue muy difícil:[38] hubo una salida de más de veinte Hermanos; había una rebeldía de los Hermanos de Córdoba que abandonaron la Escuela tras faltar unas dos semanas para iniciar el nuevo curso; se presentaron problemas y el retiro de los Hermanos de la comunidad de Tuxtla Gutiérrez con el patronato dueño de colegio; y hubo una grave situación económica del Distrito debido a las grandes deudas por la construcción del Colegio Cristóbal Colón de Lomas Verdes y la separación de los Hermanos directivos de este gran plantel. A final de cuentas, con la ayuda del Señor Dios, todo se fue resolviendo lo mejor posible.[39]

El segundo trienio de visitador se inició en agosto 1975. Yo pedí al hermano superior general mi reemplazo. Como respuesta, él me mandó el nombramiento como visitador para el segundo trienio. Al leer ese documento, me sentí atormentado, pero el Señor me dio la fuerza de superar esta dificultad, tomando la animación del Distrito con entusiasmo. Los tres años fueron positivos y tranquilos.[40]

En la asamblea de los Hermanos del Distrito de 1978, el Hermano Ronaldo Henderson Calderón fue nombrado visitador para el trienio 1978-1981; al entregar el nombramiento al Hermano Henderson, yo sentí un gran descanso.

---

38 Como se escribe antes, el hermano Manuel tenía un carácter fuerte que usaba al llamar la atención, lo que a veces le provocaba roces con algunos Hermanos; aunque de ordinario era muy amable.

39 Durante el retiro anual de julio de 1974, con participación de todos los Hermanos, expuso con tranquilidad y valentía que estos no podían pertenecer a ningún grupo político.

40 En octubre de 1975, se le celebraron sus 50 años de edad, aspecto que expresó que no le gustaba; pero las personas evolucionan; así, con motivo de sus 90 años, él mismo organizó el festejo. También evolucionó la visión de vida del Hermano, centrada en la obediencia, a una visión más en la comunidad y en la misión; y consideró que el principal voto es el de asociación.

Director del Colegio Benavente

En agosto 1978, el Hermano Ronaldo Henderson me nombró director de la comunidad y del Colegio Benavente de Puebla. En el Benavente había yo estado mis primeros diez años de apostolado, por tanto, yo tenía allí mucha gente que me estimaba y gran cantidad de antiguos alumnos que habían sido mis discípulos, quienes regresaron con sus hijos al Colegio.

Al ser el Colegio Benavente un centro educativo bastante complejo, mi primera preocupación fue nombrar buenos directores de sección, que fueron[41] el Hermano Ambrosio Luna Salas, como director de las secciones preparatoria y normales;[42] Manuel Mijares, director de la sección secundaria; el Hermano Abundio Carriedo, director de las secciones primaria y preprimaria; el Hermano Ricardo Preciado, director de la Ciudad de los Niños.

Entre 1978 y 1986 se presentaron los siguientes aspectos que se mejoraron en el Colegio:

- Gran aumento del alumnado en todas las secciones.
- Mejora académica en todas las secciones.
- Incremento del alumnado en las dos normales.
- Más de dos mil alumnos de la normal superior que, durante seis veranos de cada año, acudían a la normal superior del Benavente para cursar las materias para obtener el título de licenciados como maestros en secundaria y preparatoria.
- La compra de los terrenos en Chapulco y en el Periférico, y haber recobrado los lotes perdidos en la 2 Sur y en Mayorazgo.
- Haber logrado rescatar del patronato de la Ciudad de los Niños y los campos de futbol del Benavente.
- Haber rescatado los terrenos del Rancho Alseseca y trazado las calles, bardeado las manzanas y pavimentado esas calles vecinas a la Ciudad de los Niños y a la rivera del Río Alseseca.
- Haber ordenado las escrituras de propiedad de los numerosos predios e inmobiliarias de las obras de Puebla.
- Con el Hermano Ambrosio Luna, director de las normales, y el Hermano canadiense John Marcogliese, se instaló el primer Centro de Cómputo en el Colegio. Para ese tiempo, fue un gran paso académico en el Distrito y en Puebla.

---

41 Una vez más sobresalen su visión clara y su serenidad, que le llevan a destacar prioridades.

42 Aparte de ser director de la comunidad de Hermanos y del Colegio, impartía clases de matemáticas en la normal superior; tomaba a los alumnos de primer ingreso, que se presentaban con grandes carencias. Con gran realismo, empezaba por lo básico: cuatro operaciones, regla de tres, quebrados, ecuaciones de primer grado..., lo que daba por resultado estudiantes bien preparados.

En los años 1985 y 1986, como presidente de la Federación de Escuelas Particulares de Puebla, apoyados con las sociedades de padres de familia de casi todos los colegios particulares, en forma unida y hasta exigente, se defendió la existencia de la normales particulares del estado de Puebla. Y se logró que siguieran laborando.[43]

En esos ocho años que estuve en el Benavente, también hubo problemas: la muerte de un alumno de la normal primaria que, en paseo a un balneario de Atlixco, se ahogó; el retiro de la señorita Lupita García, magnífica directora del kínder, por enfermedad de cáncer y su deceso pocos meses después; el inicio de incendio de las oficinas de la Dirección General, causado por dos alumnos reprobados de tercer año de preparatoria, por suerte se logró apagarlo a tiempo, sin afectar los certificados de los graduados; la salida de algunos Hermanos.

En la Confederación Nacional de Escuelas Particulares

En agosto de 1986, el Hermano visitador Adalberto Aranda me indicó que a partir de esa fecha me trasladara a la comunidad de la Casa Central para integrarme de tiempo completo a la Confederación Nacional de Escuelas Particulares (CNEP). El primer año estuve como vicepresidente de la misma para colaborar con el P. Andrés Delgado, presidente. Me sirvió ese año de buen aprendizaje. Ayudé unos meses de 1987 reemplazando al Hermano Miguel Gallardo, enfermo, en la Dirección de la Primaria de la Escuela Cristóbal Colón de la Villa.

En la Asamblea General de la CNEP en junio de 1987, fui electo presidente de la Confederación y como vicepresidente fue electo el P. José Leyva, de la congregación de los Salesianos. En estos seis años, la CNEP tuvo gran presencia moral y política ante las autoridades de la SEP, para defender la libertad de educación en el país. Para esta labor, fui apoyado fuertemente por las 72 federaciones repartidas por todo el territorio nacional. La mayor parte de estas federaciones estuvo dirigida por Hermanos lasallistas, maristas, padres salesianos y escolapios.[44] El primer año, durante la gestión del secretario de

[43] Como el gobernador de Puebla no los quería recibir después de reiteradas peticiones, el Hermano Manuel y los integrantes de la Federación aprovecharon una ceremonia. Cuando dijeron "firmes" a los soldados, aprovecharon para acercarse al gobernador, que no tuvo más remedio que prometerles una audiencia. La reunión, de hecho, se llevó a cabo, y se solucionó el problema.

[44] Al visitar las numerosas federaciones, se alojaba generalmente en las casas de los Hermanos lasallistas o maristas. Para ir a la isla del Carmen, Campeche, en ese tiempo, se llegaba en panga. Él llegó tarde y la última acababa de salir, así es que alquiló una lancha, por lo que llegó empapado

Educación Pública, el licenciado Manuel Bartlett, el gobierno quiso controlar las colegiaturas de los colegios particulares, por lo que la situación fue difícil.[45] En un 80%, la CNEP ganó esta batalla, pues solo quedó en el asunto de incremento en las colegiaturas, la obligación de ser aprobadas por las directivas de la sociedad de padres de familia de cada colegio. A la larga, llegamos a ser tan amigos del licenciado Bartlett que tanto el presidente de la Unión de Padres de Familia como un servidor fuimos nombrados por él como miembros del Consejo Nacional de Educación.

Después de tres años, fue nombrado como secretario de la SEP el Dr. Ernesto Zedillo Ponce de León, futuro presidente de la república. Las relaciones de la CNEP con el Dr. Zedillo fueron siempre excelentes, a veces nos preguntaba nuestra opinión personal sobre los grandes problemas de la educación nacional. El Dr. Zedillo varias veces asistió a la asamblea anual de la CNEP. Con él, se consiguió que las becas del 5% o más en algunos estados, que el gobierno destinaba a la educación privada fuera señalada y repartida por el mismo Colegio con la aprobación de la asociación de padres de familia y no por el sindicato.

Con el Dr. Ernesto Zedillo se inició el proceso de cambio del artículo 3º constitucional, que prohibía la participación en el campo educativo al clero y a las asociaciones religiosas, y la enseñanza de la religión en las escuelas privadas. En caso de desobediencia, la nacionalización de los bienes de la escuela sin derecho a defenderse. Para este asunto, el presidente Carlos Salinas de Gortari varias veces nos invitó a los directivos de la CNEP a presentar sus opiniones sobre el cambio y la redacción del artículo 3º constitucional. En 1992, último del presidente Salinas, las Cámaras aprobaron el cambio del artículo 3º, del que suprimieron la prohibición de la participación de las asociaciones religiosas en la educación y afirmaron que "La Educación que imparta el Estado será laica y gratuita". Por tanto, dejó en libertad la educación cristiana (o cualquier otro credo) en las escuelas privadas y suprimió del artículo 3º las amenazas de nacionalización.

---

en la noche. Pidió una plancha para secar la ropa y llegar al siguiente día a la reunión presentable. Fue invitado a Canadá con los representantes de países americanos.

45 Los mandó llamar el secretario y les expuso el asunto de que no incrementaran las colegiaturas; cuando quiso hablar el Hermano Manuel, lo interrumpió el secretario, pero el Hermano Manuel exclamó con su típica seguridad y energía: "¡Déjeme hablar!", y expuso que la existencia de muchas escuelas particulares quedaba comprometida con esta medida, dado lo exiguo de su cuota.

Director del escolasticado

De 1993 a 1996, el Hermano visitador me envió como director al escolasticado, situado en Santa Lucía. Allí también funcionaba el postulantado, cuyo director era el Hermano Pedro Álvarez, con quien siempre nos entendimos y ayudamos. Los escolásticos eran solo seis, de los cuales dos de ellos ya habían cursado alguna licenciatura. Con todos los escolásticos de lunes a viernes asistíamos a la Ulsa. Cuatro cursaban la licenciatura en Educación Primaria y los Hermanos Fausto Morfín y Jorge Robredo eran titulares en algún grupo de preparatoria en la Ulsa. Yo ayudaba como profesor en las licenciaturas de Educación Primaria y en Ciencias de la Educación. Aunque con los escolásticos no tuve mayor problema, creo que no tuve yo una influencia positiva hacia ellos.[46] En diciembre 1996, se retiró el subdirector. Lo sustituyó el Hermano Guillermo Negrete.

Nuevamente director de la Escuela Cristóbal Colón

En agosto 1997, el Hermano Raúl Valadez (visitador) pasó al Escolasticado de Santa Lucía y me indicó que lo acompañara a la Escuela Cristóbal Colón para reemplazar al director. En principio a mí me gustó el cambio, pues a mí me interesa más la misión en la Escuela que la misión de formador. En esta Escuela me tocó celebrar el cincuenta aniversario de su fundación.

Director de la primaria del Colegio Benavente (Chapulco)

En julio de 1999, el Hermano Rodolfo Vivanco me envió a la comunidad de Puebla, como director de la sección primaria en Chapulco. Allí fui feliz. Todos los profesores me apreciaban, pues yo había sido su maestro. Además, la primaria ya estaba muy bien organizada por el Hermano Manuel Cortázar, quien fue cambiado como director al Colegio Simón Bolívar en secundaria. En este trabajo solo estuve dos años, y mucho me dolió el cambio, pues estaba yo muy feliz en esta comunidad dirigida por el Hermano Ronaldo Henderson y en este trabajo de director de la primaria en Chapulco.

Ecónomo distrital

De agosto de 2001 a agosto de 2007,[47] por indicación del Hermano visitador estuve como ecónomo distrital[48] durante seis años. Este cargo exige mucha

46 Consideraba que no era lo suyo estar en casa de formación.

47 Durante estos años, estuvo tomando aspirina diariamente para favorecer la circulación, pero eso le provocó hemorragias internas, por lo que tuvo que suspenderlas.

48 Su gestión económica y administrativa, como acostumbraba, se caracterizó por su proverbial austeridad.

responsabilidad y con la ayuda del Hermano Héctor García[49] y del contador general Miguel Ángel Flores, fui aprendiendo y ejerciendo lo mejor posible. No hubo grandes problemas, con la ayuda de los asesores todo se fue resolviendo en forma positiva.[50]

Director de la comunidad de Hermanos de la Universidad La Salle

Del 2007 al 2011 fui transferido a la Universidad La Salle como director de la comunidad y ayudante en la subdirección de economía y, con la ayuda de la auditora Eva Huezo, supervisábamos la parte económica de las Universidades dependientes de la Universidad La Salle.[51]

Director de comunidad de la Casa Central

En el 2011, nuevamente fui cambiado a la Casa Central como director de la comunidad.[52]

En esta larga vida, en la misión de educar cristianamente, numerosos han sido los cargos y las responsabilidades que los superiores me asignaron: tres etapas de mi vida han sido en Puebla, tres también en la Villa, dos en la Universidad La Salle, una en la Fundación Mier y Pesado y cuatro en la Casa Central.

Claro está que no en todo en ese tiempo fue belleza y alegría, porque como en toda vocación hay épocas difíciles. Y también los Hermanos somos humanos, con nuestras debilidades, pero esos son los momentos en que más acudí al Señor. Ya no para repetir el *sí* de las épocas de la formación, sino para acudir a lo alto y decir: "Señor, ayúdame a serte fiel", y el Señor me siguió ayudando. Con la Federación de Escuelas Particulares, haber defendido la existencia de las normales de Puebla y logrado que siguieran laborando.[53]

---

49 Los Hermanos Manuel y Héctor supervisaban un conjunto de escuelas muy pobres en provincia, generalmente de religiosas, que recibían apoyos del fondo Harp Helú.

50 El Hermano Manuel, en una carta, expuso al Hermano visitador las razones por las que veía conveniente dejar de ser ecónomo del Distrito ante el nuevo Distrito Antillas México Sur y los numerosos países que lo integran.

51 Los empleados de la casa comentan que les pagaba la mitad del aguinaldo antes de Navidad y la otra mitad ya en enero "para que no se gastaran todo". Llamaba la atención que, a pesar de su edad, diariamente, después del desayuno y la comida, hacía ejercicio; y cada domingo, como de costumbre, continuaba yendo de paseo al campo con el Hermano Juan Bulbulián.

52 Fue muy aceptado por los Hermanos de la Casa Central, las Hermanas y los colaboradores en general.

53 Al final de su vida, recibió numerosos reconocimientos, entre otros, el Premio Jesús Maestro, por parte de la CIEC y el doctorado honoris causa por parte de la Universidad La Salle, Ciudad de México, en 2010.

Qué bueno que desde el noviciado menor (aspirantado) aprendí a rezar todos los días la oración del *scout*: "Señor, enséñame a ser generoso, a servirte como lo mereces".

Termino este relato, en primer lugar, agradeciendo a Dios y a su Madre Santísima tantos favores recibidos en estos 90 años. Gracias. Gracias a todos.

A raíz de que se lastimó la pierna, pasó a residir en la comunidad Casa de Salud Nuestra Señora de la Esperanza, en Cacalotepec, Puebla, desde el 2019, donde falleció el miércoles 18 de noviembre del 2020.[54] El Hermano Pedro Álvarez informó:

> Muy queridos Hermanos y colaboradores:
> El día de hoy a las seis y treinta de la mañana, nuestro Hermano Manuel Arróyave Ramírez ha regresado a la Casa del Padre. Oramos y damos gracias por su presencia y testimonio entre nosotros, por su sencillez, su honestidad, su integridad, su respeto absoluto, su solidaridad a toda prueba y desinteresada, un ser humano ejemplar, no solo digno de admirarse, sino también un ejemplo a seguir por todos aquellos que buscan ser mejores.
>
> Será recordado por siempre, no solo por su legado profesional, sino también por su humildad y su gran corazón, capaz de hacer sentir bien a todos aquellos que le conocieron.
>
> Sucedió en Cacalotepec, Puebla, México, a la edad de 95 años.
>
> Agradecemos al Hermano Jorge y a los Hermanos de la comunidad, a los doctores, al equipo de salud y al personal de la Casa de Nuestra Señora de la Esperanza sus atenciones y cuidados fraternos con él, así como a sus familiares, seres queridos y amigos por estar muy cerca y animando en todo momento.
>
> Sin dolor, tranquilo, sereno, entregó su alma a Dios con mucha paz.
>
> Gracias a Dios estuvo atendido espiritual y físicamente hasta sus últimos momentos. Por la situación actual de la contingencia, será llevado directamente a la funeraria para ser cremado.
>
> Sus cenizas permanecerán en la Casa de Nuestra Señora de la Esperanza en Cacalotepec y en Casa Central hasta que podamos reunirnos en Eucaristía en Tlalpan para depositarlas en la Capilla del Postulantado.

54 El Hermano Manuel comentaba jocosamente sobre la muerte: "Vamos en la misma fila, pero no empujen".

Lo encomendamos en las eucaristías y oraciones de nuestras comunidades. Muy fuerte abrazo y seguimos caminando juntos, contando con su intercesión y la de los Hermanos y colaboradores que nos han precedido.

Fraternalmente
Hermano Pedro Álvarez Arenas
Visitador Antillas-México Sur

Notas complementarias

En esta sección se brindan testimonios diversos de personajes relacionados con su vida.

Escribió un Hermano que fue su alumno:

Tuve la fortuna de tenerlo como director en la preparatoria de la Universidad La Salle. Logró orden y disciplina. La seriedad académica era sobresaliente. Puso un coordinador por piso y un titular por salón, lo que permitió estabilizar la institución y lograr sus cometidos. Nunca perdió la sencillez.[55]

Escribió un Hermano que vivió con él:

La comunidad tenía muy buena entrada económica por el número de hermanos y algunos de ellos tenían cargos muy importantes en las dos universidades. Sin embargo, él nunca abusó del manejo del dinero. Él se trataba con mucha austeridad, sin embargo, estaba muy atento a las necesidades de los Hermanos.

Era muy discreto y respetuoso al hablar de los otros Hermanos y siempre en plan positivo.

Con muy buen sentido del humor. Es de resaltar el cariño y agradecimiento de sus exalumnos, tanto de Puebla como de La Villa.

Algo también especial fue su devoción a los mártires cristeros y, particularmente, al jovencito José Sánchez del Río, de quien divulgaba su devoción.

---

55 En las posadas, durante las piñatas, cuando las rompían, era el primero en ir por fruta cuando esta caía.

Escribió otro Hermano:

Siempre pensé que Don Manuel tenía un pie en la tierra y otro en el cielo, de manera que todos lo que teníamos la oportunidad de estar cerca de él estábamos cerca de Dios, porque él nos acercaba a él.

No perdía la oportunidad de compartir el gran cariño que tenía por Nuestra Señora de Guadalupe. Cuando recibíamos a alguien de visita, siempre se ofrecía a llevarlos a la Basílica de Guadalupe para dar una clase de historia y espiritualidad mexicana. Siempre, aunque tuviéramos prisa, iba "a pasar lista", caminando por el corredor automático que está a los pies de la imagen de la Virgen.

Tuvo muchos cargos importantes como Hermano, y estoy seguro que los vivió entregado y con mucha pasión por su vocación. Lo que admiro es que quienes lo quieren tanto y lo han seguido durante años no lo hicieron por los títulos o puestos que pudiera tener, sino porque siempre fue un Hermano para todos, amable, divertido, honesto, espiritual, generoso, muy humano.

A pesar de la edad que tenía, no perdió la capacidad de asombro ni el interés por aprender algo nuevo. Podía visitar el mismo lugar que había visitado durante años, y lo podía disfrutar como si fuera la primera vez y podía encontrar algo nuevo y asombrarse.

Era alguien que hacía sentir bienvenidos a todos. En cualquier momento y en cualquier lugar. Era un excelente anfitrión, cálido, fraterno, atento. Parecía que tenía un tema de conversación reservado para cada quien, para hacer la plática, pero siempre centrando la atención en el otro.

En los años en que estuve trabajando en la Pastoral Vocacional, fue un excelente hermano de comunidad, magnífico compañero a sus cercanos 90 años. Atento al trabajo que hacía y gran colaborador de la pastoral. Lo mismo me ayudaba a dirigir a un grupo de vocacionales a subir a la Coconetla que a cenar tacos con otro grupo. A dar pláticas a los grupos de jóvenes y a visitar a las familias para formalizar el permiso para entrar a la casa de formación.

Cuando se acercaba su cumpleaños número 90, nos organizamos en la comunidad de la Casa Central para la celebración. Nos distribuimos las responsabilidades; a mí me tocaba la invitación para mandarla a todas las comunidades. En unos días, todos recibimos el correo que mandó, con la ayuda de Nancy, para invitar a los Hermanos al festejo. Ya tenía todo listo: el auditorio y el jardín del Simón listo, y al padre que iba a celebrar; ya había seleccionado los platillos y hasta los centros de mesa, el mariachi, todo. Cuando le preguntamos nos dijo que nos veía muy ocupados y que no se iba a esperar a que "tuviéramos tiempo" porque si no luego andábamos a las carreras. De broma le decíamos que si nos iba a invitar a nosotros también a su fiesta.

Un antiguo rector de la Universidad La Salle Cuernavaca escribió:

Con todo gusto relato algunas de las experiencias que viví con el Hermano Manuel, tanto en Cancún como en Cuernavaca.

En Cancún lo conocí como ecónomo del Distrito y, por lo mismo, en las diferentes visitas que realizaba a todas las instituciones del Distrito. Eran visitas periódicas, por lo que teníamos una serie de rubros que reportar y en las reuniones de trabajo, siempre nos percatamos de que no se le olvidaba nada y recordaba detalles muy particulares de lo que habíamos tratado en las reuniones anteriores; nos impresionaba su capacidad de recordar todos los detalles y, sobre todo, los nombres de todos los que interveníamos en las reuniones.

Recuerdo especialmente cuando con la autorización del Hermano Héctor García Zaragoza, quien era el presidente del Consejo de Gobierno, hablé con el Hermano Manuel para pedirle un préstamo para la construcción de la Universidad La Salle en Playa del Carmen. Fue una experiencia increíble, porque la supervisión de la construcción la hizo el Hermano Héctor y, en lo financiero, tanto el Hermano Manuel, en su calidad de ecónomo, como el Hermano Héctor, como presidente del Consejo y execónomo del Distrito.

Como nos podemos imaginar, fue un éxito rotundo porque el eficiente manejo de los recursos y el día de la inauguración, el propio Hermano Manuel comentó: "¿Cómo le hicieron para hacer todo esto y solamente gastaron lo que les prestamos?".

Tuve la fortuna de que, al terminar mi gestión en Cancún, el Hermano Lucio me invitó a integrarme a Cuernavaca para formar parte del Consejo de Gobierno y, cuando transcurrió un año, el propio Hermano Manuel me invitó a integrarme a la Universidad.

Recuerdo la plática que tuvimos y volví a ratificar la gran calidad del Hermano Manuel como lasallista y como líder de la comunidad universitaria. Quiso mucho a Cuernavaca y siempre hablaba de sus logros y del espíritu humanista que la ha caracterizado durante todos los años de existencia.

Tuve la fortuna de que, durante mi gestión en la Universidad, el Hermano Manuel estuvo como presidente del Consejo y en tres ocasiones se incorporaron otros Hermanos, pero al año siguiente regresaba el Hermano Manuel porque al Hermano en turno le habían dado otra responsabilidad. De hecho, no regresaba, porque siempre se quedaba en el Consejo de Gobierno, como miembro de este.[56]

---

56 Una estrategia que comentaba el Hermano Manuel para dejar de ir al Consejo de Gobierno de la Universidad La Salle Cuernavaca fue ausentarse discretamente de vez en cuando, hasta hacerlo de manera definitiva.

Su presencia en la Universidad era constante y el cariño y el respeto de todos los miembros de la comunidad eran evidentes. Destacó particularmente el respeto de los alumnos y de los padres de familia. Nos admiraba muy especialmente su calidad como Hermano, cuando nos dirigía su mensaje al final de los eventos y de las ceremonias académicas. Su cálida voz y la fortaleza y congruencia de su mensaje nos hacían vibrar y emocionarnos profundamente.

Algo que vale la pena mencionar es la preocupación de que cada vez que concluía el Consejo de Gobierno de la Universidad (20 h), él regresaba solo, manejando su automóvil y solo le pedía a la Sra. Anita Gómez, secretaria de Rectoría, una Coca-Cola para el camino, bien fría, y gracias a Dios, todo salía siempre bien.[57] En los últimos años, los Hermanos de la Casa Central ya no lo dejaban manejar y siempre me decía que yo había tenido la culpa, porque me preocupaba mucho por él.

Algo que lo caracterizaba era su interés por las familias de todos nosotros e invariablemente siempre preguntaba por mi esposa, mis hijos, nueras y nietos, y nos decía a mi esposa y a mí, cuando nos aceptaba la invitación a comer, que nosotros éramos su familia. Siempre nos pedía que acompañáramos a todos los Hermanos del Distrito, por lo menos un día en su retiro de la semana entre Navidad y Año Nuevo en la Casa de Tetela, en la celebración de la santa misa y después nos invitaban a cenar.

Recuerdo muy especialmente que, al finalizar mi gestión al frente de la Universidad, acudimos a la casa de reposo de Puebla a visitarlo junto con el Dr. Coronato y nuestras esposas y algunos colaboradores de la Universidad. Nos atendió maravillosamente y por supuesto ratificó que estaría en la ceremonia de cambio de rector y, adicionalmente, le doy gracias a Dios por ese hecho. Él me llamó personalmente para avisarme del deceso del Hermano Juan Bulbulián y volvió a mencionar que lo hacía muy especialmente porque éramos parte de su familia.

Toda mi familia y yo somos orgullosamente lasallistas gracias a todos los Hermanos que nos han formado y que han transmitido muy especialmente los valores de fe, fraternidad y servicio y el Hermano Manuel ha sido uno de los que, con su ejemplo de vida, nos transmitió mucho del vivir lasallista.

---

57 A pesar de que su presencia física era pequeña y delgada, mostraba una gran fortaleza que le permitía realizar largos paseos (ascensión a los volcanes), largas horas de trabajo o manejar varias horas sin mostrar cansancio.

Un Hermano más escribió:

Siendo muy joven y habiendo yo llegado algo despistado a la Ciudad de México, fui a la Basílica de Guadalupe y luego me pasé a saludar a los Hermanos de la comunidad, a quienes les pedí que por favor me informaran cómo llegar a Coacalco donde iba a visitar a uno de mis hermanos. Inmediatamente el Hermano Manuel se ofreció a llevarme él mismo en un vehículo de la comunidad. Así lo conocí de cerca por primera vez, pues él formaba parte de esa comunidad. Tal vez ya lo había visto cuando, siendo novicio menor, nos llevaron de paseo a Puebla para conocer el Colegio Benavente, en Av. Revolución núm. 9, todavía en construcción, pero no lo recordaba. Un muy buen Hermano, me dije en aquella ocasión, y así lo seguí conociendo.

Estando en el noviciado menor, vi llegar a varios egresados del Benavente que se expresaban muy elogiosamente del Hermano Manuel, pues había sido su profesor: entusiasta, aficionado al deporte y a las excursiones como pocos. Lo recuerdo también llevando al aspirantado de Tlalpan a un equipo de futbol de preparatorianos de la Universidad La Salle, donde era director, para jugar contra el equipo de los aspirantes. Todo fue amistoso, pero ellos ganaron. Como excursionista, me impresionó su sangre fría, capaz de caminar tranquilamente en lo alto de las peñas y al filo de los precipicios.

Años después, fue nuestro visitador, de alguna manera ya señalado, porque cuando se ausentaba el Hermano visitador por algún periodo largo, lo nombraba para reemplazarlo en asuntos urgentes. Era en verdad querido y respetado.[58] Le tocaron tiempos nada fáciles para un Hermano visitador, cuando la "renovación adaptada" se vivía con luces y sombras, con numerosas salidas. Él se mostraba firme y cercano hasta donde se le permitía.

Volví a encontrarme con él, pero esta vez conviviendo cerca en la Casa Central, muy activo y entregado en sus funciones de presidente de la Confederación de Escuelas Particulares y atendiendo la educación en el Distrito. No descuidaba la vida comunitaria, participaba sin falta en paseos y reuniones. Cuando estábamos en Casa, nos invitábamos los domingos a salir a caminar. Era muy interesante contándonos con sencillez sus peripecias en viajes y visitas a las zonas más remotas y escondidas, sobre todo a pequeñas escuelas, con el fin de apoyarlas en sus problemas. Nos contó una vez que un pueblo de Michoacán se sentó en una banqueta a comer un sabroso elote, pero alguien lo reconoció, seguramente un exalumno de la Escuela Cristóbal Colón porque

58 Ejercía su don de mando en cualquier circunstancia.

le dijo: "Ah, mesié Arróyave, ¿qué lo trae por aquí?". En aquellas andanzas, no le faltaron desafíos, incluso con gobernantes, desde el mismo presidente y el secretario de Educación, hasta directores e inspectores.

Un testimonio de su sencillez. Siendo él director del Colegio Benavente, me invitó a una reunión con los maestros y, al presentarme, sin duda con la atención puesta en otros asuntos del Colegio, se le olvidó mi nombre y simplemente me dijo en público: "¿Cuál es tu nombre?", lo que provocó la risa del auditorio.

En sus últimos años, como director de la comunidad de Casa Central, y muy recientemente ya en Cacalotepec, me hacía sentir en total confianza, siempre cercano y sencillo.

Maestro de la esperanza y la alegría.
Amigo-Hermano, fuiste nuestro guía.
Navegante y montañista de la vida.
Un testimonio de entrega y de servicio,
En cada palabra tú has dejado...
Lecciones de fe y fraternidad.

Recordamos tu sonrisa.
Expresando gracias al Creador.
Ninguna distancia nos hará olvidar,
Ésta, la historia de tu amor.

Jesús Vázquez Estupiñán

IX

Francisco Leonel de Cervantes Lechuga, *fsc* (Adolfo Ignacio)

(7/10/1930)

Familia y estudios

Francisco nació en la Ciudad de México el 7 de octubre de 1930. La casa donde nació era una casa en servicio para varias familias construida en el siglo XVII o XVIII, ubicada en la calle Jesús María, a espaldas del Palacio Nacional. Fue el primer hijo del matrimonio de Francisco Leonel de Cervantes[1] y Pazzis Lechuga.

Su papá era químico titulado en la Universidad Nacional de México (la autonomía vendría precisamente en esos años), del grupo vasconcelista. Como profesional de la química, se dedicó a fabricar sustancias para producir perfumes, vinos, repostería y dulces, así como a obtener licencias para productos. El Hermano Francisco siempre ha tenido muy en alto que su papá fue un profesional universitario. Respecto a su mamá y a la familia, un Hermano escribe:

> Desde muy antiguo, existía una relación cercana de su familia con los Hermanos, particularmente con su mamá, doña Pazzis, dama de arraigadas convicciones religiosas, generosa y comunicativa, que año tras año obsequiaba

[1] Un antepasado, el comendador Leonel de Cervantes, participó en la Conquista con Hernán Cortés; una vez terminada esta, mandó traer a sus siete hijas para que se casaran en la Nueva España.

agendas y golosinas a todos los Hermanos del Distrito. Cuando en los fines de semana que la Comunidad coincidía con la familia en Cuernavaca, pasábamos alegres y divertidos momentos en los que no faltaba la sabrosa y abundante comida.

Contó con cuatro hermanas más. Guadalupe y Carmen estudiaron Química en la Escuela de Química Berzelius, incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que estaba a cargo del padre jesuita y doctor Luis Verea. Ahí fueron compañeras de los Hermanos Juan y Rafael Chávez, y de Silvia Bulbulián. Las otras dos hermanas estudiaron en la UNAM: Pazzis, Psicología; y Amparo, Pedagogía y Lengua Inglesa. Le pidieron a su papá que les construyera una escuela, el Colegio Martinak para mujeres, que contaba con kínder, primaria, secundaria y preparatoria. Estuvieron al frente de ella por cuarenta años.

En 1932 pasaron a vivir a una casa propia cercana a la Basílica de Guadalupe. Ya alrededor de 1935 o 1936 llegaron a vivir también a otra casa propia en la colonia Cuauhtémoc, Ciudad de México, en la calle Río Po, donde su papá había instalado una sección para la fabricación de productos; su mamá era la administradora del negocio.

Los primeros estudios de párvulos (kínder) los realizó en el Colegio Franco Inglés de los padres maristas. Más tarde tuvo el honor de ser alumno fundador del Colegio Cristóbal Colón, en Sadi Carnot, en febrero de 1938, donde fue recibido por su director, el gran Hermano Adrien Gibert. Sus primeras maestras en los grados iniciales de primaria fueron religiosas franciscanas. Posteriormente, sus maestros titulares en la primaria fueron los Hermanos Andrés Careaga, Gutiérrez y Bernardo Zepeda; mientras que, en secundaria, sus titulares fueron los Hermanos José Sotelo, José Sánchez Sánchez y Rafael Chávez Huacuja. Este último lo invitó al grupo *scout*.

Sobresalió siempre por su gran actividad e inquietud constante, lo que hacía que le llamaran la atención; sin embargo, era bien aceptado por sus maestros, directivos y compañeros de clase y del Colegio; les resultaba simpático.

Vocación y formación

Cuando era alumno del Hermano Rafael Chávez Huacuja, el último curso que estuvo en el Colegio, ingresó al terminar el año con los Hermanos al noviciado de Tlalpan, en la Ciudad de México, para iniciar el postulantado de dos meses, el 27 de noviembre de 1946. Su reclutador fue el Hermano Ángel

María Gálvez. En la misma propiedad estaban el noviciado menor y el noviciado. Sus instalaciones habían destinado un piso para los dormitorios y baños; la capilla, la sala de conferencias, el estudio y el jardín. El comedor estaba en la casa de junto, en el noviciado menor; además, había una hermosa huerta en común que producía sabrosas ciruelas. Escribe un Hermano:

> Recibió el hábito de los Hermanos a los dieciséis años, el 25 de enero de 1947, con el nombre de Hermano Adolfo Ignacio, además el Nuevo Testamento y un rosario de seis decenas. Los compañeros de promoción eran en total doce, entre ellos, Armando Escamilla Yáñez y Carrillo (pariente del Hermano Antonio Carrillo), que les pidieron el taller de Encuadernación; Carlos Muñoz Izquierdo sobresalía en música; Antonio González, en lo eléctrico; Fernando Mainou y otros más, como Paco, no tenían habilidades particulares. Lo pusieron a que cuidara el jardín, pero un día rompió doce macetas, por lo que debió ir al comedor del noviciado menor con el Hermano director a presentar su falta y recibir la penitencia que causó hilaridad entre los novicios menores.

Un año de noviciado bajo la dirección del Hermano francés Luciano, antiguo Hermano visitador provincial es ya decir mucho. El Hermano Luciano era un auténtico formador, hombre de una reciedumbre proverbial, pero comprensivo, ordenado y puntual, como pocos. Sabía corregir, pero también ser padre; en una palabra, un auténtico maestro de novicios. Apreciaba mucho a Francisco y a su familia, y se explicaba su natural inquietud a que no había pasado los años de formación en el noviciado menor, aunque, cuando era necesario, aplicaba los castigos correspondientes.

Bajo la mirada y el cuidado de tan excelente formador de hombres y de religiosos, Francisco adquirió los hábitos y las costumbres de un auténtico Hermano. Así, durante toda su vida, se le verá puntualmente en la capilla al inicio de las oraciones y de la santa misa. Leía con atención los escritos del Santo Fundador y oraba durante largas horas, lo que sumado a la convivencia con otros novicios fue dando forma a su personalidad.

Terminó su noviciado el 26 de enero de 1948, en la fiesta de la conversión de san Pablo, con la primera emisión de los votos temporales; realmente el ahora Hermano Francisco se había convertido en un Hermano a carta cabal, como la vida lo demostrará en adelante.

Pasó a la siguiente etapa de formación: el escolasticado, ubicado en la hermosa quinta Los Olivos, en Coyoacán, Ciudad de México, donde vivían

veintiocho Hermanos jóvenes en formación o Hermanos escolásticos. Sobresalía entre ellos el Hermano escolástico José Villalón (cubano) por su gran inteligencia y dotes de líder. Por esta época dirigían el escolasticado el Hermano Fernando Anzorena, como director, y el Hermano Miguel Martínez como subdirector, quien un año después asumió la dirección. Además, vivían ahí el Hermano visitador Bernardo Grousset y el Hermano visitador auxiliar Netelmo de Jesús Fau, con los Hermanos ecónomo de la casa y el cocinero.

El Hermano Fernando Anzorena era el hombre ideal para el puesto que desempeñaba: un auténtico religioso y un hombre con gran preparación intelectual: doctor en Letras por la UNAM, con vastos conocimientos de teología y literatura, poseía erudición en pedagogía e historia; hablaba y escribía, aparte de en español, en francés, en inglés y, más tarde, en italiano y en portugués; además, traducía el latín y el griego. Igualmente, el Hermano Miguel Martínez estaba muy bien capacitado; sabía de historia de México, lengua y literatura y tenía conocimientos de pedagogía. Los Hermanos formadores eran personas que estaban a la altura de las circunstancias.

El Hermano Francisco pasó tres años en el escolasticado. Cursó la normal primaria ubicada en el Colegio Cristóbal Colón (en calle Sadi Carnot), donde aparte de los estudios, practicaba en la primaria, impartiendo una clase de catecismo y de otra asignatura. En un autobús regalado por el Hermano director Pierre Lyonnet, y conducido por el Hermano Miguel Martínez, realizaban el trayecto entre el escolasticado y la normal; salían diariamente a las 7:15 h, durante el camino estudiaban el catecismo del Instituto, para adelantar en su preparación religiosa y catequística.

Entre julio y agosto de 1948, el Hermano superior general Athanase Emile visitó México. Entrevistó al Hermano Fernando Anzorena y quedó gratamente sorprendido por su calidad y preparación; a los pocos meses, escribió solicitándolo para la Casa General de Roma como visitador general de las casas de formación de Europa.[2] Así, el Hermano Miguel Martínez tomó el puesto de director a partir de 1949 y llegó de España el Hermano mexicano Ernesto Fabregat (don Fulgencio), quien se desempeñó como subdirector y maestro.

La Normal Cristóbal Colón contaba con extraordinarios maestros, como Francisco de la Maza, especialista en historia del Virreinato, que aprovecha-

[2] La mamá del Hermano Francisco, la señora Pazzis, una vez que el Hermano Fernando Anzorena estuvo en Europa, le hablaba el día de su santo (30 de mayo) y le enviaba un suéter y una bufanda que ella misma había tejido, como agradecimiento por las atenciones que tuvo para con su hijo durante el año que coincidieron en el escolasticado.

ba para llevar a los estudiantes a lugares cercanos para que conocieran la herencia cultural de aquel periodo de la historia; los llevaba a Morelos, Puebla, Tlaxcala, entre otros sitios. También estaban el licenciado Anzorena, abogado, hermano de don Fernando, y Gutiérrez Hermosillo, un humanista notable.

Francisco emitió los votos perpetuos el 24 de diciembre de 1955, en el Colegio Benavente de Puebla, precedidos de ejercicios espirituales consecutivos de veinte y treinta días los años anteriores. Años después, estudió la carrera de maestro en la Normal Superior de México con dos especialidades: en historia universal e historia de México. También estudió la carrera de licenciado en Historia en la UNAM y —como se verá más adelante— el doctorado en Historia en la Universidad Complutense de Madrid, estudios que concluyó poco después de cumplir treinta años. Como puede verse, el área de estudio fue siempre la historia, en la que mostró gran interés; además, también estudio el doctorado en Pedagogía en la Normal Superior de México.

Asistió a la sesión del Centro Internacional Lasallista (CIL) para un año de renovación espiritual en Roma. Todavía, hace pocos años, cursó en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) el diplomado de Historia de las Religiones. Aparte del español, habla regularmente el francés.

Primeros diez años: maestro en el Colegio Cristóbal Colón, profesor y estudiante

Tres meses antes de terminar la Normal, cambiaron al norte del país a un Hermano, a quien el Hermano Francisco reemplazó frente a un grupo de primaria en septiembre de 1950, en el Colegio Cristóbal Colón. Para ese entonces ya no era alumno, sino maestro de primaria. Más tarde fue profesor de historia y catecismo en secundaria y bachillerato, además de titular de grupo. Fue un ayudante muy eficaz en la preparatoria cuando quedó como inspector Jorge Muñoz Batista en 1958 y 1959. Por otra parte, los viernes por la tarde, los Hermanos del Colegio salían a pasar el fin de semana en la casa de Tetela, en las inmediaciones de Cuernavaca, Morelos. El Hermano Francisco acompañaba en el viaje a los Hermanos Cesáreo Boillot, Rafael Pulido y Julio Landeros. Durante su estancia en este Colegio por más de diez años, estuvieron como directores los Hermanos franceses Pierre Lyonnet, seguido del Hermano Bernardo Alfonso Grousset y, finalmente, el Hermano Emilio Reversat, con los que se entendió muy bien y se desempeñó ampliamente. Escribe un Hermano:

> Otra anécdota relatada por los Hermanos que fueron de su Comunidad, se refiere a la habilidad de Paco como chofer y a sus ocurrencias para salir del paso: manejando un coche de reversa a buena velocidad y en sentido contrario en la calle Sadi Carnot, Colonia San Rafael, Ciudad de México, lo sorprendió un agente de Tránsito y le dijo: "Joven, lo que usted está haciendo no solo está prohibido sino que es peligroso y, por tanto, la multa es tanto", a lo que él respondió: "Mi comandante, como tengo prisa y quiero salir rápido, estoy agarrando vuelo" y se fue de inmediato. Y podría seguir contando anécdotas, tan solo las vividas con él.

Aprovechó estos años para estudiar la Normal Superior, con especialidad en historia de México y en historia universal. En la UNAM estudió la licenciatura en Historia. Tuvo un papel muy activo junto con otros Hermanos en la celebración del cincuentenario de la llegada de los Hermanos lasallistas a México en 1955. También fue testigo del inicio de la Universidad La Salle, gracias a la buena interacción de los Hermanos Rafael Chávez y Manuel de Jesús Álvarez. Como inicio de ese programa, fue testigo de la apertura de las carreras de Contaduría y de Administración, todavía en Sadi Carnot, en 1961.

En la Universidad Complutense: doctorado en Historia

El 25 de julio de 1961 obtuvo una beca para estudiar su doctorado en Historia en la afamada Universidad Complutense de Madrid por parte del Instituto Mexicano de Cultura. Después de algunos trámites, los superiores le concedieron el permiso. Durante su estancia en Madrid, estuvo viviendo en la recién inaugurada comunidad para Hermanos universitarios Aravaca; los sábados y domingos aprovechaba para conocer localidades españolas. Concluyó satisfactoriamente su doctorado el año siguiente con una tesis sobre temas de historia de México. Escribe un Hermano:

> Algunos años antes, Paco había recibido una prueba evidente de la confianza de los superiores al autorizarle estudios de posgrado en la Universidad Complutense de Madrid o "la Complutense", donde se graduó como doctor en Historia. Escuché algunos comentarios muy positivos de Hermanos contemporáneos de la Comunidad de Aravaca, donde residió mientras estudiaba.

Como la fecha del examen recepcional tardó varios meses en programarse, aprovechó para ir a París a estudiar francés en la Alianza Francesa, a la

vez que era vigilante de sección en el famoso y exclusivo internado de Passy Buzenval. Los sábados y domingos salía con los internos a conocer París y otras ciudades de países cercanos, como Ginebra, Bruselas, entre otras.

En enero de 1963, al regresar de Madrid, estuvo un año en la Universidad La Salle, como maestro.

Fundador del Colegio José Antonio González Peña y director del Colegio Benavente

Al fallecer el joven José Antonio González Peña, sus padres decidieron servir a la sociedad de Córdoba, Veracruz, y destinaron un porcentaje muy considerable de su patrimonio para la construcción de un centro educativo. Adquirieron un terreno, que fue pronto bardeado. Los planos siguieron y la construcción comenzó, pero continuó la obra otro matrimonio de confianza. El presidente del patronato entrevistó al provincial lasallista, el Hermano Luis Lozano, para ofrecerle el colegio y toda la ayuda. Expusieron el proyecto al Hermano superior general Nicet Joseph durante su visita a México, del que obtuvieron el visto bueno. Por su parte, los sábados acudían a Córdoba el Hermano Luis Lozano, acompañado como conductor por el Hermano Francisco Leonel, quien en uno de los viajes le comunicó que sería el primer director de este colegio por fundar. De esta manera, se iniciaron las clases en febrero de 1964.

Quien iba a presidir la puesta en marcha de la institución era el Hermano y doctor Francisco Leonel de Cervantes Lechuga, joven, brioso y dinámico, que se estrenó con paso firme en una actividad administrativa y de gestión que sería la suya por muchos años. Llegó acompañado por los jóvenes Hermanos Demetrio Romano, Raymundo Vera y Cristóbal Parra; después llegaría el Hermano René González Pérez. Escribe un Hermano:

> Muy joven todavía, en los inicios de los 60, el Hermano visitador lo nombró primer director del Colegio José Antonio González Peña en Córdoba, Veracruz. Fue una misión importante por tratarse de la primera comunidad lasallista animadora de ese Colegio y por haber un grupo de padres de familia en torno a este, que ansiaba desde un buen número años la presencia de los Hermanos. Con Paco a la cabeza del Colegio y de la Comunidad, las expectativas se vieron cumplidas.

Un acto litúrgico señaló el nacimiento de la Institución, su bendición solemne el 15 de febrero, por un ilustre cordobés, el obispo auxiliar de Puebla

monseñor Emilio Abascal y Salmerón (poco después arzobispo de Jalapa); una vez bendecidos los locales, se pasó a un brindis.

El 6 de febrero de 1964, la escuela emprendió el vuelo, con 116 alumnos de cuatro grupos de primaria y uno de preescolar. En 1966, cuando él dejó la institución, contaba con 350 estudiantes.

Al tomar el cargo, el Hermano Francisco Leonel tenía 33 años en su haber, más de diez años de experiencia educadora en el Colegio Cristóbal Colón y estudios hasta el doctorado. Durante tres años, sentó sobre fundamentos lasallistas la escuela que lo recordaba con mucha admiración y gratitud. Además de los Hermanos nombrados, colaboraron varios maestros que merecían un reconocimiento especial por su permanencia e influencia.

Al inicio, el número reducido de alumnos facilitó su crecimiento académico; cuatro Hermanos tenían una dedicación de tiempo completo. El impacto producido en la sociedad fue de lo mejor porque el Hermano Francisco Leonel hizo nacer en la sociedad una confianza ilimitada en beneficio de la niñez, además de que los otros tres Hermanos, con sus dotes pedagógicas, se hicieron respetuosos amigos de sus discípulos y consiguieron una brillante instrucción.

No faltaron algunos momentos críticos que, no obstante, fueron oportunamente tratados. Por ejemplo, en alguna ocasión, ante las amenazas de incendio de una gasera y de una gasolinera cercanas a la institución, los Hermanos procedieron con rapidez y preservaron a los alumnos de cualquier peligro, lo que dio el mejor de los prestigios al Colegio. Los actos religiosos, fuera de los locales, como la primera comunión y la celebración de ciertas fiestas religiosas, recibieron una atención esmerada.

Al terminar su directorado, el Hermano Francisco dejó planeada la secundaria, que comenzó después de su partida. El 15 de octubre de 1966 llegó al Colegio Benavente en Puebla, con el puesto de subdirector y de director de las Normales Primaria y Superior, para después asumir la dirección general en septiembre de 1967.

Rector de la Universidad La Salle (1974-1983)

En 1969, llegó a la Universidad La Salle. El Hermano Guillermo Alba le encomendó durante dos años la administración del Colegio Cristóbal Colón de Lomas Verdes, en el Estado de México, que estaba terminando de construirse. Ahí acudió todos los lunes hasta 1971. Al mismo tiempo, ocupó el puesto de director de Servicios Escolares. Debido a que se contaba con la incorpo-

ración a la UNAM, y debido a la huelga que hubo en esta en 1968, se habían acumulado muchos trámites: tesis por aprobar y exámenes recepcionales. No obstante, logró sacar los trámites adelante, con su habitual dedicación, laboriosidad y constancia.

El rector, el Hermano Guillermo Alba López, había comenzado en ese puesto en octubre de 1967, pero pidió su relevo, por lo que después de un discernimiento comunitario se propuso al Hermano Francisco Leonel como candidato a rector. Fue nombrado el 24 junio de 1974. Escribe un Hermano:

> Fue precisamente en 1974, al terminar su rectorado el doctor Hermano Guillermo Alba López, cuando el Hermano Visitador Manuel Arróyave, presidente de la Junta de Gobierno, pidió a la Comunidad que le propusiéramos el nombre de uno de los Hermanos para presentarlo, a su vez, a la Junta de Gobierno en la terna de candidatos para la Rectoría. Recuerdo que el discernimiento no fue del todo fácil, pero logramos el consenso en la persona del Hermano Francisco Leonel de Cervantes Lechuga. Su preparación académica calificada, su experiencia administrativa probada y su personalidad que no carecía ciertamente de perspicacia y firmeza, respaldaban nuestra propuesta. Contaría, además, con el respaldo decidido de la comunidad. Así fue como la Junta de Gobierno lo nombró tercer rector de la Universidad La Salle, institución joven de apenas doce años. Sin desmerecimiento de su fundador, el doctor Hermano Manuel Álvarez Campos ni de su sucesor el doctor Hermano Guillermo Alba López, la Universidad recibió con Paco (Dr. Hermano Francisco Leonel de Cervantes Lechuga), al frente durante los nueve años de su rectorado, un impulso definitivo en su desarrollo tanto académico como administrativo y también en la infraestructura.

Durante los años que fue rector, recibía a los estudiantes, maestros, directivos, personal, padres de familia y personas en general dos veces por semana sin previa cita, martes y jueves por las tardes. Además, aprovechó estos años para impartir la asignatura de Historia de la Cultura en sexto de bachillerato. Cada clase exponía varias ilustraciones bien seleccionadas. Escribe un Hermano:

> Su preparación intelectual y profesional no se detuvo en el Doctorado. Como rector de la Universidad La Salle, siguió cursos de derecho laboral relacionados con el sindicalismo y presentó de manera brillante una ponencia acerca

del tema, que le mereció ser aceptado como miembro de la Academia Mexicana de Derecho.

Entre sus logros más significativos durante sus nueve años de rectorado en la Universidad está[3] la compra de diversos predios alrededor de la Universidad, con ayuda de varios abogados, con lo que se amplió de manera significativa el campus. Escribe un Hermano:

> En cuanto a la infraestructura, con la finalidad de ampliar locales o hacerlos más funcionales, la Universidad La Salle adquirió varios predios colindantes o muy cercanos a Benjamín Franklin núm. 26, tanto del lado de Carlos B. Zetina como de Francisco I. Murguía.

En materia de infraestructura física, y dentro del campus, se construyeron el auditorio Pierre Lyonnet, la cafetería central y los laboratorios de ingeniería en 1975. Pero lo más importante fue la construcción de la biblioteca central, que confirió a la institución una dimensión importante, aunque la inauguración se hizo hasta la siguiente administración. Por consejo del director, en 1977, se trasladó la Escuela Mexicana de Medicina a Tlalpan, en unos locales provisionales junto a las casas de formación, pero exclusivos para ellos (los alumnos les llamaban coloquialmente "los gallineros"). Estos estaban cercanos a la zona de hospitales, lo que constituyó todo un acierto (las instalaciones definitivas vinieron años después). Se hicieron obras de adaptación a los campos deportivos de Santa Lucía, que dieron origen a la Unidad Deportiva Santa Lucía.

En 1975, inició la licenciatura en Ingeniería Cibernética y Ciencias de la Computación. Esta carrera estuvo incorporada a la Secretaría de Educación Pública (SEP) desde su inicio. Comenzó a funcionar el Laboratorio de Lógi-

[3] El Hermano Francisco considera entre sus logros más significativos en esta etapa como rector de la Universidad los siguientes: el respaldo del rector Guillermo Soberón y de Jorge Carpizo, su antiguo alumno, ante los problemas surgidos dentro de la Universidad; la compra de varios predios, con ayuda de varios abogados; el inicio del campus deportivo con ayuda del profesor Lazcano, cuya primera piedra puso el Hermano superior general José Pablo Basterrechea; la compra del terreno y el inicio de la biblioteca; la compra del edificio en Mazatlán y Patriotismo. También considera la participación en la fundación de varios organismos universitarios: la Asociación Internacional de Universidades Lasallistas (AIUL), fundada en Cocoyoc, Morelos, con la presencia del Hermano José Cervantes, consejero general; la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC); la Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior (FIMPES); y la fundación del Sindicato Autónomo de Trabajadores de la Universidad La Salle (Satulsa), que quedó al frente del doctor Enrique Rivero Borrell.

ca Digital como parte del Departamento de Matemáticas, Computación y Sistemas. Fueron inaugurados los talleres de ingeniería el 23 de marzo de 1976. Tuvo lugar el primer intercambio de maestros y alumnos de la Escuela Mexicana de Arquitectura con la Universidad de Arizona; y el Instituto de Ciencias Religiosas abrió los primeros cursos impartidos en sistema abierto.

La institución dio un importante paso hacia la madurez al comenzar los posgrados y surgir las maestrías en Enseñanza Superior y en Planeación y Sistemas, en 1975, gracias al esfuerzo del doctor Jorge Muñoz Batista y de los ingenieros José Ángel Gallegos y Jaime Palacios. Años más tarde, también surgieron las maestrías en Ingeniería Económica y de Costos y la de Restauración de Monumentos y Sitios, en 1977; y la maestría de Administración, en 1978. Como corolario de esta importante estructura, en 1979 fue creada la Dirección de Posgrado e Investigación, a cargo del ingeniero Adolfo Cervantes Ruiz; surgía así un modelo con el que se agruparía a los posgrados bajo la coordinación de una entidad específica, en vez de hacerlo depender directamente de las Escuelas correspondientes.

En 1980, el Instituto de Ciencias Religiosas en la Universidad ofreció por primera vez la licenciatura en Ciencias Religiosas en sistema escolarizado, pero obtuvo su reconocimiento de validez oficial de estudios hasta 1995 (con el cambio de la relación Iglesia-Estado y las leyes correspondientes). Igualmente, en 1980, la Escuela de Arquitectura solicitó autorización para dar un reconocimiento a maestros eméritos. La SEP pidió a la Escuela de Filosofía ayuda para introducir la metodología axiológica a las primarias del país, con ayuda de los maestros Jorge Muñoz Batistas y José Antonio Dacal Alonso.

La planeación en la Universidad La Salle, aunque venía realizándose desde el año 1970 con acciones muy bien logradas, tuvo un momento de madurez al iniciar el curso 1983-1984, cuando se creó el Centro de Planeación, cuya misión fue dirigir el proceso de planeación en la Universidad, y funcionó de hecho como una oficina de planeación. Además, el 14 de marzo de 1984 se reestableció de nueva cuenta la Comisión de Planeación, integrada por el rector, el vicerrector, algunos directores de escuelas y un director del sector administrativo. La Comisión actuó como grupo de estudio y análisis, vinculado a Rectoría, para todos los asuntos relacionados con la planeación institucional.

El área académica se vio reforzada por la fundación del Departamento de Difusión Cultural en 1974, del Departamento de Humanidades en 1975, la apertura de la Casa de la Cultura, la creación de Servicios Médicos La Salle (Servimed) en 1976, y la fundación de la Dirección de Servicios Educativos en 1977.

Paralelamente a este crecimiento en el área académica, en esta etapa se desarrolló el área administrativa. La institución había crecido y requería una estructura administrativa acorde con dicho crecimiento. En la gestión del Hermano Leonel nació la Vicerrectoría Administrativa, al frente del contador público Rogelio Barrón Rodríguez, y la Vicerrectoría Académica, que ocupó el ingeniero Arturo Rojas de Bengardi en un principio, y después el maestro César Rangel Barrera. Escribe un Hermano:

> Con respecto a la gestión, pasó de la Secretaría General a la Vicerrectoría Académica y la Vicerrectoría Administrativa; el establecimiento de comisiones, la diversificación de Secretarías de las Escuelas, en Académica y Administrativa.

Otro aspecto importante de esta etapa fue la representación de los estudiantes, que dio lugar al Consejo General de Alumnos; y la Asociación de Exalumnos Siempre Unidos. Se iniciaron las labores de la comunidad de padres de familia. En estos años, se publicaron por primera vez la *Gaceta ULSA* y *Diez días*, de Rectoría, que ha continuado a lo largo de los años.

Igualmente comenzó a establecerse una serie de reglamentaciones. Junto con el Hermano César Rangel, vicerrector y otros colaboradores trabajaban los sábados para empezar a crear la parte reglamentaria de la Universidad; luego le dio pulimento el maestro Jorge Muñoz Batista, para que se tradujera el espíritu de La Salle en la normativa. De ahí nacieron los primeros estatutos de la Universidad La Salle como una Universidad plena, que, si bien tenía un modelo comunitario y personalizado, poseía también un corpus que dotaba a los miembros de obligaciones y derechos. A la Escuela de Filosofía se le encomendó la revisión del ideario de la Institución para realizar la redacción correspondiente, como se presenta actualmente.

Junto con varios rectores del país, el Hermano Francisco Leonel pugnó por la creación de la FIMPES, que sirvió para instituir un organismo de integración del sector educativo de educación superior privado y construiría unos conceptos innovadores como la certificación de la calidad educativa. Sobre las relaciones universitarias nacionales e internacionales, escribe un Hermano:

> No puedo dejar de mencionar el fortalecimiento y la ampliación de las relaciones de la Universidad La Salle con las organizaciones tanto nacionales como internacionales e igualmente de la Iglesia: en México, la Comisión de Educa-

ción y Cultura; en América Latina, el departamento correspondiente del Centro Episcopal Latinoamericano (Celam), y a nivel mundial, el Dicasterio para la Cultura y la Educación. Respecto a este último, recuerdo muy bien la visita del secretario de esta instancia, a quien Paco colmó de atenciones y apoyo en el desempeño de los fines de su visita e, incluso, en el aspecto turístico. Asistió a la reunión internacional acerca del tema de la interdependencia tecnológica, a celebrarse en la Universidad de Lovaina, Bélgica, donde disfrutaba del arte y de la cultura en general, su especialidad.

Con respecto al apoyo al ámbito de educación lasallista, escribe un Hermano:

Como rector apoyó al Distrito (provincia lasallista) de México Sur en todo lo que estaba en sus manos poder hacerlo. Por ejemplo, cada vez que se celebró algún Congreso de la Familia Lasallista, ya sea a nivel local, distrital, nacional o internacional, ofreció todos los recursos necesarios para participar activamente e involucrar a maestros y funcionarios a la comunidad de padres de familia y a los estudiantes y exalumnos. En especial, doy testimonio de su apoyo incondicional entre 1979 a 1984, con motivo de los encuentros regionales y mundiales de jóvenes lasallistas, de los congresos mundiales de la familia lasallista, lo que valió, en particular, que los jóvenes asumieran durante un periodo la Coordinación Mundial de los grupos de jóvenes lasallistas.

Y sobre su desempeño en la vida comunitaria, agrega: "Su participación en la vida comunitaria, además de simpática y espontánea era muy fraterna, sin privilegios que hubieran podido considerarse como debidos a su función de rector de la Universidad".

Durante su gestión se incrementó grandemente el número de estudiantes de licenciatura y posgrado, indudablemente por varios factores, pero también gracias a la continua y gran actividad y eficiencia del Hermano Francisco Leonel de Cervantes siempre que desempeñaba un puesto.

Escribe uno de sus colaboradores:

Del Hermano Francisco Leonel de Cervantes como rector de Universidad La Salle y mi jefe cuando fui director de Servicios Escolares tengo recuerdos muy felices.

Él era muy alegre, muy cercano a todos, de alguna manera nos trataba como sus alumnos queridos porque, aunque éramos sus subordinados, éramos también muy jóvenes.

> Era muy afable y era capaz de quitarle solemnidad y formalidad a su investidura, saludándonos desde su ventana o brincando por la misma ventana de su oficina al patio para platicar con alguien que iba pasando o para llamarle la atención a algún alumno.
>
> Fue una época de crecimiento y florecimiento para nuestra universidad, animada con gran optimismo desde la Rectoría.

Una estancia en Europa

Al terminar su gestión de rector, al Hermano Francisco, con poco más de cincuenta años de edad, se le ofreció la oportunidad de participar en un curso de renovación espiritual entre 1983 y 1984 en el Centro Internacional Lasaliano (CIL) en Roma. Refiere un Hermano que ahí recibió comentarios muy positivos de sus compañeros participantes.

Para la preparación del Capítulo General de los Hermanos en Roma se le pidió que formara parte de la comisión preparatoria del Capítulo General entre 1984 y 1986. Escribe un Hermano:

> Su preparación, su experiencia y su particular eficacia como ejecutivo merecieron que los superiores de Roma lo designaran miembro de la comisión preparatoria del 41.º Capítulo General en 1986.

De regreso de Europa, en 1986, llegó a la ciudad de León, Guanajuato como vicerrector a la Universidad del Bajío, A. C. (UBAC), con miras a ocupar la Rectoría; permaneció algunos meses, pero como hubo falta de acuerdo, se le retiró del puesto.

En 1987, el obispo Javier Lozano Barragán solicitó al Hermano visitador un Hermano preparado en pedagogía para que se encargara del Departamento de Educación del Celam en Bogotá, Colombia. El asignado fue el Hermano Francisco Leonel, quien se desempeñó en el puesto de 1987 a 1989. Durante su estancia, sufrió un secuestro de cuatro días por parte del grupo guerrillero M-19.

Al regresar, estuvo durante un año como profesor en el Colegio La Salle en el puerto de Veracruz, y en 1991 regresó al Colegio Benavente, en Puebla, donde se desempeñó como director durante dos años.

Regreso al Colegio Cristóbal Colón de Lomas Verdes

En 1993 regresó a su querido Colegio Cristóbal Colón, pero en sus instalaciones de Lomas Verdes, Estado de México. Se desempeñó ahí como director de

la secundaria matutina, por unos años, y después, en el mismo puesto, en la secundaria vespertina. Los últimos años los ha dedicado al ejercicio del magisterio que tanto aprecia desde hace más de setenta años.

Su estancia en el Colegio Cristóbal Colón en 1938 como alumno; su tiempo como estudiante en la Normal Cristóbal Colón y como maestro en Sadi Carnot; su continuidad en la Universidad La Salle y nuevamente en su sede en Lomas Verdes suman más de sesenta y cinco años, lo que lo llena de orgullo y satisfacción.

Anexo

Escribe un colaborador:

Mi experiencia con el Hermano Francisco Leonel de Cervantes

Lo conocí por primera vez en 1963, cuando ingresé a la preparatoria en las instalaciones ubicadas en la Av. Benjamín Franklin núm. 47, porque él impartía la clase de Historia; lo conocía de vista y por referencia de otros compañeros.

Varios años después, cuando estaba cursando el 4° año de la carrera de Contador Público, por recomendación del Hermano Guillermo Alba López, el Hermano Agustín López Pacheco me ofreció que llevara la contabilidad de la secundaria del Colegio Cristóbal Colón en las instalaciones de Sadi Carnot núm. 13, muy cerca de la avenida San Cosme, en la colonia San Rafael. Además me encargaron que llevara la contabilidad de las inmobiliarias propietarias de los predios y edificios donde operaban tanto la primaria como la secundaria. En esa época, los hermanos decidieron que se construyeran nuevas instalaciones en Lomas Verdes y me tocó entonces llevar la contabilidad de esas construcciones; yo tenía mucho contacto con el Hermano Guillermo Alba que entonces era el ecónomo del Distrito Sur y me invitó a participar en el Consejo Económico del Distrito. Llegó el momento en que el Colegio no podía sufragar los gastos de inversión que se requerían y fue cuando intervino y tomó el control don Guillermo Alba. Entonces el Consejo Económico designó al Hermano Francisco Leonel de Cervantes para supervisar las obras y tomar el control. Ahí volví a tener contacto con él. Conmigo fue siempre muy cordial, aunque exigente; en cuestiones de dinero era muy cuidadoso y estricto.

A finales de 1969, decidí entrar al postulantado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, lo que me llevó a tener que entregar las contabilidades que lleva-

ba del Colegio Cristóbal Colón y de las inmobiliarias. Tomó el control el Hermano Francisco Leonel de Cervantes y les entregué a Lolita Alba y a Luz María. Por cierto, tuve que convencer a Don Guillermo Alba de que aceptará a Lolita porque, como era su hermana, él no quería porque decía que era nepotismo.

Estuve en el postulantado y en el noviciado aproximadamente dos años y cuando me retiré de la congregación entré a trabajar al despacho de Contadores y Auditores Gossler, Ceniceros y Cía, S. C. Después me invitaron a colaborar como auditor en el Comité del Plan Federal para el Control de Escuelas.

En 1973, el rector doctor Guillermo Alba me invitó a colaborar dentro de la Universidad La Salle en dos puestos: como contador de la universidad y como secretario Académico de la Escuela de Contaduría y Administración. Con esa decisión, por primera vez, el doctor Alba realizó un cambio administrativo importante que la contabilidad se llevara dentro de la Universidad La Salle y la creación de un área de Recursos Humanos; así permanecí durante dos años hasta que terminó su rectoría el Dr. Alba. Lo sucedió a mediados de 1974 el Dr. Francisco Leonel de Cervantes, quien me dio a elegir entre quedarme como secretario Académico de la Escuela de Contaduría y Administración o ser tesorero de la Universidad La Salle. Escogí quedarme como tesorero. Ahí tuve una relación muy intensa con el Hermano Leonel de Cervantes. Con su apoyo y la asesoría del maestro Armando del Barrio, se hicieron grandes innovaciones en la organización y en los procedimientos administrativos y financieros dentro de la Universidad La Salle. Se promovió la creación del Sindicato de Trabajadores de la Universidad La Salle y también se conformó la unión de padres de familia y se dio un impulso al Consejo de Alumnos.

En 1976, un buen amigo, José Antonio Ugarte Romano, quien fungía como coordinador de asesores del presidente López Portillo, me invitó a través de otro amigo, Fermín Salcedo Courtade, como contador de industrial de abastos (IDA), el rastro de la Ciudad de México. Al retirarse Fermín Salcedo, me quedé como contralor y director de Finanzas de la institución, ahí duré tres años aproximadamente. Sin embargo, como ya había establecido una buena amistad con el Dr. Leonel de Cervantes, nos veíamos para platicar de vez en cuando. Así, a principios de 1979, el Hermano Leonel de Cervantes me invitó a regresar a trabajar a la Universidad La Salle, aunque de momento no me dijo exactamente en qué puesto.

Fue en junio de 1979, durante la ceremonia en que presentó el informe por el segundo trienio de su gestión como rector, cuando el Dr. Francisco Leonel de Cervantes, en pleno informe, para mi sorpresa y la muchos en la universi-

dad, anunció mi nombramiento para encabezar las funciones administrativas de la Universidad La Salle.

En poco tiempo, a propuesta del doctor Leonel de Cervantes, y por acuerdo de la Junta de Gobierno, me ratificaron el nombramiento como vicerrector administrativo de la Universidad La Salle.

Inició para mí una nueva etapa en la relación con el Hermano Francisco Leonel de Cervantes. Aprendí mucho de él, era una persona sumamente activa, atendía a todo mundo, la Rectoría siempre estaba de puertas abiertas. Fue una época de un trabajo intenso, me indicaba y enviaba a través de distintos medios (por escrito o telefónicamente) un promedio de veinte pendientes diarios que debía atender e informarle el resultado. El Hermano Francisco delegó en mí la responsabilidad de las funciones administrativas y me dio amplia libertad para proponer cambios estructurales, bajo su supervisión y la de órganos como el Consejo de Finanzas y la Junta de Gobierno.

Podría yo calificar al Hermano Francisco Leonel como una persona de gran calidad humana, siempre apegado a la normatividad para la toma de decisiones. Por aquel tiempo, fue un hombre justo, alegre, buen cristiano, tenía su genio y se molestaba cuando alguien cometía alguna falta que afectara los intereses de la Institución, pero a la vez era comprensivo y tolerante. He mantenido con él una buena y fructífera amista por casi cuarenta y cinco años.



César Mauricio Rangel Barrera, *fsc* (Anastasio José))

(22/09/24-09/06/2020)

A manera de introducción

Los jóvenes y el acompañamiento

Los jóvenes están buscando a hombres y mujeres fieles que les guíen en su caminar y que expresen la verdad, dejándoles la capacidad de articular la comprensión de su fe y de su vocación. Dichas personas no tienen que ser ejemplo para imitar, sino testimonios vivos, que evangelicen con su propia vida. Son muchos los que pueden cumplir estas expectativas: rostros familiares que están en sus hogares, colegas en la comunidad local o mártires que dan testimonio de su fe a través de la entrega de su vida.

Las cualidades de dicho mentor incluyen que sea un auténtico cristiano comprometido con la Iglesia y con el mundo; que busque constantemente la santidad; que comprenda sin juzgar; que sepa escuchar activamente las necesidades de los jóvenes y pueda responder con gentileza; que sea muy bondadoso y consciente de sí mismo; que reconozca sus límites y que conozca la alegría y el sufrimiento que todo camino espiritual conlleva.

Una característica especialmente importante en un mentor es el reconocimiento de su propia humanidad. Que son seres humanos que cometen errores: personas imperfectas, que se reconocen pecadores perdonados. Algunas veces, los mentores son puestos sobre un pedestal, y por ello cuando caen pro-

vocan un impacto devastador en la capacidad de los jóvenes para involucrarse con la Iglesia.

Los mentores no deberían llevar a los jóvenes a ser seguidores pasivos, sino más bien a caminar a su lado, dejándoles ser los protagonistas de su propio camino. Deben respetar la libertad que el joven tiene en su proceso de discernimiento y ofrecerle herramientas para que lo haga bien. Un mentor debe confiar sinceramente en la capacidad que tiene cada joven de participar en la vida de la Iglesia. Por ello, un mentor debe simplemente plantar la semilla de la fe en los jóvenes, sin querer ver inmediatamente los frutos del trabajo del Espíritu Santo. Este papel no debería ser exclusivo de los sacerdotes y de la vida consagrada, sino que los laicos deberían poder igualmente ejercerlo. Por último, todos estos mentores deberían beneficiarse de una buena formación permanente.

Documento final reunión presinodal
"Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional"

Su familia y sus primeros años (1924-1937)

César nació en la casa E del edificio Condesa, en la calle Mazatlán de la colonia Condesa en la Ciudad de México, el 22 de septiembre de 1924.[1] Fue hijo de César Rangel Esquivel y Guadalupe Barrera Ramírez, casados el año anterior. Su papá provenía de una familia de mineros en Pachuca y trabajaba como mayor en el ejército. En este empleo, en 1928, le tocó cuidar y trasladar a José de León Toral, que también era maestro de Dibujo en el colegio lasallista de San Borja. José, al recibir un buen trato, le agradeció con un dibujo de Cristo en la cruz.[2] La mamá de César era originaria de Morelia. César tuvo también una hermana, Lupita, a la que siempre procuró.

Cuando él era pequeño, por el trabajo del papá, que fue nombrado inspector de Pesca, la familia se trasladó a Ensenada, Baja California. Al regresar, falleció el papá; su hermana y él quedaron bajo el cuidado de su mamá, y contaron con el apoyo y la ayuda económica de un tío materno, antiguo alumno de los Hermanos en Morelia, que lo encaminó a que estudiara con ellos.[3]

---

1 Para conocer un poco más sobre la situación política y social de México en tiempos del biografiado, véase datos e información expuestos en la biografía del Hermano Manuel Álvarez.

2 Se destacan dos aspectos: la confianza de que fue objeto, al darle un encargo tan delicado y comprometedor en esa situación, así como su buen trato, que será una constante en la familia.

3 El tío pertenecía a la masonería.

Ingresó a los grupos clandestinos lasallistas de primaria dependientes de la Escuela Preparatoria y Comercial, en departamentos de la calle de Puebla núm. 34 y Av. Chapultepec núm. 186, en la Ciudad de México. Era febrero de 1937. Ingresó a sexto de primaria con un joven maestro, el Hermano Rafael Chávez Huacuja, muy buen maestro, con gran preparación e influencia entre los estudiantes;[4] también recibía clase del Hermano José Sotelo, titular del otro grupo; un Hermano daba clase de inglés en ambos grupos y, el otro, de francés; gracias a esto, César pudo avanzar en ambos idiomas; el inspector era el Hermano Ángel Campuzano, conocido como Papi Campos.

Su ingreso a las casas de formación (1937-1944)

Al tratar con los Hermanos, le surgió la vocación[5] gracias a la invitación de su maestro de sexto año. Su reclutador fue el Hermano Manuel Ibarrola Buhl.

Se avecinaba un problema. Su mamá, viuda, confiaba en él, por ser el varón mayor, para que le ayudara con la familia, pero ella, en un acto de confianza mayor en la providencia de Dios, con gran generosidad le dio permiso de entrar con los Hermanos, sin poner obstáculo o condición.

Ingresó al noviciado menor (aspirantado) de Tacubaya, en la Ciudad de México, el 29 de diciembre de 1937. Tenía 13 años de edad y empezó a cursar el primer año de secundaria. Desde el principio mostró la firmeza de su carácter y su buen juicio. Su primer director fue el Hermano José de Jesús Muñoz (Bernardino Felipe), pero al mes llegó el nuevo director, el Hermano José Elcoro A. (Bautista Emilio), con el que tanto se identificó gracias a su estilo educativo, muy abierto a los jóvenes y a las actividades que realizaba. En estos años, adquirió una escritura muy pulida y clara, que fue admirada por todos; igualmente, aprendió a tocar el acordeón, así como a pintar. Entre sus compañeros —y más tarde Hermanos— estuvieron José Luis Casillas, Fernando Servín, Alfonso Cendejas, Miguel Cacho, Armando Carrillo, Fermín González, Manuel Arróyave (del que fue su ángel custodio),[6] Rodolfo Mendoza y Gilberto Mar-

---

4 El Hermano Rafael Chávez Huacuja (1917-1969) impartía clases por primera vez ese año, pero se desempeñaba como si fuera experto. Fue un gran reclutador, varios jóvenes ingresaron con los Hermanos gracias a su liderazgo y atinada labor vocacional.

5 En un testimonio escribe: "Tenía sentido del humor y generalmente se le veía contento. Él decía (me lo contó hace unos veinte años) que decidió ser Hermano Lasallista porque cuando fue alumno en el Colegio Francés San Borja [grupo de sexto de primaria, clandestino], siempre veía contentos a los Hermanos lasallistas, sus profesores, y un día decidió: 'Yo quiero ser y vivir como ellos'".

6 Cuando llegaba un nuevo novicio menor, le ponían un tutor durante un mes, para que lo asesorara mientras se aclimataba. De ahí la figura del ángel custodio.

tínez, así como otros que no siguieron de Hermanos, pero a quienes continuó tratando con gran amistad (Pedro Estudillo, Leoncio Monjarás).

Un compañero describe el noviciado menor de aquel tiempo y la educación y formación que se impartía en el sexto de primaria y los tres años de secundaria:

> El noviciado menor, desde 1928, cobijaba providencialmente este semillero espiritual: calle Observatorio núm. 80. Con el nombre oficial de Internado Zaragoza de Enseñanza Comercial y de Idiomas aparece en público.
>
> Su historia es prácticamente "sin historias" o son tan ordinarias y sencillas como las hay en todos los centros de estudios: trabajo, lucha para superarse y para conseguir un ideal modelador de toda una vida, para ser un educador. El contingente de los candidatos es significativo de la dureza de las circunstancias. De 34 en 1934, oscila enseguida a 23, 13 (1936), 25, 35 y marcó 43 en 1940 para seguir ascendiendo. Son doce profesores Hermanos que los atienden con esmero.
>
> En el noviciado menor de Tacubaya, César cursó la secundaria los años 1938, 1939 y 1940, aunque los registros oficiales se llevaban en el Colegio Cristóbal Colón. El director del aspirantado era el Hermano José Elcoro (Bautista Emilio), magnífica persona, buen religioso y muy buen maestro. Teníamos, además, otros Hermanos que también ayudaban en nuestra formación y educación: Víctor Bertrand, José de Jesús Muñoz, Gérard Vacher, Alfonso Sanabria, José González, Larrauri, Javier Velázquez, etcétera; en general muy buenos maestros.
>
> En esos años, eran entre 30 y 40 aspirantes; entre los principales y más conocidos estaban los hermanos Pablo, Raymundo y Humberto Cantú; Salvador y Chema Navarro; los hermanos Renero de Puebla; Leoncio y Humberto Monjarás; César Rangel, Gilberto Martínez, Antonio Carrillo, los hermanos Miguel y Luis López, Manuel Arróyave, Rodolfo Mendoza; José Luis Casillas, Salvador Yeo, Fernando Servín, Heriberto García y Alfonso Cendejas; estos últimos dos o tres años mayores que los demás.
>
> La educación que se impartía esos años fue muy buena, pues junto con la formación religiosa, se impartieron todas las materias del programa oficial, además clases de cortesía y mucho deporte: fútbol, básquetbol y béisbol.
>
> El noviciado menor estaba organizado tipo *scout*:[7] patrullas, pistas, campamentos, especialidades, formación de jefes, etc., pero, sobre todo, amor al

[7] El Hermano César, años después, ya como maestro y formador, tomó el estilo educativo del Hermano José Elcoro A., tipo *scout*, con los novicios menores o aspirantes.

trabajo y al servicio de los demás. Un día a la semana había educación musical, piano, armonio, violín, acordeón o guitarra.[8] En noviembre de 1940, terminado el tercer año de secundaria, con sus cosas, que eran pocas, enviaron a sus compañeros y a él a la casa vecina, más pequeña que el aspirantado, para hacer dos meses de postulantado.

En esa casa vecina se encontraba el noviciado, cuyo director era el Hermano Antonio María Lozano y el subdirector, el Hermano Víctor Bertrand. Hubo un gran encierro durante doce meses; el Noviciado se inicia con la toma de hábito, donde se ponía el nombre religioso como Hermano; para César su nuevo nombre fue Anastasio José, por eso se le conoció como Hermano José.[9] Para el Hermano César fueron meses muy provechosos, de intensa vida espiritual, algo en lo que siempre sobresalió.[10]

Al terminar el 3° de secundaria y contar con 16 años, César pasó, con sus compañeros, como postulantes, al noviciado en Tacubaya, el 24 de noviembre de 1940. Revistieron el hábito de los Hermanos el 25 de enero de 1941, día que, tal como lo expresaba, siempre consideró como el más feliz de su vida. Recibió el nombre de Hermano Anastasio José. El director era el Hermano Antonio María Lozano y el subdirector, el Hermano Víctor Bertrand. Emitió sus primeros votos el 2 de febrero de 1942. Como la casa era poco soleada y muy fría, durante el noviciado padeció sabañones, que le dejaron marcas en los dedos.

Para continuar sus estudios, pasó al escolasticado en la casa de la quinta Los Olivos, Coyoacán, Ciudad de México. El director era el destacado Hermano y doctor Fernando Anzorena (Bautista Fernando), al que siempre admiró, entre otras cosas, por su gran preparación académica. Tuvo el privilegio (así lo expresaba) de ser, junto con los Hermanos escolásticos José Luis Casillas, Salvador Yeo, Alfonso Cendejas, Fernando Servín Díaz Barriga y Armando Carrillo, de los alumnos fundadores de la primera normal incorporada, la Normal Cristóbal Colón, y concluyó sus estudios de maestro de primaria en noviembre de 1944.

La escuela normal se encontraba en las instalaciones del Colegio Cristóbal Colón, ubicado en la calle Sadi Carnot, en la colonia San Rafael, Ciu-

8 Gracias a estas clases, César aprendió acordeón.

9 De ahí que se le conociera como Frère José, *Fre Pepo*.

10 El Hermano César tuvo la costumbre de tomar notas con su excelente letra en pequeñas libretas de sus propósitos religiosos y espirituales, para darles puntual seguimiento.

dad de México, cerca del Monumento a la Revolución. Los escolásticos iban de Coyoacán al Colegio Cristóbal Colón de lunes a viernes, en autobús propio manejado por el Hermano Miguel Martínez, para cursar allí la carrera de Maestro de Primaria; en el trayecto estudiaban el catecismo del Instituto.

Los maestros en la normal eran profesionales de calidad, estaban, por ejemplo Gutiérrez Hermosillo, Montes de Oca, el licenciado Lorenzo Cossío, entre otros. En todas las materias, se distinguía el Hermano César por su gran desempeño académico. A partir del segundo año de normal, practicaban en un grupo de primaria del mismo Colegio Cristóbal Colón, donde durante todo el año impartían el catecismo y una materia, lo que entrenó al Hermano César para desempeñarse como maestro.[11]

Posteriormente, cursó su bachillerato en el área de Matemáticas. De 1945 a 1949, estudió la normal superior en Saltillo, igualmente con la especialidad en Matemáticas. En 1950 concluyó el curso medio de estudios religiosos propios de los Hermanos. De 1967 a 1968 estudió la maestría en Sociología en la Universidad Católica de Washington. Más adelante, estudió dos semestres del doctorado en Sociología en la Universidad Iberoamericana, gracias a la beca que le concedió el rector, y ya después del 2000 realizó los estudios académicos del doctorado en Educación en la Universidad La Salle. Además del idioma español, hablaba y escribía a la perfección el francés y el inglés.

Emitió sus votos trienales en 1946, en Coyoacán, Ciudad de México, y sus votos perpetuos el 15 de agosto de 1949, en la ciudad de Saltillo, Coahuila, precedidos de un retiro de treinta días, en 1948, en la misma ciudad. Estuvo en Roma, Italia, de 1957 a 1958 en un curso de renovación espiritual, el segundo noviciado, bajo la dirección del Hermano Clodoalde.

Su primera comunidad: el Colegio Ignacio Zaragoza, Saltillo, Coahuila (1944-1951) [12]

Los Hermanos llegaron a la ciudad de Saltillo, Coahuila en 1907. Se hicieron cargo del asilo y de una escuela gratuita. A raíz de la revolución dejaron la

[11] El Hermano César destacó en su vida más como educador, por su influencia moral, que como maestro enseñante.

[12] Terminada la Segunda Guerra Mundial, se organizó en el Instituto el Capítulo General de 1946, donde salió electo como asistente para algunos países de América Latina el Hermano Antonio María Lozano, mexicano. En 1947, se creó el Distrito de México, al que se separó de las Antillas y fue nombrado visitador el Hermano Bernardo Grousset. El Hermano superior general Athanase Emile visitó México en 1948, y comenzó la fundación acelerada de numerosas instituciones educativas a partir de 1949.

ciudad en 1914. Regresaron en 1937 y abrieron una escuela de comercio, que incluía una secundaria y los grupos de primaria.

Años después de la refundación, el 29 de diciembre de 1944, llegó el Hermano César al Colegio Ignacio Zaragoza, en Saltillo, Coahuila, donde atendió por un año al sexto de primaria; y entre 1946 y 1951 fue profesor de Matemáticas, Física, Química y Religión en secundaria. Había dos comunidades cercanas: la del Colegio Regiomontano, en Monterrey, y la del Instituto Francés de la Laguna, a las que frecuentaba de vez en cuando, y con las que se organizaban los retiros anuales, a los que se unía la comunidad de Guadalajara.

Como director estaba el Hermano Pierre Lyonnet, con quien se identificó plenamente por el escultismo; posteriormente, estuvo el Hermano Carlos Thierry, que llevó muy bien al Colegio y la comunidad. Entre los compañeros de comunidad estaban los Hermanos Paul Ayel, inspector del Colegio; Javier Bordes; Fermín González; Rodolfo Mendoza; y otros más. Entre ellos reinaba un ambiente fraterno y cordial.

Además de sus clases, el Hermano César fue jefe *scout* del grupo del Colegio y estuvo al frente de la congregación mariana. Como se escribió antes, durante estos años, por las tardes y las noches estuvo estudiando en la Normal Superior del estado de Coahuila, con especialidad en Matemáticas, lo que le permitió dar clases en secundaria de esta asignatura. Con esfuerzo y dedicación sobresaliente a lo largo de los años de estudio, concluyó el Curso Medio de Estudios Religiosos propios de los Hermanos en 1950; y, en 1949, pronunció sus votos perpetuos.

Durante su estancia en Saltillo, se gestó una crisis afectiva; se lo comentó al Hermano Pierre Lyonnet, quien le recomendó que de vez en cuando viera un Cristo; así lo hizo y logró superarla. Mientras el Hermano César estaba en Saltillo se constituyó el Distrito (Provincia) de México, el 1° de julio de 1947 y se separó de las Antillas (Cuba y Santo Domingo).

Las casas de formación de los Hermanos en Tlalpan

Una de las propiedades, la huerta de la Colostitla, ubicada en San Fernando y Fuentes, fue adquirida por el Sr. Mosser, de origen francés, quien cultivó en ella una huerta de ciruelos. En 1943, los Hermanos lasallistas la compraron para hacer de ella la casa de formación de los jóvenes que ingresaban al noviciado menor (sexto de primaria y secundaria). Se construyó un claustro, y se adaptaron y remodelaron unas construcciones en una esquina para los novicios; continuó gran parte de la huerta. La salud de los jóvenes resultó muy beneficiada, nunca hubo una enfermedad grave que lamentar.

Gracias a sus grandes cualidades humanas, religiosas y como educador, el Hermano visitador Bernardo Grousset le pidió al Hermano César pasar al noviciado menor de Tlalpan como profesor, pues el Hermano Víctor Córdoba partía a Roma al curso del segundo noviciado. El director de la casa era el Hermano Luis Lozano Bernal, hombre de gran personalidad y recia disciplina.

Llegó el Hermano César a Tlalpan el 10 de agosto de 1951. Se desempeñó como maestro titular de 3° grado de secundaria, como acompañante de los formandos y vigilante del dormitorio sur, donde implantó varias iniciativas, muy acertadas, gracias a su apertura de carácter. Fre Pepo, como se le conoció, sobresalió por su trato, siempre respetuoso, afable y cordial, dentro de un ambiente de libertad, muy adelantado para la época.[13] Estos años como formador en Tlalpan fueron de una gran entrega, abnegación y sacrificio sin medida, pero a la vez de gran alegría y don generoso de sí mismo y de gran impacto para los formandos, de firmeza y suavidad.

En 1955 llegó a ser el subdirector de dicha casa, hasta 1957, en que marchó a Roma al segundo noviciado, tiempo de renovación espiritual, bajo la dirección del Hermano Clodoalde. Ahí tuvo oportunidad de acrecentar su experiencia y visión lasallista para llegar a un mayor compromiso en su misión educativa y religiosa. Estando en Europa, adquirió varias partituras musicales que fueron usadas, a lo largo de los años, en las casas de formación.

Escribe un novicio menor de esa época:

> Cuando llegó al noviciado menor de Tlalpan, lo dinamizó mucho: organización en tipo patrullas *scouts*, juegos —hasta peligrosos— en los paseos, como el fañón aéreo,[14] competencias deportivas internas.
>
> Otra actividad también importante era la reflexión diaria con un dibujo alusivo al tema.[15] También las preguntas sobre música clásica que hacía en los paseos. Además, le dio otra dinámica a los campamentos anuales que se realizaban en la hacienda de la Asunción. Era muy apreciado por los novicios menores como formador, tanto en las clases que impartía como en las actividades que organizaba.

---

13 Su don de gentes, su sociabilidad, fueron sus grandes cualidades, era simpático, de buen trato, afable y empático. Tenía tacto para corregir. Parecen rasgos heredados de su papá y su mamá, parecido a su hermana Lupita, como se escribe antes.

14 Como se escribe antes, el juego de fañón consiste en portar una prenda a la altura de la cintura y el oponente trata de quitársela; pero el fañón aéreo lo realizan los oponentes trepados en los árboles; como hubo varios accidentados, se tuvo que suspender.

15 Fue la base de su libro *Reflexiones*, publicado en la década de los 60.

> Una cosa simpática que hizo fue la organización del dormitorio sur, que él vigilaba. Estábamos por categorías: los que nos bañábamos diario con el agua fría [helada] de Tlalpan, éramos los "osos polares" y los últimos de la categoría eran la "reserva masai", porque nunca se bañaban en la mañana.
>
> Un antiguo novicio menor

Maitor José: el aspirantado mayor (1958-1966) [16]

Al regresar del segundo noviciado, en 1958,[17] le confiaron la dirección de los novicios menores, con lo que se le llamó en *Maitor José* o Hermano José.

Durante su directorado tomó varias iniciativas muy positivas: cambió los días libres, que eran jueves y domingo, los recorrió al fin de semana, sábado y domingo, para que solamente se diera un día de inicio, el lunes; aprovechó para construir, con ayuda de los formandos, las canchas de futbol y basquetbol, así como la alberca, en lo que era la huerta; suprimió los animales de la granja, que gastaban más de lo que producían; con ayuda de la herencia de una tía religiosa, así como donativos de algunas comunidades (de los Hermanos Rafael Martínez y Bernardo Zepeda, en particular) y un préstamo[18] compró la espléndida finca de La Asunción, en Malacatepec, ahora Villa Donato Guerra, en el Estado de México, a la que iban de vacaciones los novicios menores desde hacía varios años. Igualmente, con ayuda de los formandos, edificó la Cruz de San Miguel en el Cerro de los Muñecos, cercano a la finca, bendecida el 24 de mayo de 1964.

Por parte del Hermano superior general venían a supervisar las casas de formación el Hermano visitador general. Cuando el Hermano César era director de Tlalpan, el vicerrector general era el Hermano Fernando Anzorena (Bautista Fernando), su antiguo director del escolasticado, que tenía fama de estricto. Al terminar la visita, no encontraba ningún aspecto que reprochar, por el contrario, lo felicitaba ampliamente.

En enero de 1964, se dividió el noviciado menor en dos etapas: el aspirantado menor de San José, cuyo director era el Hermano Adalberto Aranda Ra-

---

16 Maitor, de Hermano director.

17 Un hecho por demás chistoso, el Hermano encargado de comprar los boletos, adquirió uno para que regresara el Hermano César en barco, pero no vio inconveniente que fuera por Venezuela; lo que le valió para conocer Venezuela y Cuba, hasta llegar a México; con lo que quedó muy complacido.

18 El dueño del establo, que surtía la leche a la casa, un español, le concedió un "préstamo a la palabra". El establo estaba a dos cuadras.

mírez; y el aspirantado mayor de Nuestra Señora de la Estrella (*Notre dame de l'étoile*), cuyo director era el Hermano César Rangel Barrera. Los aspirantes mayores pasaron a residir en la misma propiedad, pero en las instalaciones del antiguo noviciado que había pasado a Santa Lucía, Ciudad de México. Cuando el Hermano César salió de Tlalpan al terminar 1966, su sucesor en el puesto fue el Hermano Adalberto.

Escribe un Hermano, compañero de esos años como formador de los jóvenes aspirantes en Tlalpan:

> Al dividirse el noviciado menor de Tlalpan, en enero de 1964, en los aspirantados de chicos y mayores, yo pasé medio asustado de la Comunidad del Simón Bolívar, Galicia, a formar parte del equipo de formadores de unos sesenta y cinco aspirantes menores que el Hermano César nos entregaba, para encargarse él de los mayores, que eran alrededor de cuarenta. ¿Qué puedo decir? Compartiendo la misma propiedad, aunque en casas distintas y autónomas, apoyándome en la magnífica organización que había establecido durante los seis años anteriores como director del noviciado menor con 100 y más adolescentes y jovencitos; contando siempre con su comprensión, su respeto, su amabilidad, su verdadera fraternidad y sus sabios consejos, no tardé en sentirme seguro y motivado para colaborar en proyectos comunes: transformación de la huerta en campo de futbol, mejoras y cuidado de la "haciendita" en la Asunción Malacatepec, pero, sobre todo, en aquellos años de *aggiornamento*, en la adaptación de los procesos de la formación de los aspirantes: mayor contacto con la realidad exterior, vacaciones en familia, espacios de educación para la responsabilidad personal, programas de estudios. Cuántos intercambios, cuántas preocupaciones puestas en común, cuántos proyectos durante aquellos paseos mensuales que realizábamos los directores de las cuatro casas de formación para nuestro descanso y para compartir nuestras ideas y nuestras preocupaciones.

Escribe un aspirante de esos años:

> Tengo muy buenos recuerdos del Hermano César. Él me recibió en el noviciado menor en 1962, con él terminé mi último año de secundaria en 1965. Inicialmente estábamos ubicados donde hoy están las instalaciones de la Facultad de Medicina de la Universidad La Salle y el último año ocupamos las instalaciones de lo que era el noviciado (cuando este se cambió a Santa Lucía).

Me tocó vivir varios cambios personales con él. La organización en mesas, los fines de año en la Asunción, las fogatas, las caminatas, los sábados de Tlalpan a las faldas del Ajusco o desde las faldas del Ajusco a la cumbre, como preparación para la subida al Popocatépetl, antes de pasar al noviciado. A mí me adelantaron un año el paso al noviciado, la razón que adujeron es que estaba "maduro para ello".

Lo que es cierto es que recuerdo que cuando tocaban el silbato nos teníamos que formar por mesas y levantar la mano cuando ya toda la mesa estaba completa. Se daban puntos y la mesa que obtenía más puntos recibía de recompensa una ida al balneario de Las Estacas. Nunca me tocó ir a Las Estacas. Tampoco me daba envidia el ir o no ir a Las Estacas, pero recuerdo que le dije en forma personal y respetuosa al Hermano José: "No estoy de acuerdo con los puntos que se dan a las mesas, porque estamos aquí, no para sacar puntos, sino porque nos interesa nuestro compromiso". Se lo dije porque firmemente creía que esa era la única razón de hacer lo que nos pedían, pienso que eso contribuyó a que me pasaran un año antes al noviciado.

Tengo un recuerdo muy grato de las posadas de Navidad. No recuerdo los cánticos y de hecho he intentado buscarlos, no eran la letra tradicional de las posadas, entiendo que era una letra y música de algún sacerdote josefino.

Recuerdo la trapeada a rodillas de los corredores de Tlalpan; los juegos que hacíamos cuando íbamos al campo o en las canchas de basquetbol. Llegué cuando se estaba inaugurando la alberca, aprendí a nadar en ella. Las fogatas en la Asunción fueron otro momento espectacular en nuestra vida y etapa de formación.

Trabajo en la UNAM desde hace más de 35 años, cuatro veces me han invitado a dar una conferencia. Una en la Normal, otra en el Benavente y dos en la Universidad La Salle Ciudad de México; en una de las dos conferencias estaba presente el Hermano José, cuando me acerqué a él me dijo: "Quiero que me ayudes a hacer mi tesis doctoral". Ya estaba apoyado por una enfermera, lo saludé con mucho cariño, pero nunca pudimos concretar esta demanda.

Un antiguo aspirante mayor

Otro testimonio de un antiguo formando del Hermano César:

Ingresé al noviciado menor en 20 de noviembre de 1962, procedente de la escuela Cristóbal Colón en la Villa de Guadalupe. El director era el Hermano César Rangel, vivió lo que fue su vocación. Era artista, disciplinado, estric-

to. Hacía ejercicio al caminar largas distancias con nosotros, escalábamos dos veces al año el Popocatépetl. No era atlético, pero imponía una disciplina férrea; nos cansaban con mucho ejercicio. Rezábamos varias oraciones durante el día. Su capacidad era mística, propició la consagración a la Virgen María. Fue el director de Hermanos trascendentes en la congregación, entre quienes estaban Raúl Valadez y Ambrosio Luna. Cuando se enfermó de hepatitis, me tocó encargarme de la limpieza de su despacho.

En las noches, al terminar el último rezo, después de la cena, se colocaba afuera de la capilla y, en privado, daba consejos. Nos propició grandes alegrías en la hacienda de la Asunción Malacatepec, ahora Villa Donato Guerra.

En esa época nos visitó el Hermano superior general Nicet Joseph y el que realizó el discurso en perfecto francés fue Emmanuel D'Herrera Arizcorreta, que había sido alumno en la escuela Cristóbal Colón.

No tuve una gran conexión con él, solamente fui testigo de un Hermano auténtico y entregado a sus funciones espirituales. Nuestras almas no se unieron como la comunión que tuvo con otros colegas, pero le atendí lo mejor que pude cuando tenía movilidad. Para distraerlo, lo llevé a Taxco y pasé muchos momentos de mi vida adulta con él. Cuando cumplió 90 años le organicé una gran comida en las instalaciones de la casa en que vivimos en Tlalpan. El discurso de su celebración lo dio el Hermano Manuel Velasco, con la profundidad de una vida consagrada a la educación.

Un antiguo aspirante mayor

Su estancia de estudio en Washington (1966-1969) [19]

Después de pasar largos años como formador, el Hermano asistente (consejero general) Rafael Martínez lo invitó a un tiempo de estudio en Washington, Estados Unidos, lo cual supuso una gran oportunidad de renovación personal y académica, y una ampliación de los horizontes. Dada su pasión por los fenómenos de la población y su entendimiento e interés por la gente, aprovechó para estudiar la maestría en Sociología en The Catholic University of America; vivía con los Hermanos en el escolasticado St. John's College.

[19] La década de los 60 fue una época de cambios. Se llevó a cabo el primer trasplante de corazón, el hombre llegó a la luna; hubo cambios sociales y protestas, como la encabezada por Martin Luther King y el movimiento del 68. También hubo cambios en la Iglesia, debidos al Concilio Vaticano II (1962-1965), y en el Instituto de los Hermanos, el 39° Capítulo General (1966-1967), que llevó a la aplicación de la renovación pedida por el Concilio y provocó esperanzas e inestabilidades.

Mientras estaba en Estados Unidos coincidió con su antiguo maestro Rafael Chávez Huacuja, que estaba formándose y estudiando para hacerse sacerdote en el seminario de vocaciones adultas. Como tenía necesidades económicas, le consiguió que impartiera clases de matemáticas en la Universidad, donde resultó un maestro sobresaliente.

Su estancia en Estados Unidos le dio una nueva visión del mundo y de la vida, sus formas de ser y actuar cambiarían en adelante. Puede considerarse que fue un Hermano César a Estados Unidos y regresó otro; aquella época fue un parteaguas en su vida. "Desde Washington, donde estuvo estudiando un par de años, yo recibía sus noticias y sus confiados comentarios sobre el impacto de apertura que le producía el contacto con la cultura y las costumbres de Estados Unidos", escribe un Hermano. Una vez terminada su maestría, regresó a México a principios de 1969.

Director del Colegio La Salle en León, Guanajuato (1969-1976)

Procedente de Estados Unidos, el 16 de febrero de 1969, el Hermano César llegó a León, Guanajuato. Se incorporó como maestro de 4° de bachillerato al Colegio La Salle y asumió la dirección de la obra el 15 de julio de 1970. Se trataba ya de una institución educativa en madurez, plenamente consolidada, que contaba con todas sus secciones y edificios respectivos. El bachillerato comenzó a ser mixto, lo cual lo llenaba de orgullo y de vez en cuando lo refería. Como director continuó impartiendo clases. Realizaba con los alumnos subidas al Popocatépetl. Se identificó grandemente con los leoneses, de tal manera que siempre nombró a la ciudad como "mi León". Conservó grandes amistades a lo largo de la vida: antiguos formandos, antiguos alumnos y sus familias.

Además, impartía la asignatura de Sociología de la Empresa en la recientemente fundada Universidad del Bajío. Diseñó el logotipo de la Universidad por petición del rector, el Hermano Manuel de Jesús Álvarez Campos, de quien fue un gran colaborador. Con él realizó viajes a congresos internacionales.

Durante estos años cobró su persona gran importancia entre los Hermanos del Distrito México Sur, dado su desempeño en las casas de formación y en el Colegio. Se le nombró integrante del Consejo de Distrito. En las votaciones para ocupar el cargo de Hermano visitador (provincial), alcanzó un buen número de votos y quedó entre los tres primeros lugares. Por ser consejero, realizaba continuos viajes de la ciudad de León a la ciudad de México, en los que manejaba el coche a gran velocidad. Dejó León en 1976. Su sucesor como

director fue el Hermano Sergio Flores Valle. Escribe un Hermano que estuvo en la misma comunidad estos años:

> Mi primer y único director de comunidad 1973-1976. De carácter muy apacible en todo lo que hacía, siempre de buen humor, con frecuencia se encontraba tarareando alguna melodía. Le gustaba la música de Gustav Mahler. A menudo estábamos los dos solos en la sala y ponía esos discos. Lo que admiré fue su caligrafía y, sobre todo, su firma que se me hace muy elegante y estética.
>
> Yo tenía el cabello un poco más largo que los demás, pero nunca me cuestionó por eso, al contrario, me regaló una secadora que me trajo de Estados Unidos. Me apoyó para obtener el certificado de preparatoria en el área ciencias exactas para poder estudiar en la universidad.[20]
>
> La convivencia siempre fue amable y cordial. Me apoyó en todas las actividades que tenía aparte de las clases, incluso me dejó tener un perro dóberman.
>
> En Sierra de Lobos, lugar donde estuvimos muchas veces en comunidad, hubo una convivencia. Recuerdo que en la charla que nos dio a todos los asistentes citó el pasaje del evangelio: "Ya no los llamaré siervos sino amigos...", y de ahí en adelante, en los demás encuentros, donde él estuvo presente lo vi como mi amigo y maestro: sencillo, fraternal, amable y paciente con algunas incomodidades que le hicimos pasar.

En la Universidad La Salle Ciudad de México (1976-1988)

En febrero de 1962, se fundó la Universidad La Salle, ubicada en un lugar céntrico, en la colonia Condesa, en la Ciudad de México. Fue fundada por el Hermano Manuel de Jesús Álvarez Campos, quien fue su primer rector (1962-1967). Contaba con las carreras de Contaduría y Administración, a las que se fueron sumando Arquitectura, Ingeniería, Derecho, Filosofía, Medicina, Química y Cibernética. En 1967, fue nombrado rector el Hermano Guillermo Alba López, y en 1974, el Hermano Francisco Leonel de Cervantes Lechuga.

En agosto de 1976, el Hermano César llegó a la Universidad La Salle como profesor de bachillerato y de la asignatura de Sociología impartida en la maestría en Educación. Más tarde, entre 1978 y 1983, fue director de la comunidad. El rector de la Universidad era el Hermano Francisco Leonel de Cervantes Lechuga (1974-1983). Estudió dos semestres del doctorado en So-

[20] Igualmente, a una religiosa filipina residente en México, la Hermana Candy, le ayudó a obtener su certificado de preparatoria. Ella vivió muy agradecida.

ciología en la Universidad Iberoamericana, gracias a la beca que le concedió el rector, que era su amigo, pero no pudo terminar, pues un nuevo empleo de tiempo completo se lo impidió. Escribe el Hermano director que lo recibió en la comunidad de la Universidad de esos años:

> En 1976, estando yo en la Comunidad de la Universidad La Salle, lo recibimos después de su directorado en León. Se notaba que ahí había dejado buena parte de su espíritu y corazón, pero el buen ambiente comunitario, su espíritu religioso y el trabajo en el que no tardó en comprometerse, le devolvieron muy pronto el ánimo y la desenvoltura en la Comunidad universitaria. Su experiencia, su preparación académica y su carácter sencillo y amable le despejaron con facilidad el camino y lo situaron en lugar significativo en la Universidad hasta su nombramiento como rector en 1983. Conservo el recuerdo agradecido como muestra de su confianza cuando me señaló para acompañarlo como vicerrector. Desafortunadamente, solo fue un año, pero muy intenso de colaboración cercana y de total confianza.

Escribe un directivo de esos años y a la vez exalumno suyo:

> Tengo excelentes recuerdos del Hermano César cuando fue mi maestro de la materia Sociología de la Educación en la maestría en Enseñanza Superior.
> Nos reuníamos por las noches con el Hermano César para recibir sus enseñanzas. Éramos un grupo pequeño, de unos ocho alumnos, entre ellos el Hermano Juan Bulbulián y yo, que gozábamos de sus clases de siete a diez de la noche.
>
> El Hermano César era un enamorado de la sociología y de la educación y a mí logró enamorarme también de ellas. Poco después hice una investigación sobre la aculturación del niño mexicano, que el Hermano César me dirigió y que guardó y presumió por años, de lo cual yo me sentí siempre muy orgulloso.
>
> Para mí el Hermano César fue, en resumen, un extraordinario maestro universitario, un apasionado de la educación y de la sociología y un hombre bueno como pocos; lleno de Dios y modelo de Hermano lasallista. Lo recordaré siempre con mucho cariño y respeto como el buen hombre, el buen maestro y el buen Hermano que fue.

En 1980 lo nombraron vicerrector, puesto que implica la responsabilidad de la buena marcha académica y formativa de la universidad. Para ello, se

entrevistaba con cada directivo dos veces al mes. Llevó acertadamente la gestión, aunque muy presionado por el número de responsabilidades.

Cuando ocupó la Rectoría en 1983, lo hizo con plena dedicación. Uno de los aspectos que le caracterizó fue que su despacho estaba abierto a las entrevistas, sin previa cita, dos tardes por semana. Conservó la sencillez y evitó toda pretensión, no perdió el sentido de fraternidad. Sus vicerrectores fueron el Hermano Adalberto Aranda (1983-1984) y el Hermano Lucio Tazzer (1984-1988). Para las decisiones mayores, se ayudaba de personas que lo asesoraran, como eran los Hermanos, el vicerrector y el director de la Comunidad. Fue electo por un periodo (1983-1986), pero después se le renovó dos veces por un año, hasta 1988, en que concluyó su puesto como rector. Lo sucedió el Hermano y doctor José Cervantes Hernández.

La Universidad transitó en medio de transformaciones radicales de la realidad mexicana: una inflación galopante, una crisis social patente, un futuro incierto. Tuvo la enorme responsabilidad de preservar y hacer crecer la institución en una época de zozobras nacionales, tomando las medidas correspondientes, que no siempre fueron bien entendidas.

Al asumir la Rectoría, una de las primeras medidas que tomó fue transformar la Vicerrectoría Administrativa en Dirección de Administración, como ha quedado hasta hoy. Inauguró la biblioteca Manuel de Jesús Álvarez Campos con la presencia de la primera dama de la nación, la señora Paloma Cordero de De la Madrid, en representación de su esposo, el presidente y del Hermano Manuel de Jesús Álvarez Campos, fundador de la Universidad. Por aquel tiempo, los hijos del presidente cursaban el bachillerato en la Institución. El espacio mantiene hasta hoy su esencia de conocimiento, difusión de la cultura y espacio de encuentro para los maestros y estudiantes universitarios.

El 7 de septiembre de 1984, la Escuela de Ciencias Religiosas abrió sus puertas. Destacaba entonces su misión de conocimiento y vanguardia que se mantienen hasta nuestros días. Varios institutos de ciencias religiosas y de educadores de la fe nacionales y extranjeros estuvieron incorporados a la Universidad de 1977 a 1986.

En un movimiento de proyección externo, la maestría en Administración organizó por solicitud de Celanese Mexicana diversos núcleos donde se desarrolló íntegro su programa académico de posgrado: en Querétaro, Guadalajara, Toluca, Ocotlán, Veracruz. El Colegio Benavente en Puebla inauguró un curso de posgrado en educación adscrito e incorporado a la maestría en Enseñanza Superior. Se impartió la maestría en varias empresas y lugares, como Petróleos Mexicanos (Pemex).

En su mismo afán de que los estudiantes tuvieran infraestructura adecuada, en su rectorado se adquirió el terreno para la Facultad de Ciencias Químicas y comenzó su construcción. Se abrieron las licenciaturas en Química de Alimentos, Ingeniería Mecánica, Ingeniería Industrial e Ingeniería Eléctrica. También en esta época se adquirieron los terrenos del Colegio Alemán (hoy Unidad II) y se ampliaron las áreas de servicios médicos para poder tener espacios más cómodos de salud para los colaboradores y doctores. Se comenzó Plaza La Salle y la Facultad de Química.

Con el director de la Escuela de Ingeniería, el ingeniero Arturo Rojas de Bengardi, en 1983, impulsó el Laboratorio Meteorológico, donde se registraban los factores del tiempo hasta febrero de 1986, en colaboración con el Servicio Meteorológico Nacional.

El viernes 29 de mayo de 1987 se publicó en el *Diario Oficial de la Federación*, el decreto presidencial, emitido por el entonces presidente Miguel de la Madrid Hurtado, antiguo alumno, por el que se otorgaba reconocimiento de validez oficial a los estudios de tipo medio superior y superior que impartía la Universidad La Salle, con lo que esta pudo acreditar sus propios programas en las diversas carreras que maneja.

El 16 de octubre de 1987 impartió una plática sobre solidaridad en el Centro Cívico Solidaridad, que fue publicada en forma de folleto por el Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana (Imdosoc).

El Hermano César compartió en sus entrevistas que recordaba lo siguiente con gran satisfacción:

> Siempre se vio alguna forma, alguna facilidad, a través de las becas o del crédito educativo para que ningún estudiante se retirara por falta de recursos. Eso nos pone dentro del espíritu de san Juan Bautista de La Salle para favorecer, en primer lugar, a nuestros empleados de todos los niveles y también para atender a los alumnos que no tienen recursos necesarios para pagar su colegiatura que, sin embargo, son alumnos muy aplicados, pero quizá no tienen todos los recursos.

Dada la situación económica del país (inflación y devaluaciones galopantes), los sueldos de los maestros y del personal se habían quedado rezagados, por lo que propuso un aumento equitativo, lo que causó incomprensiones.

Además, durante su gestión comenzó el trabajo de apoyo para dignificar el trabajo de mantenimiento, tanto en prestaciones como en salarios, labor que

vio gratificada al término de su rectorado con una convivencia realizada por el gremio en su honor. Al respecto, al Hermano César le gustaba comentar:

> Una de las cosas más agradables que yo pude experimentar cuando terminé mis cinco años de rector fue una comida que me organizaron las personas de mantenimiento, en agradecimiento de lo que ellos sentían de cómo se había favorecido a su causa en cuestión de salarios y prestaciones, entonces para mí fue uno de los mayores homenajes.

Durante estos años falleció su mamá y quedó al pendiente y cuidado de su hermana Lupita, hasta su fallecimiento en el 2010. Escribe una maestra de otra universidad:

> Fue en 1987 cuando tuvimos la suerte de coincidir con el Hermano César Rangel en un viaje a Brasil en Río de Janeiro, con motivo de un congreso internacional convocado por la Unión de Universidades de América Latina (Udual).
>
> La sede principal fue la Pontificia Universidade Catolica do Rio de Janeiro. Como miembros activos, participamos en las ceremonias, en las conferencias y en algunas ponencias.
>
> Pero teníamos un programa paralelo, con el estilo particular del Hermano César. No hay duda de que siempre resultaba un muy buen compañero de viaje. Además, recuerdo esa sencillez que le caracterizó siempre. Como habíamos vivido en Río —Jaime mi esposo y yo— como becarios, había muchas actividades extraprograma que podíamos compartir. Entre las que vienen a mi mente está el que una noche fuimos a un concierto en honor de Pixinguinha, un músico y compositor muy reconocido en Brasil, con la participación de Paulinho da Viola, otro grande de la música brasileña.
>
> Recuerdo que éramos vecinos de hotel en la hermosa playa de Ipanema. Pasábamos por él y en varias ocasiones en que le presentamos el programa a seguir nos dijo: "En manos de los expertos no tengo problema".
>
> Lo llevamos a petición del interesado al bar La Garota de Ipanema, donde se dice que Vinicius de Moraes veía pasar a la famosa chica de Ipanema. El Hermano disfrutaba todo, desde una tradicional *caipirinha*, un plato de *feijoada* o un espectáculo de samba. Así que como tantas otras ocasiones lo disfrutamos al mil. ¡No cabe duda de que recordar es vivir! Y hay personas que vivirán siempre entre nosotros.

Regreso a León, Guanajuato (1988-2000)

En julio de 1988, llegó a la Universidad del Bajío (UBAC), en León, Guanajuato, como vicerrector. Ayudó a consolidar la vida académica de la institución y a preparar la llegada del nuevo rector, el Hermano Rony, en 1989.

Abrió las maestrías en Educación en León, Salamanca e Irapuato, con gran éxito y se desempeñó como maestro de Sociología de la Educación. Cuando se abrió el bachillerato en la colonia las Américas, preparó a los maestros para que se desempeñaran como titulares. En 1997 ocupó el puesto de director de Humanidades. El nuevo vicerrector fue el Hermano Roberto López González.

Una maestra y colaboradora de esos tiempos escribe lo siguiente, que muestra la acción del Hermano César en la UBAC:

> Me he puesto a pensar en el Hermano César y repasando los años siempre encuentro momentos cotidianos con una frase que de manera especial decía: "*Joie de vivre*" (la alegría de vivir); puedo decir que amaba la vida y su labor como educador, maestro de maestros inspirándonos siempre a dar lo mejor de nosotros.
>
> "Don César" fue un título ganado por el respeto de la comunidad, por su empatía, interés y preocupación por los demás.
>
> Estaba comprometido con León, Guanajuato, ciudad a la que con afecto llamaba "tierra de mis amores" y donde desempeñó de diversas maneras su labor de educador, como director del Colegio De La Salle y como vicerrector en la UBAC; dio vida al proyecto de iniciar un área de Humanidades como parte del proyecto de formación integral. Pensaba en un departamento de humanidades con maestros que impartieran materias de formación y estas a su vez se integraran al currículum de la Universidad, una tarea que complementó con la necesidad de formar a los maestros.
>
> Impulsó la creación de un diplomado en Docencia para todos los maestros de la Universidad. La propuesta tomó forma después en la maestría en Ciencias y Técnicas de la Educación.
>
> La Universidad De La Salle Bajío cuenta con el Departamento de Formación Integral y Bienestar Universitario, pero yo puedo decir que todo ese largo camino por más de 50 años que tiene la Universidad y los miles de jóvenes que han pasado por sus aulas son el resultado del trabajo día a día coadyuvado con amor y responsabilidad del Hermano César y, claro, algunos más.

El siguiente relato del maestro Mario Peña Dodero refleja al Hermano César y la manera de manejarse en las situaciones embarazosas:

Cierta tarde de verano en la década de los 90, el rector lasallista Ronaldo Henderson se acomodó las mangas del saco y me dijo:

—Te vas con el Hermano César para lo que pueda surgir. No vaya a haber preguntas incómodas.

Asentí y salí de la oficina.

Una hora más tarde, en el estudio de la famosa estación Stereorey, estaba a punto de iniciar el programa Brújula empresarial. Se hablaría acerca de la oferta educativa que ofrecían tres de las principales universidades de la ciudad. Como invitados, Andrés Sierra, funcionario del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM); Jesús Contreras, directivo de la Ibero; y César Rangel, vicerrector de la UBAC.

La interacción, aunque siempre afable y respetuosa, se tornó en una velada batalla de posicionamiento en la que cada institución procuraba hablar de sus virtudes y enaltecer su misión. Arremolinado en un sillón, yo era un mudo testigo que no podía intervenir.

La última pregunta del conductor me cimbró:

—¿De qué egresado se siente orgullosa su universidad?

Pausa. Todo mundo alista la última carga.

—Puedo mencionar a Carlos Medina, exgobernador del estado y actual diputado federal— refirió Andrés Sierra.

Chuy Contreras repasó mentalmente a los exalumnos jesuitas y contestó:

—Sin duda, Vicente Fox, actual gobernador de Guanajuato.

Me mordí los labios. ¿Qué contestaría el Hermano César? ¿Miguel de la Madrid? ¿Jorge Campos, Luis García, Carlos Hermosillo o Manuel Mijares? ¿Octavio Paz?

El maestro Rangel se tomó un respiro que me pareció eterno. Luego, en forma pausada, remató:

—Bueno, para nosotros es un gusto comentarles que el director del ITESM y el rector de la Ibero fueron alumnos lasallistas.

Sonreí plenamente. Una respuesta genial de un señor genial. Esa tarde creció mi admiración por el maestro César Rangel Barrera.

Universidad La Salle Ciudad de México (2000-2020)

El 2000 regresó a la Universidad La Salle Ciudad de México, pero ahora como asesor de Rectoría. Aprovechó para estudiar el doctorado en Educación. Continuó dando clases de Humanidades en la Facultad Mexicana de Medicina y Sociología en la maestría en Educación en la Universidad La Salle México y Pachuca. Fue miembro del Consejo de Gobierno de la Universidad La Salle Cuernavaca durante varios años.

Brillante conferenciante y buen escritor. Miembro de la Academia Mexicana de Bioética, a la que acudía puntualmente a su reunión mensual. Dio cursos de inglés al personal de la biblioteca. Constituyó un grupo de amigos —Alma— con los cuales convivía y viajaba por el mundo.

En 2006, se trasladó a la ciudad de León la colección de pinturas del Hermano César para llevar a cabo su exposición en el Centro Cultural San Gabriel. La exposición fue organizada por su propietaria, la maestra Gabriela Gallardo, egresada de la maestría en Educación de la Universidad La Salle y esposa del doctor José Ángel Córdova Villalobos, antiguo alumno de Hermano César.

Para acompañar al Hermano César, acudieron como invitados especiales el director y maestras de Arquitectura, la coordinadora de Humanidades Mari Carmen Lozano y el coordinador de la maestría en Educación de la Universidad De La Salle Bajío, José Arrona, así como un grupo de extlalpeños.

Al cumplir 80 años de edad, en 2004, se llevó a cabo una cena de gala en la comunidad de los Hermanos de la Universidad La Salle para festejarlo. A la reunión asistieron también sus parientes —todavía vivía su hermana Lupita— y más de 40 personas.

Diez años más tarde, con motivo de sus 90 años el 22 de septiembre, se organizaron festejos a los que también asistieron numerosos de amigos y parientes. El domingo 21 de septiembre de 2014, la comunidad de los Hermanos de la Universidad La Salle, junto con los Hermanos del área metropolitana, algunos familiares y más de cincuenta personas se reunieron para una comida en su honor; el Hermano visitador le dirigió unas palabras. Días después, el 28 de septiembre, se organizó en Tlalpan una misa, una comida con conjunto musical y orquesta sinfónica, a la que acudieron 150 personas entre antiguos formandos y sus familias, algo nunca antes visto y todo con motivo de “maitor José”.

Escribe un Hermano:

> Conservo con igual agradecimiento las muestras de amistad delicada y fraterna por las visitas que me hizo estando yo en otras comunidades. Durante sus años de semirretiro en la comunidad de la Universidad La Salle, recuerdo muy bien que, ya cercano a los 90 años, sin arredrarse ante las dificultades del viaje, llegaba frecuentemente a la comunidad de León para visitar a las numerosas amistades que ahí había sembrado y cultivado, y que le correspondían con igual aprecio. Disfrutaba en grande, como él sabía disfrutar de la vida.

Los últimos años, del 2015 al 2020, ya jubilado, los pasó en la casa de los Hermanos de la Universidad en San Miguel Chapultepec. El último año contó con ayuda de enfermeros de tiempo completo.

En la comunidad de Nuestra Señora de la Esperanza y fallecimiento (2020)

Como los últimos años sus fuerzas físicas y sus facultades iban menguando, el Hermano visitador Pedro Álvarez Arenas, después de dialogar con él, vio conveniente, a inicios de 2020, que pasara a residir en la Casa de Cacalotepec, residencia de los Hermanos mayores, para su mejor atención.

Después de una penosa enfermedad, de estar varias veces en el hospital, falleció en el Señor la madrugada del martes 9 de junio del 2020, a los 95 años de edad. Llevaba 82 años de haber ingresado como novicio menor; 78 de haber recibido el hábito de los Hermanos; 79 de su primera profesión; y 71 de haber pronunciado sus votos perpetuos. Cuando falleció, era el Hermano que había acumulado más antigüedad en todo México, por haber entrado en 1937.

Los talentos que han producido

Palabras del Hermano visitador Martín Rocha Pedrajo en honor del Hermano César.

> César, como generalmente lo conocemos, es un gran Hermano al que hoy le celebramos sus 90 años de vida, compartida con nosotros, en ella podemos admirar las más admirables facetas que desde pequeño ha ido destacando y desarrollando, con gran calidad y fidelidad constante a la gracia de Dios.
>
> Agradezcamos al Señor que ha caminado ya 90 años. San Agustín tiene esta reflexión que viene al caso:

No se detiene el tiempo de nuestra vida: buscas al niño y encuentras a un adolescente; buscas al adolescente y encuentras al joven; buscas al joven y encuentras al hombre maduro; y el hombre maduro se hace viejo y el viejo se muere... No se detiene el tiempo de nuestra vida.

Muy pocos de los presentes han de encontrar largos los años que ha vivido. Las horas aciagas dejan su huella en nuestra experiencia, igual que las afortunadas, pero ya no pueden volverse a vivir: *tempus fugit*, nos grita una estatua ubicada en el centro de Plaza La Salle en la Universidad. Es nuestro tiempo humano que tiene su sesgo de misterio: ni el dolor ni el gozo pueden revivirse, viven en el recuerdo y el recuerdo es imparcial, pero nunca tendrá la fuerza de lo presente.

En cuanto a edad, es cierto que ha llegado a un nivel de vida avanzado. Tener un nueve en las decenas cronológicas de edad representa aproximadamente 1080 meses. Pero ¿de qué ha llenado sus días? No han sido de rencores, quejas y autosuficiencia y no achaca a los demás sus desilusiones.

Más bien, como en el Evangelio, ha hecho fructificar los talentos.

Estudioso desde el noviciado menor de Tacubaya (aspirantado), donde cursó la secundaria, bajo la guía del experimentado Hermano José Elcoro A., ahí llegó ¡hace más de 75 años! Continuó sus estudios en el escolasticado, tuvo el privilegio de ser alumno fundador de la Normal Cristóbal Colón, el año 1942 con el Hermano Fernando Anzorena; después, en la Normal Superior en Saltillo, Coahuila, se preparó como maestro de matemáticas; fue al curso de renovación espiritual llamado segundo noviciado en 1958 y tuvo como director al eminente Hermano Clodoalde; más adelante, cuando el Hermano visitador don Rafael Martínez lo envío a Estados Unidos, aprovechó para estudiar la maestría en Sociología en la Universidad Católica de Washington. Intentó culminar el doctorado en la Universidad Iberoamericana; últimamente hizo los estudios del doctorado en Educación aquí en la Universidad La Salle. Además, siempre se le ve leyendo, tiene colección de libros en su recámara y en su despacho, que son muy bien dotadas bibliotecas, dada su gran pasión por la lectura de libros, revistas y periódicos. Por último, habla, escribe y es maestro de francés e inglés, así es que le pueden solicitar algunas clases y cursos de idiomas.

Una de sus grandes aficiones o pasiones es la música, de buen gusto, particularmente la música clásica que escucha y hace oír cuando hay oportunidad. Por otra parte, le gusta pintar, de hecho, ha realizado cuadros, que son verdaderas obras de arte. Y desde novicio menor (aspirante) sobresalió su gusto por

la naturaleza, ir al campo, la montaña, de hecho, es *scout*, "siempre listo", dimensión que cultivó en su ministerio educativo con los alumnos y formandos al llevarlos al campo, las montañas y los volcanes.

Durante más de 60 años ejerció el magisterio, desde primaria hasta Universidad, en licenciatura y maestría, y se destacó por la amistad y el buen trato respetuoso con los estudiantes, lo que le ha permitido contar con exalumnos a los que frecuenta, en donde quiera que haya estado. En esta misma línea educativa, pero en una labor compleja y delicada, dadas sus grandes cualidades, se le confió la misión de ser formador de novicios menores o aspirantes durante catorce años seguidos, como maestro, titular, hasta director de la casa de formación durante ocho años.

Sus buenas relaciones con los Hermanos, el personal, los alumnos, los padres de familia, los maestros lo hace muy querido y, por qué no, hasta muy solicitado; así tiene un grupo de amigos, amigas y seguidores, aparte de los ya nombrados antiguos alumnos y formandos, como el grupo Alma, con el que viajó por el mundo.

Se le ve con asiduidad en cuanto programa hay en la Universidad, en festejos, eventos académicos, inauguraciones, exposiciones, pláticas, conferencias, es un ejemplo de lo que se debe ser y hacer con la edad; en plena participación social, nada de aislarse o amargarse. Va continuamente a "mi" León, Guanajuato, para visitar a sus antiguos alumnos y amistades. Perpetuamente de buen humor, todo lo ve positivamente, pues él considera que está con los mejores: Hermanos, alumnos, maestros, amigos... No guarda rencores ni platica agravio alguno que haya padecido, vive feliz, todo lo malo lo ha olvidado o lo ha perdonado.

Y como Hermano es un colaborador incansable en cuanta actividad se necesita en la comunidad de Hermanos. Ayuda y se encarga de varias cosas, sin poner reparo o comparación con otros. No echa en cara lo que él hace y otros no. Puntual en todas las actividades de la comunidad: oraciones, misa, comidas... Muy atento con los pobres y sus necesidades.

Le ha encantado viajar por todo el mundo, pues dice que de niño se lo pidió a Dios y este se lo concedió: conocer las pagodas en China y así conoce desde la India hasta Canadá, de Rusia a Brasil, de Portugal a Japón y algo más. Así el próximo 1° de enero elaborará el programa de viajes durante el año y, de hecho, podemos inscribirnos para ir con él.

Responsable como maestro, formador, director y cuanto cargo ha ocupado. Prepara las clases con esmero. Cuando ocupó la Rectoría de la Universidad La

> Salle lo hizo con plena dedicación. Su despacho estaba abierto a las entrevistas, sin previa cita, dos veces por semana, pero, sobre todo, conservó la sencillez y evitó toda pretensión; no perdió el sentido de fraternidad.
>
> Finalmente, aunque su papá murió cuando él era niño, tuvo la oportunidad de contar con su mamá y, sobre todo, estar al lado de su hermana Lupita en sus últimos años.
>
> Demos gracias a Dios por contar con un Hermano de tal calidad como es el Hermano César.
>
> Hermano visitador Martín Rocha Pedrajo

Ahora se presentan las palabras del maestro Jorge Iturbe Bermejo a propósito de la inauguración de la exposición *Una bella experiencia de vida compartida*, en la que el Hermano César presentó algunas de sus obras:

> Hacer una semblanza de Hermano César tendría la dificultad inicial de la decisión entre comenzar con la cronología de su vida o en transmitir el camino de su propia presencia, que ilumina siempre su generoso corazón. Sociólogo, amigo, pero, sobre todo, maestro de la fe. El Hermano César no deja nunca de aprender ni de enseñar, tampoco de brindarse a todas las generaciones de sus alumnos de preparatoria, licenciatura y maestrías de la Ciudad de México y del estado de Guanajuato, con sus diferentes *campi* (León, Salamanca, San Francisco del Rincón, Américas, Juan Alonso). Hermano César, la mejor semblanza acerca de usted es la obra que Dios puso en sus manos y de la que tan buena cuenta usted ha dado, "por sus frutos los conocerán". Desde el corazón, único lugar en el que es posible hablar si este ser querido es además de un maestro, un artista, un religioso (Zermeño y Montoya, 2012, p. 43).

Un novicio menor, y posteriormente aspirante de esos años, escribe lo siguiente.

> Le envío algunas notas de recuerdos que me tocó vivir junto con mis compañeros del noviciado menor, entre 1961 y 1965, que entonces dirigió el Hermano Anastasio José: ese era su nombre de religión.
>
> Era un Hermano plenamente convencido de su vocación. Siempre al servicio de los demás y muy cuidadoso de cumplir con las normas y con las indicaciones de sus superiores.

Hombre de disciplina, trabajo y oración (con frecuencia nos repetía la norma benedictina: *"Ora et labora"*).[21] Convencido del trabajo diligente y constante, decía: *"En avant, toujours en avant"*,[22] de Maréchal Foch, y "*Cést qui sauve, c'est de faire un pas, encore un pas"*,[23] de Antoine de Saint Exupéry.

Compartía con nosotros su admiración por San José: "Lo único que sabemos de él, es que era un hombre justo", de ahí su nombre de religión.

Sabía conjuntar las exigencias de la vida religiosa con el disfrute de la música y del canto y de la naturaleza; de hecho, resultan inolvidables los paseos, excursiones y campamentos, donde, si se encontraba un paisaje bonito, nos deteníamos para disfrutarlo.

Le gustaba pintar y en una ocasión hizo una exposición de sus cuadros, me parece que en la Universidad La Salle. No tuve la oportunidad de asistir.

Tenía sentido del humor y generalmente se le veía contento. Él decía (me lo contó hace unos veinte años) que decidió ser Hermano lasallista porque cuando fue alumno en el Colegio Francés San Borja (grupos clandestinos), siempre veía contentos a los Hermanos Lasallistas, sus profesores, y un día decidió: Yo quiero ser y vivir como ellos.

Siempre estuvo agradecido con la congregación de san Juan Bautista de La Salle. Decía: la congregación me ha dado mucho más de lo que yo hubiera esperado recibir y relataba los viajes que hizo, desde el segundo noviciado en Roma, un viaje de estudios a Washington, D. C. y otros viajes que la congregación le regaló con motivo de diversos aniversarios como hermano y muchas oportunidades de estudio que recibió a lo largo de su vida.

Reconocía con humildad los tiempos difíciles de su rectorado en la Universidad La Salle.

Relataba con sencillez que para él era una gran satisfacción saber que había sido instrumento para que sus alumnos crecieran. Así me lo expresó en una carta que me envío en 1967 desde el St. John's College.

Hablaba de la nobleza de la vocación de maestro y de la altísima responsabilidad de educar, a partir de Daniel 12,3: "*Qui autem docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti: et qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellæ in perpetuas æternitates"*.[24]

---

21 Reza y trabaja.

22 Adelante, siempre adelante.

23 Lo que salva es dar un paso, un paso más.

24 Los sabios brillarán como el esplendor del firmamento; y los que guiaron a muchos por el buen camino resplandecerán como estrellas por toda la eternidad.

Decía que debíamos ser hombres de fe; señalaba: "Nuestro escudo es el *Signum Fidei*, debemos vivir en la fe" y lo aplicaba permanentemente con sus alumnos. En una ocasión, yo analizaba con él una situación difícil y le dije: "No creo que yo pueda, hermano". Inmediatamente me contestó: "Usted sí puede, yo creo en usted. Yo creo que usted puede". Y sí pude.

Son innumerables las anécdotas de esos cuatro años, donde, entre otras cosas, tuvo que lidiar con todas las travesuras de sus tan buenos como no siempre ordenados alumnos. Por todo lo que arriba relato, estoy profundamente agradecido por los caminos de luz que el Hermano José sembró en mi vida.

A continuación, un muy buen testimonio de una de sus antiguas alumnas desde la preparatoria De La Salle, en León, Guanajuato, y a lo largo de toda su vida profesional.

Siempre he pensado que Dios, en el gran amor que nos tiene, permite que lleguen a nuestra vida ordinaria personas extraordinarias para que, con su ejemplo, su guía y su orientación podamos descubrir y cumplir la misión encomendada a cada uno de nosotros por Dios Nuestro Señor. Eso fue para mí el Hermano César Rangel Barrera, una persona extraordinaria.

Corrían los años 70, tiempo en que cursé mi nivel de medio superior en la preparatoria De La Salle Panorama de la ciudad de León, Guanajuato, y fue ahí donde lo conocí, en la primera clase de la materia de historia. Cuando al término de esa primera sesión me acerqué a él y le dije:

Hermano César, con mucho gusto trabajaré en esta materia, pero me enfocaré a la historia europea principalmente a los romanos, griegos, alemanes, pero no me pregunte nada de la Historia de México" y él me contesta: "...de la historia de México es de lo que tienes que aprender mucho, tienes que conocer tu historia para que te sientas orgullosa.

Ese fue el primer momento de comunicación directa con el Hermano César. ¿Y saben lo que logré? Amar y respetar mi cultura a través de conocerla a mayor profundidad y sentirme orgullosa de ella. Estudiaba mucho más que las actividades de aprendizaje de la materia, y conocí mejor a mi maravillosa cultura mexicana, los aztecas, los mayas, los mexicas, los chichimecas, entre otros. También aprendí algo sumamente valioso en la selección de la literatura y eso él me lo enseñó, no cualquier libro que llegue a nuestras ma-

nos podría ser tomando como un marco de referencia serio y científico. Tiene que analizarse el autor, su filosofía, su metodología, sus otros libros. Esto me ha servido mucho en mi vida personal y profesional.

¡Confieso que en mi mente cualquier indicio relacionado con la historia de México siempre me remite a mi extraordinario y querido Hermano César!

Decidí continuar mis estudios de licenciatura con la carrera de Odontología y al término de esta, le propuse al Hermano César que fuera mi asesor de tesis. Él me preguntó: "¿Pero es de odontología?". Y yo le contesté: "Sí, pero es de la historia de la odontología". Y fue una tesis que, en su construcción, estoy segura de que disfrutamos cada capítulo, cada descubrimiento...cada etapa de la historia de la odontología. Y, por supuesto, en un capítulo de esta venía un apartado sobre la historia de la odontología en México.

Mi siguiente reencuentro con el Hermano César Rangel se da casi a finales de la década de los 80 cuando inicia la apertura de la primera generación de la maestría en Ciencias y Técnicas de la Educación en la UBAC. Comparto que el Hermano César siempre estuvo atento a mi desempeño académico. Cuando llega el momento de decidir cuál sería mi línea de investigación, aún no lo sabía, pero lo que yo ya tenía definido es que le solicitaría al Hermano César que fuera mi asesor de tesis de maestría, algo que gustoso aceptó: "Modelo tutorial alumno-alumno para la Universidad De la Salle Bajío".

Hoy reflexiono que la línea de investigación elegida tenía relación con el rol académico y ejemplo que el Hermano César desempeñó conmigo: una sólida relación basada en valores y principios de fe católica, así como en fundamentos metodológicos y de investigación para impulsar el desarrollo de mi talento personal y profesional.

El 2010 fue considerado el año del bicentenario de nuestro país, y tuvimos la honrosa representación de un liderazgo académico y la responsabilidad de coadyuvar con un proyecto de investigación histórico gastronómico para que se llevara a cabo una cena de gala. Dicho proyecto fue denominado Cena 1800 y consistió en una cena de gala en remembranza al estilo gastronómico de 1810. A sabiendas de su interés por la historia, invito al Hermano César a convivir en esa noche mágica que se llevaría a cabo en un marco histórico de los más importantes del país, en la Casa de Visitas de la ciudad de Dolores Hidalgo C. I. N., en Guanajuato, a compartir con alegría y orgullo el pan y la sal con una ensalada corpus, una sopa de almejas llamada La Corregidora, un lomo de cerdo Otra dicha, unos pichones tipo esplendor mágico y un éclair Dragones de la Reina. ¡Fueron momentos inolvidables!

Múltiples son las anécdotas de constante comunicación con el Hermano César, como, por ejemplo: en cada nuevo puesto o función que su servidora desempeñaba, siempre me llamaba para felicitarme y continuar impulsando mi desarrollo profesional, asimismo, cada vez que tenía oportunidad me regalaba un libro.

He llegado a pensar que mi querido Hermano César veía en mí un encargo personal que Dios le encomendó y que, a través de su amor por Dios Nuestro Señor, el amor por el prójimo, la pasión por la educación, la fe y confianza en que podemos ser mejores personas y profesionistas. Dedicó tiempo y esfuerzo para que yo, todos los días de mi vida, fuera mejor persona y profesionista.

- Dedicó orientación y guía para que mi amor por Dios fuera más sólido y fuerte.
- Enmarcó siempre el respeto por la ciencia e investigación a través de diferentes metodologías.
- Compartió su amor por la historia de México para que yo amara mucho más a mi país.
- Decidió acompañarme en todos estos años de mi vida y pude constatar que hay personas extraordinarias que se preocupan por los demás.
- Estableció comunicación constante conmigo para enseñarme que las palabras y la compañía son alimentos para el alma y corazón en el camino que recorremos.
- Compartió historias fotográficas para volver a recordar y revalorar esos momentos maravillosos de nuestras vidas.
- Incrementó mi acervo bibliográfico con libros de su autoría, los cuales tienen un lugar especial en mis libreros y corazón porque en cada línea impresa, él habla de su vida y de su ejemplo.
- Me recordó que, para enseñar, san Juan Bautista de La Salle tenía una receta: amor y disciplina.
- Pero principalmente, descubrió que yo tenía amor a Dios y que a través del servicio y de la ciencia yo podría llevar a cabo mi misión encomendada.
- Hoy, a través de los años de arduo trabajo, de liderazgos académicos, entre direcciones y rectorías, entre construcción de visión y cumplimiento de misiones, entre el aula y la administración, comparto que descubrí mi misión y que esta tiene dosis de pasión, disciplina, inteligencia, sabiduría y mucho amor. ¡Servir al prójimo a través de la educación!

¡Por eso reitero que Dios Nuestro Señor nos pone en el camino a personas extraordinarias en nuestra vida ordinaria y que permite que, con su fe, amor y ejemplo, nos ayuden a cumplir la misión encomendada!

¡Con mucho orgullo a la memoria de mi querido Hermano César, una persona extraordinaria en mi presente y futuro!

¡En paz descanse!

Por último, un poema elaborado acerca del Hermano César con motivo de su fallecimiento:

César, maestro, Hermano,
tú lo habías predicho
al iniciar cada ascensión a la montaña:

"El último esfuerzo,
los pasos previos a pisar la cumbre,
han sido siempre los más dolorosos".

No hubo necesidad de esperar
a que partieras para decir
que siempre señalaste hacia la cumbre.
Cuántas veces tu voz sacudió el aire
cantando los versos de tu Hermano y amigo:
el artista Pedro Estudillo:

El águila busca la cumbre,
porque en la tierra se asfixiará.
Reinos de luz y aireadas cumbres
precisa el hombre para triunfar,
sobre valles, sobre montes.
Forjaremos sendero real.
Saludando horizontes.
Refulgentes de un gran ideal.

César, maestro, Hermano, amigo:
no hay cumbre más alta
que aquella desde la cual ahora miras.

Andrés Alejandro Balderas Muñoz

Fuentes consultadas

Gloria Zermeño, G. y Montoya, C. (2012). "Una bella experiencia de vida compartida"., en *Siempre Unidos*, 15(18), 43.

XI

José Cervantes Hernández, *fsc*
(Alfredo Leopoldo)

(4/2/1929-7/8/2012)

Familia. Primeros estudios

En las faldas de la Sierra Nevada, a los pies del Iztaccíhuatl, floreció desde tiempos ancestrales la ciudad de Huejotzingo. Entre los muchos poblados que se encuentran en su jurisdicción está Santa Ana Xalmimilulco, población en la que se encontraba enclavada la hacienda que administraba la familia Cervantes Hernández y lugar donde Dios bendijo al cristiano hogar formado por los señores Francisco Cervantes Varela y Leonor Hernández Munive con el nacimiento de José el 4 de febrero de 1929. Pronto lo llevaron a bautizar en la iglesia conventual de San Miguel, en la cabecera municipal. El convento había sido construido apenas un año después de la llegada de los doce primeros franciscanos a la Nueva España, encabezados por fray Martín de Valencia (1524). Su lugar de nacimiento fue todo un presagio de la labor educativa y evangelizadora que el Hermano José realizaría, como ejemplo de aquellos doce primeros evangelizadores y educadores del pueblo nativo de México.

Pasó sus primeros años de vida entre la hacienda familiar y la ciudad de Puebla de los Ángeles e inició su educación en el Colegio Benavente. Durante sus años de estudios primarios hubo varios Hermanos que dejaron una honda huella en el alma de este niño: los Hermanos Mariano Ramírez, José Ma-

nuel Ramírez y el inspector de ese tiempo, además de amigo suyo hasta el fin de sus días, el Hermano Salvador Pérez. Ellos, con su entusiasmo y su compromiso, influyeron en José para despertar su vocación religiosa. Él mismo lo proclamó hablando sobre todo de los Hermanos Mariano y Salvador. Aquél lo invitó personalmente un día al salir de clase.

Formación religiosa

Una aventura de escucha y fe,
en el seguimiento del Señor...

José encaminó sus pasos al noviciado menor de Tacubaya el 6 de septiembre de 1941. En esta casa tuvo dos ilustres formadores como directores. El primero fue el Hermano Bautista Emilio Elcoro, un hombre de gran finura y auténtico formador, que supo crear un ambiente amigable y abierto entre sus despiertos novicios menores. Para conseguir brillantes resultados en la formación, se valía de la pedagogía y la organización *scout.* Al año siguiente llega el Hermano Víctor Bertrand, un formador entusiasta y entregado que forja y afianza en los jóvenes grandes ideales de consagración y entrega al Señor. José participó activamente, durante cerca de cuatro años, en estos procesos de formación a la oración, trabajo, entrega, disciplina, orden y amor al llamado recibido de Dios. En su último año de noviciado menor, hizo su primer año de estudio de normal primaria en la normal Cristóbal Colón, por ser aún muy joven para pasar al noviciado.

El 3 de diciembre de 1944 inició su postulantado junto con otros catorce compañeros. Tomó el hábito de Hermano de las Escuelas Cristianas el 25 de enero de 1945 y recibió el nombre de Hermano Alfredo Leopoldo. Su formador fue el Hermano Luciano, antiguo visitador, hombre íntegro, sobresaliente formador y religioso de gran rectitud, que supo infundir convicciones sólidas en aquellos corazones jóvenes que deseaban consagrarse a Dios en la vida religiosa durante aquellos tiempos difíciles.

El Hermano Alfredo Leopoldo se formó sólidamente en la vida y espiritualidad lasallista. Fue un joven Hermano de fe profunda, piedad sincera, que supo encontrar en la regularidad y cumplimiento de la regla la voluntad de Dios; fue haciendo propios los valores y virtudes de la constancia, la entrega generosa, la bondad y la piedad que su director le infundía. Su año de noviciado terminó con sus primeros votos, emitidos el 26 de enero de 1946.

Sus compañeros fueron los Hermanos Francisco Alva Rodríguez, Roberto Flores Calva, Francisco Javier Montañez Campos y Eliseo Grandío Garduño.

En el escolasticado se encontró con el Hermano bautista Fernando Anzorena, un hombre de vanguardia, doctor en Filosofía, entregado a su vocación y pedagogo notable, que supo moldear al futuro educador, al despertar en él el espíritu de superación intelectual, de las lecciones bien preparadas y expuestas con claridad y precisión, el deseo de buscar la perfección, el amor a la disciplina y el orden, virtudes que caracterizarán la enseñanza del novel maestro.

Primer apostolado

> Porque los seres humanos
> somos seres en proyecto,
> los educadores apostamos
> por una persona diferente y,
> por tanto, no podemos educar
> sin la esperanza.
> Hermano José Cervantes, "Educar desde la esperanza"

El Instituto Francés de la Laguna, en la norteña ciudad de Gómez Palacio, Durango, fue su primer campo de apostolado; él mismo describió su inicio:

> Era el frío mes de diciembre de 1947 cuando llegué a la Laguna. Me parecía que el polvo invadía todo, hasta el alma. Pero el cariño de la comunidad y de la gente disipó desde el primer momento mi sensación de desierto y soledad. Era yo el más joven; el señor[1] Emilio Reversat, el director; el inspector —que en aquellos tiempos era algo muy respetable—, el señor Villalba y una serie de hombres que, a mis no cumplidos 19 años, me parecían cargados de experiencia, como un señor José Sánchez, que contaba entonces solo 31 años, y que se nos fuera maduro al cielo, a los 37; un señor Navarrete, ya con el temple que da la enfermedad y la sonrisa en los labios; un g*üero* Bautista, siempre abnegado; un "Teacher" Ríos, tan único y original, como siempre; el indispensable señor Careaga... Total, una veintena de Hermanos, siendo los jóvenes cuatro... Eran años en que la expresión crisis de identidad no se había inventado ni

[1] *Señor* es aquí sinónimo de *Hermano*. Hasta finales del siglo XX, debido a las políticas educativas fuertemente laicas y anticlericales de México, por prudencia, no se usaba el nombre de *Hermano*, sino *señor*.

> la sufríamos; sabíamos bien lo que queríamos, tomábamos los medios y estos daban resultados. Así, sin pretenderlo, fuimos protagonistas de una vida de comunidad fecunda, que se reflejaba en la vida cristiana y el espíritu del colegio. En la comunidad, nuestro director lograba la regularidad y el fervor; el diálogo periódico con el Hermano director era un medio de crecimiento; el descanso y las vacaciones estaban aseguradas, eran vacaciones espartanas, en la Sierra de Durango, pero éramos muy felices.

En esta comunidad, emitió su profesión perpetua el 14 de agosto del año Mariano de 1954, en que generosamente entregó toda su vida al Señor y al servicio de la educación cristiana.

Fueron 16 años de intensa labor apostólica y educativa, de los cuales trece los vivió con el Hermano Aniceto Villalba, quien le dio toda la confianza y le permitió el desarrollo de sus cualidades pedagógicas, artísticas y sociales; vivió tres años más, con el Hermano Manuel de Jesús Álvarez Campos. Colaboró en el desarrollo de la orquesta, el coro monumental, la fiesta de gimnasia del 1º de mayo; durante diez años fue el gran inspector del Instituto Francés de la Laguna, siendo el guardián celoso de la disciplina y del desarrollo académico del alumnado, pero su gran labor fue ganarse los corazones de los laguneros.

El Hermano estudiante

> La fe en la acción lleva consigo
> la búsqueda activa de mejor preparación y
> formas nuevas de compromiso...
> José Cervantes

El estudio fue una gran pasión que buscó siempre con gran anhelo; en 1948 se graduó como profesor de Educación Primaria y pronto inició estudios de especialización en la Normal Superior de Coahuila, donde obtuvo los títulos como maestro en Ciencias Sociales y maestro en Lengua y Literatura Castellanas, áreas que siempre dominó ampliamente. Fue durante tres veranos a estudiar inglés al país norteño. Con visión en la línea de crecimiento del Distrito, con varios Hermanos más pensaba en la opción universitaria, por lo que en junio de 1962 se trasladó a la capital de los Estados Unidos para estudiar el doctorado en Sociología. Conquistó primero su Master of Sciences en la Catholic University of America, en Washington D. C. y, cinco años des-

pués, presentó su tesis para obtener el doctorado en Sociología (PhD) en esa misma universidad.

Los estudios religiosos del Instituto los realizó asiduamente y conquistó varios diplomas, como los de los cursos fundamental, medio y superior en Sagrada Escritura. El estudio de las lenguas fue otra de sus pasiones. Dominó el castellano, el francés, el italiano, el inglés y el alemán, lenguas que fueron para él ventanas a la cultura y la comunicación.

Trasmitió esta pasión por el estudio a los Hermanos del Distrito. El Hermano visitador impulsó, alentó y transformó estructuras de formación para que los Hermanos estudiaran y conquistaran títulos universitarios, más allá de los títulos requeridos para enseñar.

Durante su estancia en Washington, el Hermano José fue profesor del escolasticado superior y subdirector de la comunidad de estudiantes. Se hacía presente en su distrito de origen a través de artículos en la revista *Kerigma* y sobre todo en *Revisión de Vida*, novedades en ese entonces, que representaban tiempos de renovación.

Su ausencia del distrito concluyó al terminar su segundo noviciado. Ciertamente que fue un tiempo de gracia, pero a la vez fue un tiempo de cuestionamiento y nuevos planteamientos surgidos del Concilio Vaticano II, que se acababa de celebrar, y de los nuevos planteamientos que iba a presentar al próximo Capítulo General de 1966. Durante el segundo noviciado realizó una entrevista muy interesante al Hermano vicario general sobre la estructura del nuevo capítulo, la presencia de expertos, el proceso de la nueva regla, los asistentes y los límites que estos debían tener para que los Hermanos visitadores tuvieran una mayor acción. Lleno de inquietudes y con una visión nueva, regresó al Distrito.

En 1966, el Hermano José llegó, proveniente de Roma, como Hermano inspector de las secciones de secundaria y preparatoria del Instituto Regiomontano, en Monterrey, Nuevo León. La comunidad religiosa y la comunidad educativa habían tenido varios desencantos, con la salida de la congregación de varios directivos; su presencia sería aliento y sostén. Ejerció una influencia muy importante, realizando cambios significativos en lo educativo. Entre las muchas actividades que emprendió con excelentes resultados estuvo la organización del vigésimo quinto aniversario de la fundación del Instituto Regiomontano.

Su presencia en la sociedad regiomontana ayudó a dar forma a algunos proyectos, entre ellos, el más importante fue la creación, en 1968, de la aso-

ciación Fomento de Educación Superior, A. C. (FESAC), que tenía como objetivo la promoción, administración y dirección de actividades educativas y el fomento de la cultura, cuyo presidente fue el mismo Hermano José Cervantes. La finalidad de esta organización era la búsqueda de nuevas opciones educativas que ofrecieran la formación integral y humanista en la sociedad de la revolucionaria década de los años 60, y la difusión de los principios católicos dentro del ambiente educativo, de acuerdo con las recomendaciones del Concilio Vaticano II. Estos fueron los factores clave para que se unieran cuatro congregaciones religiosas y se llegara a la creación de la Universidad de Monterrey (Udem). Con su saber, su don de gentes y su capacidad de relación y organización consiguió interesar a sectores importantes de la sociedad y de la Iglesia en la creación de esta universidad.

Julio de 1968 marcó para el Hermano José una nueva y única experiencia en su vida, que solo duró siete meses: ser Hermano director. El escolasticado se había trasladado de la Ciudad de México, un año antes, a Monterrey. Durante ese año, se construyó una nueva casa para albergar a los formandos y también un nuevo director. El elegido fue el Hermano José. A él le tocó terminar la construcción, amueblar la casa, decorarla y ser el guía espiritual e intelectual de los Hermanos.

Hermano visitador

> Si la autoridad es un servicio,
> mi primera palabra es para
> ponerme a sus órdenes...
> Discurso de Toma de Posesión, 1969

El Capítulo General de 1966 trajo nuevos horizontes a la vida de los distritos. En vistas del primer capítulo del recién formado Distrito de México Norte, el Hermano visitador formó comisiones en las que puso a trabajar a todos los Hermanos. Se eligió a los Hermanos delegados y se aceptaron observadores en la segunda sesión del capítulo. Uno de los principales cometidos de estas reuniones fueron las votaciones para la elección del nuevo Hermano visitador, hecho totalmente novedoso en el Instituto; la elección recayó en el Hermano José Cervantes.

Un mes después, el 29 de enero de 1969, se emitió la obediencia firmada por el Hermano José Pablo, vicario general, y por el Hermano Maurice Au-

guste, procurador general ante la Santa Sede, pues el Hermano superior general estaba de viaje en Sudamérica.

La ceremonia de entrega de la obediencia y de cambio de visitadores se realizaría conjuntamente con la bendición del nuevo escolasticado, el 1° de marzo de 1969. Hubo un emotivo discurso de despedida por parte del Hermano Víctor Bertrand y otro del Hermano José, cuyas primeras palabras fueron: "Si la autoridad es un servicio, mi primera palabra es para ponerme a sus órdenes...". Prosigue su discurso y termina diciéndonos:

> Busquemos y procedamos con sabiduría en nuestros estudios y nuestra enseñanza, con compasión en nuestra preocupación por la persona de quien nos rodea, por la miseria del pobre y por el servicio de los más necesitados; con humildad, tanto en nuestra oración y en nuestro trabajo, como en la prudente comprensión de nuestros talentos y limitaciones. Para muchos de nosotros esto será la obra de toda la vida.

Prosigue su discurso y termina con las palabras de Jesús: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio... y esta otra... Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos". Cuatro palabras fueron la tónica de su mandato: humildad, sabiduría, prudencia, y compasión.

Preocupaciones, proyectos, planes y realizaciones se fueron sucediendo en la agenda del Hermano visitador. Entre ellos, se destacaron la formación intelectual de los Hermanos, tanto en la formación inicial como en la de los que ya están en comunidad. Asimismo, se dejaron los estudios de normal primaria para que los Hermanos escolásticos estudiaran en la Universidad. Se propició el estudio en el extranjero de buen número de Hermanos y, dentro del país, se llegó a lograr que un 90% de los Hermanos del Distrito estuviera estudiando.

Promovió la participación de todos en los procesos de estudio y decisiones distritales. Diseñó una interesante organización distrital a partir de las comunidades, que delegaron a sus miembros para la integración de las comisiones de formación, estudios, catequética y grupos apostólicos. De igual modo, las comunidades eligieron a los Hermanos del Consejo de Distrito, reservándose el Hermano visitador la elección de tres miembros; estos consejeros representaron la región distrital de donde provienen y reciben las propuestas de las comisiones. Creó, igualmente, un Consejo Económico, que analizaba las situaciones y proponía a los Hermanos consejeros los estudios realizados.

Otra novedad que ayudó mucho a la integración y conciencia distrital fueron los capítulos de distrito, a los que se convocó a todos los Hermanos; esto evitó desgaste y contraposiciones muy en boga en aquellos tiempos, por ejemplo, en el tema de los pobres, los votos o no votos...

Las visitas regulares y las complementarias fueron celosamente seguidas; en ellas había un contacto y un diálogo personal con los Hermanos, con la comunidad educativa y con el alumnado. Otro aspecto muy importante sobre el que se trabajó fue la situación económica del Distrito. Este inició con una sola casa de formación a medio construir, el noviciado menor de León, que tenía deudas en su construcción. Esas deudas se incrementaron con la creación del noviciado, el aspirantado mayor, el escolasticado y la comunidad de Acapulco. El atinado nombramiento del Hermano José Aceves como ecónomo distrital permitió la renegociación de las deudas y el pago de estas durante su mandato.

Sus estudios de sociología y la visión adquirida con ellos ayudaron a que los colegios lograran cambios importantes en sus métodos educativos y en la disciplina. El Hermano José fomentó las relaciones interpersonales e integró a todos los elementos de una escuela en comunidades educativas. Fue el impulsor de la educación personalizada y de la creación, en los colegios de sus preparatorias. En algunos de ellos, se inició la educación mixta en el bachillerato. Para lograr una presencia significativa y supervisión efectiva, pidió al Hermano superior general el nombramiento de un Hermano visitador auxiliar en la persona del Hermano Gilberto Lozano, sin descuidar él mismo esos aspectos.

El Hermano José fue visitador en tiempos de incertidumbre y sufrió por la salida de muchos Hermanos. Año tras año, al terminar los retiros, hubo bajas y los grupos de formación fueron menos numerosos. El segundo capítulo de distrito pidió que se cerraran algunas comunidades para reforzar otras. Quizá los criterios utilizados no fueron los más adecuados. La situación económica fue fundamental para la toma de decisiones y esta afectó seriamente la atención distrital a los más necesitados. Por otro lado, se cuidaron mucho los equipos de Hermanos en casa de formación y se planteó la necesidad de un postulantado separado que no se realizó. Se hicieron planes de formación, mucho antes de que existiera la guía de formación; no se quitaron estructuras por quitarse si no había una mejor.

El amor al Instituto lo trasmitía en sus cartas personales, por los círculos de estudio que organizó para que se llegase al conocimiento de los documen-

tos capitulares, tratando de hacerlos vida en los dos capítulos de distrito que presidió. Él mismo colaboró en el Centro Internacional Lasaliano (CIL), donde se desempeñó como ponente en temas del Instituto.

El 23 de diciembre de 1974, en su último mensaje como Hermano visitador, el Hermano José les dijo a los Hermanos:

> Si acepté hace seis años animar y gobernar el Distrito es porque
> - Creí en ti, a quien pretendí servir.
> - Creí en la Misión que desempeñamos y a la que quise avivar.
> - Tuve fe en Dios.
>
> Recibí el Distrito en una actitud de admiración y gratitud hacia quienes me precedieron en su animación. Me coloqué contigo y con todos los Hermanos del Distrito en un movimiento decidido y resuelto a "partir" y continuar en la dirección previamente impulsada, pero con una actitud existencialmente nueva, con estilo personal diferente y con un designio marcadamente comunitario. Acepté la responsabilidad hasta sus últimas consecuencias...

Después de un análisis detallado de la realidad del Distrito en todos sus aspectos concluye su reflexión con las siguientes palabras: "Con ustedes he vivido una aventura de gracia; es sencillamente la historia cotidiana de hombres que a la luz de la fe y el impulso del amor han andado caminos". Y concluye: "Vivir la misión salvífica como Hermano de la Salle no es un programa, es un acontecimiento, el único acontecimiento de la historia. Somos los heraldos, los profetas de la novedad, los profetas de Cristo, Salvador".

Terminado su periodo como Hermano visitador el 22 de febrero de 1975, fue invitado a tres centros internacionales. El primero fue el CIL, para el curso Sociología de la Comunidad Religiosa, en Roma; el segundo, la Universidad de Chicago, donde fue profesor huésped para el curso de Educación y Cambio Social en América Latina; por último, el programa de renovación de la región estadounidense en Sangre de Cristo, Nuevo México, como miembro del equipo de animación. Impartió a los Hermanos directores el curso Factores Sociológicos en la Animación de una Comunidad.

De regreso, se integró como director de Ciencias de la Educación en la Universidad de Monterrey, dirección que solo ejerció durante 1975, ya que al asistir al capítulo regional de América Latina Norte fue elegido como miembro del Capítulo General de 1976.

Consejero general

El Instituto está pendiente
de lo que hagamos por su
revitalización y por su restauración.
Discurso del Hermano superior al concluir el capítulo de 1976

La apertura del 40º Capítulo General de 1976 tuvo lugar el 14 de abril, con una fervorosa y solemne Eucaristía, cuya homilía estuvo a cargo del Hermano superior general, que hizo la siguiente advertencia a los capitulares: "Recordad que trabajáis para la Iglesia, el Cuerpo de Cristo". Al Hermano José le tocó vivir este tiempo de gracia y desempeñar un papel importante, ya que fue nombrado para formar parte de la Comisión Central del capítulo, como moderador. El trabajo realizado como moderador fue muy bueno y sobresalió por su amabilidad hacia los Hermanos. Hay que recordar su facilidad en el manejo de los idiomas.

Las elecciones llegaron y el 3 de junio de 1976 fue elegido el Hermano José Pablo como superior general. Ahora quedaba a los capitulares el trabajo de elegir al Hermano vicario y sus consejeros. La primera votación se realizó el 7 de junio y como resultado se eligieron cuatro consejeros, entre ellos el Hermano José. El 10 se eligió al Hermano vicario general John Johnston y a un consejero más.

El Hermano José, durante su estancia en Roma, se manifestó como una personalidad multifacética, agraciada por el creador con muchos dones, enteramente dedicados a la misión educativa, a la que reservaba su tiempo y energías. Su facilidad de comunicación, su creatividad y su entusiasmo eran fuente de inspiración y de apertura del carisma de La Salle a nuevos horizontes, especialmente en la enseñanza superior.

Al revisar las circulares del Hermano superior general en las que hizo alusión al Hermano José, se percibe que realizaron un gobierno colegiado y fue siempre para el Hermano superior un gran apoyo, un amigo y un consejero siempre disponible. Sin anular la fuerte personalidad del Hermano José, ambos se supieron entender y el Hermano José Pablo le encomendó tareas importantes, tanto en la redacción de algunas circulares como en los diversos viajes que realizaron juntos, o bien en viajes en los que participó como responsable con otros consejeros.

Prácticamente, en sus diez años como consejero, tuvo la oportunidad de visitar todo el Instituto y de tener una visión clara de las necesidades, ur-

gencias y realizaciones de los Hermanos y de las obras apostólicas a ellos encomendadas. No siempre fueron misiones fáciles. Quizá una de las más difíciles y que requería un fuerte diálogo, una prudencia extrema y una gran caridad fue el viaje al Distrito de Centroamérica durante la lucha sandinista.

En 1979 acompañó al Hermano superior en la visita a los distritos de Francia. Durante la visita se realizó un encuentro de Hermanos visitadores y se hicieron preparativos para el próximo tricentenario del Instituto; al año siguiente, en 1980, participó activamente en el Congreso de París, del 7 al 25 de julio, y en la preparación de la reunión intercapitular de 1981.

En el Congreso de París expuso una de las conferencias magistrales, que tituló "Los gritos del mundo de hoy y la respuesta lasaliana". En ella hace un paralelismo entre el mundo que enfrentó el Santo Fundador y el mundo que enfrentamos hoy. Enumera detalladamente sus características y describe cómo el carisma específico lasallista puede dar respuestas válidas para este mundo de hoy. Propone retos y urgencias. Concluye así: "Es urgente que nosotros, como de La Salle, creamos en la fuerza transformadora del Espíritu, que haga de nosotros hombres de fe, signos en el mundo de hoy... Hombres que vivan y proclamen valientemente el amor universal de Dios".

Visitó con el Hermano Patrice, consejero general, los Distritos de África, y entró en contacto con los 450 Hermanos que trabajaban en los veintidós países de este continente. El Hermano superior hizo una interesante descripción de esta visita. Resaltaron tanto los problemas existentes como los aspectos positivos que allí observaron. Acompañó al Hermano superior general en la visita a Oriente Próximo en 1981. Se familiarizó tanto con la problemática de esta región como con el trabajo misionero de los Hermanos en la tierra de Jesús. Más tarde, junto con el Hermano John Johnston, vicario general, visitó los Distritos de los Países Bajos.

En 1982, se ofreció al Hermano José el conocimiento de Asia. Acompañó en los primeros meses de aquel año al Hermano superior general en la visita de 13 países asiáticos. Más tarde realizó un rápido viaje a Guatemala y Nicaragua y terminó el año con la visita de los Distritos de Alemania y Austria. En los intervalos en Roma trabajó arduamente en la revisión final de la regla.

Acompañado por el Hermano Benildo Feliciano, consejero general, realizó la visita a los distritos españoles y de la subregión norte de América Latina. En la carta del 15 de mayo de 1984, el Hermano superior general se hizo eco

del informe recibido de esta visita, subrayando la vitalidad de la región y su preocupación por la problemática presentada en Centroamérica.

Aquel mismo año tuvo lugar el VIII Congreso Mundial Lasallista, en México, que se vio honrado con la presencia de todo el Consejo General y en el que el Hermano Cervantes tuvo una importante participación. Este mismo año, como todo Hermano latinoamericano, vivió con alegría la canonización del santo Hermano Miguel.

El Hermano procurador general de este mismo tiempo, el Hermano Félix del Hoyo, dice:

> Una faceta que me llamó particularmente la atención en los años de convivencia con el Hermano José Cervantes en Roma es su dimensión estética, su amor por el arte y su exquisita sensibilidad frente a las maravillas de la creación. Prueba de ello es la confesión que un día me hizo de que, desde su llegada a Roma, una de sus vivencias más extraordinarias era contemplar, de año en año, el maravilloso resurgir de la naturaleza, propio de la primavera en estas latitudes, fenómeno que no le había sido dado vivir hasta entonces.

Esta misma sensibilidad y aprecio del arte le movió, en el año del Tricentenario, a impulsar, diseñar y realizar, cuando menos en parte, la remodelación del Santuario del Santo Fundador, de la Casa Madre de Roma.

Podría abundarse con más información en lo realizado por el Hermano José Cervantes durante su misión como Consejero General, si bien lo descrito nos da una visión clara de la labor tan importante por él realizada, tanto en Roma como en los diferentes sectores del Instituto. Con todo, no estará de más recordar que una de las tareas que le fueron encomendadas fue el seguimiento a las Universidades La Salle del mundo. Trabajó en ello con gran empeño, lo que lo llevó a concebir la idea de formar la Asociación Internacional de Universidades La Salle (AIUL), idea que encontró el apoyo de numerosos Hermanos rectores.

Como Consejero General fue invitado por el papa Juan Pablo II para conformar el equipo redactor de la constitución apostólica *Ex corde ecclessiae*, documento señero para todas las universidades católicas, publicado por el mismo sumo pontífice el 15 de agosto de 1990.

Regreso e inicio de una fructífera etapa

Hermano mío... ¡Mantén tu fuego ardiendo!
No te asuste la noche,
la mañana vestirá luminosa en su alegría;
pero en tanto la luz va esclareciendo.
Hermano José Cervantes

De regreso al Distrito, después de sus diez años de fecundo trabajo en el Instituto, se integró a la comunidad del Instituto Regiomontano. No le fue nada fácil volver a un mundo demasiado estrecho. Él mismo propuso la creación de programas de formación lasallista en el Distrito, que no siempre tuvieron el éxito esperado. Más tarde se lanzó al mundo universitario, en el que fue feliz y en el que echó a volar toda su creatividad, su don de gentes y su capacidad organizativa. Supo impulsar la calidad de los estudios y la formación integral del joven universitario.

Los últimos 25 años de su vida los consagró por completo a la vida y la enseñanza universitaria. Tres instituciones universitarias fueron sus campos de trabajo, dos de las cuales él ayudó a fundar.

Forjador de hombres y profesionales

Haremos de la educación
la esperanza de lo posible.
Hermano José Cervantes

En 1987, culminan los deseos del Hermano José como educador y surge la posibilidad de acceder a nuevos campos en el panorama educativo lasallista de México. Entró de lleno a la vida universitaria como director de Planeación de la Universidad La Salle Ciudad de México y, un año más tarde, fue nombrado rector para el trienio 1988-1991. Su plan como rector, como él mismo expresó con ocasión del cincuentenario de la fundación de esta Universidad, fue "asegurar y mostrar la identidad de la universidad como una institución lasallista de inspiración cristiana".

En el aspecto académico, sobresalió durante su gestión la creación de nuevos programas, como el de Ciencias de la Educación, el de Informática y Diseño Gráfico, el de Ingeniería Mecánica, Eléctrica e Industrial, pero sobre todo la creación del doctorado, que cambió el panorama académico. En

cuanto a mejoras materiales, se creó la Plaza la Salle, se adquirió y remodeló el Colegio Alemán, y se remodelaron la Casa Rosada y las terrazas. Además, se construy*ó* el edificio de Química y se realizaron remodelaciones a los auditorios.

En el pensamiento del Hermano José, la formación estética y artística eran áreas indispensables para lograr la formación integral del universitario. Esta preocupación se vio reflejada en el embellecimiento que recibió la Universidad La Salle Ciudad de México y en la construcción de las dos universidades que le tocó fundar: la Universidad La Salle Obregón, construida en medio de un erial; y la Universidad La Salle Chihuahua, erigida en un bellísimo escenario natural, de un diseño que llama la atención por sus líneas y su equilibrio arquitectónico, reflejo de ese amor a la estética del Hermano José.

Durante su estancia, el Hermano José dio a la Universidad La Salle Ciudad de México una notable proyección y un fuerte impulso. He aquí el testimonio del Hermano Lucio Tazzer de Schrijver, uno de los Hermanos rectores, posteriores a él, y antiguo Hermano visitador: "El Hno. Cervantes proyectó la universidad hacia el exterior y había que darle continuidad y darle impulso a esa imagen que estaba ahí, que estaba abierta". Pero su actuación, sus motivaciones y realizaciones no fueron siempre comprendidas por algunos de los Hermanos y tuvo que sufrir por ello. Providencialmente, al terminar su compromiso con la Universidad La Salle Ciudad de México, quedó libre para iniciar el proyecto de la Universidad La Salle Noroeste, ubicada en Ciudad Obregón, Sonora, de la que fue designado rector fundador.

En la rectoría de la Universidad La Salle Ciudad de México y en aquellas que le tocó fundar (Universidad de Monterrey y las Universidades La Salle Noroeste y La Salle Chihuahua), pudo aplicársele la arenga de Martín Luther King en la escalinata del monumento a Lincoln, que el mismo Hermano José Cervantes citó en repetidas ocasiones:

> Si en aquel momento nos electrizó, con el paso del tiempo ha llegado a ser una pieza clásica de oratoria: "*I have a dream …*". Yo también tengo un sueño:
>
> - Sueño que la Universidad La Salle viva plenamente su vocación a la universalidad, buscando la verdad sin miedo ni reduccionismos.
> - Sueño que la Universidad La Salle sea, en verdad, una comunidad de *scholars*, de personas entregadas a la tarea de la excelencia en todos los campos propios de la Universidad.
> - Sueño con el día en que, en esta Universidad, nos reconozcamos todos como Hermanos —como lo quiere La Salle— cuando la mano abierta,

franca y tendida estreche en gesto de fraterna acogida al que la tiende, al que la necesita o al que, temeroso, la esconde.
- Sueño con el día en que todos los componentes de esta Universidad nos preocupemos más por el ser y no tanto por el tener, aun cuando fueren conocimientos.
- Sueño con el día en que realmente nos preparemos eficientemente para servir a nuestros hermanos mexicanos.
- Sueño con que nuestro campus crezca y se embellezca, con el día en que frecuentar la Universidad La Salle sea también una experiencia estética.

Y, podría seguir soñando... Cuando queremos algo, deseamos que sea lo máximo. Pero sueño y haré todo lo posible para que nuestra Universidad sea una universidad participativa, donde todos, cada quien a su nivel y en el lugar que le corresponde, nos consideremos responsables de su destino y de su misión, donde todos estemos dispuestos a defenderla y a comprometernos con ella.

Estas fueron las prioridades por las cuales el Hermano José trabajó, luchó y se esforzó en los campos que le tocó trabajar.

Desde la rectoría, el Hermano José participó en la vida universitaria del país. Así, en 1990 presidió la Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior (FIMPES) e impulsó la creación de la Asociación Mexicana de Instituciones de Educación Superior de Inspiración Cristiana (AMIESIC). Dentro de las universidades lasallistas de México, acompañó activamente a la AIUL y participó en la organización de las universidades La Salle mexicanas.

Recibió el doctorado *honoris causa* de las universidades lasallistas Saint Mary's College of California y Saint Mary's University of Minnesota. También tuvo que negociar la apertura de nuevas universidades La Salle en Cancún, Morelia y Cuernavaca, así como en Pachuca, así como el nuevo campus de la Facultad de Medicina.

El Hermano José, educador a través de la pluma

El mundo de la educación
es un campo privilegiado para
promover la inculturación del Evangelio.
Hermano José Cervantes

Su sensibilidad artística, su amplio conocimiento de las ciencias sociales, su experiencia pedagógica, su capacidad de vibrar con los alumnos y la gente en general, sus dones de educador eminente lo impulsaron a tomar la pluma y por este medio expresar la riqueza de su pensamiento y buscar la forma de llegar a tocar los corazones, alentar voluntades y fortificar el amor a la cultura y al desarrollo personal.

Sus artículos pedagógicos o de temas religiosos están perfectamente estructurados; de la introducción a la conclusión hay una secuencia lógica y expresan la claridad de pensamiento del autor; en ellos entusiasma, interroga, hace vislumbrar nuevos horizontes y deja en el lector la rica miel de su sabiduría.

Cuando el escrito se relacionaba con el recuerdo de alguno de los Hermanos que se nos han adelantado en el cielo, realizaba hermosas crónicas en las que plasmaba su emotividad, su fraternidad y su calidez humana. Conoció, como visitador, a la mayoría de ellos y eso le daba autoridad para hablar del relato de la vida del Hermano y su testimonio de entrega y fidelidad, que hacía resaltar, muchas veces, expresándolo en forma de poesía. Y como él mismo dice de la poesía:

> Es nuestra identidad más infalsificable. Es todo lo que llevamos dentro sin que nadie lo haya advertido. Es la sensibilidad que no se vislumbra. La puerta que solo uno puede contemplar. Los versos —sospecha— que escribimos y memorizamos lo dicen todo y no dicen nada.

He aquí un breve soneto de acción de gracias al Señor al terminar su trabajo como Hermano visitador:

Gracias señor

Yo fui feliz, Señor, en el servicio
austero, y en la gozosa convivencia;
cuando todo era azul en mi conciencia
o cuando el gris ahondaba el precipicio.
Mi madurez en primavera ufana
dio al Hermano, en plenitud su esencia.
La etapa me enseñó la mejor ciencia:
¡Ni odio, ni envidia, ni ambición humana!
Gracias, Señor, del puesto en la contienda,
por cada espina que me hirió en la senda,

pusiste un bálsamo en la herida.
Y así voy por la tierra, caminante
que sigue el rumbo al límite distante
donde la muerte se transforma en vida.

Sus primeras publicaciones fueron de carácter académico. Sus tesis se titularon *El adolescente y su mundo del lenguaje* (1963) y *Social class and educational-occupational aspirations* (1970); esta última la escribió para el doctorado.

Quizá uno de los escritos donde se percibe mejor su visión de historiador fue el prólogo "Sembrar es gesto de esperanza", escrito para el libro *La Salle en México I, 1905-1921*. En breves palabras, comparte en él la historia de la fundación del Distrito de México, aunada a sus emociones y el recuerdo grato de Hermanos amados, que supieron entregar su vida por una causa, supieron ser fieles, soportaron el sacrificio y el destierro e hicieron renacer reiteradamente la obra de La Salle en México.

Relaciona muy bien los hechos históricos del país con las vivencias pasadas, recordando al Hermano y al lector que, tres veces estuvimos a punto de desaparecer y que renacimos, sin ninguna ambigüedad, del estilo de vida religiosa que proclama a gritos nuestra identidad, dando primacía a la evangelización, a la educación y a una decisión de vivir en la fidelidad. Tres páginas escritas desde Roma y que podrían ser un preámbulo del escrito con ocasión del centenario de la llegada de los Hermanos a México: "Cien años sembrando estrellas", una serie de viñetas, con un fondo histórico, pero con la amenidad del relato vivencial y un cierto contenido anecdótico.

Otro de sus libros con características parecidas, pero de un profundo fondo pedagógico y doctrinal, es *Doce facetas de un mismo personaje*, basado en el pensamiento de san Juan Bautista de la Salle y que es reflejo de su espiritualidad y de su riqueza personal. En él, doce palabras sobre el Fundador y sus aplicaciones a la realidad actual se van sucediendo hasta llegar a la conclusión del libro, donde se dice:

> La Salle somos nosotros —frase que se acuñó hace años, precisamente en México—. *¿Hemos pensado cuántas de nuestras actitudes, de nuestros gestos* y hasta de nuestras expresiones derivan directamente de san Juan Bautista de La Salle? De poco serviría elevar alabanzas a una trayectoria excepcional como fue la de La Salle, si nuestra vida no se sintiera cuestionada e inspirada por la suya: su búsqueda constante de la voluntad de Dios, su amor e identificación con la clase pobre, modesta y marginada.

Sus escritos son el mejor testamento espiritual que tenemos del Hermano José. Los culmina con una trilogía: *Educar desde la fe*, *Educar desde el amor* y *Educar desde la esperanza*. Los tres hacen un todo y están destinados a padres y maestros, ambos educadores por vocación. Es aquí donde el Hermano José plasma su alma de educador, de formador y de religioso, marcando metas y objetivos precisos. En una de sus valiosas obras invita al lector a vivir la espiritualidad lasallista, a la vez que nos habla de su persona:

> Por espíritu de fe, llegas a admirar cómo en el rompecabezas de tu vida, todo encaja maravillosamente, a pesar de que, en ciertos momentos de tu vida, alguna pieza no pareciera encontrar lugar. Como de La Salle, he sentido la presencia de Dios en mi vida. Como él llegué a esto por accidente. Como él he sentido la zarza ardiente que ha iluminado mis encuentros y desde la que el Señor me ha hablado.

Todos sus escritos, sus trece libros y cursos están sustentados en una abundante bibliografía y son el producto de su estudio personal, su reflexión profunda y la vivencia de su carisma de religioso educador apasionado por el Señor Jesús.

Cualidades humanas

...unos puntos suspensivos
abarcan muchas de las cualidades
del Hermano José: sonrisas, cariño,
gran vocación, carisma, celo, confianza,
fraternidad, realización, ejemplo, fe,
humanidad, inteligencia, alegría,
templanza, servicio, visión, previsión,
bondad, serenidad, iniciativa, amistad,
cabeza y corazón...

El Hermano José tuvo un carácter juvenil, a la vez que era observante, piadoso y generoso en su entrega, como lo pedía la regla. Sus cualidades de jefe y organizador se manifestaron pronto, al ir asumiendo responsabilidades en la escuela. Ejerció con gran acierto el puesto de Hermano inspector, siempre apoyando y obedeciendo al Hermano director. Supo ser un buen segundo, fue creativo y propositivo, audaz, un hombre de fe, de esperanza, de una

piedad profunda y auténtica, quizá no muy expresiva, pero atrayente, cercano a los Hermanos y maestros que trabajaban con él. Era el Hermano mayor entre sus alumnos y fue siempre fiel en sus amistades. Estaba dotado de una excelente memoria, recordaba a sus exalumnos con cariño y entusiasmo.

El Hermano José tuvo un rico sistema axiológico basado en valores universales como la búsqueda profunda de Dios, el bien, la belleza y la verdad, que le permitieron normar su vida por la lógica, la ética y la estética, a la vez movido por una profunda fe que le hizo hacer del Evangelio su regla de vida y proyectarse de tal forma que pudo considerársele como un Hermano, maestro y amigo. Dijo el Hermano Fermín Martínez: "En él nos descubrimos como seres humanos, como educadores, como Hermanos, como confidentes, como innovadores mentales, como amantes del arte y como amigos".

Fue un hombre que tenía muy claros los objetivos de su trabajo y mostraba un gran celo por alcanzarlos. En este esfuerzo podía a veces mostrarse poco sensible a las personas que lo acompañaban, pero era grande su capacidad para pedir perdón y perdonar cuando tenía conciencia de sus yerros.

En la última etapa de su vida contribuyó a la consolidación de la Red de Universidades La Salle de México. Desde el 2006 ejerció de responsable del Centro de formación y liderazgo universitario lasallista. Fue consultor del Episcopado Mexicano en la Comisión de Educación. Colaboró como animador y ponente en todas las ediciones del Curso de Liderazgo Lasallista en Roma.

Dejó un gran legado y un camino muy bien trazado que es necesario seguir recorriendo.

La enfermedad lo probó como oro en el crisol. Primero presentó malestares indefinidos y por fin los médicos encontraron un cáncer en un riñón. Valerosamente soportó la operación y su recuperación, pero, como él mismo decía: "A una 'carcacha' vieja (automóvil viejo) se le arregla una cosa y se descompone otra" y así fue ahora. El problema vino en el estómago e intestinos, que poco a poco se negaron a trabajar y ocasionaron serios trastornos, hospitalización, intervenciones quirúrgicas, esperanzas y temores fundados sobre su salud, pero el Señor había ya señalado la hora para recompensar al buen siervo fiel y prudente. El 7 de septiembre del año 2012, víspera de la fiesta del Natividad de María Santísima, entregó pacíficamente su alma al Creador.

Los funerales tuvieron lugar en el Colegio Ignacio Zaragoza de Saltillo, Coahuila, con asistencia de muchos Hermanos, algunos de sus familiares y muchos amigos y antiguos alumnos. La misa que se celebró por su eterno descanso en la Universidad La Salle fue presidida por un sacerdote sobrino suyo.

XII

Lucio Augusto Tazzer de Schrijver, *fsc* (Antonio Lucio)

(7/01/1935)

Familia y estudios

Lucio nació el 7 de enero de 1935 en la Ciudad de México. Su padre, Giuseppe Antonio Tazzer, nació en el norte de Italia y llegó a México después de la Primera Guerra Mundial, invitado por un tío suyo. Se dedicó a la jardinería, a los huertos y a los viveros. Su madre, Magdalena de Schrijver, nació en Bélgica (Flandes) y vino con sus padres a México. Su abuelo materno, antiguo alumno de los Hermanos, era ingeniero agrónomo y fue invitado por Porfirio Díaz a trabajar en el país. Los hijos de la familia fueron cuatro, dos mujeres y dos varones: los mayores eran María Caterina y Lucio, y los más pequeños, Atilio y Magdalena.

Cuando iba a ingresar a la escuela primaria, sus padres le preguntaron a su padrino por un colegio donde pudiera estudiar. Le recomendaron una escuela de "padres franceses", el Colegio Simón Bolívar, ubicado en Galicia núm. 8, en Mixcoac, que resultó ser de los Hermanos, con los que su abuelo materno había estudiado en Bélgica.

Terminada la primaria, continuó la secundaria en el mismo Colegio. Al estar en primer año, por influencia del Hermano Ernesto Pizarro, perteneció a la Acción Católica y participó con los *scout* del Colegio Cristóbal Colón del Hermano José Elcoro. Y, gracias a la formación recibida y a la influencia de

estos Hermanos, decidió entrar con los Hermanos. El reclutador fue el Hermano Antonino Ramírez.

Ingreso con los Hermanos: formación inicial y permanente

Llegó al noviciado menor (aspirantado), en Tlalpan, el 25 de noviembre de 1948; su director era el Hermano Luis Lozano Bernal, hombre enérgico y responsable. Sus maestros fueron Rodolfo Mendoza (Hermano Agustín), subdirector, titular de segundo de secundaria y maestro de español; y Pedro Córdoba (don Víctor), titular de tercero de secundaria, maestro de matemáticas, junto con otros Hermanos. Sus compañeros de formación fueron Héctor García Zaragoza, Ambrosio Luna, Germán Martínez y Adalberto Aranda, entre otros. Ahí estuvo varios años, continuando con los estudios de secundaria hasta concluirlos. Sus papás se identificaban plenamente con don Luis Lozano, por la huerta, y su mamá hablaba el idioma francés que tanto le gustaba a don Luis. Lucio sobresalía por estar siempre bien arreglado, costumbre que conservó toda su vida gracias a la educación familiar y a las casas de formación.

El noviciado menor era un flamante edificio recién estrenado en 1945, con amplios jardines y espaciosa huerta plantada de ciruelos en plena producción. En aquella época, Tlalpan era una ciudad levítica y solitaria, donde abundaban los conventos, los seminarios y las casas de formación. Solo el tranvía de San Fernando turbaba el silencio monacal de aquella santa casa.[1]

Cada jueves se llevaba a cabo el paseo semanal de mediodía o de todo el día a lugares cercanos: los Arenales, el Ajusco, el Xitle, Valle de Águilas, entre otros. El paseo los ayudaba a descansar del esfuerzo y la concentración que le implicaba el estudio. Cuando su grupo iba a pasar a la siguiente etapa de formación, se hizo una excursión al Popocatépetl —conquista fácil para Lucio— del que se hizo aficionado.

Pasó a la casa del noviciado el 25 noviembre de 1951 para continuar con la segunda etapa de formación, el noviciado. Por esa época, el noviciado se encontraba en la misma propiedad de Tlalpan. Antes de recibir el hábito religioso, hizo dos meses de postulantado. Finalmente, con diecisiete años, en una ceremonia presidida por el Hermano visitador Bernardo Grousset, el 25 de enero de 1952, revistió el hábito de los Hermanos.[2] Su padrino fue su anti-

---

1 Por la calle San Fernando, que se amplió esos años, iba un tranvía de la terminal a la iglesia llamada de san Pedrito.

2 Esta generación de novicios solamente usaba el hábito temprano por la mañana y al caer la tarde

guo director, el Hermano Luis Lozano. Aquel día recibió el Nuevo Testamento, el rosario de seis decenas y el nombre de Antonio Lucio. En la ceremonia también estuvieron sus compañeros Héctor García, Germán Martínez, Ambrosio Luna, Francisco Barba, Juan Estudillo, Ramiro Montaño, Humberto Romano, Jorge González, Gerardo Rodríguez, Teodoro Luis, Fernando Brito, Alipio Alonso, Luis Treviño, Carlos Ruelas, José Antonio Espinosa, José María Morelos, Javier Galnares, entre otros; en total fueron diecisiete compañeros mexicanos y cuatro cubanos, lo que constituyó un grupo de veintiún novicios.[3]

Cursó un año de noviciado bajo la dirección del Hermano Javier Bordes Vértiz, recién llegado de Roma, que se iniciaba como director, con gran entusiasmo y mucha entrega. Bajo la mirada y el cuidado de tan excelente formador de hombres y de religiosos, Lucio adquirió los hábitos, las costumbres, pero, sobre todo, la identidad de un verdadero Hermano, junto con sus compañeros. También se iniciaba como subdirector del noviciado el Hermano Víctor Córdoba, su maestro de tercer año de secundaria, al que tanto admiraba y del que recibiría tan benéfica influencia.

La lectura y la meditación del Evangelio, de los escritos de san Juan Bautista de La Salle, las horas de oración y meditación, la conferencia matinal del Hermano director, la convivencia comunitaria con los Hermanos y compañeros del noviciado, el paseo de los jueves y el trabajo en la huerta, fueron forjando su personalidad.

El programa de formación estaba pasando progresivamente de uno a dos años de noviciado. A Lucio, igual que a algunos compañeros, le señalaron que solamente cursaría un año, en parte porque había sido novicio menor. El Hermano director guardó los mejores recuerdos de este primer grupo, al que apreció mucho; cuando finalizó esta etapa, obsequió un libro a cada uno. Terminaron el noviciado el 26 de enero de 1953, fiesta de la Conversión de San Pablo, con la emisión de sus primeros votos en la presencia del Hermano visitador Bernardo Grousset. Lucio realmente se había convertido en un Hermano, como lo demostró a lo largo de su vida.

Pasó al escolasticado, ubicado en la quinta Los Olivos, Coyoacán, Ciudad de México. Por esta época, dirigía el escolasticado el Hermano Miguel Martínez Cervantes, que estaba muy bien preparado en historia de México, len-

---

todos los días, pues la casa estaba en ampliación y se consideraba acertado que los trabajadores no los vieran con hábito, como consecuencia de las persecuciones que hasta hacía poco se habían vivido en México.

3 De los que revistieron el hábito en el grupo, hubo un alto índice de perseverancia: ocho en total.

gua y literatura y en pedagogía. Los Hermanos formadores eran personas que estaban a la altura de las circunstancias; el Hermano Lucio apreció mucho al Hermano director.

Estuvo dos años en el escolasticado, 1953 y 1954, donde cursó la Normal Primaria en el Colegio Cristóbal Colón, ubicado en la calle Sadi Carnot del centro de la Ciudad de México y se preparó para ser un maestro de calidad. Además, como práctica educativa, colaboró, como los demás compañeros, impartiendo algunas clases a los alumnos de primaria de la misma institución: catecismo y una asignatura. Desde esta época fue un profesor muy responsable, como lo será a lo largo de su vida.

El 23 de diciembre de 1960 emitió los votos perpetuos en el mismo Colegio Benavente, precedidos de retiros espirituales de veinte y treinta días. Años más tarde, estudió en Puebla, en la Normal Superior Benavente, primero la carrera de Literatura y, posteriormente, Física. Para continuar su preparación, entre 1966 y 1970 estuvo en Roma, donde estudió la licenciatura en Teología, en la Universidad de Letrán, en el Instituto Jesús Magister. Vivía en la comunidad de Hermanos estudiantes en la Casa General, dentro de un ambiente muy renovado, propio de Hermanos jóvenes y posteriores al Concilio Vaticano II. Ya en la Universidad La Salle, estudió la maestría en Enseñanza Superior. Al término de su rectorado, en 2000, pidió cursar el programa de espiritualidad en el Centro Internacional Lasaliano (CIL) en Roma, donde junto con la renovación espiritual, logró grandes amistades con Hermanos de varios países. Logró hablar y escribir, aparte del español, el francés y el italiano, gracias a su familia, a las casas de formación y a su estancia de estudio en Italia.

Primeros años de comunidad en el Colegio Benavente

Con veinte años, el 25 de enero de 1955, llegó al Colegio Benavente como profesor de sexto año de primaria, en calidad de Hermano "prestado" (practicante); sin embargo, permaneció en el Colegio Benavente durante once años seguidos. Se desempeñó como profesor de primaria, secundaria, preparatoria y como inspector del colegio en enero de 1959. Igualmente, a los veintitrés años, fue prefecto de internos en enero de 1958. Sus internos tenían entre 16 y 21 años. Cada semana, los llevaba de paseo a algún lugar cercano; a los que obtenían buenas notas, les permitían salir con sus compañeros o el fin de semana a su casa, si vivían cerca. Logró que se mejorase la comida de manera notable. Además, participó activamente con los *scouts*, en las Jornadas de Vi-

da Cristiana y en los Cursillos de Cristiandad. Durante estos años, promovió acertadamente las vocaciones en los grupos que daba clase, logrando que ingresaran con los Hermanos jóvenes de calidad. En el otoño y el invierno escalaba con varios Hermanos los volcanes del Popocatépetl o el Iztaccíhuatl cada fin de semana. Partió para estudiar en Roma en 1966, de donde regresó en 1970.

Director del Colegio Benavente

En 1970, al regresar de Roma, lo nombraron director del Colegio Benavente, en Tehuacán, Puebla, por cuatro años. Se identificó con los estudiantes y los padres de familia, así como con el señor obispo, Rafael Ayala y Ayala. Pidió pasar a la Universidad La Salle para continuar sus estudios, y así poder realizar una maestría.

Primeros años en la Universidad La Salle

Entre 1974 y 1988 trabajó en la Universidad La Salle, Ciudad de México, primero como profesor de asignatura en Humanidades y como director del Centro de Pedagogía. Posteriormente, fue nombrado secretario académico de la Escuela Preparatoria y director de 1981 a 1984. Animó fuertemente a la sociedad de alumnos, al Movimiento Juvenil Lasallista de reciente creación y a la comunidad de padres de familia. Estudió la maestría en Docencia Universitaria entre 1980 y 1982 con una de sus grandes amigas, Purificación Romero.

Fue nominado vicerrector de la Universidad de 1984 a 1988, tiempo en el que desplegó una gran actividad en la supervisión académica. Realizaba los acuerdos con cada director de manera regular, participaba en las actividades de la institución y apoyaba al rector en las decisiones importantes.

Director del Colegio Simón Bolívar Secundaria

Del año 1988 a 1991 se desempeñó como director de la secundaria Simón Bolívar en Río Mixcoac, donde se identificó con los maestros y los jóvenes estudiantes.

Rector de la Universidad La Salle

En 1991 fue nombrado rector de la Universidad La Salle, puesto que ocupó hasta 2000. Sus iniciativas fueron múltiples gracias a un don natural de gentes, su gran visión y experiencia en la institución. Entre los logros de su gestión destacan la construcción de dos estacionamientos, la conclusión de

la Unidad II y el antiguo Colegio Alemán, donde funcionan Arquitectura y Diseño, Ingeniería, Filosofía y Ciencias de la Educación y, en 1991, comenzó la carrera de Ingeniería Industrial; se remodelaron la torre administrativa y el auditorio Adrián Gibert. Continuó con los arreglos y las construcciones de la casa de descanso de Tetela.

En 1993, por acuerdo de la Junta de Gobierno, se elevó a rango de Facultad a la hasta entonces Escuela Mexicana de Medicina, dado el prestigio logrado, particularmente, por la preparación de sus catedráticos. El 3 de marzo 1986 había fundado la Academia Mexicana de Bioética junto con el padre Manuel Alarcón, y que fue reactivada en 1998. Igualmente, pocos años después, fue elevada a Facultad la hasta entonces Escuela de Derecho.

En la que fue casa de formación de los Hermanos en Tlalpan, donde él se había formado, se proyectaron, remodelaron y construyeron las nuevas instalaciones de la Facultad de Medicina —salones, laboratorio, bioterio, biblioteca, cafetería—, inauguradas el 28 de agosto de 1996. También se construyó el magnífico Teatro La Salle, inspirado en el Teatro Principal de la Ciudad de Puebla, del siglo XVIII.

Con apoyo del vicerrector, el Dr. Ambrosio Luna Salas, dio un gran impulso a la investigación y a la acreditación de la Universidad ante la Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior (FIMPES). En 1993, nació la *Revista del Centro de Investigación.* En 1995, inició el laboratorio de hidroponia en Santa Lucía, que funcionaba en conjunto con la Dirección de Posgrado e Investigación y la Escuela de Ciencias Químicas.

Se creó la Vicerrectoría de Formación en 1992, que quedó a cargo del doctor Rafael Martínez y en 1998 cedió el puesto a cargo del licenciado Martín Rocha Pedrajo. En esta Vicerrectoría se integraron actividades deportivas y se crearon la Casa de la Cultura, el Centro de Multimedios (biblioteca), la Coordinación de Desarrollo Social y Comunitario, el Centro de Impulso y Vida Estudiantil y los organismos estudiantiles; además se fundó el Consejo Universitario Estudiantil.

En 1991, se abrieron varias sedes de la Universidad La Salle en Cuernavaca, Cancún, Morelia, Ciudad Obregón y Pachuca. Se les apoyó y acompañó en su crecimiento y desarrollo, hasta lograr su consolidación. También comenzaron nuevas maestrías: en Administración Educativa, en Enseñanza Superior, en Calidad, en Recursos Humanos, en Administración de Instituciones de Salud, en Docencia Universitaria, en Sistemas Computacionales, en Negocios Internacionales y en Docencia Jurídica, varias de las cuales se impar-

tieron con mucho éxito en diversas ciudades del país, gracias a la eficiente dirección del maestro Juan Bulbulián. También se inició la especialidad en Dirección Industrial, en la Escuela de Ingeniería. En 1995, la licenciatura en Ciencias Religiosas obtuvo el Registro de Validez Oficial de Estudios (RVOE) de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y en 1998 lo obtuvo la licenciatura en Ciencias Religiosas en su modalidad semiabierta. En 1996, se creó el Centro de Educación a Distancia con miras hacia el futuro.

Ante la crisis económica y financiera de finales de 1994, que causó altos índices de desempleo y problemas económicos a las familias, el presidente Ernesto Zedillo llamó a los rectores de las universidades y les pidió que tomaran en cuenta la situación. En respuesta a esta solicitud, en la Universidad se bajó un poco el monto de las colegiaturas, lo cual fue muy benéfico para todos y se incrementó el número de alumnos de manera notoria.

Sobre todo, se desplegó en estos años una fuerte dinámica de relaciones públicas, al proyectar la imagen de la Universidad al exterior de una manera excepcional ante organismos universitarios y gubernamentales de educación, así como ante la sociedad en general. Se fortalecieron las relaciones interinstitucionales con la participación en FIMPES —de la cual el Hermano Lucio fue vicepresidente— y en Asociación Mexicana de Instituciones de Educación Superior de Inspiración Cristiana (AMIESIC) —de la cual fue presidente—. Inauguró el Centro Internacional de Educación La Salle (CIEL), para atender los intercambios nacionales e internacionales de los estudiantes, para lo cual remodeló lo que llamó la Casa Rosa. En 1996 surgió el área de Relación con Egresados.

En marzo de 1996, el Hermano superior general John Johnston visitó la institución y se le concedió el primer doctorado *honoris causa*, igual que a la doctora Chiara Lubich, fundadora del Movimiento de los Focolares. En 1998, la Universidad concedió el doctorado *honoris causa* a tres Hermanos: Rafael Martínez, Mariano Ramírez y Juan Bulbulián; y en 1999 también se le concedió al señor Olegario Vázquez Raña.

En 2000, la Universidad fue visitada por la Premio Nobel de la Paz Rigoberta Menchú, los embajadores de Austria, Reino Unido, Filipinas, Alemania, República Checa, Suiza, Palestina, Costa Rica y Panamá; y del ámbito nacional, Porfirio Muñoz Ledo, Santiago Creel, Manuel Camacho Solís, Jesús Silva Herzog, y los candidatos presidenciales Francisco Labastida Ochoa y Vicente Fox Quezada. En mayo de cada año continuó llevándose a cabo el desayuno anual con los exalumnos, con una nutrida asistencia. En 2000 se logró a cabalidad la meta del lema "2000 para el 2000".

Escribe uno de sus colaboradores:

> Para mí, como rector y como miembro de la comunidad de la Universidad La Salle, el Hermano Lucio Tazzer ha sido siempre un pilar fundamental de la universidad. Podría afirmar que si alguien le ha impreso su sello personal a la universidad ha sido él.
>
> Tiene esa rara habilidad o talento para ser formal y serio, al mismo tiempo que amable y caballeroso.
>
> Siempre me ha parecido muy talentoso y brillante, lo cual siempre le he admirado.

La Academia Mexicana de Derecho Internacional le entregó en 1992, la Cruz de la Orden Mexicana del Derecho, Cultura y Paz y es miembro de la Academia de Derecho Internacional. La Universidad La Salle Ciudad de México le otorgó el 8 de marzo de 1996 la medalla San Juan Bautista de La Salle. Igualmente, la Universidad de Saint Mary's en Minnesota, cuyo rector era el Hermano Louis de Thomasis, le otorgó el doctorado *honoris causa* en Liderazgo Educativo en 1997; y la Universidad de las Américas Ciudad de México, cuyo rector era el doctor Alejandro Gertz Manero, lo nombró doctor *honoris causa* en Humanidades, en 1998, en una bella ceremonia en Bellas Artes.

En 1998, falleció su mamá, Magdalena, a quien llevaba varios años acompañando. Después de sucedido, se reintegró plenamente a la comunidad de los Hermanos. Al terminar su rectorado, en 2000, lo sucedió en el cargo el Hermano Raúl Valadez; por su parte, el Hermano Lucio asistió al programa del CIL, en Roma, para un año de renovación espiritual.

Director del Colegio Cristóbal Colón en Lomas Verdes

Entre 2001 y 2005, fue director general del Colegio Cristóbal Colón de Lomas Verdes. Buscó que el Colegio avanzara en la enseñanza del idioma inglés hasta lograr que fuera bilingüe; preparó a todos los maestros y los becó en sus estudios, lo que se facilitó que estudiaran este idioma. Aquí desplegó una fuerte actividad con la Federación de Escuelas Particulares del Estado de México (FEPEM), particularmente mediante los congresos anuales.

Hermano visitador del recién creado Distrito Antillas-México Sur

Fue nombrado Hermano visitador (provincial) del Distrito Antillas-México Sur en 2005, cargo que desempeñó hasta el 2011. El visitador auxiliar fue el Hermano Adalberto Aranda, con el que hizo muy buen equipo. El principal objetivo fue comenzar la nueva estructura del Distrito de las Antillas y México Sur, que abarcaba Florida, Puerto Rico, República Dominicana, Haití, Cuba y México Sur, lograr su integración y consolidación. Facilitó este cometido el que el Hermano Adalberto había estado como presidente y delegado en las Antillas; también había sido compañero de formación de varios Hermanos de las Antillas. Durante estos años, tuvo operaciones de los fémures, de las que logró salir adelante gracias a la fisioterapia aplicada de manera disciplinada por una enfermera que lo atendía.

Director de la comunidad de los Hermanos en la Universidad La Salle

Al terminar como Hermano visitador, el 2011, pasó a la comunidad de la Universidad La Salle, donde fue nombrado director de la comunidad de Hermanos hasta 2019, y asesor de Rectoría en la Junta y Consejos de Gobierno de las Universidades La Salle Ciudad de México y Nezahualcóyotl, y en Pachuca, Cancún y Morelia como presidente hasta el 2020.

A continuación, se transcriben las palabras del Hermano visitador Martín Rocha con motivo del festejo de los 80 años del Hermano Lucio, en una comida de la comunidad de la Universidad La Salle con los Hermanos del Distrito, el domingo 18 de enero 2015.

> Hermanos y amigos que hoy nos acompañan. El padre Llorente, un escritor español, plasmó hace años la siguiente sentencia:
>
> A los ochenta años se desvanecen los sueños, se modifican los planes, se recortan las ambiciones, se aquietan las pasiones, ya no se duerme la noche de un tirón, da gusto estar sentado, cuesta subir escaleras, se alargan las siestas y se echan de menos los compañeros de camino. Ya quedan pocos, y de esos pocos, unos están sordos, otros caminan a tientas y otros han perdido la memoria.

Al leer esta cruel sentencia, podemos pensar en mucha gente, pero no en nuestro Hermano Lucio. El Hermano Lucio trae azorado, atolondrado, aturdido a su ángel de la guarda: a sus ochenta años, le sobran sueños, proyectos, ganas de vivir.

El Hermano Lucio lleva con toda dignidad su caminar a lo largo de ocho décadas y no solo eso, sino que su vida ha producido una gran cosecha: son cientos si no miles los alumnos que le recuerdan con muchísimo cariño. Le ha tocado el rol de animar a los Hermanos y ellos también le agradecen este servicio.

Hermano Lucio muchas gracias por su vida, gracias por su cercanía, gracias por su bonhomía, gracias por ayudarnos siempre a ver el lado bueno de la vida, gracias por su amor a la naturaleza, gracias por ese saber ser una persona en toda la extensión de la palabra.

La escritura dice que uno vive setenta años y el más robusto hasta ochenta. Yo creo que eso ahora ya no tiene razón de ser. Aquí mismo en la comunidad contamos ya con dos nonagenarios y varios octogenarios.

Al contrario, esta edad es para pasar:
del arrebato al entusiasmo, a la serenidad,
de la ilusión a la lucidez,
del optimismo a la esperanza,
de la risa fácil al apacible sentido del humor,
de la fe en los demás a la comprensión con todos.
Este día agradecemos a Dios el don hecho en su vida...

Y permítame terminar con un poema con el que cada día inicia la programación la famosa estación de El Fonógrafo, la música ligada a sus recuerdos (donde por cierto pasan ya muchas canciones que yo cantaba de joven):

¿Pero es que acaso hay una tercera edad?
¿No todos los días, cuando amanece,
la vida vuelve a comenzar?
¿No todos los días también florece,
allá en los jardines, el rosal?
El final del camino es el principio
si lo miras hacia atrás...
Tu alma es eterna, poderosa.

Es la imagen de Dios que te ha formado.
Hazla cada día más luminosa
sin que te importe el tiempo que ha pasado.
Tú puedes a tu noche volver día.
De lo que son abismos, formar cumbres.
Convertir en ventura tu agonía.
De lo que son cenizas, hacer lumbre.
Tú puedes hacer de cada instante
el momento más grato de tu vida.
A un trozo de cristal volver diamante,
porque todo es según como se mira.
Es por eso que digo que no hay una tercera edad.
Cada día de tu vida es el principio y no el final.

Hermano Lucio, que Dios le siga bendiciendo y vengan 80 más.

XIII

Raúl Valadez García, *fsc*
(Agustín Raúl)

(30-10-1941)

Su familia, sus primeros estudios

San Diego de Alejandría es un pueblo y municipio de los Altos de Jalisco, también conocido como *la puerta de los Altos*. Es la entrada al estado de Jalisco si se llega desde Guanajuato; cercana está la población de San Julián. El Hermano Raúl comienza su relato:

> Mi papá Toribio era de San Diego de Alejandría y vivió de 1892 a 1969. Mi mamá, María del Refugio, era de San Julián y vivió de 1898 a 1976.

Y continúa sobre su nacimiento, origen y la situación familiar que vivieron esos años:

> Nací en la ciudad de León, Guanajuato, el 30 de octubre de 1941. Fui el último de nueve hermanos. Mi padre militó en el ejército cristero (1926-1929), de ahí que yo tuve muy poca relación con él, ya que estaba escondido cerca de Monterrey (Montemorelos) porque lo querían matar después de la famosa "amnistía".[1]

---

[1] Para conocer un poco más sobre la situación política y social de México en tiempos del biografiado, véase la biografía del Hno. Manuel Álvarez.

Su mamá, mujer enérgica y trabajadora, que estuvo a cargo de los hijos, los sacó adelante con ayuda de sus hermanos mayores, que fueron un ejemplo de laboriosidad y honestidad para él.

Cuando los Hermanos fundaron el Colegio La Salle en León, Guanajuato, lo inscribieron de inmediato, junto con su primo Salvador García en dicha institución:

> En la primaria era alumno del Colegio Maylén (de religiosas); pero en 1952 llegaron los Hermanos lasallistas a fundar el Colegio La Salle, gracias a la intervención del señor obispo Manuel Martín del Campo, quien había sido alumno de los Hermanos en Morelia, antes de la Revolución mexicana.

El fundador del Colegio fue el Hermano Guillermo Alba López, con los Hermanos Enrique Canales Leal, Agustín López Pacheco y Ricardo Preciado Arias, que fueron maestros en un grupo de primaria; él fue alumno del dinámico Hermano Enrique Canales, quien junto con las clases los hacía cantar y los llevaba de paseo; todo un jefe:

> El trato y las actividades que nos organizaba el Hermano Enrique Canales Leal (quien después dejó la Congregación) me entusiasmaron para hacerme Hermano, por lo que yo quedo eternamente agradecido por ser instrumento de Dios para mi vocación.

Ingreso con los Hermanos: formación inicial y permanente

A los siete meses de ingresar al colegio, el 1° de septiembre de 1952, estuvo por cuatro meses en el aspirantado de Guadalajara con el reclutador, el Hermano Ángel María Gálvez, para continuar sus estudios. El director del aspirantado era el Hermano Regis, de origen francés; el director del Colegio Febres Cordero era el Hermano Leopoldo Angulo; y su maestro de sexto año, el Hermano José Luis Casillas.

Al concluir el año civil, llegó a Tlalpan el 12 de enero de 1953, como novicio menor, para continuar su sexto año de primaria, con varios compañeros, conducidos por el Hermano visitador Bernardo Grousset. Su maestro de 6° de primaria ya en Tlalpan fue el Hermano Luis López Bonilla. El director era el Hermano Luis Lozano Bernal, hombre enérgico y responsable. Declaró el Hermano Raúl:

Salí de 5° de primaria de La Salle de León para iniciar el 6° en el Colegio Febres Cordero de Guadalajara. Me tocó el honor de ser la primera vocación para Hermano, surgida del Colegio La Salle. Posteriormente, tres meses después, llegaría mi primo hermano, Salvador García Guerrero al Febres Cordero. Ambos llegamos juntos al noviciado menor de Tlalpan, en enero de 1953, para iniciar nuevamente el 6° de primaria.[2]

De mis Hermanos formadores, tengo un grato recuerdo y agradecimiento. Ellos eran el Hermano director Luis Lozano Bernal; el Hermano subdirector Rodolfo Mendoza Díaz Barriga, maestro de español y titular de 2° de secundaria; el Hermano Luis López Bonilla, titular de 6° de primaria; el Hermano Leopoldo Narro Siller, titular de 1° de secundaria; y el Hermano *César Rangel Barrera, titular de 3° de* secundaria.

Escribe el Hermano Raúl sobre el Hermano César, su maestro y titular, el formador con el que más se identificó en esos años, gracias a sus buenas cualidades y su manera de tratarlos y dinamizarlos:

Cuando llegó al noviciado menor de Tlalpan, lo dinamizó mucho: organización en tipo patrullas *scouts*, juegos, hasta peligrosos en los paseos, como el fañón aéreo,[3] competencias deportivas internas.

Otra actividad también importante era la reflexión diaria con un dibujo alusivo al tema.[4] También las preguntas sobre música clásica que hacía en los paseos. Además, le dio otra dinámica a los campamentos anuales que se realizaban en la hacienda de la Asunción.

Era muy apreciado por los novicios menores como formador, tanto en las clases que impartía, como en las actividades que organizaba.

Una cosa simpática que hizo fue la organización del dormitorio sur, que él vigilaba. Estábamos por categorías: los que nos bañábamos diario con el agua fría (helada) de Tlalpan, éramos los "osos polares" y los últimos de la categoría eran la "reserva masái", porque nunca se bañaban en la mañana.

---

2 Había dos calendarios escolares en México, uno comenzaba clases en febrero y el otro en septiembre, de ahí los avances y retrocesos que se observan en el itinerario académico de Raúl en esos meses.

3 El juego de fañón consiste en portar una prenda a la altura de la cintura y el oponente trata de quitársela; pero el fañón aéreo lo realizan los oponentes trepados en los árboles; como hubo varios accidentados, se tuvo que suspender.

4 Fue la base de su libro *Reflexiones*, publicado una década después.

Todos los jueves hacían un paseo al mediodía o durante el día entero a sitios cercanos como descanso de los estudios. Iban a los Arenales, el Ajusco, el Xitle, el Valle de Águilas, entre otros. Cuando su grupo iba a pasar a la siguiente etapa de formación hicieron una excursión al Popocatépetl. Para Raúl fue una meta sencilla, pues se destacaba en deportes, paseos y alpinismo, así como por su alegría y algarabía a lo largo de toda su vida.

Durante estos años, surgió la modalidad de enviar a algunos novicios menores para prepararse al noviciado misionero de Francia, y así poderse desempeñar como misioneros en el extranjero. Raúl escribe:

> Quiero comentar el siguiente hecho:
>
> El Hermano director Luis Lozano Bernal me insistió en que fuera a Francia a seguir mi formación. Anoto que el año anterior mi primo Salvador García se fue para allá.
>
> Para mí fue muy difícil negarme a ir, ya que no me sentía con esa vocación especial de misionero, dentro de los Hermanos.
>
> También el Hermano Bernard Alphonse Grousset (en ese momento visitador) me lo pidió.
>
> Yo estaba seguro de que me iban a regresar a mi casa por mi negativa, pero admiro la prudencia y el respeto de ellos dos hacía mi decisión. Jamás hubo de parte de ellos un sentimiento de venganza o represalia.

Pasó a la casa de junto el 25 noviembre de 1957 para continuar con la segunda etapa de formación: el noviciado. En esa época, este se encontraba en la misma propiedad de Tlalpan. Antes de recibir el hábito religioso, hizo dos meses de postulantado. El 24 de enero de 1958, con dieciséis años, revistió el hábito de los Hermanos. Su padrino fue el director del noviciado, el Hermano Javier Bordes. Junto con el hábito, recibió el Nuevo Testamento, el rosario de seis decenas y el nombre de Agustín Raúl. Participaron en esta misma celebración sus compañeros Rafael Gasca Alva, José Asunción Pérez Aguirre, Elio Infante, David Macías, Roberto Rojas Angulo y Rolando Zavala Vargas; meses después recibió el hábito Alejandro Bünsow: "Tomamos el hábito veinticuatro jóvenes. De estos, veinte éramos mexicanos, tres cubanos y un costarricense".

Dos años de noviciado bajo la dirección del Hermano Javier Bordes Vértiz, con gran entusiasmo y mucha entrega. Bajo la mirada y el cuidado de tan excelente formador de hombres y de religiosos, Raúl adquirió los hábitos, las

costumbres, pero, sobre todo, la identidad de un verdadero Hermano, junto con sus compañeros. Estuvo un tiempo como subdirector del noviciado el Hermano Emilio Reversat, que lograba el orden y la disciplina.

El trabajo en la huerta, los paseos de los jueves y, sobre todo, la lectura y la meditación del Evangelio y de los escritos del Santo Fundador fueron formando su personalidad.

> Ya en el noviciado, tuve la fortuna y el gozo de tener como director al Hermano Javier Bordes Vértiz, siempre amable, cercano y de buen humor, que no hacía pesado el encierro de esta etapa.

Cada viernes se llevaba a cabo la advertencia de defectos, en la cual a cada uno de los novicios le advertían sus defectos algunos de sus compañeros por turno; Raúl, siempre ingenioso y creativo, aprovechaba para gastar alguna broma a algún compañero con motivo de la advertencia, por lo que el Hermano director, que gozaba de lo acontecido, lo castigaba con un mes sin poder advertir. El 28 de diciembre, Día de los Santos Inocentes, aprovechaban para hacerse bromas, escondiendo cosas. Escribe un compañero de esos años:

> Me tocó la dicha de vivir con él durante nuestro noviciado, siempre dio muestras de su inteligencia sobresaliente, de su extraordinario sentido del humor con sus grandes detalles como muestra de hermandad. Sabía llamar la atención con mucho tacto y caridad, sobre todo en las famosas advertencias de los viernes, y siempre fue un gran amigo. Amistad que perdura.

Terminaron la etapa del noviciado el 8 de diciembre de 1959, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, con la emisión de sus primeros votos en la presencia del Hermano visitador Víctor Bertrand. Raúl realmente se había convertido en un Hermano, como lo demostró a lo largo de su vida.

El 1° de enero de 1960, el gran Distrito de México, floreciente de vocaciones y con obras que se abrían de manera incontenible, se dividió en dos: Norte y Sur. El Hermano Raúl, por ser de León, Guanajuato, se incorporó al Distrito México Sur.

Pasó al escolasticado de la quinta Los Olivos, en Coyoacán, Ciudad de México. El Hermano Jaime Rivero lo dirigía, pero no logró acoplarse con los Hermanos escolásticos, por lo que tomó la dirección el Hermano Pedro Estudillo. Con él que empatizó plenamente el Hermano Raúl:

> La etapa más feliz de mi formación fue el escolasticado, bajo la dirección del director Pedro Estudillo. Cerca de cincuenta jóvenes Hermanos llenábamos de alegría, energía y responsabilidad la casa, mientras obteníamos nuestro título de maestro en Educación Primaria.

Estuvo tres años en el escolasticado, de 1960 a 1962, cursando la normal primaria, que funcionaba en la recién asumida Fundación Mier y Pesado, casi vecina al escolasticado. Además, como práctica educativa, colaboró, al igual que los demás compañeros, impartiendo algunas clases a los alumnos de primaria de la misma institución: catecismo y alguna otra asignatura; desde esta época fue un profesor muy responsable y dinámico, como lo sería a lo largo de su vida.

Años más tarde, estudió en Puebla, en la Normal Superior Benavente. Primero, hizo la carrera de Historia y, posteriormente, Geografía. Escribe un Hermano sobre el Hermano Raúl durante su estancia en esta institución:

> El Hermano Raúl Valadez estudiaba en la Normal una segunda licenciatura, y apoyó al Hermano Ambrosio organizando los torneos deportivos, que llenaban de algarabía los patios. Asistía una gran cantidad de Hermanos provenientes de varias comunidades, se alojaban en el antiguo internado. Esta numerosa presencia creaba un gran y buen ambiente fraterno, que ayudaba a revitalizar a los asistentes.

El Hermano Raúl, con otros Hermanos, aprovechaba su estancia que se publicaban por esos días en la Normal Superior las listas de comunidades, para ponerles, según la característica de sus integrantes, jocosamente el título de alguna película en cartelera. Esto provocaba hilaridad entre los presentes. Durante los veranos que cursó la carrera de Geografía, los compañeros —que eran pocos— aprovechaban para ir de visita a lugares cercanos de interés.

En 1986 pidió ir a cursar el programa de espiritualidad en el Centro Internacional Lasaliano (CIL), en Roma. Hablaba y escribía, aparte del español, en francés, gracias a su aprendizaje y el cultivo en las casas de formación, lo que le facilitó convivir con los compañeros francoparlantes. En las casas de formación, aprendió a tocar piano y acordeón, materias que a su vez él enseñaría a los aspirantes menores cuando fue director. Poseía una gran habilidad para el dibujo.

Primeros años como profesor

Dadas sus cualidades como Hermano, maestro y educador, los superiores consideraron adecuado que, para iniciarse como maestro, fuera al aspirantado menor como formador y maestro de secundaria, e impartiera ahí Historia y Catecismo:

> Mi primera comunidad fue el noviciado menor de Tlalpan, dirigido ya por el Hermano César Rangel Barrera. Esto fue en enero de 1963.
>
> Aunque el 1° de enero de 1960 ya se habían establecido los dos Distritos de México —Norte y Sur—, la gran cantidad de formandos —ese año de 1963 en el noviciado menor de Tlalpan había 132 integrantes en total— obligó a dividir en dos la casa de formación: el aspirantado mayor de Nuestra Señora de la Estrella quedó bajo la dirección del Hermano César Rangel Barrera y el aspirantado menor de San José, bajo la dirección del Hermano Adalberto Aranda Ramírez. Yo quedé como subdirector del aspirantado menor.

El Hermano visitador en 1966 consideró adecuado que el Hermano Raúl dejara las casas de formación y pasara a un colegio a impartir clases. Fue enviado fue al Colegio Simón Bolívar a secundaria, que entonces era matutina y nocturna para obreros, donde era director el Hermano Luis Lozano, su antiguo director del noviciado menor. Eran tales las carencias que tenían, que el Hermano Raúl dormía en la esquina de un laboratorio, más o menos adaptada, donde también tenía su mimeógrafo, del que era encargado. Sobresalió por primera vez en su animación deportiva, puso a jugar a todos los estudiantes de la secundaria. Las clases que impartía eran Español, en segundo de secundaria; Literatura Española, en tercero de secundaria; y Catecismo, en un grupo del que era titular; sus clases eran muy dinámicas e interesantes y gustaban mucho a sus alumnos adolescentes. Diariamente, al comenzar el día, impartía la reflexión basado en el libro reflexiones de su maestro, el Hermano César Rangel, que él también había recibido siendo novicio menor en secundaria.

En 1967, regresó el Hermano José María Zaragoza como director del Colegio, constructor por naturaleza, que de inmediato se puso a construir la casa para la comunidad de los Hermanos. Esto llevó a conseguir recursos, para lo cual se acentuaron aún más los ahorros en el Colegio y en la comunidad.

Como hacía falta un Hermano, fue enviado a suplirlo al Colegio La Salle de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, entre 1969 y 1970. Ahí estuvo como subdi-

rector, a la vez que maestro de tercero de secundaria, donde impartía varias asignaturas del programa. Estaría en esta ciudad solamente por un año.

Los primeros puestos directivos

En 1970 llegó nuevamente a Tlalpan, pero ahora como director de los aspirantes menores de secundaria, quienes a su vez asistían a clase al Colegio Simón Bolívar. Estuvo en ese cargo hasta 1973. Tomó un grupo como titular e impartía la clase de Literatura Española y Catecismo en su grupo.

Al concluir el anterior cargo, llegó al Colegio Cristóbal Colón secundaria en Lomas Verdes, Estado de México. Fue una etapa que duró muchos años y vivió como subdirector, encargado del control escolar y de disciplina, lo que le pedía mucha dedicación al trabajo. A la vez, era un entusiasta promotor de los deportes sabatinos; también abrió la preparatoria vespertina y logró un buen equipo de maestros. Algo que llamaba la atención es que se sabía el nombre y apellido de todos los alumnos, reconocía por su nombre a los integrantes de su familia y describía su situación. Esto lo desarrolló a lo largo de toda su vida:

> En Julio de 1973 llegué como subdirector de la secundaria del Colegio Cristóbal Colón de Lomas Verdes.
>
> Fueron 13 años muy hermosos y plenos, pues las actividades, el cariño de los jóvenes y el gran apoyo de los padres de familia, a través de su asociación, me dejaron marcado muy positivamente.
>
> Tengo que anotar que aparte de mi familia natural, aquí encontré a dos familias que han sido referentes y apoyo en mi vida de Hermano: la familia Villar y la familia Damián. Le doy gracias a Dios por haberme encontrado con ellos.
>
> También en esta época me correspondió el honor de abrir la preparatoria vespertina y siempre con el gran cariño de los alumnos y el incondicional apoyo de los padres de familia.

En 1984, se llevó a cabo en el Colegio la celebración del VIII Congreso de Antiguos Alumnos en el ámbito internacional, con el estudio de la temática fe, fraternidad y servicio; en la organización de dicho evento estuvo muy involucrado el Hermano Raúl.

CIL en Roma (1986-1987)

En 1986, pidió ir a cursar el programa del CIL, en Roma, donde junto con la renovación espiritual, logró grandes amistades con Hermanos de varios países:

> Un año de gracia y fortalecimiento en mi vocación fue el del CIL (1987) en Roma. Meses antes tuve la oportunidad de visitar ciudades de España, Portugal y Francia, pasando por varias comunidades de Hermanos.

Como le quedaban unos meses disponibles antes del curso, en Madrid, siguió materias de catequesis en el San Pío X. Por su parte, un Hermano, que estudiaba en la Universidad Complutense Cultura Hispánica lo invitó a un paseo cultural, que le recordaría la clase de Literatura Universal que había impartido hace años a sus estudiantes de secundaria:

> Algunos sábados hay excursiones de interés histórico o literario. Hace dos semanas recorrimos la Ruta del Quijote en la región de la Mancha: Argamasilla, donde salió; el Toboso, Campos de Montiel, las Lagunas de Ruidera, para terminar en el Puerto Lápice, en la venta donde fue ordenado Caballero, ¡literariamente impresionante! Después de recorrer la Mancha, se entiende mejor el Quijote.

Dos breves directorados

Al regresar del CIL, nombraron al Hermano Raúl director del escolasticado, cargo que desempeñó entre 1987 y 1990. Tuvo la compañía y el apoyo del Hermano Martín Rocha Pedrajo como subdirector.

En julio de 1990, fue enviado como director de comunidad y director general del Colegio, de donde había salido como alumno 38 años antes, en León Guanajuato. Tuvieron la gracia de contar con dieciséis Hermanos en la comunidad.

Visitador del Distrito México Sur

Los Hermanos del Distrito México Sur, mediante votación, propusieron al Hermano Raúl como visitador. El Hermano superior John Johnston lo nombró para que iniciara en el puesto en julio de 1993 y terminara en 1999. Su gobierno se caracterizó por las visitas puntuales que hacía a cada comunidad de Hermanos tres veces al año: al comenzar el curso, a medio curso y al final,

donde entrevistaba a cada Hermano, al Hermano director y reunía a la comunidad para evaluar la marcha de esta. Nombró a varios Hermanos jóvenes como directores para darles oportunidad de crecimiento.

Aprovechó para proponer que los dos noviciados en México se unieran, logrando un acuerdo con el Hermano Visitador de México Norte; a partir de julio de 1994, se contó con un solo noviciado para los dos Distritos en Lagos de Moreno, Jalisco. Durante estos años, el número de vocaciones fue numeroso y los postulantes que recibían el hábito fueron abundantes. Les dio mucha importancia a las casas de formación y pedía que cada mes escribieran un artículo en la revista del Distrito, donde relataban lo sucedido ese mes o una reflexión.

> Una de las etapas más delicadas y difíciles de mi vida fue la de los seis años como visitador del Distrito (1993-1999).
>
> Dentro de la vida religiosa, armonizar las necesidades del Distrito y respetar a las personas y las cualidades de estas para desempeñar un cargo, una responsabilidad o un trabajo no es tarea fácil. Sin embargo, quiero dejar constancia de que en todos los casos en estos seis años ningún Hermano se negó a ir a donde fue enviado. De esto doy gracias infinitas a Dios y a los Hermanos.
>
> Claro que es doloroso cuando un Hermano se retira de la congregación o cuando fallece. Aquí la fe nos reconforta y la esperanza nos anima a que llegarán nuevos refuerzos.

Rector de la Universidad La Salle Ciudad de México (2000-2006)

En julio de 1999, como descanso, enviaron al Hermano Raúl como director de la comunidad de la Universidad La Salle Ciudad de México y como responsable de la Pastoral de la preparatoria. "Tengo que confesar que en este encargo de la Pastoral me sentí muy desubicado", llegó a declarar.

En el sexenio 2000-2006 se desempeñó como rector de la Universidad La Salle Ciudad de México. Sobre este periodo, expresó:

> De esa época recuerdo con mucho cariño el haber participado en la organización de los festejos del centenario de La Salle en México, así como en la segunda remodelación y nuevas construcciones en la Casa de Tetela, para beneficio de los Hermanos de México.

Entre las realizaciones del Hermano Raúl, se encuentran que en 2001 comenzó a impartirse la licenciatura en Ciencias de la Comunicación, dentro

de la Escuela Mexicana de Arquitectura Diseño y Comunicación (EMADyC, hoy FAMADyC por su carácter de Facultad), una carrera que ha tenido un gran crecimiento desde entonces y ha tenido presencia en los medios audiovisuales, en anuncios y publicaciones en revistas, del mismo modo que las otras carreras que ahí se imparten. Estuvieron en sus inicios grandes profesores, como Luis Carlos Herrera y Olivia Fragoso. Igualmente, en 2001 se abrió la maestría en Filosofía Social.

El 2003 salió a luz el primer número de la *Revista Académica de la Facultad de Derecho.* También se modificó el sistema de acceso al acervo documental del Centro de Multimedios (biblioteca), al adoptar el esquema de estantería abierta, amén de haber inaugurado la videoaula y la mapoteca, y lanzar la publicación de Multimedia, para divulgar las nuevas adquisiciones.

En 2003, se recibió la visita de Francisco Ramírez, obispo de Tlalnepantla; del Procurador General de Justicia, Ignacio Morales Lechuga; del diputado Alejandro Diez Barroso, antiguo alumno; del senador Diego Fernández de Ceballos; de Moisés Moreno Hernández, presidente del Centro de Estudios de Política Criminal y Ciencias Penales; de Emilio González de Castilla del Valle, presidente de la Barra Mexicana de Abogados. En la Facultad de Derecho, se reunieron funcionarios de tribunales de diversos países del mundo: Alemania, Países Bajos, la ex-Yugoslavia, Francia, Colombia, Ecuador y España.

En 2004, el cardenal Norberto Rivera visitó nuevamente la Universidad. Otros visitantes distinguidos fueron el procurador General de la República, Rafael Macedo de la Concha; Humberto Enrique Ruiz Torres, director jurídico del Banco de México; así como miembros de la Unión Social del Banco de México. La EMADyC celebró su 40 aniversario con la presencia de representantes de las escuelas de arquitectura de todo el país; también fue institución anfitriona del arquitecto Gabriel Gutiérrez Rodríguez, director del Colegio de Arquitectos de México, y del pintor Rafael Cauduro.

En 2005, Bernardo Bátiz, procurador General de Justicia del Distrito Federal, visitó la Universidad, que recibió al director de la fundación Organización Nacional de Ciegos Españoles (ONCE), Fernando Iglesias García, dedicada a la integración de personas con discapacidad.

En 2001, se festejó la inauguración de la Universidad La Salle Victoria, en Tamaulipas, y en 2005, la apertura de la Universidad La Salle, en Saltillo, Coahuila. En 2006, a la Escuela de Filosofía se le dio el rango de Facultad. Fueron aprobadas como modalidades de titulación el promedio meritorio y

los estudios de posgrado. Nacieron los programas de maestría en Nutrición y Alimentos, en Farmacología Clínica; en Administración y Negocios Internacionales y en Cibernética. La licenciatura en Informática se convirtió en licenciatura en Tecnologías de la Información para los Negocios.

Al terminar como rector, lo sucedió el Hermano Ambrosio Luna en el puesto.

En la Universidad La Salle Nezahualcóyotl (2006-2018) [5]

> Cuando un hombre llamado a procurar la salvación de las almas se ha llenado plenamente de Dios y de su Espíritu, como fue el caso de san Remigio en su soledad, llega a conseguir en su empleo todo lo que pretende. No hay nada que se le resista, ni el mismo Dios, por decirlo así, como se puso de manifiesto respecto de Moisés, que forzó a Dios, en cierto modo, a realizar lo que pedía para el pueblo que le había encomendado a su cuidado (Éxodo 32,11-14).
>
> Meditación 171, 3.
> San Juan Bautista De La Salle

El final del camino es el principio
si lo miras hacia atrás...

El señor obispo de Nezahualcóyotl, monseñor José María Hernández González, por recomendación de varios párrocos que habían conocido años antes el trabajo de servicio social de los alumnos de la Universidad La Salle Ciudad de México, solicitó en 2000 al Hermano visitador Rodolfo Vivanco la apertura de una universidad católica en su diócesis. El señor obispo otorgó para este proyecto siete hectáreas que habían sido donadas por el gobierno para lo que iba a ser la catedral de Nezahualcóyotl.

De inmediato se comenzó a trabajar en varios frentes: regularizar el terreno ante la Secretaría de Gobernación para que pasara como donación a la nueva institución. Luego, se creó un comité en la Universidad La Salle Ciudad de México para dar seguimiento al proyecto en sus fases de planeación, difusión y, poco después, inicio de la obra con la preparación del terreno mediante su nivelación. Se presentaron inconformidades, pues se contaba con

---

5 Como los Hermanos lasallistas llegaron a México en diciembre de 1905 e impartieron la primera clase en enero de 1906, se aprovechó la fundación de la Universidad La Salle Nezahualcóyotl para nominarla como la obra del centenario lasallista en México.

un pequeño centro de culto al Señor de la Misericordia en lo que iba a ser la catedral, por lo que los vecinos se oponían a que se construyera ahí la Universidad. Otras hectáreas estaban ocupadas por invasores y permanecieron ajenas. Estas dificultades se fueron sorteando y resolviendo poco a poco, hasta llegar al proyecto planeado.

Lo primero que se construyó fue el templo al Señor de la Misericordia, con lo cual los vecinos se tranquilizaron al ver cumplidos sus deseos de que continuara el culto aún con la presencia de la nueva institución. El nuevo señor obispo Carlos Garfias Merlos consagró el altar del templo.

Se construyó un primer bloque de aulas y oficinas, y se procedió a su inauguración en agosto de 2006. Asistieron el presidente de la república, el licenciado Vicente Fox, y su esposa la señora Martha Sahagún de Fox, que fue una gran benefactora de la Universidad. Estuvieron presentes antiguos alumnos de León, compañeros del Hermano Raúl, el señor obispo Carlos Garfias Merlos y el gobernador Enrique Peña Nieto; fue un gran evento para todo un acontecimiento.

En un inicio, el funcionamiento de esta Universidad fue muy difícil por la gran cantidad de moscas, que dificultaban el desempeño de las funciones; pero gracias a una fumigación, desaparecieron del entorno.

Cada año se iban añadiendo nuevas alas de edificios para aulas. También se agregaron un gimnasio, canchas de futbol y el magnífico teatro Centro Cultural Alfredo Harp Helú, en gran parte financiados por el gran benefactor de la Universidad, don Alfredo Harp Helú, sin el cual no hubiera sido posible tan rápido y extraordinario desarrollo.

Para comenzar a funcionar, se preparó a los maestros mediante cursos. La institución fue creciendo hasta contar con departamentos y centros de servicio, lo que llevó a consolidar el equipo de trabajo.

> En verdad ha sido una gracia de Dios, el poder conjuntar tantas voluntades y apoyos materiales, así como el ir conformando a través de los años un magnífico, eficiente, leal y creativo equipo de trabajo: este grupo humano es la mejor herencia de la Institución.

Entre los aspectos sobresalientes estuvo, por un lado, el impulso al deporte entre los estudiantes de la Universidad y también se organizaron equipos deportivos para los jóvenes de la localidad tanto los sábados como los domingos. Por otro lado, se ofertó una multitud de cursos libres para todas

las personas de la localidad, por medio de las Comunidades de Aprendizaje y Desarrollo (CAD): Florería, Computación, Inglés, Guitarra, Deportes, Repostería, Arreglo de Uñas, Corte y Confección, Cocina, Primeros Auxilios, entre otros. Se dio atención a los minusválidos mediante cursos especiales y adecuados a ellos. Se estableció un centro financiado por una empresa internacional para capacitar a los panaderos de la región, donde podían certificarse. También se contó con grupo de alumnos para ir a misiones a lugares populares en Navidad y Semana Santa. Con gran celo se formó el grupo Parmenia para fomentar las vocaciones a Hermano, por lo que casi cada año ingresaban a las casas de formación uno o dos nuevos integrantes. Todo esto provocó un fuerte y buen impacto entre los habitantes de la región, al contribuir en la transformación de la realidad social. En este lugar, el Hermano Raúl continuó con la buena costumbre de nombrar a cada estudiante por su nombre y conocer su historia personal, lo cual sorprendía a propios y extraños.

Como base de todo lo anterior, el Hermano Raúl desplegó una fuerte dinámica de relaciones públicas como representante de la Universidad. Proyectó su imagen al exterior de una manera excepcional ante organismos universitarios y gubernamentales de educación, así como ante la sociedad, en general, y eclesiásticos, en particular. Se cuentan entre sus apoyos el del presidente Vicente Fox y su esposa, benefactores sin igual para arreglar la transferencia del terreno; el del entonces gobernador Enrique Peña Nieto; el de los obispos de ciudad Nezahualcóyotl, los monseñores José María Hernández González, Carlos Garfias Merlos y Héctor Luis Morales Sánchez; el de los presidentes municipales de ciudad Nezahualcóyotl y otras autoridades gubernamentales; el de Alfredo Harp Helú, donador principal, y otros donadores tanto para la infraestructura física como para las becas mensuales de los alumnos; el de las instituciones educativas de la región; el de la Orquesta Sinfónica del Estado de México y su representante, entre otros. Con estos apoyos, logró consolidar la presencia de la naciente universidad en los diversos ámbitos y recibir las ayudas necesarias para fortalecer la obra. Un detalle de gran importancia: siempre que llegaba una visita, él personalmente lo llevaba a recorrer las instalaciones y le presentaba al personal.

En su momento, el Hermano Raúl declaró:

> A pesar de las dificultades iniciales y el rechazo de grupos de la localidad, quiero dejar constancia de que esta obra me ha dado nuevos impulsos, alegrías y cariño por la gente de Nezahualcóyotl.
>
> Es la obra lasallista en la que he sido más feliz. De ello doy gracias a Dios.

Dos momentos culminantes para él fueron, primero, la celebración de los Juegos Universitarios Lasallistas en sus instalaciones, en 2017, y segundo, la visita del Hermano superior general Robert Schieler. Finalmente, en enero de 2018, concluyó su rectorado en la Universidad La Salle Nezahualcóyotl, y entregó el puesto al Hermano Andrés Govela Gutiérrez.

Escribe un colaborador:

> El Hermano Raúl Valadez es para mí una persona muy significativa. Su perfil es para mí precisamente la imagen más acabada y pulida que tengo de los hermanos que me acompañaron durante toda mi vida, y realmente fueron muchos: desde mi padre que fue Hermano lasallista muchos años, los Hermanos de la primaria y la secundaria del Simón Bolívar, los hermanos de la preparatoria y la Escuela de Ingeniería y todos los hermanos con los que trabajé y conviví estudiando mi maestría o como funcionario o docente universitario en la Universidad La Salle Ciudad de México y Nezahualcóyotl.
>
> Creo que el Hermano Raúl posee esa capacidad única de reconocer y tratar a cada uno por su nombre y hacernos sentir como una persona especial, importante y querida para él.
>
> Es además muy congruente en sus reflexiones y decisiones basadas siempre en valores sólidos, a lo cual uno puede siempre atenerse como subordinado, facilitando la toma de decisiones.
>
> En resumen, diría que es el Hermano más "Hermano" que conozco.

XIV

José Ambrosio Genaro Luna Salas, *fsc*
(Ambrosio Víctor)

(07/12/1934-10/01/2021)

Su familia

El contador Genaro Luna, ya viudo, se casó, en segundas nupcias, con Berta (Austreberta) Salas, y formaron una familia cristiana de varios hijos: Sara, Mercedes y Ambrosio. El menor nació en la ciudad de Puebla, el día 7 de diciembre de 1934. Como ese día se celebraba a San Ambrosio de Milán y a San José —al que la familia le tenía gran devoción—, se le bautizó como José Ambrosio Genaro —también se le dio el nombre de su papá—. Sin embargo, se le conoció simplemente como Ambrosio.

Su papá murió en 1939, cuando comenzaba la Segunda Guerra Mundial. Ambrosio contaba con cinco años, lo que le provocó un gran vacío y cierta inestabilidad. Afortunadamente quedó a cargo de su mamá, que se preocupó por proporcionar a sus hijos una buena y cristiana educación. Lo inscribió en el Colegio Benavente para que cursara su educación primaria, a pesar de contar con escasos recursos, lo que le obligó a trabajar para el sostenimiento de sus hijos. Por su parte, Ambrosio siempre guardó un gran cariño y agradecimiento para su mamá y sus hermanas, con las que se mantuvo muy unido.

Ingreso con los Hermanos y formación

Ambrosio, en 1948, tuvo la suerte de tener como maestro en 6° de primaria al joven Hermano de tan solo 22 años de edad, Manuel Arróyave Ramírez, educador sobresaliente, que se ganó desde el primer día a sus alumnos. Con tan buen maestro, le surgió el deseo de ingresar al noviciado menor, para prepararse como Hermano; además, le tocó la visita del Hermano superior general Athanase Emile a la ciudad de Puebla en 1948, que le provocó una muy buena impresión. Su mamá, a pesar del gran sacrificio que implicaba desprenderse de su hijo, con gran generosidad le dio autorización para que entrara a las casas de formación, sin poner trabas o condiciones. Escribe un compañero de esos años en el noviciado menor, ahora Hermano:

> Recuerdo muy bien su llegada al noviciado menor, junto con otros dos o tres compañeros, solo unos meses después de su servidor, menudito y vivaracho, alegre sin excesos, muy aplicado y estudioso, muy buen compañero. Venían del Colegio Benavente de Puebla y sería en la segunda semana del mes de noviembre de 1948. Todos ellos alumnos del Hermano Manuel Arróyave quien los había acompañado de cerca en su proceso vocacional.

Efectivamente, con ayuda del Hermano Antonino (reclutador), Ambrosio Luna, Héctor García Zaragoza y José Antonio Espinosa ingresaron al noviciado menor en Tlalpan, Ciudad de México para cursar la secundaria con la dirección del Hermano director Luis Lozano, hombre enérgico y responsable. Sus maestros fueron los Hermanos Leopoldo Narro (Polito), titular de primer año y maestro de Botánica; Rodolfo Mendoza (Hermano Agustín), titular de segundo año y maestro de Español; y Pedro Córdoba (Víctor), titular de tercero de secundaria, maestro de Matemáticas, entre otros. Ambrosio se identificó con don Víctor, de ahí su amor por las matemáticas y las ciencias exactas. Recordaba con agrado las palabras que le dirigía el Hermano visitador Bernardo Grousset cuando acudía a Tlalpan, citando el Evangelio de Lucas 1,66: "Qué será de este niño", lo que le causaba alegría y profunda emoción cuando lo traía a su memoria y lo relataba años después.

El noviciado menor se había estrenado hace poco, en 1945. Tenía grandes jardines y un huerto de ciruelos. Era un espacio silencioso. En Tlalpan, por aquella época, abundaban los seminarios, conventos y casas de formación.

Durante los tres cursos que permaneció en el noviciado menor, terminó sus estudios de secundaria. Como novicio menor, Ambrosio era sobresalien-

te por la seriedad de sus estudios y la fuerza de voluntad que ponía en ellos, más que facilidad para ellos. Escribe un compañero suyo, ahora Hermano:

> No es tanto que una inteligencia privilegiada le haya facilitado sus éxitos académicos y universitarios. Cuanto sus evidentes esfuerzos, su tenacidad y la aplicación que tenía que desplegar. De esa manera, no dejó de dar clase, de una manera o de otra, hasta el final de su vida. Y su nombre quedó plasmado en textos de ciencias y de formación cristiana.

Cada jueves se hacía un paseo a lugares cercanos para descansar del estudio, entre ellos, a los Arenales, el Ajusco, el Xitle y el Valle de Águilas. Cuando terminaron tercero de secundaria, hicieron una excursión al Popocatépetl.

Pasó a la casa del noviciado el 25 noviembre de 1951 para continuar con su segunda etapa de formación. Por esa época, el noviciado se encontraba en la misma propiedad de Tlalpan. Antes de recibir el hábito religioso, se hacían dos meses de postulantado. Finalmente, con diecisiete años, en una ceremonia presidida por el Hermano asistente Antonio María Lozano, el 25 de enero de 1952 revistió el hábito de los Hermanos. También recibió el Nuevo Testamento, el rosario de seis decenas y el nombre de Ambrosio Víctor. Hizo esta ceremonia junto con sus compañeros Héctor García, Germán Martínez, Lucio Tazzer, Francisco Barba, Juan Estudillo, Teodoro Luis (cubano, un poco mayor), Ramiro Montaño, Humberto Romano, Jorge González, Gerardo Rodríguez, Fernando Brito, Alipio Alonso (cubanos), Luis Treviño, Carlos Ruelas, José Antonio Espinosa, José María Morelos, Javier Galnares, entre otros; en total diecisiete compañeros mexicanos y cuatro cubanos, que constituyeron un grupo de 21 novicios.

Cursó un año de noviciado bajo la dirección del Hermano Javier Bordes Vértiz, recién llegado de Roma, que se iniciaba como director. Bajo la mirada y el cuidado de tan excelente formador de hombres y de religiosos, Ambrosio y sus compañeros adquirieron los hábitos, las costumbres, pero, sobre todo, la identidad de verdaderos Hermanos También se iniciaba como subdirector del noviciado el Hermano Víctor Córdoba, su maestro de tercer año de secundaria, al que tanto admiraba y del que recibiría tan benéfica influencia. Poco a poco, su personalidad se fue formando con el estudio y las experiencias del noviciado.

El programa de formación estaba pasando progresivamente de uno a dos años de noviciado. A Ambrosio y algunos compañeros les señalaron que so-

lamente cursarían un año, lo que les causó profunda alegría. Ambrosio no se sentía a gusto en el noviciado, por su temperamento naturalmente muy activo, como lo demostró toda su vida. De hecho, comentaba que al recibir esa noticia había pegado brincos de alegría, pues "el noviciado eran rezos y rezos...". El Hermano director guardó los mejores recuerdos de este primer grupo, al que apreció mucho; cuando finalizó esta etapa, obsequió un libro a cada uno.

Terminó el noviciado el 26 de enero de 1953, fiesta de la Conversión de San Pablo, con la emisión de sus primeros votos. Realmente se había convertido en un Hermano, como lo demostró a lo largo de su vida.

Pasó al escolasticado, ubicado en la quinta Los Olivos, en Coyoacán, Ciudad de México. Por esta época, dirigía el escolasticado el Hermano Miguel Martínez Cervantes, que estaba muy bien preparado: en historia de México, lengua y literatura, y en pedagogía; los Hermanos formadores eran personas que estaban a la altura de las circunstancias. El Hermano Ambrosio apreció del Hermano director que el trato era "parejo" hacia todos los Hermanos escolásticos, sin acepción de personas.

Estuvo los tres años del escolasticado, de 1953 a 1955, cursando la normal primaria en el Colegio Cristóbal Colón, ubicado en la calle Sadi Carnot en el centro de la Ciudad de México; se preparaba para ser un maestro de calidad. Además, como práctica educativa, colaboró, igual que los demás compañeros, impartiendo algunas clases a los alumnos de primaria de la misma institución, catecismo y una asignatura. Desde esta época, fue un profesor muy responsable, serio y severo con sus alumnos, como lo fue a lo largo de su vida.

Para completar su práctica educativa, como "escolástico prestado", fue a la recién fundada Escuela Cristóbal Colón (1949) en La Villa de Guadalupe, donde estuvo como profesor de primaria durante un semestre, impartiendo clases en quinto grado en 1954; el director entonces era el Hermano Ignacio Tapia y el encargado de los infantes el Hermano Francisco Alva; en 1955, durante un semestre, estuvo como maestro de sexto de primaria, pero ahora en el Colegio Cristóbal Colón en Sadi Carnot, donde admiró el trato del Hermano director Pierre Lyonnet por su generosidad y amplitud. Sobre estos semestres en que comenzó a impartir clases, expresaba: "Fracasé", dado el aprendizaje que tuvo que realizar. Después de cada semestre, regresaba a la quinta Los Olivos, Coyoacán, para continuar estudiando en el escolasticado y en la normal. Concluyó en 1955.

Años más tarde, pronunció sus votos trienales y los perpetuos el 23 de diciembre 1959, a los 25 años de edad, en la ciudad de Puebla. Estos fueron precedidos de ejercicios espirituales de veinte y treinta días.

A lo largo de los años completó sus estudios. Cursó la preparatoria en el Colegio Cristóbal Colón; se formó como maestro de secundaria, con especialidad en Física y Química, en la Normal Superior Benavente; además hizo otros estudios. Aparte del español, aprendió francés en las casas de formación y, años más tarde, aprendió el inglés hasta dominarlo.

El 4 de enero de 1956 pasó a la comunidad. Su primer destino fue la Escuela Cristóbal Colón, en la que ya había estado. El recién nombrado director, el Hermano Francisco Alva, que lo había tratado cuando estuvo como "escolástico prestado", lo solicitó para su comunidad; ahí permaneció seis años seguidos como maestro en la primaria, en quinto y sexto grados, y en la secundaria, en primer grado, pero continuó impartiendo catecismo en primaria. También estuvo encargado del laboratorio de química. El inspector de la escuela y director de la recién fundada secundaria (1955) era su antiguo maestro, con el que tanto se identificaba, el Hermano Manuel Arróyave. Este llevaba la escuela a una superación académica y formativa continua; y, también, a partir de 1960, tomó la dirección de la comunidad y de la escuela.

Continuó siendo un profesor muy responsable, serio y exigente con sus alumnos, cuidaba la calidad educativa y el esmero académico, aunque un tanto impulsivo, autoritario y poco dialogante con los jóvenes estudiantes, actitudes que estarán presentes a lo largo de su vida docente. Sin embargo, los alumnos lo recuerdan siempre ocupado, dando clase, estudiando de continuo, infundiendo disciplina, amor al estudio y superación. Escribe un Hermano:

> Ya en aquellos años remotos de finales de los 40 lo recuerdo de carácter firme y coherente que lo inclinó durante toda su vida y no pocas veces, a intransigencias, solo aparentes, pues me consta que se podía dialogar y escuchaba con nobleza y educación. Daba la impresión de que él mismo sufría de sus reacciones categóricas y de sus prolongados silencios.

Durante estos años estuvo encargado de la banda de guerra, la escoleta, supervisaba la asistencia y puntualidad, sus ensayos y la buena ejecución de las marchas; llegaba puntualmente antes de las siete de la mañana; infundía energía a todos los integrantes; esta actividad le mermó el oído.

De 1957 a 1961 acudió a los cursos en la Normal Superior Benavente para estudiar la especialidad en físico-química, hasta terminarla y recibirse, como siempre hizo, pues le gustaba terminar lo que había comenzado, gracias a su constancia y perseverancia y a su esmerada dedicación.

En búsqueda de nuevos horizontes

Siempre con afán de superación académica, al terminar sus estudios en la Normal Superior, el mismo año 1961, se inscribió en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) para comenzar a estudiar la carrera de Ingeniería Química en las nuevas instalaciones de Ciudad Universitaria. Tenía que trasladarse al otro extremo de la ciudad, lo cual le implicó un gran esfuerzo, pues, aparte de ser profesor, impartiendo sus asignaturas en la Escuela, acudía a clases y debía transportarse. Durante estos años eran notorios sus discursos contra el comunismo.

Por otra parte, a partir de unos apuntes de química del Hermano Juan Bulbulián, el Hermano Ambrosio impulsó que se publicaran como libro y de ahí surgió una colección de libros editados por la editorial Enseñanza, escritos ya en equipo por los Hermanos Juan Bulbulián, Paul Ayel, Julio Castrillón y Ambrosio Luna, uno de física y otro de química, que fueron un éxito editorial por su gran tiraje.

En febrero de 1962, se fundó la Universidad La Salle en la Ciudad de México. La comunidad de Hermanos estaba integrada por Manuel de Jesús Álvarez (rector y fundador), Rafael Chávez (vicerrector), Mariano Ramírez (director de Bachillerato), Antonio Carrillo, Jorge Muñoz y Rafael Garcés (Alejo María). Además, el Hermano visitador Víctor Bertrand, que apoyó decididamente la fundación de la Universidad, invitó a tres jóvenes a que se integraran a esta comunidad para que estudiaran y se preparan en este ámbito educativo. Se trataba de los Hermanos Ambrosio Luna, José Antonio Espinosa y Carlos Ruelas.

El Hermano Ambrosio, igual que los otros Hermanos, impartía clases y era titular de grupo en la preparatoria. Además, continuó sus estudios en la UNAM; para que se transportara a Ciudad Universitaria, el rector dispuso que usara un coche.

En 1963, regresó por un año como maestro a la secundaria de la Escuela Cristóbal Colón. Para estar más cerca de Ciudad Universitaria, en 1964, le pidió al Hermano César Rangel, director del aspirantado mayor en Tlalpan que lo solicitara como maestro. En esa casa de formación impartió durante cua-

tro años las asignaturas de Física, Química, Matemática, Historia y Religión. Los jóvenes aspirantes lo veían siempre activo, impartiendo clases, leyendo, estudiando, al caminar por los pasillos. Continuó asistiendo a clases, hasta concluir sus estudios en 1966. Se recibió en mayo de 1970.

Escribe un Hermano sobre la estancia del Hermano Ambrosio en el aspirantado:

> Tengo presentes anécdotas que lo pintaban de cuerpo entero, como aquellas sanciones que él llamaba las "horcas caudinas", que aplicaba a los distraídos o perezosos y que el Fundador, ciertamente no hubiera aprobado, pero que, en el ambiente jocoso de la clase, no resultaba tan humillante para el que lo sufría; o también aquella vez que despertó a medianoche a correr a los "aspirantes" para que aprendieran a respetar el sueño de Hermanos y compañeros.

Y uno de sus formandos escribe:

> En diciembre de 1967, llegó a la secundaria del Colegio Cristóbal Colón (en Sadi Carnot) como maestro durante un año; hizo equipo con el Inspector, su antiguo compañero, el Hermano Óscar Escamilla; años después, recordaban como el Hermano Ambrosio le pedía más clases por impartir.

En octubre de 1968, llegó nuevamente a la Universidad La Salle como maestro de preparatoria. Impartía las asignaturas de Física, Química y Matemáticas, en segundo año, y en el tercer año, además, como titular de los dos grupos del área de químico-biológica. Los estudiantes, gracias a la preparación recibida, obtuvieron muy buenos resultados en el examen de admisión a las universidades.

Director de la Normal Superior Benavente

En septiembre de 1969, llegó al Colegio Benavente, donde, como siempre, se llevaba muy bien con los Hermanos de la comunidad, particularmente con los Hermanos Antonio Carrillo, Javier Bordes y Abundio Carriedo, además del Hermano director Manuel Arróyave (1978-1986) y su antiguo director, el Hermano Miguel Martínez. El primer director le pidió que, aparte de sus clases en el bachillerato, fuera el director de la Normal Superior, donde desplegó una desbordante actividad, con numerosas iniciativas. Años después asumió a la vez la Dirección del Bachillerato (1978-1983).

Durante los cursos de verano, el mismo Hermano Ambrosio tomaba clases de matemáticas, junto con el padre Fidalgo, impartidas por el Hermano Juan Bulbulián. Un rasgo muy humano del Hermano Ambrosio durante estos años es que disfrutó siempre la compañía de los perros, le gustaban de buena raza, sobre todo el san bernardo y el dóberman, y si eran bravos, mejor.

Con el Hermano Ambrosio Luna, director de las normales, y el Hermano canadiense John Marcogliese, se instaló el primer centro de cómputo, para ese tiempo fue un gran paso académico en el Distrito México Sur y en Puebla.

Un antiguo alumno de estos años escribe acerca de la vida y los logros de los cursos de verano de la Normal Superior:

> Desde ese primer día de clase empezó a visitar las demás aulas, y en la primera semana, todos los estudiantes de las diversas especialidades ya tenían bien clara la imagen del director de la Normal Superior Benavente.
>
> Creo que no me alejo de la realidad al decir que infundía temor, y esto era claro porque algunos preferían no toparse con él en los corredores, y cuando aparecía una secretaria en el aula avisando que algún estudiante debía pasar a la dirección, los demás lo compadecían. Pero también infundía respeto. Tenía gran autoridad moral. Su liderazgo estaba muy lejos del que muchos maestros veían en sus líderes sindicales, algunos de los cuales estaban ahí tomando clases. Había supervisores de educación como estudiantes, no solo maestros. Todos veíamos claro que no se trataba de un charlatán. Muchos signos de cierto exceso de poder fueron superados a cambio de la garantía que él ofrecía con su magistral enseñanza y por el nivel académico que ofrecía la institución en general. Pienso que, en ese momento, lo que los maestros-estudiantes necesitábamos era una estructura disciplinaria seria. El sistema educativo no estaba aún tan deteriorado, pero ya en ese tiempo hacía falta mucha formación.

A pesar de que se cree imposible hacer que la educación mejore de manera súbita, la Normal Superior Benavente, con los cursos de verano, hizo un cambio en el ambiente escolar. Era un ambiente de mucho estudio y de gran seriedad académica.

Durante las seis semanas de julio y agosto que duraban esos cursos, las instalaciones del Colegio Benavente se convertían en una efervescencia de actividades. Además, era obligatorio, para tener derecho a las evaluaciones finales, obtener la constancia de haber participado en el 80 por ciento de ac-

tividades culturales: conferencias, obras de teatro, conciertos, entre los cuales hubo uno del grupo Up with People. El Hermano Raúl Valadez estudiaba en la Normal una segunda licenciatura, y apoyó al Hermano Ambrosio, organizando los torneos deportivos que llenaban de algarabía los patios. Asistía una gran cantidad de Hermanos provenientes de varias comunidades y se alojaba en el antiguo internado. Esta numerosa presencia creaba un gran y buen ambiente fraterno, que ayudaba a revitalizar a los asistentes.

Antes de empezar, el trabajo de organización era agobiante, y durante el curso, el Hermano Ambrosio y su equipo tenían que resolver gran cantidad de problemas cada día. Al final, los maestros se retiraban en su gran mayoría con la sensación de la victoria sobre un reto muy difícil planteado por el Hermano Ambrosio. Numerosas historias heroicas fueron escritas en esa institución por parte de los maestros que asistían a los cursos.

La institución se recomendaba por sí misma. Todos llegaban por haber escuchado a algún maestro hablar de la Normal Superior Benavente. Por eso los grupos llegaban a tope. Después de estos años de desbordante actividad, en 1983, se dedicó a dar clases de matemáticas en el Colegio Simón Bolívar en secundaria y fue titular de grupo. Este cambio le fue muy costoso, pues después de estos años, simplemente dio clase. Aprovechó para fundar un grupo de donde surgieron vocaciones para Hermanos. Igualmente estudió una maestría en Planeación y Sistemas en la Universidad La Salle, que concluyó en 1987. Esta maestría lo dotó de una amplia visión sistemática, que aplicó en la gestión de las instituciones universitarias, que le aportaron más estructura y lograron la calidad educativa.

Vicerrector y rector de la Universidad La Salle

En 1985 llegó a la Universidad La Salle, en principio como maestro de Ingeniería. Pero el ingeniero Arturo Rojas de Bengardi, director de la Escuela de Ingeniería, le solicitó que asumiera el cargo de secretario académico de la Escuela. Fue un puesto que realizó con mucha dedicación, buscando la calidad académica de maestros y estudiantes. Era sabido que los melenudos en la Escuela e, incluso en la Universidad, lo temían porque los mandaba a cortarse el pelo o él mismo se lo trasquilaba.

Algunos Hermanos propusieron que el nuevo director de la Comunidad fuera el Hermano Ambrosio, cargo que ocupó de 1987 a 1993. Durante su gestión se adquirió una nueva casa en la colonia San Miguel Chapultepec y se construyó en ella una nueva sección de cuartos. Igualmente, implementó

un plan de ahorros, con el que se incrementó el patrimonio comunitario; sin embargo, personalmente, vivía de manera sencilla y hasta austera.

Era muy fraternal con los Hermanos, particularmente con los Hermanos Mariano Ramírez, José Aceves, Jorge Campos y Juan Bulbulián. Estuvo presente en la enfermedad y el fallecimiento del Hermano Fernando Anzorena (1988). Durante estos años, empezó a presentar problemas de salud, lo tuvieron que operar del fémur y quedó aceptablemente bien, aunque años después, volvió a presentar los mismos problemas, al punto de usar bastón y requerir una nueva operación. Escribe uno de sus antiguos formandos, que durante estos años vio lo siguiente:

> Tengo muy gratos recuerdos de nuestro querido Hermano Ambrosio, que siempre anduvo con bandera de persona hosca, pero me consta que tenía un gran corazón. Recuerdo una ocasión que llevó a la óptica al Hermano Fernando Anzorena, que en esos momentos tendría unos 90 años y, con movimientos ya limitados, el Hermano Ambrosio lo trataba con un cariño y deferencia sorprendentes, como si fuera su abuelito, cosa que me encantó, pues, aunque me llevaba bien con don Ambrosio, siempre fue serio y adusto, pero al ver el trato con el Hermano Fernando, me sorprendió muy gratamente.

En 1988, aprovechando el nombramiento del nuevo rector, el Hermano y doctor José Cervantes Hernández, algunos Hermanos de la comunidad propusieron que el Hermano Ambrosio se lo nombrara vicerrector de la Universidad.

Diariamente, después de la oración, meditación y misa, desayunaba rápidamente, para estar en la Universidad antes de las siete de la mañana, cuando aprovechaba para tomar clases de idiomas (francés o inglés). El resto del día lo ocupaba en acuerdos con directivos, presidir o participar en juntas, asistir a la reunión de áreas, a la Junta de Gobierno, presidir o estar en ceremonias, graduaciones, inauguraciones, atender a maestros y alumnos, visitar las escuelas, tomar iniciativas para innovar en la institución, planificar hacia el futuro de las universidades. Terminaba sus labores al empezar la noche, momento en el que aprovechaba para ver el noticiario por televisión. Además, todos los martes a las siete de la mañana impartía la asignatura de Cristología, del área de humanidades, a un grupo integrado por estudiantes de Ingeniería Civil y de Ingeniería Química.

Como vicerrector solidificó los procesos académicos, como fue iniciar los reconocimientos de validez oficial de estudios (RVOE) de las carreras de las

escuelas, para que elaboraran sus propios programas. A partir de 1991, secundó a los rectores en la fundación de las sedes de la Universidad La Salle en Cancún, Cuernavaca, Morelia, Pachuca y Noroeste (Ciudad Obregón), logrando la calidad académica en estas. Inició la educación a distancia en 1994, que con los años llegó a ser un centro en toda forma. Estuvo presente en la apertura de las carreras de Ciencias de la Educación y Diseño, inició los procesos de certificación de la Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior (FIMPES); y afianzó la investigación, que tanto apreciaba.

En 1991, fue nombrado rector el Hermano y maestro Lucio Tazzer de Schrijver, mientras que al Hermano Ambrosio lo ratificaron como vicerrector. Estuvo en total cinco años al frente de este puesto, con gran dedicación y empeño. En 1993, se creó la Vicerrectoría de Formación. Se redistribuyeron las áreas y él quedó al frente de la Vicerrectoría Académica por siete años más. Continuó afianzando los proyectos que venía trabajando, y para esto contó con el equipo en el que se apoyaba de manera incondicional.

Entre 1991 y 1993 estudió el doctorado en Educación en la misma Universidad, elaboró su tesis sobre el ministerio del laico educador en la Iglesia y se recibió en 1994. Desde hacía años venía estudiando inglés y aprovechó algunas estancias de tres semanas en Estados Unidos para dominarlo. Acudió a esos cursos en compañía de un Hermano.

En febrero del 2000 llegó al Colegio Benavente, en Puebla y, unos meses después, a la Universidad de La Salle Bajío, como asesor de Rectoría. Ahí contribuyó a la obtención de la acreditación ante la FIMPES.

Regresó a la Universidad La Salle en 2004, como maestro e investigador en posgrado, del que fue nombrado director en 2005.

Inauguración de los salones de posgrado

En 2006, fue nombrado por la Junta de Gobierno, rector de la Universidad La Salle. Desempeñó este cargo por tres años, tiempo en el que siguió contando con el equipo que lo apoyaba desde hacía tiempo. Buscó eficientar los procesos administrativos y financieros de la Universidad. Durante su mandato, se crearon las carreras de Psicología, Ingeniería Ambiental, Ingeniería Biomédica, Actuaría y en Relaciones Internacionales. Se implementó el primer esquema flexible de estudios, el área curricular común, que cursan los estudiantes de licenciatura de manera transversal; también se inauguraron los salones de posgrado. En 2009, la Junta de Gobierno le concedió a Ingeniería el grado de Facultad, igual que a la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, y a la Facultad de Química.

Como parte de las estrategias emprendidas por el doctor Ambrosio Luna, se llevó a cabo una reestructura organizacional de la Universidad que, entre otros cambios, fusionó las entonces Escuelas de Ciencias Religiosas, de Educación y de Filosofía en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Además, comenzaron a abrirse grupos de nuevo ingreso para licenciatura en enero y se amplió notablemente la oferta en el bachillerato, que, al volverse mixto, incrementó la demanda.

En 2007, se recibió con gran beneplácito la apertura de la Universidad La Salle Oaxaca en la capital del estado. El secretario del Trabajo, Francisco Javier Salazar Sáenz; la secretaria de Relaciones Exteriores, Patricia Espinosa; el empresario Eduardo Díaz, presidente de McDonald's México y Centroamérica visitaron la Universidad. Alfredo Harp Helú fue distinguido con el doctorado *honoris causa*.

En 2008 se fusionaron la Dirección General de Recursos Humanos y la Dirección General de Finanzas en la Dirección de Administración. Los posgrados (maestrías y doctorados) pasaron a la administración de las diferentes Facultades.

En 2009, el procurador General de la República, Eduardo Medina Mora; la titular de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Xóchitl Gálvez; y la secretaria de Energía, Georgina Klesser Martínez, fueron recibidos en las instalaciones de la Universidad. Estuvo en la Universidad la Fundación México SOS, presidida por Alejandro Martí. El superior general de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, visitó la Universidad, en la que recibió el doctorado *honoris causa*.

Al terminar su rectorado, sucedió al Hermano Ambrosio Luna el Hermano Martín Rocha. Al concluir con su servicio como rector, se trasladó a la ciudad de Puebla donde continuó como catedrático universitario de matemáticas. Sin embargo, el último semestre, permaneció en casa, dado que su situación de salud iba en franco deterioro.

Sobre su personalidad

Escribe un Hermano:

> En los años que conviví con él en Comunidad y por los comentarios que escuché sobre su persona, toda su vida se mostró un auténtico religioso, Hermano de las Escuelas Cristianas, fiel en todas circunstancias, tanto a la oración como a la convivencia comunitaria, no sin mostrar de manera directa su des-

acuerdo en actividades que le parecían contrarias a sus convicciones religiosas. Precisamente, por su coherencia como religioso y por su impulso a la preparación profesional de los Hermanos, fue elegido consejero del Distrito, que yo recuerde, por lo menos en un periodo. Tenía detalles fraternos que, yo personalmente, aprecié mucho, como la ocasión en la que nos invitó a cenar a casa de sus familiares, a disfrutar de los ricos antojitos poblanos (chiles en nogadas), preparados por alguna de sus hermanas.

Y, por su parte, escribe una maestra:

El Hermano Ambrosio fue una persona íntegra, hombre de fe, práctico, generoso y firme en sus creencias y convicciones. Perteneciente a una familia de hermosas tradiciones, a la que amaba y de la que estaba muy orgulloso. Muchas veces nos abrió las puertas para compartir momentos entrañables con ella. Lasallista de corazón, logró obtener una formación académica sólida, para aplicar sus conocimientos en las diversas encomiendas en obras de la comunidad. Un Hermano ejemplar en su vocación, disciplinado, de trato siempre correcto y con gran entusiasmo por cambios o modificaciones que consideraba necesarios realizar.

Un amigo con él, que compartí el gusto por la química, que me permitió crecer y con el que tuve la fortuna de que me acompañara en momentos significativos en mi vida tanto familiar como académica. De carácter férreo, pero sencillo a la vez, con un gran gusto por la docencia, la que ejerció con pasión y esperanza de que sus alumnos se superaran a través del esfuerzo por el conocimiento, para abrirse camino en la vida y se convirtiesen en hombres de bien.

Con él aprendí la profundidad del concepto *ministerio*, su ejemplo me hizo crecer como persona y valorar la importancia de pertenecer a una comunidad de fe.

Grande fue su amor por La Universidad La Salle Ciudad de México, desde sus inicios luchó por su fortalecimiento y siempre planeó formas de mejorarla, por todo esto y mucho más lo recordaremos con admiración y cariño.

Y escribe un colaborador:

El Hermano Ambrosio Luna me pareció siempre una persona muy recta, muy apegado a lo que debe ser, con la firmeza necesaria para decirle a uno, como

su subordinado, una alabanza por un buen desempeño, así como una decisión difícil que ha tenido que tomar.

Yo, personalmente, recibí de él reconocimientos y felicitaciones por logros en mis áreas de responsabilidad y también debí aceptar decisiones difíciles en las que no estuve de acuerdo, pero siempre fue de manera atenta y amable.

Un antiguo alumno suyo refiere:

Su ejercicio de la autoridad, a veces más allá de lo necesario, era excedido, sin duda, cuando en su empeño por ser respetado, exclamaba: "¡No ha nacido el que me grite, señores!". Su continuo caminar durante la clase, el golpear los escritorios con la mano para dar más énfasis a su discurso hacían un ambiente de miedo para la mayoría.

Su inteligencia: superior. Si no hubiera captado los conceptos y los fenómenos con total claridad, no habría podido explicarlos a sus alumnos de manera brillante. "Este problema está muerto, señores", para decir que estaba muy fácil —para él, claro—. Además, su procesador mental era muy veloz. Su voz, aguerrida, con frecuencia se escapaba de su boca antes de que él pudiera reflexionar sobre las consecuencias. Quizá pensaba que todos sus alumnos tenían un espíritu tan fuerte como el suyo, pero hay personalidades muy vulnerables.

Su corazón fue un campo de lucha donde él mismo era el enemigo para vencer para mantener el equilibrio, para gobernarse en orden y concierto. Una personalidad muy singular. Difícilmente habrá un personaje más controvertido en las instituciones educativas en las cuales él fue entregando su vida. Resulta complicado el intento de describirlo y más aún de entenderlo, y lo mejor será tratar de hacerlo a la luz de los criterios de su tiempo, no con los del año 2021.

Hacia la casa del Padre

¿Cuándo, Señor, tendré el gozo de verte?
¿Por qué para el encuentro deseado
tengo que soportar desconsolado,
el trágico abandono de la muerte?

Padre mío, ¿me has abandonado?
Encomiendo mi espíritu en tus manos.
Los dolores de muerte sobrehumanos
dan a luz el vivir tan esperado.

Se acabaron la lucha y el camino,
y, dejando el vestido corruptible,
revistiome mi Dios de incorruptible.

A la noche del tiempo sobrevino
el día del Señor, vida indecible,
aun siendo mía, es ya vivir divino. Amén.

Himno de vísperas, oficio de difuntos

En enero de 2021 llegó a la cercana Casa de Salud Nuestra Señora de la Esperanza, en Cacalotepec, Puebla, para ser atendido de manera más cuidadosa; sin embargo, la condición de salud con la que llegó el Hermano Ambrosio era delicada y pasó a la casa del Padre la mañana del domingo 10 de enero de 2021.

Un mes antes había cumplido ochenta y seis años de edad. Hacía 72 años que había ingresado al noviciado menor en Tlalpan; 69 años de haber recibido el hábito de los Hermanos para comenzar el noviciado; y 61 años de haber emitido sus votos perpetuos.

En ocasión de su fallecimiento, uno de sus exalumnos comentó:

> Todo fallecimiento es sensible, devastador. Con mayor razón el de un hombre que entregó su vida por hacer algo por el mundo. Desde hace tiempo he dejado a un lado la radicalidad de Ambrosio, que se convertía a veces en violencia. He optado por traer a mi mente su entrega, en la cual también fue radical. He olvidado su empeño por marcar su territorio de autoridad. Prefiero hacer presente su sentido de lo sagrado, ahora que parece en peligro de extinción. Me gozo en su conocimiento de la matemática, de la física y de la química, en las cuales halló siempre la huella de alguien que está muy por encima de nosotros. Celebro su explosiva admiración a las mujeres y hombres brillantes por su virtud, por su arte o por su ciencia. Lo veo aún en su empeño por animar a los enfermos incurables. Me quedo con su espíritu crítico, por incómodo que haya sido en diversos momentos. Lo recuerdo sembrando ideas, inquietando personas, formando maestros que se dispersaron por todo el país llevando una idea diferente y superior de lo que es educar. Fue mi maestro en la secundaria y mi director en la Escuela Normal Superior. Sufrí su exigencia y su castigo, pero gocé su apasionamiento por la vida. No descansa en paz. Ambrosio no puede descansar. Es un torbellino. Seguirá inquieto por siempre. Aprendiendo. Admirando. Intercediendo. Amando. No lo imaginemos simplemente contemplando una luz perpetua, salvo que esa luz sea la divina.

XV

Rafael Martínez Cervantes, *fsc*
(Adalberto Manuel)

(3/11/1916-1/7/2010)

Para escribir una introducción a la vida del Hermano Rafael Martínez Cervantes nada mejor que la meditación 33 de san Juan Bautista de La Salle, que refleja el itinerario humano y espiritual del educador cristiano y del Hermano Rafael a lo largo de su vida:

> Dos cosas necesitan los que tienen dirección de almas e incluso sobresalir en ellas. En primer lugar, mucha virtud para servir de ejemplo a los demás, pues estos podrían extraviarse al seguirlos si ellos mismos no estuviesen en el camino verdadero. En segundo lugar, deben manifestar en ellos especial ternura con las almas que les están confiadas, de modo que sean muy sensibles a todo lo que pueda afectar o herir a sus ovejas. Esto es lo que mueve a las ovejas a amar a su pastor y complacerse en su compañía, porque encuentran en ella su descanso y su alivio.

Los rasgos que señala el Fundador para todo educador y los Hermanos se encuentran de manera sobresaliente en el Hermano Rafael, de virtud sobresaliente, que sirvió de ejemplo a Hermanos, formandos, maestros, alumnos, padres de familia, antiguos alumnos y personas en general. Sobresalió también su especial ternura con las almas, que lo hizo tener un trato fino y adecuado con todos, se hallaba atento a sus necesidades y buscaba siempre su

bien. Muchas personas llegaron a afirmar que si no hubiera sido por el Hermano Rafael, no habrían salido adelante. Puede escribirse que lo central en su vida fue la preocupación por la persona y sus necesidades, y darse generosa y continuamente a todos. Se aúna en él otro aspecto que destaca De La Salle:

> Jesucristo, en el evangelio de este día, compara a quienes tienen cargo de almas con el buen pastor, que cuida con esmero a sus ovejas. Una de las cualidades que ha de tener, según el Salvador, es "conocerlas a todas", distintamente. Saber conocerlas y discernir el modo de proceder con ellas. Este proceder depende del conocimiento y del discernimiento de los espíritus. Es lo que deben ustedes pedir a Dios a menudo e insistentemente, como una de las cualidades que más necesitan para guiar a aquellos de quienes están encargados.

El Hermano Rafael también sobresalió por conocer a cada persona de manera distinta, tratarla de manera conveniente y saber lo que cada uno necesitaba, el momento preciso y la manera de proceder con cada uno. Evitaba cualquier rigidez de espíritu, adaptándose a cada uno y a su situación y circunstancia. Tenía facilidad para comprender a las personas, a las que lo unía una gran amistad; además tenía un don de gentes.

La elaboración de este apunte biográfico sobre el Hermano Rafael se ha basado en relatos orales, así como numerosos testimonios escritos y algunos documentos. Además, el Hermano Rafael escribió unas hojas (pocas) sobre datos puntuales de su vida, que abarca de 1916 a 1991. Fragmentos de estos apuntes se transcriben varias veces y se incorporan de manera directa a este escrito; aparecen entre comillas, casi siempre relatados en presente, tal como él lo hizo.

Los primeros años (1916-1934)

¡Qué lindo es Jalisco,
palabra de honor!
Esperón y Cortázar

Jalisco es representativo de la tradición y de la cultura nacional por la cerámica, la orfebrería, sus bailes, su música inconfundible —como el jarabe tapatío y el mariachi—, su tequila, su cocina, sus antojitos; Jalisco, cuyas mujeres son dechado de hermosura, de virtudes morales como su abnega-

ción y su amor al hogar, al terruño; Jalisco, con sus hombres simbolizados en la figura del gallardo charro. De los legendarios Altos son Lagos, San Juan, Tepatitlán, San Miguel el Alto, Jalostotitlán, San Diego, entre otros.

Santa María de Lagos, una de las perlas de Jalisco y muy representativa de México, fue fundada en 1563, en el sitio de rutas, del Camino Tierra Adentro. Está cincelada en cantera rosa de la región. La identifican la fachada de muchas casas y, sobre todo, su monumental Iglesia de estilo barroco, construida entre 1743 y 1777. El nombre primitivo de la villa cedió su lugar a Lagos de Moreno en honor del Insurgente Pedro Moreno, rico hacendado de la localidad, que fue activo participante en la Independencia.

Aunque inicialmente la localidad fue crucero de caminos, de diligencias y recuas, llegó también el ferrocarril de Ciudad Juárez a finales del siglo XIX. Ahora, los autobuses marginan la tradición, las reliquias del pasado y el sabor arcaico, lo mismo que las Consejas del Alcalde. Es uno de los centros vitales de estos típicos Altos de Jalisco cuyos habitantes, varios de ellos espigados y güeros, son hábiles jinetes y charros afamados, agricultores afanosos y ante todo apegados a su religión como nadie, como se vio durante la guerra cristera.[1]

En este ambiente, nació Rafael el 3 de noviembre de 1916 en Lagos de Moreno, una región cuyos habitantes se han caracterizado a lo largo de los siglos por sus arraigados valores humanos y cristianos. Este fue, como se escribe antes, uno de los centros más activos de la guerra cristera, con la que la familia de Rafael se identificó plenamente. Él escribió que, al nacer, su madre lo consagró al Señor. Se lo dijo en la primavera de 1933.

Su familia era muy pequeña, pero entrañablemente unida. Sus padres, originarios de Lagos de Moreno, fueron don Miguel Martínez (nacido en 1891), dedicado a la música, filarmónico igual que varios de sus parientes. Tocaba en las poblaciones y en las iglesias de la región. Su madre, María de Jesús Cervantes —doña Jesusita, nacida en 1893—, de fuerte temple y de gran fe, era maestra de primaria. Antes que él, nació su único hermano, Miguel (1914-1996), que también fue Hermano y con el que siempre tuvo las mejores relaciones. De él siempre guardó gratos recuerdos.

Como se ha referido, México atravesaba por esos años por sucesivas guerras civiles. En estas contiendas, su padre desapareció y nunca volvieron a tener noticias de él. Del mismo modo les sucedió a miles de familias mexica-

[1] Para conocer un poco más sobre la situación política y social de México en tiempos del biografiado, véase los datos e información expuestos en la biografía del Hermano Manuel Álvarez.

nas que perdieron a sus seres queridos, sin saber nunca más de ellos.

Pocos meses antes de su muerte, relató que, durante la persecución religiosa en todo el país —cuando él y su hermano Miguel tenían 5 y 7 años, respectivamente—, una noche, los soldados que perseguían a quienes ayudaban a los cristeros entraron alevosamente a su casa en busca de Miguel Martínez padre. Él, a pesar de los esfuerzos de su esposa, fue golpeado y llevado fuera de la ciudad. Como otros muchos fervorosos cristianos, nunca más se supo de él (M. A. R.).

> Don Rafa aprovechó para reunirse varias veces con nosotros —antiguos alumnos— en el Centro Cultural Bella Época de la Colonia Condesa para platicarnos de su vida. Nos estuvo revelando el dolor sufrido por él en su adolescencia, cuando su papá, que trabajaba en Ferrocarriles de México, un día desapareció. Y la angustia de su madre y él cuando anduvieron buscándolo en muchos lugares y nunca más supieron de su papá. Eran tiempos de los cristeros. Fue aquella una pérdida significativa que él sentía como una herida en el fondo de su corazón. Herida que fue cerrando y trascendiendo en la vida religiosa con nuestro Padre Dios. (L. R. B. C.).

Estos primeros años fueron fundamentales para Rafael. Heredó de su padre, el señor Miguel, el gusto por la música, la armonía y la delicadeza en el trato hacia los demás y fineza de espíritu en toda su persona. Pero también lo marcó fuertemente su pérdida a tan tierna edad. Por otra parte, estuvieron siempre presentes en su vida y en su memoria el cariño, la dedicación y la educación de su madre, doña Jesucita, para con sus dos hijos, así como su fuerte temple y su expansiva fe. También recordaría la compañía de su hermano Miguel y la lucha de los católicos, los cristeros, en defensa de la fe y de la libertad religiosa.

Doña Jesucita, al quedar sola en Lagos de Moreno, tuvo que hacer frente a la educación de sus dos hijos. En esta situación, Rafael hizo su primera comunión a los seis años, el 1° de junio de 1923, en la Iglesia de El Rosario; ese día le pidió a Dios tener un buen colegio, lo cual le fue concedido.

A los 10 años de edad (1926)

La mamá padeció tuberculosis. Con sus dos hijos se trasladó a la Ciudad de México para ser atendida por un pariente lejano, un destacado laguense, el doctor Mariano Azuela (1873-1952), también escritor, autor de la conocida

novela revolucionaria *Los de abajo*. Él ya radicaba en dicha ciudad desde 1916 y contaba con un dispensario. Con gran tino, logró su recuperación, en una época anterior a los antibióticos, en la que resultaba difícil la curación y la tuberculosis era casi siempre mortal. En adelante, la señora Jesusita trabajó para el doctor Azuela como secretaria y como maestra de escuela oficial. A la vez, fue de las iniciadoras del Sindicato de Maestros Católicos, por lo que fue perseguida y golpeada varias veces por integrantes de sindicatos oficiales, es decir, gubernamentales.

En adelante, los tres permanecieron en dicha ciudad. Los dos niños continuaron su educación primaria en un colegio oficial. Al poco tiempo, un tío dedicado también a la música les ayudó para que pudieran ingresar, en febrero de 1929, al colegio francés los Hermanos lasallistas, ubicado en la calle Belisario Domínguez en el Centro Histórico de la Ciudad de México. También les ayudó para que estudiaran inglés. En el Colegio aprendieron francés y más tarde en la vida, el Hermano Rafael aprendió italiano y alemán.[2] Así, el Hermano Rafael destacó por el dominio de cuatro idiomas, lo que le facilitaría su desempeño en sus funciones de gobierno con los Hermanos durante su estancia en Roma.

Al ingresar al Colegio, Miguel y Rafael fueron becados, dada su situación familiar y económica, hecho que el Hermano Rafael recordaba años después con profunda emoción, mucho agradecimiento y con ojos humedecidos. Esta situación lo marcó para la vida, por ello, siempre vio por los alumnos y sus familias en dificultad económica, como se verá más adelante. Los dos hermanos fueron siempre muy caritativos con todos los que pasaban alguna necesidad.

Los Hermanos lasallistas llegaron a la república mexicana, en primer lugar, a la ciudad de Puebla, en diciembre de 1905, donde fundaron varias obras. También las fundaron en otras ciudades, tal fue el caso de algunos bachilleratos. Pero a raíz de los acontecimientos de la Revolución mexicana dejaron el país en 1914. Regresaron paulatinamente a partir de 1915 y reabrieron tres colegios solamente en la Ciudad de México en 1920. Entre ellos estaba el Colegio Francés La Salle, en el centro de la ciudad. Este Colegio era el único que desde un principio contó con bachillerato, patrocinado por el Arzobispado y posteriormente fue incorporado a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Además, contaba con primaria y secundaria, también con reconocimiento gubernamental. El Colegio, como incluía el bachillerato, contó con Hermanos que fueron maestros muy destacados y de primer orden, así como obras

[2] Aprendió italiano estando en Roma, entre 1966 y 1976, y el alemán en Viena, en 1976.

apostólicas con los alumnos mayores. Todo esto dio por resultado alumnos sobresalientes y numerosas vocaciones de calidad a la vida religiosa y sacerdotal, que también se explican por el tipo de familia de clase media que frecuentaba el Colegio, así como el clima social creado a raíz de la persecución religiosa y, como base, una iglesia martirial en el país.

Entre los antiguos alumnos sobresalientes de este Colegio estuvieron el filósofo Leopoldo Zea; el tenor de América Pedro Vargas; y el obispo, monseñor Braulio Sánchez, S. D. B. La comunidad de Hermanos fue de tal calidad que el Hermano asistente Nivard Joseph la eligió para que su sobrino, quien llegaría a superior general, el Hermano Nicet Joseph (monsieur Loubet), pasara ahí dos años (1932-1934) aprendiendo español mientras impartía clase de filosofía. Este fue el clima educativo que encontraron Miguel y Rafael en el Colegio Francés La Salle cuando ingresaron ahí.

Su hermano Miguel ingresó a la secundaria del Colegio. Al terminarla, fue reclutado por el valiente Hermano francés Emilio —de quien el Hermano Rafael guardó excelentes recuerdos— y entró con los Hermanos al noviciado menor de Tacubaya. Revistió el hábito de los Hermanos el 14 de mayo de 1930 con el nombre de Hermano Alberto Miguel; su compañero de noviciado fue el Hermano Andrés Careaga, que era maestro en el Colegio Francés La Salle. Igual que algunos Hermanos escolásticos, el Hermano Miguel fue a estudiar un año al escolasticado de Las Vegas, Nuevo México, pero al ser muy apreciado por los superiores, estos pidieron que permaneciera un año más. Años más tarde, el Hermano Miguel destacó como formador en el escolasticado de Coyoacán en las décadas de 1940 y 1950, primero como Hermano subdirector, y después como director, por diez años. Falleció en Puebla en marzo de 1996.

Cuando ingresó al Colegio Francés de La Salle, Rafael contaba con 12 años, ahí terminó su último año de educación primaria, donde se interesó por la clase de religión y sentía extraños a los que no participaban. También ahí continuó sus estudios de tres años de secundaria y dos de bachillerato hasta concluirlos. El bachillerato que estudió fue el de Ciencias Biológicas, con las asignaturas de Matemáticas, Física, Química y Biología, lo que le aportó una brillante preparación académica para toda su vida; durante su estancia en el Colegio, los directores fueron los Hermanos franceses Gerardo Monier y Adrien Gibert, a los que consideró de gran talla. De este, además, se expresaba como el mejor jefe con que contaba el Distrito para llevar los Colegios.

Rafael escribió, que, al cumplir los catorce años, en 1930, comenzó a impartir catequesis cada domingo en la colonia Escandón, con los Hermanos Benito Massard y José Fromental. Por aquel entonces, el Hermano director, Gerardo Monier, los llamó a la congregación de la Santísima Virgen. A los quince años, en 1932, ingresó a la preparatoria. Relató en sus apuntes: "El Hermano director Adrien Gibert me pide que dé un curso dé álgebra a un alumno. En la congregación de San Luis (de los padres jesuitas) me piden que dé clase de inglés y aritmética a un grupo de obreros en una escuela nocturna. Con los obreros inicio la catequesis de cada domingo en lo que hoy es ciudad Nezahualcóyotl —Bordo de Xochiaca—. Comienzo a frecuentar la adoración nocturna".

Y prosigue en su escrito que en 1933 iniciaron el grupo VI *scout* de México, en el Colegio Francés De La Salle. Los Hermanos, igual que otras congregaciones, dadas las condiciones imperantes en México, abrieron varios grupos *scouts* para completar y coronar la formación de los jóvenes en los colegios, con muchos logros y éxitos. La estancia de Rafael en el grupo *scout* fue de los aspectos que más le significó en su vida por la formación adquirida, los valores compartidos, la relación con los Hermanos y con los compañeros. Señalaba con gusto que varios de sus integrantes ingresaron con los Hermanos, a la vida religiosa o sacerdotal, con mucho provecho para la Iglesia y la sociedad.

Y, cuando contaba con 15 años, escribió: "En 1933, primavera, al volver de la comunión, le comunico a mi mamá el deseo de ingresar con los Hermanos. Ella responde: 'Desde que naciste te consagré al Señor; no hace sino tomar lo que es suyo'". Ella, con toda generosidad, ofrendó sus dos hijos a Dios y al Instituto; quedó sola y falleció ya en la década de 1940. La vida del Hermano Rafael puede considerarse, en primer lugar, una ofrenda a Dios de doña Jesusita, su madre.

Añadió: "Este año tengo como maestro de Filosofía al Hermano Nicet Joseph [*monsieur* Loubet, futuro superior general], un Hermano imborrable". El Hermano Fernando Anzorena terminó su doctorado en Filosofía y Letras, en la UNAM, a ambos los consideró siempre muy valiosos y preparados, y fueron de lo más significativo para su vida, junto con su maestro y jefe *scout*, el Hermano Benito Massard, don Beno, al que varios compañeros le solicitaron clases extras de francés. Otros Hermanos del Colegio Francés De La Salle también estudiaron su licenciatura en la UNAM, hasta obtener los títulos oficiales. Además, su maestro de Química fue el ingeniero Armando I. Santacruz.

El Hermano Rafael siempre consideró que entre lo mejor que obtuvo al ingresar con los Hermanos estuvo la educación recibida en el Colegio, dadas las múltiples oportunidades que le ofreció, la calidad académica de los profesores, la formación recibida, coronada por los movimientos apostólicos y la calidad misma de los Hermanos. Es de llamar la atención que fue el primer candidato en México que ingresó a las casas de formación con el bachillerato totalmente concluido.

Su formación inicial (1934-1939)

Te revestí librea de La Salle,
cuando soñé tú fueras mi heredad.
Himno para la vestición del hábito de los Hermanos

El 1° de diciembre de 1934 asumió la presidencia de la república mexicana el general Lázaro Cárdenas, con un programa de educación socialista y la prohibición de toda educación católica. Esto provocó que los colegios de los Hermanos fueran o confiscados o suprimidos o marginados y su acción educativa se viera casi imposibilitada, por lo que sobrevivieron en la clandestinidad de los grupos o en el anonimato. Dicha situación se prolongó por varios años hasta la reapertura de las obras en 1938, gracias al cambio dado en la situación nacional por la confluencia de varios factores, como el clamor social de acuerdos pacíficos, la inminente Segunda Guerra Mundial y la oportuna presencia del arzobispo de la Ciudad de México, don Luis María Martínez.

Como varios colegios católicos y casas religiosas habían sido confiscados, se vio conveniente el traslado del noviciado y del escolasticado a Estados Unidos, de mayo de 1935 a febrero de 1940, al amparo del Distrito Nueva Orleans-Santa Fe, con el que se tenía buenas relaciones. Aquel Distrito fue fundado por Hermanos franceses y mexicanos que habían dejado el país en 1914 a raíz de la Revolución mexicana. El noviciado fue a Lafayette, Luisiana, donde funcionaba el correspondiente noviciado estadounidense, mientras que el escolasticado fue a Las Vegas, Nuevo México, donde estaba el escolasticado. El noviciado menor (aspirantado) permaneció en la Ciudad de México, en Tacubaya, y pasó inadvertido por las autoridades.

Rafael escribió el 14 de enero de 1934: "Ingreso al noviciado en Los Amores". Noviciado y escolasticado estaban en el mismo predio, frente al Colegio

San Borja que confiscó el gobierno tiempo después, ya en diciembre de 1934. Revistió el hábito de los Hermanos el 9 de mayo del mismo año, junto con sus compañeros provenientes del mismo Colegio Francés De La Salle: Rafael Chávez y Bernardo Zepeda. Su maestro de noviciado fue el experimentado y largamente formador francés, el Hermano Benildo Justino; el subdirector fue el Hermano Bernabé Marie, quien le inspiró particular confianza. Describe su situación: "En el noviciado no podemos llevar el hábito —por la persecución religiosa y de la educación católica—. Soy totalmente feliz". Se le nota muy identificado con su vocación, era lo que deseaba. El nombre que recibió en religión fue Hermano Adalberto Manuel, pero dada la situación laicista imperante en México se le conoció como señor Martínez, más tarde como don Rafael y, de manera coloquial, como se ve en los relatos, don Rafa, dado el respeto, aprecio y cercanía que siempre se le tuvo e inspiraba.

Como la presión gubernamental iba en aumento contra la educación católica y las casas religiosas, anotó que tuvieron que dejar la Quinta Los Amores. Hubo que hacer tres cambios de domicilio por el peligro de confiscación e irse a vivir a una casa alquilada en Tlalpan, la de Mr. Body, donde permanecieron durante varios meses. Sin embargo, como el peligro de confiscación de esta casa resultaba inminente, el noviciado y el escolasticado mexicanos se trasladaron definitivamente a Estados Unidos, donde el joven novicio Rafael concluyó el noviciado en Lafayette (Luisiana).[3]

> Santísima Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo,
> Me consagro enteramente a Vos,
> Para procurar vuestra gloria en cuanto me fuere posible
> Y lo exigiereis de mí.
> Fórmula de consagración y votos de los Hermanos.

Al terminar el noviciado, apuntó el 15 de agosto de 1935:

> Primeros votos. El Hermano asistente Nivard Joseph dirige el retiro. Comienzo a descubrir la acción del Espíritu Santo. Crece mi consagración. Deseo ser fiel toda mi vida. Rafael Chávez, Bernardo Zepeda (*scouts* del VI) me acompañan. Al despedirme del Hermano subdirector (Bernabé Marie), le confío mis temores. Él me responde: "*Courage et confiance*" (valor y confianza).

[3] Para conocer un poco más sobre la vida de los novicios en este lugar, véase el testimonio en la biografía del Hermano Guillermo Alba.

Se percibe en el joven novicio Rafael un crecimiento interior en su vocación y una docilidad a las luces del Espíritu que lo acompañaron toda la vida y lo harían irradiar valor y confianza humanas y espirituales entre quienes lo rodeaban.

Llegó a Las Vegas, Nuevo México, donde estaba el escolasticado mexicano y estudiaban para ser maestros de Enseñanza Primaria, incorporados al Sacred Heart Training College de Las Vegas bajo la atinada dirección de su antiguo maestro, el Hermano Bautista Fernando (doctor Fernando Anzorena), al que siempre apreció por su gran preparación y sólida virtud. Una frase que enseñaba el Hermano director era "aplicación al deber presente con pureza de intención", que el Hermano Rafael enseñó a su vez, años después, a los novicios y escolásticos cuando fue formador. Escribió: "El grupo de escolásticos me parece poco arraigado. Me siento un poco ajeno. Me satisfacen los cursos de teología del Hermano director Anzorena". Eso de sentirse ajeno tal vez se debió a que el Hermano Rafael era un poco mayor que sus compañeros, contaba con más preparación, experiencia y madurez que los otros, había terminado el bachillerato, tuvo más oportunidades académicas y formativas, además de dominar el francés y el inglés.

Un Hermano escribe sobre el escolasticado en Las Vegas, Nuevo México:

> Con la emisión de nuestros primeros votos por un año, terminó el noviciado y el grupo de ocho o diez novicios emprendimos el viaje para el escolasticado que estaba en el estado de Nuevo México, en una pequeñísima población llamada Las Vegas.
>
> Las Vegas, Nuevo México, era todo lo contrario de Lafayette: era árido, seco, de tierras con sobra de piedras y rocas. Se encontraba en las estribaciones de las montañas Rocallosas donde había pinares enormes, lagos o represas, cabañas en los bosques para acampar o, por lo menos, comer, pues contaba con cocina y parrillada para cocinar.
>
> La casa del escolasticado era una gran construcción de piedra con techos de dos aguas, muy antigua y nada preparada para los rigurosos inviernos de Nuevo México. Si en Lafayette pasamos calor infernal, en Las Vegas, durante el invierno, nos pasamos unos fríos insoportables. Los dos lugares fueron fuentes de sacrificios ofrecidos al Señor, uno por muchos grados más y el otro por muchos grados menos. En Las Vegas llegué a ver en el termómetro hasta menos 27 ºC. Varias veces puse naranjas a la intemperie y al día siguiente amanecían como piedras de lo heladas y congeladas que estaban. Si en Lafa-

yette no aguantaba una sábana, en Las Vegas necesitaba 5 o 6 cobijas y apenas. No teníamos calefacción en los dormitorios; meterse a la cama por las noches era un sacrificio diario pues las sábanas estaban heladas. Solo en la capilla, en la sala de estar y en la enfermería había estufas de carbón de piedra. Fuera de los inviernos, la temperatura era muy agradable, casi como en México.

En el Escolasticado hicimos nuestra normal primaria; yo no supe exactamente qué programas oficiales seguimos pues todos se tuvieron que adaptar a las circunstancias que vivíamos en Nuevo México, pero eso sí, eran muy serios y muy bien llevados. No se perdía el tiempo. Se aprovechó que estábamos en los Estados Unidos para aprender inglés; casi todos salieron hablando y escribiendo inglés, yo no fui de los más estudiosos en inglés, pero algo se me pegó. Tuvimos grandes y sabios maestros: el Hermano Fernando Anzorena, un gran filósofo y sabio en muchas asignaturas; el Hermano Rafael Martínez; el Hermano Enrique Choran; el Hermano Alfonso Aguilar; y otros que no recuerdo.

Llegó nuestro grupo en agosto, el día 18, y en septiembre, una noche cayó la primera nevada del año 1937 (todavía lo recuerdo), parece ser que se adelantó ese año. Grande fue nuestra sorpresa cuando al levantarnos a las 4:30 de la mañana se veía un resplandor en las ventanas. Nos asomamos y nos sorprendimos, todo se veía blanco; nuestra admiración y alegría fue aumentando conforme avanzaba el día.

Como se había adelantado al tiempo la nevada, todos los árboles y las plantas tenían todas sus hojas, ramitas y frutos; se veían preciosos, casi se rompían las ramas de lo pesado de la nieve. Otro fenómeno eran los cables de la luz eléctrica; alrededor de todo el cable se formaba una capa como de algodón de varios centímetros y los hacía parecer como gruesas sogas de algodón. No olvidaré que el Hermano Anzorena mandó no dar clases ese día para que todos saliéramos de paseo al campo para gozar de la nieve. Para muchos de nosotros —yo, el primero— era la primera vez que veíamos de cerca la nieve y sobre todo que la veíamos caer. Pasamos una mañana maravillosa, aunque el frío de la nieve no nos permitió jugar mucho con ella, pues las manos se nos congelaban, especialmente los dedos. Fue un día maravilloso.

Igual que a nosotros, los Hermanos, les pasó a los seminaristas: en los seminarios no había suficiente calma para estudiar. No lo sé exactamente, pero parece ser que los obispos estadounidenses ofrecieron a los obispos mexicanos abrir un seminario para los jóvenes seminaristas de México y ofrecieron un palacete enorme, parecido a un castillo de la Edad Media, construido en

medio del bosque de pinos y con capacidad para cerca de 300 personas. Tuvieron que gastar varios millones de dólares para repararlo, pero quedó como nuevo. A nosotros, escolásticos, nos tocó ir a limpiar, barrer, recoger escombros y prepararlo para recibir a los primeros grupos de seminaristas.

En diferentes estados de la república me he encontrado con sacerdotes que hicieron sus estudios en aquel seminario en Montezuma. Siempre tuvimos muy buenas relaciones con los seminaristas y varias veces fuimos a fiestas y representaciones teatrales muy hermosas. Ese seminario estaba como a unos 18 km del escolasticado de Las Vegas, Nuevo México. Recuerdo que, en un viaje, yendo a Montezuma en invierno, como la carretera estaba congelada, el coche en que varios Hermanos íbamos se volcó, pero gracias a Dios no hubo mayores consecuencias. Cerca del seminario había una represa de agua que en invierno se usaba como pista para patinar.

Otro recuerdo que también dejó huella fue el haber estado bajo las órdenes del Hermano Anzorena. Fue bajo la dirección de este Hermano que yo empecé a sentirme más Hermano de La Salle. Del noviciado y lo que recibí ahí, tengo un vago recuerdo, excepto lo que recibí del Hermano Bernabé Marie.

Las conferencias dominicales del Hermano Bautista Fernando eran una verdadera joya y cada una era como una piedra labrada o ladrillo que iba construyendo el edificio sólido de nuestra vida como Hermanos. Cada domingo me sentía más Hermano. No solo eran unas conferencias hermosas y con mucha materia para aprovechar, sino también de una puntualidad, de una exactitud perfecta; eran sus conferencias de tres cuartos de hora exactísimas. El Hermano Fernando era también políglota, por lo menos tenía el dominio de seis idiomas; los mismos estadounidenses iban a consultarle cosas del inglés. Lo mismo sucedía con el francés; gozaba enseñando idiomas.

Con nosotros, escolásticos, fue siempre muy humano y condescendiente. Por ejemplo, había en la casa del escolasticado un lugar que nosotros llamábamos "el puente de los suspiros". Efectivamente, era un puentecito que unía unos lugares. Tendría sus dos metros. A ese lugar podíamos ir a conversar en cualquier momento que quisiéramos o necesitáramos, aunque no fuese sino para contar un chiste, para desahogar nuestro nerviosismo o cansancio, o para hablar de estudios o cosas serias.

Esta actividad siempre nos dio momentos de mucho descanso y medios para unirnos más y vivir una comunidad muy unida y alegre. Las fiestas religiosas siempre se distinguieron por su fervorosa preparación. Las referentes a María Santísima eran las mejor preparadas, igual que las fiestas litúrgicas: Navidad, Reyes, Semana Santa, Resurrección, Pentecostés...

> Los lugares de excursión fueron muy variados, lo mismo que los paseos: Río Gallinas y otros cuyo nombre no recuerdo, pero que estaban en los grandes bosques de pino en las Rocallosas. Fuimos varias veces a Santa Fe y a Denver, asistimos a varios juegos de futbol americano de St. Michael College de Santa Fe, universidad de los Hermanos lasallistas estadounidenses. Entre estudios, trabajos, paseos, juegos y demás ocupaciones propias del escolasticado, los años pasaron rapidísimo. De pronto estábamos cinco Hermanos y yo pronunciando nuestros primeros votos por tres años (trienales) y disponiéndonos a salir a la comunidad a principiar nuestra misión y apostolado. Se acabaron los años iniciales de formación.

A los 20 años de edad (1936)

Los formadores consideraron la posibilidad de que el joven Hermano escolástico Rafael pasara a ser formador en el mismo escolasticado, lo que sucedió efectivamente poco antes de este iniciara su segundo año de escolasticado, por lo que escribió, en junio de 1936: "Me nombran profesor del escolasticado. Debo improvisar mucho: matemáticas, francés, psicología... Sigo mi curso de Teología. Encargado de canto. Estudio apasionadamente mi 'catecismo'".

Así, el Hermano Rafael, con 19 años de edad, tiene una vida plena de actividades y ocupaciones. Es de señalar que es encargado de canto, la afición a la música que heredó de su papá. En esta dimensión destacó a lo largo de su vida, comenzando en el Escolasticado, y prosiguió en los coros. Tenía gusto no solo por la música sino por lo estético, el arte en general, la delicadeza, el tino, el trato y el buen gusto.

La comunidad del Escolasticado mexicano durante el mes de vacaciones iba a una finca de los Hermanos estadounidenses en Bernalillo, a cosechar manzanas, como merecido descanso. Lo disfrutaban mucho y recordaban con agrado. En fin, fueron años muy felices, de mucho crecimiento humano y espiritual, bajo la atinada dirección del Hermano Bautista Fernando; toda una preparación para su futura misión.

Los primeros años en comunidad (1939-1956)

Como se escribe, a partir de 1938, sonó la hora de la reapertura progresiva de las obras, primero, en la Ciudad de México, los Colegios Cristóbal Colón y Simón Bolívar. A pesar de la persecución cardenista, algunas instituciones religiosas habían podido subsistir: en la capital de la república, el bachillerato,

por estar incorporado a la UNAM, junto con una secundaria, la escuela comercial y los grupos clandestinos de primaria, en un conjunto denominado Escuela Preparatoria Comercial; también sobrevivieron como academias comerciales la Motolinía de Puebla (1932) y la de Saltillo (1937). En 1939, el experimentado Hermano francés Carlos Thierry fundó el Instituto Francés de La Laguna, en Gómez Palacio, ubicado en el Durango, en la región lagunera.

El Hermano Bautista Fernando (Fernando Anzorena), director del escolasticado, le comunicó al Hermano Rafael que el Hermano visitador Dosas Lucien lo enviaba al recién fundado Colegio Francés de La Laguna. Dicha institución contaba con secciones primaria y secundaria. El joven Hermano llegó a La Laguna el 13 de junio de 1939, con tan solo veintidós años de edad, primero como titular en 1° de secundaria. Escribió: "Preparo por escrito cada catecismo. Clase diaria de media hora. Estudio apologética. Pocos meses después, me nombran inspector del Colegio". Anotó:

> Conservo mi catequesis dominical en una parroquia vecina (Ciudad Lerdo). Preparo las primeras comuniones. Lo haré cada año hasta 1952. Hago la primera redacción de textos de historia de México. Cada sábado asistimos a misa con el grupo de la congregación de la Santísima Virgen. Es una indicación del Hermano director. Acompañamos a los alumnos a misa los primeros viernes. Debo ocuparme del coro. Es gran medio de formación, animar las misas y primeras comuniones. El Hermano director me encomienda la instrucción de un joven: Juan Antonio Ruiz R. Durante dos años nos encontramos cada domingo un par de horas; ha perseverado ejemplarmente. Escritor. En 1943 inicio la formación del primer núcleo de exalumnos. Consigna: irradiar a Cristo.

Como se observa, el Hermano Rafael ejerció una actividad y un dinamismo crecientes; destacó en los alumnos la formación religiosa y el catecismo como principal función. Para ello, estudiaba el catecismo y la apologética, desde que era alumno de primaria hasta llegar a ser Hermano en comunidad. A lo largo de su vida escribió varios libros de historia de México. Y si en el escolasticado estuvo como encargado de canto, ahora estará ocupado del coro del Colegio. Además, de ese tiempo, el Hermano Rafael recordaba con gusto un congreso que hubo en la región lagunera, donde se expuso y defendió la fe por primera vez en el norte del país, ya en la década de los 40. En este evento participó activamente.

En este Colegio, se distinguió por realizar su labor con gran vigor, dinamismo y entusiasmo, animando y supervisando a los alumnos, a los Hermanos, a los maestros. Un antiguo alumno lo recuerda así:

> Eran los primeros días de septiembre de 1943 cuando comencé mi primer año de primaria en el Instituto Francés de la Laguna (IFL), establecido en Gómez Palacio, Durango, en la llamada región lagunera. Desde entonces se me ha quedado grabado que, el primer día de clases, al llegar al patio grande, todos nos estábamos formando en filas según los distintos grupos de primaria y secundaria. De pronto se escuchó una voz fuerte y sonora que retumbó en el patio: "¡Firmes!", y todos nos pusimos firmes y se oyó un gran silencio. Era la voz del entonces llamado inspector del Instituto, el señor Rafael Martínez Cervantes (aún no le decíamos don Rafa). Era alto, apuesto, impecable en el vestir e imponía su presencia. Yo tenía seis años y don Rafa tendría 25 años. El señor Martínez estuvo en el Instituto dos o tres años más y después lo cambiaron y se fue (L. R. B. C.).

En 1945, inició la Normal Superior en Saltillo, en el estado de Coahuila, institución laica gubernamental, donde estudió las carreras de Historia, Geografía, Civismo, y Lengua y Literatura Españolas durante el periodo vacacional. Continuó los cursos durante por correspondencia hasta el año 1949. Para presentar su examen recepcional en 1952, disertó sobre la razón y la fe, con su tesis *La Biblia, ¿un libro histórico?* Causó tal revuelo en el medio laicista mexicano que asistieron todos los maestros y alumnos de la Normal a su examen, así como varios Hermanos. La defensa de su tesis fue de tal calidad que la totalidad de los examinadores lo aprobaron y todos quedaron muy admirados.

A los 24 años, el 15 de agosto de 1941, el Hermano Rafael pronunció sus votos perpetuos: "*Je me consacre tout* à *vous* !", es decir, me consagro enteramente a vos, fórmula de consagración y votos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Con la consagración deseó ser fiel toda su vida ya desde el noviciado y que continuar siendo fiel el resto de su vida de forma admirable. En esa década falleció su mamá, doña Jesusita.

Los antiguos alumnos de esa época lo recuerdan con mucho afecto por su entrega, dinamismo y don de gentes, que será una constante toda su vida, pues, la educación para el Hermano Rafael era "conducir, guiar personas para potenciar todas sus energías" encauzadas al ejercicio de su voluntad libre, a la conciencia moral y a su verdadero sentido en esta vida que es la trascen-

dencia o mirada al infinito. La cultura no es un saber enciclopédico, tampoco un acervo de conocimientos acumulados de las diversas disciplinas formales, naturales y humanísticas; cultura es el diario ejercicio consciente de las actividades realizadas en lo individual y en lo comunitario que tienden a la verdad por el conocimiento, a las expresiones de la belleza por el arte y a la práctica del bien por el sentido ético. Por esta razón empleaba el término *cultivo*, que alude a una tarea constante como lo es trabajar la tierra. Cultivar lo humano implica desarrollar una nueva cultura que lleve al hombre a apartarse de las estructuras de la dominación, de la ignorancia, de la pobreza, de la violencia (A. B. P.).

En el Instituto fue un excelente colaborador del Hermano director Carlos Thierry, que contaba con más de 60 años y con quien, por cierto, jugaba tenis. Sin embargo, escribió, en 1945: "Nuevo director: Hermano Emilio Reversat. ¿Comenzar en cero? Dios hablará". Como se observa no se dio un buen entendimiento entre el nuevo Hermano director y el dinámico Hermano Rafael; a los dos años, el Hermano director pidió mi cambio.

A los 30 años (1946)

En 1947, el Hermano visitador le pidió que pasara a ser el inspector de la primaria del Colegio Cristóbal Colón en la Ciudad de México, cargo que desempeñó hasta 1952. Esta primaria era la más grande en el México lasallista, contaba con 1500 alumnos, organizados en numerosos grupos; había Hermanos, maestros, alumnos y padres de familia desempeñándose, como siempre, con mucho tino y acierto. Dada su gran capacidad, su don de gentes y la calidad de la relación, le resultó entusiasmante. Cada semana, repartía los resultados a los alumnos, los boletines, por lo que llegó a memorizar los nombres y apellidos de miles de alumnos y sus familias. Los citaba con facilidad a lo largo de los años, lo que le facilitó ser un gran acompañante de muchos de ellos. Durante estos años contó con la ayuda del Hermano Guillermo Alba para los años iniciales. Por su parte, el inspector de la secundaria fue el Hermano Salvador Pérez y el del bachillerato, el Hermano Manuel Álvarez; con ambos hizo un buen equipo. Escribió:

> La catequesis cotidiana se da a pesar del "fantasma" de la vigilancia gubernamental. Comenzamos la misa de los primeros viernes; la misa sabatina para los vanguardias. El contacto con los alumnos es intenso. La perseverancia hoy es buena. En 1950 iniciamos el movimiento de exalumnos La Salle, San Borja y Cristóbal Colón.

Como se ve, por su propio testimonio, continuó destacando en su acción la primacía de la formación religiosa y de la catequesis. Para mantener una relación y acompañamiento intensos de alumnos y maestros, él daba personalmente los resultados semanales de las calificaciones obtenidas. Su preocupación por los antiguos alumnos también fue notable.

Al terminar como inspector de la primaria en 1952, pasó a dar clase al bachillerato en el mismo Colegio. Al mismo tiempo, fue titular de grupo hasta 1956. Durante los diez años que permaneció en el Colegio, se identificó con el director, el Hermano francés Pierre Lyonnet, dinámico y enérgico, apóstol *scout* y de muy amplio criterio, aspectos en los que eran similares. Igualmente, los antiguos alumnos de esa época lo recuerdan con mucho afecto por su entrega y don de gentes.

Durante los festejos del cincuentenario de la llegada de los Hermanos a México (llegaron en 1905 a la ciudad de Puebla), el Hermano Rafael, junto con otros Hermanos, fue organizador y uno de los tres oradores oficiales, pues siempre contó con gran facilidad de palabra.

Escribió en 1955: "Primera Asamblea Nacional de Exalumnos. Se carece de respaldo institucional. La consigna era el servicio a la Iglesia. Lasallistas comprometidos animan varias obras e instituciones: Caballeros de Colón, cursillos de cristiandad, Movimiento Familiar Cristiano".

Durante estos años, además de trabajar tiempo completo, el Hermano Rafael aprovechó para estudiar la carrera universitaria de Filosofía. La inició a los 32 años en el Centro Cultural Universitario de los padres jesuitas y estuvo allí de 1948 a 1951; la terminó en la UNAM en 1953. Entre sus maestros contó con el padre y doctor José María Gallegos Rocafull, a quien mucho estimó. Concluyó los estudios con los grados de maestría y doctorado, propios de aquel tiempo. En 1975 se tituló en el grado de maestría, con una tesis sobre el pensamiento del existencialista católico francés Gabriel Marcel. "En su examen profesional, ante cinco catedráticos con ideas y criterios muy distintos a los expuestos por el examinado, sin embargo, fue tal la defensa de su tesis, que la totalidad de los examinadores lo aprobó" (M. A. R.). Haber estudiado filosofía le aportó una amplia visión del mundo, de la vida y de la vocación de Hermano. También le ayudó a impulsar decididamente a los Hermanos para que se preparasen y estudiasen, a darles oportunidad a todos, inclusive para ir al extranjero.

A los 40 años (1956)

Como culminación de estos años, en 1956, a los 40 años, tuvo la oportunidad de asistir durante seis meses al tiempo de renovación lasallista propio para los Hermanos: el segundo noviciado en Bordighera, Italia, a donde poco antes habían ido su hermano, el Hermano Miguel, así como otros Hermanos mexicanos. Esta experiencia le aportó una renovación en su vida personal y espiritual, pero sobre todo en su vocación. Además, le dio una experiencia de trato internacional, que amplió más su visión y prospectiva. Regresó por unos meses como profesor al bachillerato del Colegio.

Al terminar esta etapa, el Hermano Rafael contaba con más de 40 años y con grandes cualidades humanas: era un excelente religioso, tenía buena preparación académica y experiencia escolar, una amplia visión y don de gentes, por lo que estaba preparado para nuevos retos que los superiores le confiaron en el momento oportuno y a los que él respondió acertadamente.

Director de comunidad y de Colegio (1957-1965)

En julio de 1957 fue nombrado director general del Colegio Benavente en Puebla, donde fue por primera vez director de la comunidad de los Hermanos. El Colegio contaba con primaria, secundaria, bachillerato, normal primaria, normal superior y escuela gratuita en el barrio de Analco. Contaba además con un gran internado para niños y jóvenes de provincia que, por carecer de escuelas en su lugar de origen, acudían a este centro educativo. Los Hermanos de la comunidad eran más de veinte. Muchos de ellos eran jóvenes entre los cuales reinaba un espíritu de celo y comunidad. Había también una comunidad de Hermanas que colaboraba en la atención a los Hermanos e internos. Escribe una colaboradora:

> Con los Hermanos lasallistas desde niña he tenido relación. Primero por mis hermanos que estudiaban con ellos en el Colegio Benavente de Puebla, y desde 1957 cuando entré a trabajar a ese Colegio. El director era el señor Rafael Martínez Cervantes, como en Puebla le llamaban don Rafa. Tenía un equipo extraordinario tanto de maestros como de Hermanos. Allí estaban el señor Bulbulián, el Hermano Valerio, el Hermano Lucio Tazzer, el Hermano Preciado, etc., solo por citar algunos (L. G. O.).

Acudía a estudiar la normal superior en vacaciones un nutrido grupo de Hermanos, religiosas, sacerdotes y maestros de todo el país que no tenían

esa oportunidad en sus localidades. Todos encontraban en él una persona que los animaba y reconfortaba en su vida y en sus trabajos apostólicos, además de que entre los Hermanos presentes en los cursos de vacaciones se desarrollaba un gran espíritu fraterno y comunitario, que los alentaba a continuar en su vocación y ministerio apostólico.

> Puedo decir que aprendí a ser Hermano bajo la dirección de don Rafa: excelente ejemplo como religioso, exigente para las responsabilidades comunitarias, comprensivo en los yerros, acompañante cercano y guía en las dudas. Una característica de su sabiduría: creía más en nosotros, más de lo que nosotros habíamos ya descubierto de nuestras propias capacidades. Que lo digan quienes compartimos estos años. Nuestras responsabilidades escolares y el internado fueron campo propicio para la adquisición de destrezas que después nos permitieron enfrentar retos importantes en la vida. Un liderazgo natural, fundado en la bondad, en la cortesía, en la visión amplia, en un criterio sano y en el buen juicio. En el internado introdujo modalidades que hicieron de ese ambiente el "mejor de mi vida", en expresión de exalumnos del Internado Benavente. Siempre nos pidió realizar funciones (prefecturas), enseñanza (asignaturas) y responsabilidades que, de habernos preguntado, hubiéramos alegado incompetencia. Él sabía que podíamos. No descuidó nuestra formación docente. Como director de Comunidad trató de establecer una relación de conocimiento y afecto con nuestros padres. Como la mayoría de nosotros éramos jóvenes, todos contábamos con ellos y así se dio una relación de afecto, de solidaridad, y de oración por "sus hijos", que mucho apoyó el proceso de maduración en nuestra vocación religiosa (V. L. A.).

Indicó que a los Hermanos prefectos de las diversas secciones del Internado se les supliera para que frecuentaran la vida de la comunidad. De igual manera, mejoró notablemente la comida tanto para los Hermanos como para los internos y buscó que estos pudieran salir entre semana a comer con sus compañeros y de fin de semana con sus parientes o compañeros, lo que dio por resultado un estilo más familiar.

Con la ayuda de un patronato, construyó las nuevas instalaciones para la escuela gratuita, la Ciudad de los Niños, con primaria y secundaria, y la dotó de talleres técnicos. Aprovechó para realizar la redacción de un curso de religión para la Preparatoria. Se abren 13 centros de catequesis popular atendidos por Hermanos y alumnos. Se abren escuelas rurales atendidas por los normalistas.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, en el marco de la Guerra Fría, con la amenaza creciente del comunismo y su posible expansión por América Latina, la sociedad mexicana y, en particular, la de Puebla, pasaban por momentos de máxima tensión y crispación, lo que dio lugar a que surgieran dos movimientos radicales: los grupos universitarios de izquierda, en la Universidad Autónoma de Puebla, y un grupo organizado por un padre jesuita, el Frente Universitario Anticomunista (FUA). Como el padre falleció, el arzobispo de Puebla, monseñor Octaviano Márquez y Toriz, antiguo alumno y, en particular, su obispo auxiliar, monseñor Emilio Abascal y Salmerón, le pidieron al Hermano Rafael que los acompañara y guiara, confiando en su capacidad de liderazgo. Esta situación dio lugar a cuestionamientos; sin embargo, es necesario señalar que el Hermano Rafael siempre actuó buscando el bien de la Iglesia y de la sociedad, propiciando el diálogo, que lo caracterizó toda su vida, con todas las personas y circunstancias, por difíciles que fueran.

Estos momentos de máxima tensión también los resintió el Colegio Benavente en mayo de 1961. Después del fracaso de Bahía de Cochinos en Cuba, el Colegio fue objeto de amenazas y sus instalaciones fueron finalmente agredidas por un grupo de jóvenes de los bachilleratos de la Universidad Autónoma de Puebla, azuzados por líderes de mayor edad. A raíz de mutuos enconos y agresiones entre grupos y facciones contrarias, tomaron al Colegio como objeto de represalias. Un lunes por la mañana, un grupo numeroso apedreó y rompió la casi totalidad de los vidrios y de los cristales de la fachada ante la mirada tolerante de un camión del ejército y de una patrulla de la Policía del estado. Como con anterioridad gente amiga había informado de esta agresión, pudieron prepararse. Los padres de familia del Colegio Oriente se unieron a los del Colegio Benavente y todos estaban dentro cuando se dio la acometida, contaban con armas de fuego. En todo momento, el Hermano director Rafael, junto con los Hermanos de la comunidad, los maestros y los padres de familia conservaron la calma y lograron controlar con mucho acierto la situación que se presentaba tan delicada para todos. Previnieron cualquier ataque, pero, a la vez, evitaron responder cualquier agresión, por indicación expresa del Hermano director, y tomaron las medidas necesarias para continuar las actividades educativas con los alumnos, por ejemplo, a los alumnos de primaria se les ponían películas en el auditorio. A medida que transcurrieron los días, la situación volvió a la calma.

Por su parte, don Rafael cooperó económicamente, junto con otros Hermanos directores, para la adquisición de la finca de La Asunción Malacate-

pec, Estado de México; además, recomendó a su maestro el padre y doctor don José María Gallegos Rocafull para que predicara el retiro anual de los Hermanos del Distrito, a finales de la década de los 50 y principios de los 60, que se realizaba en las instalaciones del mismo Colegio.

Los Hermanos de la comunidad lo recuerdan entregado totalmente a su misión, muy sacrificado, con gran disposición para todos en el trabajo. Los padres de familia, los antiguos alumnos y la sociedad en general lo recuerdan, igualmente, con mucho afecto por su cortesía y don de gentes. Siempre estuvo atento a las familias que pasaban por una situación difícil que les repercutía económicamente: fracasos financieros, viudez, abandono. Solventaba con delicadeza las situaciones para evitar que dejaran la Institución, que lo aprendió desde que ingresó a estudiar a las escuelas de los Hermanos.

También, durante sus años de estancia en el Colegio Benavente, desarrolló un fuerte liderazgo con los Hermanos del Distrito México Sur, dada su claridad mental, preparación y su trato, lo que le valió que el Distrito lo eligiera representante para el 39° Capítulo General del Instituto en 1966. Al terminar 1965, dejó la dirección del Colegio y de la comunidad, pues fue llamado a otras responsabilidades.

A los 50 años de edad (1966)

Al ser electo para el Capítulo General, su antiguo maestro, en ese momento Hermano superior general Nicet Joseph, lo nombró Hermano visitador del Distrito México Sur, cargo que ocupó por pocos meses, de enero a junio de 1966; sin embargo, fue suficiente para visitar todas las comunidades, interesarse en la formación permanente de varios Hermanos, inclusive, en algunos casos, les propuso y favoreció ir a estudiar al extranjero. Además, renovó el equipo de Hermanos que estaban al frente de las casas de formación, pues llevaban largos años; asimismo, comenzó a cambiar Hermanos que también llevaban muchos años en la misma comunidad.

En 1966 y 1967, el Instituto celebró el 39° Capítulo General en dos sesiones. Ha sido el más trascendental e impactante de su historia por los cambios que provocó. Tenía como misión aplicar las líneas de renovación que el Concilio Vaticano II (1962-1965) había señalado a las congregaciones religiosas, así como la revisión y renovación de la Regla del Fundador, lo cual implicó un cambio de estrategia y de criterios para los Hermanos, en su vida y en su ministerio educativo, ahora cargado de esperanzas, así como de momentos difíciles.

Durante el Capítulo General fue electo como superior general el Hermano norteamericano Charles Henry; por su parte, el Hermano Rafael fue electo, en junio de 1966, como Hermano asistente del superior general por diez años para la región norte de América Latina, que abarcaba los Distritos de México Norte, México Sur, Antillas, Centroamérica, Caracas, Bogotá, Medellín y Ecuador. Su antecesor en el cargo para esta región también era mexicano, y desempeñó el cargo a lo largo de 20 años, lo cual produjo cierto cansancio y desgaste. Por su parte, el Hermano Rafael le dio una especial atención a las Antillas dada la situación vivida por la salida de los Hermanos de Cuba en mayo de 1961.

Algunos Distritos latinoamericanos bajo su responsabilidad estaban integrados predominantemente por Hermanos nacionales, otros por fuertes contingentes de Hermanos españoles, con algunos franceses y estadounidenses, entre otros. Era todo un reto promover más las vocaciones nacionales, formarlas e irles delegando los cargos, situación que procuró en la medida de sus posibilidades, aunque constituía un reto a mediano y largo plazo.

Durante los diez años que estuvo al frente de la asistencia, a pesar de las dificultades y resistencias, se esforzó por aplicar con valor y confianza las líneas de renovación de la Iglesia y del Instituto entre los Hermanos, los colaboradores, las obras y los antiguos alumnos. Presidió retiros, conferencias, reuniones con Hermanos visitadores y directores, y sostuvo entrevistas con Hermanos y colaboradores, sembrando siempre esperanza y optimismo ante el futuro que, dados los cambios, se presentaba incierto. De hecho, la mejor línea de renovación era su misma persona.

Sin embargo, los cambios de paradigma en la Iglesia y en la vida religiosa trajeron aparejadas no pocas dificultades en la manera de concebir la vida de los Hermanos, la autoridad y el gobierno mismo dentro del Instituto. Se cuestionaba el puesto mismo de Hermano asistente y encontró no poca oposición y resistencia, que se esforzó en superar con la paciencia y la prudencia que siempre lo caracterizaron.

Siguió atendiendo la formación inicial, aunque comenzaron a sentirse indicios de disminución vocacional, perseverancia de los Hermanos de votos temporales e inclusive solicitud de dispensa de votos de los profesos perpetuos. Se aunó a esto cierta inestabilidad de las casas de formación propia de estos años de búsqueda y renovación.

También atendió con gran tino la formación permanente de los Hermanos, impulsando su capacitación para que ejercieran con calidad su misión educadora. En varios casos, los invitó a que estudiaran en el extranjero. Así sucedió con los Hermanos Álvaro Rodríguez Echeverría, Álvaro Llano, Lucio Tazzer, entre otros muchos. Muchos le deben a él las oportunidades en su formación gracias a su apertura y visión.

> Considero que la formación académica de muchos Hermanos se debe al impulso que dio el Hermano Rafael a los estudios universitarios de estos, lo que permitió que varios accedieran a la Universidad, donde continuaron su preparación académica, que los capacitó con nuevos bríos y más visión para la misión educativa y para la vida (J. M. A. A.).

Como asistente, buscó que se culminara el proceso para la canonización del ecuatoriano Hermano Miguel, que se vio felizmente coronado con su beatificación en 1977 y con la canonización de San Miguel Febres Cordero en 1984, celebraciones a las que asistió con gran gozo y alegría.

Con la delicadeza y fineza que siempre lo caracterizaron, favoreció, como asistente, que regresaran de Francia a México los Hermanos Benito Massard —que había sido su maestro y jefe *scout*— y Juan Fromental —fundador de las Hermanas Guadalupanas de La Salle—, quienes ya habían vivido y trabajado en México durante muchos años. Y siguió impulsando el cambio de puesto de los Hermanos para favorecer la renovación de las personas y de las instituciones.

En 1976, se celebró el 40° Capítulo General del Instituto en Roma, en el cual el Hermano Rafael participó como miembro de derecho por su calidad de asistente. Durante dicho Capítulo presidió la Comisión de Consagración, que fue la más importante, pues abarcó temas como los grados de pertenencia al Instituto y aun el tipo de estatuto que se deseaba para el Instituto, donde se decidió permanecer como hasta ahora, o sea congregación religiosa. Durante el Capítulo General se renovó el puesto de asistente del superior general por el de consejero general, y se ajustaron sus funciones.

En este tiempo, el Hermano asistente Paul Adams fundó el grupo lasallista Signum Fidei, en el que cooperó el Hermano Rafael. El grupo actualmente está extendido por varios países del mundo. El Hermano Rafael fue su fundador y animador en México para provecho humano y espiritual de sus integrantes.

A los 60 años (1976)

Al dejar el puesto de asistente y regresar al Distrito México Sur en 1976, se le nombró director del Escolasticado y años después también del noviciado. Los formandos vieron en él todo un programa a seguir, como un Hermano experimentado, con relato que contar. Varios Hermanos consideran que su formación y perseverancia en la vocación religiosa fue fundamental la presencia del Hermano Rafael.

Cuidó mucho la formación humana y religiosa de los novicios y escolásticos. Pero, sobre todo, les pidió a todos que estudiaran, en un principio, los cursos de Sagrada Escritura en el Altillo, con los misioneros del Espíritu Santo. Los últimos grupos estudiaron Ciencias Religiosas en la Universidad La Salle —de hecho, él pidió que se abriera el curso escolarizado— con mucho provecho y adquirieron los mejores fundamentos para su vida religiosa. Los Hermanos escolásticos también estudiaban la normal superior en vacaciones; los que cursaban su último año comenzaban sus estudios universitarios. Escribió de esta época: "Grupos Signum Fidei. Los Hermanos atienden la catequesis en el Colegio Simón Bolívar Primaria. Los sábados por las tardes atienden toda la catequesis parroquial. Se abre para ellos, en la Universidad La Salle, la Escuela de Ciencias Religiosas".

> Lo recuerdo como un hombre de fe, de convicciones firmes y de excelente memoria, marcado por sus vivencias en defensa de la fe y la educación. Consejero, amigo fiel, profundo y reflexivo educador. Fue mi director de noviciado y escolasticado, y aprendimos de él a atender a las personas y, en lo más posible, a responder a sus necesidades. Los aspectos de asociación, misión compartida y apertura al laicado fueron vividos como algo natural entre nosotros y como ambiente normal en nuestro Distrito. La exigencia personal, el aprovechamiento del tiempo, la atención a los demás, la formación académica con fines pastorales son otros tantos aspectos de su herencia. "Aplicación al deber presente con pureza de intención", "formar desde lo humano la vida cristiana y consagrada", "hacer que los demás sean mejores que nosotros", "tener siempre presente a María", "no dejar pasar un día sin interiorizar la palabra de Dios", "el futuro de México está en la educación y en especial en la labor de los maestros cristianos", "cuanto más humano, más cristiano; cuanto más cristiano, más humano"... son otras tantas "ideas-fuerza" que nos compartió con el ejemplo por delante. (P. A. A.).

Por su parte, el Hermano Rafael aprovechó para ser catedrático en la Escuela de Filosofía de la Universidad La Salle. Durante 25 años, impartió la asignatura El Existencialismo. Colaboró en la revista *Logos* de la Escuela de Filosofía con varios artículos acerca de la persona, su dignidad, en relación con los demás, la comunidad humana, la sociedad como hogar de la persona; estos aspectos reflejan su pensamiento y su compromiso personal. Los filósofos que más le gustaba leer y exponer fueron Francisco Brentano, Max Scheler, Alexis Carrel, Edith Stein —Santa Teresa Benedicta de la Cruz—, Gabriel Marcel, Emmanuel Mounier y Romano Guardini. También colaboró en la Escuela de Ciencias Religiosas impartiendo la asignatura Teología en San Juan. Promovió la apertura de la Universidad a su entorno, mediante un servicio social más comprometido.

Además, trabajó intensamente con los colaboradores, fomentó con otros Hermanos la familia lasallista y continuó con la labor en el Signum Fidei. Con un equipo, organizó la celebración del XI Congreso de la Familia Lasallista en varias ciudades de México; este trabajo tuvo su culminación en el VIII Congreso Mundial de Antiguos Alumnos de 1984 en la Ciudad de México.

Estancia en la Universidad La Salle (1984-2010)

En 1984 se le nombró director de la comunidad de Hermanos de la Universidad La Salle, que fue su residencia y centro de trabajo por los siguientes 26 años; fue la etapa más larga y una de las más productivas de su vida. Continuó colaborando con el noviciado, impartiendo el curso de Espiritualidad Lasallista durante diez años. También continuó impartiendo las cátedras en Filosofía y en Ciencias Religiosas; en la Dirección de Humanidades, la asignatura de Cristología; y en la Facultad de Derecho, la de Filosofía del Derecho.

Fue el primero en doctorarse en la Universidad en febrero de 1993, con una tesis acerca de filosofía del derecho titulada *Fundamentos históricos y antropológicos de la filosofía del derecho*, de casi 300 páginas. “Dedicada a la imborrable memoria de mi madre que pasó por el mundo haciendo el bien, a mi hermano Miguel, a mis maestros y hermanos en la congregación de La Salle y a la memoria del doctor José María Gallegos Rocafull, mi maestro”, se leía en las páginas iniciales. En la tesis destaca la dignidad de la persona, su valor trascendente frente al Estado y la importancia del bien común.

> Como maestro, tuve el privilegio de que don Rafa fuera mi maestro en la carrera de Filosofía. Era un profesor extraordinario. En cuanto el Hermano Ra-

> fa entraba al salón de clase, el ambiente se tornaba tranquilo, se respiraba calma, alegría, era un profesor siempre sonriente, alegre, atento, amable, su deseo era que aprendiéramos la obra filosófica de tal o cual pensador, pero nunca separada de la vida de este. Don Rafa iniciaba su clase escribiendo en el pizarrón el nombre del filósofo e inmediatamente nos hacía un recuento de esa vida: quiénes eran sus padres, cómo había sido su infancia, qué formación religiosa tenía, en qué escuelas había estudiado, qué líneas de pensamiento había tomado y por qué, qué acontecimientos habían impactado su vida, etcétera (A. B. P.).

A los 70 años (1986)

De 1984 a 1987 estuvo al frente de la Pastoral Universitaria. Otro momento de la vida de don Rafa que me marcó fue su entrega a favor de los damnificados de los terremotos de 1985. Estando yo en la prepa de La Salle organizó de manera decidida grupos de muchachos por semanas para ayudar en la zona de desastre. Brigadas de recolección de agua, de alimento, de ropa y de medicinas. Recuerdo haber visto a don Rafa conseguir montos importantes de dinero que convertía en ayuda sobre todo para niños y madres desvalidas o viudas por el terremoto (J. G. M.).

> De 1987 a 1991 fue director del bachillerato de la misma Universidad, que contaba con dos mil alumnos, 40 grupos y más de cien maestros. Ejerció como siempre una influencia positiva entre los estudiantes, maestros, directivos, personal y padres de familia. Procuró que los maestros acudieran a estudiar la licenciatura en Ciencias Religiosas, para dar fundamento a su fe y a la educación cristiana.

En 1991, se crearon nuevas sedes de la Universidad La Salle. En este proceso, el Hermano Rafael fue un participante activo y comprometido. De hecho, el primer año, él fue el encargado de las sedes; y, a partir de 1992, continúo solamente como presidente de la Junta de Gobierno de la Universidad La Salle en la ciudad de Morelia, Michoacán, durante diez años, hasta el 2002.

Se propuso que anualmente se organizaran los foros de maestros en las sedes de la Universidad La Salle. En los primeros foros de maestros universitarios lasallistas, que organizaron las Universidades La Salle de 1994 a 1999, el guía y conferencista principal en todos ellos fue el Hermano Rafael, quien aportó sus reflexiones acerca de la misión y el futuro de las universidades lasallistas en México. Escribió tres reflexiones universitarias acerca del enfo-

que antropológico y la visión de fe, con el propósito de estimular la reflexión acerca de estos temas entre los docentes universitarios.

A los 80 años (1996)

Para aglutinar diversos programas ya existentes (servicio social, biblioteca, pastoral, grupos estudiantiles, casa de la cultura), en 1992, se creó en la Universidad la Vicerrectoría de Formación. El Hermano Rafael fue nombrado el primer vicerrector de Formación (1992-1998) y desarrolló nuevos programas para el bienestar de la comunidad universitaria, como la despedida general de alumnos en Plaza La Salle en 1996 y las primeras Jornadas de Bienvenida en 1997. Desde esta Vicerrectoría continuó ejerciendo una notable influencia en toda la comunidad, dada su gran calidad moral y don de consejo.

> Atención especial brindó don Rafa al surgimiento de los nuevos grupos estudiantiles. Este desarrollo tuvo como consecuencia el surgimiento de un grupo de estudiantes críticos que impulsaron el cambio. Con el incremento de la participación estudiantil en estos organismos se vio la necesidad de crear una instancia de apoyo y asesoría, así surgió la asesoría de grupos estudiantiles en 1995. Don Rafa estuvo convencido de que los alumnos que ingresaban a la Universidad La Salle debían llevarse un recuerdo imborrable de su paso por esta. No por las cuestiones meramente académicas, sino por haber sido tocados en su alma, en su interior por un sello indeleble que los apegara al paso de los años, a su *alma mater*. Este pensamiento inspiró el nacimiento de la primera despedida general de alumnos en Plaza La Salle en 1996, y las primeras Jornadas de Bienvenida en 1997.
>
> Y qué de su preocupación continua por los estudiantes que se le acercaban queriendo encontrar apoyo ante la necesidad económica existente y los deseos de continuar estudiando su carrera y no truncarla. Esto dio origen a que don Rafa fundara, junto con un grupo de exalumnos comprometidos Promoción Universitaria La Salle, A. C., organismo que ha beneficiado a generaciones y generaciones de alumnos, a través del Plan de Ayuda Mutua, que ha marcado la diferencia en cientos de nuestros estudiantes de licenciatura que han perdido el sostén económico de sus estudios, entre continuar o interrumpir los estudios definitivamente por no contar con el recurso económico (S. V. H. y S. F. V.).

Este programa de ayuda a estudiantes con problemas económicos reflejó su preocupación constante por las personas, por su crecimiento humano y espiritual, así como su deseo de hacer lo mismo que otros hicieron por él cuando era joven estudiante, cuando lo becaron junto con su hermano para que pudieran estudiar al ingresar por primera vez al Colegio de los Hermanos.

> El Hermano Rafael, a lo largo de su vida, padeció cáncer en el esófago y en la tráquea. Fue tratado varias veces con radioterapia y quimioterapia, la última en 1993, cuando se curó totalmente, pues nunca más le reapareció. Él lo consideró una intervención milagrosa de Dios y de la Virgen de Guadalupe, a la que siempre tuvo una profunda devoción, igual que su hermano, el Hermano Miguel, y su mamá, doña Jesusita (M. R. B. V.).

En 1988, falleció el penúltimo de sus maestros y director del escolasticado, el Hermano Bautista Fernando (Fernando Anzorena), al que siempre admiró por su gran saber y mucha virtud. En 1996, tuvo la inmensa alegría de visitar al último de sus maestros —¡hacía más de 60 años!— en Athis-Mont, el Hermano Nicet Joseph, *monsieur* Loubet (1898-1999), quien se encontraba por entonces ya retirado y había sido superior general, ejemplo de santidad, sabiduría y prudencia. En 1996, en marzo, tuvo la inmensa pena del fallecimiento de su hermano, el Hermano Miguel, de 82 años, al que siempre quiso y a quien estuvo tan entrañablemente unido.

En 1996, el Hermano Rafael propuso que se diera el doctorado *honoris causa* a Chiara Lubich, fundadora del movimiento eclesial de los focolares, que resultó todo un acontecimiento mundial para la Universidad La Salle. A su vez, en 1999, la Universidad La Salle le concedió, junto con otros dos Hermanos (Mariano Ramírez y Juan Bulbulián) el doctorado *honoris causa*, dada su destacada trayectoria como persona, Hermano, educador y docente universitario. El 14 de marzo de 2009 tuvo el gozo de asistir a la entrega del doctorado *honoris causa* que la Universidad La Salle le concedió al antiguo alumno y actual Hermano superior general Álvaro Rodríguez Echeverría, a quien el Hermano Rafael, siendo asistente, le había propuesto estudiar filosofía en esta Universidad.

Cuando el Papa Juan Pablo II canonizó a la filósofa, monja, mártir y beata de origen judío Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) de la Orden del

Carmelo el 11 de octubre de 1998 en la Basílica de San Pedro en Roma, Don Rafael, que la leía con asiduidad, tuvo la gracia de asistir a dicho evento.

Rasgos morales

Acerca de sus cualidades personales, algunos allegados a él refieren lo siguiente:

> Algo muy interesante que deseo compartir es el pensamiento de don Rafa sobre el tema del valor. Don Rafa se alejaba del término clásico que define los valores como aquellas cualidades que hacen que algo o alguien sea estimado. Este concepto es completamente aceptado por él, pero desea ir más allá: "Algo más profundo se encuentra en el término", dice, y para esto acude a la etimología indoeuropea de valor. Todo valor es un poder, una vitalidad, una energía, la explicación es que la palabra valor halla su origen primerísimo en el término *werg-o*, que significa literalmente 'obra', 'trabajo', de ahí don Rafa afirma que "el valor es una fuerza vital, un principio que mueve a obrar, mediante el trabajo de cada día, a la verdad y al bien". El valor es una fuerza de expansión, pero no se refiere a aspectos mecanicistas. Esta fuerza, esta energía, este poder, esta vitalidad para obrar están impresos en la razón humana que capta con certeza las mociones del espíritu; por eso, para comprender la esencia de valor, don Rafa da esta otra versión de su propia definición: "El valor es una fuerza del Espíritu, siendo el Espíritu la fuerza que Dios comunica al hombre en su creación individual. Es la dirección de la vida que se le ofrece para construir su yo". Este ofrecimiento no es una imposición, sino una invitación dada por la propia voluntad libre: "El hombre conserva en todo momento su libertad frente a toda circunstancia, puede decir sí al valor como dirección y sostén de su acción para construir su persona o echar a andar por otro camino. Todo hombre es responsable de su opción" (A. B. P.).
>
> Desde su natal Lagos de Moreno, desde su adolescencia y juventud en el norte del país, donde dio sus primeros pasos (Colegio Francés de La Laguna, Gómez Palacio, Durango, 1939-1946) como educador, fue discípulo de Jesús a través de la oración y de una vida consagrada al Señor (M. A. V.).
>
> Y qué decir de estos últimos años en la Universidad La Salle (1984-2010), en los que como maestro, director de la preparatoria, profesor, apóstol, miembro connotado de la comunidad de Hermanos lasallistas que inspiran esta Universidad, vicerrector de Formación, asistente de Rectoría, el Señor lo moldeó como especial instrumento de servicio a la educación. Prácticamente

vivió todos los niveles de responsabilidades que puede tener un Hermano lasallista, y eso le permitió servir en plenitud a través de la autoridad, la caridad, la paciencia, la comprensión, el perdón y el apostolado; pero, sobre todo, se granjeó, como ser humano, como hermano e íntegro cristiano, el reconocimiento de amigos y extraños dentro y fuera de la Universidad (M. A. V.).

Una peculiaridad en el hablar, a veces, al dirigirse a las personas, lo hacía de un modo antiguo "su merced", tal vez lo adquirió en sus viajes a Sudamérica (Colombia).

Otro allegado a él relató:

Quisiera agregar su labor al frente de algunas misiones en el estado de Oaxaca y en Jalisco. Fue por medio de su gestión que, de 1985 a 1990, aproximadamente, de forma muy discreta, apoyó varios proyectos de evangelización en dichos lugares, a los que tuve la fortuna de ir, guiado por su "siempre listo para ayudar", frase que le unía al mundo *scout*.

Viene a mi memoria con alegría que don Rafita platicaba mucho de algunos de sus maestros franceses que, además de hermanos, eran *scouts*. Él me platicaba de su amor y cercanía al escultismo, pasión que compartía con él, pues cuando lo conocí, yo formaba parte de un grupo de *scouts* de la colonia Industrial.

En esa misma colonia, don Rafa era amigo de las hermanas del Instituto Guadalupe Insurgentes (IGI). Con ellas, de forma discreta, organizó varias misiones de evangelización al centro de Oaxaca, donde asistíamos muchachos de la preparatoria de La Salle.

Recuerdo que, por medio de varios donadores, de sus grupos de amigos se juntaban los recursos para ayudar a comunidades que lo necesitaban. Era tal su humildad y sencillez que más de una vez nos percatamos que algunos de los obsequios que le dábamos a él como ropa o zapatos iban a parar a manos de alguien que "verdaderamente los necesitaba", como él me lo decía.

Agregaría la amistad cercana que tuvo siempre con Alfredo Harp. Alfredo siempre lo apoyó en sus proyectos de filantropía. El más cercano fue Promoción Universitaria La Salle, A. C. (Pulsac), donde se ayudó por muchos años a miles de estudiantes que requerían una beca u apoyo para continuar sus estudios. Don Rafita, por su parte, siempre estuvo cerca de él, dándole consejo y ayudándole espiritualmente.

Otro momento que me marcó de la vida de don Rafa fue su entrega a favor de los damnificados de los terremotos de 1985. Estando yo en la prepa de La Salle, organizó de manera decidida, grupos de muchachos por semanas para ayudar en la zona de desastre. Brigadas de recolección de agua, de alimento, de ropa y de medicinas. Recuerdo haber visto a don Rafa conseguir montos importantes de dinero que convertía en ayuda, sobre todo para niños y madres desvalidas o viudas por el terremoto.

Otro acto que me marcó fue el día que don Rafa me habló para que fuese a una pequeña oficina que tenía al lado de la prepa de La Salle, era Pastoral Universitaria. Me regaló y dedicó un libro que conservo, que se llama *Visión económica del mundo cristiano* y me dijo: "Julio, quiero decirte al fin de que no lo olvides nunca que, si se puede ser un gran profesional y una gran persona, siempre haz las cosas con calidad y con ética. ¡Dios te ha llamado para que hagas las cosas bien!". ¡Algo así marca a un muchacho de por vida y le compromete más que nada en la vida!

Pudiera dedicarle muchas líneas a la vida de un hombre y profesor excepcional, hombre de ideas claras, estricto en ocasiones, gran orador, excelente deportista, adorador de su madre y su hermano, amigo fiel y siempre listo para ayudar. Pero si me pidieran en pocas palabras definir a mi amado don Rafita diría que fue un hombre que te tocaba el corazón y que dejaba en las personas que lo amamos un fiel compromiso de dar lo mejor de nosotros por hacer de este un mundo mejor

¡Que Dios lo guarde por siempre!
Indivisa manent (J. G. M.)

A los 90 años (2006). El final del camino

Al cumplir 80 años, en noviembre de 1996, se le ofreció una cena en el jardín de la casa de la comunidad a la que asistieron Hermanos, alumnos, maestros, colaboradores, Signum Fidei, antiguos alumnos y personas en general. También realizó un viaje a Moscú y San Petersburgo, en Rusia, del que quedó muy admirado y complacido. Diez años después, al cumplir 90, en noviembre de 2006, fueron varios los festejos ante tan gran acontecimiento, tanto en la Universidad como en la comunidad por parte de los Hermanos y de las personas en general. En la reunión comunitaria dominical, los Hermanos le expresaron espontáneamente lo mucho que su vida había significado para cada uno y para el Instituto.

Al dejar la Vicerrectoría, en 1998, se le nombró asesor de Rectoría. Continuó impartiendo sus cátedras en las Facultades que paulatinamente fue dejando a partir del 2000, para retirarse definitivamente de la docencia el 2006. Pero hasta el 2010, aun poco antes de su muerte, muchas personas, antiguos alumnos, colaboradores, amigos, entre otros, acudían, como siempre, a su oficina en la Universidad o en la casa de la comunidad de los Hermanos, en busca de consejo y dirección espiritual. Cuando don Rafa estaba frente a alguien, todo dejaba de tener sentido para él, solo ese semejante abarcaba la totalidad de su persona y era justo cuando yo presenciaba el modo de ser de una filosofía viva (A. B. P.).

Ya en 1995 tenía muy presente y frecuentaba a todos los que fuimos sus alumnos en el Instituto Francés de la Laguna. Por esta razón, organizó unos desayunos en determinados domingos para reunirnos a todos. Después de una charla instructiva de don Rafa, los reunidos desayunaban y charlaban amistosamente (L. R. B. C.).

Durante los tres últimos años de su vida, tuve la oportunidad de convivir con don Rafael. Siendo yo su director de comunidad, siempre encontré en él una total disposición a obedecer, como cuando se le indicó que ya no debería impartir, por su edad, las materias filosóficas en la Universidad La Salle de México. O cuando se le indicó que entregara las llaves del auto, pues era ya muy riesgoso conducir a esa edad, etc.; difíciles actos de obediencia, cuando uno se siente todavía apto para el trabajo (M. A. R.).

A lo largo del año 2010, el Hermano Rafael fue disminuyendo sensiblemente sus fuerzas y su salud. En junio tuvo varias complicaciones, acumuló agua en los pulmones y hubo necesidad de internarlo en un hospital, donde estuvo varios días con algunas intervenciones. Se recuperó un poco por algún tiempo, por lo que pudo regresar a casa. La necesidad de oxigenación se le volvió casi constante. El miércoles 30 de junio por la tarde la respiración se volvió más difícil, hasta que el jueves 1° de julio en la madrugada cruzó la frontera del tiempo a la eternidad a la casa del Padre común. Pero estará siempre presente en la mente y en el corazón de quienes lo tratamos de cerca.

A su velación asistieron numerosos Hermanos, formandos, amigos, colaboradores, antiguos alumnos (algunos por cierto muy mayores), integrantes del Signum Fidei, estudiantes, entre otros. Se celebraron tres misas de cuerpo presente y el viernes 2 de julio fueron cremados sus restos. El domingo 4, después de una misa, fueron depositados en la Capilla de la Casa de Formación de Tlalpan, en presencia de igual número de personas. Por último, el martes 12 de julio se congregó la comunidad universitaria para celebrar una misa por el eterno descanso del Hermano Rafael.

El viernes 20 de septiembre de 2013, se llevó a cabo una misa de acción de gracias y homenaje institucional *post mortem* en honor del Hermano Rafael en la Universidad La Salle, así como la develación de un relieve en bronce *Las enseñanzas del maestro*, del artista Carlos Espino.

> Fue grande en su debilidad corporal en estos últimos años a tal grado de que podría decir como san Pablo: "Entre más débil me veo, soy más fuerte". Él, que siempre se bastó a sí mismo para todo, tuvo que aprender a depender de otros para todo. Con humildad fue reconociendo que el Señor le pedía ponerse totalmente en manos de quienes lo asistían, entre los que debo mencionar al Hermano director de la comunidad, el Hermano Manuel Arróyave Ramírez, que como padre y Hermano siempre estuvo a su lado; al Hermano rector, el Hermano Martín Rocha Pedrajo, su amigo y discípulo que siempre veló por su bienestar humano, social y espiritual; a sus demás Hermanos de comunidad; a sus enfermeras y enfermeros; a las Hermanas religiosas que también lo asistían y a tantos amigos que lo tuvieron siempre presente y estaban al tanto de su salud (M. A. V.).

Herencia

> Si quisiera resumir en una frase el perfil de toda una vida al servicio de la educación, me atrevería a decir que fue "un hombre para todo tiempo", acérrimo defensor de la familia, atento siempre a los signos de los tiempos presentes y en búsqueda constante de nuevos lenguajes para dialogar con los jóvenes. Desde los distintos escenarios en que Dios le pidió sus servicios, tuvo la oportunidad de conocer y amar más de cerca al mundo y al hombre, de palpar sus luces y sus sombras, de conocer sus grandezas y debilidades (M. A. V.).

Para don Rafa, la dirección de nuestra propia vida apunta a tres adquisiciones que son las que dan al hombre su sentido y su significado como ser trascendente: la sabiduría, la cultura y la construcción de la comunidad. La sabiduría es "el saber de lo humano", la cultura es "el cultivo de lo humano" y la comunidad "es la asociación de personas que comparten entre sí todas las expresiones de la vida". Todo ser humano tiene el derecho a la educación para desarrollarse primero y, posteriormente, acrecentar los bienes de su cuerpo, mente y espíritu, y desarrollarse en el ámbito específicamente suyo que es el humanístico (A. B. P.).

Don Rafa fue un Hermano lasallista ejemplar. Su vida, ejemplo y recuerdo me llevan no solo a pedir a Dios por su alma, sino también a manifestar mi público agradecimiento por todo lo que de él recibí: las clases de historia, su apoyo ante terceros, su amistad y, sobre todo, el ejemplo de congruencia con la fe cristiana, acompañado de alegría y de sentido humano y hermanable (J. G. V. A.).

La vida de Don Rafa debe ser ahora para nosotros promesa y anuncio del Reino de Dios presente ya en este mundo. Formador de futuros Hermanos, supo inculcar en ellos el amor a la verdad y al bien, a la entrega, al sacrificio y a la responsabilidad que ha de caracterizar a un Hermano lasallista, dado que el Hermano debe consagrar su vida a Dios, y al servicio de sus Hermanos a través de la educación humana y cristiana de la juventud (M. A. V.).

A manera de síntesis

Como epílogo, se refieren dos de los cuatro carismas (lo profético, lo cantor, lo medical y lo regio) que describe José Antonio García, S. J., y que pueden aplicarse al Hermano Rafael.

Lo medical

En todo grupo humano hay enfermos. También en la comunidad. A unos les duele el corazón, a otros el hígado, y casi todos llevamos heridas profundas en nuestra alma. Una comunidad que no admita enfermos no puede llamarse cristiana; pero la cuestión está en ver quién puede echarles una mano. Al enfermo no lo pone en marcha el profeta ni el cantor. Ni está para cantos ni mucho menos para que alguien le culpabilice todavía más. Lo que necesita es un médico que lo cure.

Todos conocemos ese tipo de hombre o de mujer cuya aportación fundamental al grupo consiste en saberse acercar silenciosamente a cada sujeto, intuir sin muchas preguntas dónde está su herida y tratar de curarlo devolviéndole grandes dosis de confianza en sí mismo y en la obra que Dios quiere hacer a través de él. Su presencia es absolutamente necesaria y preciosa dentro de un grupo comunitario en una época como la nuestra, en la que una civilización "perfecta" produce menos heridas exteriores —esas son fáciles de curar—, pero tiende a multiplicar las ocultas.

El médico no es cantor ni profeta —otra vez el peligro de la excomunión—, pero es tan necesario a la comunidad como ellos. Al que se sienta al borde del camino, herido, no le echa a andar más que el samaritano que entiende de vendar heridas.

Lo regio

Es el servicio de autoridad. Cuanta más rica sea una comunidad en presencias carismáticas, más necesaria se hace su coordinación de cara al encuentro personal y comunitario con la voluntad de Dios en la historia. Sin ese servicio, el mundo interior de la comunidad puede resultar caótico, y la expresión de los diversos carismas puede derivar en algarabía y mutua e ineficaz neutralización.

Como ya dijimos en el capítulo dedicado a la obediencia, el hombre, por naturaleza, se curva hacia sí mismo, no hacia los intereses de Dios. Para salir de sí mismo y descentrarse hacia una causa mayor que él, necesita un discernimiento acompañado que le ayude a distinguir el movimiento de Dios en la marea de sus propios movimientos interiores. La comunidad, por otra parte, no puede deducir inmediatamente lo que Dios quiere de ella. Dios se esconde en el mundo. Su voluntad es objeto de un discernimiento apostólico que, a largo plazo, no puede ser convenientemente animado, coordinado y realizado en la comunidad sin el servicio de la autoridad, del carisma regio.

Para terminar este relato sobre la vida del Hermano Rafael, se citan las palabras del poeta:

Porque veo, al final de mi rudo camino,
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que, si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fue porque en ellas puse la hiel de mieles sabrosas.
Cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

Amado Nervo

XVI

Mariano Ramírez Degollado, *fsc*
(Alfredo Leoncio)

(24/11/1919-17/4/2004)

Los primeros años: familia, vocación y formación (1919-1940)

Mariano nació el 24 de noviembre de 1919,[1] en una hacienda cercana a Sahuayo, Michoacán, donde su papá era administrador. Sus padres fueron José Ramírez y Guadalupe Degollado Guízar, progenitores de una numerosa y muy cristiana familia. Él fue el segundo de sus hermanos. Su mamá era sobrina de los obispos Guízar y Valencia, y de otros obispos más; de hecho, Mariano admiraba y elogiaba mucho a su tío, el obispo de Xalapa, el ahora san Rafael Guízar y Valencia. Tuvo oportunidad de ir a Roma, con varios parientes, con motivo de su beatificación en 1995. Su bisabuelo fue Santos Degollado, general y político liberal del tiempo de la Reforma; y su abuelo materno fue un médico, "de pueblito, pero bueno", como afirmaba Mariano.

Su familia se fue a vivir a Guadalajara, Jalisco, donde fue alumno, en primer lugar, de los Hermanos maristas durante la primaria; después, pasó a secundaria al Instituto de Ciencias de los padres jesuitas. Como era becado, sus papás le exigían buenas calificaciones, por lo que tenía que esmerarse en el estudio. Afortunadamente, fue un hábito que desarrolló toda su vida y que le resultó de mucha utilidad. En la colonia donde vivía, retaba a jugar

[1] Para conocer un poco más sobre la situación política y social de México en tiempos del biografiado, véase la biografía del Hermano Manuel Álvarez.

con el balero al señor que vendía merengues; como ganaba las apuestas, su mamá le llamaba la atención.

Su contacto con el Hermano Antonio María Lozano lo condujo al noviciado menor de Tacubaya el 24 de junio de 1934. Cursaba el segundo de secundaria. Como director, se desempeñaba el Hermano José Valenzuela. Su comportamiento y desempeño fueron excelentes entre sus compañeros y formadores.[2]

La difícil situación política y educativa en México llevó al Hermano Mariano, junto con sus compañeros Javier Bordes y Enrique Navarro, a exiliarse en los Estados Unidos para realizar su formación, concretamente en el noviciado en Lafayette, Luisiana,[3] el 25 de abril de 1936, y más tarde el escolasticado en Las Vegas, Nuevo México.

Mariano revistió el hábito de los Hermanos el 14 de agosto de 1936 en Lafayette y recibió el nombre de Hermano Alfredo Leoncio, en honor de un Hermano marista que había sido su maestro, aunque siempre se le conoció como "Sr. Ramírez" y "don Mariano". Durante el noviciado estuvo bajo la dirección del ya nombrado Hermano Antonio María Lozano, al que consideraba "un místico". Ahí mismo hizo sus primeros votos el 15 de agosto de 1937 y pasó al escolasticado para continuar su preparación hasta diciembre de 1940.[4]

Bajo la guía de sus formadores, en especial del Hermano Fernando Anzorena, director del escolasticado mexicano en Las Vegas, Nuevo México, el Hermano Mariano inició con ahínco y tenacidad su larga y destacada preparación académica: en Las Vegas estudió para ser maestro de enseñanza primaria, formación incorporada al Sacred Heart Training College de Las Vegas. En la Normal Superior de México, estudió Biología, Literatura y Filosofía, mientras que cursó una licenciatura y maestría en Biología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fue pasante de doctorado en Genética Humana en la UNAM, donde además hizo estudios básicos de medicina y de lenguas, como francés, inglés, latín y griego; siguió varios cursos en universidades estadounidenses, como la de Austin, Texas. Igualmente, avanzó en los cursos de religión propios de los Hermanos.

---

2 Para conocer sobre la vida en el noviciado menor en Tacubaya, véase el testimonio del Hermano Pizarro en la biografía del Hno. Guillermo Alba.

3 Para conocer un poco más sobre la vida de los novicios en este lugar, véase el testimonio de la biografía del Hno. Guillermo Alba.

4 Para conocer un poco más sobre la vida en el escolasticado, véase la biografía del Hno. Rafael Martínez.

El destacado maestro (1940-1955)

En 1940 llegó a su primera comunidad, a la que llevó siempre en su corazón: el Colegio Benavente de Puebla, cuyo primer director fue el Hermano Gerardo Monier. Aparte de impartir clases a un grupo de primaria y después en secundaria, acudía al Seminario Palafoxiano para estudiar latín y griego. Además, algunos años, fue prefecto de internos. Quiso estudiar piano, pero no le dieron oportunidad, lo que lo obligó a concentrarse en los estudios académicos y evitó cualquier dispersión, lo cual resultó productivo.

Cuando jugaba futbol con los alumnos en el puesto de portero, los retaba a que le metieran gol, les prometía un premio de "excelencia" si lo lograban, lo que resultaba imposible. Dado su celo vocacional, invitó al sobresaliente joven José Cervantes Hernández para que ingresara con los Hermanos. El resultado fue una vocación de gran calidad, pues con los años llegó a ser visitador del Distrito México Norte y consejero general en Roma.

De ahí pasó al Colegio Simón Bolívar de Mixcoac, en calle Galicia, en la Ciudad de México, en 1948. Ahí se desempeñó como profesor de Biología, titular de un grupo de secundaria e inspector del colegio. Los antiguos alumnos lo recuerdan como excelente maestro; les llamaba la atención cómo jugaba trompo, yoyo y balero y cómo ensartaba una tras otras las canastas de básquetbol. A la vez que daba clase, acudía a la Normal Superior a estudiar Biología.

Entre septiembre de 1953 y mayo de 1954, se le concedió la gracia de hacer su segundo noviciado en Roma bajo la guía del Hermano Nicet Joseph (futuro Hermano superior general), del que guardó los mejores recuerdos; esto le propició una renovación moral y espiritual, y le dio consistencia y seriedad a su vocación, lo que le permitió prepararse para los puestos directivos.

Los directorados (1954-1969)

Terminado este año de renovación espiritual, fue enviado como director al escolasticado por unos meses, puesto en el que duró poco tiempo, pues lo suyo no eran las casas de formación.

En 1955, regresó nuevamente al Colegio Simón Bolívar, pero ahora como director de comunidad y colegio para las secciones primaria y secundaria. Como contaba con un magnífico equipo de colaboradores —Hermanos, Hermanas franciscanas, maestros— así como con un buen equipo de directivos, el Colegio funcionó de manera sobresaliente. Se le llamaba la "escuela modelo", por sus excelentes resultados; se reconoció como una institución de gran

calidad. En este tiempo, se construyeron varios edificios: el Colegio Simón Bolívar Pedregal y el Colegio Simón Bolívar con sección secundaria, ubicado en Río Mixcoac. Se construyeron, entre otras razones, gracias a la eficiente administración del Hermano Luciano, el cajero (ecónomo). En la Comunidad contaba con la ayuda en la administración del Hermano Emilio Caballero y las Hermanas lasallistas en el servicio de la cocina y la lavandería.

A varios Hermanos jóvenes que comenzaban a dar clase, les enseñaba cómo hacerlo, por lo cual quedaron muy agradecidos. En la comunidad contaba con la ayuda en la administración del Hermano Emilio Caballero y de las Hermanas lasallistas. Alentó a varios Hermanos a superarse, a Ignacio Cárabez, a Alfonso Sanabria y a Salvador González, que llegó de las Antillas. Durante estos años, realizó los estudios básicos de Biología y Medicina en la UNAM.

En febrero de 1962, formó parte de la comunidad de Hermanos, fundadora de la Universidad La Salle, donde colaboró por más de 40 años. Comenzó como encargado de la escuela preparatoria de 1962 a 1965 y fue relevado, pues ser directivo no era lo suyo.

Estuvo fuera de la universidad durante algunos años. Llegó como profesor al escolasticado de Coyoacán, en febrero de 1966. Los escolásticos de ese tiempo lo recuerdan con cariño por su gran empeño y profunda simpatía. De diciembre de 1967 a agosto de 1969 fue director del Colegio Simón Bolívar Pedregal, en la sección primaria. Continuaba impartiendo clase en la preparatoria de la Universidad La Salle y comenzó a dar clase de Histología en la UNAM. Esta última actividad resultó adecuada para tejer contactos con personas que le ayudarían en futuras empresas.

El sobresaliente catedrático de medicina (1970-2004)

Oportunamente regresó a la Universidad La Salle en 1969 y permaneció en esta institución hasta su muerte. Aquí realizó la mejor de las empresas de su vida. En 1970, con 50 años de edad, pleno de madurez y de preparación, aportó lo mejor de sí, su experiencia y su visión, en la fundación de la ahora Facultad Mexicana de Medicina de la Universidad La Salle, de la que llegó a ser secretario académico.

Desarrolló un papel fundamental para que la institución se consolidara por su alto prestigio académico nacional e internacional, gracias a sus oportunas políticas y atinadas estrategias en la selección de maestros y alumnos, así como por el inicio del acertado curso de selección, el propedéutico o pre-

médico. De igual modo, consiguió los aparatos y equipos para el laboratorio en la medida de sus posibilidades, al principio de manera precaria y modesta, y poco a poco de manera más decorosa hasta llegar a la excelencia, como siempre lo deseó. Por su parte, comentaba que los directivos de la Universidad le concedían para la Facultad todo lo que pedía.

Supervisaba la asistencia de los catedráticos. Cuando veía a un grupo de estudiantes fuera del salón, preguntaba a qué se debía y si había faltado un maestro. Entonces, hablaba con el profesor para evitar que se repitiera. Cada sábado revisaba las instalaciones para que todo estuviera bien y reparar lo necesario. Posteriormente, se encargó de los laboratorios y la investigación de la Facultad.

Le tocó transitar por las distintas instalaciones de la Facultad, que primero estuvo en el campus central, en la colonia Condesa (de marzo de 1970 a junio de 1977); después, en Tlalpan, pero en aulas provisionales ("los gallineros"), expuestas al calor y la lluvia; más tarde en las actuales instalaciones, más amplias y decorosas (agosto de 1996) que llegaron a contar inclusive con el sobresaliente Teatro La Salle de la Facultad. En 1993, por primera vez en la Universidad La Salle, la Escuela fue elevada al rango de Facultad, y surgió así la Facultad Mexicana Medicina, un merecido premio al trabajo bien realizado y a la destacada preparación de sus catedráticos.

Como catedrático, además de la clase de Histología impartida en la Facultad de Medicina de la UNAM durante 33 años, dio clase en la Facultad Mexicana de Medicina de la Universidad La Salle y unos años también en la Escuela Médico Militar; en todas partes se desenvolvió con mucho empeño y éxito. Continuó impartiendo clases en la Escuela Preparatoria y en la Escuela de Química de la Universidad La Salle. Por varios años fue profesor invitado de diversas universidades estadounidenses. La UNAM le otorgó una medalla por años de antigüedad y tuvo la dicha de que un antiguo alumno llegara a ser rector de la UNAM, el doctor Jorge Carpizo.

Al impartir sus clases fue admirado por los estudiantes por ser un excelente maestro, estar muy bien preparado y ser muy didáctico. Preparaba las clases con el mayor de los esmeros y exigía que otros hicieran lo mismo. Todos los domingos del año repasaba con destacado esmero sus lecciones de la semana. Como contaba con una memoria privilegiada, podía impartir su clase de Histología, citando numerosos datos (cientos de nombres), sin recurrir a apoyo alguno (papelito, acordeón o Power Point), por más de dos horas seguidas, como él mismo refería. Cada año los estudiantes le otorgaban el premio *Indivisa Manent* como su mejor maestro.

Su forma de impartir clases resultaba muy peculiar, por la manera de mover las manos y los brazos. Gesticulaba y pronunciaba las palabras que enfatizaba, con lentitud al final. Usaba un tono grave y fuerte de voz. Por todo ello, los estudiantes lo imitaban de continuo con hilaridad, de tal manera que, durante varios años se organizó un concurso en el teatro de la Facultad para imitar al Hermano Mariano en su presencia, con el gusto y la aprobación de este. Quien resultaba ganador tenía el privilegio de un "mano a mano" con el mismo Hermano Mariano, durante el cual no se sabía quién imitaba a quien. Surgió así el premio Don Mariano.

La comunidad de los Hermanos le celebró sus 75 y 80 años de edad en compañía de su familia. Al primer festejo, el 24 de noviembre de 1994, vino su mamá, de 97 años, plenamente lúcida, así como sus hermanos y sus familias. Como este festejo fue una sorpresa, quedó sumamente agradecido por la fina atención de la comunidad y del Hermano director, de hecho nunca había sido objeto de tan merecidas atenciones. Además, en 1999, recibió el doctorado *honoris causa* por parte de la Universidad La Salle junto con los Hermanos Rafael Martínez y Juan Bulbulián. Fue todo un honor para la Universidad contar con tan grandes personas en este reconocimiento.

El final

Su salud fue menguando paulatinamente desde 1989. Debido a padecimientos del corazón, que fueron bien atendidos, hubo necesidad de contar con un chofer que lo llevara de la casa de los Hermanos en San Miguel Chapultepec a la Facultad Mexicana de Medicina en Tlalpan. Dejó de dar clases a los 80 años de edad, pero continuó yendo a la Facultad Mexicana de Medicina, donde estuvo pendiente de los laboratorios, de la investigación y como apoyo y presencia moral. Hasta el último día se presentó a trabajar con el mejor de los ánimos, como si fuera el primer día.

Los últimos cinco años requirió particulares atenciones a su salud. El Hermano director lo atendía tan bien que el Hermano Mariano comentaba con su peculiar énfasis: "Me atiende mejor que mi mamá". Dios lo llamó el 17 de abril de este 2004, a los 83 años de edad, y tras 67 de haber recibido el hábito de los Hermanos.

En su velorio y depósito de cenizas hubo una gran cantidad de antiguos alumnos, ahora médicos, que se mostraban muy agradecidos por haber contado con tan gran maestro, que los formó y marcó para toda la vida.

Legado

Nos queda la imagen del religioso fiel a su vocación, exigente en alto grado y observante de la regla. Como Hermano, invitaba a todos a una superación constante en todos los aspectos de la vida: el humano, el religioso y el profesional. Mostraba un profundo agradecimiento y admiración por los Hermanos formadores o directores Antonio María Lozano, Fernando Anzorena, Cesáreo Boillot y Gerardo Monier. Igualmente, vivió muy agradecido con el Hermano director Martín Rocha, dadas sus continuas atenciones durante los últimos años de su vida y durante sus tratamientos. Admiró mucho a varios Hermanos: Salvador Pérez y Antonio Carrillo. Desarrolló gran amistad con varios de ellos: Salvador González, José Aceves, Demetrio Romano, Lucio Tazzer, Ambrosio Luna, entre otros. Cuando se convivía con él, si alguien manifestaba una opinión en la que no estaba de acuerdo o la veía exagerada, la cuestionaba o minimizaba con su típica expresión: "Una opinión entre siete mil millones", lo cual no dejaba de causar gracia a los presentes. Además, si alguien daba una opinión demasiado evidente, comentaba: "Tan viejo como andar a pie".

Retaba a estudiar idiomas, para lo cual recitaba con rapidez una poesía en inglés o francés. Si alguien le daba la traducción, lo interrumpía, afirmando que no sabía y que mejor se fuera a estudiar al Harmon Hall o en la Alianza Francesa, lo cual hacía sonreír a los presentes.

Con su familia tuvo siempre una presencia delicada y cariñosa. Fue un apoyo para todos, en especial cuando algunos de sus sobrinos quedaron sin progenitor. Él los visitaba semanalmente. Relataba sus logros con su habitual énfasis.

Como docente, recordamos su ironía fresca y contagiosa, sus respuestas teñidas con algo de malicia, sus palabras dirigidas a los alumnos que no atinaban a responder sus preguntas: albañil, paletero, cesta de pepitas, taxista, dar grasa a los zapatos, salón de belleza, estilista. Con ellas retaba a los estudiantes a superarse, para no ser "médico de pueblito". Al hacerlo, lograba su progreso y adelanto, coronado de grandes éxitos. Les insistía a cada uno de los jóvenes ocho horas de estudio, para remarcar la dedicación académica de los estudiantes de Medicina, que debían ser sobresalientes; en esto no cedía.

Insistía en la excelencia y no por ella misma. Repetía incansablemente: "Esta es obra de Dios y lo de Dios debe ser excelente". Así, adquirió una gran cantidad de libros y revistas de los más variados temas para su cultivo personal, sobre medicina, filosofía y teología, en español, francés e inglés, todos

de gran calidad. Esto mostraba su avidez por la ciencia y la cultura. Siempre estaba leyendo, estudiando y repasando las lecciones. Tenía la vocación de maestro y educador en el más alto concepto.

Hermano Mariano, extrañaremos su presencia juvenil y entusiasta, su tesón por la superación y sus sátiras, no exentas de malicia e ironía; su alegría contagiosa, su invitación al estudio constante, pero, sobre todo, el ejemplo de su vida religiosa con toda generosidad y entrega, así como su orgullo de ser Hermano lasallista hasta el final.

Interceda por nosotros ante el Señor y su Santísima Madre para que imitemos todos los buenos ejemplos que usted nos dio, y pídale al dueño de la mies que envíe operarios que lo reemplacen en el magisterio educativo al servicio de todos y especialmente de los pobres.

¡Descanse en paz y que la luz eterna brille para usted!

Una entrevista al Hermano Mariano

El siguiente texto ha sido adaptado del testimonio del Hermano Mariano Ramírez publicado en el libro *Historia de la Universidad La Salle 1962-2002. Un homenaje a nuestros fundadores*, escrito con motivo del 40° aniversario de la institución.[5]

> Yo estuve en el Colegio Simón Bolívar de director por nueve años y de ahí me mandaron al Cristóbal Colón. El doctor Álvarez tenía ansias de fundar una universidad y estaba haciendo pesquisas para comprar terrenos para ver dónde encontraba un lugar mucho mejor para poner la universidad y fue aquí, en este lugar donde estamos.
>
> Naturalmente, te digo, empezamos solo con el edificio de preparatoria. Estaban haciendo el gimnasio, al que le daba mucha importancia el señor Álvarez. Y así abrimos la preparatoria: tres pisos. Nosotros no teníamos dónde estar, tuvimos que irnos allá al Olivar del Conde, ahí nos quedamos, no recuerdo exactamente cuánto tiempo, pero más o menos un año, allá dormíamos.
>
> Yo empecé como director, yo fui director aquí, yo me quedé unos tres años o cuatro, no recuerdo exactamente, de director de preparatoria. No había alrededor nada para retener a los muchachos, no había bardas, nada, entonces había que estar muy listo. Pero los maestros eran muy buenos, unos maestros

[5] Véase Francisco Durán (2002). Testimonio Doctor Mariano Ramírez Degollado. En *Historia de la Universidad La Salle 1962-2002. Un homenaje a nuestros fundadores* (pp. 145-151). Ciudad de México, México: Universidad La Salle.

extraordinarios, todos, no había uno que no lo fuera. Y eran los profesores unas notabilidades, tanto que los muchachos no se escapaban, eran maestros que atraían a los muchachos. Yo daba boletines cada semana, máximo en cada clase había dos o tres reprobados, en dos pisos de clase no era nada; los muchachos muy estudiosos, muy listos.

Después de la preparatoria yo fui a la [Universidad] Nacional, presenté un examen de oposición, y empecé a dar clases en la Facultad de Medicina. Ahí me quedé 33 años dando clases. Después, en el año 70, empezó la Facultad de Medicina: también fue un problema, una lucha extraordinaria para poder empezar con esta Facultad. Al principio, tuvimos una clase de 40 alumnos y estaban ellos temerosos de no terminar. Y empezaron a estudiar con mucho entusiasmo. Fue un grupo muy bueno, muy bueno. Después empezamos a abrir las demás clases. Tuvimos clases con laboratorios con microscopios nuevos y maravillosos, con fisiógrafos nuevos, todo nuevo. Y cuando llegamos ya a las clínicas tuvimos un gran problema, no nos querían recibir en ningún lado. Yo fui al Hospital General, el doctor Hernández me dijo: "¿Quiénes son ustedes?". Total, no me aceptó. Me fui al Hospital Español y no me aceptaron: les pedíamos campos clínicos para nuestros muchachos que ya empezaban las clínicas.

Después del Hospital Español, me dijeron que no. Pero un día fui y, de pura casualidad —y esto fue providencial—, me encontré al doctor Matute, quien me preguntó: "¿Usted es Hermano?". "Sí, soy Hermano", le dije. "Le vamos a ayudar en todo. ¿Sabe por qué lo voy a ayudar? Porque un tal Lyonnet, Pierre Lyonnet, me recibió a mis tres hijos que venían de España, todos graduados de la preparatoria, y él me arregló todo para que ellos pudieran continuar aquí. Véngase usted mañana a las nueve de la mañana". Al día siguiente fui y había una junta médica. Y entro yo con otro doctor y dijo: "Acaba de llegar el maestro Ramírez Degollado, está empezando con una Escuela de Medicina y quiero que le ayuden todos". Santo remedio. Sí seguimos, ya después conseguir maestros no fue difícil, porque yo estaba en la Facultad de Medicina de la Nacional y tenía acceso a las demás facultades y escuelas. El primer director fue el doctor Francisco Hernández, ginecólogo, gran organizador, entre los dos arreglábamos todo. Y estaban muy contentos los muchachos, tenían todo para trabajar, teníamos cadáveres, teníamos buenos laboratorios, en fin, y estuvieron muy contentos y salieron muy bien preparados. Desde el primer grupo fue extraordinario, y después siguen siéndolo. La prueba es que hemos llenado todos los hospitales de México con hombres y mujeres de La Salle. Tanto las mujeres como los hombres están tan preparados que están

ocupando los mejores puestos en Centro Médico, el Hospital de la Raza, en los Institutos de Nutrición, Cardiología, Cancerología, en fin, así es ahora.

Nuestros laboratorios son extraordinarios. Yo tengo en mi Laboratorio de Histología 50 microscopios binoculares, marca Seiz, en perfecto estado. Tengo todo lo necesario para hacer las laminillas histológicas. Tengo además una cosa muy moderna que es un monitor. Yo pongo en un microscopio la cámara y mando de ahí la imagen al monitor. Es la enseñanza en la época actual. Tenemos un Laboratorio de Fisiología y diez fisiógrafos último modelo. Tenemos colorímetros, espectofotómetros y acaba de llegar un aparato para ver genes, es un aparato extraordinario. Tenemos un laboratorio para alta investigación, ahí tenemos dos microscopios electrónicos, tenemos un ultramicrotomo, tenemos una centrífuga de 40 mil revoluciones por minuto, es una cosa extraordinaria. Todo lo necesario para alta investigación.

Hemos presentado ahora seis, siete trabajos en Estados Unidos, en congresos en Canadá. El último fue en Turquía, otros en Estados Unidos y uno más ahí, en Viena. Esos son trabajos que reconocen los estadounidenses, son trabajos de alta investigación y se saca uno al año. Tenemos el Laboratorio de Bioquímica, hay un Laboratorio de Histología, ahí van todos los que estudian microbiología para observar con el microscopio. Patología, parasitología, todas las materias que trabajan con animales, ahí van a dar porque se requiere el microscopio para la observación. Tenemos también microscopios estereoscópicos para la observación de parásitos mayores como tenias, oxiuros, todos esos. Además, hay un bioterio.

Aquí estábamos en una pobreza extraordinaria, no teníamos clases. El anfiteatro era un salón grande con planchas de cemento, todo improvisado, horrible. Había tres o cuatro clases, era algo imposible continuar con esto. Hasta que el doctor Leonel de Cervantes hizo un trato allá con los Hermanos, con el visitador, y entonces nos dijeron que podíamos construir allá. Y Leonel de Cervantes lo hizo tan rápidamente, que hizo allá la Escuela de Medicina. Eran unas galeras, decían los muchachos que eran "los gallineros". Cuando llovía ya no se podía dar clase, y hacía un calorón porque los techos no eran los adecuados. Allá nos quedamos como 15 años. Y después ya se compró un terreno, el que está ahí a un lado de la antigua escuela y se comenzó la construcción. Después de 14 o 15 años, ahora tenemos una escuela muy bonita, con todos los laboratorios muy bien ubicados, muy funcional, y además un teatro maravilloso, extraordinario, desde cualquier punto de vista que se considere, artístico, funcional, bellísimo.

Después del doctor Hernández, vino el doctor Alcocer, y luego el doctor Loría, extraordinario. Luego el doctor Abdo Bisteni y ahora el doctor Ramírez Degollado, que ya terminó. Todos estos doctores se quedaron seis años, el doctor José Ramírez Degollado se quedó nueve años. Él y yo hicimos todo. Y ahora estamos muy bien ubicados con todo lo necesario para trabajar.

Aprendí en los Estados Unidos una forma de recibir a los alumnos, se llama premédico. Se organiza un curso, después de que se hizo una promoción en las preparatorias, y vienen a pedir la entrada. Actualmente, yo espero para fin de año 600. Para esto se les hace un examen de admisión y únicamente se les pregunta todo con lo que se relaciona con los conocimientos de la preparatoria, es un examen difícil. Ahí nos quedamos con la mitad, los demás se retiran porque no sacan buenas notas. Nos quedamos con 150 o 200 mejores. Organizamos cuatro grupos y se les da Anatomía, Histología, Fisiología y otras materias. Realmente se les hace estudiar con mucha fuerza, se les hacen exámenes semanales y nos quedamos con los 80 mejores, con dos grupos de 40. Esto hace que tengamos gente muy capaz. Y somos extremadamente exigentes.

Se creó la Academia Mexicana de Bioética. Se le dio mucho impulso al principio y luego se apagó, hasta que vino otra vez el señor rector Lucio Tazzer de Schrijver y empezamos otra vez a trabajar. Ahora estamos trabajando perfectamente. Cada mes hay una conferencia y se cita a todos los miembros que pertenecen a la Academia de Bioética. Es una cosa extraordinaria. Se presentan conferencias, discusiones después. Nosotros empezamos con la bioética desde el año 70.

Yo enseñé Histología en la UNAM durante 33 años, la misma cátedra que ahora enseño en el Universidad La Salle. Además, en La Salle enseño Medicina Humanística. En esta cátedra se les enseña bioética, se les enseña filosofía, se les enseña historia de la medicina, sobre el ser humano.

Ahora estamos formando el consultorio. En el consultorio van a venir a pedir que se les ayude a los enfermos de clase media baja. Y vienen especialistas que están en los mejores hospitales, son nuestros antiguos alumnos que vienen con un gusto extraordinario. Se está llenando en tal forma que el semestre pasado tuvimos como 800 consultas, les damos, a veces, las medicinas. Es una labor que se está haciendo y que va a continuar la Facultad de Medicina de la Universidad La Salle.

La Escuela de Medicina pasó a Facultad cuando el doctor José Ramírez Degollado hizo una encuesta y vio que todos los profesores eran graduados y es-

pecialistas. Entonces la Junta de Gobierno le otorgó a la Escuela de Medicina el grado de Facultad de Medicina.

Pues mira, la escuela está muy bien organizada, la mayoría de los profesores son exalumnos y van con mucho gusto, mucho entusiasmo y por eso tenemos los resultados que hemos tenido hasta ahora.

Testimonios

A continuación, se presentan los testimonios de dos personas allegadas al Hermano Mariano, una exalumna y colega médica y un Hermano lasallista.

Mariano, biólogo de profesión, médico de corazón y vocación de cirujano. Nadie portaba la bata blanca tan inmaculada y con tanto orgullo. Entusiasta y de corazón joven, con alma de maestro. Todos los éxitos de sus alumnos fueron logros personales, los gritaba a los cuatro vientos, lleno de alegría. Profesor de Histología, pero la cirugía experimental era su pasión. Fundador de la Escuela Mexicana de Medicina, permaneció en ella hasta el último día de su vida. Los padecimientos que lo aquejaban no fueron impedimento ni causa de lamentos. Se le veía cada vez menos fuerte, pero su gran corazón sobrepasaba en forma incansable sus miserias corporales. Hace algunos meses tuvo un desvanecimiento por falta de irrigación y se hizo una herida en la ceja. Cuando llegó a urgencias todos los residentes lo reconocieron y querían atenderlo y suturarlo, pero él dijo: "Llámenle a mi sobrino", y fue mi esposo, quien tuvo el honor de atender a su antiguo maestro.

Poco antes de morir, tuvo mayor acercamiento con algunos familiares. Yo creo que Mariano se estaba despidiendo; presentía dentro de sí que su viaje al cielo estaba próximo. Hace tres semanas llegó al consultorio, con la cabeza llena de proyectos. Siempre vanguardista, luchaba por adquirir la tecnología de punta para la Universidad. Ya había logrado la adquisición de un laparoscopio para la Escuela de Medicina de la Universidad La Salle y aunque "sus muchachos" ya habían recibido un cursito, quería que mi esposo le ayudara como instructor, para enseñarle ciertas técnicas.

Su cansado cuerpo llevaba encima procedimientos, cirugías, largos internamientos en terapia intensiva, achaques; pero ahí estaba, sonriente, jovial en la puerta del consultorio: ¡lleno de entusiasmo! Platicó a las secretarias maravillas de la Escuela de Medicina: "Entran muchos, pero son pocos los que terminan, ¡es durísima!, ahí los mediocres no pasan. Todos los que salen de ahí son puras eminencias". Cuando lo vi, me llené de alegría. Le platiqué de

mis proyectos y le pregunté la posibilidad de fotografiar los pólenes en el microscopio de luz. Le brillaron los ojos, siempre se interesaba en todas las propuestas. Pero ante todo habría que desarrollar un protocolo para someterlo a juicio de la Universidad.

Me contó que había estado muy enfermo, y que se sentía muy mal. Mis pacientes, "impacientes", solo me permitieron platicar con él unos momentos. Percibí que se sentía muy solo y quería ser escuchado. Esa fue también la percepción de mi esposo, cuando unos días después fue a desayunar con él.

Pienso en Marianito y me vienen a la mente tantos recuerdos, añoranzas, estudios, desvelos. ¡Ay, aquellos tiempos universitarios!, ¡bendita juventud!, todas eran preocupaciones banales.

Mariano tenía un defecto: su buen corazón y su inocencia de niño, todo lo que le decían lo creía al pie de la letra, lo cual fue aprovechado por algunos y malinterpretado por otros. Y ¡cómo se llevaba fuerte con los chamacos!, parecía el hermano mayor. Les decía: "¡Pareces policía!, pero de levita", "apenas dejan el biberón y ya quieren andar con las chamacas". En fin... se llevaba pesadito. Cuentan que, en una ocasión, varios muchachos cargaron su flamante Volkswagen rojo y se lo llevaron, y en su lugar estacionaron otro igual. Cuando llegó Mariano, intentó incansablemente abrir el coche, pero todo fue inútil, finalmente se dio por vencido y fue a llamar a un cerrajero. Mientras él regresaba, los muchachos movieron el auto que habían estacionado ahí y volvieron a cargar el Volkswagen, poniéndolo en su lugar. Mariano abrió el coche al primer intento, quedando en ridículo con el cerrajero. Estaba totalmente desconcertado. No sé si alguna vez, "sus queridos muchachos" le dijeron la verdad, pero supongo que no y nunca me atreví a preguntárselo.

¡Pasaron por sus manos tantas generaciones! ¿Cuántas serán? De la UNAM, de La Salle... No creo que ningún contemporáneo egresado de la Escuela de Medicina escuche el nombre de Mariano sin recordar aquellos días de pupitre en "los gallineros", donde el calor era terrible y el ruido de lluvia obligaba a suspender las cátedras. Aquellos viejos microscopios de luz, la epopeya para conseguir a los perros en el antirrábico, la batalla campal para descerebrar a las ratas de laboratorio, los transductores antediluvianos, los desteñidos cortes de histología, Nick, Luis y tantos otros. Patricia era la instructora de Histología y nos decía: "Acuérdense de la laminilla teñida de verde; esta es la que el doctor Mariano siempre pregunta en los exámenes, es una lengua, recuerden la lengua es la verde".

Mariano soñaba con su microscopio electrónico, "ya casi" lo conseguía.

Esos gallineros, con el correr de los años, se convirtieron en una hermosa universidad de cantera rosa con su propio microscopio electrónico. ¡Ay, Marianito!, ¡mi querido tío!, ¡nada es eterno!, ¡algún día tenías que partir, con la cabeza llena de sueños!

Mariano murió desde ayer por la mañana, en su cama, rodeado de sus queridos Hermanos lasallistas. Según dicen, ayer el funeral hervía de batas blancas, la familia biológica no podía entrar a la sala donde estaba el féretro, quizá se debía a que los médicos y "los muchachos" eran para él su verdadera familia. Murió de una forma hermosa, como mueren los hombres buenos, después de una larga vida, en la que fue útil, promoviendo la enseñanza, hasta el último día.

Me enteré tardíamente de su fallecimiento. Alcancé la última misa de cuerpo presente y el último rosario, y luego se lo llevaron. Ahí estaban sus hermanos que le sobreviven, sus Hermanos lasallistas, algunos primos, sobrinos, algunos doctores. En un rincón, junto a la puerta, estaba Luis, su auxiliar de laboratorio. En soledad absoluta, lloraba en silencio. Mi esposo lo vio y fuimos a saludarlo. De inmediato nos reconoció, teníamos veintitantos años sin verlo y nos dijo: "Mariano me platicaba todo el día de sus logros, estaba tan orgulloso de ustedes". La verdad es que Mariano estaba orgulloso de todos sus alumnos.

Yo, que ya había empezado a desarrollar el protocolo para trabajar con él, no tuve de otra que guardarlo en un cajón. La vida es una carrera de velocidad contra el tiempo, donde a veces pierdes y no logras concretar todos tus sueños.

Maestro, siempre estarás en el corazón de todos aquellos que te amamos y en la memoria de todos tus alumnos. Ahora descansarás en esta hermosa Universidad, la cual fundaste, que es la *alma mater* de muchos médicos mexicanos.

Descansa en paz, querido colega.

Doctora Blanca María Morfín Maciel

No sé realmente por dónde empezar y temo extenderme demasiado. Son tantos los recuerdos que conservo de Mariano, así lo llamaba sencillamente, no obstante haber sido mi primer director de comunidad en México, en aquellos años 60, cuando todavía los Hermanos nos tratábamos de "usted", máxime al Hermano director. En esa época, era el señor Mariano o el señor Ramírez. Bueno, pues por ahí comenzaré.

En mayo de 1961, al regresar de Cuba, llegaba yo a México con la indicación de integrarme a la comunidad del Colegio Simón Bolívar para colaborar en el Colegio de Galicia núm. 8. Recuerdo muy bien la figura de aquel joven Hermano director que me recibió, en torno a sus 40 años, alto, fornido y apuesto, ya entonces con fama de profesor culto y estudiado, excelente basquetbolista, educado y amable. Unos cinco o seis Hermanos más, "expulsados" de Cuba, irían llegando en las semanas siguientes a la misma comunidad. Para todos, procuró disponer de lo necesario en aquella exigua comunidad de pequeñas habitaciones dispersas y además en diferentes rincones del edificio escolar. Habiendo salido de Cuba con lo mínimo, él mismo nos llevó a comprar trajes y ropa apropiada, a la usanza de los Hermanos y profesores de entonces. No obstante que el año escolar estaba ya muy avanzado, se las ingenió para ocuparnos a todos, aprovechando incluso, el incremento considerable de Hermanos para inyectar espíritu lasallista a recientes extensiones del Colegio Simón Bolívar o para reforzar la formación religiosa de los alumnos. Como él mismo estudiaba de manera casi obsesiva, al punto de no dejar los libros en los paseos comunitarios semanales, nos presionó para comenzar estudios inmediatamente, ya fuera de Normal Superior o de Universidad. Varios años después, con la confianza y el ambiente distendido que reinaba entre los Hermanos que con él formábamos la comunidad de la Universidad La Salle, cuando bromeábamos a propósito de su paso efímero como director de escolasticado, su respuesta era: "Los escolásticos no aguantaron el ritmo de estudio que quise establecer". Y a propósito de la manera de estricta observancia con que dirigía la comunidad de Galicia, siempre decía: "Errores del tiempo que no de España".

Recuerdo muy bien la emotividad —más que emoción— y la elocuencia que lo caracterizaban. Con ellas se despidió de la comunidad, cuando dejó su querido Colegio Simón Bolívar para pasarlo a otras manos, pero con el incentivo de incorporarse, en coincidencia con sus aspiraciones, a la recién creada Universidad La Salle. Que yo recuerde, nunca se oyó comentario alguno de su parte acerca de la nueva manera de dirigir y animar el Colegio Simón Bolívar.

Nuevamente coincidí con Mariano —ya para entonces el doctor Mariano— en la comunidad de la Universidad La Salle. Director de la preparatoria, profesor fundador y coordinador académico de la Escuela de Medicina, seguía siendo el estudiante empedernido que, con su manera enfática de hablar, se jactaba de "pasar horas y horas estudiando e investigando", calificando de "nopalones" o de invitar a dedicarse a "bolear zapatos", de manera burlona aunque simpática, a los estudiantes que no estudiaban o no sabían, pero también con expresiones de elogio exagerado para los cultos: "¡Lo máxi-

mo!", "un genio", etc. En su concepto, el ser Hermano tenía que manifestarse más que en la capilla, en el aula, por la preparación académica, pedagógica y en el mismo porte educado y distinguido. No soportaba, y así lo manifestaba con expresiones divertidas, el desaseo y el descuido en la presentación de las personas, en particular de algunos Hermanos.

En la convivencia comunitaria, era a menudo motivo tanto de controversias fingidamente acaloradas por sus afirmaciones exageradas y "doctorales" como también de bromas, algunas de ellas pesadas, provocadas por sus distracciones de "intelectual". Son muchas las anécdotas al respecto como aquella de una Navidad en la que le dimos de regalo una radiograbadora, que olvidó sin desempacar en su cubículo, seguramente por más de un año y que sustrajimos sin que él lo notara en lo más mínimo. A pesar de la diversión que provocó su distracción, no aceptó que fuera el mismo aparato de su propiedad. O también la ocasión en la que pidió a la comunidad un balón de básquetbol nuevo para reemplazar el antiguo ya "ponchado", pero que no podía presentar porque "se había hecho añicos al estallar en el aire". Cuántas veces nos reímos de sus olvidos del coche en un estacionamiento de la ciudad o en medio de la calle Benjamín Franklin. Pero él no solo tomaba aquello con buen humor, sino que se defendía y atacaba de igual modo. En los juegos de básquetbol entre nosotros, a los que se añadían frecuentemente algún exalumno o algún profesor, retaba a que le ganaran y, desde luego, no soportaba perder. Definitivamente, Mariano era factor de amena convivencia comunitaria y testimonio de riguroso cumplimiento a las actividades de oración, reuniones, retiros, etcétera de la comunidad y del Distrito, pero extrañábamos su presencia en los paseos largos porque decía que no quería "exponerse a morir en carretera". En una ocasión, prácticamente lo obligamos comprándole el pasaje de avión a él solo.

En lo sucesivo, él, inamovible en la comunidad de la Universidad La Salle, profesor de Histología y de presencia constante, fiel y abnegada en la Facultad de Medicina; yo, en otras comunidades y otras funciones, no dejamos de vernos con aprecio y, de parte de él, con muestras de confianza y estima fraternas. Me consta que, a través de su arraigo, de su larga presencia constante, fiel y abnegada, Mariano o el doctor Mariano llegó a ser no solo un pilar de la Facultad de Medicina, sino un emblema, un referente, todo un personaje de respeto, una presencia significativa de los Hermanos. El homenaje muy merecido que se le rindió en los funerales y la estatua que se erigió en su memoria hablan por sí mismos.

Hermano Adalberto Aranda R.

XVII

Ohannes Bulbulián Garabedián, *fsc*
(Bernabé Juan)

(8/12/1920-27/10/2020)

Familia y estudios

Ohannes (Juan) Bulbulián Garabedián nació en Estambul, Turquía, el 8 de diciembre de 1920. Perteneciente al grupo armenio, salió como muchos de ellos de Turquía junto con su familia, conformada por sus papás —el abogado Narciso y Srpouhi—, su hermana Silvia y su abuelita. Aunque pasó la infancia en esa ciudad, de los cuatro a los nueve años vivió en un pueblo montañoso llamado Beicos, para que su mamá se repusiera de salud. Llegaron a la Ciudad de México en 1931, siguiendo a un tío materno, pero tuvieron que salir del país por problemas migratorios. Como ya hablaba español, al regresar a Estambul, se entendía con los niños sefardíes. Regresaron nuevamente a México en 1933, ya de manera definitiva.[1] Relata su primer viaje:

> Uno de los que más gozaron de esos viajes fue el niño de 10 años que andaba feliz escapándose de los marinos para ir a los lugares del barco a ver el mar y los peces que brincaban afuera del agua y cosas por el estilo, mientras que toda la demás gente estaba muy preocupada.

---

1 Se naturalizó como mexicano en 1953.

Comentaba el Hermano Juan —como más tarde lo conocerían— acerca de su primer viaje a México: "En una de las travesías, una tempestad bastante fuerte adelantó dos días la llegada del barco, es que debe haber sido muy fuerte". El viaje a México en barcos alemanes duraba 21 días. Había tanto pasajeros españoles como alemanes. Estos se anticipaban a los rumores de la guerra y buscaron refugio en el continente americano.

Como se ha mencionado, su papá era abogado, profesión que desempeñó tanto en Estambul como en la Ciudad de México; falleció en la década de 1950. De su mamá, todos la recuerdan por las invitaciones a tomar café y sus lecturas; era muy agradable. Ella, al igual que sus hermanos, vivió más de 90 años —ella vivió 97 para ser precisos—, a pesar de su constitución frágil y haber padecido enfermedades graves. Su hermana fue la sobresaliente doctora Silvia Bulbulián, maestra en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) e investigadora en el Instituto Nacional de Investigación Nuclear, autora de varios textos destacados, solidaria con los que menos tienen, quien también vivió más de 90 años. Toda la familia tenía un excelente carácter, era muy afable en el trato, contaba con gran sentido de solidaridad y era muy apreciada por los que la trataban y convivían con ellos.

Volviendo a la infancia del Hermano Juan, al llegar por segunda vez a México, casi con 12 años, como vivían en la colonia del Valle, en la Ciudad de México, sus papás lo inscribieron como alumno de primaria en el Colegio Francés de San Borja. Fue avanzando rápidamente en su educación primaria y secundaria, y logró dominar el español a la perfección. Le tocó vivir la incautación que hizo el gobierno de dicho Colegio en diciembre de 1934,[2] pero continuó como alumno de los grupos clandestinos de la Escuela Preparatoria y Comercial, donde continuó su secundaria; en febrero de 1938, comenzó su bachillerato con especialidad en Físico-Química en el recién fundado Colegio Cristóbal Colón. Él fue un alumno fundador.

Durante sus años de estudiante fue un destacado *boy scout*, liderado por el Hermano Pierre Lyonnet. Desarrolló un profundo amor a la naturaleza, a los paseos y a las excursiones, a las plantas y, en particular, a las orquídeas, de las que tendrá colecciones a lo largo de los años. Entre los Hermanos que fueron directivos o le dieron clases estuvieron, junto con Pierre Lyonnet, An-

2 Meses antes de la incautación, se recrudecieron las visitas de los inspectores oficiales. Uno de ellos, vestido de negro, probablemente Narciso Bassols, acosaba a los alumnos de primaria con preguntas para tener de qué acusar a los maestros que educaban religiosamente, hasta que un alumno se puso a llorar. Don Juan comentaba: "Eso no se hace".

drés Treviño, Gerardo Monier, Adrien Gibert, Miguel Martínez, Manuel Álvarez, Miguel Pasillas, Manuel Ibarrola, entre otros.

El Hermano Juan expresaba con sinceridad y lleno de agradecimiento la profunda impresión que le dejaron el Hermano director (Gerardo Monier) y el Hermano Gustavo Félix: "Ellos me inspiraron el deseo de ser Hermano y el deseo de convertirme al catolicismo y así poder ser Hermano".[3]

Ingreso con los Hermanos y formación

La labor vocacional la realizó el Hermano Luis Lozano. En enero de 1939 ingresó con los Hermanos y, junto con el Hermano francés Paul Ayel, se dirigió a Estados Unidos para continuar su formación. Ingresó como postulante al noviciado el 2 de febrero. En este tiempo el noviciado mexicano estaba ubicado en Lafayette, Luisiana, que funcionaba junto con el noviciado estadounidense del Distrito de Nueva Orleans-Santa Fe.

El 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz, el joven postulante recibió el hábito de los Hermanos de manos del visitador general estadounidense Cornelius Luck; su padrino fue el Hermano Paul Ayel. Ahí se le dio el nombre de Hermano Bernabé Juan, aunque a lo largo de los años se le conoció como Sr. Bulbulián o don Juan. El director del noviciado mexicano era el Hermano mexicano Antonio María Lozano, mientras que el Hermano Paul Ayel era el subdirector. Entre sus compañeros mexicanos estuvieron los entonces novicios Guillermo Alba, Ignacio Navarro, José Luis Casillas, Alfonso Cendejas y Fernando Servín. Entre los novicios estadounidenses estaba Leo C. Burkhard, que, años después, rescataría y habilitaría Parmenia, en Francia, y fue autor de la biografía del Fundador, *Un pilluelo de París*, la cual dio origen a la película *El señor De La Salle*.

En la formación del noviciado, la interiorización y adquisición de la identidad del Hermano, la lectura y la meditación de los escritos del fundador San Juan Bautista De La Salle, las largas horas de oración y lectura espiritual, la convivencia comunitaria con los Hermanos, el trabajo manual y los paseos de los jueves fueron forjando su nueva identidad. A pesar de su personalidad, con mucho dinamismo e iniciativa, logró salir adelante de este año de encierro que tanto le costaba. Sus compañeros lo veían inquieto, todo preguntaba y cuestionaba, pero con los años logró controlar ese espíritu.

---

[3] Su familia pertenecía a la iglesia oriental armenia monofisita, que se ha unido paulatinamente a la Iglesia católica durante los últimos años. El Hermano Juan Bulbulián alababa mucho este proceso.

Algo que no le gustó al novicio Juan Bulbulián de Estados Unidos fue la segregación racial y la discriminación hacia los mexicanos. Cuando llegaron a Texas, en Estados Unidos, cometieron el error en el ferrocarril de sentarse en el lugar de los negros, lo que provocó una gritería, hasta que alguien les dijo que pasaran al lugar reservados a blancos. En las iglesias, aun católicas, los blancos y negros estaban divididos por un lazo; y, el día mensual de visita de las familias a los novicios, estas los observaban como algo raro, lo cual no le gustaba. Por otra parte, el calor húmedo excesivo hacía agobiante la vida diaria.

Con la comunidad del noviciado regresó a la Ciudad de México. El Hermano Juan emitió sus primeros votos religiosos el 20 de mayo de 1940 y continuó los estudios en el escolasticado de Mixcoac, en la Ciudad de México, que tenía por director al Hermano Fernando Anzorena. No obstante, estuvo solamente por unos meses, que aprovechó para terminar su último año de bachillerato con especialidad en físico-química.

Los primeros años de labor educativa

Fue enviado al Colegio Benavente como maestro de primaria. Empezó a impartir clases en 1941, con tan solo 20 años de edad. Tenía dificultad para controlar el grupo, lo que le provocó cierto decaimiento. Como tuvo un mal diagnóstico de salud en el corazón, para estar en un lugar más tranquilo, lo enviaron al noviciado menor de Tacubaya en 1942 como maestro, lugar donde estuvo hasta 1944. Gracias a un mejor diagnóstico del doctor Ignacio Chávez, quien destacó su excelente salud basado en sus grandes pruebas, pasó al Colegio Simón Bolívar de Mixcoac como titular y profesor de secundaria hasta 1946. Ahí vio de cerca la fundación de las Hermanas guadalupanas de La Salle. Luego, fue enviado nuevamente al Benavente, también como titular y profesor de secundaria.

Como preparación a los votos perpetuos, realizó los ejercicios espirituales de 30 días en Puebla y los de 21 días en Coyoacán, en la Ciudad de México. El 11 de diciembre de 1945 profesó los votos perpetuos en Tlalpan.

En 1948 llegó a la comunidad del Colegio Cristóbal Colón en Sadi Carnot, donde permaneció diez años. Durante seis años fue profesor de Química y Religión, así como titular de secundaria y preparatoria. Uno de sus alumnos en secundaria fue el joven Miguel de la Madrid Hurtado, que llegaría a ser presidente de la república.

En 1954 se fundó la Escuela Técnica en el Colegio Cristóbal Colón para preparar técnicos de nivel medio. El Hermano Juan fue nombrado director y permaneció en el puesto por tres años, a partir de 1955. Durante varios años guardó esta inquietud por la educación técnica tanto en Puebla como en la Escuela Cristóbal Colón de La Villa.

Durante estos años, a la vez que daba clase y era titular de grupo, estuvo estudiando la carrera de Química en la Escuela de Química Berzelius, incorporada a la UNAM, cuyo director y fundador era el padre jesuita y doctor Luis Verea. Ahí también asistió su hermana Silvia. Él se recibió de químico en 1954.

En 1958, regresó como maestro de bachillerato al Colegio Benavente de Puebla. Fue nombrado director de la Escuela Gratuita Ciudad de los Niños, cargo que desempeñó por un año.

De 1961 a 1962 tuvo la gracia de asistir al curso de renovación espiritual *Segundo Noviciado* en Roma, bajo la dirección del Hermano Clodoalde.[4] Se pensó que, al terminar ese curso, fuera nombrado director de un colegio, pero se vio más conveniente que siguiera con lo suyo, la docencia.

En esta época, se imprimió uno de sus apuntes de química, lo que dio origen al libro *Química* y, poco después, a *Física* para la educación media, que comprendía entonces secundaria y bachillerato. Fueron elaborados en equipo con los Hermanos Paul Ayel, Ambrosio Luna y Julio Castrillón y publicados por la editorial Enseñanza. Estos libros se editaron por cientos de miles en toda la república. Aprovechó estos años para estudiar la carrera de Pedagogía en la Normal Superior de Puebla.

De 1964 a 1966 estuvo en el equipo de formación en el escolasticado de Coyoacán. Fue enviado como maestro a la escuela Cristóbal Colón de La Villa, cuyo director era el Hermano Manuel Arróyave. Durante estos años se inauguraron las nuevas instalaciones de secundaria, concretamente en septiembre 1967. En 1965 comenzó los estudios de maestría y doctorado en Física en la UNAM; realizaba un gran recorrido diario para llegar a esta institución. Realizó los estudios junto con su hermana Silvia y él concluyó las asignaturas y créditos en 1970.

Entre 1968 y 1971 estuvo como formador en el aspirantado mayor y postulantado de Tlalpan. Todos los fines de semana era el guía para los paseos de

---

4 El Hermano Juan adoptó las costumbres mexicanas: estando en Roma, durante el segundo noviciado, su compañero mexicano y él, diariamente, aprovechando un recreo matutino, se bañaban diariamente con agua fría; al verlos pasar con su toalla, un francés se persignaba en señal de admiración.

los formandos, aspirantes y postulantes. En julio de 1970 fue a misiones en El Salto, Durango, con los formandos y otras congregaciones. Él, por su parte, continuó yendo durante cada mes de julio hasta 1974; estaba en búsqueda de nuevos derroteros en la misión educativa de los Hermanos, que ciertamente iban a aparecer, pero por otros caminos.

Su atinada labor durante 50 años en la Universidad La Salle

Comenzó a dar clase en la Universidad La Salle en 1969, para estar ya de tiempo completo en esa institución a partir en 1971. Fue nombrado secretario académico de la Escuela de Ingeniería; también estuvo en la Escuela de Ciencias Químicas como secretario académico. Escribe una maestra de Ciencias Químicas:

> Uno de los más gratos recuerdos que tengo de don Juan es que me invitó a ver su colección de orquídeas cuando su oficina estaba en posgrado. La belleza de sus plantas y el buen cuidado y aprecio por la naturaleza es digno de reconocerse.
> Tuve el privilegio de que me regalara una plantita que él tenía ubicada en la escalera, la cual se trasladó al almacén donde estuvo un buen tiempo y después se replantó en los maceteros de la Facultad.
>
> Siempre presente en la Facultad, maestro fundador que nos ha regalado historias reveladoras de la inspiración para la creación de la Facultad, don Juan forma parte de la vida misma de la Escuela de Ciencias Químicas, ahora Facultad de Ciencias Químicas, ya que todos los días que asistía nos saludaba al salir de clases y hasta se llegaba a tomar un cafecito en la plática, aunque para mí lo más importante es que su presencia con sus alumnos no solo era en aulas. Yo formé parte de sus alumnos en mi estancia en la carrera y tengo un gran recuerdo de que cuando salía de viaje nos enviaba a cada uno de sus alumnos una tarjeta del sitio que visitaba con un mensaje inspirador.
> Sin duda, don Juan es un maestro de maestros.

Sin embargo, regresó a Tlalpan como director de la Normal de 1976 a 1979, donde se preocupó por mejorar el inmueble, y se incorporó definitivamente a la Universidad hasta el 2020. Cursó en la misma Universidad la maestría en Enseñanza Superior. En 1980 se le nombró director de la Dirección de Posgrado. De 1972 a 1978 fue miembro del Consejo de Distrito por designación del Hermano visitador Manuel Arróyave, que lo admiraba como muy inteligente y con capacidad de iniciativa. Un Hermano escribe lo siguiente:

A través de los años en los que conviví con el Hermano Juan Bulbulián en la Comunidad de la Universidad La Salle, llegué a tener un verdadero cariño por él y no menos admiración por su sencillez, más allá de sus extraordinarias capacidades intelectuales y su preparación profesional. Fue una de esas personas a las que te podías acercar sin complicaciones porque sabías que te iban a recibir sin afectación y a dar respuesta a tu pregunta o el servicio que les pidieras. Me llamaban mucho la atención sus amplísimos conocimientos y no solo de ciencias, su especialidad, sino de historia, en particular; sin embargo, no daba la impresión ni se jactaba de "matarse", como se dice, en el estudio.

Amante de la naturaleza, varias veces recorrí con él las barrancas de Cuernavaca, en amena plática, muy instructiva, además. Recuerdo en particular una ocasión en que bajamos tanto buscando orquídeas que ya no sabíamos cómo regresar porque había que escalar prácticamente las paredes de la barranca. No me acuerdo si fue a él o al otro Hermano que iba con nosotros a quien se le ocurrió la brillante idea de hacer, con los pantalones bien amarrados, una especie de cuerda para irnos ayudando a escalar, parte por parte, la pared que presentaba, afortunadamente, como escalones. Así pudimos subir y salir del aprieto. Invitaba a visitar su colección de orquídeas y disfrutaba explicando las diferentes variedades.

Otro de los recuerdos que tengo se refiere a las repetidas veces en que nos invitó a varios a visitar a su simpática mamá, a tomar café turco y luego prestarnos a que ella nos leyera en el fondo de la taza nuestra "suerte", lo que nos esperaba o a que adivinara alguna característica personal. Era divertido y frecuentemente acertaba.

Todos coincidimos en que era un hombre muy tranquilo, paciente y ecuánime, pero también humano. Recuerdo una ocasión en la que nos mostró que no le faltaba carácter. Estando de sobremesa, uno de los Hermanos le colmó la paciencia por sus burlas y choteos, le salió de repente el genio, se levantó de la mesa y, para sorpresa de los que estábamos ahí, le puso un ya basta con gestos y palabras de "pocos amigos". Sobra decir que ahí terminó la charla. De lo que estoy seguro es que no pasó de ahí ni se resintieron las relaciones fraternas entre los dos interesados.

En 1982 fue nuevamente a Roma, pero ahora a un curso de renovación espiritual del Centro Internacional Lasaliano (CIL), cuyo director era el Hermano australiano Gerard Rummery. Al regresar, en 1983, fue nombrado nuevamente director de Posgrado. Aprovechó para abrir maestrías en diver-

sos lugares de la república y establecer contactos en el extranjero (Nancy, Francia). En ese tiempo, fue el posgrado con más estudiantes en todo el país. En 1990 se creó el doctorado en la Universidad La Salle.

Al abrirse las sedes de provincia de la Universidad La Salle, participó durante algunos años en la Junta de Gobierno de Universidad La Salle Morelia. Después, se perfiló y se dedicó desde el año 1994 a 2012 a ser presidente de la Junta de Gobierno de Universidad La Salle Pachuca —ahora Consejo de Gobierno— de manera continua y acertada, siempre con mucho tacto y oportunidad; fue excelente guía y apoyo para todos los integrantes de dicha Universidad. Continuó participando en dicho Consejo hasta el 2020; ha sido testigo desde sus inicios, de su desarrollo, crecimiento y consolidación. Como merecido reconocimiento, el salón de actos lleva su nombre, para lo cual llevaron a cabo un homenaje. Una colaboradora de Universidad La Salle Pachuca escribe:

> Desde que ingresé a trabajar en la Universidad La Salle Pachuca, tuve la fortuna de conocer a don Juan Bulbulián. Esto fue hace 20 años. Desde un inicio colaboré en la Rectoría, esto me permitió verlo regularmente en las sesiones del Consejo de Gobierno. Cada mes, durante todo ese tiempo, vi el gusto que le daba venir a Pachuca, siempre amable, siempre de buen humor, siempre dispuesto y optimista, con la certeza del crecimiento de la Universidad.
>
> Nunca olvidaré que a su llegada le tenía que ofrecer un café bien caliente y con azúcar, el cual disfrutaba y siempre alababa como único, además de que mi saludo, estrechando su mano le daba meses de vida. Don Juan, sepa que es una satisfacción para mí haber cumplido con esa misión.

Por su parte, un antiguo rector de Universidad La Salle Pachuca escribe este detallado y elogioso testimonio:

> Un día don Juan me regaló un libro sobre cuestiones de física, con el que por primera vez entendí algunos conceptos de esta ciencia. Le pedí que me lo autografiara y algo escribió, pidiéndome que leyera la dedicatoria después. Al llegar a casa, leí que había escrito: "Para mi mejor amigo Pedro Liedo". Lo guardé como un tesoro y, años más tarde, en alguna reunión de rectores, se me ocurrió comentar lo de la dedicatoria y el Hermano Martín Rocha dijo: "Yo tengo uno igual". Así es don Juan: un hombre que puede tener muchos mejores amigos.

Por otra parte, cuando don Juan pasaba dos días seguidos en Pachuca, sobre todo por graduaciones, se quedaba a dormir en casa y era una delicia hablar con él, pues eran momentos en que comentaba cosas de su infancia en Turquía. Después de varios años de hacerlo así, un día me dice: "Yo agradezco tu hospitalidad, pero a veces me levanto en las noches y no quiero molestar con mis ruidos". Delicadeza pura. La siguiente vez que fue a Pachuca, le reservamos un hotel. Al llegar a la recepción no quería soltar su maleta. Bueno, es un decir, un portafolio transparente de plástico, donde llevaba la toga y seguramente una muda de ropa interior. Le piden que firme la tarjeta de registro y tuvo que dejar el bultito. Al soltarlo, el empleado del hotel lo toma y se encamina al elevador. Don Juan me mira con preocupación y me dice: "Pedro, préstame veinte pesos para darle al muchacho". Así lo hice y se los dio. Me di cuenta de que don Juan no usaba dinero. Una muestra de total desprendimiento y llevar el máximo el voto de pobreza.

En otra ocasión, cuando don Juan cumplió 80 años, le regalé un libro sobre mi familia materna, que habíamos escrito un primo y yo. Nunca creí que lo leyera, pero la siguiente vez que nos vimos me dijo: "Tu abuelo y mi familia vinimos en el mismo barco que llegó a Veracruz ese diciembre de 1930". Una coincidencia que me sigue pareciendo increíble.

También nos contó que cuando comenzó el siglo XXI y tenía que ir a Pachuca solo, iba en metro y autobús. Una tarde de regreso, lo asaltaron en el metro en la Ciudad de México, le quitaron su portafolio y un reloj de plástico. Nos lo contó y mi esposa le regaló un portafolio transparente para que se viera que únicamente llevaba papeles. También le regalaron otro reloj de plástico y cuando se le rompió el extensible, lo convirtió en reloj de bolsillo. Después de eso, siempre iba alguien por él a México para traerlo a Pachuca y regresarlo. Tenía casi 90 años.

Al dejar la Dirección de Posgrado en 1997, continuó de manera incansable su labor como docente en la Facultad de Química y en la Dirección de Posgrado, en maestrías, donde impartía la asignatura de Estadística. Lo realizaba de tal manera, que todos los estudiantes entendían y quedaban muy complacidos ante una materia que normalmente cuesta trabajo y causa disgusto.

Una vez jubilado, continuó en lo que venía laborando: la redacción de libros. Aparte de los dos libros anteriores, *Química* y *Física*, de los cuales fue coautor, redactó otros doce libros en los últimos años, muy prácticos, útiles para los estudiantes y bien ilustrados, que fueron publicados por la Univer-

sidad La Salle (Editorial Parmenia). Entre ellos, sobresalen los de Química aplicada a diversas ingenierías, el de estadística y el de mecánica. Estos son los títulos:

- *Química aplicada para ingenieros civiles*, noviembre de 1997.
- *Estadística para ejecutivos*, noviembre de 2000.
- *Modelos cuantitativos de optimización*, noviembre de 2000.
- *Matemáticas básicas y financieras*, noviembre de 2000.
- *Mecánica*, junio de 2003.
- *Electricidad y magnetismo*, febrero de 2005.
- *Química aplicada para ingenieros mecánicos*, junio de 2006.
- *Química aplicada para ingenieros en sistemas computacionales*, mayo de 2010.
- *Química aplicada para ingenieros en sistemas biomédicos y electromédicos*, marzo de 2014.
- Q*uímica aplicada para ingenieros industriales*, marzo de 2014.
- *Química aplicada para ingenieros electrónicos y en comunicaciones*, marzo de 2014.
- *Química aplicada para ingenieros mecatrónicos*, marzo de 2014.

En 1998, la Universidad La Salle le concedió el doctorado *honoris causa*, junto con otros dos Hermanos, Rafael Martínez y Mariano Ramírez. Dentro de una jornada docente, se le rindió un homenaje a él y a otros Hermanos por su destacada labor educativa. En diciembre de 2010 se le festejaron en la Universidad sus 90 años.

En abril del 2013, asistió al encuentro *scout* con el rey de Suecia Carlos XVI Gustavo, en el Colegio Cristóbal Colón, Loma Verdes. El 3 de mayo de 2014 la Comunidad de los Hermanos le celebró su septuagésimo quinto aniversario de haber recibido el hábito de los Hermanos. El miércoles 21 de mayo se le rindió un homenaje institucional en la misma Universidad dentro de la presentación de sus libros, donde participaron sus antiguos estudiantes de química, simulando una clase y relatando, de manera elogiosa, la docencia del Hermano Juan. Por otra parte, la Universidad La Salle Pachuca también le ofreció un homenaje institucional el miércoles 24 de septiembre y le dio su nombre al auditorio Hermano Juan Bulbulián Garabedián. El 8 de diciembre de 2019, dentro de la misa de la Inmaculada Concepción, se aprovechó para rendirle un homenaje en la Universidad; también hubo una comida en su honor, organizada por el posgrado.

Se mantuvo en forma y con una gran agilidad. Cada semana estuvo yendo invariablemente de paseo a alguna parte de los alrededores de la Ciudad de México o bien a Chapultepec. Conocía la región centro de México como la palma de su mano. Hizo un recorrido en torno del Paricutín en mayo de 1970 y en 1971; subía volcanes, como cuando cumplió 50 años y ascendió el Popocatépetl, el 8 de diciembre de 1970. Cuando joven recorría los ríos subterráneos, el San Jerónimo y el Chontalcoatlán, y resultó un excelente guía. Hasta el último día que laboró en la Universidad, fue y regresó a pie. Lo único que fue perdiendo fue la capacidad auditiva.[5]

Amante de la naturaleza, gracias a su formación *scout*, es notoria su delicada afición desde joven a cultivar orquídeas, que requieren de una esmerada atención. Adornaba con estas su oficina cuando era director de Posgrado y también la casa de los Hermanos. Pero, sobre todo, tenía la cualidad de encontrar la belleza de cada flor y cada planta.

Destacó por su amor a la cultura mexicana y su admiración profunda a la sociedad mexicana por su capacidad de aceptación y convivencia de sus integrantes. Le auguró un gran futuro:

> Me han acusado de ser optimista e iluso, pero estoy convencido de que México tiene un futuro grande entre las naciones. Yo creo que el destino y el futuro de México es muy bueno y magnífico. He tratado en lo que pueda de contribuir, que ha sido muy poco, pero la playa está hecha de granos de arena.

Excelente maestro, docente y catedrático, se esforzó por ser atrayente y mantener un exterior afable con los estudiantes, digno y abierto, sin caer por ello en la vulgaridad o la familiaridad. Logró, a base de influencia moral, disciplina, orden, atención y aprendizaje obtener excelentes resultados académicos y formativos, en medio de un ambiente de libertad, respeto y tranquilidad.

Puntual, trabajador y cumplidor del deber, siempre se aplicó a la tarea. Era constante y tenía iniciativa. Se actualizaba continuamente, estaba abierto a la cultura y a los nuevos conocimientos. Era respetuoso y ordenado, tenía tacto, era delicado en el diario convivir, oportuno, con don de gentes y sencillo. Era invariablemente puntual en las oraciones de la comunidad, austero en su diario vivir, en el comer y en el vestir, así como en sus gastos.[6] Hombre carismático por excelencia. Excelente Hermano lasallista.

---

5 Su salud fue muy buena, comía con frugalidad, hacía ejercicio; solamente el 2010 tuvo una operación.

6 Como nunca pedía dinero para ropa, un Hermano director aprovechaba los festejos de cumpleaños y Navidad para regalarle ropa.

El Hermano Juan recibió un terreno como herencia de su papá, ubicado en la Ciudad de México, en camino a Santa Fe. Lo donó a la Escuela Gratuita Ciudad de los Niños de Puebla. Esta, a su vez, lo vendió a la Universidad La Salle, que lo ocupó para lotificarlo como terrenos para los trabajadores, donde fincaron sus casas. Su hermana Silvia donó íntegramente las ganancias de la edición de un libro al Internado Infantil Guadalupano. Ella ha sido además continua benefactora y ha pagado los gastos médicos de los niños.

En mayo de 2020, a raíz de una caída, el Hermano Juan pasó a residir a la comunidad de Nuestra Señora de la Salud, en Cacalotepec, Puebla. Los últimos días presentó inestabilidad en la respiración y taquicardia, lo que requirió hospitalización, pero pudo volver a la casa. Finalmente falleció en el Señor el martes 27 de octubre del 2020, por la mañana, a unos días de cumplir los anhelados 100 años y de cumplir 75 años de votos perpetuos.

Escribe un maestro, a manera de síntesis:

> Tuve el gusto de conocer a nuestro querido Hermano Juan en 1988. Me lo presentó el doctor Ambrosio Luna Salas en una reunión que se tuvo del comité de investigación. Posteriormente, en agosto de 1992, cuando ingresé como investigador en la Universidad, él fue mi primer jefe junto con la doctora Araceli Sánchez de Corral. Nos encantaba escuchar su vida, tan llena de detalles, de historias de vida, porque incluía datos, reflexiones de lo que les pasaba a personas, miembros de su familia o a él mismo. Tenía una memoria maravillosa. Conocí por sus pláticas Estambul, la vida y experiencias difíciles de muchos armenios, la historia de los hermanos lasallistas y todo lo que vivieron, cuando se cerraron las escuelas por la persecución que se dio, los orígenes de la Universidad, la historia del posgrado y la investigación, cómo la Universidad La Salle fue la primera institución privada que puso a disposición de los estudiantes una computadora, como se creó la carrera de Cibernética y el impacto que tuvo en su momento, cómo cuidar orquídeas, reflexiones de la vida, en fin. No había plática individual o en grupo donde los que escuchábamos no aprendiéramos algo nuevo de todo lo que nos compartía.
>
> Era increíble cómo siempre te recibía con una sonrisa, con un piropo o un comentario que te alegraba el día. Creo que era el más sano y que menos se enfermaba del departamento. Siempre llegaba puntual caminando desde casa de los hermanos. Caminaba más de 4 km diarios a sus 99 años. Creo que los enfermeros que lo acompañaban llegaban más cansados que él.
>
> Nunca tuve una clase con él, pero le aprendí mucho en estos 32 años que compartimos. Tuve la oportunidad de presentar algunos de sus libros y en

esas revisiones, aprendí y entendí mucho de física, mecánica, electricidad, estadística e investigación de operaciones. Tenía el don de transformar el conocimiento y hacerlo ver como algo muy fácil, muy simple. Lo desglosaba y estructuraba de tal manera como si él mismo lo hubiera descubierto. Sabía tanto de tantas cosas y nunca pero nunca presumió nada de eso. Muchos le admirábamos su sencillez, su humildad, su bondad, la forma en que tenía tan claro la unión de la investigación, la docencia y la vida.

Alguna vez el Hermano Manuel Velasco me compartió que venían de la UNAM a grabar sus clases para repetirlas con los estudiantes del Instituto de Física. Después de 80 años de profesor, había una gran cantidad de personas que lo admiraba y venía a verlo a la oficina. A principios de este año, el maestro Carlos Herrera, secretario académico de la Facultad de Ingeniería, me compartió una foto de uno de sus encuentros con un exalumno. En el mensaje agregó una frase que me encantó: "Nunca se deja de ser maestro. Nunca se deja de ser alumno. Don Juan asesorando a su antiguo alumno Gerardo Pastrana". Actualmente el maestro Pastrana es profesor emérito de la Facultad de Ingeniería.

Tenía muy poco que había dejado de dar clase, pero su productividad era increíble, todavía antes de la pandemia, seguía actualizando sus libros. Siempre buscando que los textos fueran más claros, mejorando dibujos y diagramas. Proponiendo ejemplos más sencillos y representativos de cada carrera a la cual dirigía su texto.

Don Juan ha dejado un gran legado en mucha gente que tuvimos la oportunidad de conocerlo y convivir con él. Nos quedamos con un gran ejemplo de sabiduría, esfuerzo, perseverancia y humildad, con muchas enseñanzas y gratos recuerdos.

Gracias querido don Juan, gracias querido maestro, colaborador y amigo.

XVIII

Enrique Rivero Borrell Vázquez
Profesor emérito

(8-04-1926)

Enrique Rivero Borrell Vázquez nació en Orizaba, Veracruz, el 8 de abril de 1926. Cursó los dos últimos grados de la primaria en el recién fundado Colegio Cristóbal Colón, ubicado en la calle Sadi Carnot. Entre 1940 y 1942 cursó la secundaria y entre 1943 y 1944, la preparatoria.

Sus estudios profesionales los realizó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Allí se recibió como médico cirujano en agosto de 1951. Bajo el auspicio de la UNAM cursó en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición la especialidad en Nutriología, la cual determinaría su actividad prioritaria en el ejercicio de su profesión.

También se sintió atraído por la docencia. Fue así como volvió a las aulas lasallistas para hacerse cargo de la materia Anatomía, del 5° año de bachillerato, desde 1960 hasta 1978. En la Escuela Mexicana de Medicina de la Universidad La Salle, fue titular del curso de Introducción a la Clínica durante el largo periodo de 1973 a 1991. Fungió también como secretario académico de esta Escuela durante 11 años y fue electo por el personal sindicalizado de la Universidad La Salle como su primer secretario general. Una de sus antiguas alumnas de medicina escribió:

> Nos daba Psicología Médica en primer semestre. Era serio, muy respetuoso con los alumnos y alumnas, puntual; la especialidad médica del doctor era

Endocrinología; daba una conferencia cada año sobre la sábana santa y tenía su consultorio en la avenida Oaxaca, en la colonia Condesa. Tenía varios hermanos, uno de ellos era oftalmólogo.

Y otro antiguo alumno de medicina escribe:

Enrique fue todo un personaje en la Universidad La Salle. Producto del lasallismo, vivió siempre cerca de los principios del Fundador, fiel a sus convicciones, pero tolerante de otras ideas, fue un ejemplo para muchas generaciones de estudiantes, no solo de nuestra Facultad, sino de otros sitios con los que estuvo relacionado, por ejemplo, al impartir su cátedra Anatomía, Fisiología e Higiene en el segundo año del bachillerato de nuestra querida preparatoria.

No tuve la fortuna de ser su alumno en la preparatoria, lo conocí en septiembre de 1970 cuando impartía la materia de Medicina Humanística en el primer semestre de la carrera. Esta cátedra era preámbulo de la bioética. La impartía con amenidad en su estilo tranquilo y claro de expresarse.

De esta época tengo de él un concepto que no he olvidado: un ser humano es como una mesa de cuatro patas, una el trabajo, dos lo social, tres lo económico y cuatro lo afectivo. Si una de esta falla, la mesa se desequilibra, y creo que él llevaba esto como principio de vida.

Al ser nombrado el doctor Carlos Alcocer Cuarón segundo director de la Escuela Mexicana de Medicina, casi de inmediato nombró al doctor Enrique secretario académico de la entonces escuela y titular de las materias Introducción a la Clínica y Nosología Básica Integral, que posteriormente fueron fusionadas en Propedéutica Clínica. El doctor Enrique como médico era un extraordinario clínico, a muy pocos vi esa manera de explorar a un paciente y con tal maestría. Era acertado en el diagnóstico sin necesidad de realizar estudios más allá de los necesarios y muy preciso en la prescripción. Cuánta falta hacen en la actualidad maestros como él, capaces y honestos para la formación de los futuros médicos.

Como miembro del personal académico de la Escuela Mexicana de Medicina y por haber realizado "una labor docente de excepcional valía y prestado sus servicios con gran dedicación", como lo señala el Reglamento del Personal Académico de la Universidad La Salle en su artículo 21, el doctor Rivero obtuvo el reconocimiento de profesor emérito.

Al margen de sus actividades docentes y profesionales, el doctor Rivero Borrell desarrolló otras que enriquecieron su personalidad más allá de lo

que puede uno imaginar. Sobre ellas y, en general, sobre todos los demás aspectos del excepcional currículo del doctor Rivero, Mario Rivero Borrell Vázquez, hermano del doctor, y un amigo entrañable de él, Jesús Hernández S., proporcionaron información muy valiosa.

El doctor Rivero Borrell fue un consumado artista. Cultivó la escultura con gran capacidad y dedicación. Una colección integrada por más de 60 obras es conservada con gran cuidado y amor por su familia. Ojalá y algún día pueda ser expuesta en la sala de exposiciones de la biblioteca de la Universidad.

Además de la escultura, cultivó durante toda su vida la poesía. Sus familiares y amigos han recogido sus numerosas versificaciones y editado un libro que lleva por título *Guijarros del camino*, el título y la portada son obra del autor, y es de esperarse que alguna coedición auspiciada por los exalumnos y la institución permita conocer a muchas más personas esta faceta del doctor Rivero Borrell.

Al cumplir cuarenta años de edad, escribió un poema titulado "Añoranza", del que extractamos el fragmento siguiente:

Yo guardo un rincón celosamente,
un íntimo rincón en mi recuerdo,
es mi refugio si me siento solo,
ahí voy revolviendo mi memoria
y suave como bálsamo me baña
cuando saco del fondo de aquel sitio
la época feliz ¡preparatoria!
Es sacudir el árbol del otoño
es revivir la juventud pasada,
es ver caer las hojas y al mirarlas
leer en ellas nombres y sucesos.
Gibert, Monier, Lyonnet, Boillot,
Mercier, Massard, Reversat, muchos más,
y sus nombres integran con sorpresa,
conforme van pasando ante mi vista,
las notas de la amada Marsellesa.
Villalba, Alejo, Bordes y Pasillas,
Ibarrola, los Sánchez, Aguilar,
la Piri, Franco, Flores, Cervantes,
y tanto que desfilan a mi vista,
que ya no sé si sueño o estoy despierto...

Con esas cualidades de espíritu que le conocieron sus amistades, es lógico suponer qué idea y sentido tuvo de su profesión de médico. Esto lo dejó expresado en un poema titulado "Ser médico". He aquí algunos versos:

Ser médico...
Me he preguntado qué cosa es ser médico...
¿Es una profesión? ¿Es privilegio?
¿Es un don, un trabajo, una distinción...?
Es noble elevación si se es honesto;
ruindad y podredumbre si se olvida
el código moral.

Más que una profesión es un camino,
es servicio sin límite y continuo
amor que se proyecta paso a paso
en los parias que sufren,
en el dolor, la muerte, la desgracia...
Ser médico es ser mago, es privilegio,
es curar al imponer las manos,
ser la mano de Dios cuando el doliente clama...

Para concluir con este aspecto, nos referimos a dos de sus últimas composiciones, que nos revelan sus sentimientos al presentir el fin. Se titulan respectivamente "Mi fin" y "El fiador". De las diez cuartillas del primero seleccionamos estas:

Nací para ser feliz
para ser feliz: viviendo
y para luego, al morir,
aún más feliz seguir siendo.
Con qué irracionalidad
se vive siempre muriendo,
se ve triste la bondad
y el deber se hace sufriendo.
Cuando debiéramos ver
cada día como promesa
de amor, esperanza y fe
y no de pena tras pena.

Vivo feliz de vivir.
Y más lo estaré muriendo
porque entonces estaré
eternamente viviendo.

Del poema "El fiador", he aquí su versificación final:

Me declaro, Señor, como insolvente,
pagar debo en amor ¡no tengo tanto!
Por eso a ti recurro urgentemente,
pues eres mi fiador y, nuevamente,
por mí lo pagarás, Tú sabes cuánto.
Y lo hará con amor y eternamente.

Pasamos ahora a considerar las que fueron sin duda sus actividades más relevantes. La primera fue una derivación de su actividad docente. El contacto con los estudiantes de medicina y el impacto causado por su espíritu apostólico dieron origen a una actividad de animación de grupos juveniles surgida por petición de los mismos jóvenes. Durante 12 años desarrolló esta labor de orientación profesional, moral y espiritual a la luz del Evangelio. Las reuniones tenían lugar los sábados o los domingos. Con ellas logró resultados que se han multiplicado y benefician ahora a los pacientes de tantos médicos en ciernes a los que animó con el espíritu apostólico que manifestaba en todas sus acciones.

Otra actividad con dos facetas que no convendría disociar, aun cuando sean de naturaleza tan distinta, brindó oportunidad al doctor Rivero para entregarse a otro peculiar apostolado. Derivó del conocimiento tan profundo logrado durante varios años de estudio sobre el santo sudario de Turín en el que quedaron plasmadas las huellas de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Estos conocimientos que han apelado a toda una serie de pruebas de riguroso carácter científico han dado origen a una ciencia denominada *sindonología*, enfocada en el estudio de la sábana santa o síndone. El doctor Rivero Borrell se convirtió en el primer investigador mexicano sobre este peculiar objeto, científico y religioso a la vez. Además de haber sido reconocido y registrado como tal en el Centro Internacional de Sindonología, en Turín, Italia, donde se conserva esta singular reliquia, fue nombrado presidente del Centro Mexicano de Sindonología.

Entre sus amistades, se ha comentado en ocasiones el origen de esta importante actividad en la vida del doctor Rivero Borrell. En 1956, en una reunión presidida por el Hermano lasallista Rafael Martínez Cervantes, este llevaba un libro que suscitó la curiosidad de Enrique. Se trataba de la obra de un médico francés en la que exponía una serie de consideraciones científicas sobre los tormentos a los que fue sometido el Señor durante su pasión, y las huellas de estos reflejados en esa impresionante reliquia del santo sudario de Turín. La curiosidad se convirtió en vivo y profundo interés e hizo del doctor Rivero el mayor especialista en sindonología en México. Su amigo Jesús Hernández S. ha proporcionado los interesantes datos que a continuación se comparten:

A partir de 1958, cuando dictó su primera conferencia sobre la sábana santa, ha ofrecido 1331 más, repartidas en 29 estados de la república, seis en los Estados Unidos y dos en Centroamérica. Se han transmitido por televisión más de 30. Sus auditorios han sido de lo más variado: colegios, universidad, iglesias, asilos, cárceles, conventos, sociedades médicas, hospitales. A toda institución que lo ha invitado, este apóstol de la pasión del Señor acudió solícito.

> Por esta actividad tan eclesial y con motivo de haber ofrecido su conferencia mil, tuvo la satisfacción de ser condecorado por Su Santidad Juan Pablo II con la Insigne *Crux Pro Ecclesia et Pontifice*. En 1983, en unión con el reverendo padre Faustino Cervantes Ibarrola y otras personas, y bajo los auspicios del cardenal Ernesto Corripio Ahumada, fundó el Centro Mexicano de Sindonología, el cual sesiona cada primer sábado de mes, de las 12 a las 14 horas en Durango núm. 90, octavo piso.

Insistimos, además de su carácter científico, la especialidad a la que dedicó gran parte de su actividad el doctor Enrique Rivero Borrell tiene un predominante carácter apostólico. No dudamos un ápice en resaltar este aspecto en el perfil del excepcional exalumno lasallista que ha sido el doctor Enrique Rivero Borrell Vázquez. ¡Qué hermosa trayectoria y qué título tan sin igual poderle atribuir el de apóstol de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo! Todos los que hayan asistido a alguna de sus conferencias sobre la sábana santa tendrán presente esta forma tan sencilla, tan aparentemente espontánea y natural de concluirla, dejando en el ánimo de sus oyentes, sin necesidad alguna de expresarla en palabras, su gran admiración, devo-

ción y amor por nuestro Redentor. Sin duda que el Señor lo tiene en cuenta y ha derramado sobre él y su obra un infinito caudal de gracias. El doctor Rivero Borrell, además, ha dejado en La Salle un recuerdo imperecedero, como prototipo que ha sido del más fiel discípulo de San Juan Bautista De La Salle.

Una de las personas más cercanas al doctor Rivero Borrell comparte la siguiente anécdota. Fue en rigor una confidencia que este le hizo sobre un pequeño incidente de su niñez. En alguna ocasión, cuando Enrique acompañaba a su madre, le hizo esta pregunta motivada quizá por los cuadros y estatuas religiosas que tenía a la vista: "¿Qué diferencia hay entre los santos y nosotros?". Su madre le contestó: "Ninguna. Y por eso tú tienes que ser santo".

Quizá a nosotros se nos ocurra ahora la pregunta de si puede ser santo una persona de nuestro tiempo, un profesionista, un maestro, un padre de familia, al estilo del doctor Rivero Borrell, quien en este último aspecto formó una hermosa familia, con su esposa Lupita. Tuvieron siete hijos y veinte nietos. Y la respuesta está en las explicaciones que muchas veces hemos dado o recibido, en el sentido de que no son santos únicamente los canonizados. Lo son también todos los cristianos fieles al Señor, que luchan por llegar a ser a lo largo de sus vidas, lo más conformes con la voluntad de Dios y el modelo que se tiene en la persona de Jesucristo nuestro Salvador.

XIX

Alfonso Torres Lemus

(1/04/1923-29/05/2009)

Alfonso Torres Lemus nació el 1 de abril de 1923 en Celaya, Guanajuato. Su padre fue Pablo Torres Caballero, quien fue primero comerciante y luego contador privado o como se llamaba en ese tiempo "tenedor de libros". Su madre fue Guadalupe Lemus López. Ambos eran de Michoacán. Como hijos tuvieron cuatro varones y una mujer.

A los trece años, en 1936, viajó a la Ciudad de México para entrar al Seminario Conciliar de México, en Tlalpan.[1] Para entonces, había terminado los estudios de primaria, pero sin certificado, debido a la educación socialista del gobierno cardenista.

En la Ciudad de México, estudió latín durante cuatro años en el seminario; filosofía, por tres años; y teología durante uno. Siempre quiso ser sacerdote, pero quien más tarde llegaría a ser obispo le pidió que se retirara del seminario con estas palabras: "Tú no sirves para esto". Tenía 21 años, era 1944.

Dieciocho libretas de 200 hojas cada una forman su diario, se trata más bien de apuntes de salidas y gastos, una especie de corte de caja diario que le servía para recordar lo que hacía durante la semana. Sin familia y sin punto

[1] Estaba ubicado en la parroquia de San Agustín de Tlalpan, pues el edificio del seminario estaba en construcción.

de apoyo, tuvo que trabajar para mantenerse. Durante 15 años, vivió en un cuarto que una señora muy amable le rentaba.

"Un amigo que era profesor me informó que en una escuela había una plaza para maestro de Etimologías", expone recordando sus inicios como catedrático por recomendación del maestro Poncellis. Y cuando el 7 de febrero de 1949 don Manuel de Jesús Álvarez Campos lo invitó a impartir la clase de Etimologías Grecolatinas en la preparatoria del Colegio Cristóbal Colón en la calle de Sadi Carnot, no dudó en aceptar. En los inicios de su carrera como docente también impartía clases en el colegio Miguel Ángel y el Instituto Anglo Español.[2] Realizó un examen de capacitación para dar clases por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).[3] De ganar seis pesos al día en un despacho, empezó a obtener lo mismo por hora de clase. Para entonces, ya vivía en la colonia Clavería. Por aquellos años recordaba al Hermano Pierre Lyonnet, quien era director general del Colegio Cristóbal Colón; al Hermano Rafael Martínez, director de primaria; y al Hermano Juan Bulbulián Garabedián, profesor en la Normal.

En 1960, cuando su papá falleció, su hermana se mudó con él. Para entonces, ya tenía un departamento. Cuando ella murió, finalmente se quedó solo.

De entre sus compañeros profesores, recordaba que la primera profesora mujer fue Cristina Barroso, quien contaba que el Hermano Manuel Álvarez le había puesto muchas condiciones para que entrara a la Universidad La Salle, pues la escuela era solo de varones. También tenía presente a Samuel Vargas Montoya, colombiano, y a Sergio Howland Bustamante, maestro de Literatura.

Leyó muchas novelas como *Quo Vadis*, de Henryk Sienkiewicz, o *Ben Hur*, de Lewis Wallace, pero su escritor preferido fue siempre Julio Verne. Habría leído unos diez o doce libros de este autor, pues le atraía mucho el aspecto científico que desarrolló en su obra.

Nunca le interesaron los mitos, pues consideraba que eran falsos: "Puras mentiras, no vale la pena aprender y ocupar la memoria con mentiras". Encontró en la televisión buenos programas de los que aprendió muchas verdades prácticas y no mentiras, como los que transmite Discovery o History Chanel.

---

2 Colegios femeninos, donde él, como maestro joven, destacaba; pero siempre guardó prudente compostura, lo que le evitaba problemas. Por su parte, él comentaba que, años después, varios alumnos le decían que había sido maestro de su mamá.

3 Recibió su aprobación para impartir clases mediante la presentación del examen de capacitación de lengua y literatura latina el 16 de junio de 1947 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Le hubiera gustado estudiar todo aquello que tuviera que ver con las matemáticas, como ingeniería química o astronomía. También conocer sobre electrónica y computación por diversión. Consideraba que pronto el internet resolvería todas las dudas. En pocos años, bastaría con escribir en una computadora la pregunta y la tecnología daría las respuestas. Por tanto, las bibliotecas y los libros desaparecerían.

Viajó mucho por las playas del Pacífico, como Acapulco, y por Veracruz. También visitó los Estados Unidos unas catorce veces siempre en coche. Pero no le interesaba hacerlo más, pues consideraba que muy pronto lo vería todo: "Ver a Dios es ver el original, al contemplar el Todo, no me perderé de nada, conoceré y entenderé todo. Eso es Dios, pues es la causa ejemplar de todas las cosas".

Se consideraba asocial. Tuvo varias aficiones que explotó ampliamente como la natación y el frontón. Este último deporte lo practicó especialmente entre los años 1978 y 1985. Además, disfrutaba nadar todos los domingos en Las Termas y El Olímpico, balnearios ubicados por la salida a Puebla.

En febrero de 1962, se fundó la Universidad La Salle en Benjamín Franklin. Así, la preparatoria del Colegio Cristóbal Colón, maestros y alumnos pasaron a la Universidad.[4] En todo este tiempo ha impartido clases a unos 25 mil alumnos. Pero reflexiona con cierto pesar: "Antes, los alumnos deseaban aprender y no se distraían tanto, pero hoy existe mucha distracción; no les importan los conocimientos, lo que les importa es una calificación. Eso ha cambiado, ahora se dificulta más el dar clases". Y es comprensible que un hombre comprometido con la educación y la transmisión de conocimientos opine de ese modo.

El paso de los años es implacable, pero indudablemente el profesor Torres Lemus ha dejado una huella perenne. En muchos estudiantes ha despertado la sed de aprender y varios de sus alumnos son ahora sus compañeros en la Universidad La Salle. Además de ello, en 1962, la editorial Porrúa publicó sus apuntes en un libro intitulado *Etimologías grecolatinas para el quinto año de bachillerato*. También cuenta en su haber con una obra sobre lengua y literatura española.

Siempre le gustó enseñar. Sabía que solo a diez alumnos en promedio, de unos 50 por salón, les interesaba aprender, pero consideraba que ellos lo compensaban todo: "Enseñar es un placer que da satisfacción, sobre todo cuan-

[4] La preparatoria del Colegio Cristóbal Colón en Sadi Carnot pasó íntegramente con maestros y alumnos a fundar la Universidad La Salle.

do logra satisfacer la curiosidad de un hombre o niño". Se sentía contento por saciar la curiosidad de cualquier alumno que se acercaba y preguntaba.

Alfonso Torres Lemus fue maestro de grandes personajes de la política, de los deportes y de las artes. Comentaba que no le dio clases al expresidente Miguel de la Madrid, pues ese año no impartió Latín a quienes estudiarían Derecho. En cambio, sí fueron sus alumnos diversos exfuncionarios y secretarios de Estado como Tello, Sepúlveda o personajes como el hijo de María Félix. De Enrique Álvarez recordaba que era molestado por sus compañeros, por ser hijo de un personaje público.

Por otro lado, consideraba al hijo de Pedro Vargas como un alumno muy latoso.

En clase, cuando explicaba la etimología de una palabra, la relacionaba con muchos temas. Para ello le ayudó haber leído completo el *Tesoro de la juventud*, lectura que había hecho por afición. Solía desarrollar temas de filosofía y teología que no se enseñaban en otras materias ni estaban incluidos en los programas, pero que solían ser interesantes para los alumnos. Tenía una larga lista de temas que planteaba para que los alumnos desarrollaran. Por ejemplo: "¿Los animales no sufren?", "¿qué hay después de la muerte?", "¿suerte o destino no existen?"

En una entrevista con Érick Rodríguez Ramírez, que da forma al texto "Reconociendo al profesor Alfonso Torres Lemus", se narra:

> Y mientras el profesor Alfonso Torres Lemus me platica de su vida, vienen a mi mente algunas imágenes. Evoco, por ejemplo, su manera tan firme de andar y la seguridad con la que expresa sus ideas. Una ligera sonrisa lucha por no aparecer en mi rostro al reproducir en mis oídos sus tradicionales indicaciones en los exámenes: "Tamaño renglón", "fila H", etcétera.[5]
>
> [...] Bastantes opiniones de sus alumnos y de sus compañeros de profesión concuerdan en que es una clase de sabio y el gran caudal de conocimientos que posee lo convierte en algo así como una "enciclopedia ambulante".[6] Esto me motiva a expresarle la admiración que le profeso, y al mismo tiempo surge en mí una duda:
>
> —¿Qué significan sus alumnos para usted?

---

5 Al aplicar el examen mensual, dividía al grupo en una rejilla de cuatro exámenes distintos, lo que imposibilitaba copiar; el examen era breve, lo recogía, lo calificaba inmediatamente y entregaba resultados en el acto.

6 Su didáctica era impecable, lograba la concentración y la atención de los estudiantes con su clara exposición y sus continuas ilustraciones.

—Son jóvenes que necesitan dirección, orientación; necesitan ser encauzados intelectual y moralmente —y medita un segundo para reforzar su idea—; esa es la misión del maestro.

Seguramente, ese deseo de encauzar a los jóvenes lo llevó a participar de 1979 a 1981 en el programa de televisión *Sopa de letras*, que se transmitía por el Canal 13.

Animado por la calidez con la que me ha recibido, me atrevo a pedirle un consejo para los jóvenes y de la misma forma rápida y convincente, con la que lo recuerdo contestando las preguntas de los alumnos, expresa: "Mientras más aprendan, mejor será su nivel económico".[7]

Intento revivir algún día en que haya faltado a clases cuando era mi maestro, pero lo único que repasa mi cabeza son las palabras de don Fer:

Nos comentó alguna vez que en septiembre de ese año (1949) hizo el clásico puente de fiestas patrias, con algunas jornadas laborales. A los pocos días se encontró con el director general Pierre Lyonnet, quien a su manera particular le llamó la atención, por lo que se comprometió a que no se volvería a repetir esa actitud. A partir de esa fecha, el maestro Torres Lemus se convirtió en el ejemplo viviente para todos los que admiramos su puntualidad y presencia continua en sus grupos.[8]

Y él mismo aseguró que seguirá trabajando "hasta el último día".[9]

Decía que no sobreviviría más allá de cinco años. Por la edad que tenía calculaba que le quedaban alrededor de cinco años de vida. Ante la pregunta directa de si estaba conforme con lo que había hecho, decía: "Nadie puede decir que ya cumplió con su misión, nadie puede decir que está satisfecho".

El maestro Alfonso falleció el viernes 29 de mayo de 2009, en Cuernavaca, Morelos. Vivía en compañía de su cuñada y sus sobrinos. Tenía 86 años de edad. Fue maestro de Etimologías Grecolatinas durante 55 años en diversas

---

7 Cuando algún alumno le hacía una pregunta y el Hermano Alfonso no tenía la respuesta, moviendo las manos horizontalmente para enfatizar y afirmando rotundamente y con tono grave respondía: "Imposible saberlo" y daba por terminado el asunto; situación que muchos recuerdan y remedan con agrado.

8 Durante más de 50 años impartió clases de Etimologías Grecolatinas con la misma asiduidad y dedicación; sin embargo, después de cumplir 80 años, en 2003, su caminar se volvió más lento.

9 Cuando cumplió 60 años, en 1983, pidió jubilarse, pero el director de la preparatoria de la Universidad La Salle le dijo: "Don Alfonso, si se jubila, se nos muere"; así que continuó trabajando por dos décadas más.

escuelas de la Ciudad de México. En la Escuela Preparatoria de la Universidad La Salle fue maestro de 1962 a 2004. Hoy está ya integrado al conocimiento total, a la unidad fundamental, al todo, como siempre quiso.

Fuente consultada

Cu, J. (2009). Don Alfonso Torres Lemus (1923-2009). *Siempre Unidos*, (3), 36-37.

Rodríguez, E. (1999). Reconociendo al profesor Alfonso Torres Lemus. *Siempre Unidos*, (12), 18-19.

XX

Alfredo Martín Antonio López Peniche y Martínez

Primer estudiante de licenciatura de la Universidad La Salle

(11/11/1941)

Nací en la Ciudad de México el 11 de noviembre de 1941 y una de las grandes satisfacciones que he tenido en mi vida es haber sido la matrícula núm. 1 de la Universidad La Salle. Puedo presentar mi vida a partir de mi origen, mi educación lasallista, mi paso por Banobras y mi familia.

Origen

Soy el quinto de una familia de siete. Mi papá nació en Espita, Yucatán, se mudó a la Ciudad de México para continuar sus estudios y fue un prestigioso abogado egresado de la Escuela Libre de Derecho.

Mi mamá nació en la Ciudad de México. Siempre dedicada al hogar, murió muy joven, en 1951, y una hermana de ella —mi Nina—, a quien quisimos y la recordamos con mucho amor, agradecimiento y cariño, fue para nosotros una segunda madre. Cuando falleció mi mamá, yo tenía diez años y mi Nina me dijo: "A partir de hoy vas a dormir con tu papá", lo que para mí significó una integración muy bella con él y me hizo valorarlo y amarlo.

En mi niñez y juventud me inculcaron valores y uno de ellos fue el hábito de la puntualidad. Mi papá decía: "La puntualidad es respeto a ti mismo y

a los demás" y comentaba que "llegar antes o después a la cita se podía justificar solo en uno o dos minutos y esto por diferencia de relojes". También decía "tanto es impuntual el que llega antes como él que llega después", así como "el único motivo que justifica el no llegar a una cita es la muerte" y lamentablemente así le sucedió a él.

En varias ocasiones, me puso a prueba. Se encontraba una vez en una cafetería en el centro de la Ciudad de México, de nombre La Flor de México, ubicada en las calles de Bolívar y Venustiano Carranza, donde se encuentra la plaza de la ranita, esquina donde está el famoso reloj de Bolívar. Mi papá les dijo a las personas que estaban con él que, a las ocho en punto de la noche, al oírse la primera campanada del reloj, entraría su "güero" y exactamente al sonar la primera campanada entré y con gran alegría que reflejaba su rostro exclamó "ahí está mi muchacho" y yo me pregunté "¿qué tal si no he llegado?".

Por otra parte, mi papá me fomentó varias formas de cultura y viveza. La forma que usaba para darme dinero, la llamábamos "apuestas", término mal usado, porque yo no perdía, solo dejaba de ganar. Le decía a mi papá: "Papi, hazme una apuesta", y me contestaba: "Le doy $5.00 si me dice fecha de nacimiento de don Miguel Hidalgo y Costilla y el nombre de los padres. Tiene 15 minutos para consultar en la biblioteca. A veces, la apuesta consistía en copiar una hoja de un libro y no cometer faltas de ortografía, o bien me preguntaba: "¿Cuántas teclas tiene el piano?, ¿cuántas negras?, ¿cuántas blancas?". Y a veces "¿cuántos agujeritos tiene el salero?".

Otra anécdota que me gustaría compartir es que en una ocasión, siendo jovencito, y llevando una pistola de dardos y a mi perrita "la loba", acompañé a mi papá a tomar el tranvía que lo llevaría al centro de la ciudad. Mientras lo esperaba, le dije: "Papi, échame una apuesta" y me contestó: "Muy bien, hijo, le doy $5.00 si le atina con el dardo al palillo de dientes". Sacó uno y, extendiendo su mano, lo sostuvo. Era una distancia de tres o cuatro metros, disparé y lo partí en dos; no se me olvida su expresión. Asombrado y sorprendido me dio mis $5.00. Nunca pensé atinarle al palillo y el riesgo que implicaba pegarla a mi adorado papá. El día más triste de mi vida fue cuando él falleció.

Desde niño he disfrutado mucho a mis hermanos y a mis queridos primos, a quienes considero como hermanos, ya que desde niños vivimos juntos. Nos une un gran cariño y a la fecha un trato envidiable. Somos cinco de

familia, dos mujeres y tres hombres, mis hermanas estudiaron en el colegio teresiano La Florida, y mis hermanos arquitectos son egresados del Colegio Simón Bolívar y de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Uno de ellos obtuvo excelencia en todos los grados de primaria y secundaria. Mis hermanas, hermanos y primos representan un cariño fraternal de toda la vida, son mis adoraciones.

Educación lasallista

Mi educación académica comenzó en una escuela lasallista entre 1948 y 1949 en el Colegio Simón Bolívar. En el anexo para niñas, cursé kínder y preprimaria a los siete y ocho años de edad (ahora entran a los cinco años o antes). Recuerdo con afecto a la primera maestra que tuve en mi vida, la *miss* Bernardita.

La primaria y la secundaria las cursé en el Colegio Simón Bolívar, primaria en seis años (1950-1955) y secundaria en tres (1956-1958). El Colegio Simón Bolívar estaba ubicado en la calle Galicia muy cerca del río Mixcoac. El río aún no estaba entubado, y con algo de agua y muchas piedras teníamos que cruzarlo por medio de un tablón que hacía de puente. En una ocasión, al cruzar este puente en bicicleta, había gente cruzando y mi hermano perdió el equilibrio y caímos al río. Afortunadamente no nos pasó nada y nos ayudaron a salir. Yo traía mi mochila en la espalda y, por suerte, la mochila subió a mi cabeza, lo que la protegió de las piedras. Gracias a eso hoy puedo contar la historia.

En esa época vivía muy cerca del colegio y me iba a pie. Me gustaba mucho jugar al balero y lo practicaba camino al colegio. Me fijaba metas y no caminaba hasta cumplirlas, obviamente había nervios para no llegar tarde, lo que originaba que me forzara para lograrlas, me volví un experto en el juego del balero. Hoy ya no juego.

Recuerdo con agrado y afecto a varios de mis maestros: Mariano Ramírez, Ángel Campuzano (el papi Campos), Salvador González (Chavita), Ignacio Cárabez, Emilio Caballero, el maestro Minauro, Rafael Chávez Huacuja, entre otros.

Por otra parte, con cariño y nostalgia recuerdo el himno del Bolívar y lo recuerdo así:

Soy alumno del Bolívar.
Tal honor y gloria canto.
Cada día voy constante adelante y con valor.
Estudiando y jugando con entusiasmo jugaré.
Y si se logra solo luchando, muy gustoso lucharé.
Cada día voy constante adelante y con valor.
Obtengamos los tesoros tras constante laborar.
De las letras y las ciencias que alimentan nuestras mentes.
Soy alumno del Bolívar tal honor y gloria canto.

La preparatoria, por la cercanía a mi domicilio y la facilidad del trayecto, la cursé en el Centro Universitario México (CUM), incorporado a la UNAM, que era mi meta en los años 1959-1960.

En diciembre de 1960 me presenté en la UNAM con la ficha para recoger la orden de pago y la credencial para inscribirme a la carrera de Contador Público y Auditor para el curso de 1961, pero me dijeron que para esa carrera no había cupo y que esperara un año o escogiera otra carrera. Tuve que ver otra opción.

Como era sabido que en 1962 iniciaría clases la Universidad La Salle, nos trasladamos al Colegio Cristóbal Colón estudiantes en igualdad de circunstancias, de diferentes preparatorias (84), varios de ellos egresados del Colegio Cristóbal Colón para ver la posibilidad de no perder el año. Platicamos con el doctor Manuel de Jesús Álvarez Campos, primer rector de la Universidad La Salle, quien al considerar que el profesor del Colegio Cristóbal Colón, Rafael Chávez Huacuja, era sobrino del rector de la UNAM, el doctor Ignacio Chávez Sánchez, era entonces factible lograr la incorporación e iniciar el primer año en ese plantel, de las carreras de Contador Público y Auditor y en Administración de Empresas. En varias ocasiones se le preguntó al doctor Álvarez Campos sobre la incorporación, aunque nos informaba que todavía no se lograba.

En mayo de 1961 recibí una llamada telefónica de la señorita Valdez y me dijo: "Güero, vente a inscribir, ya se logró la incorporación". Esa llamada significó una satisfacción enorme para mí. Lo que originó ser la matrícula núm. 1 de la Universidad La Salle. Así iniciamos la primera generación 1961-1965.

Las clases se iniciaron en el salón de proyecciones del colegio y se impartieron con profesores de la UNAM. Al siguiente año, como se esperaba, en febrero de 1962, iniciaron clases en la Universidad La Salle, ubicada en Benjamín Franklin, su domicilio actual. Nos tocó estudiar el segundo y tercer año de las dos carreras en el mismo salón, en virtud de que las materias eran iguales para ambas.

Por lo que se refiere a los maestros, recuerdo con afecto a varios de ellos: al rector Manuel de Jesús Álvarez Campos, el licenciado Fausto Rico Álvarez, los contadores públicos Alonso Cervantes, Salvador Meljen, Mario Montañez, y el además director de la Escuela de Comercio y Administración, Armando del Barrio. Asimismo, recuerdo a varios compañeros, con quienes formamos un grupo de cuatro: Jorge Mondragón Chávez, Carlos Manuel Bautista Corona (compañero desde primaria) y José Eduardo Rodríguez Islas (amigo entrañable hasta la fecha).

Al estar incorporada la Universidad La Salle a la UNAM, el examen profesional fue en la Universidad La Salle, si bien el presidente del jurado era un representante de la UNAM.

Banobras

Varias son las razones para estar agradecido con esta noble institución. Estuve activo durante 29 años y jubilado ya 32, es decir, 61 años de recibir estupendas prestaciones, entre otras un excelente servicio médico. Agradezco además haber conocido a mi esposa por medio de ella hace 56 años.

Entré a trabajar a Banobras el 5 de diciembre de 1960 (antes de ingresar a la Universidad La Salle), gracias a la recomendación de mi Nina, quien fue fundadora de esa institución.

Empecé a los 19 años de edad y me jubilé en 1989, con 29 años de antigüedad y 48 de edad. Desempeñé diferentes puestos, desde mensajero hasta nivel directivo: tercer nivel general jerárquico, según el organigrama. Las clases se compaginaron con mi trabajo en el banco. Tomaba clases de lunes a viernes de 7:00 a 9:00 h y de 16:00 a 21:00 h. y trabajaba en el banco de 9:30 h a 15:00 h. Tuve este horario establecido en los cinco años de la carrera.

Mi familia

Lo más sagrado que tengo en la vida es mi querida y admirada familia, compuesta de diecinueve integrantes. Desde luego por nosotros, mi extraordinaria y linda esposa, la Pilla y yo. Llevamos 53 años de matrimonio y tuvimos

cuatro excelentes hijos, tres hombres y mi hija. Todos formaron muy buenos matrimonios. Nos dieron nueve nietos, tres hombres y seis mujercitas. Los tres hombres estudiaron en escuelas lasallistas, en el Colegio Simón Bolívar y en la Universidad La Salle (igual que el papá); dos estudiaron Ingeniería Industrial y uno la licenciatura en Administración de Empresas. El menor obtuvo en el Colegio Simón Bolívar la excelencia en primaria y secundaria.

Mi hija estudió en el colegio teresiano La Florida. Cursó desde los primeros años hasta bachillerato con excelentes resultados. Continuó sus estudios en la Universidad Panamericana (UP), en la licenciatura en Administración y Mercadotecnia.

Pasatiempos

Mis pasatiempos siempre han sido de colecciones y son varios. Puede decirse que el principal es la fotografía familiar, tengo la vida de mis hijos y nietos en fotografías y en video. Desde su nacimiento hasta la fecha, cuento aproximadamente con veinte álbumes de trescientas fotos cada uno y en la nube y en disco duro más de 50 mil. Es un pasatiempo precioso y lo disfrutamos mucho.

Otro es de relojes de pared. Es un deleite escuchar las campanadas. Se dificulta cuando viene el cambio de horario, pero se acostumbra uno. Otro más es de pines de México, como banderas, héroes patrios, monumentos, montañas y otros de la república mexicana; pero también hay del supertazón, las olimpiadas, de continentes, de las apolos y de la llegada del ser humano a la luna y, obviamente, del Colegio Simón Bolívar, de la Universidad La Salle, de la UNAM, del colegio La Florida, de la UP, así como de Banobras, entre otros.

El curso de mi vida ha estado influenciado por lo que me transmitieron desde pequeño en las escuelas lasallistas, donde me enseñaron los valores de la institución —fe, fraternidad, servicio, justicia y compromiso. El imagotipo de La Salle, diseñado por el despacho de los arquitectos Pedro Ramírez Vázquez y Octavio López Márquez, representa la ideología y la misión de la Universidad frente a la sociedad. Además de ser muy estético, se compone de seis chebrones entrelazados que representan la docencia, la investigación, la extensión y esos valores de la institución —la fe, la fraternidad y la justicia—, los cuales he buscado practicar como parte de mi profesión y de mi vida en general.


INTERNATIONAL ASSOCIATION
La Salle
UNIVERSITIES


La Salle
Red de Universidades
México


Universidad
La Salle
México


EDITORIAL
Parmenia


Parmenia
DIGITAL


años


Universidad
La Salle
México